

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

**“YO, EL MÁS INSIGNIFICANTE DE LOS ESCRITORES MEXICANOS”
LITERATURA, HISTORIA Y POLÍTICA EN LA OBRA DE HILARIÓN FRÍAS Y
SOTO**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTORA EN HISTORIA

PRESENTA:

BEATRIZ LUCÍA CANO SÁNCHEZ

COMITÉ TUTORAL

Dra. Gloria Villegas Moreno: directora de tesis.

Dra. Silvia González Marín

Dra. Evelia María del Socorro Trejo Estrada

MEXICO, D.F.

2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Índice	2
Agradecimientos	4
Introducción	6
Capítulo 1. “El más insignificante de los escritores”: Hilarión Frías y Soto	15
Perfil de una familia queretana: los Frías	16
Los Frías y Soto: una familia de políticos y literatos	23
El médico de la familia: Hilarión	46
De regreso a Querétaro	53
El regreso a la capital	60
La filiación al lerdismo	73
Actividades de Hilarión durante el periodo de Díaz	87
Capítulo 2. La actividad literaria de Hilarión Frías y Soto	106
La literatura en las venas	106
Poesía	114
Traducción	117
El costumbrismo	118
Retratos costumbristas	123
Los tipos populares desde la perspectiva de Frías	130
Los tipos masculinos	134
<i>Los marginales</i>	134
<i>Los incomprendidos</i>	138
<i>Los hombres trabajadores</i>	140
<i>Los literatos</i>	143
<i>Los religiosos</i>	145
Los tipos femeninos	147
<i>Las marginales</i>	148
<i>Las trabajadoras</i>	150
<i>Las presuntuosas</i>	152
<i>Las religiosas</i>	153
Las descripciones de los tipos	156
Los retratos literarios	157
Los retratos de lugares	158
Críticas literarias	160
Críticas poéticas	174
Críticas teatrales	185
Capítulo 3. La crítica social en las novelas de Hilarión Frías	193

La primera novela: <i>Vulcano</i>	193
Opiniones sobre <i>Vulcano</i>	196
La trama literaria	198
El retrato de los protagonistas	200
<i>La Colegiala</i>	202
La trama literaria	205
La crítica contra el Colegio de la Paz	205
Las violaciones a las Leyes de Reforma	210
Las ideas sobre el matrimonio	212
Observaciones sobre el Hospital de San Salvador	214
El tratamiento de las enfermas	216
<i>La tabaquera del anticuario</i>	219
El Museo Nacional	219
La crítica contra los anticuarios	227
<i>El Hijo del Estado</i>	229
<i>El Hijo del Estado</i> en opinión de sus críticos	232
El objetivo de una novela	235
La trama literaria	237
La crítica en contra del gobierno	244
El Hospital de Maternidad e Infancia	244
La crítica de las condiciones materiales del Hospital	248
El departamento de Infancia	251
La crítica a los falsos benefactores	265
La crítica contra la política de pensiones	266
Los personajes ficcionales	267
Las mujeres	268
Los hombres	271
Los personajes reales	272
Capítulo 4. En defensa de la patria: Hilarión Frías y Soto y su percepción de la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano	274
El polemista historiador	275
Opiniones previas a la guerra	285
La Intervención francesa y el Imperio desde la perspectiva de Frías	287
<i>Las causas de la Intervención francesa</i>	287
El Imperio	314
La caída del Imperio	328
El retrato de los personajes de la tragedia	353
<i>Maximiliano y Carlota</i>	353
<i>Benito Juárez</i>	354
<i>Los personajes secundarios</i>	357
Conclusiones	360
Fuentes de la Investigación	369

Agradecimientos

Deseo expresar mi eterno agradecimiento a la UNAM, *alma mater*, una gran institución que me dio la oportunidad de interactuar con una generación de jóvenes doctorandos, quienes constantemente me enriquecieron con sus comentarios durante los coloquios organizados en el plan de estudios.

Agradezco también al comité tutorial, conformado por las doctoras Gloria Villegas Moreno, Evelia Trejo y Silvia González Marín. Sin su tiempo dedicado a la lectura de este trabajo, desde una mirada analítica, no hubiera sido posible que las etapas expuestas en el proyecto rebasaran los problemas presentados. En especial reitero mi gratitud a la directora de tesis, la Dra. Villegas, por sus oportunos comentarios y su valiosa guía en esta investigación. Un particular agradecimiento a mis lectores, doctores Margarita Carbó D. y a Mario Ramírez Rancaño, quienes siempre mostraron interés en su lectura, cosa que se reflejó en sus acertadas críticas.

Por supuesto no puedo dejar de agradecer a Antonio Saborit, por sugerirme el escudriñar en la vida de este personaje de simpático nombre, José Hilarión Rafael Jesús de los Dolores sobre quien gira esta biografía, así como la motivación para llevar a cabo este proyecto. Asimismo, gracias a Laura Espejel, por su inicial participación en este trabajo y la invitación que me hizo para que colaborara con ella en esta primera fase, que lamentablemente no pudo terminar; al interlocutor mágico, por rebasar su papel de efectivo interlocutor y acompañarme comprometido a lo largo de este proyecto sin perder la paciencia, así como la crítica aguda y severa en el planteamiento y contenido de los capítulos.

Un especial reconocimiento reciba Marcelo Abramo Lauff, quien me invitó a colaborar en el libro *El Estadio. La prensa en México 1870-1879*. Durante la revisión y corrección de más de mil fichas aprendí la verdadera dinámica interna que tenían los periódicos de la década estudiada y conocí los rotativos escritos a lo largo y ancho de la República Mexicana, lo cual fue el detonador para profundizar en la hemerografía queretana, así como en una lista de los impresores locales, sin prescindir de los Frías y Soto.

Sin olvidarme de ellos, agradezco la orientación y paciencia de los empleados y ayudantes del Archivo Histórico de Querétaro, Hemeroteca del Congreso del Estado y Archivo Histórico de la Casa de la Cultura Jurídica del mismo. También a los empleados de la Hemeroteca Miguel Lerdo de Tejada, el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional

y al historiador Jorge Zacarías del Archivo Histórico de la Facultad de Medicina, de la UNAM. Mi más sincera gratitud a los integrantes de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra, ubicada en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, en particular a su directora, Esther Jasso y a Ixchel Ruiz, por el gran apoyo que recibí durante estos años.

De igual manera, agradezco a Ruth Arboleyda y Arturo Soberón, encargados de la Dirección de Estudios Históricos y quienes me apoyaron con los viáticos para realizar los constantes viajes a Querétaro. A Salvador Rueda Smithers, por auxiliarme con el préstamo de *La Voz de Morelos*; a Inés Herrera, quien además de amiga, como compañera mantuvo en resguardo la tesis mientras me sometía a una operación quirúrgica. Estoy agradecida con Alicia Olivera Sedano, Anna Ribera Carbó, María Eugenia Fuentes, Elsa Malvido y Mara Gayón, por su acompañamiento permanente durante el tiempo que me llevó el trabajo, así como a Martha Rocha y Enriqueta Tuñón, compañeras entrañables que, con aguda atención, estuvieron presentes en los momentos previos a la presentación del examen de doctorando. Tengo en mi memoria un especial agradecimiento para Isabel Quiñónez, con quien mantuve largas pláticas acerca de Hilarión. Estoy segura de que disfrutaría mucho ver terminado este proyecto, aunque mi prosa no alcanzara sus niveles intelectuales.

Refrendo mi gratitud a los asistentes de investigación Juan Carlos Carrillo y Rodrigo Salomón Pérez, quienes me auxiliaron con el acopio de material hemerográfico y con ello, avanzar en el cronograma inicial de esta tesis. Un agradecimiento a mis amigas Erika Adán, Aidé Castillo y Susana Juárez, por el apoyo constante, comprometido y de solidaridad en las distintas fases del trabajo. Una gratitud profunda y de amistad a Mónica Terán y a Ana Yescas por sus atinados comentarios al mismo. Sin duda, extendiendo mi agradecimiento a Gerardo Arroyo, por su ayuda al fotografiar los diferentes periódicos necesarios para el proyecto. Asimismo a Tito Rivera Abaira, interesado en personajes del siglo XIX y con quien establecí largas charlas de café.

No puede faltar una especial gratitud a mis hijas: Gissel y Alba, y mis nietas, Paula y Elena, quienes siempre me acompañaron en los momentos de avance, reflexión y obstáculos en el trabajo. Gracias por su espontáneo sentido del humor, sincero cariño y amor que todos compartíamos.

Finalmente, debo agregar que cualquier errata o carencia dentro de la presente tesis, es sólo responsabilidad mía.

Introducción

Una biografía seria no puede tomar tan sólo los puntos de vista, las versiones del biografiado y mandar al diablo las restantes. Cuidado caballeros, existe eso que se llama objetividad histórica

Paco Ignacio Taibo, *El general orejón ese*

I. A raíz de que el ingeniero Francisco Bulnes publicó *El Verdadero Juárez y la Verdad sobre la Intervención y el Imperio* en 1904, aparecieron una serie de escritos que pretendían refutar sus afirmaciones sobre el que se consideraba el principal artífice de la “segunda guerra de Independencia”. Uno de los más enardecidos polemistas fue el médico queretano Hilarión Frías y Soto, quien en *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica refutando con documentos la obra del señor Francisco Bulnes intitulada El Verdadero Juárez* buscó enaltecer, entre otras cosas, las virtudes patrióticas del benemérito. Resulta importante mencionar que, en las primeras páginas de este escrito, el queretano se presenta como el “más insignificante de los escritores”. La inclusión de este artilugio retórico, la *benevolentio*, denota que quería captar la benevolencia de sus lectores a fin de que éstos dispensaran sus errores.

Esta estrategia estaba fuera de lugar, pues él era reconocido por varios libros en los que rebatía las opiniones de algunos autores extranjeros. Éstos desvirtuaban a los soldados mexicanos que participaron en lo que se denominó la “segunda guerra de Independencia”. Una característica común de todos sus textos de polémica histórica es que Frías recurría al empequeñecimiento de su figura, lo cual contrastaba con los artículos que publicó en los medios periodísticos o en sus novelas, en las que se presenta como un analista implacable que no se tentaba el corazón para criticar los males que, según él, aquejaban a la sociedad.

La presente investigación se ocupa precisamente de este personaje que, a semejanza de sus contemporáneos, diversificó sus actividades, además de ser escritor, se dedicó a la política y la docencia, con las que ganó cierto renombre, sobre todo en el ámbito del debate público. Así, el objetivo de este trabajo es presentar un amplio panorama de la vida y obra de un hombre mediano de la historia literaria y política del México decimonónico. Si bien es cierto que no fue uno de los autores más importantes del siglo XIX, y que la mayor parte de sus creaciones apenas se conocen, se trata de un individuo que merece ser objeto de una biografía ya que se observa un gran desconocimiento de su vida y obra en las semblanzas que aparecen en diversos

diccionarios, los cuales repiten los mismos datos vitales y no ofrecen mayores referencias de sus escritos.

El caso del queretano no es singular, en esta misma situación se encuentran numerosos escritores, políticos y militares que, por una u otra razón; no han tenido la fortuna de ser objeto de una investigación que revele sus particularidades y aportaciones a la historia. En nuestro país, la mayor parte de las biografías se ocupa de personajes centrales, como Miguel Hidalgo, José María Morelos, Antonio López de Santa Anna, Benito Juárez, Maximiliano, Miguel Miramón, Porfirio Díaz, Francisco Villa, Emiliano Zapata sólo por mencionar algunos; el género biográfico en el medio histórico mexicano está bastante descuidado. Tal situación no resulta extraña porque forma parte de una rama de la historia que se ha asociado regularmente con la historia de bronce.

La construcción de muchas biografías con una intención exaltadora ha provocado que la mayoría de los historiadores desdeñe este género historiográfico, sin darse cuenta de que, cuando se explora la vida de una persona, es posible encontrar indicios que ayuden a explicar ciertos fenómenos y comportamientos sociales. De acuerdo con tal afirmación, la apuesta de este trabajo es ofrecer la biografía de Hilarión Frías y Soto para entender qué relevancia tuvo en el medio donde se desarrolló. Es preciso aclarar que no se pretende ensalzar a este personaje o darle mayor importancia de la que tuvo, por el contrario, se presenta un panorama general de sus actividades y se evalúan sus aportaciones, tanto en el ámbito literario como histórico.

Para realizar la biografía del escritor se recurrió a las propuestas de Robert Gittings y François Dosse. Aunque ambos provienen de tradiciones historiográficas distintas, comparten ideas en común que se utilizarán en la presente investigación. Una de ellas es considerar que el género biográfico se ubica entre la realidad y la ficción, por lo que es ilógico pensar que la narración de una vida resulta exacta; lo único que un historiador puede hacer es encontrar un orden exterior convincente a los sucesos internos de un individuo. Como menciona Dosse, “reflexionar sobre la heterogeneidad y la contingencia de una vida para hacer de ella una unidad significativa y coherente, tiene mucho de engaño e ilusión”; se necesita ésta en última instancia porque es imposible abarcar una vida en su totalidad y sólo se atienden ciertos aspectos paradigmáticos.¹

En este sentido, la biografía se convierte en una fuente de confluencia de diversas trayectorias, lo cual genera que no sea homogénea sino una construcción

¹ Gittings, *Naturaleza*, 1997, pp. 14, 80; Dosse, *Arte*, 2007, pp. 15, 18, 36.

compuesta, es decir, una suma de narraciones de diferentes matices que se acomodan para darle sentido a una vida y que, además, debe seguir la lógica propia del proceso de sucesión de acontecimientos. Tanto Dosse como Gittings advierten los peligros que corre un biógrafo al realizar su trabajo, ya que puede sobreestimar las acciones en las que participó su biografiado, o creer que éstas son más importantes de lo que se supone. Por este motivo, se necesita estar consciente del contexto en que vivió, de esta manera se logra una interpretación coherente de los hechos. Siempre existirá una identificación entre el biógrafo y el biografiado; esto ocasiona que el estudio de la otra vida se torne en una autorreflexión de la propia vida del historiador, razón por la que Gittings considera que el vínculo entre ambos vuelve a la biografía un asunto fascinante.

Ahora bien, las semblanzas historiográficas suelen ser incompletas y tendenciosas pero también están abiertas a otras interpretaciones.² Por consiguiente, en la del queretano se trata de reconstruir aquellas partes que se conocen de su vida pública, en tanto que la privada ha quedado en la penumbra debido a la escasez de datos existentes. Otros aspectos de ésta, tales como su adolescencia o su participación en algunos acontecimientos claves para el país, se han mantenido en la sombra. Pese a los silencios inherentes a toda biografía, el presente trabajo muestra a un individuo que intentó dejar una huella en el país. Sin embargo, sus limitaciones, tanto políticas como intelectuales, sólo le permitieron figurar de manera secundaria, sin que ello impida relatar su vida y obra, pues estoy convencida de que los hombres medianos tienen algo que decir y aportar a la historia.

Para desentrañar la vida de este personaje, consulté los acervos de la ciudad de México y de Querétaro. En la “levítica ciudad” examiné la Hemeroteca del estado, el Archivo General del estado de Querétaro, la Biblioteca del Congreso del estado y el archivo histórico de la Casa de la Cultura Jurídica de Querétaro. En estos lugares me dieron numerosas facilidades para reproducir algunos de los materiales de difícil consulta en el Distrito Federal. Asimismo, acudí a los fondos bibliográficos de la Universidad Autónoma de Querétaro y tuve la oportunidad de conocer a uno de los descendientes de Hilarión Frías y Soto: Ignacio Realino Frías y Camacho, cuya principal labor en Querétaro es la de difundir la historia y la cultura en su tierra. Este hombre, quien es sobrino bisnieto de nuestro personaje, me concedió una entrevista en noviembre de 2008 en la cual me proporcionó datos importantes para descifrar la

² Gittings, *op. cit.*, pp. 58, 83, 88; Dosse, *op. cit.*, pp. 25, 38, 102, 300, 386, 392.

genealogía de la familia Frías y Soto. Como complemento a los apuntes proporcionados por don Ignacio Frías, realicé varios viajes a ese estado con la intención de encontrar aún más material biográfico que me ayudara a develar la personalidad de Hilarión, los cuales me permitieron adentrarme en la vida de esa urbe en la que se conjugan la belleza y la tranquilidad.

A diferencia de la ciudad de México en donde lidiamos con los tiempos y las distancias, en Querétaro tuve la oportunidad de disfrutar de la quietud del lugar, así como del singular sonido del río que lo rodea, al pasar su precipitosa corriente en verano. También conocí la casa de la familia Frías y Soto y la calle de los impresores, en la cual se elaboraron las páginas de *La sombra de Arteaga*, publicación que rigió la vida política y sociocultural del estado, junto con otros periódicos más durante varias décadas. Caminé por las calles del centro histórico donde me di cuenta de que al noroeste del mismo, después de atravesar la carretera Zaragoza, se ubica la colonia El ensueño en donde hay una calle con el nombre de nuestro biografiado y por coincidencia, ahí se construyeron hospitales, quizá para honrar la memoria del doctor Frías y Soto. Parece ser que el registro de la calle es reciente, puesto que no es muy conocida por los lugareños. Al continuar con el recorrido de las calles del antiguo Querétaro, tuve la oportunidad de admirar con mayor detenimiento la belleza arquitectónica de sus edificios coloniales y fue así como me encontré con una pintura que retrata a la monja sor Ana María de San Francisco y Neve, la cual data del primer tercio del siglo XVIII y se localiza en el templo de Santa Rosa Viterbo. Debo añadir que a ella se le consideraba una de las mujeres más bellas de la época, cosa que resulta innegable, ya que en el lienzo es posible apreciar a una mujer de singular y sensual belleza vistiendo un hábito de novicia.

También recorrí aquellos lugares en los que se gestó la muerte del Imperio de Maximiliano. Al amparo de las fotos incluidas en el libro de Konrad Ratz, *Querétaro: fin del Segundo Imperio*, traté de localizar los edificios que sirvieron de residencia, durante los últimos días del Imperio, al emperador austriaco, Miguel Miramón, Leonardo Márquez, Tomás Mejía y demás generales imperialistas que tomaron la decisión de encerrarse en esta ciudad para defender un proyecto en el que creían y por el que pelearían hasta la muerte. Pero sin duda, hay tres elementos en Querétaro que han fungido como testigos de la historia: el río Querétaro, que recorre la ciudad, el emblemático parque Zenea y la estatua de Doña Josefa Vergara y Hernández,

benefactora de la ciudad, que a pesar de no haber sido erigida en la segunda mitad del siglo XIX, nos remite a esa época.

Debo admitir que el recorrido por las calles fue sumamente agotador, pero detrás de ese cansancio se escondía una enorme satisfacción por haber estado en los mismos lugares en donde se desplazaron esos personajes históricos. Lamentablemente, no conocí el interior de la mayoría de las casas, pues éstas son propiedades particulares; aunque me causó una gran sorpresa saber que sus ocupantes actuales ignoran los acontecimientos históricos desarrollados en esos inmuebles. Por ejemplo, un día que estaba en la calle de la casa que ocupó Mariano Escobedo, me percaté de que salía un señor y le pedí que me dejara entrar y recorrerla por el significado histórico que tiene. Él se mostró extrañado de mi petición y su sorpresa aumentó cuando se enteró de lo que aconteció ahí. Mi estancia en Querétaro no sólo fue productiva en el ámbito académico, sino una extraordinaria experiencia de vida.

Finalmente, visité el panteón Francés de La Piedad con el objeto de buscar la tumba de Hilarión, la cual no hallé, por lo que decidí buscarla en el panteón Francés de San Joaquín; ahí tuve la oportunidad de indagar en el archivo del mismo, datos sobre el fallecimiento de mi biografiado. Me fue grato localizar la fecha de su muerte, además, tuve la oportunidad de que la responsable del lugar me leyera, porque está prohibido fotografiar, fotocopiar y aún más tomar notas de los documentos, un apunte del libro en donde se inscribe el hecho: 3 de julio de 1905, inhumación de Hilarión Frías y Soto. Otro registro señalaba que en esa misma fecha, pero de 1912 se exhumaron los restos del doctor del panteón de La Piedad. Se desconoce el lugar donde fueron depositados, aunque supongo que fueron trasladados a la ciudad de Querétaro, donde he recorrido varias iglesias y panteones del lugar en busca de sus restos, sin embargo, no he tenido éxito.

II. El trabajo se ha dividido en cuatro capítulos. En el primero se presenta la amplia biografía de Hilarión Frías y Soto: comienza con una semblanza de la familia Frías, la cual tenía cierta relevancia en Querétaro. Uno de los tíos abuelos del escritor estaba casado con Josefa Vergara, a quien se consideraba la gran benefactora de esa ciudad, debido a que cedió sus bienes al Ayuntamiento a fin de que se realizaran obras de beneficencia pública. En esta familia había miembros destacados de la política, la cultura y la educación. Uno de los más importantes, sin duda, fue Valentín N. Frías,

prolífico escritor que dejó una buena cantidad de obras que trataron de mostrar diversos aspectos de Querétaro.

En el presente trabajo se hace énfasis en los miembros que destacaron tanto en el ámbito político como cultural: Hilarión, Luciano y Eleuterio. Se presenta una somera parte de la vida de Luciano Frías con el objeto de contrastarla con la de Hilarión. La comparación demuestra que ambos llevaron vidas paralelas, pero con resultados distintos. Mientras que el primero consolidó una posición cultural privilegiada que le permitía departir con los grandes potentados queretanos, el segundo bregaría por un reconocimiento en la capital que nunca llegó y que lo marginaría de los círculos de poder capitalinos. Aunque Hilarión se graduó de la Escuela de Medicina, no ejerció su carrera y se dedicó más bien a las actividades literarias y políticas. En esta última, desempeñó diversos cargos: fue prefecto de San Juan del Río, secretario particular de gobierno y diputado federal.

Uno de los puntos nodales de su papel como diputado sería la presentación de una ley de divorcio, misma que causó un gran asombro en la época y provocó que fuera catalogado como un hombre “radical” que buscaba perturbar a la sociedad. Pese a que en varias ocasiones trató de que la reforma se aprobara, no logró su cometido porque las condiciones sociales eran inapropiadas. A la par de sus labores legislativas, también se desarrolló en el periodismo; se volvió redactor de rotativos como *El Diario del Hogar*, *El Siglo XIX*, *Fra-Diávolo*, *El Pacto Federal*, *El Federalista*, *La Independencia Médica*, *El Boletín Republicano*, *El Monitor Republicano* y *El Semanario Ilustrado*. Cabe mencionar que una de las características de Frías era su capacidad para cambiar de colores políticos, lo cual suscitó que algunos de sus contemporáneos criticaran su falta de lealtad política.

Las imputaciones resultaron ciertas; el queretano transitó por el santanismo, el juarismo, el lerdismo, el gonzalismo y el porfirismo, hasta finalizar como reyista. Es importante mencionar que Frías fue utilizado por los lerdistas, los gonzalistas y los reyistas como su “caballito de batalla”. Encomendándole la tarea de pelear ciertos asuntos que se consideraban de difícil resolución, ya sea en la cámara o en los medios periodísticos.

En el segundo capítulo se analiza las relaciones que Hilarión estableció con los grupos literarios de la ciudad de México. Desde su llegada a la capital, el queretano tuvo contacto con los escritores de la Academia de San Juan de Letrán, entre ellos Guillermo Prieto, con quien establecería una estrecha amistad. Con la desaparición de este grupo,

se afiliaría al Liceo Hidalgo. Su regreso a Querétaro, y los posteriores conflictos internos, lo llevarían a alejarse de la asociación. Sin embargo, en 1868 retornó a la ciudad de México y reanudó sus relaciones con sus viejos colegas literatos. Incluso fue uno de los asistentes más asiduos de las veladas literarias organizadas por Luis Gonzaga Ortiz, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano.

Al igual que sus contemporáneos, Frías incursionó en el mundo de la poesía. En su lírica se observan dos etapas: en la que predominaba la fe y la esperanza en el futuro, y en la que prevalecía una visión sombría de la vida. Si bien no fue un poeta excelso, tuvo la suerte de compartir espacios con Prieto, quien le encargó la tarea de prologar la segunda edición de su *Musa Callejera*, encomienda que cumplió con bastante decoro. Uno de los aspectos por los que se conoce a Hilarión son sus escritos costumbristas: *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854) y el *Álbum fotográfico* (1868). Gracias a ellos fue reconocido como uno de los principales representantes de esta corriente literaria, un honor que comparte con Guillermo Prieto (*Fidel*), José Tomás de Cuéllar (*Facundo*) y Ángel del Campo (*Micrós*).

En total describió 25 tipos mexicanos, 5 para *Los mexicanos* y 20 para el *Álbum*. Sus textos costumbristas llamaron la atención de Ignacio Manuel Altamirano, quien mostraba su beneplácito por la publicación de tipos nacionales. Éste admitía que el médico no era un “pintor de detalles” (característica que se buscaba en los costumbristas), pero tenía bosquejos “maestros”. Con un rasgo de su “lápiz ingenioso y firme”, daba expresión a sus personajes y movimiento a sus facciones. La caracterización es la principal cualidad de sus retratos, la cual ocasionó que Altamirano los comparara con los dibujos del pintor galo Gavari, quien ilustró la colección de tipos editada en Francia. Ambos tenían la habilidad de crear “tipos admirables” con un solo toque de pincel.

Una de las facetas más importantes del queretano como literato fue la serie de críticas que escribió entre 1895 y 1896. Si bien desde la década de los ochenta había comenzado con esa labor, sería en la de los noventa, y en específico en los años mencionados, en la que su labor tendría mayores dividendos. Lo más interesante es que Hilarión hacía un breve repaso de los autores “antiguos” y “modernos”, a fin de ofrecer a sus lectores una visión de la literatura mexicana y de los cauces que ésta tomaría en el futuro. Así, se comportó como un crítico intuitivo y pasional más que racionalista, pues su objetivo último consistía en evidenciar la existencia de una literatura netamente nacional, sin importar sus problemas formales y conceptuales.

El tercer capítulo se centra en el análisis de las cuatro novelas que escribió. Dos de ellas (*Vulcano* y *El Hijo del Estado*) son relativamente conocidas, pero las otras (*La Colegiala* y *La tabaquera del anticuario*) han permanecido en la penumbra durante mucho tiempo. Es preciso indicar que, a excepción de *Vulcano*, las demás permanecen inéditas. Esto se explica por dos motivos: las obras se editaron en periódicos y se trata de producciones de mediana calidad. En un balance general, las dos primeras tenían una mejor estructura literaria, mientras que las otras adolecían de una propuesta sugerente; no obstante, resultaban más incisivas en cuestión de crítica social.

Frías recurrió a la novela para hacer patente su posición frente a los problemas que aquejaban a la sociedad, debido a dos razones: buscar un medio que le permitiera exponer sus puntos de vista, sin que le causara mayores problemas, es decir, utilizaba este género como una forma de matizar sus ideas críticas; y dado que, al igual que sus contemporáneos, el médico lo consideraba un instrumento ideal para transmitir ciertos conocimientos, éste se volvía una verdadera doctrina social y un recurso para denunciar el relajamiento de la moral. El queretano pretendía que sus críticas contribuyeran a la transformación de la ciudadanía, a través del ejemplo didáctico moralizante y la demostración experimental de los determinismos hereditarios de la colectividad. Su reformismo se sustentaba en la denuncia de los problemas más que en la propuesta de soluciones.

Los relatos de Hilarión se pueden ubicar dentro del género de la novela social, cuya pretensión es aportar enseñanzas, y se divide en dos tipos: la descriptiva, en la que el escritor muestra la psicología de los personajes, su medio, sus costumbres y sus sentimientos colectivos; y la ideológica, en donde los sujetos tienden a la crítica de las instituciones y abogan por el establecimiento de doctrinas reformadoras. Un aspecto significativo de sus obras es la presentación despectiva de las mujeres. Desde su perspectiva, ellas causaban la mayor parte de los males, puesto que se alejaban de los patrones morales impuestos por la sociedad mexicana decimonónica; razón por la cual no debe extrañar que la mayoría de las protagonistas femeninas en sus novelas tengan un fin trágico.

En el cuarto capítulo se exploran los escritos históricos de Frías sobre la Intervención francesa y el Imperio. Pese a que no redactó sus textos para ofrecer una visión personal de los acontecimientos ocurridos entre 1861 y 1867, sino en oposición a las opiniones de algunos autores nacionales y extranjeros, un análisis detallado al respecto revela su percepción de la historia y de los hechos. Diversas situaciones, entre

ellas conocer en persona al emperador Maximiliano, provocaron que su mirada sobre la guerra de Intervención, al menos en sus dos primeros escritos, fuera más comprensiva, al grado que fue uno de los que solicitaron que no se aplicara la pena de muerte a los servidores del Imperio. Incluso la figura del emperador lo cautivó tanto que le prodigó numerosos elogios en sus obras; además de reconocer que éste había sido víctima de las circunstancias, pues Napoleón y los conservadores lo engañaron.

La perspectiva condescendiente de esa etapa de la historia mexicana se modificaría en sus últimos textos, pues en ellos mostraba una actitud más severa hacia el papel que los conservadores desempeñaron. El cambio en su postura se explica por las transformaciones políticas del país. Si en un principio abogó por la incorporación paulatina de los colaboradores del Imperio, esta opinión se trastocaría a finales de siglo, cuando consideró peligrosa la presencia de ciertos elementos conservadores en la esfera pública. Otro asunto de sumo interés es la manera en que enmendó su discurso sobre Benito Juárez, a quien al inicio no le perdonó que hubiera promovido la Convocatoria de 1868. Sin embargo, con el paso del tiempo, cambió de parecer y se sumó al grupo de escritores que ayudaron a forjar el mito del benemérito.

Por su temprana participación en el debate sobre el significado de la guerra de Intervención francesa y el Imperio, es posible calificar a Hilarión como uno de los primeros constructores del mito liberal sobre este evento histórico. Aunque su objetivo primordial era el debate, su labor crítica seguía un método: al comienzo trataba de investigar los “antecedentes” del autor, es decir, el contexto en que se producía la obra, su estado psicológico y sus “verdaderas tendencias” políticas. Este proceso demuestra su gran perspicacia, pues la moderna historiografía pone particular atención en el contexto o “lugar social de producción”. Para el queretano era evidente que la historia se debía contar completa sin omitir ningún detalle, ya que una “historia truncada” no beneficiaba a nadie; la misión de ésta historia consistía en dejar un “recuerdo de gloria” para “nuestros hijos” y una lección permanente a los pueblos, esto es, una enseñanza para el futuro. Debido a que Frías fue uno de los primeros escritores que se ocuparon de narrar los acontecimientos mencionados, resulta de sumo interés conocer la forma en que estructura sus argumentos y explica los sucesos acaecidos en esos “años aciagos” para la República.

Capítulo 1

“El más insignificante de los escritores”: Hilarión Frías y Soto

Por un momento cierro mi puerta a ese fatigoso jadear de la gran ciudad, para evocar un recuerdo del suelo donde nací, que no olvido en medio de mis decepciones y luchas, y que es el último amor que en el corazón me queda, aunque sé que en esa ciudad hasta mi nombre se ha olvidado.

El Siglo Diez y Nueve, 6 de octubre de 1894

En los testimonios de los viajeros nacionales y extranjeros se mencionaba que realizar un viaje de la ciudad de México a la de Querétaro, durante las primeras décadas del siglo XIX, representaba una experiencia embarazosa, pues el camino estaba descuidado y dificultaba el tránsito de las diligencias, coches, acémilas y caballos, lo cual provocaba que los recorridos fueran largos, “penosos”, “molestos” y “fatigosos”. A ello se sumaba el peligro de ser asaltado o sufrir un accidente de terribles consecuencias. El recorrido de Querétaro a la ciudad de México tenía un costo alto y sólo era realizado por estudiantes, comerciantes y políticos, quienes fungían como enlace con el exterior. Por el alquiler de dos caballos se tenían que desembolsar diez pesos, y tres por el de un burro; además del pago a los organizadores de la caravana que, regularmente, eran los hermanos Montana. Si se hacía en diligencia, el viaje duraba dos días, pero con el inconveniente de que los desplazamientos no eran constantes y a veces resultaba difícil conseguir un medio de transporte para trasladarse a la capital de la república.¹

Así le sucedió a un joven queretano que el 11 de enero de 1850 le escribió al director de la Escuela de Medicina para pedirle que lo inscribiera en la matrícula escolar, pues no había tenido la oportunidad de conseguir un lugar en las diligencias y en los carruajes particulares que salían de Querétaro a la ciudad de México, razón por la cual no podía hacer los trámites personalmente. La petición del estudiante fue aprobada y éste logró integrarse a dicha escuela.² El joven al que se ha hecho referencia es Hilarión Frías y Soto, un hombre que dedicó una buena parte de su vida a la literatura, la historia y el periodismo. Frías y Soto fue polifacético, pues lo mismo tomaba la pluma con el fin de debatir los

¹ Trueba, *Teatro*, 1954, p. 49; Frías, *Calles*, 1910, p. 157; Priego, *Manera*, 1989, p. 29; Ratz, *Querétaro*, 2005, p. 111.

² Archivo Histórico de la Facultad de Medicina (en adelante AHFM), Fondo Escuela Nacional de Medicina, Hilarión Frías y Soto, legajo 27, exp. 10, f. 8; Llano, *Iglesia*, 2000, pp. 16-17.

asuntos políticos del momento, que empuñaba la espada para defender a la patria contra los invasores franceses. Y es que para este escritor era evidente que las ideas no sólo debían quedarse plasmadas en el papel, sino también poner en práctica todo aquello que se preconizaba.

La intención de esta investigación es mostrar la vida y obra de un escritor que quizá no alcanzó el brillo de otros personajes de su generación, tales como Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, José Tomás de Cuéllar, Manuel Orozco y Berra, Manuel Payno y otros más, y que, sin embargo, dejó un amplio legado en el que se incluyen traducciones, artículos periodísticos, obras históricas, literarias y poéticas. Al igual que sus contemporáneos, Hilarión tuvo la oportunidad de participar en las lides políticas. En su tierra natal ocupó diversos cargos públicos y fue nombrado diputado federal en varias ocasiones. En este capítulo se buscará mostrar los vínculos políticos y literarios que Frías y Soto estableció en Querétaro y en la ciudad de México. Para ello, se dividirá el capítulo en dos partes: la primera constituye un recuento de los orígenes de la familia Frías para entender las circunstancias de vida del escritor queretano y la segunda evidencia la actuación literaria y política del mismo.

Perfil de una familia queretana: los Frías

De acuerdo con Vicente de P. Andrade, los Frías era una familia de vieja prosapia, iniciada con el doctor Bartolomé Frías Albornoz, nacido en 1520 en Talavera, quien fue uno de los primeros profesores de la Universidad de México; lugar en el que impartía la cátedra de derecho civil. Sus vastos conocimientos lo hicieron merecedor de las insignias doctorales en la catedral de México, acto al que asistió el virrey Luis de Velasco y en el que Luis Cortés, el hijo de conquistador del imperio mexicana, fungió como padrino. Los Frías se establecieron tanto en la ciudad de México como en Santiago de Querétaro, lo cual no resulta extraño si se tiene en cuenta que las dos ciudades pertenecían a una misma provincia. Esta familia se caracterizó por la endogamia; el árbol genealógico realizado por Andrade daba cuenta de la boda entre familiares cercanos.

La unión entre familiares era explicable en una sociedad sumamente estratificada como lo era la queretana y provocaba una marcada separación entre los diversos grupos sociales, razón por la cual no resulta extraño que los Frías se relacionaran con otras familias

de prosapia, como los Llata, los Ecala y los Alcocer. No todos los Frías tenían una posición económica desahogada. No obstante, por sus antecedentes familiares, se ubicaban en las escalas superiores de la sociedad queretana, sin que ocuparan la más alta. El caso de María Josefa Vergara y Hernández, quien se había casado con José Luis Santos Frías, uno de los hijos de José Antonio Frías, era emblemático.³

Josefa Vergara era considerada la gran benefactora de la ciudad de Querétaro, pues había cedido sus bienes a la ciudad con la intención de que se realizaran obras de beneficencia pública. Las disposiciones testamentarias, dictadas el 22 de diciembre de 1808, indicaban que los bienes debían ser administrados por el Ayuntamiento de la ciudad. Josefa murió el 22 de julio de 1809, su herencia era considerable, pues había legado una de las haciendas más ricas de Querétaro: la de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, que estaba compuesta de seis labores principales (El Blanco, San Vicente, El Coyote, Viborillas, Peñuelas y La Caja) y de dos ranchos anexos (el Trecho y Cenizas). También donó otras dos haciendas (Galeras y la Peñuela), varios ranchos, tres casas habitación ubicadas en la calle del Perdón,⁴ mobiliario, menaje de plata y alhajas. El monto de la herencia se calculaba en 190 000 pesos, sin contar los legados a conventos y particulares. Sin embargo, un cuadro situado en la Rotonda de los Queretanos Ilustres menciona que eran 800 000 pesos.

La hacienda de la Buena Esperanza era tan productiva que mereció los elogios del barón de Humboldt, e incluso fue la manzana de la discordia de distintos grupos políticos.⁵ Con el objetivo de proveerse de recursos para la defensa de la ciudad, el intendente de Puebla, Manuel de Flon, quien se había desplazado a Querétaro para reforzar las tropas del regimiento de esa entidad, ordenó en 1810 que la fortificación de la urbe se pagara con el dinero tomado de los bienes de la hacienda. Esta hacienda vivió su momento más complicado el 25 de noviembre de 1844, fecha en la que Antonio López de Santa Anna arribó a la ciudad de Querétaro y decidió sustituir al gobernador Sabás Antonio Domínguez

³ Frías, *Estudio*, 1912, pp. 4, 6; Super, *Vida*, 1953, p. 153.

⁴ Frías, *Calles*, 1910, p. 72. Una de las casas que pertenecían a Josefa Vergara fue ocupada por José Frías, padre del cronista Valentín Frías.

⁵ Serrera, *Ciudad*, 1973, p. 6; García Ugarte, *Liberalismo e Iglesia católica en México*, pp. 34, 119-120; *Idem*, *Breve*, 1999, p. 118; Frías, *Leyendas*, tomo III, 1988, p. 169; *Idem*, *Calles*, 1910, p. 142; *Idem*, *Leyendas*, tomo I, 1990, pp. 73-74; Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 11-12. Humboldt se mostraba sorprendido de que, pese a la feracidad de los valles queretanos, en la hacienda de la Buena Esperanza una fanega de maíz produjera 800, lo que superaba con gran margen la proporción media de 150 fanegas en la región equinoccial del virreinato.

y a la Junta Departamental; como castigo por la protesta que remitieron al Congreso de la Unión contra los actos del Ejecutivo, el general Julián Juvera fue nombrado gobernador sustituto. Santa Anna se reunió con los miembros del Ayuntamiento para exponerles que, ante la carencia de recursos económicos, había decidido vender Buena Esperanza, por lo tanto necesitaba de la firma de los albaceas; los síndicos se negaron y, en consecuencia, los mandaron a apresar.

De regreso de Silao, Santa Anna decidió perdonar a los queretanos y restableció al gobernador, a la Junta y al Ayuntamiento. Cinco años después, Cayetano Rubio, el rico industrial queretano poseedor de las fábricas Hércules y La Constancia, intentó apropiarse de ella. Su propuesta de compra fue aceptada por el Ayuntamiento, en vista de los problemas que generaba su administración.⁶ Los recursos obtenidos con la venta de la hacienda, más los bienes legados por Vergara, se utilizaron en la edificación de un Hospicio de Pobres, una Casa de Expósitos, el alumbrado general de las calles con serenos asignados a cada una de ellas, el Gran Teatro Iturbide, los baños del pueblo de la Cañada y varias casas particulares, construidas con la finalidad de que los ingresos por su renta ayudaran al sostenimiento del Hospicio. La donación de Josefa Vergara constituía un timbre de orgullo para los Frías. Otros miembros de esa familia también poseían haciendas, pero de menores dimensiones que las donadas por Vergara y no eran tan productivas.

José Ignacio Frías era dueño de las haciendas de Santa Cruz y de Dolores (ubicadas en el distrito de Querétaro), las cuales compró a María Cornelio Codallos en 1797, pero tenían una deuda de 12 000 pesos (4 000 pesos por cada una), producto de tres capellanías colectivas o eclesiásticas que había fundado Codallos. Ignacio tenía la obligación de pagar las capellanías que se deducirían de los 30 000 pesos en que se encontraban valuadas las haciendas; esta deuda tendría que pagarla en un plazo de nueve años. En 1832, Luisa Servín, albacea de su esposo José Ignacio Frías y heredera de su hijo Ignacio, profesó en la religión de misioneros apostólicos franciscanos. A nombre de ella y de sus hijos (Rafael, Agustín, Margarita, Francisca, María de la Concepción y José Dolores) vendió parte de la hacienda Dolores a Mariano Oyarzabal, quien poseía la hacienda del Agua del Coyote. El 8 de abril de 1839, Servín vendió lo que restaba de la hacienda de Dolores y la de la Santa Cruz a Francisco González Cosío.

⁶ García Ugarte, *Breve*, 1999, pp. 166-167.

José Frías, padre del cronista Valentín F. Frías, poseía una hacienda llamada Saldarreaga, situada en el camino hacia Guanajuato. Luciano Frías y Soto también fue dueño de una hacienda, aunque de este caso se hablará con más detalle en otro apartado. La posición económica y social de los Frías les permitió ocupar puestos políticos de importancia, incluso uno de ellos sería gobernador interino durante la Revolución.⁷ Las primeras referencias que se tienen de los Frías datan de las últimas décadas del siglo XVI y muestran que tenían vínculos con las esferas políticas y religiosas, los cuales se preservaron durante el XIX.

Por ejemplo, el doctor en cánones José Jiménez Frías fue abogado de la Audiencia de México y del Colegio de Abogados; además, tuvo a su cargo las iglesias de Tequisquiapan, Taxco e Ixtlahuaca. También era famoso por los sermones que predicaba, algunos de los cuales fueron publicados. Asimismo, se tienen noticias de que, en 1782 Ignacio Antonio de Frías Valenzuela ocupó la prefectura de la Congregación de la Santísima Virgen de Guadalupe de Querétaro. En tanto, el abogado José A. López Frías fue fiscal del cuerpo de artillería y asesor del cuerpo de dragones provinciales de Querétaro y Celaya. Después de la proclamación de la Independencia y de la instauración de Querétaro como estado de la República (1822), los Frías tuvieron una intensa participación en la política estatal; varios de sus integrantes ocuparon cargos en la administración pública y en las legislaturas estatal y federal.

En 1822 Salvador Frías fue nombrado alcalde tercero constitucional propietario. Además de ser uno de los primeros miembros del Tribunal Jurado, el cual estaba conformado por doce personas y cuya atribución era conocer las causas civiles y criminales que se entablaban contra los ministros y el fiscal del Supremo Tribunal de Justicia. Salvador ocupó dicho cargo en dos ocasiones: marzo de 1826 y agosto de 1829. Es importante señalar que, en 1808, Salvador había sido alcalde ordinario de segundo voto, es decir, se encargaba de la administración del tercer cuartel de la ciudad. Por su parte, José Frías y Tovar fue elegido diputado al Congreso de la Unión en 1825; mientras que José María Frías fue nombrado alcalde del Ayuntamiento de la ciudad de Querétaro al año siguiente. En tanto, Esteban Frías y Tovar obtuvo el nombramiento de Juez de Letras de

⁷ García Ugarte, *op. cit.*, pp. 49, 109-112; Frías, *Leyendas*, tomo III, 1988, p. 30; *Idem*, *Leyendas*, tomo IV, 1989, p. 38; *Idem*, *Leyendas*, 1990, pp. 253-254.

Querétaro a principios de 1827, pero en noviembre de ese mismo año tuvo que enfrentar una demanda que le interpuso Miguel Rubín de Noriega en el Superior Tribunal de Segunda Instancia; debido a su “informalidad” en el reconocimiento del maíz que el demandante poseía en una de sus haciendas y por cuya causa se había perdido parte del mismo. Al parecer el proceso no lo afectó, pues en 1835 todavía conservaba el juzgado de letras, e incluso formó parte del Ayuntamiento.

En 1847 Francisco Frías y Herrera fue nombrado presidente de la Junta de Auxilio a la Patria que se estableció en la parroquia de la Divina Pastora, la cual estaba conformada por 80 contribuyentes que ayudarían al ejército en las operaciones que realizaran contra los invasores norteamericanos. Más tarde, en 1855, el gobernador Francisco de Paula Mendoza decidió que Francisco fuera uno de los integrantes del Tribunal Especial, al que también se integraría Agustín Frías y Servín,⁸ organismo que tenía la atribución de juzgar a los ministros de la Suprema Corte de Justicia, a los jueces, letrados, alcaldes, tribunales mercantiles y jurados. El Tribunal dejó de funcionar durante la guerra de Reforma y se reinstalaría con el triunfo de los liberales en 1860, año en el que Francisco volvió a ocupar el puesto. Tres años antes (1857) había sido designado consejero de gobierno y durante la guerra de reforma presidió una prefectura política. Asimismo, como diputado federal (1863) marchó a San Luis Potosí para respaldar el gobierno de Juárez. Otras de las actividades que Francisco desarrolló fue el periodismo, pues poseía una imprenta en la que editó *La Opinión*, *El Federalista*, *El voto de gracias*, *El israelita*, *El diario del ejército*, *El correo del ejército* y *El diablo verde*.

En 1850 Juan N. Frías fue nombrado procurador de justicia y más adelante, se enfocaría al ámbito periodístico, en su imprenta se publicaron *El Precursor* y *La Gaceta de Querétaro*. Por otro lado, para 1856 Rafael Frías y Servín formaba parte del grupo de queretanos que buscaban la desaprobación de los diputados constituyentes a la tolerancia de cultos, motivo por el cual emitieron una representación en la que ponían de manifiesto su opinión. Ese mismo año, Antonio Frías fungía como comandante de la Guardia Nacional residente en el cuartel de Carmen y, tiempo después (1876), ocuparía la diputación estatal. Además, Antonio estuvo presente, junto con Justo Torres, Joaquín Roque Muñoz y Juan B.

⁸ Zelaa, *Glorias*, 1803, pp. 54, 172; Jiménez, *Sistema*, 2005, pp. 255, 298, 351, 367, 539, 542, 656; Suárez, *Constitución*, 2000, pp. 302, 576, 601; Llano, *Partido*, 2005, p. 43; *Antología*, 2005, p. 14.

Alcocer; en la reunión que sostuvieron Porfirio Díaz y José María Iglesias en la hacienda de la Capilla el 19 de diciembre de 1876, a fin de llegar a un acuerdo para poner punto final al levantamiento de Tuxtepec.

En 1857 Francisco Frías y Herrera era consejero de gobierno. Epifanio Frías fue miembro del Ayuntamiento de San Pedro de las Cañadas en 1870. Al año siguiente, en su faceta de regidor de este organismo, Juan N. Frías fue uno de los que apoyaron la petición de un grupo de católicos que solicitaban que el gobierno devolviera el claustro adyacente a la catedral y la sacristía al cabildo eclesiástico.⁹

Francisco Frías Alcocer fue electo regidor del distrito del centro en 1887. Asimismo, estableció nexos con el Círculo Nacional Porfirista de la ciudad de México, y sirvió como portavoz de un grupo de queretanos que apoyaron la reelección de Díaz (1899), e incluso participó como mulero en una corrida de toros (1887) organizada en beneficios de las fiestas de navidad. No debe sorprender esta actitud, pues uno de sus parientes, Salvador Frías, se dedicaba a la tauromaquia. También en 1887, Refugio Esquivel y Frías sería nombrado presidente de la mesa directiva del Club Porfirio Díaz, asociación en la que participaba como redactor de *La Gaceta*, una publicación del Club. Un año más tarde Refugio sería reelegido presidente del mismo.

En 1892 nombraron presidente del club de estudiantes “Héroes Mexicanos” a Luis Frías y Fernández, y designaron a José Frías Obregón para ocupar la contaduría de hacienda. En 1913 Francisco Frías fue elegido diputado al Congreso de la Unión por Querétaro. Tres años antes, Juan N. Frías y Valentín F. Frías se encontraban entre los firmantes de una carta, en la que se rechazaba la iniciativa de Francisco I. Madero de levantarse en armas. Ésta había sido elaborada por las principales familias de la élite queretana y por católicos militantes. El escritor Valentín Frías volvería a aparecer en la escena política en 1911, ya que el 8 de junio se estableció el Partido Católico Nacional en Querétaro, del que sería nombrado tesorero. Luis Frías Hernández ocupó de manera interina el gobierno del estado en dos ocasiones: del 15 al 21 de noviembre de 1915 y del 5 al 19 de octubre de 1916.

Los Frías no sólo se dedicaron a la política, sino que también tuvieron una importante participación en la vida cultural queretana. En las ceremonias cívicas del 15 de

⁹ Llano, *Iglesia*, 2000, pp. 58-59; Gutiérrez, *Vida*, 2004, pp. 75, 110, 232; Díaz, *Historia*, 1968, pp. 15, 57, 78.

septiembre era habitual que un miembro de esta familia pronunciara el discurso oficial. Durante varios años así lo hizo Luciano Frías y en 1872 cedió ese honor a Benito Frías.¹⁰ Asimismo, uno de los impresores más afamados de la ciudad era Francisco Frías y Herrera, quien estableció su imprenta en 1844 y puso a la venta, dos veces por semana, la suscripción del periódico francés *Trait d'union*, del que decía que daba “las noticias nacionales y sobre las obras de la literatura francesa recientes antes que ningún otro”. Aunque la suscripción se abrió al público en general, en realidad el periódico sólo se distribuyó entre un selecto grupo de queretanos, círculo que tuvo la oportunidad de adquirir *Los misterios de París* de Eugenio Sué. Otros dos miembros de la familia proseguirían la tradición: Luciano Frías y Soto en 1850 y Luis G. Frías en 1900. La imprenta tenía la particularidad de ser una asociación. Frías y Herrera fue el propietario del primer teatro de la ciudad llamado Teatro de la Media Luna o Coligallo, el cual se fundó en el segundo tercio del siglo XIX y se clausuró en 1880. Dicho teatro se ubicaba en el número 7 de la calle Huaracha.

Entre los Frías, también había algunos escritores, los más famosos eran Valentín F. Frías y los hermanos Frías y Soto (Luciano, Hilarión y Eleuterio). De los últimos me ocuparé en extenso en los siguientes apartados, por lo que ahora sólo me referiré al primero, quien escribió dos obras que buscaban mostrar, a través de crónicas, los sucesos más importantes de la antigua ciudad queretana: *Las calles de Querétaro* y *Leyendas y tradiciones queretanas*. Pese a no ser considerado un escritor excelso que extasiara con sus relatos, Valentín tuvo la fortuna de que su trabajo se reconociera como una aportación a la historia queretana. Otros Frías publicaron trabajos menores,¹¹ por ejemplo, en 1885 Refugio Esquivel y Frías fue el encargado de redactar el folleto en el que se narraban las actividades de la Congregación de Guadalupe, durante la renovación del juramento a la virgen de Guadalupe, ocurrida el mismo año. José F. Frías, hermano del cronista Valentín, era un pintor destacado que tenía su taller en la ciudad de México. Una de sus obras ganó el

¹⁰ *La Sombra de Arteaga*, 11 de enero de 1886 y 17 de julio de 1888; Suárez, *Constitución*, 2000, pp. 255, 307, 586, 609, 617; Díaz, *Historia*, tomo III, 1979, pp. 49; Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, pp. 78-79; Llano, *Partido*, 2005, pp. 23, 34; *Idem*, *Iglesia*, 2000, p. 123; Ramírez, *Apuntes*, 1962, p. 128; Suárez, *Constitución*, 2000, pp. 215, 280-281; Rodríguez, *Efemérides*, tomo I, 1973, pp. 314, 327, 332, 362, 381; *Idem*, *Efemérides*, tomo II, pp. 17-18, 176, 186; Anaya, “Inicios” en Obregón, *Historia*, 1987, p. 85; Gutiérrez, *Querétaro*, 2008, p. 97.

¹¹ Llano, *Iglesia*, 2000, p. 27. El Teatro de Coligallo en realidad era una plaza que permitía llevar a cabo representaciones dramáticas y tertulias familiares. Los jueves y domingos se realizaban las funciones. Por lo general, cuando concluía una obra de teatro se presentaba un número musical para cerrar.

primer lugar en el Gran Certamen de Pintura y Escultura realizado en Querétaro (1901), lo cual sirvió como pretexto para que las autoridades gubernamentales lo invitaran a integrarse a la nómina de profesores que conformarían la Academia de Bellas Artes, misma que estaba en proceso de formación. Frías aceptó la propuesta, por lo que se encargó de formar una generación de jóvenes pintores; Además, sus dibujos se incluyeron en los libros de Valentín.

Por otro lado, la señora Frías de Ríos era una actriz recurrente de las representaciones realizadas en el Gran Teatro Iturbide. Le recordaban, sobre todo, por su trabajo en la zarzuela *La hija del mar*, que se llevó a escena en los primeros días de diciembre de 1880. En el ámbito religioso, el presbítero Daniel Frías ocupó puestos de importancia en la jerarquía eclesiástica queretana, pues fue capitular y canónigo teologal de la catedral y vicerrector del seminario desde 1888. En uno de sus viajes a Roma, Frías trató de promover la conclusión de la causa de beatificación de fray Antonio Margil de Jesús, la cual se había comenzado en 1769, pero los cuantiosos gastos que implicaba la obra provocaron que detuviera su empeño. La muerte de Frías detuvo por completo la empresa.

En este recuento general de la familia Frías, se puede observar su relevancia en los ámbitos político, social, cultural y económico. No cabe duda de que dejaron estampada su huella en el Querétaro decimonónico. En la presente investigación, se ha dejado en un apartado especial a la familia Frías y Soto, cuna de dos hombres que brillarían con luz propia: Luciano e Hilarión.¹²

Los Frías y Soto: una familia de políticos y literatos

La genealogía de Vicente de P. Andrade indica que los Frías y Soto descendían de José Antonio Frías quien se había casado con María Felipa Cortés. De ese matrimonio nacieron nueve hijos: Manuel, Luisa, Francisco, Cecilia, Salvador, Miguel, José Luis, Encarnación e Isabel. A su vez, Miguel Frías Cortes se desposó con Mariana Múgica y procrearon seis hijos: Mariano, Ignacia, Agustina, Ana, José M. y Miguel. El mayor de ellos, Mariano Frías Múgica, contrajo nupcias con Antonia Soto. De ese enlace nacieron doce hijos: Felicitas, Adelaida, Soledad, N., Ramón, Dolores, Carlos, Eleuterio, Loreto, Concepción, Luciano e

¹² Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 18-20, 107, 125; Frías, *Leyendas*, tomo III, 1988, pp. 228-229, 246; *Idem*, *Leyendas*, tomo IV, 1989, pp. 67, 92; *Idem*, *Leyendas*, 1990, pp. 9, 87, 127, 147; *Idem*, *Leyendas*, tomo I, 1990, p. 175; Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, p. 272; Ramírez, *Querétaro*, 1956, p. 150; Priego, *Manera*, 1989, pp. 33-34.

Hilarión. De los Soto existen escasas referencias; es probable que Juan Nepomuceno Soto fuera el padre de Antonia. Juan fue nombrado fiscal del Tribunal Jurado de 1826, donde también se encontraba Salvador Frías, hermano de Mariano.

En 1843, Nepomuceno Soto ocuparía un lugar en el Ayuntamiento. En 1858 se tienen noticias de que Felipe Soto se convirtió en el dueño de la hacienda de Obrajuelo, la cual había tenido subarrendada hasta antes de que entraran en vigor las leyes de Reforma. En 1884, Emilia Soto mandó construir un monumento en el Cerro de las Campanas en honor de Maximiliano, Miramón y Mejía, el cual permaneció en pie hasta 1901, año en que se construyó la capilla mortuoria a iniciativa del gobierno mexicano. La relación de Andrade no permite dilucidar cuál era el lugar que les correspondía a Luciano, Hilarión y Eleuterio en el orden familiar. Los datos indican que Hilarión era el mayor de los tres, pues nació el 22 de octubre de 1831; Luciano, el 7 de enero de 1834 y Eleuterio, el 20 de febrero de 1845. De los demás miembros de la familia Frías y Soto no se tienen noticias, sólo se sabe que Dolores era profesora y otra de sus hermanas formaba parte del Conservatorio de Música.¹³

Los Frías y Soto se criaron en el seno de una familia que conjugaba un padre de tendencias liberales con una madre sumamente religiosa. Los hijos seguirían los pasos del padre, pese a que la madre los trató de educar en un ambiente más conservador. Aunque existen pocas noticias de la niñez de los hermanos Frías, Hilarión refería que ellos acompañaban a su madre a la iglesia.¹⁴ Él y Luciano tuvieron vidas parecidas, a pesar de desenvolverse en distintos lugares, mientras el segundo prefirió seguir con sus actividades en Querétaro; Hilarión eligió el glamour de la ciudad de México. Los tres eran considerados los miembros más destacados de la intelectualidad queretana de mediados del siglo, pues convivían con José María Rivera, Hipólito Alberto Vieytes y Gabino Bustamante.¹⁵

Al igual que la mayoría de sus contemporáneos; los hermanos Frías y Soto combinaron las actividades políticas con las intelectuales. Vivían en la calle de Lepe o calle

¹³ Frías, *Estudio*, 1912, pp. 9-11; Frías, *Calles*, 1910, p. 230; *Idem*, *Leyendas*, tomo I, 1990, p. 97; Jiménez, *Sistema*, 2005, pp. 298-334; Suárez, *Constitución*, 2000, p. 596; García Ugarte, pp. 157, 202-204; Díaz, *Historia*, tomo III, 1979, p. 7; Rodríguez, *Efemérides*, tomo IV, 1973, p. 53; *Idem*, *Efemérides*, tomo I, pp. 216-217; *Idem*, *Efemérides*, tomo III, 1973; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Pola indicaba que Hilarión nació el 21 de octubre de 1836, fecha que se encontraba equivocada.

¹⁴ *El Diario del Hogar*, 31 de agosto de 1884 y 23 de agosto de 1888.

¹⁵ Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, p. 10.

Nueva (ahora Próspero C. Vega).¹⁶ Ubicada, de acuerdo con la división del alcalde Juan José García Rebollo del 7 de febrero de 1822, en el segundo cuartel mayor. La casa de los Frías se ubicaba en el corazón de la capital del recién instituido estado de Querétaro, al cual se le concedió tal categoría¹⁷, el 4 de octubre de 1824. El nuevo estado mantenía un crecimiento constante desde principios de siglo. De tal manera que, al inicio de la siguiente década (1830), contaba con una población de 114 437 personas y, para fines de la misma, había aumentado a 120 560; la cuarta parte se ubicaba en la capital.

El crecimiento poblacional y las decisiones políticas ocasionaron el establecimiento de una nueva distribución para la ciudad. Se abandonó la propuesta (1799) de dividir la ciudad en tres cuarteles mayores y nueve menores o barrios. El primero de ellos estaba a cargo del alcalde de primer voto, el segundo, del corregidor, y el tercero, del alcalde de segundo voto. En la propuesta determinada el 7 de febrero de 1822 por el alcalde Juan José García Rebollo, se distribuía la ciudad en 16 cuarteles, mismos que eran gobernados por un corregidor y dos auxiliares. La división eclesiástica de la ciudad se había llevado a cabo en 1771, cuando se instituyó el curato de Santiago, el cual ocupó la iglesia y el convento de San Ignacio que había sido incautado el 25 de junio de 1767. Más adelante, el 22 de abril de 1805 se planteó una nueva distribución. Se establecieron cuatro curatos: Santiago, La Divina Pastora, Espíritu Santo y Santa Ana, y se creó San Sebastián, que se encontraba en las afueras de la ciudad.¹⁸

La casa de los Frías y Soto se ubicaba dentro de la jurisdicción de la iglesia parroquial de Santiago, lugar en el que fueron bautizados todos los hijos de esa familia. Es importante mencionar que esta iglesia era la más importante de la ciudad. Por los años en los que nacieron Hilarión y Luciano Frías, Querétaro experimentaba problemas políticos derivados de la inestabilidad que se vivía en todo el país. Aunque el 25 de agosto de 1829

¹⁶ Frías, *Proyecto*, 1910, p. 10. En 1910, con motivo del centenario, el ayuntamiento pidió a Valentín Frías que propusiera una nueva nomenclatura para las calles de la ciudad de Querétaro. Entre sus propuestas, se encontraba que la calle Nueva fuera bautizada con el nombre de calle del doctor Lavia.

¹⁷ García Ugarte, *Breve*, 1999, pp. 126-128; Landa, *Querétaro*, 1988, tomo I, p. 121. El 1 de junio de 1824 se nombró un triunvirato (Andrés Quintanar, José Manuel Septién y Juan José Pastor), que fungiría como Supremo Poder Ejecutivo Provisional del Estado. El 12 de agosto de 1825 se sancionó la primera constitución local y se destacó que el territorio estatal estaba dividido en seis distritos: Amealco, Cadereyta, Querétaro, San Juan del Río, Jalpan y Toliman. El 8 de octubre de 1825 se eligió como primer gobernador constitucional a José María Díez Marina.

¹⁸ Llano, *Iglesia*, 2000, p. 42. La difícil situación que atravesaba la Iglesia ocasionó que en 1831 se redujeran los curatos: el del Espíritu Santo se fundió con el de Santa Ana, y el de la Divina Pastora (San Francisquito) con el de Santiago.

fue electo gobernador el coronel José Rafael Canalizo, quien fungía como comandante militar de la zona y era hermano de Valentín Canalizo, considerado uno de los hombres más cercanos a Antonio López de Santa Anna. Valentín tuvo que abandonar su puesto, debido al motín que en la ciudad de México encabezaron los partidarios de Manuel Gómez Pedraza y Vicente Guerrero; opositores de Santa Anna. Ante tal situación, José Rafael decidió renunciar a finales de diciembre de 1829 y su cargo fue ocupado por Ramón Covarrubias.

En las nuevas elecciones que se realizaron, Manuel López de Ecala resultó triunfante y asumió el puesto el 1 de junio de 1830. Durante su gobierno, se preocupó por incentivar la producción agrícola y por apoyar el desarrollo de la industria textil de la entidad. Motivo por el cual fundó, en agosto de 1830, la Compañía Industrial de Querétaro. López de Ecala encabezó los destinos del estado hasta el 19 de diciembre de 1832 cuando José Rafael Canalizo regresó al gobierno, merced a los Convenios de Zavaleta, que reinstalaban a aquellos funcionarios que fueron sustituidos a causa del Plan de Jalapa.¹⁹

Como todos los niños de la elite queretana los Frías y Soto recibieron su educación en los Colegios de San Ignacio y San Francisco Javier, los cuales pasaron a manos del clero regular después de la expulsión de los jesuitas (1767).²⁰ El Colegio de San Ignacio era el más antiguo, pues se estableció el 20 de junio de 1625 gracias al patrocinio del doctor Barrientos y Ribera, alcalde mayor y asesor del virrey Márquez de Cerralvo, y de María de Lomelín, su esposa. En vista del reducido tamaño de este Colegio, el bachiller Juan Caballero y Ocio lo reedificó a fines del siglo XVII. Sin embargo, los jesuitas no quedaron contentos con la obra y decidieron volver a construirlo, por lo que las labores concluyeron en 1755. Asimismo, Caballero y Ocio propuso crear un establecimiento de enseñanza que apoyara al de San Ignacio, razón por la cual uno se instaló al lado del otro.²¹ Para el sostenimiento de la nueva institución de enseñanza, J. Caballero, destinó una hacienda de criadero que poseía 27 300 cabezas de ganado menor.

Los dos colegios fueron clausurados durante la expatriación; hasta que en 1771, las autoridades virreinales entregaron las instalaciones al clérigo Joseph Antonio de la Vía con

¹⁹ García Ugarte, *op. cit.*, 1999, pp. 129-131.

²⁰ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Ángel Pola indicaba que uno de los maestros de Hilarión fue el “primoroso poeta devoto” Agustín Guevara.

²¹ Frías, *Calles*, 1910, pp. 18-21; *Idem*, *Leyendas*, tomo I, pp. 372-373; Ramírez, *Querétaro*, 1956, pp. 218, 258; Serrera, *Ciudad*, 1973, pp. 41-42, 49; Jiménez, *Sistema*, 2005, p. 675.

el fin de trasladar la parroquia de Santiago a ese lugar. El 1 de marzo de 1778 se volvió a abrir el Colegio de San Javier se entregó con sus rentas, obras pías y oficinas. Su primer rector fue De la Vía; además, se impartirían cátedras de gramática y retórica, una de filosofía y dos de teología moral y escolástica. El Colegio quedó agregado a la Real y Pontificia Universidad de México y al Seminario Conciliar, por lo que obtuvo el título de Real y Pontificio Colegio Seminario. Tanto en la época colonial como en la independiente, los Colegios de San Ignacio y San Francisco Javier se volvieron el centro cultural de Querétaro; en sus aulas se formaron los cuadros directivos de la sociedad y la política. Los profesores habían pasado por las mismas aulas y ocupaban puestos importantes en la administración pública. No es extraño que los dirigentes de Querétaro mantuvieran, durante una buena parte del siglo XIX, un estrecho contacto con las órdenes religiosas y el clero secular. La educación básica, las primeras letras, el bachillerato y los estudios superiores estaban en manos del clero.

La mentalidad del hombre común, letrado o no, era intensamente religiosa; los queretanos decimonónicos eran muy católicos, creían en los dogmas, a los que se sumaban múltiples factores que contribuían a mantener vivos ese sentimiento y esas creencias.²² Además, los colegios mencionados eran reconocidos por sus estudios de latín, filosofía y teología dogmáticas, al grado de que se les conocía como la “Antorcha del Bajío”. Durante el rectorado de Manuel de Ochoa y Díaz (1832-1841) hubo innovaciones que transformaron a la institución; por ejemplo, se creó la carrera de derecho y se permitió la asistencia de los llamados “estudiantes de capa”, que se diferenciaban de los “colegiales de beca” en que aquéllos no estaban recluidos y debían pagar por sus estudios. Los cambios en el Colegio continuaron durante la gestión de José Ignacio Villaseñor (1842-1844), quien creó el alumnado externo, redujo el interno, abrió las puertas a los maestros seculares y cerró el seminario.²³

Pese a las modificaciones experimentadas en esos años, la institución vivía una situación de permanente crisis, derivada de la inestabilidad administrativa y las infracciones a la disciplina por parte de los estudiantes. Muestra de ello son los comentarios del rector

²² Zelaa, *Glorias*, 1803, pp. 46-48; Servín, *Tradiciones*, 1952, p. 108; Septién, *Historia*, 1966, pp. 145-146, 182-183; Suárez, *Constitución*, 2000, pp. 193, 197; Frías, *Leyendas*, tomo I, 1990, p. 210; Anaya, “Inicios” en Obregón, *Historia*, 1987, p. 57

²³ Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, pp. 296-298.

José María Ochoa (1844-1846) quien menciona la permanencia de los estudiantes durante las noches en las instalaciones del Colegio para estudiar, por ello, se les permitió llevar sus camas y quedarse en una sala bajo la vigilancia de los pasantes y los superiores de la casa. Un catedrático de filosofía llamado Jesús María Vázquez contravino las órdenes y dejó que tres de sus discípulos se quedaran en la sala de la cátedra de filosofía, lo que generó un conflicto entre el profesor y el rector. Este caso no fue el único; la desobediencia a las autoridades, tanto de profesores como de alumnos, era una constante en las primeras décadas del siglo XIX.

Para resolver la difícil situación, la legislatura local aprobó un dictamen en el que se planteaba devolver la institución a los jesuitas. Los promotores de la propuesta argumentaban que existían varias razones por las que se debía aprobar la resolución. No se había logrado reglamentar los estudios que se impartían, las leyes expedidas eran ineficaces, existía una desestabilización a causa de los constantes cambios de rector y catedráticos, y no había fondos suficientes para sostenerlo. En un tono melodramático los diputados explicaban que los factores anteriores desprestigiaban al Colegio, motivo por el cual los padres optaban por mandar a sus hijos a la ciudad de México o por dejarlos sin educación, lo que privaba al estado de una parte de sus hombres que hubieran servido con “luces y providad” (*sic*). A ello se suma la falta de instrucción que había provocado la degeneración de las costumbres.

El gobernador Francisco de Paula Mendoza (1847-1849) se opuso a la resolución de la Legislatura; sin embargo, fue rebatida por el periódico *El Federalista* y por Ezequiel Montes y José María Fernández de Jáuregui y Pastor, quienes formaban la Comisión de Instrucción Pública y Gobierno de la Cámara de Diputados. Estos últimos argüían que la devolución del Colegio a los jesuitas era la única forma por la que se podía revertir su mala fama. La Legislatura aprobó esta resolución y la turnó al poder Ejecutivo para que publicara el decreto; no obstante, el gobernador se negó a hacerlo. En consecuencia, fue consignado ante el Gran Jurado, que lo declaró culpable de desacato al artículo 127 constitucional, el cual lo obligaba a publicar las leyes y decretos emitidos por la Cámara de Diputados. Aunque el Gran Tribunal de Justicia lo perdonó, la Legislatura insistió en que se

hiciera oficial el decreto. El desacuerdo entre ambos organismos produjo una situación de ingobernabilidad, motivo por el cual Paula Mendoza tuvo que renunciar.²⁴

Ante tal hecho, se dispuso que se realizaran elecciones en las que Manuel Fernández de Jáuregui resultó electo gobernador; publicó el decreto y envió una carta al Superior Provincial de la Compañía de Jesús de México, con el objeto de informarle de la resolución tomada por la Legislatura. Sin embargo, el Provincial se negó a tomar posesión de los colegios, pues argumentaba que deseaba conocer la opinión del Congreso Federal, el cual resolvió de manera negativa, por consiguiente los jesuitas nunca volvieron a controlar los colegios. A pesar de que el conflicto del gobernador con los diputados tenía tintes políticos, la situación del Colegio no era nada favorable: en 1850 sólo se inscribieron 92 alumnos, la mitad de los que habían asistido en 1846. Incluso, el ambiente empeoró en 1855 cuando se realizó un motín de estudiantes que buscaba la dimisión del rector Manuel Mendiola.²⁵

A igual que los demás estudiantes del Colegio, los Frías debieron utilizar capas oscuras y largas durante todo el año, razón por la cual la gente denominaba “capenses” a los escolares. Éstos tenían la costumbre de reunirse en el Portal de Carmelitas, en las noches, se sentaban en las alacenas para tomar nieve, o en las boticas para platicar sobre diversos asuntos. A las 10 de la noche el sereno anunciaba el fin de la reunión, pues después de esa hora se impedía esta actividad por reglamento. Carecemos de datos que muestren si todos los Frías y Soto tuvieron acceso a la educación superior, ya sea dentro o fuera del estado. Los registros históricos indican que Luciano e Hilarión fueron enviados a la ciudad de México para concluir una carrera de superior medicina, lo que significa que la familia Frías y Soto gozaba de una posición económica desahogada que les permitía absorber unos gastos de esa magnitud.²⁶

Al parecer, Luciano no acabó los estudios y decidió regresar a la ciudad de Querétaro para dedicarse a otras actividades. No son claros los motivos por los cuales tomó esa decisión; es posible que el ambiente intelectual de la capital no le hubiera resultado atrayente y prefiriera desarrollar su potencial literario en su ciudad natal. De regreso a Querétaro, Luciano decidió instalar una imprenta en la calle de Flor baja número 12; a unos

²⁴ Llano, *Iglesia*, 2000, p. 21; Anaya, “Inicios” en Obregón, *Historia*, 1987, p. 53; Landa, Querétaro, 1989, tomo II, pp. 300-305.

²⁵ Llano, *op. cit.*, pp. 35-36, 43-44; Anaya, *op. cit.* p. 83; Landa, *op. cit.*, 1988, tomo I, pp. 216-222.

²⁶ Llano, *op. cit.*, p. 29.

cuantos pasos de donde se encontraba la de su tío Francisco Frías, quien tenía su taller en el número 5 de esa misma calle. La ubicación tan cercana de las dos imprentas puede explicarse tal vez porque Luciano se hizo cargo de la que pertenecía a su tío y sólo cambió su ubicación a un lugar más amplio.

La imprenta de Luciano cambió otras dos veces de domicilio; en 1851, a la calle de los Señores número 2 y unos años después, a la calle de Malfajadas número 9. Esto denotaba el crecimiento de su imprenta que contaba con el apoyo del gobierno, el cual le encargaba la impresión de la mayor parte de la documentación oficial; además, ahí se imprimían diversas publicaciones periódicas, entre ellas *La Sombra de Arteaga*, periódico oficial del estado del que fue su primer director y cofundador junto con Hipólito Alberto Viéytez, y el semanario *El Constitucionalista*, que sólo aparecía en los momentos de lucha electoral.

A la par de sus labores editoriales, Luciano se dedicó a actividades políticas y literarias.²⁷ Entre la élite queretana era reconocido como poeta, dramaturgo y periodista, por lo cual se le pidió encargarse de la ceremonia cívica del 15 de septiembre de 1854, en la que se iba a cantar por primera vez el himno nacional y se necesitaba que la ceremonia resultara conmovedora.²⁸ El anuncio de este evento suscitó gran sensación en la ciudad; el Gran Teatro de Iturbide fue ocupado en su totalidad y se tuvieron que conseguir sillas para colocar en los pasillos y una parte del escenario. El interés en escuchar el himno aumentó cuando se anunció que el maestro Bonifacio Sánchez, un reconocido músico de la ciudad, sería el encargado de dirigir la orquesta. La ceremonia se desarrolló de manera normal: se leyó el Acta de Independencia, Luciano recitó poesía de su inspiración y se lanzaron vivas a los caudillos. Momentos después, un grupo de niñas hizo su aparición y se dirigió al centro del escenario. Ellas iban vestidas con los trajes típicos de las naciones extranjeras con las

²⁷ Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, p. 34; Frías, *Leyendas*, tomo III, 1988, p. 228; Rodríguez, *Efemérides*, tomo IV, 1973, p. 145; Díaz, *Historia*, 1968, pp. 33-34, 48, 91-92; Gutiérrez, *Vida*, 2004, p. 233. En 1876, Luciano adquirió la imprenta de Mariano Rodríguez Velásquez, quien se había establecido en 1860, lo que representaba el fin de la competencia, pues ya no existía nadie que hiciera mella al monopolio de la impresión. En la imprenta de Luciano salieron a la luz, entre otros periódicos, *La Guardia Nacional* y *El Camino de Tampico*, del que fungiría como director. Frías tuvo la imprenta hasta 1898, año en el que la vendió a Luis G. Frías, con lo que el monopolio de la impresión siguió en manos de una misma familia. En la imprenta de Luis se editaría *La Crisálida*, periódico en el que era director Alejandro Frías. Años después, Luis G. Frías vendió la imprenta a Josefa Lozada. Se tiene conocimiento de otras dos imprentas vinculadas a los Frías: la de Frías hermanos y la de los Talleres Frías hermanos.

²⁸ Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, p. 237.

que México tenía relaciones y portaban la bandera del país que representaban; formaron un círculo, en cuyo centro se dispuso una niña que vestía como la Malinche y enarbolaba la bandera nacional.

La orquesta comenzó a tocar el himno nacional, el coro de niñas empezó a cantar, las abanderadas se postraron y sólo permaneció de pie la que enarbolaba la bandera nacional, quien comenzó a moverla con fuerza. Las crónicas mencionan que la escena causó conmoción que el público vitoreó el pabellón nacional “hasta el delirio”. La concurrencia pidió tres veces que Luciano saliera a escena para ovacionarlo, aclamación que se extendió a González Bocanegra, Jaime Nunó y Bonifacio Sánchez. El gobernador y los representantes de los poderes legislativo y judicial lo felicitaron por su “idea feliz y significativa”, e incluso se acordó darle un premio en numerario. Los elogios se repitieron en la prensa. Después de este evento, Luciano fue reconocido como un hombre “inteligente” y de gran “sensibilidad patriótica”.²⁹

Los Frías y Soto se distinguían por su adhesión al código liberal. Sin embargo, los hermanos tomarían distintas posturas con respecto a la participación política: mientras Luciano trató de mantenerse al margen, Hilarión se mostró, durante toda su vida, como un furibundo liberal. La posición mesurada del primero se advertía en un artículo que publicó el 10 de junio de 1856 en *El Monitor Republicano*, en el cual abogaba por la unión de los grupos políticos. El escritor menciona que éste era un principio de solidez que ayudaba al engrandecimiento de las naciones; no se debía buscar la unión por medio de la fuerza de la espada, sino por la unidad de la inteligencia, de tal manera que se convirtiera en la columna que sostenía la libertad y el progreso. Los enemigos del pueblo buscaban que los hombres libres se separaran, pues de esa forma el despotismo imperaría: un pueblo unido era capaz de derrocar a sus opresores.

Luciano advertía que México caminaba a la regeneración por lo que se necesitaba la unión. Los conservadores buscaban dividir al Congreso y al Ejecutivo, pero él estaba convencido de que no lograrían su objetivo, debido a que los poderes eran libres y el código de los libres era la unidad.³⁰ Como se puede apreciar, Luciano Frías mostraba un espíritu conciliatorio. Es importante mencionar que el artículo descrito es uno de los pocos que

²⁹ Llano, *Iglesia*, 2000, p. 27. El Gran Teatro Iturbide era el más importante de la ciudad y en el que se presentaban las mejores obras de la época.

³⁰ *El Monitor Republicano*, 10 de junio de 1856.

publicó para la prensa de la capital. En 1857 fue elegido por la Junta Patriótica para convertirse en el orador oficial de la ceremonia del 15 de septiembre, al lado de Camilo Méndez del Corral, quien se encargó de leer el Acta de Independencia y el manifiesto del Congreso de Chilpancingo, y de Mariano Vázquez, personaje que pronunció un discurso cívico. En 1862 Luciano fue designado secretario particular del general José María Arteaga. Sin embargo, tuvo que dejar el despacho a causa de una enfermedad.

Para manifestar su repudio a la invasión francesa, Luciano escribió un drama en tres actos y un poema titulado *Los franceses en México*, que se representó el 26 de julio de 1863. Ésta no era su primera obra teatral, ya que en 1853 había publicado la comedia en dos actos y en verso *El Artesano*. El 5 de mayo de 1866 Ángela Peralta se presentó en el Gran Teatro de Iturbide, lo que causó una gran conmoción en la ciudad, que deseaba escuchar al “ruiseñor mexicano”. Luciano escribió el siguiente poema en honor a la cantante:

“A la señora Ángela Peralta”

No partas, no, para otro continente

¿A qué verter sobre lejano suelo

esos acentos que robara al cielo

tu voz de rruiseñor puro y doliente?

Que se arome para tí el ambiente

con las coronas que en su amante anhelo

te arroja el pueblo despreciando el celo

con que tu canto oyó la extraña gente;

que ese pueblo que te nombra hermana

te adora, porque en tí mira el emblema

de tu gloria inmortal de soberana,

y su frente de rey noble y suprema,

por doblarla ante tí feliz se afana

porque te ve del genio la diadema.³¹

³¹ Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 52-54, 58, 63-4; Frías, *Leyendas*, tomo IV, 1989, pp. 45-47; *Idem*, *Calles*, 1910, pp. 44-45; Díaz, *Historia*, tomo III, 1979, p. 20.

La poesía de Luciano se puede interpretar desde dos perspectivas: una poética y una política. La primera enfatizaba las virtudes de la cantante y el orgullo que sentían los mexicanos por poseer una artista de esas dimensiones; una cantante ante la cual se doblegaban hasta los monarcas. Luciano hacía alusión a las alabanzas que Maximiliano había hecho de la soprano, a quien nombró “cantante oficial de la corte”. En cierta forma, el autor le advertía a la cantante que no se dejara sorprender por el boato de la corte y entendiera el amor que los mexicanos profesaban por ella. La poesía de este escritor también escondía una estratagema política, pues el pueblo soberano, representado por la cantante, triunfaría sobre el emperador. Las monarquías tendrían que doblar su cabeza ante los pueblos soberanos que cantaban con el fin de demostrar cuáles eran sus derechos.

Después de la caída del Imperio, acaecida el 15 de mayo de 1867, Julio María Cervantes, comandante militar de Querétaro, nombró nuevas autoridades municipales y Luciano fue elegido para ocupar el puesto de regidor en el Ayuntamiento. El 30 de mayo, Luciano e Hipólito Alberto Viéytez fundaron el periódico político y literario *La Sombra de Arteaga*; del que, como ya se mencionó, fue el primer director. En el primer número, “la brillante y vigorosa pluma” del dramaturgo enfatizaba el sentimiento liberal de los queretanos, enaltecía el 5 de mayo y aclamaba a los héroes de la lucha contra el Imperio: Benito Juárez, por su tesón para sostener la república; Mariano Escobedo, José María Arteaga y Porfirio Díaz, por su capacidad militar, y los soldados republicanos por no desfallecer y pelear hasta el final.³²

A Luciano se le reconocía como el jefe del partido Liberal queretano, motivo por el cual organizó la fiesta de recepción de Benito Juárez quien atravesaba el país rumbo a la capital. La ceremonia se llevó a cabo el 5 de julio de 1867; en ella se pronunciaron varios discursos. Comenzó Mariano Escobedo como general en jefe de las fuerzas republicanas; le siguió Julio María Cervantes, gobernador y comandante militar de Querétaro; Hipólito Alberto Viéytez, secretario de gobierno; Alejo Marín, en nombre de los empleados de la jefatura de hacienda; Luciano Frías, representante del Ayuntamiento, y Eleuterio Frías, presidente del Club Arteaga. Los discursos de estos dos últimos tenían la particularidad de buscar la reivindicación de Querétaro; trataban de desvirtuar aquellos adjetivos que la mostraban como una “ciudad maldita” y “traidora”, etiquetas que la prensa liberal le había

³² *La Sombra de Arteaga*, 30 de mayo y 6 de junio de 1867.

colocado porque se consideraba que había sido el último baluarte del Imperio. *El Gorro Frigio* de Guanajuato afirmaba que era una ciudad “maldita”, “rebelde” y “traidora”, por lo tanto debía desaparecer y repartirse su territorio entre Guanajuato, San Luis Potosí y el Estado de México. Por su parte, *El Siglo XIX* consideraba que la federación no debía fijar su atención en los problemas que agobiaban a Querétaro.

Ante los ataques surgieron voces en defensa de la ciudad. Las autoridades interinas mencionaron que las personas que la calificaban de “maldita”, “espuria” y “traidora”, olvidaban que la población no había mostrado una tenaz resistencia, sino el partido imperialista que veía cercano su fin. Los Frías también intentaron mostrar que Querétaro era una víctima de las situaciones históricas.³³ Luciano enfatizó este punto con mucha claridad, pues decía que esta ciudad fue “condenada a ser uno de los primeros puntos que del interior profanó el extranjero y por la misma nefanda causa los últimos que se vieron amparados por la sombra del glorioso pabellón nacional”. Desde esta perspectiva, ellos no eran los culpables de las desgracias que habían abatido su suelo, por el contrario, se sentían desvalidos por culpa de los “extranjeros” que ocuparon su ciudad y no la abandonaron hasta que fueron derrotados por los republicanos.

La peroración de Eleuterio enfatizaba la tragedia por la que pasó la ciudad; el Imperio había estremecido la urbe con el estallido de sus cañones. Ellos padecieron desesperación y hambre, mas esto no importó a los imperialistas, a quienes las maldiciones no les hacían mella. Eleuterio comparaba a Querétaro con Prometeo, ya que ambos soportaron que “mil y mil buitres” devoraran su seno. Era injusto catalogar a Querétaro como una ciudad “traidora y maldita”, pues el acto con el que recibían al presidente evidenciaba su verdadero ser. Juárez se convertía en el mesías que acabaría con la opresión del pueblo y los arrancaría de la muerte a la que los orilló el Imperio. Los queretanos reconocían que el presidente era un hombre cuyo valor y constancia fue determinante para acabar con los “traidores”. Nadie podía negar el patriotismo y el amor a la libertad de aquéllos, razón por la cual ya no se podía calificar como la “ciudad traidora”, sino tomar en cuenta que había sido “víctima de la traición”. No era posible considerarla una “ciudad maldita” cuando lanzaba anatemas a sus opresores y había ayudado a acabar con los

³³ Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, pp. 104-107, 109.

“traidores”. En Querétaro sucumbió el Imperio, lo que constituía un timbre de gloria para la urbe.³⁴

El amor a su tierra natal había hecho olvidar a los Frías el apoyo que la población queretana brindó al Imperio, sin embargo, en esas circunstancias era preferible guardar silencio ante la realidad. Para finalizar la ceremonia, el Club Arteaga, entre cuyos miembros se encontraban Francisco García Caballero y Próspero C. Vega, quien fungió como defensor de oficio del general Tomás Mejía en el juicio que se le siguió después de la derrota del Imperio, le extendió al presidente Juárez un diploma en el que se le reconocía como presidente honorario. Este Club fue fundado por los hermanos Frías y Soto, quienes habían tenido una estrecha relación con el general fusilado en Michoacán. Tanto Luciano como Hilarión se desempeñaron como secretarios de gobierno durante el mandato de Arteaga en Querétaro, inclusive el segundo lo acompañó en el campo de batalla los primeros meses de la lucha contra la Invasión francesa, en sustitución de su hermano Luciano quien, según el médico, “por su débil constitución, no resistió la fatiga”.

Los Frías sentían una gran admiración por el general Arteaga, la cual se plasmó en el nombre del periódico que Luciano fundó; si había que elegir uno para su club era lógico que pensarán en el del general. Este club tenía intenciones políticas y su lema era “Libertad y Socialismo”. El activismo político de los Frías pronto rendiría frutos: el 7 de agosto de 1867 Luciano, junto con Juan Manuel de la Vega, sería comisionado del albaceazgo de Vergara, posición desde la cual podía tratar con los arrendatarios de la hacienda La Esperanza. Un mes después también fue elegido diputado local por el distrito del Centro, en tanto que Eleuterio sería designado diputado suplente por el distrito de Cadereyta.

Los miembros del Club se ocuparon de la ceremonia cívica del 15 de septiembre de 1867, ocasión en la que los discursos oficiales fueron pronunciados por Próspero C. Vega, Luciano y Eleuterio Frías, mientras que Hilarión Frías compuso el himno patriótico que se cantaría en la celebración. Además, organizaron una serie de tertulias literarias en el Gran Teatro Iturbide pero se suspendieron en abril de 1868, debido a una supuesta “enfermedad” que afectó a Luciano Frías y Francisco García Caballero. No se conocen los motivos reales del cese de éstas, mas no se debe descartar alguna razón política, pues ciertos miembros del

³⁴ Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, p. 34; Trueba, *Teatro*, 1954, p. 70; Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, pp. 97-98.

Club pertenecían a la legislatura estatal y al Ayuntamiento. Esta suposición se apoya con la reapertura del Club en abril de 1869, justo en el momento más ríspido de la lucha entablada entre el gobernador Julio María Cervantes y el Legislativo estatal, de la cual se hablará con más detalle en los siguientes apartados.³⁵

En los primeros meses de 1868 a iniciativa de algunos prominentes queretanos, entre ellos Luciano, se fundó la Junta Impulsora del Camino de Tampico, cuya intención era conseguir recursos para financiar la construcción del mismo. Se pensaba que el camino a Tampico ayudaría al desarrollo y bienestar del estado, razón por la cual se convirtió en una de las aspiraciones de los queretanos. El propósito era el traslado de las mercancías del puerto al interior del país en diez o doce días. La circulación de pasajeros debía ayudar al crecimiento de la agricultura, lo que redundaría en un incremento poblacional y se afianzaría la paz en el estado. El principal problema que se debía resolver era buscar una vía adecuada, pues el trayecto entre Tampico y Querétaro era accidentado y con escasos segmentos planos. El 23 de mayo de 1868 el Congreso de la Unión aprobó esta propuesta y asignó 6 000 pesos para la construcción. Pero, los trabajos comenzaron hasta el 29 de octubre del mismo año, ya que el Congreso estatal tardó mucho tiempo en autorizar al Ayuntamiento con el fin de contratar, junto con el gobierno del estado, la apertura del camino.

La demora del Legislativo provocó una airada crítica de Luciano Frías, quien afirmaba que el Congreso no hacía nada por zanjar las dificultades que conllevaba. La apatía de los legisladores y los miles de trámites detrás sólo provocarían el fracaso de un proyecto que beneficiaría a todos. El 29 de octubre de 1868 iniciaron los trabajos; sin embargo, el excesivo costo de la obra y la falta de recursos económicos ocasionaron que, al siguiente mes, la Legislatura planteara una nueva solución. Ésta consistía en invitar a los estados que resultarían favorecidos con el camino (Guanajuato, San Luis Potosí, Michoacán, Jalisco, Tamaulipas y Estado de México) con el objetivo de que participaran en la construcción de la obra. Cada uno tendría que aportar 18 000 pesos. Al parecer, la propuesta queretana no obtuvo buenos resultados, en consecuencia, el proyecto se detuvo hasta 1874, cuando la casa Rubio tomó el financiamiento de la obra. Los Rubio buscaban

³⁵ *La Sombra de Arteaga*, 11 de agosto de 1867, 19 y 22 de septiembre de 1867; Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 75, 88-89, 94-95, 105; Frías, *Juárez*, 1905, p. 233; Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, pp. 112-113, 134.

acortar el tiempo de traslado del algodón, pues los ferrocarriles que lo traían de La Laguna tardaban mucho (la construcción del ferrocarril comprendía la ruta de Torreón a Querétaro). Pese a esto, el camino continuó inconcluso.³⁶ En 1868 Luciano estuvo implicado en la compra fraudulenta de una hacienda. Ese año se había embargado la hacienda de San José del Alto, la cual pertenecía a Rodriga Castro y Orvazabal quien también era propietaria de la hacienda de Los Dolores. La finca estaba valorada en 15 476 pesos y fue sacada a remate público. El primer problema era que la hacienda había sido adjudicada a Francisco Macías, pese a que el denunciante original era José Guadalupe Barragán; en la Oficina de Rentas de Querétaro se desconocieron los derechos de este último, bajo el pretexto de que no había redimido el capital con el que estaba gravada la hacienda, por lo que ésta se embargó y se solicitó su enajenación. Cuando se sacó a remate la hacienda, se presentaron tres solicitantes: Jesús Gutiérrez Verdugo, que ofrecía 12 588 pesos; Sebastián Larrondo proponía 10 940 pesos y Luciano Frías abonaba 10 497 pesos. Como es evidente, la oferta de Luciano era la más baja y, sin embargo, la hacienda le fue adjudicada, lo cual se explica por el manejo administrativo llevado a cabo, que buscaba favorecerlo. En primer lugar, al rechazarse los derechos del denunciante original, se dejaba libre el camino para que hubiera un comprador. En segundo lugar, se hizo caso omiso de las otras ofertas y se aceptó la menor.

La acción de Luciano no era única ni excepcional. Otros personajes también fueron beneficiados por el desorden que prevalecía en la adjudicación de las propiedades rurales. Los hacendados, los administradores públicos, los militares y los políticos eran los principales beneficiarios, debido a que tenían la posibilidad de seguir con detalle los procesos de adjudicación de las fincas y de influir en la voluntad de los encargados de asignar los bienes, con lo cual muchas veces lograban evitar el pago de los capitales denunciados. Así, obtenían derechos de adjudicación de la propiedad urbana y rural en condiciones favorables. En ese caso se encontraban Venegas, Hipólito Viéytez y Luciano Frías: no todos lograron tener éxito. El coronel Benito Zenea fracasó en su intento de adjudicarse la hacienda de la Noria en 1873, en tanto que el coronel Joaquín Garma pretendía tomar posesión de las haciendas de San Pedro y San Pablo de la Era.

³⁶ Trueba, *Teatro*, 1954, p. 105; Suárez, *Constitución*, 2000, p. 205; Frías, *Leyendas*, tomo III, 1988, p. 188.

Los turbios manejos en la adjudicación de la hacienda de San José El Alto provocaron que el caso fuera llevado a los tribunales. El conflicto culminó en 1902, cuando Porfirio Díaz ordenó archivar el expediente de la compra que hizo Luciano en 1870, en el que se trataba el arrendamiento realizado por éste y el pago del salario del depositario apellidado Mansalva. Si Luciano sacó partido de la situación, se debía a su lugar dentro del Ayuntamiento. El gobernador Cervantes le había pedido ocuparse de varios asuntos, entre los cuales destacaba el informe que debía rendir sobre el estado de la instrucción primaria. El Congreso local había emitido un decreto: asignar la dirección y vigilancia de los establecimientos de educación primaria al Ayuntamiento, motivo por el que era necesario evaluar las condiciones de la enseñanza con el fin de ofrecer una solución. El informe mostraba un panorama lamentable: los salones se encontraban en ruinas, se carecía de sillas y mesas para que trabajaran los profesores y los alumnos, no había pizarrones, plumas, tinteros, ni puertas, además, los libros estaban en mal estado y eran escasos. En general, la situación era desastrosa.³⁷

A invitación de su hermano Hilarión, quien fungía como redactor de *El Correo del Comercio* desde 1871, Luciano comenzó a colaborar en ese periódico capitalino con una columna llamada “Crónica parlamentaria”, misma que apareció por primera vez el 24 de septiembre de 1872. El apoyo del presidente Juárez a Julio María Cervantes, quien tenía graves problemas con los demás poderes queretanos, determinó que Luciano se adhiriera al pronunciamiento de Porfirio Díaz en 1872. Con ello demostraba su descontento por la manera en que se había resuelto el problema de Querétaro, pues no estaba de acuerdo con el regreso de Cervantes a la magistratura estatal. Al igual que los demás miembros de la oposición, Luciano tuvo que salir del estado para conservar su vida, pero la renuncia de Cervantes ocurrida en los primeros meses de 1873, provocó que sus detractores tuvieran la oportunidad de regresar a la entidad. Uno de ellos fue Frías, que recibió como compensación de parte del nuevo gobernador, el general Antonio Gayón, el cargo de Procurador de Justicia del estado. En la ceremonia cívica del 15 de septiembre de ese año volvió a ser el orador principal de la velada.

A partir de 1877, Luciano tendría una gran presencia en los ámbitos políticos y literarios de la ciudad. El 4 de noviembre se presentó la zarzuela *Del otro mundo* en el Gran

³⁷ García Ugarte, *Hacendados*, pp. 216-218, 221-222; Suárez, *Constitución*, 2000, p. 202.

Teatro Iturbide, la cual era su primera obra presentada en público y musicalizada por Jesús María Guevara. De acuerdo con las crónicas, la obra tuvo un gran éxito. Tanto Luciano como Jesús fueron obligados por el público a salir al proscenio con la finalidad de recibir las felicitaciones. Los espectadores pedían repetir la representación, pues tenía “gran calidad” y los actores habían realizado un excelente papel. La solicitud se escuchó y la obra se escenificó días después en el mismo lugar. Ese mismo año presentó la zarzuela *Las fiestas de la Cañada* en el teatro de la Media Luna con la música de Guevara. Es importante mencionar que Luciano terminó estas dos obras en mayo; la buena acogida que tuvo la primera de ellas sin duda lo incentivó para presentar la segunda.

Como funcionario del Ayuntamiento de la entidad en 1878, Luciano se encargaría de las escuelas municipales. En la ceremonia pronunciada el 15 de septiembre de ese año, recitó la poesía cívica.³⁸ Al año siguiente (1879) ocuparía la regiduría en el Ayuntamiento, donde se hizo cargo del rubro de fiestas e instrucciones públicas. El 15 de abril, la Sociedad Mutualista “La Esperanza” lo nombró orador principal de la velada literaria que organiza anualmente. El 23 de noviembre, Frías en ese entonces miembro de la Junta de Caridad e Instrucción Pública, apoyó la propuesta del general Antonio Gayón, gobernador del estado, de ofrecer una función teatral cuyo fin era reunir fondos para ayudar al gobierno federal con el pago de la deuda americana. El proyecto era patrocinado por “damas y apreciables caballeros de nuestra culta sociedad”. De esta forma, Donato Estrella se ofreció a fungir como director de la obra; el Ayuntamiento prestó el Gran Teatro de Iturbide; la Sociedad Esperanza, conformada por artesanos, proporcionaría el alumbrado y los adornos; varios particulares prometieron trabajar en la representación y Luciano se comprometió a realizar las impresiones de los programas.

En el evento se representó la comedia en tres actos titulada *La levita* de Enrique Gaspar, la pieza de un acto *No matéis al alcalde* de Eduardo Zamora y Caballero, y los intermedios fueron de un autor apellidado Aguilar. Días después (14 de diciembre) se presentó en el mismo recinto el drama *Poema del alma*, escrito por Luciano; la función se realizó en beneficio de la actriz Inocencia Navarro Espinoza. Al finalizar la obra, los amigos y admiradores del escritor le regalaron varias coronas de laurel, dísticos impresos,

³⁸ *La Sombra de Arteaga*, 24 de septiembre de 1878.

poesías y una banda de seda tricolor.³⁹ Durante los últimos meses de 1879 y los primeros de 1880, Luciano comenzó a acariciar la idea de formar un Conservatorio de Música en la ciudad, por lo que reunió un grupo de señoritas que tenían conocimientos musicales para formar la primera orquesta del estado. Su idea fue acogida con gusto por el gobernador interino José María Ezequiel quien autorizó el 12 de abril de 1880 la creación de la Academia de Música para Señoritas, la cual se fundaría catorce días después. Esta institución ocuparía una parte del edificio de la Academia de Dibujo de San Fernando, donde además existía una escuela de pintura y se impartían clases de dibujo natural, lineal y arquitectónico.

La Academia se encontraba en un proceso de franco deterioro; con la llegada del Conservatorio alcanzó un nuevo impulso. La integración de ambos propició el cambio de nombre de Academia de San Fernando por el de Academia de Música y Dibujo, en la cual se enseñaba solfeo, canto, coros, piano y ejecución de instrumentos de arco y de cuerda.⁴⁰ El Conservatorio funcionó de manera eficiente, no sólo formó una buena orquesta sino que también contaba con ejecutantes y cantantes distinguidos. El impulso de Luciano fue fundamental para el adecuado desarrollo de las actividades artísticas, por consiguiente fue nombrado director, desde su fundación (1880) hasta 1902, cuando el gobernador Francisco González de Cosío determinó que la Escuela de Dibujo y el Conservatorio de Música se fusionaran en la Escuela de Bellas Artes, en la que se pensaba dar un nuevo impulso al ámbito cultural queretano.⁴¹ Cabe mencionar que Luciano tuvo que alternar su faceta de director con la de funcionario de la administración de rentas.

El 2 de mayo de 1880 se realizó una velada cívica en honor del general Gayón, la cual incluyó música y discursos. Luis G. Pastor habló en representación de los funcionarios públicos; Alberto Llaca, en nombre del municipio del centro; José María Rivera hijo, por el de Querétaro; Carlos Alcocer, por el Colegio Civil, y Luciano por la Sociedad Esperanza. En la ceremonia cívica del 15 de septiembre de ese año, este último pronunció el discurso principal, fue elogiado debido a que había sido “magnífico” y no hizo ninguna alusión “inconveniente al pasado” o a alguna “odiosa reminiscencia”. En su pieza oratoria se

³⁹ *La Sombra de Arteaga*, 23 de enero de 1879, 18 de abril de 1879 y 2 de noviembre de 1879; Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 107-108, 113, 120-122, 125; Suárez, *Constitución*, 2000, pp. 254, 267, 275, 613, 622; Rodríguez, *Efemérides*, tomo I, 1973, pp. 38-39, 53, 81.

⁴⁰ *La Sombra de Arteaga*, 12 de abril de 1880.

⁴¹ Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, p. 151.

recordaba a la antigua metrópoli, pero sin herirla. Como parte de la elite cultural de Querétaro, Timoteo F. de Jáuregui invitó a Luciano para ser uno de los miembros fundadores de la sociedad recreativa del Marqués del Villar del Águila. Tal fue el empeño de Luciano en la Academia de Música, que compró los instrumentos de su propio peculio, también repartía sus honorarios como director entre los profesores que impartían las clases. Por esta razón, el 10 de septiembre de 1881 *La Sombra de Arteaga* propuso que la Academia se denominara “Frías” en honor a su fundador y principal benefactor. Dicha propuesta no floreció por razones que desconocemos. Mas esto no impidió que él continuara con sus actividades altruistas a favor de la Escuela.

Por otro lado, en el mes de abril de 1882 se llevó a cabo la Primera Exposición Industrial de Querétaro. Al evento acudieron delegados y visitantes de diversos lugares del país, puesto que recientemente se había inaugurado el ferrocarril de México a Querétaro, por lo que hubo mayor facilidad para el desplazamiento. La exposición tuvo mayor resonancia que las organizadas en Puebla y Guadalajara, debido a la disposición y la calidad de los productos expuestos; según los organizadores, hubo favorables repercusiones económicas y sociales en el estado. A petición de ellos, Luciano se encargó, desde 1881, de las Comisiones de Relaciones y Fiestas. Su buena disposición resultó crucial para que se contara con veladas filarmónico-literarias durante todos los días del evento. Una de las actuaciones más destacadas fue la de la orquesta de señoritas del Conservatorio, que tocaba cada dos noches en el edificio principal. Asimismo, se abrieron catorce secciones que abarcaban productos agrícolas, textiles, ganaderos y artesanales, además de pinturas, esculturas y obras literarias.

El concurso literario de la exposición tenía dos categorías: trabajos históricos y poemas. En el primer rubro, Hipólito Alberto Vieytez y Celestino Díaz presentaron trabajos; en tanto que en el segundo participaron José María Rivera, Luis G. Pastor, Celestino Díaz y Luciano Frías.⁴² Más tarde, en la ceremonia del 16 de septiembre de 1882, éste leyó el discurso principal en el Gran Teatro Iturbide. Diez días después (26 de

⁴² *La Sombra de Arteaga*, 23 de septiembre de 1880, 20 de enero de 1881, 26 de febrero 1881, 5 de mayo de 1881, 10 de septiembre de 1881, 14 de abril de 1882 y 30 de septiembre de 1883; *El Diario del Hogar*, 25 y 30 de mayo y 1 de junio de 1882; *Memoria*, 1882; Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, pp. 120-121, 272; Ramírez, *Apuntes*, 1962, p. 101; Frías, *Leyendas*, tomo I, 1990, pp. 272-275; Rodríguez, *Efemérides*, tomo I, 1973, pp. 88, 95; Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, p. 137. *El Diario del Hogar* envió a Hilarión Frías a cubrir el evento. Éste se lamentaba que la exposición hubiera tenido pocos visitantes de la capital.

septiembre) se realizó una función dramática en beneficio de Ernesto Figuerola, en la que también se leyeron unas poesías de Luciano. El 18 de octubre de 1882, Frías volvió a escenificar el drama *Poema del Alma* en el mismo lugar, el cual se representó en beneficio de las actrices Concepción y Magdalena Padilla. Las crónicas mencionan que los asistentes ovacionaron tanto la obra, que el autor salió al foro, donde recibió una corona de la Compañía Dramática Padilla, así como unos poemas de sus amigos Díaz y Buridán.

El 26 de diciembre de ese año fue merecedor, junto con otros personajes como Francisco González de Cosío, José María Esquivel, Timoteo Fernández de Jáuregui, José María Rivera, Macario Hidalgo, Celestino Díaz, Alfonso M. Brito, Hipólito A. Vieyetz y la viuda de Antonio Llata, de una condecoración en la velada organizada en honor de la Comisión de la “Sociedad de Clases Productoras de México”.⁴³ El 18 de septiembre de 1883 se realizó una velada fúnebre y patriótica en memoria de los héroes de la Independencia. Hubo varias actividades: se estrenó una vista del artista queretano Andrés Padilla, actuó la orquesta del señor Landaverde, Vicente Méndez declamó una poesía y Luciano pronunció el discurso central, calificado de “elocuente” y “conmovedor”. Dos días después, se conoció la noticia de la muerte de la cantante Ángela Peralta por lo que el queretano y sus alumnas del Conservatorio organizaron una velada fúnebre el mismo día, y él se encargó de dar el discurso central, lo cual no resulta extraño si se recuerda la devoción que sentía por el “ruiseñor mexicano”.

De igual manera, la generosidad que había demostrado en 1882, al ceder sus ganancias a favor de las hermanas Padilla, se repitió el 27 de octubre de 1884 cuando accedió a que su drama *La voz del corazón* se representara en el Gran Teatro Iturbide, y los beneficios obtenidos con la función se destinaron a la Junta de Socorro, la cual reunía fondos para auxiliar a los afectados por las inundaciones en Pachuca. Marcelo Hernández también tuvo una importante participación en la obra, ya que musicalizó el libreto de Frías, e incluso compuso una zarzuela para el mismo evento. Se explica que esta organización haya recurrido a Luciano por ser un personaje reconocido en la ciudad; si se anunciaba una obra suya, habría mayores posibilidades de reunir recursos. El dramaturgo y Marcelo fueron homenajeados por la Junta. Al terminar la representación, los dos fueron conducidos

⁴³ *La Sombra de Arteaga*, 25 de diciembre de 1882; *Memoria*, 1882; Rodríguez, *Efemérides*, tomo I, 1973, pp. 148-150, 157, 174, 176.

al escenario y les pusieron coronas de laurel en reconocimiento a su altruismo, mientras el público les ofrecía una estruendosa ovación.⁴⁴ En el evento participaron 83 estudiantes del Conservatorio, quienes interpretaron la música y actuaron en las obras.

Era habitual que Luciano pronunciara discursos en los eventos cívicos o en las sesiones de las sociedades literarias; el 22 de abril de 1885 la Sociedad La Esperanza lo invitó a proferir el discurso oficial. En este evento participó Adelaida Frías y Montes, una de las ejecutantes más avanzadas del Conservatorio, aunque no fue la única intérprete, también estuvieron presentes otras estudiantes. Es importante mencionar que Ramón Frías y Morales fungía como secretario de la citada asociación. En la inauguración de la Escuela Normal de Maestros (20 de enero de 1886), realizada por parte del gobernador Rafael Olvera, Luciano pronunció el discurso oficial que, según las crónicas, resultó ser una “pieza oratoria extraordinaria” que emanó de la boca del “educador de varias generaciones”. A pesar de que, en los primeros días de 1886, fue nombrado prefecto de la ciudad de Querétaro, en mayo tuvo que abandonar este cargo, debido a que le otorgaron el de administrador de correos en San Miguel de Allende, función que desempeñó por más de un año.

A su regreso a Querétaro formó parte de la Asociación de Profesores y Profesoras del estado, la cual anunció el 8 de abril que publicaría un periódico que serviría de órgano de la misma. En este medio, Frías fungió como redactor junto con Andrés Balvanera, Uriel Samaniego, Juan B. Gutiérrez, Adolfo Isla e Hipólito Vieytez.⁴⁵ Puesto que Luciano era considerado uno de los principales escritores queretanos, no resulta extraño que la Sociedad La Esperanza lo invitara a participar de manera constante en sus veladas literarias. Una de ellas, realizada el 24 de abril de 1888, destacó por la “profunda” poesía que él leyó; elogios semejantes recibiría en la velada literaria filarmónica llevada a cabo siete meses después. De igual manera, el 6 de agosto de 1888, Luciano sorprendió a propios y extraños al presentar unas pinturas de su autoría en la exposición del Colegio de San Luis Gonzaga. El 19 de octubre, por iniciativa de la Sociedad de Profesores del Colegio, se le otorgó un premio por considerar su clase de imprenta y encuadernación de las mejores que se impartían en esa institución.

⁴⁴ Ramírez, *Querétaro*, 1956, p. 178; Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 129-132, 135, 302; Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, pp. 116, 268; Rodríguez, *Efemérides*, tomo I, 1973, pp. 229, 244, 250.

⁴⁵ *La Sombra de Arteaga*, 11 de enero y 26 de mayo de 1886.

En diciembre de ese año, Luciano se encargó de presidir la segunda velada de entrega de premios a los alumnos de las escuelas y del Colegio del estado. El evento tuvo lugar en el Teatro Iturbide, en el cual recitó una poesía, y una de sus sobrinas, María Frías y Fernández, interpretó una melodía en piano. Asimismo, en la ceremonia cívica del 15 de septiembre de 1889, fue invitado a leer una poesía patriótica antes de que José María Carrillo proferiera el discurso oficial. El comentarista de la velada patriótica daba cuenta de la admiración que los queretanos sentían por Luciano, un personaje que “tanto brillo intelectual” le había dado a la ciudad y, a pesar de los años, su capacidad literaria no se menguaba. Por el contrario, al igual que a Guillermo Prieto, no lo doblegaban “ni el infortunio ni la edad”.⁴⁶ Ese mismo día, la compañía Unión de Ricardo de la Vega estrenó el drama histórico *El cura Hidalgo o el 16 de septiembre*, escrita por el queretano. Su carácter patriótico motivó a las autoridades a solicitar que la representación fuera gratuita para los alumnos de las escuelas oficiales, del Colegio Civil y los miembros del Hospicio Vergara.

La obra se representó en cuatro ocasiones más: los años de 1891, 1894, 1895 y de 1898. En todas las representaciones, la Junta Patriótica pidió la entrada libre para el público en general. Es interesante mencionar que en la representación de 1894 participó la actriz Clemencia Acevedo y Frías. En julio de 1890, el dramaturgo colaboró con otra pieza teatral en beneficio de la actriz cubana María Luisa Martínez Casado. Antes de la función, se leyeron algunas poesías de los escritores queretanos Federico de Samaniego y J. M. Carrillo. Las crónicas mencionaban que el drama presentado alcanzó un “éxito muy brillante”. Aunque no toda su producción tuvo la suerte de ser representada. También había escrito juguetes cómicos como *Tirano*, *Los celos del poeta*, *El autor es usted*, *El espiritismo* y dramas como *Los tres mosqueteros*, *Trono y deber*, *Una venganza italiana*, *El cinco de mayo*, *La defensa de Acapulco* y *El santo gremio*.

Luciano sería nombrado miembro de la Junta que organizaba las Fiestas de Navidad en 1892, incluso se le reconocía por sus dotes artesanales. Durante las últimas décadas del siglo XIX, los queretanos acostumbraban visitar los nacimientos que se exponían en los exteriores de algunas casas, los cuales se encendían los jueves y domingos de las 6 a las 11 de la noche. El de Luciano fue uno de los más visitados y se encontraba en un cuarto de su

⁴⁶ *Ibidem*, 8 y 29 de abril de 1888, 21 de octubre de 1888 y 21 noviembre 1888.

casa ubicada en la calle de Flor Baja; se destacaba por tener figuras de barro elaboradas por el mismo poeta, pinos, espejos, pinturas y dos focos. Otros nacimientos notables eran el del padre Luna, cuyas figuras se movían, el del canónigo Borja, el de Mariano Vázquez, el de los Richarte y el de un zapatero llamado Felipe. Luciano no sólo gustaba de mostrar su nacimiento, también organizaba posadas que, según las crónicas, eran muy concurridas.

Entre 1892 y 1902, Frías fue miembro permanente del Ayuntamiento de la ciudad de Querétaro. Así, en 1895 se encargó del rubro de caminos y paseos, mientras que, en 1899, se le encomendó el ramo de hacienda. Como uno de los representantes más importantes de la elite cultural queretana, fue invitado en 1897 a la gira campestre organizada por connotadas familias de la elite política y económica de Querétaro, entre ellas, los Loyola, los Fernández de Jáuregui y los González de Cosío. Este evento se repitió el siguiente año, por lo que Luciano volvió a participar. Además, los Fernández de Jáuregui y los Loyola tuvieron la idea de representar una zarzuela, la cual estuvo dirigida precisamente por él. Esto no debe sorprender, pues algunos de sus familiares participaban en las más importantes fiestas de sociedad, tal era el caso de Concepción Fernández, viuda de Frías, María Frías, Josefina Beltrán y Puga de Frías, Paz Frías, Francisco Frías y Juan N. Frías.⁴⁷

La buena posición económica de Concepción Fernández, le permitió donar dos estatuas que estaban valuadas en 300 pesos para el ornato interior de un edificio público. En 1901 José A. Bustamante fundó el periódico *El Fígaro*, en el que Luciano sacó a la luz una serie de artículos bajo el título de *Costumbres queretanas de antaño*.⁴⁸ El dramaturgo murió al siguiente año (1902). La noticia fue recibida con gran desconsuelo por parte de la sociedad que lo consideraba uno de los grandes impulsores de la cultura y educación en Querétaro. La admiración prodigada a este hombre no resultaba exagerada; él mismo reconocía el gran amor que sentía por su patria chica y sus pocos deseos de abandonar el suelo que lo vio nacer. Aunque dos veces resultó electo diputado federal (para la III y IX legislaturas), en ninguna de ellas aceptó ser el propietario.

Eleuterio, otro miembro de la familia Frías y Soto, tuvo una vida corta pero intensa. Anteriormente mencioné que él había pronunciado uno de los discursos de bienvenida a

⁴⁷ *La Pluma*, 13 de enero y 22 de septiembre de 1895; Rodríguez, *Efemérides*, tomo II, 1973, pp. 20, 43-44, 61, 137.

⁴⁸ Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, p. 154.

Benito Juárez el 5 de julio de 1867, en la ciudad de Querétaro, y meses después sería diputado suplente por Cadereyta. En 1869 ocupó la oficialía mayor de la secretaria de gobierno.⁴⁹ En la ceremonia cívica del 15 de septiembre de 1870 declamó poesía. En diciembre de ese mismo año fue elegido diputado al Congreso local, que inició sesiones sin la presencia del gobernador Julio María Cervantes. También en 1873 apareció en la lista de candidatos para formar la Junta que se encargaría de votar las reformas constitucionales, mas la suerte no lo favoreció. En 1879 fue nombrado ministro del Tribunal Superior de Justicia del Estado.

Al igual que Luciano e Hilarión, Eleuterio se dedicó a la literatura. Se decía que era un poeta “inspirado”, cuya poesía mostraba un alma talentosa. Muestra de ello eran sus composiciones “La plegaria”, “En la muerte de mi padre”, “Decepción”, “Magdalena” y “Souvenir a un amiga”, esta última fue publicada “*pos mortem*”; además escribió numerosos sonetos. Es probable que hubiera logrado una fértil carrera literaria y política. Sin embargo, su temprana muerte el 4 de julio de 1882, cuando tenía 37 años, cortó sus aspiraciones. Todo indica que era enfermizo, pues desde 1869 se decía que padecía una grave enfermedad.⁵⁰

El médico de la familia: Hilarión

El 27 de diciembre de 1848, José Hilarión Rafael Jesús de los Dolores Frías y Soto escribió una carta a Ignacio Durán, director del Establecimiento de Ciencias Médicas, con el objetivo de solicitar su ingreso al citado lugar, según él, cumplía con los requisitos que la ley exigía. Al siguiente día el director respondió que podría ingresar cuando cursara el sexto año de preparatoria, decisión que se hizo oficial el 2 de enero de 1849. La escuela a la que deseaba entrar estaba en constante reestructuración, puesto que apenas contaba con 15 años de establecida. Cabe recordar que el 19 de octubre de 1833, Valentín Gómez Farías, en su función de presidente interino, ordenó la supresión de la Universidad y la creación de la Dirección General de Instrucción Pública para el Distrito y Territorios Federales. El 23

⁴⁹ Rodríguez, *Efemérides*, tomo IV, 1973, pp. 7, 81, 88-89, 100, 133, 135; *Idem*, *Efemérides*, tomo I, 1973, pp. 234-236, 324, 368; *Idem*, *Efemérides*, tomo II, 1973, pp. 187, 192, 209, 236, 341; *Idem*, *Efemérides*, tomo III. Se decía que Luciano encarnaba la modestia, dulzura, amistad y el sacrificio por los demás.

⁵⁰ *La Sombra de Arteaga*, 10 de junio de 1869 y 14 de noviembre de 1888; Ramírez, *Querétaro*, 1956, p. 154; Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 136, 144, 148, 152, 156, 164, 300-301; Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, p. 278; Frías, *Leyendas*, 1990, pp. 156-157; Suárez, *Constitución*, 2000, pp. 257, 276, 617; Rodríguez, *Efemérides*, tomo I, 1973, pp. 7, 9.

de octubre de 1833 se expidió un reglamento donde mencionaba que la Instrucción Pública se organizaría en seis establecimientos: el de Estudios Preparatorios, el de Estudios Ideológicos y Humanidades, el de Ciencias Físicas y Matemáticas, el de Ciencias Médicas, el de Jurisprudencia y el de Ciencias Eclesiásticas.

La Dirección ordenó que el Establecimiento de Ciencias Médicas ofreciera las carreras de medicina y cirugía de manera conjunta; en consecuencia, la Escuela de Cirugía perdía su autonomía. Este Establecimiento se instaló en el convento de Belem el 22 de noviembre de 1833. La supresión de la Universidad sólo duró nueve meses, debido a que fue reabierta el 31 de julio de 1834 por mandato de Antonio López de Santa Anna, quien ordenó clausurar todas las escuelas, excepto la de Ciencias Médicas, la cual fue examinada por una comisión que determinaría su permanencia o clausura. Los buenos resultados de la evaluación permitieron su continuación, aunque se solicitó cambiar el nombre a Colegio de Medicina, medida que también se había implementado en los demás establecimientos.

Las autoridades escolares acordaron la vigencia del plan de estudios, mientras se elaboraba otro. Algunos requisitos de ingreso eran: presentar título de bachiller en filosofía y realizar un curso de química. El Colegio estaba facultado para otorgar los grados de bachiller, licenciado y doctor en medicina. Los doctores Francisco Rodríguez Puebla, Escobedo y Arrellano redactaron el reglamento de exámenes profesionales, aprobado el 8 de enero de 1834. Los problemas financieros y la falta de espacios ocasionaron que el Colegio abandonara el convento de Belem el 26 de octubre, por consiguiente, las clases se impartieron en las casas de los catedráticos.

El 16 de febrero de 1835 se expidió un reglamento de Instrucción Pública en el que se determinaba que, para ingresar a las carreras de medicina, ciencias eclesiásticas y jurisprudencia, los estudiantes debían cursar estudios preparatorios conformados por las siguientes materias: gramática castellana, latina, francesa e inglesa, ideología, lógica, metafísica y moral, matemáticas elementales, física elemental, cosmografía, geografía y cronología elemental, economía política, dibujo natural y lineal. En 1836, las autoridades ordenaron la reapertura de la Escuela de Cirugía, por lo que el Colegio debía entregar el material que se dedicaba a la enseñanza de la anatomía, y a finales de ese año, se instaló en el convento del Espíritu Santo, donde permaneció hasta 1840 fecha en que se ordenó su traslado al Colegio de San Ildefonso. Casimiro Liceaga continuó como director, pero la

Escuela quedó bajo la jurisdicción del rector de San Ildefonso, lo que generó problemas de autoridad.

En 1839 se dispuso que, quienes comenzaban la educación médica debían poseer rudimentos de gramática y filosofía, así como la instrucción duraría seis años: cuatro dedicados a los estudios médicos y dos a la clínica.⁵¹ El 12 de junio de 1840 se aprobó el nuevo reglamento de exámenes profesionales para medicina, cirugía, farmacia, obstetricia y flebotomía; en él se estipulaba que el director presidiría los exámenes, y éstos serían autorizados por el secretario, a la vez ambos asumían el papel de sinodales. Las pruebas se realizarían en dos etapas: un examen teórico y una práctica positiva y manual. El examen práctico de medicina y cirugía consistía en la preparación anatómica y operación quirúrgica de un cadáver, la colocación de vendajes y aparatos, la descripción de instrumentos quirúrgicos, y la formulación de recetas y de certificados de medicina legal. Su costo era de noventa y seis pesos repartidos de la siguiente manera: dieciséis para el fondo, doce para sinodales, doce para el director y el secretario, seis para el papel sellado del título y dos pesos para el portero.

De este modo se determinó el examen anual y gratuito de tres alumnos de cirugía y medicina, uno de farmacia, uno de flebotomía y una partera; por su dedicación al estudio o por falta de recursos económicos. Los exámenes generales se aplicarían al finalizar el quinto año, momento en el que se registraba el tema de tesis. El 4 de enero de 1841 se dispuso que, si el aspirante a ingresar a medicina era de la capital, tenía que presentar el título de bachiller en artes, así como la constancia de estudios de gramática latina, lógica, matemáticas, física, botánica y francés. En cambio, si provenía de otro estado, sólo debía acreditar las materias antes mencionadas. Si le faltaba alguna materia, el alumno era examinado por una comisión especial del Colegio. También se ordenó que los exámenes públicos de medicina se aplicaran a finales de año, a diferencia de los de farmacia, que lo hacían al finalizar el primer y segundo curso.

El presidente Santa Anna, el 11 de enero de 1842, decretó la supresión del prerrequisito de bachiller en artes y que sólo fueran obligatorios los cursos preparatorios de gramática latina, lógica, matemáticas, física, botánica y francés. El 24 de enero del mismo

⁵¹ Espinoza, *Historia*, 1990, pp. 37-38, 54-55; Castañeda, *Catálogo*, 1988, pp. 15, 21; Fernández, *Facultad*, 1953, pp. 74, 295; Chávez, *México*, 1987, p. 73; Ocaranza, *Historia*, 1934, p. 155; Moreno, *Sociología*, 1982, pp. 23-24, 26-28.

año se aplicó el cambio de nombre del Establecimiento de Ciencias Médicas por el de Escuela de Medicina, aunque en diciembre perdió de nuevo su autonomía, ya que se incorporó al Colegio de San Ildefonso y quedó bajo su reglamentación.⁵² En 1843 hubo una segunda reforma al plan de estudios: la instrucción duraría once años, los seis primeros serían de carácter preparatorio, y los restantes, de enseñanza profesional. Además, se incorporaron al plan de estudios las materias de física y química médica.

El 18 de agosto de ese año, Santa Anna ordenó no sólo el cambio de nombre a Colegio de Medicina, sino también que, cuando los alumnos concluyeran sus estudios y aprobaran los exámenes, debían pasar a la universidad para graduarse como bachilleres y obtener los grados de licenciado y doctor. Los estudios preparatorios para ingresar a este Colegio podían efectuarse en el Colegio de San Ildefonso, San Juan de Letrán y San Gregorio. En 1845 se estableció la fusión de las profesiones de medicina y cirugía por lo que se tenía que realizar un sólo examen, tal como estaba estipulado en el reglamento de 1840.

José María Reyes publicó ese mismo año un estudio crítico de la enseñanza clínica en México que apareció en el periódico de la Sociedad Filoiátrica*, en el cual mencionaba que la enseñanza médica se encontraba en un lamentable estado, sobre todo los estudios clínicos y de medicina interna debido a la ineptitud de los profesores, los inadecuados métodos pedagógicos y la falta de locales acondicionados para la enseñanza clínica. Reyes proponía que la anatomía patológica fuera considerada la base de la enseñanza clínica. En 1847, el Colegio de Medicina se trasladó a San Juan de Letrán; durante la ocupación norteamericana regresó a San Ildefonso, porque el ejército invasor ocupó los principales edificios de la ciudad. Un año más tarde dejó ese lugar y se le asignó un pequeño espacio en la Academia de San Juan de Letrán, donde continuaba cuando Hilarión solicitó su ingreso.

El expediente de Frías no menciona en qué lugar efectuó los estudios preparatorios, según Ángel Pola, los hizo con los dominicos; además, menciona que el queretano fue

⁵² Castañeda, *op. cit.*, 1988, pp. 15-17; Fernández, *Historia*, 1956, p. 36; *Idem*, *Facultad*, 1953, pp. 296-297. *Se buscó un gran número de periódicos para conocer la función de esta Sociedad, únicamente se encontró la referencia en el rotativo *El Porvenir* (1869-1873). Véase Barberena Blásquez, Elsa y Carmen Block, "Publicaciones periódicas, científicas y de divulgación tecnológica mexicana del siglo XIX" en *Quipu, Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y Tecnología*, v. 3, núm. 1, enero- abril, México, Grupo Edición S.A. de C.V., 1986, pp. 7-26.

dejado al cuidado de Lucas Alamán, afirmación que éste no negó pero tampoco confirmó.⁵³ Sería interesante saber de qué manera se estableció el vínculo entre la familia Frías y los Alamán, así como la razón por la que Hilarión nunca lo mencionó, pues sin duda durante la época en la que supuestamente Frías fue encomendado a Alamán, éste tenía poder en la política mexicana.

Debido a los cambios introducidos en los planes de estudios, Hilarión tuvo que cursar las materias que le faltaban, por lo tanto, se inscribió en la escuela preparatoria el 21 de enero de 1849 y concluyó sus estudios el 26 de octubre del mismo año. Además, tomó de manera adicional las materias de francés y botánica, ya que formaban parte de las materias obligatorias. La carta de acreditación del idioma fue extendida el 26 de diciembre de 1848 por el profesor Esteban Guénot, quien decía que el queretano era capaz de entender y traducir con facilidad el idioma, mas le faltaba ejercicio para pronunciarlo y hablarlo. Aquella misiva donde se señala que había aprobado el curso de botánica fue expedida el 25 de enero de 1850 por Manuel Ruiz de Tejada, secretario de la Junta Facultativa del Seminario Nacional de México. En ella se menciona que había asistido a las lecciones y obtuvo una calificación satisfactoria.

Las materias que tomó debieron ser mínimas, pues contaba con documentos que validaban sus dos cursos de gramática latina con Andrés Fuentes y tres de filosofía con fray Miguel de Loaria.⁵⁴ En los primeros logró una nota de “muy bien con particularidad”, en tanto que en los de filosofía mereció dos “excelentes” y un “excelentemente bien”. Estas notas reflejan que Frías era un estudiante aplicado. Las cartas de sus profesores no sólo destacaban su capacidad, sino que también servían como cartas de recomendación. Andrés Fuentes menciona que durante el tiempo que Hilarión estuvo bajo su tutelaje, se había portado “con suma honradez” y había cumplido con “exactitud las comisiones de regla”. Fray Miguel de Loaria sólo se limitaba a señalar que en él había observado una “conducta moral irreprochable”.

El 15 de enero de 1850, el queretano se inscribió a los cursos del primer año de medicina, pese a las dificultades que encontró para transportarse de Querétaro a la ciudad de México. La benevolencia del director Ignacio Durán fue determinante al momento de

⁵³ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888.

⁵⁴ Somolinos, *Historia*, 1957, pp. 27-28; Ocaranza, *Historia*, 1934, pp. 146-149; Castañeda, *Catálogo*, 1988, p. 17.

inscribirse, dado que se encontraba fuera del plazo establecido y aún no aprobaba el curso de botánica. Como se explicó antes, la carta fue remitida hasta el 25 de enero, es decir, diez días después del inicio de clases. Por una razón que no se especifica en el expediente, hasta el 25 de agosto de 1851 Hilarión presentó el certificado que avalaba su cátedra de inglés, el cual expidió Juan Palacios, profesor del Colegio de Minería.⁵⁵ A pesar de los problemas con los cursos preparatorios de francés y botánica, demostró una gran capacidad intelectual que le permitió merecer altas calificaciones en los exámenes efectuados el 29 de octubre y un *accesit* en la distribución de premios.⁵⁶

Algunos de sus profesores fueron Rafael Lucio, Juan N. Navarro y Francisco Ortega. De acuerdo con Ángel Pola, Frías también tuvo de maestros a José María Vértiz, Miguel Jiménez y Luis Muñoz, médicos reconocidos por su gran categoría. Sin embargo, su principal mentor sería Lucio, quien lo invitó a realizar su práctica médica en el Hospital de San Lázaro, por consiguiente, no sorprende que Hilarión fuera su colaborador en la guerra contra la Intervención francesa.⁵⁷ Durante su estancia en la Escuela de Medicina, ubicada en el edificio de San Juan de Letrán, Frías tuvo la oportunidad de convivir con los literatos que ahí se reunían y conformaban la Academia de San Juan de Letrán, de la que él también formó parte. Su actividad será desarrollada en el segundo capítulo de esta investigación. De estos años datan los primeros artículos que publicó en la ciudad de México, los cuales aparecieron en *El Sol* y *La Revista Universal*. De acuerdo los críticos, en los escritos abundaba la “incorrección” y la “verba”, estilo que modificaría conforme se insertó en la controversia periodística.⁵⁸

El 31 de enero de 1851 se registró en el segundo año; en ese grado obtuvo el primer lugar en los exámenes realizados el 23 de diciembre. El desplazamiento de las fechas de

⁵⁵ AHFM, legajo 27, exp. 10, ff. 1, 2, 5, 6.

⁵⁶ *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881. Una opinión distinta tenía JMR (era el pseudónimo que empleaba José María Ramírez Pérez, nacido en 1834 y murió en 1891), quien mostraba a Hilarión como un “vulgar educando” que estaba a la caza de un cigarro o de un “guajolote” hecho por la enchiladera de la esquina. Sus calificaciones anuales no pasaron de tres medianos en todos los cursos y en pocas ocasiones obtuvo de sus profesores una de esas “pequeñas ovaciones” que se lanzaban en los pretorios de las cátedras a los talentosos.

⁵⁷ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888.

⁵⁸ *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. *El Sol* era editado por Manuel Murguía. En este periódico, Frías sería nombrado redactor debido a que Florencio María de Castillo se enfermó y José María Rivera propuso que el queretano se hiciera cargo de ese puesto. A iniciativa de Hilarión, la prensa de Murguía comenzó a publicar calendarios, novenas y versos que arrojaban a los balcones durante las fiestas de la virgen de Guadalupe, del Carmen y de la Merced.

éstos se produjo por las circunstancias que vivía la Escuela. El 1 de septiembre, el presidente Mariano Arista promulgó un decreto en el que designaba el convento de San Hipólito como la nueva sede del Colegio.⁵⁹ El mandatario cumplía una petición de los profesores de medicina quienes, encabezados por el director Ignacio Durán⁶⁰ y por el subdirector José María Vértiz,⁶¹ solicitaron al gobierno que el dinero pendiente de los sueldos que no se les habían pagado desde 1850, se destinara a la compra de un edificio propio donde pudieran impartir sus cátedras con entera libertad, por esta razón se asignó San Hipólito.

Así como el resto de sus compañeros, el queretano sufrió un nuevo desalojo de las instalaciones, pues, en 1853, el ministro de Guerra ordenó que la Escuela abandonara el convento de San Hipólito porque el edificio se utilizaría como cuartel, por lo que fue enviada a San Ildefonso al año siguiente. Ahí proliferaron las quejas contra el rector, que en ese momento era Sebastián Lerdo de Tejada; se decía que maltrataba a los estudiantes y profesores de medicina, razón por la cual se decidió de asignar un nuevo edificio. Gracias a las gestiones de José Urbano Fonseca, inspector de Instrucción Pública, se logró adquirir el Antiguo Palacio de la Inquisición. El 9 de junio de 1854 se expidieron las escrituras del edificio.⁶²

A finales de noviembre culminaron las obras de adecuación del inmueble, el cual contaba con capilla, comedor, anfiteatro, habitaciones para alumnos internos y salones equipados para las cátedras. Ese año fue pródigo para Hilarión, no sólo se integró al grupo de literatos encargados de elaborar los artículos que formarían *Los mexicanos pintados por sí mismos* (aspecto que se tratará con mayor atención en el segundo capítulo) sino también se incorporó a las filas del Ejército. La orden para ser admitido fue expedida por Antonio

⁵⁹ AHFM, Fondo Escuela de Medicina y alumnos, legajo 27, exp. 10, ff. 7, 8, 9, 10; *La Patria*, 29 de junio de 1904; Ocaranza, *Historia*, 1934, pp. 156-157; Fernández, *Facultad*, 1953, p. 299; Chávez, *México*, 1987, p. 77.

⁶⁰ Ignacio Durán nació en la ciudad de México en 1799. Fue el segundo director de la Escuela de Medicina desde 1846 hasta 1868, año en el que murió.

⁶¹ José María Vértiz nació en la ciudad de México en 1812. Fue subdirector de la Escuela en dos ocasiones: la primera de 1851 a 1853, y la segunda de 1854 a 1868. Ocupó la dirección de la misma entre mayo y junio de 1846. Murió en 1876.

⁶² *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Pola indicaba que cuando les quitaron el edificio del convento, los estudiantes realizaron una manifestación y se dirigieron en masa a Tacubaya para pedirle al presidente Santa Anna que se los devolviera. Uno de los principales promotores del movimiento fue Hilarión. Aunque Pola indicaba que los estudiantes y los alumnos compraron el nuevo edificio, la historia fue diferente, pues el gobierno se los otorgó.

López de Santa Anna el 2 de agosto de 1854. Hilarión se integró al primer cuerpo médico militar como primer ayudante. De esta manera, Frías formó parte del Ejército mexicano, dado que se había estipulado que sus subalternos deberían guardarle los honores de ordenanza y ser obedecido en las órdenes que diera: fuera por escrito o de palabra. Sin embargo, el 25 de septiembre de ese mismo año, pidió que se le extendiera una licencia absoluta de sus obligaciones debido a que sufría fuertes ataques de gastrorragia, petición acompañada de un certificado que avalaba su condición y que había sido expedida ese mismo día por Rafael Lucio. Al parecer, las autoridades militares no tomaron en cuenta la súplica; éste volvió a solicitar licencia, por lo que se ordenó que los médicos Francisco Arroyo, Ignacio Ameller y José María de Alva le realizaran un examen. Ellos notificaron el 10 de noviembre que Hilarión padecía *flematemesis sintomática*, producto de una lesión grave que tenía en el estómago. Ante este dictamen, los militares decidieron extenderle la licencia hasta el 21 de noviembre.⁶³

De regreso a Querétaro

Hilarión concluyó los estudios médicos en octubre de 1855 y aprovechó los primeros meses de 1856 con el objeto de realizar los trámites necesarios para presentar su examen general de medicina y cirugía. El 3 de mayo el secretario de la Escuela, el doctor Hidalgo Carpio, solicitó que se le remitieran los documentos del queretano para evaluar si el alumno estaba en condiciones de ser examinado. El 6 de mayo, el Consejo Superior de Salubridad del Departamento de México indicaba que, después de evaluar los documentos presentados por Frías y tras el dictamen de la comisión, se concluía que el alumno cumplía con los requisitos estipulados en el artículo 12 del decreto del 24 de enero de 1842, por lo que acordaron expedir el certificado del que se hablaba en el artículo 79 de la misma ley, a fin de que la Escuela diera cumplimiento al artículo 5 y se procediera a efectuar el examen.

Tal parece que Frías no tenía problemas económicos, pues no pidió dispensa del pago y los trámites se realizaron con rapidez. El 12 de mayo la dirección determinó que el examen se realizaría los días 15 y 16 de ese mismo mes. El jurado del día 15 estaría conformado por los doctores Espejo, Erazo, Robledo, Torres y Bonilla. Los puntos que se

⁶³ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSDN), Dirección de Archivos e Historias, Archivo Cancelado, Hilarión Frías y Soto, caja 142D/III/4/2280, ff. 1-3. El sueldo asignado a Hilarión fue de 75 pesos siete reales y ocho granos.

discutirían fueron acordados la tarde del 13, mas no queda constancia de cuáles fueron los aspectos teóricos sobre los que tuvo que disertar, así como tampoco se tiene noticia del tipo de práctica profesional que realizó. Hilarión fue aprobado por unanimidad en los dos exámenes. El expediente fue devuelto el 23 de mayo a la Escuela de Medicina.⁶⁴ El novel médico no tuvo la oportunidad de desarrollar los conocimientos adquiridos en la Escuela, ya que unos meses después de realizar su examen general partió a su tierra natal para ocupar el cargo de secretario de gobierno de la administración del general José María Arteaga, quien fue nombrado gobernador y comandante militar de Querétaro en julio de 1857, por lo que es de suponerse que sería uno de los encargados de proseguir con la desamortización de fincas en ese estado que inició en 1856.⁶⁵

Las ocupaciones políticas no representaron un obstáculo para sus actividades literarias y periodísticas. No se sabe a ciencia cierta cuál fue la postura que tomó durante los acontecimientos de la guerra de Reforma, pero todo parece indicar que combatió del lado liberal. Durante los primeros meses de la Intervención francesa, al desempeñarse como secretario se ocupó de escribir la excitativa del 21 de octubre de 1862, en la que el gobernador reconocía el valor que las mujeres mexicanas mostraban en la atención de los soldados heridos en las batallas contra los franceses. Esta acción debía imitarse por las queretanas para que no representara “un sello de deshonra para nuestra época”, por lo que se realizaba un llamado con la finalidad de que las mujeres se organizaran y formaran un grupo que ayudara en las labores de curación dentro de los campos militares.

⁶⁴ AHFM, Fondo Escuela de Medicina y alumnos, Legajo 27, exp. 10, ff. 2, 11, 12, 13, 14 y Legajo 137, exp. 40, f. 1; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Al parecer Hilarión aspiraba a ingresar a la Academia de Medicina, razón por la que en 1886 presentó la tesis *La acción del tártaro emético en la pulmonía*, la que, según Ángel Pola, no sólo resultó original, sino que revolucionó las teorías sobre este tema. No se cuenta con documentos que muestren cuál fue la resolución de la Academia, mas todo indica que su propuesta fue rechazada. El que Frías tuviera que presentar una tesis muchos años después de haberse titulado mostraba los cambios que se habían efectuado en el plan de estudios de la Escuela de Medicina, misma que estipuló en 1870 que los estudiantes debían preparar una tesis para graduarse. El reglamento indicaba que los profesores titulados fuera del país y los que no lo hubieran hecho, podían presentar una tesis de tema libre. Aunque en el segundo caso también se advertía que debían presentarse 48 horas antes del examen con el presidente y secretario de la institución, a fin de elegir una temática que había sido aprobada por una Junta de Catedráticos.

⁶⁵ García Ugarte, *Breve*, 1999, pp. 139-140, 149; Bazant, *Bienes*, 1977, p. 144. Jan Bazant indica que en 1856 comenzó el proceso de desamortización de fincas, tras el cual se reunieron 251 809 pesos, de los que sólo 83 333 correspondían a inmuebles de la Iglesia. Es importante mencionar que la primera tentativa de poner en venta los bienes de manos muertas fue realizada en 1847 como una medida desesperada para obtener recursos a fin de financiar la guerra contra Estados Unidos. El día de la publicación de la ley en Querétaro, la población se amotinó para evitar la ocupación de los bienes de la Iglesia. García Ugarte sugiere que esta acción posiblemente fue promovida por los hacendados.

En los primeros meses de 1863, Hilarión fue nombrado jefe político de San Juan del Río; su puesto como secretario de Arteaga lo ocupó Luciano.⁶⁶ Ante el avance de las fuerzas intervencionistas al interior del país, Frías solicitó su reincorporación al Ejército, situación que le valió ser nombrado coronel de la infantería auxiliar. Además, en noviembre de 1863 se le ordenó incorporarse a las fuerzas de Manuel Doblado que se encontraban acuarteladas en Guadalajara.⁶⁷ Debido a una enfermedad de Luciano, Hilarión acompañó a Arteaga cuando éste fue designado general en jefe del Ejército de Occidente. Su actuación en la guerra no se encuentra consignada en su expediente militar; es probable que se haya dedicado a la atención de los heridos, pues en su refutación de la obra de Kératry mencionaba que trabajaba en el hospital militar.⁶⁸ Frías señalaba que Samuel Basch, quien fungía como médico particular de Maximiliano, solicitó a sus colegas mexicanos avalar la enfermedad del emperador, la cual impedía a éste asistir al consejo de guerra abierto en su contra. Junto con José Siurob, Antonio Aguirre y José Arana, Hilarión certificó que el archiduque se encontraba convaleciente. El médico conservaría un grato recuerdo de su visita al emperador, hombre cuyas “maneras finas”, “nobleza” y “dignidad” revelaban, según él, que había nacido en un trono; lo que más le sorprendía era su firmeza ante la desgracia. El queretano recuerda haber estado presente en el consejo de guerra que condenó

⁶⁶ Frías, *Rectificaciones*, 1967, p. 387; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881. Frías evocaba con mucho cariño su estancia en San Juan del Río, pues le recordaba una ciudad de paisaje flamenco cuyas “esbeltas” torres y casas pintadas de blanco y rojo se perdían “entre las copas de los árboles frutales”. El autor creía que esta ciudad no había logrado mejorar sus condiciones económicas por la guerra civil que acabó con su comercio y provocó que sus habitantes vivieran con miedo. Una visión totalmente distinta presentaba JMR, quien decía que durante la estancia de Hilarión (1881) en la jefatura de San Juan había ejercido su autoridad enérgicamente pero con ciertos rasgos patológicos. Cuando se ordenaba el pase de algún bandido a la muerte, él suspendía el acto en dos o tres ocasiones para examinar, según él, los estragos que causaba la agonía moral en la víctima y para recoger en las planchas del anfiteatro algún dato científico que agregar a sus experimentos prácticos. A decir de JMR, lo anterior evidenciaba el tipo de sentimiento que movía al queretano.

⁶⁷ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888.

⁶⁸ AHSDN, f. 4; Archivo Histórico de Luciano Frías (AHLF), s.n.f; Frías, *Rectificaciones*, 1967, p. 390; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881; Brushwood, “Romantic”, 1950, p. 26; Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, p. 84. Brushwood afirmaba que Frías sí peleó durante la guerra de Reforma y la Intervención francesa; sin embargo, por lo expuesto antes, se puede notar que su información es errónea. Uno de los contemporáneos del médico, JMR, sostenía irónicamente que el valor de Frías se encontraba a la altura del talento del general Pacheco, además, cuenta que durante el sitio de Querétaro, Frías se escondió en la carbonera de una casa ubicada en el callejón de la penitenciaría. Esta afirmación carecía de sustento; el queretano sí participó en la guerra como médico militar, mas llegó al sitio de Querétaro cuando las acciones militares estaban bastante avanzadas. Hilarión menciona que prestó sus servicios en el hospital militar; esto es ambiguo, ya que los republicanos establecieron tres hospitales: el primero en el molino de la Purísima dirigido por José Palacios y Tomás Chávez, el segundo en una casa habitación de la fábrica Hércules a cargo de José Guadalupe Lobato, y el tercero en la Hacienda de Alvarado que presidía Ángel Carpio. Es posible que haya laborado en este último porque se estableció después del cierre del cerco a la ciudad.

a muerte al emperador y a sus generales. Si estuvo en ese evento fue por su deseo de contar con un testimonio directo de los hechos, e incluso tomó apuntes de lo sucedido en el estrado.

Por otra parte, el comandante militar Julio María Cervantes lo designó el orador principal del homenaje al soldado potosino Damián Carmona, el cual se llevó a cabo el 16 de junio de 1867. La iniciativa para realizar esta ceremonia fue de un grupo de potosinas enteradas del valor que éste había mostrado el 27 de marzo de 1867, fecha en que los imperialistas trataron de romper el cerco militar de los republicanos por la Alameda. Tal personaje tenía a su cargo un puesto de vigilancia cuando una bomba destrozó su rifle; sin inmutarse, permaneció en su sitio y lo único que pidió fue que se reemplazara su arma. El hecho fue consignado en la Orden del Día para ejemplo del Ejército y honor del soldado. El jefe de la división determinó que Carmona fuera ascendido al grado inmediato; su acción resonó en San Luis Potosí.

Refugio Degollado convenció a varias potosinas para recolectar fondos, a fin de darle un obsequio al soldado republicano. El 3 de mayo, las admiradoras de Carmona plantearon la situación al gobernador Juan Bustamante; le solicitaron realizar las gestiones necesarias con el gobernador queretano para que la ceremonia se realizara.⁶⁹ El 6 de junio Bustamante emitió un oficio dirigido a Cervantes, en el cual explicaba la propuesta recibida y pedía que los detalles de la misma fueran publicados en el Periódico Oficial del Estado. El acto tuvo lugar en la plaza de San Francisco del Recreo (hoy plaza Zenea) donde se situó el cuerpo del Ejército al que pertenecía Carmona. Hilarión pronunció un discurso de circunstancia en su honor. El soldado subió al estrado para recibir un regalo de sus admiradoras: una corona de laurel y rosas que contenía varios escudos de oro, cuyo valor era de 114 pesos. También recibió una casa por parte del pueblo de San Luis Potosí.

A iniciativa de Maximiliano, mediante sus abogados defensores, el queretano y José Siurob fueron invitados a realizar el embalsamamiento del cuerpo del emperador, sin embargo, el gobierno encargó esta labor a otros médicos.⁷⁰ Más adelante se instaló la Junta Patriótica (26 de julio de 1867) que organizaría los festejos de la Independencia. Se eligió presidente de la misma a Francisco Diez de Marina, mientras que se nombró a J. A. Viéytez

⁶⁹ *La Sombra de Arteaga*, 16 de junio de 1867; Frías, *México*, 1870, p. 580.

⁷⁰ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Según Ángel Pola, el barón de Magnus y Jesús Vázquez Palacios solicitaron que Frías y Siurob realizaran el embalsamamiento.

y Frías como secretarios. Como se mencionó anteriormente, en la ceremonia cívica del 15 de septiembre, los hermanos Hilarión y Eleuterio pronunciaron los discursos oficiales; el primero lo hizo en nombre de la Junta Patriótica, y el segundo, en representación del Club Arteaga. La lectura culminó a las 11 de la noche, momento en el que aparecieron a escena un grupo de 24 niños, dos jóvenes y los señores Pastor y Vallejo. Este último traía consigo la bandera, que había enarbolado el general Arteaga en las batallas de Acultzingo y del 5 de mayo, la cual fue colocada en el centro del teatro.⁷¹ La orquesta comenzó a tocar y aquéllos entonaron un himno compuesto por Hilarión para la ocasión, en el cual se alternaban las voces de los niños con las de los adultos, a fin de lograr un efecto entre los espectadores.

CORO GENERAL

Con las uñas teñidas en sangre
de la Patria el pendón empuñad.
Y a la Europa decid, orgullosos,
no más reyes... ¡Tiranos, atrás!

VOZ PRIMERA (soprano)

El laurel arrancado a la Francia
ofrendad al anciano guerrero
que en Dolores lanzara el primero
ese grito que a España aterró.
A torrentes la sangre vertida
consagró del anciano la idea
y una huella de luz centellea
donde Hidalgo su nombre escribió.

CORO DE NIÑAS

¡Ave, oh patria! Tus hijas llegamos
agrupadas al pie de tu altar
y en la frente arrugada del mártir
damos todas un beso de paz

VOZ SEGUNDA (tenor)

Gloria a Hidalgo, recuerdo bendito
que arrulló nuestro ensueño en la cuna,
y de México al nombre se aduna
como emblema de honor, libertad.
Hoy del mártir siguiendo el ejemplo
despreciando el furor de los reyes,

⁷¹ Díaz, *Historia*, tomo III, 1979, p. 162; *Ídem*, *Historia*, tomo IV, 1979, p. 12; Frías, *Leyendas*, tomo III, 1988, pp. 23-25; Frías, *Leyendas*, tomo I, 1990, p. 55; Trueba, *Teatro*, 1954, 89-90.

de ese trono que hollaron las leyes
una tumba dejemos nomás.

CORO DE NIÑOS

Saludando el recuerdo del triunfo
aún resuena el tronar del cañón:
a sus ecos jurad mexicanos
paz, progreso, ventura y unión.

VOZ TERCERA (barítono)

Si ya luces ese sol de victoria
tras la aurora brillante en Dolores,
y si al fin con laureles y flores
de los héroes ceñimos la sien.
Cese ya de correr nueva sangre:
recordemos que somos hermanos;
agrupados, no más mexicanos
del pendón tricolor bajo el pie.

CORO DE NIÑAS

¡Ave, oh patria! Tus hijas llegamos
agrupadas al pie de tu altar
y en la frente arrugada del mártir
damos todas un beso de paz

VOZ CUARTA (bajo)

Cara patria: tu historia en la Europa
la dejaron tus hijos grabada
con la huella mortal que su espada
en la frente dejó al invasor.
Ya no más en infame mercado
venderán a tu raza y tu suelo;
no más sangre, miseria ni duelo
en la Patria que Hidalgo salvó.

CORO GENERAL

Con las uñas teñidas en sangre
de la Patria el pendón empuñad.
Y a la Europa decid, orgullosos,
no más reyes... ¡Tiranos, atrás!⁷²

Al terminar, las niñas se lanzaron a besar la bandera, acción que buscaba exaltar el patriotismo. Sin duda, los objetivos de la composición eran incentivar el amor patrio y

⁷² Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 91-93.

mostrar el orgullo de un pueblo que acababa de vencer a los invasores franceses; con ello se enviaba un mensaje a los europeos: no se iba a permitir que otro rey tratara de imponerse en suelo mexicano. La advertencia era clara: los “tiranos” debían volver a su lugar de origen o les pasaría lo mismo que a Maximiliano, quien había muerto por hollar las leyes. En cierta forma, el escritor trataba de justificar el fusilamiento del emperador austriaco, pues había violentado el ser de la nación. Frías vinculó la lucha emprendida contra los franceses y la de Hidalgo contra los españoles. La idea de la segunda guerra de Independencia comenzaba a forjarse; los republicanos buscaban lo mismo que los insurgentes: liberar a su pueblo del yugo extranjero.

La composición resalta la necesidad de que los mexicanos se unieran como hermanos y dejaran atrás sus diferencias, lo cual era necesario para lograr “paz, progreso, ventura y unión”. “La sangre de los hermanos” ya no debía correr, sino que todos debían buscar el bien común de la nación mexicana. El himno citado se presentaba como un canto de unión y concordia entre los mexicanos.

A finales de septiembre de 1867, la Suprema Corte de Justicia del Estado extendió una invitación a los médicos José María Siurob, quien después sería nombrado miembro del Tribunal Especial y ocuparía importantes puestos políticos en las administraciones posteriores, y a Hilarión para emitir su dictamen sobre un asunto que se debatía con gran pasión. Los ministros mostraban una actitud crítica contra la legislación penal que los jueces estaban obligados a aplicar, por lo que propusieron al gobernador modificar la clasificación de las heridas que se consignaba en el bando de heridores del 27 de abril de 1765.

El gobernador decidió que Siurob y Frías examinaran el caso. Los médicos manifestaron su desacuerdo con la propuesta de la Corte porque pensaban que era fundamental derogar el bando de heridores y poner en vigencia la ley del 5 de enero de 1855, expedida por el ministro Montes, la cual debía ajustarse al artículo segundo del decreto del 22 de junio de 1853. Los galenos pisaban un terreno que les estaba vedado, ya que planteaban una salida legal que la Corte no había considerado; sólo se solicitó su dictamen médico, motivo por el cual ésta decidió continuar con la aplicación del bando de heridores, hasta que se expidió el primer Código Penal para el estado en la década siguiente, lo que significó la derogación de la legislación antigua.

Con la intención de granjearse la amistad de los grupos políticos, el comandante militar Julio María Cervantes pidió a varias personalidades locales (octubre de 1867) que lo ayudaran a formular proyectos en algunos ramos particulares de la administración pública. De esta forma, Hilarión colaboró en dos comisiones: la primera estaba integrada por Próspero C. Vega y Nicolás Campa, cuya misión era elaborar un plan de instrucción primaria y secundaria, mientras que la segunda estaba conformada por Manuel Marroquín, Crescencio M. Pérez y Manuel M. Rubio, quienes buscaban formular un plan de organización de los hospitales.

Es probable que Hilarión ya no tuviera tiempo para cumplir con las encomiendas, puesto que había sido elegido diputado por el primer distrito electoral de Querétaro, por consiguiente, se desplazó a la ciudad de México. También abandonó la dirección de *La Sombra de Arteaga*, asignada el 29 de septiembre y a la que renunció el 31 de octubre. En su carta de despedida, el queretano afirmaba que el periódico surgió con el fin de consignar los sucesos en Querétaro y “cantar las glorias de los héroes de mayo”. *La Sombra* volvería a estar a cargo de Luciano, quien la había dirigido del 30 de mayo al 28 de septiembre de 1867.⁷³

El regreso a la capital

A decir de Alfredo Bablot (*Proteo*) Hilarión consiguió la curul gracias a su “espíritu turbulento”, por lo que sus paisanos buscaron la mejor forma de librarse de un “politiquero consuetudinario” que mantenía agitada a la ciudad. Bablot creía que la intriga había sido planeada por el gobernador y el jefe de policía. Tras su salida, Querétaro volvió a la “placidez imperturbable del marasmo habitual”. Es posible que el queretano no se sintiera a gusto en su ciudad natal, por lo tanto, buscaba un medio de regresar a la capital del país. Esto se infiere por su opinión que tenía de Querétaro. Consideraba a la población “carente de lujos” y “estacionaria”, debido a que no había aumentado ni disminuido su población; en general, no mostraba un progreso.

En la ciudad de México, frecuentó de nuevo los círculos literarios, el reencuentro con sus amistades fue de suma importancia. En diciembre de 1867, Vicente Riva Palacio le

⁷³ *La Sombra de Arteaga*, 31 de octubre de 1867; Jiménez, *Sistema*, 2005, pp. 539, 565-566; Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, pp. 10, 258; Henestrosa, “Recordación” en Frías, *Lavandera*, p. 35; Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, pp. 96-97; Landa, *Querétaro*, 1989, tomo II, p. 104. A Luciano también se le invitó a formar parte de la comisión conformada por José María Rivera, Silvestre Méndez y Manuel Marroquín, quienes tenían la tarea de formular una propuesta de creación de una penitenciaría.

ofreció el cargo de redactor en jefe y responsable de *La Orquesta*, periódico en el que encontró un espacio donde exponer sus opiniones sobre los asuntos públicos. Su primera colaboración, referente a la apertura de las actividades de la Cámara de Diputados a la que pertenecía, provocó un gran escándalo. Riva Palacio se vio obligado a aclarar que los comentarios no eran suyos, sino de Hilarión. No debe extrañar esta situación, pues los contemporáneos del queretano mencionaban que poseía un “verbo fogoso y tajante” manifestado en opiniones “sinceras” pero “radicales”.⁷⁴ Por ejemplo, no tuvo el mayor cuidado en atacar la ley de Convocatoria expedida por Juárez, así como en decir que éste tenía la “cabeza vacía” y que exhalaba “moralidad” por todos sus poros.⁷⁵

Bajo su dirección, *La Orquesta* mejoró su calidad literaria, ya que Frías invitó a colaborar a Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Manuel Payno y Florencio M. del Castillo. Además, la publicación se convirtió en un importante órgano opositor al régimen en turno, lo cual se fortaleció con la introducción de la caricatura política como crítica a los personajes.⁷⁶ El queretano aprovecharía este medio para emitir sus opiniones políticas y publicar sus escritos literarios, entre ellos la novela *Vulcano* y la serie de tipos populares designada *Álbum fotográfico*. Aunque tenía a su cargo *La Orquesta*, también colaboró en *Boletín Republicano*, periódico dirigido por Lorenzo Elizaga donde encontró un lugar para hacer patentes sus opiniones sobre la política juarista y la situación general del país. En sus primeros artículos, Frías atacó con gran dureza al clero; lo consideraba el causante de los males que agobiaban al país, además, representaba, según el autor, el principal enemigo de la civilización, el progreso y la libertad. Por esta razón, no se le debían restituir sus derechos políticos, tal como lo planteaba *La Revista Universal*.

En sus escritos posteriores, el médico centró su atención en la elección presidencial que había ganado Juárez. Al respecto, declaró que ésta había estado inmersa en numerosas irregularidades, fruto de la Convocatoria realizada por el oaxaqueño. No obstante, su mayor molestia era saber que el defensor de la patria al mismo tiempo violaba la Constitución.

⁷⁴ Frías, *México*, 1870, p. 578; *Ídem, Rectificaciones*, 1967, p. 406; *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1874; Frías, *Álbum*, 1984, pp. 31, 47, 87; Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 103-110.

⁷⁵ Perry, *Juárez*, 1996, p. 44. Perry considera que la convocatoria buscaba apuntalar la fuerza del ejecutivo a costa del legislativo.

⁷⁶ Díaz, *Realismo*, p. 11; García, *Naturalismo*, 1979, pp. 20-21; Ruiz, *Diccionario*, 2000. A lo largo de su trayectoria periodística, Hilarión utilizó diversos pseudónimos: en *La Orquesta* firmaba en ocasiones como “Belite”; en *El Pacto Federal*, “Babolin” e “Hilarión”; en *Los Mexicanos pintados por sí mismos*, “Irisari Feva”; en *La República*, “Persio”; en *El Siglo XIX*, “El portero del Liceo Hidalgo”; en *El Federalista* de Querétaro y *El Diario del Hogar*, “Safir”, y en *La Pluma* como “Fra-Diávolo”.

Para Frías no había duda de que la actuación del presidente evidenciaba la “entronización de la monarquía”, “la dictadura hipócrita” y “el cesarismo republicano”, situaciones que obstaculizaban la política progresista a la que se debía dirigir el país.⁷⁷ La censura de algunas de sus opiniones lo irritaban, por lo que calificó de “absurdo” afirmar que el periodismo constituía un órgano de opinión, cuando más bien se había convertido en el vocero de las ideas de aquellos que lo subvencionaban.

Ahora bien, una de las primeras acciones del queretano en el Congreso de la Unión fue presentar, junto con Ezequiel Montes y J. Brito, una propuesta de ley fechada el 10 de diciembre de 1867, en la que se planteaba agregar el apellido Arteaga al nombre del estado de Querétaro. Esta idea ya había sido enviada al Congreso local por el gobernador Julio María Cervantes, quien mantuvo una estrecha amistad con el general fusilado en Uruapan (1865). Inclusive había sido ratificada en el decreto número 19 del 18 de julio de 1867, pero requería del apoyo federal para volverla oficial. El 13 de diciembre de 1867 fue aprobada la propuesta por el cuarto Congreso Constitucional.

El 20 de febrero de 1868, Hilarión propuso otro cambio que causaría un gran revuelo; la disolubilidad del matrimonio por voluntad de los cónyuges. Entre los puntos que esta ley contenía se encontraban los siguientes: los divorciados podían volver a contraer nupcias un año después de la separación. El padre debía asegurar la manutención de los hijos hasta que cumplieran la mayoría de edad; los varones se quedarían con la madre y las mujeres con el padre, y la ley amparaba a todos los matrimonios, tanto los futuros como los presentes. Esta propuesta encontró apoyo en la diputación de Nuevo León y de Baja California y en los legisladores Villareal, Pantaleón Tovar, Julio Zárate, Joaquín Baranda, Peña y Ramírez, Sánchez Azcona, Pedro Baranda, Cipriano Robert, Mirafuentes, Elorduy y Alfaro.

Al presentar el proyecto, el queretano argumentó que el matrimonio era un “triste legado de la dominación española”. Si la Iglesia lo había declarado un sacramento, se debía a su deseo de dominar a la sociedad, por lo tanto, era necesario quitarle una de las bases de su poderío. De este modo llegó a afirmar que el matrimonio era una “llaga social” y un “cáncer” que se debía extirpar, pues constituía “un muro” que detenía “el camino de la reforma”, estorbaba el aumento de la población y violaba las leyes vigentes. El

⁷⁷ *Boletín Republicano*, 17 y 19 de diciembre de 1867.

planteamiento de Frías buscaba garantizar la libertad individual de los cónyuges y evitar la reprobación con la que “el fanatismo y la gazmoñería” tildaban a los que buscaban romper un “lazo imposible y fatigoso”. Los editores de *La Iberia* mencionan que la proposición provocó rumores y aplausos en las galerías y en el Congreso. Igualmente, la consideraban “radical en sumo grado y en todos sentidos”, debido a que afectaba la raíz de la sociedad, por tal motivo se necesitaba prudencia y tino para resolver esa “cuestión tan grave”.

La propuesta dividió a la prensa: unos pugnaban por la medida, otros la rechazaron y algunos declararon su apoyo a Hilarión. Así lo hizo el periodista *Pero Grullo*, quien el 7 de marzo le dedicó unos versos donde externaba que era mejor vagar con libertad por el mundo que ser un esclavo, situación que no se podía considerar inmoral bajo ningún sentido. Las cadenas sociales constituían “males” que el mundo deseaba perder; era tiempo de que la mujer dejara de sufrir “el yugo más insufrible”, por tener un consorte “grosero” y “feroz” que, además de ponerle “mil cuernos”, era “ebrio”, “desatendido” y un “mal marido”. *Pero Grullo* lo alentaba a no dejarse vencer por las necesidades; el debate debía fundarse en argumentos sólidos. Quienes lo acusaban de alejarse de la religión debían darse cuenta que incurrían en una falsedad.

Dos meses después, *Pero Grullo* publicó otro poema de aliento a su proyecto, pues bastaba recordar que el partido moderado también había criticado a personajes como Zarco, Ramírez, Ocampo, Zaragoza, Degollado, Valle y Llave; hombres que alcanzaron la inmortalidad porque no prestaron atención a las opiniones desfavorables. El autor lo exhortaba a “zurrar” a sus detractores y despreciar su “ignorancia iracunda”.⁷⁸ Como se puede apreciar, Hilarión se mostraba ante el mundo político como un pensador radical, ya que en esa época eran pocos, si no es que ninguno, los que planteaban un asunto de esta índole. Frías estaba consciente de la polvareda que su propuesta levantaría, mas no constituyó un impedimento para realizarla. Sin embargo, ésta tuvo que dormir el sueño de los justos, lo cual no significó su olvido, según se verá más adelante.

Durante su estancia en la Cámara de Diputados, el queretano era uno de los más enconados críticos de la administración juarista, puesto que se sentía traicionado por el presidente; creía que debía encaminar al país por la senda del porvenir, no obstante, el

⁷⁸ *La Iberia*, 25 de febrero de 1868; *La Orquesta*, 7 de marzo y 7 de mayo de 1868. En *La Orquesta* se mencionaba que se incluirían los versos de una poetisa que hablaban en contra del divorcio, pero éstos nunca aparecieron.

benemérito optó por fortalecer su posición política. El 13 de junio de 1868, Hilarión anunció a sus lectores que abandonaba la redacción de *La Orquesta* porque había decidido salir de la capital. En su nota de despedida manifestaba que no se doblegó ante el poder y nunca tuvo la intención de extraviarse en la “florida senda del ministerialismo”. Si se opuso al gobierno, se debía a que éste había seguido un camino errado, mas consideraba que los hombres en el poder merecían la admiración pública por el patriotismo que mostraron en los años aciagos de la República.⁷⁹

No se sabe con certeza cuáles fueron las verdaderas razones por las que Frías se separó de *La Orquesta*, ya que en ningún momento salió de la capital, sólo se integró a la redacción del *Boletín Republicano*, en donde comenzó a colaborar desde diciembre de 1867. Quizá la experiencia adquirida ahí lo llevó a fundar *Fra-Diávolo* (marzo de 1869) en el que redactó la mayor parte de los artículos.⁸⁰ En el primer número, aclaró que su intención no era asumir una posición ante los disensos que se vivían en el partido Liberal, pues no pertenecía a ninguno de los bandos, sino defender la justicia, la verdad, los principios constitucionales y de los intereses del pueblo, por lo que dejaba que los otros periodistas se encargaran de las cuestiones de actualidad.

Desde su perspectiva, tres males aquejaban al país: 1) la inercia del gobierno, lo que permitía a sus colaboradores incurrir en actos deshonestos e imputar sus errores a las demás instancias de poder, las cuales también era culpables por mostrar su apoyo incondicional al Ejecutivo; 2) la “catalepsia” en que se encontraba la nación, pues su inactividad era la causante de la dictadura, lo que a su vez ocasionaba que el capital se retirara, el trabajo se agotara y la miseria devorara al pueblo, y 3) la falta de oposición, debido a la división de ésta y el retiro de los periódicos en los que sostenía una “censura inútil”. A pesar de reconocer en ella jóvenes “patriotas e inteligentes” de los que se podía esperar mucho, también había “reputaciones gastadas” que se colgaban el papel de censores con el fin de rehabilitarse de sus fiascos.

⁷⁹ *La Sombra de Arteaga*, 17 de octubre de 1867; *La Orquesta*, 13 de junio de 1868; Frías, Juárez, 1905, pp. 181-182.

⁸⁰ *La Sombra de Arteaga*, 5 de enero de 1868, 4 de abril de 1869 y 4 de noviembre de 1880; Ceballos, p. 351. Los redactores de *La Sombra* alababan la aparición de *Fra-Diávolo*, pues conocían el talento e instrucción de un literato de “bien cortada pluma”. La denominación del periódico provocó que “el vulgo” pensara que Hilarión tenía un pacto con el diablo. De hecho, tanto *El Centinela Español* como Ceballos le prodigaban adjetivos despectivos como “médico demoníaco”, “diablo viejo” o sólo “diablo”.

El queretano pensaba que la “fiebre de la revolución” constituía la única solución para resolver la crítica situación: ante la gangrena era preciso “aplicar el hierro caliente”.⁸¹ Su punto de vista denota una posición crítica en contra del gobierno de Juárez, por esta razón, no resulta exagerado afirmar que se convirtió en uno de los más severos críticos del oaxaqueño. Apelar a la revolución como único remedio de la crisis política mostraba que Hilarión carecía de una propuesta sólida que ayudara a solucionar este problema. El encono que sentía contra Juárez no le permitía razonar con objetividad; no se daba cuenta de que su planteamiento, un año después de haber culminado la intervención extranjera, podría acarrear un gran costo político al país. Con el cierre de *Fra-Diávolo*, Frías se incorporó a *El Semanario Ilustrado*, periódico en el que también colaboraban Alfredo Chavero, Manuel Peredo, Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto. Es importante mencionar que las opiniones de Hilarión vertidas en la prensa contribuyeron a afianzar su fama de polemista dispuesto a defender los principios liberales. Algunos escritores entre los que destaca Justo Sierra, afirmaban que sus ironías eran terribles, mas en el fondo era una “buena persona”.⁸²

En los primeros meses de 1869, los diputados federales queretanos tuvieron una participación intensa en la resolución de los problemas políticos que se vivían en Querétaro, los cuales comenzaron dos años atrás. Julio María Cervantes fue declarado gobernador constitucional el 28 de noviembre de 1867. Esta decisión generó inconformidad en algunos sectores de la población, pues la permanencia del coronel era producto del apoyo de Juárez, mas no de una elección libre. La Legislatura estatal protestó porque consideraba que se había elegido a un hombre no nacido en el estado. Hilarión, uno de los opositores principales del gobernador, afirmaba que Juárez violó la constitución al influir en las elecciones y apoyar a un mandatario no deseado por el pueblo.

Cervantes intentó nulificar las protestas. Lo primero que hizo fue tratar de separar de sus curules a José María Siurob, Víctor Covarrubias, Agapito Pozo, Manuel Marroquín, Joaquín Barasorda y Próspero Vega. La reacción del Legislativo no se hizo esperar: los diputados desaprobaron las medidas impuestas y manifestaron su miedo a ser despedidos si no mostraban sumisión a sus decisiones, es decir, a quedar bajo las órdenes del Ejecutivo.

⁸¹ *Fra Diávolo*, 16 de marzo de 1869.

⁸² *El Máscara*, 8 de octubre de 1879; Sierra, Justo, *Obras Completas. IV. Periodismo Político*, 1948-1949, p. 40; Frías, *Álbum*, 1984, p. 67; Carballo, *Reflexiones*, 1999, pp. 274, 306. *El Máscara* consideraba que Hilarión era una “perra brava” con aquellos parlamentarios que no secundaban sus opiniones.

Vega se convirtió en el principal opositor del gobernador; con el apoyo de siete diputados formuló una acusación en su contra pues, decía, éste buscaba centralizar el poder en sus manos.⁸³ Cervantes recurrió a la movilización de diversos grupos sociales con la intención de presionar al Congreso para que aquél retirara la acusación. La denuncia siguió su curso en las comisiones de la Cámara.

El 29 de abril de 1869, la legislatura declaró al gobernador culpable de los cargos atribuidos, solicitó su destitución y el nombramiento, en su lugar, de Francisco Diez de Marina. Cervantes no publicó el decreto expedido el último día del ejercicio del Legislativo. Ante ello, éste decidió prolongar su período de sesiones. Por su parte, el exgobernador publicó un manifiesto donde expresó su inconformidad con las acciones de los diputados, según él éstas eran ilegales, por lo que pidió al secretario de Gobernación autorizar la elección de nuevos diputados. Los legisladores en desacuerdo se dirigieron al Congreso de la Unión con el objetivo de exigir su protección contra este acto. El 6 de mayo se discutió el problema en la Cámara. El ministro subió tres veces al estrado para denegar la petición de un grupo de diputados que no representaban la legislatura queretana. Del mismo modo sostuvo que al poder federal no le correspondía intervenir en un conflicto que competía a los poderes locales.

Ezequiel Montes e Hilarión Frías refutaron los argumentos del ministro y lograron que el Congreso enviara al presidente un acuerdo, en donde solicitaban el uso de la fuerza armada para garantizar el libre ejercicio de la legislatura. Ante estas circunstancias, Juárez envió al general Francisco Paz a fin de intervenir en la ciudad. Mientras tanto, Cervantes puso el caso en manos de Zacarías Oñate y Juventino Guerra,⁸⁴ quienes le aconsejaron tramitar un amparo ante el juez de distrito, ya que se buscaba privarlo de su legítimo derecho a gobernar y se pretendía entregar el poder a una legislatura que, por términos constitucionales, había concluido su gestión. El juez concedió la suspensión del acto mientras estudiaba la sentencia. La resolución fue remitida al Congreso de la Unión y al general en jefe de las fuerzas interventoras, con la finalidad de ordenar que éstas permanecieran en Querétaro bajo la más estricta neutralidad. Al mismo tiempo, se pidió a

⁸³ Trueba, *Teatro*, 1954, pp. 100, 299; Domínguez, *Integración*, 1966, pp. 45-46; Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, pp. 10-11; Herrera, "Prólogo" en *Mexicanos*, 1986, p. 4; Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, p. 152.

⁸⁴ Suplemento al número 124 de *La Sombra de Arteaga*, 14 de julio de 1869.

las partes en disputa enviar sus informes con una justificación referente a los actos que reclamaban.

El 31 de mayo el Congreso respondió negativamente a justificar su resolución ante un juez de distrito, porque se consideraba un poder soberano que no necesitaba explicar sus acciones. Puesto que el juez desechó la concesión del amparo, los abogados del gobernador apelaron a la controversia constitucional. Los legisladores celebraron este hecho; manifestaban que aquél había actuado con rectitud, debido a que el amparo se otorgaba para salvaguardar los derechos de las personas y no el de las autoridades que buscaban defender sus intereses políticos. Una vez que la maniobra de Cervantes fracasó, los diputados Mata, Montes y Frías formularon una nueva acusación contra él, pues declaraban que había cometido varios delitos: impedir el libre ejercicio de las funciones de la legislatura, tratar de disolverla y atentar contra la vida de Próspero C. Vega, presidente de la legislatura.⁸⁵

El Congreso de la Unión ordenó que la Comisión del Gran Jurado instruyera el proceso contra Julio Cervantes, quien se debía presentar el 16 de octubre de 1869 para responder las acusaciones imputadas. Éste se rehusó a concurrir como acusado, sólo se concretó a publicar un folleto en donde se defendía. Sin la asistencia del gobernador, el Gran Jurado determinó la revocación del decreto por el que se le destituía; sin embargo, no podía continuar con sus funciones hasta emitir un fallo final, el cual se difería para el siguiente período de sesiones. Por su parte, la Suprema Corte de Justicia lo suspendió de su cargo por un año sin goce de sueldo. Cervantes decidió ir a la ciudad de México con el objeto de resolver el problema con el presidente. Como la Cámara había cesado en sus funciones y no había gobernador, el estado careció de poderes durante tres meses.

Juárez no hizo nada para solucionar la situación, pues se encontraba molesto por la actitud del Congreso, que obró en contra de su parecer. En consecuencia, se mostró indiferente ante el problema, el cual se resolvió gracias al levantamiento de Trinidad García de la Cadena. El presidente determinó que Querétaro, San Luis Potosí, Zacatecas y Jalisco se pusieran en estado de sitio. El general Miguel de Eguiluz fue nombrado comandante militar de Querétaro el 16 de enero de 1870. Cuando la rebelión estuvo bajo control, Juárez ordenó restituir el orden legal en Querétaro (12 de abril de 1870). Para cumplir con esta

⁸⁵ Díaz, *op. cit.*, pp. 14-18; Gutiérrez, *op. cit.*, p. 261.

disposición, el comandante militar Margarito Mena convocó a elecciones a fin de integrar la Legislatura y el Ejecutivo de acuerdo con los lineamientos de la constitución local expedida el 6 de enero de 1869. El 26 de mayo debían instalarse los colegios electorales.

Con las acciones anteriores, el presidente le jugaba una mala partida a la legislatura queretana, pues ésta se encontraba en ejercicio al declararse el estado de sitio.⁸⁶ Los poderes constitucionales no desaparecieron, sólo fueron suspendidos durante la emergencia nacional. Juárez actuó de esa manera para acabar con la oposición al exgobernador, quien entró a la justa electoral al lado del coronel Benito Santos Zenea y de Juan N. Llaca. Esta estrategia presidencial dio buenos dividendos: Cervantes ganó el gobierno, pese a que el artículo 77 de la constitución local no permitía la reelección inmediata; los diputados electos, tanto locales como federales, eran adictos a este personaje. Las irregularidades en el proceso de elección sumergieron de nuevo a Querétaro en una profunda crisis política.

Hilarión constituye una muestra fehaciente del castigo impuesto a los opositores de Cervantes. En su intento de obtener la diputación del primer distrito electoral, puesto que ocupó en la anterior legislatura, fue vencido por el general Francisco Paz, quien era seguidor de Juárez. La derrota no podía ser más estrepitosa; Frías sólo obtuvo siete votos, en tanto que Paz logró 75. Este caso resulta significativo, pues revela los mecanismos que utilizó el poder para eliminar a sus enemigos políticos.⁸⁷ Gracias a la manipulación, el control del proceso electoral y la violación de ciertas medidas, por ejemplo: prohibir a quienes ejercían un cargo político y militar participar en las elecciones. Las autoridades aseguraron que los ayuntamientos y el congreso estuvieran conformados por personajes de lealtad asegurada.

El 28 de junio se instaló la nueva legislatura y se designó gobernador a Cervantes. Sin embargo, el nuevo congreso fue desconocido, e incluso se formaron tres grupos de rechazo al gobernador: uno se levantó en armas, otro se declaró en rebeldía y un tercero solicitó el amparo de la justicia federal. En opinión de Blanca Gutiérrez, el problema queretano colocó dos asuntos en el centro del debate nacional: la manera de normar la relación entre el gobierno nacional y los estados, y el papel de la Suprema Corte de Justicia en materia electoral. Algunos miembros de la Suprema Corte señalaban que los estados, en

⁸⁶ Gutiérrez, *op. cit.*, p. 262; *Idem*, “Gobernar” en *Historias*, 2006, p. 61.

⁸⁷ Gutiérrez, “Gobernar” en *Historias*, 2006, pp. 62-63, 72-74; Perry, *Juárez*, 1996, pp. 110-117.

uso de su soberanía, eran los únicos que podían decidir sobre la legitimidad de las autoridades de su régimen interior. En cambio, otros, entre ellos José María Iglesias, sostenían que los tribunales federales tenían la facultad de determinar la legalidad de estas autoridades.

La disputa concluyó con la formulación de la “teoría de la incompetencia de origen”, la cual planteaba que la justicia federal examinaría el origen del nombramiento, designación o elección de cualquier autoridad; si era ilegítimo por determinado vicio legal, ésta se consideraba “incompetente” y sus actos, inconstitucionales.⁸⁸ A pesar de la oposición, Cervantes permaneció en su cargo hasta el 26 de marzo de 1873. Tras la muerte del presidente Juárez (18 de julio de 1872) el coronel se sintió desprotegido y sin la fuerza necesaria para resistir la embestida de sus enemigos. Incluso uno de ellos, Hermenegildo Ofelia, había interpuesto un amparo en donde declaraba que la administración de Cervantes debía concluir por su ilegalidad. Con motivo de su salida, José María Rivera presentó una propuesta de ley para reformar la constitución local, en la cual se planteaba haber nacido en Querétaro como requisito necesario de los aspirantes al gobierno.⁸⁹

Después de su derrota en las elecciones estatales, Hilarión regresó a la capital a finales de junio de 1870. Retomó la redacción de *La Orquesta*, aunque su trabajo sería breve; el 16 de septiembre aclaró a los redactores de *El Monitor Republicano* que ya no escribía para aquel periódico.⁹⁰ En diciembre de ese mismo año, el queretano volvió a las lides políticas, pues se integró al grupo de Manuel Romero Rubio, Joaquín Alcalde⁹¹ y Vidal Castañeda, quien buscaba ocupar el Ayuntamiento de la ciudad de México. A Frías se le presentó como candidato a presidente del Ayuntamiento; fungió como segundo

⁸⁸ Gutiérrez, “Gobernar” en *Historias*, 2006, p. 75; *Idem*, *Querétaro*, 2007, pp. 261-263.

⁸⁹ Díaz, *Historia*, tomo IV, 1979, pp. 21-22, 35, 45-46; Suárez, *Constitución*, 2000, p. 178; Gutiérrez, *Vida*, 2004, pp. 78, 91; *La Sombra de Arteaga*, 10 de febrero de 1881. En 1881 apareció una nota en *La Sombra de Arteaga*; se menciona que Cervantes gobernó Coahuila de manera provisional. En este lugar se ganó el aprecio de sus habitantes por su “prudencia”, “política conciliadora”, “energía” y “honradez”. El redactor se preciaba de los buenos conceptos que se prodigaban al coronel, ya que durante su estancia en Querétaro fue víctima de apreciaciones que el tiempo se había encargado de desmentir.

⁹⁰ *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1870. Frías aclaró esta situación en un artículo (escrito con la “galantería y fiereza” que siempre caracterizó al queretano) dirigido a los redactores de *El Monitor*.

⁹¹ Peza, *Poetas*, 1965, p. 55; Frías, *Rectificaciones*, 1967, p. 350. Peza menciona que Joaquín Alcalde había alcanzado notabilidad en la tribuna por su palabra acerada, su fogosidad, su ímpetu y su oportunidad. Sus escritos periodísticos eran originales, debido a que en ellos se traslucían sus cualidades como orador. Por su parte, Frías consideraba a Alcalde un hombre de una “alta inteligencia”, un gran “valor civil”, un “alma grande” y un “gran corazón”. Asimismo, pensaba que tenía dos grandes causas en su vida: la de la República y la de los “desgraciados”.

escrutador del Colegio Electoral. En esta ocasión, la suerte volvió a ser adversa para él. En la carta abierta “La mesa del colegio electoral del Ayuntamiento de México y sus comitentes” (publicada el 30 de diciembre) Frías, Romero Rubio, Alcalde y Castañeda culparon al Ejecutivo de su fracaso en las elecciones, ya que éste autorizó al ministro de Guerra amenazar a la personas que los apoyaban y permitió que se distribuyeran las fuerzas armadas en varias de las secciones electorales.⁹²

La intromisión del primer magistrado provocó una “lucha de poder contra el pueblo”, el cual respetaba los servicios que este “ilustre ciudadano” había prestado al país, pero no deseaba que se diera un “ejemplo de perpetuidad en el poder”. Al ordenar la suspensión del “Ayuntamiento legítimo”, Juárez puso en duda la competencia y legitimidad del Colegio Electoral, vulneró la “soberanía popular” en el distrito y, lo peor de todo, rebasó sus atribuciones, pues en la resolución se indicaba que el Ejecutivo carecía de competencia para dictaminar sobre el asunto. Ante tal denuncia, el presidente tuvo que ceder y el Ayuntamiento tomó posesión en 1871. Se asignó a Hilarión la supervisión del Hospital de San Pablo y del Colegio Correccional de San Antonio (Tecpan).⁹³

La determinación no acabó con los problemas del Ayuntamiento, éste también se enfrentó a la oposición del gobernador de distrito, quien el 9 de junio ordenó suspender al Cabildo apoyado en la prueba de su participación en las elecciones, por lo tanto, sería sustituido por el anterior Ayuntamiento y se aplicaría un juicio de responsabilidad. En respuesta, los miembros solicitaron un amparo ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el cual fue rechazado porque, según este organismo, no se había violado ninguna ley y debían pagar una multa. Ante esta negativa, pidieron a Ezequiel Montes su respaldo frente a José Isaac Sancha, juez primero de distrito. Ellos aseveraban que la acción suspensoria no era legal, puesto que fue emitida por una autoridad sin atribuciones judiciales, además, no hubo el juicio correspondiente, por lo que se violaban sus garantías políticas.

Tras la revisión de pruebas el juez dispuso no otorgar el amparo por dos razones: el abogado defensor no había justificado su propuesta y el gobernador sí contaba con las facultades para suspender al Ayuntamiento como corporación; no lo podía hacer con los individuos. Por este motivo se establecería un juicio de responsabilidad. El ataque a los

⁹² *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1870; Archivo Histórico del Distrito Federal (en adelante AHDF), Volumen 864, tomo III, exp. 50 a 58, Elecciones de Ayuntamientos 1861-1871.

⁹³ *Almanaque*, 1871, p. 282.

derechos políticos de los inculpados no constituía un argumento suficiente para promover un amparo. Puesto que la suspensión era una “medida preventiva”, no se consideraba la aplicación de una pena, por consiguiente, los miembros del Ayuntamiento esperaron a que concluyera el juicio instruido con el fin de saber si en realidad se había infringido el artículo 21. En vista de que la infracción al Cabildo fue consecuencia de su pretensión de falsear el voto en las elecciones, el juez ordenó que se impusiera el *minimum* de la multa que la ley asignaba.⁹⁴

La lucha entre el Ayuntamiento y el Ejecutivo reflejaba la tensión que se vivía ante la proximidad de las elecciones presidenciales. A Juárez no le convenía que aquél estuviera en manos de un grupo simpatizante con Sebastián Lerdo de Tejada, uno de sus contrincantes más importantes. Los problemas en el Ayuntamiento no serían un impedimento para que Hilarión y Alcalde ocuparan una curul como representantes del recién creado estado de Morelos; este hecho no debe extrañar, pues el queretano fue uno de los que abogaron por su fundación.⁹⁵ Sin embargo, *Tancredo*, desde las páginas de *El Monitor Republicano*, atacó esta postulación; manifestó que se había enviado a Frías a Morelos para apoyar a Leyva en los trabajos que realizaba con el propósito de lanzar la candidatura de Lerdo a la presidencia. Aunque Hilarión negó el hecho, éste había pedido a los hacendados que favorecieran “tan funesta candidatura” y fundó un “periódico pesetero” para tal fin, el cual más bien parecía un “órgano de los servidores del Imperio” pues insultaba a los patriotas, censuraba las glorias de la historia y escarnecía la dignidad.

Tancredo aseveraba que, también en Morelos, la autoridad buscaba “estropear” el sufragio universal y hacer triunfar la candidatura “más retrógrada”, por lo tanto, era necesario rechazar a los que pretendían comprometerlos, ya que no se podía confiar en quienes primero fungían como “ministeriales” y después se presentaban como “revolucionarios”. Además, advertía que los promotores de Lerdo debían darse cuenta de que nadie lo apoyaba, en consecuencia, sus acciones resultaban vanas. A pesar de los anteriores conflictos entre Juárez y Frías, la evidencia indica que ambos se acercaron, al grado de que el queretano logró ser nombrado visitador general de loterías, departamento que fue creado en vista del clamor público en contra de ese juego de azar. En su reporte,

⁹⁴ *El Monitor Republicano*, 8 de febrero y 21 de julio de 1871.

⁹⁵ *El Siglo XIX*, 6 de enero de 1869. El estado de Morelos se creó el 17 de abril de 1869.

Hilarión menciona que la lotería del Conservatorio (establecida por Eduardo Liceaga para pagar a los maestros, comprar instrumentos y útiles, y hacer reparaciones en su edificio) era la única que se ajustaba a la ley, debido a que tenía una buena contabilidad, pagaba sus impuestos y subvencionaba con el 15% al Conservatorio.

A la par de sus actividades políticas, Frías no descuidaba su faceta periodística. Desde principios de 1871 fue redactor de *El Correo del Comercio*, periódico al que renunció el 1 de octubre de ese año, aunque se reincorporaría un mes después.⁹⁶ A finales de año y a expresa invitación de Nabor Chávez, quien había adquirido el rotativo *La Enseñanza*⁹⁷ en 1871, se integró al cuerpo de redacción, en el que también figuraban Manuel Orozco y Berra y Manuel Peredo,⁹⁸ dos personajes con los que tuvo contacto en la Academia de San Juan de Letrán y en el Liceo Hidalgo. Los lazos con Peredo trascendían el ámbito literario para asentarse en el afectivo. De hecho, Hilarión le dedicó la refutación que hizo de la obra *Recuerdos de México* escrita por Samuel Basch, la cual había sido traducida del italiano por Peredo en 1871.⁹⁹ El 15 de marzo de 1873 se integró a la publicación *Ángela Lozano*. En este periódico, el queretano centró la mayor parte de su atención a la traducción de diversas obras escritas en francés.

La filiación al lerdismo

Tras la repentina muerte de Juárez en 1872, Sebastián Lerdo ocupó la presidencia de la República, hecho que generó gran alegría en Hilarión, pues tenía una profunda devoción por ese personaje. Ya desde 1870, en la refutación que Frías hizo de la obra de Kerátry, lo calificaba como un hombre que “tenía un sol por cabeza”, afirmación que le valió la burla

⁹⁶ *La Independencia Médica*, 1 de mayo de 1882.

⁹⁷ Este periódico tiene una historia curiosa: el primer número fue publicado el 15 de junio de 1870 en Nueva York; en el segundo apareció el siguiente subtítulo “Revista hispano-americana de instrucción y recreo, dedicada al pueblo”; en el número ocho se mencionaba que el editor propietario era alguien que firmaba “M.A.M.” y se destacaba que la publicación estaba asegurada según acta del Congreso de Estados Unidos. También sufrió muchos cambios el 1 de octubre. Nabor Chávez apareció como el propietario, se incorporó el cuerpo de redacción y cambió el subtítulo a “Revista americana de instrucción y recreo, dedicada al pueblo”. El 1 de noviembre el subtítulo volvió a modificarse: “Revista americana de instrucción y recreo, dedicada a la juventud”. En cuanto al precio, también hubo variación: mientras se editó en Estados Unidos costaba un real y con Chávez tuvo un precio de 18 centavos para la capital y 25 para los estados.

⁹⁸ Peza, *Poetas*, 1965, p. 37. Peza consideraba que Manuel Peredo era un notable crítico de teatro y los más importantes de sus juicios se habían publicado en *El Domingo*. Aunque tenía pocos trabajos literarios, gozaba de gran reputación por la pureza de su estilo y sus conocimientos de la lengua española.

⁹⁹ Frías, *Rectificaciones*, 1967, pp. 331-332.

de sus enemigos. Es probable que el médico haya ingresado a los altos círculos lerdistas gracias a la relación que mantenía con Manuel Romero Rubio. Al parecer, el vínculo del queretano con el lerdismo fue profundo. Él se convirtió, según opinaba Vicente Riva Palacio, en *El Bien Público* y *El Monitor Republicano*, en una de las “columnas del lerdismo”. Esta aseveración resulta a todas luces exagerada si se toma en cuenta que Frías no ocupó ningún puesto de importancia en la administración lerdista. No obstante, sí es evidente que se convirtió en uno de los “caballos de batalla” del régimen. Así lo muestra su participación en el caso de Francisco Leyva, gobernador de Morelos: en 1871, éste realizó una serie de modificaciones legislativas que buscaban allanar el camino para su reelección, pese a que la constitución local no lo permitía.

A través de diversos actos electorales fraudulentos, el gobernador se reeligió en 1872, pero sus opositores consiguieron que el Congreso revisara las elecciones. Cuando el Legislativo se erigió en Gran Jurado, Leyva nombró a Frías y a Alcalde como sus abogados defensores, circunstancia explicable por la relación que los tres mantenían con el lerdismo. La actuación del queretano sería fundamental para lograr la absolución del gobernador, sin embargo, no se debe olvidar el apoyo implícito que el presidente le manifestó al gobernador. A fin de mostrar su “inocencia”, Leyva imprimió e hizo circular la defensa de Hilarión y el dictamen absolutorio de la sección del Gran Jurado de Morelos, los cuales eran dos piezas, según *El Monitor Republicano*, “dignas de sus autores”.¹⁰⁰ En pago a su desempeño, Frías regresó a la ciudad de México en agosto de 1873, con el objetivo de sustituir a Luis Malanco en la Comisión de Instrucción Pública del Ayuntamiento. *El Monitor Republicano* aplaudió este cambio, pues consideraba que el “talento y clara inteligencia” de Hilarión bastarían para rectificar las ideas de Malanco. A raíz de que el 6 de octubre los miembros del Ayuntamiento protestaron cumplir con las adiciones y reformas a la Constitución, las cuales fueron decretadas el 25 de septiembre de 1873 y promulgadas el 5 de octubre; el queretano presentó al día siguiente una proposición en la que pedía expulsar a las hijas de San Vicente de los hospitales, ya que los habían convertido en “conventículos”. Desde las páginas de *El Monitor Republicano*, Juvenal

¹⁰⁰ Narváez, “Estudio” en Velasco, *Amparo*, 2005, pp. XVIII-XIX; Sierra, Justo, *Obras Completas. IV. Periodismo Político*, 1948-1949, p. 101; Frías, *Rectificaciones*, 1967, p. 341; *El Monitor Republicano*, 27 de agosto de 1876; Riva Palacio, *Historia*, 1992, p. 342. Frías expresa que Cuernavaca debía ser una ciudad suntuosa por la riqueza de su agricultura, no obstante, sus “chozas de plantadores” revelaban la “sórdida barbarie de la colonia española” que monopolizaba la industria azucarera y sólo había dejado como el “monumento eterno de su deshonra”, las pretensiones feudales de sus cómitres, la esclavitud disfrazada del labrador e ignorancia y atraso de la España conquistadora.

(pseudónimo de Enrique Chávarri) decía que esta “elegante” propuesta de Frías daba cuenta de que una de las adiciones al artículo 5 mencionaba que no se reconocían las órdenes monásticas. Debía comprenderse a las Hermanas de la Caridad dentro de ese artículo, pese a que sus defensores afirmaban que no era una orden monástica, puesto que no profesaban clausura y sus votos se encontraban limitados a cinco años. Frías advertía que la ley comprendía todas las comunidades, fueran de encierro continuo o no, además, no se debía olvidar que ellas vivían en comunidad, tenían superiores, portaban el traje de su orden y estaban en las mismas condiciones que las demás monjas.

Hilarión recordaba que Juárez permitió que las Hermanas de la Caridad subsistieran en virtud del noble objeto de su institución, mas se ignoraba que la caridad se ejercía en la cabecera del rico y cuando se acercaban a los pobres predicaban el desconocimiento de las instituciones democráticas, por lo que la abnegación se convertía en “terrible propaganda” y “provechosa colecta”.¹⁰¹ De igual manera, destacaba el amparo de las monjas en 1861 bajo la bandera francesa para evitar que se sacaran unos fondos del convento de la Concepción y que León Guzmán, ministro de Relaciones Exteriores y Gobierno en ese momento, emitió una circular fechada el 28 de mayo, en la cual afirmaba el disgusto del Ejecutivo por la actuación de las Hermanas, quienes utilizaban los establecimientos médicos para continuar con sus actividades religiosas.

Al realizar este breve análisis, Frías buscaba demostrar que existían suficientes argumentos para suprimir la orden. De acuerdo con su punto de vista, si el Ayuntamiento no aplicaba la ley se volvía cómplice de las monjas, por consiguiente, proponía como único artículo separar a las Hermanas de la Caridad de los establecimientos municipales, mismos que debían entregar a los administradores respectivos. El debate entre los miembros del Ayuntamiento fue exhaustivo. Rincón Gallardo impugnó la proposición e interpuso el recurso del veto a fin de diferir la discusión en dos sesiones. El presidente Lozano apoyó esta propuesta y afirmó que el Ayuntamiento no podía expulsar a las monjas puesto que no se habían promulgado las Leyes de Reforma. Los síndicos Zapiain, Malanco, Alas y Villagra se mostraron a favor de la iniciativa de Frías.

¹⁰¹ *El Monitor Republicano*, 28 de agosto de 1873, 3 y 8 de octubre de 1873 y 10 de octubre de 1881. JMR afirmaba que Frías aprovechó su posición dentro del Ayuntamiento para tener acceso a la casa de Plaisant y a las “palomas” de los teatros.

Aunque la mayoría del Cabildo estaba dispuesto a aprobar la moción, se acató la prerrogativa del veto, por lo que se difirió la discusión. El síndico Alas propuso que las Hermanas comparecieran ante el Ayuntamiento, no obstante, los demás síndicos rechazaron este planteamiento. Ante ello, *Juvenal* pensaba que la ley debía ser inflexible y apoyaba la supresión de la orden monástica, pues los regidores habían jurado defender las leyes de Reforma.¹⁰² Por este tipo de propuestas, Hilarión comenzó a ganar fama de tribuno e impulsor de ideas que no todos tenían el valor de exponer, tal como sucedió con su proyecto de ley de divorcio, asunto del que se hablará con mayor detenimiento más adelante.¹⁰³

A principios de 1874 Hilarión retornaría a la esfera judicial, ya que Leyva volvió a estar en el ojo del huracán al promulgar la ley de hacienda del 13 de octubre de 1873, en la cual se establecían gravámenes de 60 000 pesos a las haciendas de Ramón Portillo, Joaquín García Icazbalceta, Pío Bermejillo, Isidoro de la Torre y José Toriello, en consecuencia, ellos contribuirían con la tercera parte del presupuesto general que ascendía a 182 000 pesos. De acuerdo con Vicente Riva Palacio, el gobernador emitió esa disposición porque buscaba castigar a los hacendados que querían tener participación en las elecciones. Los hacendados no se quedaron con los brazos cruzados y solicitaron un amparo en el que no sólo mostraban su inconformidad ante el impuesto, sino que de nuevo ponían en duda la legitimidad de la elección del gobernador.

Los hacendados afirmaban que la ley era inconstitucional, debido a que se había violado el artículo 16 de la Constitución federal; la ley se aprobó sin tener el quórum necesario, puesto que uno de los diputados ostentaba el cargo de manera inconstitucional.¹⁰⁴ El 14 de marzo de 1874 el juez de distrito Ignacio Merlo determinó la violación de dicho

¹⁰² *El Diario del Hogar*, 31 de agosto de 1884; *El Monitor Republicano*, 8 y 9 de octubre de 1873; Sierra, Justo, *Obras Completas. IV. Periodismo Político*, 1948-1949, p. 40; Septién, *Historia*, 1966, pp. 167-175. Justo Sierra recordaba que en su juventud conoció a Hilarión, quien se encontraba de visita en su casa. Sin que viniera al caso, Frías afirmó que él había sido el que expulsó a las Hermanas de la Caridad y era necesario que Sierra lo supiera para que fuera liberal. Sierra afirmaba que Hilarión parecía gozar con el temor que causaba su rostro renegrido, sus bigotes hirsutos, sus ojos ardorosos y su voz enronquecida. Algunos años después lo volvió a ver y no le pareció “tan feroz ni tan terrible”. Frías no exageraba en sus afirmaciones, pues, al lado de Arteaga, sería uno de los artífices de la excomunión de monjas en Querétaro. Las primeras excomuniones serían las del convento de Santa Teresa de Jesús en 1862 y en el transcurso del año siguiente seguirían ese camino las de Santa Clara, las del Colegio de Santa Rosa de Viterbo y las Carmelitas Descalzas.

¹⁰³ Cortés, *Sebastián*, 2002, p. 121. Frías apoyó la creación del Senado el 9 de abril de 1874.

¹⁰⁴ Narváez, “Estudio” en Velasco, *Amparo*, 2005, pp. XIX, XIII-XXIII; Riva Palacio, *Historia*, 1991, pp. 285, 286.

artículo, mas no emitió ningún dictamen sobre el asunto de la reelección por considerar que carecía de facultades al respecto. Frías y Alcalde, representantes de la Legislatura de Morelos, escribieron a la Suprema Corte de Justicia de la Nación para deslindar de responsabilidades al Congreso y al Gobernador. Tras un debate dividido, la Suprema Corte dispuso que los tribunales federales podían intervenir en asuntos que cuestionaban la legitimidad de los poderes locales, ya que la soberanía tenía como límite el respeto de las garantías individuales.

Los magistrados reconocieron la ilegalidad del nombramiento de un diputado que, a la vez, se desempeñaba como jefe político de Distrito. Sin embargo, se abstuvieron de calificar la legitimidad del gobierno de Leyva y, por lo mismo, su competencia para proponer la ley de hacienda. En venganza de la resolución del juez, el gobierno lo acusó de una ridiculez y lo mandó apresar, razón por la cual ya no logró notificar de la ejecutoria de la Suprema Corte. El gobernador ordenó que el suplente ocupara el juzgado y éste se abstuvo de informar sobre la ejecutoria. Cuando la Suprema Corte se enteró; exigió la destitución del suplente y el restablecimiento en su cargo al propietario. Como respuesta, el 14 de abril de 1874 la Legislatura de Morelos presentó un proyecto de ley en el cual proponía que la justicia federal no podía juzgar ni decidir; en ningún caso, sobre la legalidad de las autoridades, tanto federales como estatales, elegidas popularmente y cuya legitimidad hubiera sido declarada por los respectivos colegios electorales.

Riva Palacio consideró que esta ley evidenciaba dos asuntos graves: la intervención del Ejecutivo en un caso que afectaba a uno de sus principales aliados y el cuestionamiento a un derecho constitucional, pues la incompetencia de las autoridades para juzgar los actos de los estados constituía un sacrificio de los derechos del hombre. El gobernador debía darse cuenta de que la soberanía de los estados era relativa, limitada y restringida. En este sentido, la ley era inconstitucional porque restringía las facultades de la justicia federal.¹⁰⁵ Tras la resolución, el periódico *Pero Grullo* publicó el melodrama fantástico llamado *Totum revolutum*, el cual se componía de tres partes: la primera, editada el 17 de mayo, constituía un ataque en contra de los partidarios de Porfirio Díaz y de los que buscaban comprar el voto; la segunda, aparecida el 21 de mayo, se refería al caso de Morelos, y la tercera, publicada el 7 de junio, mencionaba que Lerdo tendría el apoyo de los gobiernos que le eran fieles.

¹⁰⁵ Riva Palacio, *op. cit.*, pp. 408-410, 415-419, 482.

Por obvias razones, sólo se referirá la segunda parte, en donde participaban cuatro personajes: Hilarión Frías, Joaquín Alcalde, Manuel Romero Vargas y Sebastián Lerdo de Tejada. Los dos primeros se encontraban en Cuernavaca, mientras que los últimos, en la ciudad de México. El diálogo entre Frías y Alcalde carecía de profundidad, lo cual más bien buscaba mostrar que ambos eran bastante banales. Sobre Hilarión se decía que su principal misión en la vida era comer sabroso, beber y bailar con las mujeres.¹⁰⁶ También ahí se afirmaba que la política lo abrumaba, pero la aceptaba como un “instrumento” debido a que su pluma le daba “hombría” a los juramentos. El coloquio entre Romero Vargas y Sebastián Lerdo resultaba de mayor importancia; se sugería que el presidente apoyaría con todas sus fuerzas a Leyva y no debían estar atemorizados por la intervención de la Suprema Corte, ya que ésta seguiría los dictados del Ejecutivo, por lo tanto las personas que pidieran amparo quedarían burladas. A su vez, Romero proponía colgar a todos los que mostraban oposición, fueran hacendados o pueblo en general.¹⁰⁷

A principios de mayo de 1874, Frías fue parte del equipo de redacción de *El Siglo XIX*, el cual también se integraba por Julio Zárate, José G. Pren y Ángel Domínguez. En el editorial del 14 de mayo, los redactores se declaraban “miembros oscuros” pero “sinceros” de la “escuela democrática radical”, por esta razón se comprometían a defender los principios de libertad, reforma y todo aquello que ayudara al pleno desarrollo del “sistema democrático”. No resulta extraño que uno de sus primeros artículos implicara una defensa del municipio, órgano que no había logrado alcanzar independencia pese a que constituía la fuente de las cualidades democráticas. Hilarión reconocía que ni la Federación ni los estados habían logrado dar un ser político a sus cabildos, a pesar de proporcionarles

¹⁰⁶ *El Centinela Queretano*, 19 de julio de 1863; *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1874 y 10 de octubre de 1881; *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882; *México Gráfico*, 2 de septiembre de 1888. El interés por las mujeres y la comida se presentaba como gustos personales de Hilarión. Alfredo Bablot menciona que cultivaba con “predilección la línea curva” y en el *México Gráfico* se le presentaba como un buen comensal y gourmet. Por su parte, JMR lo definía como un “ojo alegre”, un “gato de vecindad” que estaba al acecho de las jóvenes y cedía con facilidad a sus encantos. Además, éste aseveraba que Frías mostraba una obsesión enfermiza por las féminas, a tal grado que cuando era practicante de medicina sólo escogía los cadáveres de mujeres en los que buscaba “los contornos de una Laís fugitiva”. Sin embargo, el autor del artículo de *El Correo* señala que el queretano consideraba a todos los muertos como objetos para hacer estudios anatómicos. El amor de Frías hacia las mujeres se expresaba en el fragmento de un poema carente de título (1863): “En el rico jardín de mis amores/Soñé vivir con flores y mujeres/Las mujeres más bellas que las flores/En un mar de deleites y placeres”.

¹⁰⁷ *Pero Grullo*, 17 y 21 de mayo y 7 de junio de 1874; *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1874.

estatutos acordes a los principios constitucionales y a los progresos alcanzados por la ciencia administrativa.

La falta de una Constitución propia y ordenanzas inviolables, anulaba a los municipios e incluso éstos se habían convertido en “centros de burla” desde que se les había adjudicado a los prefectos o jueces de paz. Esta degradación generaba su completa decadencia.¹⁰⁸ El queretano defendía la autonomía municipal para demostrar la necesidad de que los estados tuvieran esa atribución. Su punto de vista quedó de manifiesto a partir de la discusión que entabló con Isidro Montiel y Duarte, personaje que, según él, no sólo era uno de los más notables del foro, sino también el que había solicitado el amparo del caso Morelos ante la Suprema Corte de Justicia. Lo anterior muestra que Hilarión utilizaba el medio periodístico como una forma de acabar con los argumentos expuestos meses antes.

Al iniciar su alegato en contra de Montiel, Frías afirmaba que no permitiría que quedara sin réplica el escrito donde se defendía la irrupción de la justicia federal en las entidades federativas, posición comprensible en alguien externo a la “escuela radical republicana”. Montiel prefirió defender a un grupo de extranjeros que negaban la legitimidad de una elección popular y desconocer a una autoridad constitucional reconocida por los mexicanos. El énfasis que Hilarión ponía en el extranjero y lo mexicano buscaba demostrar que la acción del abogado era reprobable, pues anteponía los intereses ajenos a los nacionales. Montiel sostenía que desde la época colonial se había forjado la preponderancia del centro sobre los estados; no obstante, Frías consideraba esta afirmación errónea, debido a que no se podían encontrar partes soberanas en un suelo conquistado que carecía de autonomía propia. España crecía por la agregación de reinos independientes cuyos códigos políticos se manifestaban en los fueros locales.

A pesar de la tiranía y los despotismos de la Corona, la soberanía se mantenía a través de las cortes y las comunidades. Esta situación no fue así en América; el virrey no concentraba el poder; más bien lo depositaba en los alcaldes, oidores y corregidores, es decir, en las esferas municipales. Si bien existía una legislación general única, la del régimen privado de las provincias era ejercida por las comunidades, lo cual se explica porque el monarca no podía administrar los territorios de ultramar a causa de la distancia. Por lo anterior, constituía un error buscar la soberanía de los estados en las tradiciones de la

¹⁰⁸ *El Siglo XIX*, 26 de junio de 1874.

conquista. Montiel aseveraba que la Constitución de 1824 probaba el predominio del centralismo, mas no se percató de que la declaración de la primera ley fundamental de un pueblo, que recobrara su vida autónoma, implicaba su derecho a escoger su modo de ser, por lo tanto, se eligió el pacto federativo.¹⁰⁹

Asimismo, el abogado sugería que la libertad, soberanía e independencia de los estados se encontraba limitada por el Acta Constitutiva; situación lógica, pues la irrupción de uno en los asuntos de los demás conduciría a la anarquía y disolución; de hecho, ni las mismas naciones tenían soberanía exterior. Los antecedentes mencionados prueban que Montiel no había comprendido la esencia de la federación, puesto que un estado no podía legislar sobre los intereses nacionales. La unión sólo funcionaba por el poder que le habían conferido los estados. Dado que el poder constituía la representación transferida del derecho, éste no se perdía cuando uno se lo otorgaba al otro. En estos principios residía la esencia del gobierno republicano y federativo. Las limitaciones a los estados eran una muestra del ejercicio de la soberanía, pues se debían hacer concesiones a los intereses federales y no permitir su intromisión en los estatales. Resultaba falso que la Constitución de 1824 hubiera restringido la soberanía de los estados; una ley que incurría en este acto no se consideraba federal sino centralizadora.

Montiel no se daba cuenta del papel de la soberanía de los estados como el pináculo de la democracia y que la Carta Magna citada la otorgaba de manera ilimitada. Así, la autonomía estatal debía valorarse como una conquista definitiva de la forma republicana. En el último artículo que dedicó al debate, Frías no pasó por alto el asunto de Morelos; en su opinión, el abogado había empleado “argumentos levísimos” para defender las “máximas atentatorias” en las que fundó su “fallo escandaloso” de Morelos.¹¹⁰ El “patrono de los españoles” sostenía que la soberanía era limitada porque se fundaban en una ley. Sin embargo, no había reparado en que los decretos no la erigían, sino que la declaraban. La soberanía estatal, en el régimen interior, era absoluta e ilimitada, razón por la que podía emitir toda clase de leyes locales.

La afirmación de Hilarión trataba de mostrar que la expedición de la ley de hacienda de Leyva estaba justificada. El queretano sostenía que la soberanía de un estado no se

¹⁰⁹ *Ibidem*, 30 de junio y 7 de julio de 1874.

¹¹⁰ *Ibidem*, 10 de julio de 1874

perdía cuando la federación intervenía para ayudarlo en su reconstrucción. El gobierno central podía inmiscuirse en los asuntos estatales cuando una revolución trastornaba su orden o las autoridades eran irregulares y no era posible convocar a una nueva elección, mas no podía entrometerse en asuntos locales, ya que esta acción significaba un “lujo de autoridad”. Además, consideró que las leyes en contra de los congresos locales y los amparos debían caer en desuso, debido a que representaban una traba en el desarrollo de las fuerzas sociales de los pueblos y constituían una violación de las garantías constitucionales. En tono sarcástico, el queretano comparó los amparos con las excomuniones. Cuando un congreso federal vulneraba la soberanía de un estado, éste podía enfrentar la ley general pues tenía a su favor el pacto federativo, el derecho y el apoyo de los demás estados.

Con los argumentos anteriores, Frías concluyó que era exagerado pensar que la autonomía estatal constituía un peligro para la federación; más bien se debía entender que la soberanía absoluta en el régimen interior era uno de los fundamentos del sistema federativo.¹¹¹ Gracias al éxito que consiguió en la defensa del gobernador Leyva, se pidió al queretano en los primeros días de septiembre de 1874 que fungiera como defensor, junto con Juan A. Mateos, de la causa que se instruyó en contra de Luis Amato y Eduardo Molina, ambos actores de la Compañía Valera, por el delito de duelo. En esta confrontación, Juan Reig, Rafael Zayas Enríquez, Francisco Zubieta y Federico Cejudo fungieron como padrinos.¹¹² A raíz de la reelección de Lerdo en 1876, Hilarión recibió fuertes críticas de Justo Sierra, las cuales aparecieron en *El Bien Público*. Sierra afirmó que Lerdo intentó poner un dique a las censuras hechas, pero los “artículojes” escritos para tal fin sólo causaban risa.

El autor recordaba que Hilarión había publicado la “más implacable crítica de la actual administración”. No obstante, en ese momento había asumido la tarea de realizar una “trágica defensa” del constitucionalismo presidencial, por lo que se limitaba a declarar que era inapelable la decisión del Congreso de reconocer a Lerdo como presidente. Por esta razón, ningún tribunal o publicación podía calificar la declaración. Ante esa explicación, Sierra respondió que había derechos que no se daban, sino se tenían. Para ejemplificar, manifestó que si Frías y Lerdo competían por la presidencia y uno era nombrado pese a la mayoría de votos a favor del otro, los dos tenían derecho a protestar y a no hacerle caso a la

¹¹¹ *Ibidem*, 14 de julio de 1874

¹¹² *Ibidem*, 14 de mayo y 10 de septiembre de 1874; *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1874; *La Sombra de Arteaga*, 6 de noviembre de 1874.

Cámara. En conclusión, Sierra acusaba a Frías de ser un liberal por temperamento, es decir, un hombre que se dejaba llevar por sus pasiones más que por la razón.¹¹³

El doctor Frías a diferencia de otros lerdistas, no salió de la esfera política, pues conservó su curul en la Cámara de Diputados. Aunque en ese momento no expuso sus opiniones, unos años después afirmó que la revolución de Tuxtepec provocó una convulsión en el país. Si bien se había generado una “paz relativa” en los primeros días del régimen de Díaz, no se podía olvidar que se trataba de una dictadura (calificativo que Hilarión le daba al régimen de Santa Anna) en la que no se luchaba por los principios sino por las personas. Por lo tanto, estaba convencido de que las futuras renovaciones de los poderes públicos se realizarían a través del “sistema de cañonazos”.¹¹⁴ Hilarión criticaba a aquellos hombres que primero se oponían a Díaz, como era el caso de los redactores de *El Republicano*, y después lo aceptaban gracias a que les otorgaron diputaciones y senadurías. No se les disculpaba porque hicieron que la ingratitud se volviera una habilidad política.

Las palabras de Frías denotaban que no perdonaba a los adeptos de Lerdo que ahora aceptaban el nuevo orden político. Igualmente, no le gustó el sistema “reaccionario” de gobierno que Díaz aplicó después de la revolución de Tuxtepec. A pesar de que algunos gobernantes anteriores trataron de unir a los representantes de opiniones opuestas, esta fórmula no funcionó por las discordias y la carencia de uniformidad en el programa político. Díaz consiguió que los hombres de principios fueran desplazados por los partidarios de las personas y éstos, a su vez, por los adeptos del presupuesto. Gracias a esto logró que conservadores, liberales y moderados comieran de la misma escudilla. Del mismo modo consolidó su administración al conseguir la fusión de los partidos en uno solo, lo cual provocó que los principios se olvidaran y sólo se pusiera atención en los intereses personales.

Por ejemplo, con el fin de disfrazar su defección, los liberales proclamaron que su obra había terminado, por lo que cerraron los ojos ante los avances del clero que no sólo había restaurado el culto público, sino también violaba las leyes de Reforma, monopolizaba la Instrucción Pública e imperaba sobre las conciencias. Dado que la especulación había cedido su lugar a los dogmas, no extrañaba que los negocios predominaran. Con el objetivo

¹¹³ Sierra, Justo, *Obras Completas. IV. Periodismo Político*, 1948-1949, pp. 101-102; *El Monitor Republicano*, 12 y 28 de octubre y 4 de noviembre de 1876. *El Monitor* acusaba a Frías de haber recibido un coche con caballos como regalo por su participación en los asuntos de Morelos y por ser uno de los diputados que votaron por derogar la constitución.

¹¹⁴ *La Independencia Médica*, 1 de mayo de 1882; *El Diario del Hogar*, 22 de agosto y 5 de septiembre de 1882; Piza, *Historia*, 1882.

de conseguir mayores ganancias, los hombres preferían romper sus ligas con los partidos políticos y con su conciencia; se gobernaba con el enemigo para luchar contra los amigos. Los pretendientes luchaban rodeados por sus partidarios, pero después de triunfar los despedían para llamar a los que antes los combatieron. Este sistema “monstruoso y peligroso” mostraba que mientras existiera dinero en el tesoro, no faltaría la popularidad y el deseo de colaborar con el nuevo régimen aunque antes se le combatiera.

Tras el triunfo de Díaz, se había hecho una costumbre que si se quería acceder a los altos puestos de la administración, se debían conseguir los favores de los principales personajes del régimen. Hilarión censuraba a los demás, mas no reconocía que él había incurrido en la misma falta, pues en 1878 ocupó una curul en la Cámara de Diputados en representación de Querétaro.¹¹⁵ Su designación tuvo como trasfondo una anomalía. En julio de ese año, un grupo de ciudadanos de San Juan del Río, población en la que se desempeñó como jefe político, intentó realizar elecciones federales alternas, que se reunieron en lugares distintos a los designados por las autoridades electorales, las cuales sólo reconocieron los resultados de las mesas instaladas legalmente. Además, declararon que Frías fue electo diputado por ese Distrito y ordenaron la aprehensión por 72 horas de los electores disidentes.¹¹⁶

Durante su estancia en la Legislatura Federal, el queretano propuso una ley reglamentaria del artículo tercero constitucional, en la que planteaba la obligatoriedad de la educación; pensaba que no era un derecho, sino un deber de los individuos. A finales de 1878, *La Patria* informó que Hilarión y Enrique Chavarri habían sido nombrados comisionados especiales ante el papa León XIII, sin embargo, se carece de datos que confirmen si la misión se realizó o no.¹¹⁷ En octubre de 1879, Frías formó parte del grupo

¹¹⁵ *El Monitor Republicano*, 17 de julio de 1880. En la legislatura de 1880 se integraron antiguos lerdistas como Juan José Baz, Gabriel M. Islas, Juan A. Mateos, Jorge Hammeken, Francisco Bulnes y Manuel Romero Rubio además de Hilarión, razón por la que *La Patria* preguntaba si ellos protestarían el Plan de Tuxtepec, a lo que *El Monitor Republicano* contestaba que no había duda de que lo harían o de otra forma no habrían logrado una curul.

¹¹⁶ *El Monitor Republicano*, 30 de mayo de 1880; *El Diario del Hogar*, 5 de septiembre de 1882; Frías, “Ignacio” en Frías, *Cuestión*, 1883, p. 36; Gutiérrez, *Vida*, 2004, pp. 82. Unos años después, Hilarión justificó las causas que motivaron la revolución de Tuxtepec, ya que afirmaba que ésta fue secundada por un país “impaciente por entrar en la vía del progreso y de las mejoras materiales”; sin embargo, “se ahogaba bajo un gobierno honrado, quizá el más honrado de los que ha tenido el país, pero que estancaba el adelanto de México cloromorfándolo (sic) con una política casuística y de pequeñas miras”. El queretano consideraba que el hundimiento de Lerdo fue producto de su pretensión de querer gobernar con el “gastado personal administrativo de Juárez”. Esta postura resulta interesante, pues el médico aducía que Lerdo no había sido el culpable de su caída, sino que ésta fue consecuencia de no haber renovado el sistema de gobierno.

¹¹⁷ *La Patria*, 28 de diciembre de 1878.

de diputados (entre ellos Ordán, Buenrostro y Obregón González) que atacaron el proyecto de reforma del artículo 38 de la Constitución, el cual defendieron Pombo, Macedo y Fernández. Asimismo, este periódico menciona que la postura asumida por Frías lo incluía dentro del grupo de diputados “benitistas”, es decir, los que apoyaban a Justo Benítez, al cual también pertenecían Alfredo Chavero, Joaquín Alcalde e Ignacio Cejudo.¹¹⁸

A principios de 1880, Hilarión se convertiría en uno de los más firmes defensores de que la vecindad no fuera un requisito indispensable para ser nombrado diputado, situación que se explica porque ese año lo eligieron representante del estado de Hidalgo.¹¹⁹ En mayo el queretano, quien fungía como miembro de la Comisión permanente, fue acusado de una supuesta malversación de fondos. *El Monitor Republicano* decía que se encargó de comprar 600 asientos para las galerías del Congreso. El contrato, según la publicación, lo hizo con una casa veracruzana que había cobrado 3 000 pesos, cuando cada silla valía un peso. El dinero faltante se empleó para ofrecer una comida a los diputados “incompetentes” y publicar un libro de la defensa realizada en el proceso en contra del gobernador de

¹¹⁸ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Ángel Pola indica que en 1876 se produjo la vinculación entre Frías y Justo Benítez. En vista de que el queretano estaba decepcionado por la caída del lerdismo, decidió regresar a su tierra natal para dedicarse a actividades privadas. No obstante, Benítez, con la ayuda de Rodolfo Tavera, le propuso que hicieran causa común con los tuxtepecanos. Frías no aceptó en un principio por respeto a Lerdo, pero le pidió un poco de tiempo para hacer el cambio de bando político. Hilarión recordaba que Benítez lo había ayudado a conspirar en contra de Juárez y era natural que los dos debían compartir las andanzas políticas. Días después, se encontró con Porfirio Díaz y éste lo convenció de unírsele, por esta razón, el médico ocupó una curul en la legislatura federal. Pola menciona que sería el encargado de defender la causa porfirista cuando Benítez y Protasio Tagle decidieron atacarlo. En esta defensa contó con la colaboración de Joaquín Alcalde y Manuel Payno.

¹¹⁹ *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1874; *La Sombra de Arteaga*, 4 de junio de 1879 y 4 de noviembre de 1880; *El Máscara*, 8 de octubre de 1879; *La Patria*, 1 y 4 de octubre de 1879 y 8 de abril de 1880; *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882; Ceballos, p. 351; Ruedas, “Camino” y Luna, “Escritura” en *Tradición*, 2004, pp. 16, 31, 33; Jiménez, *Sistema*, 2005, p. 137. Las opiniones respecto a la actuación de Hilarión en la Cámara de Diputados resultan discordantes. Mientras unos lo consideraban un orador cuyos discursos eran “elegantes e ingeniosos” y cuya “palabra fluida”, “candente” y “punzante” daba cuenta de un “talento penetrante” y mordaz, otros afirmaban que era un “marrullero” al que le gustaba hablar mucho e introducía figuras retóricas, o “frases con lentejuelas” como las definía *El Correo*, que “deslumbraban” pero se “desvanecían”. Este hombre seguía la forma aunque olvidaba el contenido. Por su parte, Alfredo Bablot lo calificaba como un orador “profuso y difuso, verboso y especioso, de imaginación más que de raciocinio, de dicción elegante y salpicada de imágenes vagas y poéticas, de estilo florido”. A pesar de las distintas opiniones, nadie negaba que era uno de los más “temibles oradores del congreso” gracias a su “capacidad satírica” y su “ilustración”; de hecho, en *El Máscara* se decía que “Es en el parlamento perra brava/que al que no secunda, bien lo soba”. Al igual que muchos de sus contemporáneos, el queretano utilizó la tribuna y el periodismo como un medio de expresión de sus ideas. El que todos los autores dieran cuenta de la forma en la que Hilarión construía sus argumentos, evidenciaba la importancia que las elites le atribuían al estudio de la tradición retórica, considerada un medio para expresarse con propiedad, tanto en la comunicación oral y escrita. Los estudiantes de la primera mitad del siglo XIX tenían la obligación de cultivarse en la poética y en la retórica, mismas que les permitirían desarrollar su “gusto literarios”.

Veracruz. Al parecer la acusación no prosperó, pues ya no aparecieron noticias relativas al caso.

El que Frías fuera diputado durante las gestiones de Porfirio Díaz y de Manuel González provocó que JMR,¹²⁰ uno de sus más acendrados críticos, lo calificara como “un personaje de última hora de todos los partidos”, en otras palabras un hombre que se acomodaba a las circunstancias políticas; por este motivo no sorprende que representara a 27 estados de la República. Aunque el argumento resultaba exagerado, no se debía pasar por alto que el crítico buscaba enfatizar la poca convicción política del queretano; él representaría a cualquier estado mientras esta situación le permitiera tener acceso al dinero de la nación. Debido al “servilismo” que manifestaba con “ciertos personajes de importancia”, Hilarión consiguió encargarse de la formación de las memorias de los ministerios; por este servicio recibía gratificaciones provenientes de los fondos destinados a las festividades del 16 de septiembre.

Con el propósito de consolidar su posición, el queretano acompañaba a los ministros a sus casas y trataba de ingresar a sus círculos familiares; algunos calificaban esta situación como “viveza”, mas él la definía “oficiosidad doméstica”. Incluso reconocía que ciertas personas del círculo gonzalista, entre los que destaca el secretario de Gobierno, eran sus amigos. No se trata de una presunción por parte de Hilarión, ya que Ocaranza señala sus estrechos vínculos con los personajes más connotados del régimen.¹²¹ Aunque las labores políticas lo mantenían ocupado, Frías no abandonó su faceta periodística: en 1880 ingresó a las filas de *El Diario del Hogar*, periódico dirigido por Filomeno Mata y en el cual colaboraron Guillermo Prieto, José Tomás de Cuéllar y Juan de Dios Peza. El médico realizó, mediante las páginas de esta publicación, críticas a las diversas instituciones que dependían del Ayuntamiento de la ciudad de México. También dio a conocer novelas cortas, que serán analizadas en el tercer capítulo.¹²²

Cabe mencionar que en ese mismo año fundó, junto con Francisco Patiño, el rotativo llamado *La Independencia Médica*, cuyo primer director fue Luis Malanco. A

¹²⁰ JMR era el pseudónimo que empleaba José María Ramírez Pérez. Ruiz, *Diccionario*, 2000.

¹²¹ *El Máscara*, 8 de octubre de 1879; *El Monitor Republicano*, 30 de mayo de 1880 y 10 de octubre de 1881; Ocaranza, *Novela*, 1940, p. 19; Gutiérrez, *Vida*, 2004, pp. 223-224. Al parecer, las relaciones que Frías buscaba establecer con los personajes connotados del régimen se habían originado unos años atrás, pues en 1879 *El Máscara* lo acusaba de “sangrar al ministro que se atreva a relacionarse con él”.

¹²² Vadillo, *Filomeno*, 2003, pp. 51, 134.

pesar de que en *El Diario del Hogar* desempeñó un papel importante,¹²³ muchos años después (1894) Frías publicó un artículo en donde expresó que este medio de comunicación se había caracterizado por reunir un “cuadro exótico y abigarrado de escritores” que realizaban un “incomible menú político y literario”. Manifestó que lo único rescatable de su estancia ahí fue conocer a Federico Gamboa, escritor al que no le dedicó mayores atenciones porque éste no quería aparecer como un “Ugolino devorador de la juventud”, ni exponer una “inteligencia selecta” que entregaba de manera espontánea “su alma, su virilidad, su independencia moral y su porvenir” al periodismo,¹²⁴ El texto no fue bien recibido por los redactores de *El Diario del Hogar*.

En respuesta a sus declaraciones, ellos publicaron otro artículo en el que afirman que él había entrado al periódico cuando tenía poco que decir, a diferencia de Gamboa, quien daba sus primeros pasos en este ámbito. Hilarión se equivocaba al aseverar que en ese rotativo se hacía política, puesto que no escribían para buscar un puesto o la sonrisa de un magnate. Si esa hubiera sido su intención, lo habrían logrado sin gastar “mucho pólvora literaria”. Ellos no entendían el periodismo como “un juego de engaños”; era incorrecto decir “horrores del gobierno” en lo privado y prodigarle elogios en lo público. No actuaron así porque no estaban afiliados a la política del “suficientismo”; su deber como periodistas era censurar a las autoridades si cometían abusos o elogiarlas en caso de proceder adecuadamente. A manera de burla, el autor del escrito afirmaba que el periódico sufría la carencia de los “luminosos escritos” del queretano, mas le consolaba saber que la salida del médico no influyó en la imagen de la publicación. Pese a todo, agradecían que expusiera los recuerdos que renovaban su “antigua y buena amistad”.¹²⁵

¹²³ *México Gráfico*, 5 de agosto de 1888. En el *México Gráfico* se afirma que Hilarión era de los mejores escritores con los que contaba *El Diario del Hogar*.

¹²⁴ Gamboa, *Impresiones*, 1922, pp. 51-53; *El Diario del Hogar*, 10 de abril de 1894. Gamboa recuerda que cuando colaboró en *El Diario del Hogar*, el queretano era la figura emblemática de la redacción que “en los momentos solemnes y culminantes” presentaba un “artículo que levantaba ámpula” por lo “acerado de su estilo”. Aunque no lo firmaba y negaba su autoría, su “esgrima intelectual” inconfundible lo delataba. Frías tenía la costumbre de acumular sus escritos en una papelería de colegial y de encerrarlos bajo llave; no se codeaba con nadie y trataba de igual a igual a Filomeno Mata. El escritor también indica que si Frías “se dignaba a visitarlos” en su estancia para fumar un cigarro o charlar un rato, era rodeado por jóvenes escritores; éstos no lo interrumpían, ya que estaban encantados de convivir con un hombre de abundante talento, el cual desvanecía todos sus defectos. Hilarión comenzaba sus conversaciones con la “vivisección de algún prójimo conocido” para concluir con sus “grandes odios”: el clero y los españoles. Sus pláticas se convertían en discursos donde reaparecía el “parlamentario de raza” que obligaba a sus oyentes a amotinarse espantados. Gamboa advertía que éste contaba con dos “poderosos atractivos”: sus novelas y su reputación de calavera. Le formulaban muchas preguntas acerca del primero, mas no sobre el segundo.

¹²⁵ *El Diario del Hogar*, 10 de abril de 1894.

Uno de los asuntos que generaron mayor controversia durante su gestión como diputado fue su propuesta: una ley de divorcio, la cual tuvo similares especificaciones a la planteada anteriormente por Alfred Naquet en Francia. Dicha ley causó gran revuelo que se llegó a pensar que el autor buscaba destruir a las familias. Si bien la idea de disolver el matrimonio (propuesta desde 1868) no prosperó en su momento, esto no desanimó a Hilarión, quien en 1875 volvió a presentarla ante el seno de la Cámara. *El eco de ambos mundos* y *La Patria* estimaron que afectaría la “conciencia de las gentes timoratas” y provocaría a su autor “sendos disgustos”.¹²⁶ Al parecer, la proposición tampoco encontró apoyo entre los diputados, por lo que el queretano la guardó y planteó de nuevo en 1879. En un tono irónico, JMR afirmaba que había sido impulsada por un caballero que “le pagó 20 pesos”. Por su parte, *El Correo del Lunes* consideraba que Frías se volvió el enemigo del matrimonio, debido a la mala influencia de los libros de Balzac.

A pesar de este fracaso, es indudable que sus “audaces teorías” causaron una revolución en el pensamiento de los “honrados padres de familia”. El descalabro que sufrió fue consecuencia de la oposición por parte de las “muchachas casaderas”, quienes no podían concebir que el matrimonio se pudiera disolver como una sustancia química.¹²⁷ Hilarión había pensado en su idea de divorcio desde 1861, ya que en la novela *Vulcano* asevera que la dicha del matrimonio consistía en la entrega mutua de los cuerpos y almas de los esposos; después de un tiempo se perdía la gracia y sólo se generaba cansancio que culminaba en infidelidad. Un año después de presentar su propuesta ante el Congreso, utilizó otra novela, *El hijo del Estado*, con el objetivo de defender su punto de vista sobre el divorcio. En ella introduce un diálogo donde uno de los personajes masculinos exclama que el matrimonio se había convertido en un “presidio perpetuo” y ocasionaba la pérdida de libertad, capital y honra del hombre; en buena medida, a la liviandad de la mujer que no cuidaba de defender su nombre y no lo ayudaba a acrecentar su capital. Lo peor de todo era que se apoderaba de la mitad de dinero que no trabajó.

¹²⁶ *El eco de ambos mundos*, 8 de octubre de 1875; *La Patria*, 8 de octubre de 1875.

¹²⁷ *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1874 y 2 de noviembre de 1875; *El Máscara*, 8 de octubre de 1879; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881; *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882; *El Diario del Hogar*, 9 de mayo y 10 de junio de 1884. Mientras *El Máscara* consideraba que Hilarión quería ser un “innovador” del matrimonio aunque su “lógica festiva” en realidad ponía trabas al progreso, Juan de Dios Peza opinaba que su propuesta criticaba a una sociedad “retrógrada”, cuya educación era teocrática. En vista de que Frías recibió las críticas, menosprecios y calumnias con desdén, se juzgó que carecía de corazón y de nobles afectos. Estas apreciaciones, según el poeta, eran fruto de la “ceguera de partido”; sin embargo, asumía con gracia que se le considerara un “libre pensador” y un “escéptico desesperante”. Por su parte, Alfredo Bابلot lo calificaba como un “enemigo del matrimonio y un defensor acérrimo del divorcio” por su “excesiva afición a la poligamia”.

El esposo se convertía en un “esclavo de la comunidad”, pues sólo trabajaba para sostener a su familia, no podía disponer de sus horarios ni hacer contratos sin el consentimiento de su esposa. En cambio, ella aportaba despilfarro, celos, amarguras y exigencias. Ante estas circunstancias adversas, los hombres preferían no casarse; este “pacto monstruoso” provocaba que ellos se sacrificaran al poseer una belleza que terminaba por marchitarse. Aunque Frías reconocía en el matrimonio el “núcleo de la familia”, la sociedad debía entender que no tenía ningún derecho en exigir unas leyes “absurdas”; era mejor infringirlas si se quería salvar el porvenir, la tranquilidad y la dicha.¹²⁸

Actividades políticas de Hilarión durante el período de Díaz

Pese a sus avatares legislativos, el médico se dio tiempo para ocupar la dirección de *La Independencia Médica* a partir del 15 de agosto de 1881. En la primera editorial escrita por él, se señala que el propósito principal era publicar trabajos científicos, por lo tanto se daría prioridad a las noticias provenientes de la Escuela de Medicina Nacional. La publicación estaba a favor de la creación de una escuela nacional, por lo que criticaría las tendencias predominantes en las cátedras y las clínicas de influencia europea. Además, se planteaba la necesidad de llevar a cabo un eclecticismo en las ciencias prácticas, pues no se podían aplicar conocimientos que no se amoldaban a las razas en cuestión. Específicamente, se debía mostrar a las autoridades políticas que no había una separación entre los intereses del Estado y las carreras profesionales. El rotativo no sólo se postulaba como un medio para que los galenos mexicanos dieran a conocer sus ideas, sino también un defensor de los intereses médicos ante las acciones del gobierno. Este último objetivo fue cumplido con creces por *La Independencia*; en sus páginas aparecieron severas críticas en contra de las instituciones hospitalarias de la capital de la República.

La postura combativa del queretano rindió frutos: el 30 de septiembre de 1881, Ramón Fernández, gobernador del Distrito Federal, lo asignó miembro de la comisión encargada de realizar un estudio para establecer un hospital general en la ciudad. Los otros colaboradores eran los médicos Rafael Lucio, Ildefonso Velasco, José Peón Contreras y Vicente Ordogoytia, los abogados José Linares y Luis Malanco, los ingenieros Ramón

¹²⁸ Frías, *Vulcano*, 1984, p. 18; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881; *El Diario del Hogar*, 25 de agosto de 1882.

Rodríguez Arrangoyti, Juan Cardona y Francisco Vera, y Pablo Lascurain y Simón Lara. La conformación de esta Comisión obliga a matizar una afirmación de Elías Palti, quien indica que la “medicalización” de la política mexicana produjo un doble desplazamiento en el aparato burocrático del Estado, pues los hombres de ciencia reemplazaron a los abogados y literatos en la elaboración de las políticas públicas.¹²⁹ Sin embargo, se observa que los médicos compartían espacios con hombres pertenecientes a otras ramas del saber.

Es probable que Hilarión no haya cumplido con el cometido porque a principios de noviembre sufrió una enfermedad que lo mandó a la cama durante varios meses y dejó como secuela la inmovilidad de una de sus manos.¹³⁰ Tal parece que la experiencia fue bastante traumática para él, ya que, pese a mostrarse contento de regresar al periodismo y a la “vida turbulenta de la capital” en marzo de 1882, un mes después recordaba a sus lectores que estuvo a punto de morir y todavía no había logrado recuperar la movilidad de todo su cuerpo. Aunque se salvó, en un tono melancólico declaró que “cuando se está cerca de la tumba y ya no hay porvenir en el horizonte, el alma se vuelve tenaz hacia el pasado”. Esta frase que podría resultar enigmática, en realidad refería su dolor a causa de la muerte de Horacio, su único hijo varón, la cual sucedió en 1879.¹³¹ Por ello, no es extraño que escribiera en uno de sus artículos: “si tenéis un hijo enfermo, si lo has perdido para siempre [...] no vayas allá al hospital de la infancia”.¹³²

¹²⁹ Palti, *Invención*, 2005, p. 313.

¹³⁰ *El Siglo XIX*, 17 de noviembre de 1881; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Pola indica que la gravedad de su enfermedad fue motivada por una equivocación quirúrgica.

¹³¹ *La Independencia Médica*, 15 de agosto de 1881, 1 de octubre de 1881, 22 de noviembre de 1881 y 1 de abril de 1882; *El Siglo XIX*, 17 noviembre 1881; *El Diario del Hogar*, 3 de marzo de 1882, 9 y 18 de mayo de 1884, 8 y 13 de junio de 1884, 31 de agosto de 1884; Frías, “Guillermo” en Prieto, *Musa*, 1883, p. XI. Juan de Dios Peza recuerda que, tras la muerte de su hijo, Hilarión se mostraba “desesperado y convulso como el más amante de los padres” y era común verlo todos los días en el cementerio, lugar en el que permanecía durante mucho tiempo en silencio. Esta afirmación fue confirmada por el mismo Frías cuando decía que junto al sepulcro de Horacio existía una fosa que se abrió para albergarlo, pues su “corazón gastado” había sentido el “frío de la muerte” y su frente terrosa estaba agobiada por el dolor. En uno de sus artículos expresó que anhelaba una tumba por este hecho. En 1884 y con motivo de la necrología que realizó sobre León Guzmán, volvió a afirmar que la muerte “nos olvida a los que sobramos en la vida y los que la cruzamos sin creencias, ilusiones y provenir”. Hilarión hacía énfasis en que sus manos todavía estaban paralizadas y que había padecido siete meses “de agonía y de dolor”.

¹³² *La Independencia Médica*, 1 y 28 de mayo de 1882; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888; *El Tiempo*, 4 de septiembre de 1887; *El Centinela*, 20 de septiembre de 1902. Hilarión además tuvo cinco hijas: Laura, Amparo, Consuelo, Cristina y María. Desconocemos si fueron mayores o menores que Horacio, quien fue enterrado en el cementerio anexo de la basílica de Guadalupe. Ángel Pola indica que el dolor del queretano por la muerte de su hijo había logrado vencer a la incredulidad, pues no faltaba un solo domingo al panteón para visitar su sepulcro. Asimismo, asevera que el médico llegaba desde la cinco de la mañana y todo el tiempo lloraba. Era tanto el amor por su hijo, que incluso compró la fosa que se encontraba a un lado. Por

El queretano reconocía que se había recuperado gracias a los cuidados del médico Eduardo Liceaga, quien lo salvó de una enfermedad “de la que rara vez se vuelve a la vida”, motivo por el cual le guardaría una “inmensa gratitud” el resto de su vida. A pesar de no reponerse totalmente de sus afecciones, Frías se reincorporó en abril de 1882 a sus actividades periodísticas. Primero reconoció las atenciones que tuvo Francisco Patiño hacia él, pues lo trató como un hermano más que un amigo. Sus opiniones revelaban que, pese a estar enfermo, no permaneció ajeno a lo sucedido en su entorno. Su primer artículo se refería a la propuesta de reforma del plan de estudios médico realizada por la Escuela de Medicina y la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Aunque el 21 de marzo se celebró una junta de catedráticos, no se había dado solución al asunto.

Frías menciona que la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública le pidió un informe sobre las reformas del plan de estudios médicos, el cual fue remitido a la Escuela de Medicina. Aclara que no se proponía poner en tela de juicio el saber de los médicos, sino que el informe fue solicitado por un ministro que buscaba ayuda pericial en ese asunto. En ningún momento quiso convertirse en el portavoz de Montes, ni pretendía subestimar la sabiduría de los catedráticos. Su intención era colaborar con la Escuela; por esta razón mostró el escrito a algunos profesores, mas no a todos, por su imposibilidad para caminar. El queretano consideraba que el proyecto presentado por el director mostraba un grave problema: se aumentaban los ramos de la carrera, pero no el tiempo de estudio. Para que la reforma fuera funcional, sugería adecuar el plan de estudios a las necesidades de la ciencia y aumentar a seis años el tiempo de estudio. Esta reforma le permitió reflexionar sobre el futuro inmediato de esta disciplina y de la abogacía. Hilarión se postulaba como un hijo de la “escuela perfecta y enteramente democrática”, razón por la que profesaba el principio de libertad absoluta de enseñanza, es decir, la libertad de cátedra bajo sus propias doctrinas, así como los jóvenes podían escoger la carrera que más les satisficiera.

Aunque no se podía negar que el trabajo, la ciencia y la inteligencia eran libres, el médico consideraba que el aglutinamiento en ciertas carreras generaba cierto malestar social. Si bien advirtió que no proponía poner un coto a algunas profesiones o que la ley

otro lado, aunque no hay muchos datos que corroboren la información, al parecer Frías tuvo dos esposas: de la primera no conocemos su nombre, sólo se sabe que fue la madre de Laura, Amparo y Consuelo, mientras que la segunda se llamaba Margarita Caballero y dirigía la escuela número seis ubicada en Tacubaya. Ella fue la madre de Cristina y María. Se desconoce más información sobre sus hijas, únicamente noticias de que Cristina tocaba el piano con “bastante facilidad”.

interviniera para complicar más el aprendizaje, su deseo era que los jóvenes comprendieran los problemas generados cuando se dirigía la atención a un punto y se abandonaban los demás que requerían de progreso.¹³³ El médico ya había expuesto estos planteamientos en agosto de 1874; en esa ocasión abogó porque la clase media, las “inteligencias cultivadas” y los “ciudadanos ilustrados y moralizados” se incorporaran a la agricultura e industria; para así, lograr el progreso material.¹³⁴ Además, reconoció que el mexicano heredó del español el odio al trabajo manual, el desprecio a las artes mecánicas y la creencia de que el taller denigraba la dignidad del hombre. A tal grado llegaba el desdén que las familias creían que sus hijos se degradaban cuando entraban en contacto con los artesanos.

Del mismo modo, admitía que el círculo vicioso era difícil de romper y ello impedía que los hombres lograran su mejoramiento. Aunque algunos industriales buscaban mejorar a la clase trabajadora, se tropezaban con la mala organización social que aniquilaba su labor. En reminiscencia de la labor realizada en 1879 en la Cámara de Diputados para evitar que se gravaran los productos nacionales, Frías sostenía que el taller y la industria enfrentaban una batalla desigual contra los productos extranjeros que carecían de capital, materia prima, mano de obra y, sobre todo, del auxilio de las ciencias exactas que hacían progresar las artes industriales. Aceptaba que un pueblo analfabeta, “dipsomaniaco”, “indigno” y “embrutecido por el pulque”, no generaba “artesanos inteligentes y honrados” que levantaran las “potencias sociales” llamadas industria y producción. También pensaba que la sociedad se dividía en tres grandes grupos: el de la gente decente, educada en el foro o en la medicina; el de los incapaces, personas que vivían del erario público, y el de los refractarios a la enseñanza que se consagraba a la Iglesia.

Puesto que la mayoría de los estudiantes ambicionaban pertenecer a la aristocracia, elegían medicina o derecho, lo cual había generado graves problemas porque el número amplio de abogados ocasionaba la falta de clientes y el litigio por medio de “la chicana y el tinterillo”. Con el fin de garantizar su existencia, los abogados buscaban las partidas del presupuesto, hacer antasalas o seguir otra profesión después de haber perdido los mejores años de su vida en “estudios infructuosos”. Una situación parecida vivían los médicos, ya que debían luchar para ganarle la clientela a quienes tenían una reputación bien asentada. Si

¹³³ *La Independencia Médica*, 1 de abril de 1882.

¹³⁴ *El siglo XIX*, 4 de agosto de 1874.

querían obtener honorarios altos, no sólo debían continuar con sus estudios, sino lograr “grandes éxitos” en la práctica civil. Aquéllos que querían ser profesores, pasaban por la misma lucha “amarga e infructuosa”.

Hilarión pensaba que los médicos, al igual que los abogados, carecían de un campo profesional en el cual crecer; había más médicos que enfermos, por lo tanto, los primeros entraban en “competencia amarga” con los homeópatas, curanderos y comadronas. Los “médicos viejos” tenían el problema de perder espacios ante los “médicos jóvenes” y así, convertirse en “momias científicas” cuyos métodos eran cuestionados, por lo que podían llegar a la vejez en la pobreza. Trabajar en la provincia no era una solución viable, pues ahí también se encontrarían las mismas luchas y competencias. No sería aventurado afirmar que el queretano retrataba en parte su propia experiencia. En diversas ocasiones manifestó que sus estudios médicos no le sirvieron y que llegó a la vejez pobre y sin clientela.¹³⁵ Asimismo, advertía que si bien el grado de cultura de un país se medía por el número de sus sabios, el progreso no se podía concentrar sólo en el ámbito del saber humano.

No había duda de que se requerían médicos y abogados. Pero el país necesitaba hombres de ciencia que ayudaran al crecimiento de la agricultura, economistas que multiplicaran los mercados, ingenieros que acortaran las distancias y empleados que tuvieran un pleno conocimiento de todos los ramos del servicio público. Solamente así se podría matar la “empleomanía” y los puestos se ganarían por mérito. Se necesitaban profesionistas para lograr que en la sociedad todos se vieran como “hermanos”. Frías no exageraba en su opinión respecto al crecimiento de los profesionistas médicos, ya que, como lo advierte Elías Palti, durante la tercera mitad del siglo XIX aumentó el número de galenos a tal grado que éstos se convirtieron en el segundo grupo de profesionales del país. Además Palti indica que, aunque los abogados y los médicos enfrentaban un fuerte descrédito (como lo hacía patente Hilarión) la revolución médica iniciada por Pasteur

¹³⁵ *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881; *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882; Frías, Juárez, 1905, p. 185. El periodista JMR se mofaba de la pretensión de Hilarión de tener clientela aristocrática, pues ésta no se podía conseguir cuando se ponía mayor empeño en lograr una jefatura política y se abandonaban las bibliotecas por “legajos mugrientos de procesos de camino real”. También aseveraba que Frías había renunciado la medicina a causa de una decepción. Por su parte, el autor del artículo de *El Correo* mencionaba que el queretano arrojó el bisturí y tomó la pluma, debido a que a los hospitales sólo iban los indigentes y no las personas de dinero, razón por la cual no podía “poner en la plancha a las mujeres ricas”.

ayudaría a cambiar su fama, e incluso fueron considerados hombres “sabios” y “benefactores de la humanidad”.¹³⁶

En otro artículo publicado días después, el queretano lamenta la salida de Montes de la Secretaría de Justicia, debido a que podía provocar el impedimento de una resolución favorable en la reforma del plan de estudios médicos. Estaba convencido de que era necesario modificar un plan “vicioso” e “imperfecto” que obligaba a los estudiantes a cursar la carrera en cinco años. Las autoridades debían aumentar un año de estudio y agregar nuevas materias, lo que garantizaría que los estudiantes profundizaran en los temas, pues algunas requerían atención profunda, memorización, observación y análisis. Él estimaba que la ciencia médica era una suma de nociones físicas y naturales, las cuales se deducían de hechos prácticos, se comprobaban por demostraciones experimentales y rechazaban toda divagación o charlatanismo.

El aumento en el número de años de estudio no resultaba una propuesta descabellada; los estudios básicos ya lo habían hecho. Por consiguiente, no se podía argumentar que esta acción sería perjudicial para los estudiantes pobres, más bien la sociedad sería la principal afectada porque se tendrían médicos “hechos al vapor” y sin esperanzas de que la ciencia avanzara. Tampoco era aceptable que los alumnos estudiaran dobles materias para acortar el tiempo; se debía tener en cuenta que los ramos médicos eran prácticos y la práctica no podía duplicarse, sino estar sujeta a la sucesión natural del tiempo.¹³⁷ Frías abogó por eliminar la teoría de la universidad libre y el ejercicio profesional independiente, pues no tenían cabida en el mecanismo social mexicano. En este tipo de libertad se escondía el charlatán que huía del examen y fomentaba su ignorancia en busca de explotar la “vulgaridad”.

Otro rubro que resultaba necesario atender era el “arte del dentista”, pues su progreso “rápido y constante” exigía que se le otorgara un lugar entre las carreras profesionales y se dejara de considerar un “arte mecánico”. No se debía pasar por alto que la odontología constituía una de las especialidades más importantes de la profesión médica, pues las enfermedades de los dientes eran sintomáticas de otras. A fin de evitar que los charlatanes abusaran de la gente, había que profesionalizar la práctica y contar con escuelas

¹³⁶ Palti, *Invención*, 2005, pp. 312-313.

¹³⁷ *La Independencia Médica*, 1 de abril de 1882.

en las que se aprendiera. En este caso, se esperaba imitar el ejemplo de Francia, que comenzaba a sentar las bases profesionales de la odontología. Hilarión propuso seguir ciertas normas para ejercerla: tener un título o diploma especial, contar con 20 años de edad, cursar varias materias en la Escuela de Medicina, realizar un servicio clínico en la sala de cirugía y presentar comprobante que mostrara su práctica durante dos años en una escuela de odontología o con un dentista.

Después de aprobar las materias médicas, el dentista presentaría tres exámenes: uno oral, relacionado con el tema de la boca; otro clínico, para saber de qué manera diagnosticaría un caso y la forma en que lo trataría, y uno práctico que consistiría en una operación en un paciente vivo o muerto. Si los médicos querían contar con título de dentista sólo necesitaban los dos años de práctica especial y la prueba práctica del examen. Se podía eximir de los anteriores requisitos a los que comprobaran diez años en el oficio; los que tuvieran menos de tres debían someterse a los exámenes prescritos. Frías concluía que la profesionalización de la odontología contribuiría a elevarla al nivel de la medicina. A invitación expresa de Liceaga, Hilarión asistió el 28 de mayo a la inauguración del consultorio público en el Hospital de niños, lugar que, desde su perspectiva, era “elegante”, “bello” y “severo”, aunque no “muy vasto”. De acuerdo con él, la creación del consultorio mostraba que Liceaga, el “hombre de gran corazón”, había logrado convertir este hospital en un modelo a seguir.¹³⁸

Cuando fue representante del estado de Hidalgo en la Cámara de Diputados, el queretano participó en el debate sobre la reforma constitucional del ejercicio de las profesiones. Mencionaba que su enfermedad le impidió intervenir de una manera más activa y se lamentaba que se aprobara esa reforma, pues al decretar el libre ejercicio de las profesiones no se había tomado en cuenta que no eran libres, ni su ejercicio estaba sujeto a una restricción legal. La Cámara no reflexionó en que su propuesta engendró un “feto ignorante e indolente” que no sólo atentaba contra la ciencia, sino también contra el buen nombre de la institución. El extravío era consecuencia de la “impericia” e “ineptitud” de la Comisión encargada de reglamentar el artículo tercero constitucional, ya que no logró enfocar el debate ni formular una ley orgánica que llenara las expectativas profesionales de la época.

¹³⁸ *Ibidem*, 14 de abril de 1882, 1, 8 y 22 de mayo de 1882.

El queretano recuerda que la Comisión presentó dos proyectos: el primero se desechó por carecer de lógica e infringir las reglas del idioma; el segundo, pese a ser más “deforme” e “insensato” que el anterior, recibió el apoyo de “estudiantes reprobados, ociosos y picapleitos”, por lo que se aceptó sin que nadie se percatara que constituía un paso atrás. Los legisladores de 1882 no habían logrado rebasar las ideas de los de 1856, quienes buscaron que la enseñanza fuera libre, mientras que aquéllos emprendieron la “obra absurda” de reglamentar la enseñanza libre. La Cámara declaró que el ejercicio de las profesiones era libre, mas no reparaba en que la libertad propugnada sólo favorecía a los “empíricos”, “audaces” e “ignorantes”. Los legisladores se preocuparon por exigir que el perito tuviera título, sin embargo, no se preocuparon por los charlatanes. Frías pensaba que la decisión legislativa ocasionaría la muerte de los estímulos de los jóvenes, debido a que éstos observarían que sus esfuerzos no encontrarían recompensa. De esta manera, la Cámara ayudó a matar el adelanto intelectual de México.

De acuerdo con lo anterior, el médico deducía que la reforma tendría dos consecuencias: incentivar la libertad absoluta y fortalecer el monopolio oficial del profesorado. No obstante, esperaba que el Senado y las legislaturas locales no sancionaran la reforma. Este “proyecto absurdo” sólo era apoyado por los “clericales” e “ignorantes”. Hilarión planteó que no podía existir libertad profesional cuando las escuelas particulares y las religiosas carecían de profesores sabios; las escuelas del estado eran las únicas que podían garantizar una verdadera educación encaminada al progreso. También en otra ocasión el queretano criticó a las escuelas particulares, ya que en un artículo posterior afirma que los “colegios de ricos” ofrecían aprender “cuatro idiomas” y formar “eruditos” de la talla de Terrazas y Vigil.¹³⁹

A pesar de que su postura crítica estaba fundada en sus exacerbadas creencias liberales, no hay que perder de vista que Frías mostró, en diversos pasajes de su vida, un gran interés por la educación, tanto en Querétaro como en la ciudad de México formuló proyectos encaminados a mejorar la calidad de la educación. Durante el gobierno de Manuel González fue un severo crítico de las instituciones, lo cual en cierta forma se le permitió por su cercanía con el círculo de poder. Por ello, no extraña que, en un artículo donde se hizo una semblanza suya (publicado por *El Correo del lunes*) se afirmara que él

¹³⁹ *Ibidem*, 8 de mayo de 1882; *El Diario del Hogar*, 18 de julio de 1882.

era uno de los “oradores del gonzalismo” que en los banquetes oficiales se llenaban la boca de “pasteles y jamón”. Si un rasgo caracterizaba a Hilarión era el de asumir la defensa de todos los gobiernos, es decir, el periódico aseveró que el médico no tenía una postura política definida, más bien buscaba acomodarse a la circunstancias políticas del momento.

Esa declaración no fue la primera ni la única donde se califica a Frías como un hombre carente de principios políticos sólidos. En 1874, Alfredo Bablot, bajo el pseudónimo de *Proteo*, menciona que el médico, para agradecer a Lerdo su postulación como diputado por Yucatán, “corre como un gamo, en ciertas eventualidades de votación dudosa, entre los bastidores misteriosos y fantasmagóricos del congreso”. En 1924, Francisco Bulnes también se refirió a la facilidad con la que el queretano cambiaba de color político, razón por la cual lo definió como el “reptil magno”.¹⁴⁰ Pese a sus bandazos políticos, Hilarión siempre se mostró un acendrado defensor del liberalismo. Por ejemplo, criticó a las autoridades por no hacer respetar las leyes de Reforma. En su novela *La tabaquera del anticuario* (publicada en *El Diario del Hogar* en 1882), exponía que en Guanajuato, Tacubaya y la capital existía tolerancia y complicidad hacia las comunidades religiosas que sobrevivían.

Lo que más le molestaba era la actitud indulgente de la autoridad ante un partido insolente, aun cuando debía su existencia al “desdeñoso perdón” otorgado por los republicanos y olvidaba su traición al país en el momento de relacionarse con los invasores. Los “retrógrados”, en lugar de guardar silencio y apreciar las leyes que les permitían disfrutar de la impunidad, prodigaban insultos a la República a través de los periódicos: *La Voz de México*, *El Centinela Católico* y *El Imparcial*. Como se observa, para Frías la época de la conciliación había acabado desde hace mucho tiempo, por lo que se requería poner a cada partido en su lugar. Con motivo de un artículo que escribió sobre Gabino Barreda, insistió de nuevo en la necesidad de acabar con “la reacción conservadora y católica” que amenazaba con agobiar al país, hecho generado por la “traición” de algunos liberales que olvidaban que “Juárez y sus hombres” empaparon de sangre el suelo

¹⁴⁰ *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1874; *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882; *El Diario del Hogar*, 9 de mayo de 1884; Bulnes, *Rectificaciones*, 1922, p. 106. Alfredo Bablot también considera que Frías tenía una marcada inclinación al “maquiavelismo político”, mas cuando era partidario de una causa mostraba una gran lealtad y adhesión a la misma. Por su parte, Juan de Dios Peza afirma que no era posible criticar los antecedentes políticos de Hilarión porque eran “limpios” y “firmes”, productos de una juventud “honrada y gloriosa”.

mexicano para lograr la reforma. La tarea de destruir el catolicismo tendría que emprenderse por la juventud que, como “germen del progreso y la libertad”, necesitaba realizar una reforma “más radical y fecunda, más estable y práctica” que las impulsadas en 1857 y 1859.

El médico sustentaba que Barreda fue el gran artífice de la reforma educativa que provocó cambios políticos y sociales que “hirieron de muerte al catolicismo”; sin este personaje, la obra de Juárez habría perecido. En una clara alusión al oaxaqueño, la cual evidenciaba su aversión por él, Frías afirmaba que a Barreda no le rendían honores pues no estuvo en la cima del poder, por este motivo no había logrado distribuir honores y empleos. Ante la crisis de la enseñanza libre y racionalista, el queretano propuso el fortalecimiento del positivismo, ya que esta filosofía representaba una “revolución radical” en la inteligencia y las ciencias. Si la juventud, educada mediante el positivismo llegara a su ineludible desarrollo, indudablemente se destruiría el “ruinoso e insalubre” edificio del catolicismo. Las “futilezas teológicas” y el “galimatías metafísico” que servían de base al catolicismo no podían vencer los fundamentos de una filosofía vigorosa fundada en la razón.¹⁴¹ Con la propagación de la doctrina positivista, el futuro del país estaba asegurado y Barreda sería declarado uno de los “sabios más ilustres” de México y uno de los apóstoles de la democracia.

Debido a su larga trayectoria en el periodismo, Hilarión se mostraba contrariado por la forma en la que se manejaba la política de colaboraciones, la cual provocó que los periodistas vendieran su trabajo a precios bastante reducidos. La pluma había perdido su valor en el mercado editorial a causa de la abundancia de “escritores ramplones” que escribían sólo para rellenar los periódicos, en consecuencia, los buenos redactores se obligaban a bajar sus pretensiones económicas.

Lo anterior era fruto, según el queretano, de la aparición de los “aprendices de gacetilleros”, oficio nuevo que se produjo por el “progreso de la época” y el “creciente desarrollo” del periodismo. Ante estas circunstancias, los dueños de las publicaciones modificaron su política de contratación; determinaron que los articulistas ya no recibirían un sueldo fijo, sino que se pagaría por cada trabajo entregado de acuerdo con una tarifa preestablecida: seis pesos por los artículos de tres columnas o más, dos por los filetes y 75

¹⁴¹ *El Diario del Hogar*, 10 de marzo de 1883 en Díaz, *Escuela*, 1972, pp. 184-185.

centavos por las gacetillas. Lo peor de todo era la determinación de no atacar a nadie; las discusiones tenían que ceñirse a los lineamientos que dictaran los redactores y se debían alabar las producciones de los demás periódicos. Frías se preocupaba por el desinterés de los “nuevos” escritores en el progreso del periodismo, pues sólo utilizaban este medio para acceder a una diputación. Si estos “desgraciados periodistas” no conseguían su objetivo, se afiliaban a aquellos grupos que mostraban su oposición al gobierno en turno y comenzaban a conspirar con la finalidad de cambiar, según ellos, la “mala administración”.¹⁴²

Por otro lado, las negociaciones del tratado de límites entre México y Guatemala fue uno de los asuntos que más interesó al médico durante 1882. En su pequeño estudio denominado “Cuestión de límites entre México y Guatemala” (escrito en conmemoración del evento y publicado en el tomo VI de *El Anuario Universal*) no sólo realizó un recorrido histórico para fundamentar las razones por las que Chiapas y Soconusco eran territorios mexicanos, sino que también recapituló las negociaciones emprendidas por el presidente Rufino Barrios y el secretario de Relaciones Ignacio Mariscal.¹⁴³ El queretano reconocía haber atacado a Barrios cuando la situación se tornó “alarmante”, debido a la “imprudente intervención” de Estados Unidos y a las “hábilas sugerencias” del gobierno guatemalteco que ponían en riesgo la tranquilidad del país. Sin embargo, al llegar a un “feliz término” el asunto, nada le impedía afirmar que Barrios cumplió con su deber y que sus gestiones contribuyeron a terminar con un asunto conflictivo.

Hilarión destacó que el presidente guatemalteco merecía ser honrado por dos razones: su empeño en acabar con un conflicto que desgastaba a ambas partes y su lealtad para confesar la justicia que asistía a México.¹⁴⁴ El mismo reconocimiento debía prodigarse a Manuel González e Ignacio Mariscal, personajes cuya “sobresaliente” actuación ayudó a borrar las “líneas de sangre que trazó el odio en la frontera”. El médico consideraba que el

¹⁴² *El Diario del Hogar*, 25 de mayo y 1, 3, 10 y 22 de agosto de 1882; *El Siglo XIX*, 3 de febrero de 1894. En 1894 Frías volvió a emitir una opinión bastante crítica sobre el periodismo; expresó que, desde que se comenzó a adoptar las formas europeas, el periodista había sido obligado a escribir revistas teatrales, relatos de matrimonios y crónicas de salón, taurinas y de hipódromo. El queretano cuestionaba que los rotativos perdieran su talante netamente político para enfatizar el social.

¹⁴³ Este libro sería reimpreso en la imprenta de su hermano Luciano (Querétaro, 1897).

¹⁴⁴ Frías, *Cuestión*, 1883, pp. 1-26. Un seguimiento de las negociaciones puede consultarse en *El Siglo XIX*, 16 y 25 de enero y 4 de abril de 1882 y *El Ferrocarril* 28 de enero, 2 y 16 de marzo, 11 abril, 8, 9, 13, 14 y 20 de junio, 30 agosto y 3 de octubre de 1882; *El Diario del Hogar*, 18 de julio de 1882. Meses antes de la firma del tratado, Hilarión afirmó que Barrios contribuía a impedir la resolución del conflicto, debido a sus “extravagancias” y “exóticos procederes”.

tratado de límites entre México y Guatemala constituía uno de los incidentes más notables de los anales diplomáticos desde la convención tripartita. Tras el regreso de Porfirio Díaz al poder en 1884, Frías tendría una menor presencia pública. Si bien ocupó una curul en la Legislatura como representante de diversos estados: Zacatecas (1884), Distrito Federal (1890) y Coahuila (1896, 1898, 1900, 1902 y 1904). También continuó con sus actividades periodísticas, sería desplazado, al igual que sus contemporáneos afiliados al liberalismo doctrinario, por las nuevas generaciones de escritores y políticos que crecieron al amparo del porfirismo.

Su carácter intransigente y su firme creencia en los principios políticos de la Constitución de 1857, lo llevarían a permanecer al margen de los nuevos políticos que estaban dispuestos a negociar con los sectores conservadores y a permitir una interpretación laxa de los principios doctrinales del liberalismo. Por esta razón, no sorprende que haya exclamado que “los viejos constituyentes, los reformistas” parecían extraños ante los “republicanos” de la nueva época “decadente y acomodaticia”. Diez años después afirmaría que la “nueva generación”, la cual ocupaba la prensa y la tribuna, condenaba las creencias políticas en “nombre de las ciencias sociales” y derribaba los monumentos que “los pensadores del 57 y los reformadores del 60 levantaron sobre las ruinas de la dictadura y el clericalismo”. Además buscaba la “fusión imposible” entre el pasado y el porvenir, pues, desde su perspectiva, no era posible proclamar la reconciliación general y el “jubileo de la infidencia”.

“La nueva escuela” no escuchaba los gritos de los “nuevos campeones del clericalismo” que suscitaban los mismos odios, repetían las mismas calumnias y hacían resurgir los mismos programas de rebelión y guerra civil. Aunque la “ciencia nueva” consideraba que la “reacción” podía participar en la política como “factor de libertad”, se necesitaba que los “ideales altruistas” de patria y libertad no fueran cegados por el “egoísmo científico” y el “nihilismo conservador”; ésta era la única forma en la que se podría garantizar que el progreso continuara con su “trayectoria inflexible”.¹⁴⁵ De la misma manera que Vigil, Mateos y otros más, Hilarión ocupó puestos menores en la administración porfirista. Mediante algunas cartas conservadas en el Archivo de Porfirio

¹⁴⁵ *El Diario del Hogar*, 18 de mayo de 1884; *El Siglo XIX*, 20 de octubre de 1894. Nihilismo conservador es un término utilizado por Hilarión Frías, del que no explica mucho, pero que sin duda es un oxímoron con el que buscaba burlarse de las creencias de los conservadores.

Díaz, se tiene conocimiento de que el médico corrigió algunos de los informes presidenciales.¹⁴⁶

Fuera de los ámbitos políticos, se dedicó a realizar actividades docentes en la Escuela Normal de Profesores, lugar en el que llegó a sustituir a Altamirano en las cátedras de español, lectura y declamación.¹⁴⁷ En 1891 fue nombrado director del Instituto Literario de Hidalgo, designación que, al parecer, no llenó sus expectativas, puesto que el 11 de agosto mandó una carta a Porfirio Díaz para informarle que pasaba por una “situación difícil” y solicitaba un cargo en el ministerio de Hacienda o de Guerra. Aunque el presidente le informó que había expuesto su situación al ministro de Hacienda, el 15 de agosto pidió al gobernador Rafael Cravioto mejorarle el sueldo o asignarle un puesto que le permitiera vivir con desahogo. El 30 de octubre, el gobernador respondió que era cuestionable el proceder de Frías al frente del Instituto, por lo que sugería cambiarlo de plaza.¹⁴⁸ Ante tal situación, el médico fue removido, no obstante, el presidente autorizó otorgarle una ayuda de 100 pesos mensuales.

El 4 de julio de 1892, Hilarión instó al presidente a revalidar su ayuda, mas obtuvo una respuesta negativa por los “momentos difíciles” que pasaba el erario federal, sin embargo, le prometió buscar una alternativa. El 6 de julio el queretano sugirió que se le dejara elaborar una memoria de los principales actos realizados en el período presidencial. Su propuesta quedó en espera, pero a mediados de agosto se aprobó y la entregó el 24 de noviembre de 1892. Afirmaba que no había modificado los discursos que pronunció el presidente, pues era necesario mostrar la “laboriosidad” y “energía” que éste puso en la reorganización social y política del país.¹⁴⁹ También explicaba que el informe había sido

¹⁴⁶ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Al parecer, en estos años el queretano comenzaba a padecer por sus magros ingresos. Según Pola, esta situación generó que se limitara a comer frijoles y huevos acompañados con té y café.

¹⁴⁷ Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana: Archivo Personal de Porfirio Díaz (en adelante AHUIA) no se refiere al catálogo de documentos-carta de la Colección Porfirio Díaz (Serie CPD); *El Diario del Hogar*, 14 de junio de 1890; *El Siglo XIX*, 27 de octubre de 1894; *El Cómicó*, 3 de marzo de 1901. *El Cómicó* llamaba a Frías “el olvidado”. En un artículo de este periódico se sugería, en tono burlesco, que Frías y Juan A. Mateos, dos de “los antiguos amateurs de la clerofobia”, se habían impuesto mutuamente ceniza, es decir, que abandonaron sus creencias liberales ortodoxas.

¹⁴⁸ *El Monitor Republicano*, 20 de enero de 1892; Ballesteros, *Breve*, 1997. Quizá por su mala actuación es que a Frías no se le menciona en la plantilla de administrativos y de profesores de esa época.

¹⁴⁹ Archivo Histórico de Porfirio Díaz (en adelante AHPD) Caja 20, legajo 16, documentos 9655, 9656; Caja 22, legajo 16, documentos 10571-10574; caja 25, legajo 16, documento 12003; caja 29, legajo 16, documento 14478.

muy extenso porque era necesario mostrar al país y al extranjero los actos de una administración que “cambió la faz de la república y derramó los beneficios del progreso”.

Quizá por esta razón, el 6 de noviembre Frías pidió al presidente que le dijera de qué manera tratar los sucesos de Chihuahua, ya que consideraba fundamental que el gobierno emitiera una “explicación oficial” con el fin de evitar que el “vulgo” le otorgara una importancia que no tenía por la “torpe imprudencia” de la prensa oficiosa. Tres días después, Díaz respondió que lo que sucedió no merecía ser detallado, puesto que fue una cuestión policial. Si la fuerza federal intervino, se debió a que los estados carecían de guardia nacional.¹⁵⁰ A su regreso a la ciudad de México, el médico estableció su residencia en Tlalpan, donde se dedicó a cultivar una de sus principales aficiones: la gastronomía. Incluso, se afirmaba que el escritor Alberto Leduc era uno de sus más frecuentes comensales.¹⁵¹ Al año siguiente volvió a las primeras filas de la escena pública; desde las páginas de *El Siglo XIX* se convirtió en uno de los más denodados opositores a la propuesta de Justo Sierra de que los jueces fueran inamovibles.¹⁵² Esto mostraba su exageración en 1894, cuando afirmó que se había alejado de la vida pública durante diez años, aunque en otra ocasión mencionó que fueron seis, a causa de sus enfermedades y los desastres políticos.¹⁵³

A mediados de 1895 la Academia de La Pluma, misma que editaba el periódico del mismo nombre y se asentaba en Querétaro, organizó un homenaje en honor de Hilarión, a quien se le reconoció su trayectoria periodística y literaria. Fue agasajado con varias veladas literarias en las que los miembros exponían sus trabajos. A principios del siglo XX, el médico regresó al ámbito político; apoyó la posible candidatura del general Bernardo Reyes, quien fungía como ministro de Guerra y Marina, a la presidencia de la República; misma que se contraponía a los intereses del grupo científico a favor del ministro de Hacienda José Yves Limantour. *Anakreon*, pseudónimo que utilizaba Ricardo Flores

¹⁵⁰ AHPD, caja 32, legajo 17, 17109-17111.

¹⁵¹ Sierra, Justo, *Obras Completas. IV. Periodismo Político*, 1948-1949, p. 40; *Almanaque*, 1871, p. 251. Hilarión no siempre vivió en la ciudad de México. Si bien durante los primeros años residió en ella, en específico en la calle de Cordobanes número 8, después trasladaría su residencia a Tacubaya y Tlalpan. Sin embargo, pasó sus últimos años en su casa de Tacubaya debido, probablemente, a la creencia de que este lugar tenía un mejor clima.

¹⁵² Sobre este debate puede consultarse Hale, *Transformación*, 2002, pp. 176, 187-194. Aunque la propuesta se aprobó en la Legislatura el 23 de diciembre, nunca salió del Senado.

¹⁵³ *El Siglo XIX*, 13 de enero y 20 y 27 de octubre de 1894. Frías expresaba que a su regreso al periodismo se encontró con que sus contemporáneos estaban muertos o se habían recluso a causa de las “decepciones”.

Magón, mencionaba que Rodolfo Reyes dirigía el partido reyista, y entre sus principales miembros se encontraban Emeterio de la Garza hijo, Juan Dublán, Heriberto Barrón, Ireneo Paz e Hilarión.

El escritor dirigió palabras muy duras al queretano y a Paz, pues los consideraba “personas conocidas por su modo de obrar político en desacuerdo con el ejemplo de Juárez”, ellos eran “liberales circunstancistas”, “de ocasión” y de “palabra”. Sus “aspavientos” exagerados eran producto de su liberalismo “fingido” basado en “escrúpulos incomprensibles”. Según él, a estas “personas superficiales” se encargó la tarea de conseguir que el “reyismo histórico” tomara una faceta liberal.¹⁵⁴ La lucha establecida entre reyistas y “científicos” culminaría con la salida de Reyes de la Secretaría en 1902 y su regreso a Nuevo León para encargarse nuevamente del gobierno del estado. Con el propósito de acabar con su prestigio, los científicos intentaron mostrarlo como un hombre “despótico”.¹⁵⁵ A raíz del discurso que el ingeniero Francisco Bulnes pronunció el 21 de junio de 1903 ante la Convención Nacional Liberal, Frías publicó al día siguiente una *Carta abierta* en la que cuestionaba la peroración bulnesiana. En ella menciona que el ingeniero trataba de justificar la reelección de Díaz, sin darse cuenta de que ésta era “una necesidad histórica forzada e indeclinable”. Puesto que los delegados de la Convención buscaban un candidato que sustituyera al presidente y no se encontró a nadie apto, tuvieron que aceptar la “imposición irrevocable” del oaxaqueño.

El médico aseveraba que ellos no reparaban en la estabilidad que el presidente había dado al país, por lo que no se debía temer que el Ejército o algún caudillo buscaran trastocar la paz que se vivía. Dado que el Ejército era el sostén de la Constitución, de la Reforma y el salvador de la Independencia, no existían motivos para buscar un sucesor de Díaz sólo entre los civiles, también era viable contemplar a los militares, pues ellos contaban con derechos políticos concedidos por la ley. Hilarión desafiaba a los científicos a demostrar que Bernardo Reyes tenía aspiraciones presidenciales. Su alegato fue respondido por Bulnes, quien argumentaba que los jacobinos destruyeron el “antiguo régimen”, mas Díaz logró consolidar la paz por medio de un gobierno personalista. No se quería reconocer

¹⁵⁴ *El Colmillo Público*, 18 y 25 de septiembre de 1904.

¹⁵⁵ Roeder. *México*, 1973, pp. 144-145; Hale, *Transformación*, 2002, p. 220.

este hecho porque se pensaba que se enfrentaría a Juárez con Díaz. Sin embargo, no se percataron de que entre estos dos personajes había una sucesión lógica y no una oposición.

El gobierno personal era una forma de gobierno republicana y civil que antecedió al constitucional. Bulnes afirmaba que la sociedad mexicana no renegaba del gobierno de Díaz, ya que fue su tabla de salvación, no obstante, debía sostenerse sólo el tiempo necesario. Además, advertía que faltaban dos problemas por resolver: el futuro de México, tras la muerte del presidente, y la participación de los militares en la política. Con respecto al primer asunto, señalaba imprescindible hacer todo lo posible para evitar el establecimiento de otro régimen personal. Aun cuando ese sistema de gobierno garantizaba la continuación de la obra de crédito y de progreso, también ocasionaría la desorganización política del país. Un nuevo régimen personal lo destruiría y sería lamentable, pues México se encontraba a la vanguardia de los grandes pueblos, gracias al impulso del partido Liberal. Si Díaz consiguió destruir las causas que generaban la anarquía, lo menos que se podía hacer era evitar caer de nuevo en ese estado. En lo referente al segundo asunto, el ingeniero destacaba que aquél logró excluir al Ejército de cualquier participación política, puesto que con ello se evitaba que las fuerzas armadas obtuvieran el poder mediante la violencia, lo cual imperaba en las primeras décadas del siglo XIX y había provocado que la nación transitara por la anarquía total.

Para conservar la estabilidad, se necesitaba excluir a los militares del gobierno.¹⁵⁶ Sin duda los reyistas mandaron a Frías al “matadero” por dos razones: su faceta polémica, tal vez a la altura de la de Bulnes, y su carácter prescindible. El queretano era un “viejo lobo de mar” con aspiraciones políticas limitadas, motivo por el que podía ser zarandeado por su contrincante sin causar graves perjuicios a los partidarios de Reyes. Al Igual que Juan Pedro Didapp, el médico se convirtió en uno de los escritores que defendían a capa y espada al general. Esta situación sería criticada por *El Tiempo*, periódico que mencionaba que él, al igual que Emeterio de la Garza, parecía un “simple orador de pueblo”.¹⁵⁷ Tras la publicación de *Las grandes mentiras de nuestra historia*, libro en el que Bulnes volvía a atacar a los gobiernos militares,¹⁵⁸ Hilarión elaboró un estudio para refutarlo, sin embargo,

¹⁵⁶ Bulnes, *Defensa*, 1903, pp. 25, 42; Sobre la polémica puede consultarse Hale, *Transformación*, 1991, pp. 214-215.

¹⁵⁷ *El Tiempo*, 3 de septiembre de 1904.

¹⁵⁸ Véase Jiménez, *Pasión*, 2003, pp. 79-91; Jiménez, “Reto” en Bulnes, *Grandes*, 2009, pp. 16-39.

según decía, no encontró nadie que quisiera apoyarlo. No mencionó que su libro se quedó sin editar, debido a que los reyistas prefirieron imprimir el de Didapp denominado *Gobiernos militares de México*.¹⁵⁹

A partir de la polémica generada por la publicación de *El Verdadero Juárez y la Verdad sobre la Intervención y el Imperio* de Francisco Bulnes, Frías se dio a la tarea de escribir un texto que desmintiera los cargos imputados por el ingeniero a Juárez. Así pues, quien se definía como un “viejo periodista jacobino” y “el más insignificante de los escritores mexicanos” presentó el que sería el último de sus trabajos: *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica refutando con documentos la obra del señor Francisco Bulnes intitulada El Verdadero Juárez*.¹⁶⁰ Con este libro, Frías se sumaría al grupo de escritores que mitificaban la figura del oaxaqueño. Resulta interesante que se presentara como un “jacobino”, ya que, en sus palabras, los que se afiliaban a esta posición eran hombres seguros de la rectitud de su criterio, que no se doblegaban ante nadie, despedazaban los “dogmas absurdos”, discutían la infalibilidad de la ciencia, combatían las opiniones y se rebelaban contra lo que los oprimía.¹⁶¹ Por paradójico que parezca, el “viejo jacobino” que había sido un crítico severo del benemérito, ahora le arrojaba flores e incensaba su tumba.

Una parte de la prensa elogió su defensa a Juárez, por ejemplo, *El Popular* mencionaba que su libro estaba bien sustentado; razón por la cual “pulverizaba” los “banales argumentos” expuesto por Bulnes. El autor del artículo consideraba que el texto no alcanzó el éxito deseado porque no apareció a tiempo. Sin embargo, otros escritores, entre ellos *Anakreon*, pensaban que en este debate se traslucía la lucha entre “científicos” y reyistas.¹⁶² En una parte de su escrito, y con cierto tono premonitorio, el queretano aducía que su refutación sería una de las últimas cosas que haría en vida. Su intuición resultó

¹⁵⁹ Didapp, *Gobiernos*, 1904.

¹⁶⁰ *El Diario del Hogar*, 6 de febrero de 1895; Frías, *Juárez*, 1905, p. 7; Ceballos, *Panorama mexicano (Memorias)*, 2006, p. 349-351. Ceballos consideraba que Frías había logrado refutar con éxito la obra de Bulnes. Este libro apareció a principios de 1905 y tenía un costo de tres pesos.

¹⁶¹ Hale, *Transformación*, 2002, p. 180. Hale menciona que los jacobinos se consideraban hombres que seguían “principios absolutos” sin respeto por el pasado y que buscaba transformaciones inmediatas en lugar de introducir reformas tras realizar un estudio cuidadoso y científico, acorde con la investigación de las costumbres y las relaciones sociales.

¹⁶² *El Colmillo Público*, 18 de septiembre de 1904; *El Popular*, 3 de enero de 1906; Jiménez, *Pasión*, 2003, pp. 129-206. Jiménez sostiene que el libro de Bulnes tenía la intención de mostrar los males que ocasionaba el militarismo.

cierta; murió el 2 de julio de 1905. *El Diario del Hogar* publicó el 4 de julio un artículo en el que se reseñaba el funeral del que llamó el “viejo y aguerrido liberal, soldado de la Reforma y de la Segunda Independencia”.

El autor destacaba que Frías había sido un diputado cuyos “bellos y valientes discursos eran sensacionales por la fuerza de su argumentación y por lo candente de su sátira con la que muchas veces pulverizaba a sus adversarios” y un periodista “incisivo” y “contundente” que se retiró del periodismo militante después de la caída del lerdismo, tarea a la que se reincorporaría en el régimen tuxtepecano. Asimismo, consideraba que fue uno de los más firmes creyentes del liberalismo, motivo por el que el arzobispo Alarcón no logró convencerlo de que abjurara de su credo político. Como recuerdo de su talento dejó inédita una obra de “Historia Universal”, que Ignacio Mariscal se encargaría de publicar. El “viejo jacobino” fue enterrado en el panteón Francés el 3 de julio. A la ceremonia fúnebre asistieron cuatro diputados y sus familiares. Juan A. Mateos pronunció un discurso ante la tumba del queretano, en la cual expuso que “su amigo” murió “pobre sin dejar más herencia que sus escritos”.

El diputado enfatizaba que, con la muerte de Hilarión, “el partido liberal” había perdido a “un veterano, las ideas, un apóstol, y la patria, un gran ciudadano”. Por su parte, *La Opinión* manifestaba que era un “viejo luchador liberal” de “jacobinismo irreducible”, recordado por ser un “orador vehemente” y un “atildado escritor”. En tanto que *Jalisco Libre* lo describía como un “insigne luchador que supo defender la memoria augusta del gran Juárez glorificado por propios y extraños”. Este periódico consideraba que el médico se encontraba a la altura de figuras como Valentín Gómez Farías, Ignacio Manuel Altamirano, León Guzmán, Ponciano Arriaga, Ignacio Vallarta, Blas Balcárcel e Ignacio Ramírez. *La Sombra de Arteaga*, periódico del que sería fundador, se limitó a consignar que Hilarión Frías y Soto había pertenecido a una “respetable familia queretana”, destacado por ser un escritor “fogoso” y de “avanzadas ideas”.¹⁶³

¹⁶³ *El Diario del Hogar*, 4 de julio y 10 de noviembre de 1905; *La Opinión*, 3 de septiembre de 1904; *Jalisco Libre*, 4 de julio de 1905; *La Sombra de Arteaga*, 5 de julio de 1905. Daniel Cabrera se mostraba enojado porque en la lista de difuntos notables (publicada por Filomeno Mata el 1 de noviembre de 1905), no hubieran aparecido personajes como Hilarión, Manuel Azpiroz y José María Villasana.

Capítulo 2

La actividad literaria de Hilarión Frías y Soto

La escritura es la divina matriz de donde se ha engendrado el saber humano. Si el hombre no pudiera transmitir al hombre sus ideas más que por medio de la palabra, el pensamiento moriría al extinguirse la onda sonora de la voz [...] el pensamiento es inmortal por la escritura que lo fija, lo petrifica, lo modula.

El Diario del Hogar, 13 de junio de 1884

En algunos de sus textos Hilarión Frías y Soto menciona que la tarea del literato no resultaba sencilla. Se engañaban quienes pensaban que las ideas surgían espontáneamente, no bastaba con estar sentado frente a un taburete, con los anteojos calados, la pluma cortada y el papel dispuesto. Encontrar una idea “chispeante”, “efervescente” y “vaporosa” era difícil y podía ocasionar que el cerebro del literato se extraviara en mil vaguedades, razón por la que muchos preferían dedicar su tiempo a ponerle los puntos a las “íes” y las líneas horizontales a las “tes”, antes de reconocer que no tenían capacidad para crear.

El queretano no se consideraba un gran escritor, no obstante, buscaba que sus textos literarios cumplieran con una función moralizante, esto es, para él la literatura no sólo debía entretener a los lectores, sino también dejarles enseñanzas útiles que aplicaran en su vida diaria.

Este capítulo se divide en dos partes: en la primera se mostrará la vinculación que este personaje tuvo, desde su juventud, con los círculos literarios de la ciudad de México y la forma en la que éstos influyeron en sus escritos; en la segunda, se analizarán sus retratos costumbristas reunidos en *Los mexicanos pintados por sí mismos* y *Álbum fotográfico*.

La literatura en las venas

Frías afirmaba que empezó a escribir a una temprana edad. Sus primeros textos se publicaron en su ciudad natal, sin embargo, ha sido difícil localizarlos; por lo tanto, no se tiene certeza de cuál era la índole de éstos y el tipo de preocupaciones que lo acechaban. Su ingreso al Colegio de Medicina, que en ese momento se encontraba ubicado en el Colegio de San Juan de Letrán, fue determinante para que el joven queretano lograra vincularse con la Academia de Letrán. Esta asociación literaria nació a raíz del impulso de José María

Lacunza, quien se desempeñaba como profesor del Colegio y necesitaba un lugar en el que pudiera reunirse con los noveles literatos Guillermo Prieto, Manuel Tossiat Ferrer y Juan Nepomuceno Lacunza. Estos escritores manifestaban su intención de fortalecer la literatura nacional y de “mexicanizar” la cultura.

Debido a la cantidad de amigos y conocidos que deseaban entrar a las sesiones, en junio de 1836 se decidió establecer formalmente la Academia. El único requisito para ser admitido era presentar una composición en verso o en prosa, la cual tenía que ser aceptada por los demás miembros; una vez leídas las composiciones se nombraban defensores y se entregaban a debate. Entre los integrantes de la asociación se encontraban Ignacio Ramírez, José María Tornel, Andrés Quintana Roo, José Joaquín Pesado, José María Lacunza, Manuel Carpio, Antonio Larrañaga, Francisco Modesto Olaguíbel, Ignacio Aguilar y Marocho, José María Lafragua, Juan Navarro, Casimiro del Collado, Manuel Eduardo de Gorostiza, Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Manuel Payno y Manuel Tossiat, entre otros. Esta primera generación de escritores mexicanos reunía a la flor y nata de los poetas y prosistas de la época, los cuales pretendían crear una literatura totalmente mexicana.

A pesar de que no se conoce la fecha en que Hilarión fue aceptado en esta Academia, ni cuál composición presentó para ser admitido, sí se sabe que, a partir de 1849, su asistencia a las sesiones era constante. Las elites intelectuales utilizaron las tertulias, las veladas literarias, las sociedades y las academias como un medio de difusión y reflexión de las ideas, doctrinas y corrientes, tanto literarias como políticas, que estaban en boga. Las asociaciones culturales fueron sitios en donde se suplía la enseñanza y se proporcionaban estímulos mutuos, actos correspondientes a las instituciones de cultura superior. Los principales escritores decimonónicos participaron en distintas asociaciones literarias y no existía ninguno que no se relacionara con alguna de ellas, ya que pertenecer a determinada agrupación literaria proporcionaba prestigio profesional, el cual los literatos aprovechaban con el fin de difundir sus trabajos.

Había diversos motivos por los que se asistía a las sesiones de las agrupaciones literarias: conseguir la amistad de los escritores más importantes, y así ascender en el mundo político; obtener la aprobación de las obras propias, con el objetivo de obtener prestigio en el mundo de las letras, y alcanzar fama intelectual y social. La incorporación

del queretano a la Academia mostraba el camino a seguir por los jóvenes escritores para lograr un lugar en las letras nacionales. Durante su permanencia ahí, Frías redactó algunos relatos acerca de lo acontecido en las sesiones. La Academia de Letrán se caracterizaba por tener reuniones estimulantes; una de las que causó mayor revuelo fue cuando se presentó Ignacio Ramírez como aspirante, la cual fue reseñada por Guillermo Prieto e Hilarión.¹

Los escritos demostraban que, mientras Prieto trataba de mantenerse neutral, el médico simpatizaba con las opiniones expuestas por Ramírez. La convivencia entre ambos derivó en una amistad que se mantuvo por muchos años.² La estancia de Frías en la Academia determinaría su posición frente a la literatura. En dicha asociación se buscaba delinear las características de un proyecto nacionalista fundado en el redescubrimiento de México. La influencia del costumbrismo provocó que se voltara a mirar lo “auténtico” y lo “nacional”, pues se creía que lo mexicano no sólo se encontraría en el baúl de la historia, sino también en las costumbres cotidianas. La elite intelectual mexicana sabía que, para transitar de la mentalidad colonial a una independiente, era necesario rescatar las costumbres, el paisaje, el folclore, el lenguaje y contar con un pasado para identificarse.

Esta primera etapa de formación de una literatura nacional, con influencia romántica, se distinguía por una libertad de “inspiración anárquica”, “superficial” y “altisonante”. No obstante, un grupo de escritores, provenientes de las mismas filas de la Academia, y algunos jóvenes literatos, reaccionaron contra este tipo de literatura. El 30 de julio de 1850, ellos fundaron la Academia de Bellas Artes, que cambiaría su nombre, unos

¹ Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 29-30, 35-36; Luna, “Escritura” en *Tradicción*, 2004, pp. 36-37; Díaz, *Realismo*, p. 44; Ocaranza, *Historia*, 1934, p. 157; Jiménez, *Letras*, 1989, p. 137; González, *Historia*, 1981, p. 140; Sefchovich, *México*, 1987, p. 38; Carballo, *Reflexiones*, 1999, p. 40; Muñoz, *Muchachos*, 2004, p. 14.

² Frías, *México*, 1870, pp. 471-472; Frías, *Juárez*, 1903, p. 437. Hilarión se mostraba orgulloso de que Prieto lo considerara su “hermano” y siempre que se presentaba la ocasión, hacia patente la amistad que compartían. Además, pensaba que toda evaluación de este escritor debía tener en cuenta dos ámbitos: el poético y el político. En el primero decía que era un hombre de gran corazón, de impresiones rápidas pero profundas y que se dejaba guiar por sus sentimientos, más que por sus pensamientos, motivo por el cual la inspiración cintilaba en sus versos “sonoros y fluidos”. Para Frías era evidente que la producción literaria de Prieto lo situaba como el gran “trovador nacional” y un “poeta gigantesco”. En el segundo ámbito, lo consideraba un “excelente patriota” que había defendido la Reforma con tesón y que, por amor a la causa liberal, siguió a Juárez en su marcha al Norte. Este hombre fue uno de los más asiduos “obreros de la civilización y progreso”, mas su “sentimentalismo” lo llevó a cometer errores graves, por ejemplo, apoyar la vicepresidencia constitucional y ser partidario de González Ortega. Tales faltas ocasionaron que su pensamiento se calificara de inconsecuente, sin embargo, para el médico, esta acusación carecía de fundamento, pues el poeta siempre había mostrado su lealtad a las instituciones. También le llamaba la atención que la figura de Prieto estuviera en “perfecta disonancia” con su alma de poeta, ya que era de talla regular, busto redondeado por la grasa, ojos pequeños, boca grande y una sonrisa franca a pesar de la pésima dentadura, aunque lo peor era su falta de aseo.

días después, a Liceo Hidalgo, asociación con una larga vida, puesto que cerraría sus puertas hasta 1890. El Liceo vivió tres etapas de apogeo: de 1851 a 1860, de 1872 a 1880 y de 1884 a 1890. Pese a que los disturbios políticos, internos y externos, no afectaron las actividades de la asociación. El Liceo se convirtió en el centro de actividad cultural más animado de México. Sus fundadores deseaban continuar con los principios fundamentales, es decir tenían la intención de crear una literatura nacional y rectificar los excesos literarios anteriores, por lo que proponían mayor cuidado en las formas, más sobriedad, concentración y hondura de los sentimientos.

Aunque el Liceo Hidalgo no tenía fines políticos, sirvió de vehículo al Estado para sostener los principios liberales, debido a la influencia que llegaron a tener las discusiones generadas en el seno de la asociación y a la conexión de algunos de sus miembros con el gobierno. En ella participaron los más conspicuos representantes del liberalismo. Además, contaba con dos clases de socios: los titulares y los corresponsales. Los primeros necesitaban obtener la postulación, efectuada por algún miembro de la asociación, y presentar un trabajo literario. Después de quince días se decidía si se aceptaba o no. Los segundos, debían enviar un estudio literario; sólo en casos excepcionales se suspendía ese requisito.³ A instancias del general José María Tornel, el Liceo obtuvo un local en el Colegio de Minas, el cual se inauguró el 15 de septiembre de 1850. El primer presidente de la asociación fue Francisco Granados Maldonado.

Entre los primeros socios que lo conformaron destacan Francisco González Bocanegra, Marcos Arroniz, Juan Suárez y Navarro, Florencio M. del Castillo, Luis Gonzaga Ortiz, José María Rodríguez, José María Reyes, Emilio Rey, Justo M. Domínguez, José María Tornel, Manuel y Fernando Orozco y Berra, Luis Rivera Melo, José Sebastián Segura y José Tomás de Cuéllar. Hilarión se integró al Liceo el año de su fundación⁴ e incluso le tocó ser testigo presencial del discurso de Francisco Zarco, en su toma de posesión como presidente del mismo en 1851. En él encargaba a los miembros de

³ Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 75-76, 78-79, 89-92; Castañeda, *Catálogo*, 1988, pp. 17, 23; Fernández, *Historia*, 1956, pp. 36-37; Luna, "Escritura" en *Tradición*, 2004, pp. 67, 96; Sefchovich, *México*, 1987, pp. 22, 29-30; Carballo, *Reflexiones*, 1999, p. 50; Schneider, *Ruptura*, 1975, p. 78; Martínez, *Expresión*, 1984, p. 40. Martínez plantea que las asociaciones culturales suplían las funciones que le correspondían a las instituciones de cultura superior.

⁴ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Ángel Pola afirmaba que Hilarión fue uno de los fundadores del Liceo Hidalgo, junto con Francisco González Bocanegra, Manuel Domínguez, José T. de Cuéllar, Luis Gonzaga Ortiz, Domingo Villaverde, José María Peña y el cura de Tulancingo, Vázquez.

la asociación que consolidaran la literatura nacional con el “sello filosófico de nuestra época”. Los escritores debían estar conscientes que la literatura era un espejo de la sociedad y cuya finalidad no radicaba sólo en conmover el corazón, sino también en persuadir el entendimiento a través de la generalización de los principios de virtud y civilización entre la mayoría de los ciudadanos. Asimismo, era necesario que contribuyera al triunfo de los principios eternos e inmutables de la moral y la virtud.⁵

Si bien se desconoce la regularidad con la que Frías asistía a las reuniones del Liceo, es seguro que dejó de participar en ellas en 1856, pues ese año regresó a Querétaro para ocupar un puesto en el gobierno estatal. El médico volvió a casa con la satisfacción de haber participado en la obra colectiva *Los mexicanos pintados por sí mismos*, de la que se hablará detalladamente en el siguiente apartado.⁶ Como se mencionó en el capítulo anterior, Hilarión retornó a la ciudad de México en 1867 con el propósito de ocupar una curul en el Congreso. El queretano fue un asistente asiduo de las veladas literarias organizadas entre noviembre de 1867 y abril de 1868. A iniciativa del poeta Luis Gonzaga Ortiz, se reunieron sus amigos para que escucharan y juzgaran la comedia titulada *Los misioneros de amor* del escritor español Enrique Olavarria y Ferrari. Éste, a su vez, quería conocer a los autores y críticos mexicanos con el fin de hablar de ellos en España.

Esta reunión sería la primera de doce que arreglaron las personalidades literarias más destacadas de la época. Las tertulias fueron el pretexto perfecto para que volvieran a florecer los poetas de la Academia de Letrán, del Liceo Hidalgo y los jóvenes independientes. En ellas no se imponía un reglamento, por lo que el trabajo realizado era espontáneo; sólo se obedecía el lema de orden y cordialidad, lo cual no se presentó de nuevo en ninguna otra asociación literaria. El espíritu que privaba en las reuniones era el deseo de progreso de la literatura nacional. Las veladas se efectuaron en las casas de Luis Gonzaga Ortiz (primera y cuarta), Ignacio Manuel Altamirano (segunda), Agustín Lozano (tercera), Manuel Payno (quinta), Joaquín Alcalde (sexta), Vicente Riva Palacio (séptima y

⁵ Luna, “Escritura” en *Tradicción*, 2004, pp. 69-70; Schneider, *Ruptura*, 1975, pp. 82, 89; Martínez, *Expresión*, 1984, p. 50. Veinte años después, Ignacio Manuel Altamirano, al tomar posesión del Liceo Hidalgo, plantearía las mismas ideas que Zarco, pues decía que la literatura, como reflejo de la sociedad, debía tender a un fin moral, es decir, no sólo debía ser útil, sino misionaria.

⁶ Se han localizado once ediciones de esta obra: 1934, 1935(2), 1947, 1959, 1967, 1979, 1982, 1986, 1989 y 1997. Se utiliza en este trabajo la que realizó CONDUMEX en 1989.

duodécima), Rafael Martínez de la Torre (octava), Alfredo Chavero y Juan A. Mateos (novena), Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo (décima) y Domingo Schiaffino (undécima).⁷

Entre los asistentes se encontraban Guillermo Prieto, Enrique Olavarria y Ferrari, José Tomás de Cuéllar, Manuel Peredo, Juan Clemente Zenea, Julián Montiel, Joaquín Téllez, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, José Rosas Moreno, Juan Pablo de los Ríos, Rafael González Páez, Agustín E. de B. y Caravantes, Rafael Martínez de la Torre, Manuel Payno, Agustín Lozano, Martín Fernández de Jáuregui, José Rivera y Río, Gonzalo y Roberto Esteva, José Rosas Moreno, José María Ramírez, Manuel Sánchez Facio, Joaquín Villalobos, Juan de Dios Peza, Esteban González, Francisco Pimentel y José López Portillo y Rojas. Altamirano estaba orgulloso de los resultados obtenidos en las reuniones porque se contó con la participación de jóvenes escritores que presentaron trabajos estimulantes.

En una de las dos primeras reuniones, el queretano leyó un canto titulado *La caridad*, cuyo contenido se desconocía, pues Altamirano no lo incluyó en sus notas, ni mencionó de qué trataba. El aprecio que Frías sentía por sus compañeros literatos se evidenció en dos textos: uno de ellos, “El poeta”, formaba parte de su segunda serie de tipos *Álbum fotográfico* (1868).⁸ En él les otorgaba diversos epítetos: Guillermo Prieto era “el trovador nacional”; Ignacio Ramírez, “el sabio del siglo y honra de México”; Ignacio Manuel Altamirano, “el bardo de los bosques del sur”; Manuel Peredo, “el marcial de nuestra sociedad”; Luis G. Ortiz “el sentido, el tierno músico del alma”; Alfredo Chavero, “el trovador calderoniano”, y José María Ramírez, “el original”. El segundo escrito era el prólogo a la segunda edición de la *Musa Callejera* (1883) de Guillermo Prieto, en el cual se apreciaba su gran estimación por el que consideraba el “primer poeta nacional”.⁹

⁷ Palti, *Invenición*, 2005, p. 428. Palti considera que las veladas literarias representaron el primer intento de definir un espacio autónomo, aunque informal de la elite ilustrada mexicana, una “república de las letras” en las que se identificaba a los literatos sin que se tomara en cuenta sus tendencias políticas y orígenes sociales.

⁸ Altamirano, *Literatura*, 1949, p. 114; Trueba, *Teatro*, 1954, p. 300.

⁹ Castro, *Poliantea*, 1997, pp. 27, 36, 48, 51, 62, 65, 67, 82-83; Monterde, “Prólogo” en Prieto, *Musa*, 1940, p. x. La estrecha amistad de Prieto e Hilarión provocó que éste, sin ningún temor, lo calificara como su “hermano”. Por ello, no resulta extraño que fuera uno de los elegidos para hablar en el homenaje a Prieto el 4 de marzo de 1897. Tanto él como Justo Sierra emitieron sus discursos en la capilla ardiente que se colocó en la Cámara de Diputados, mientras que Juan A. Mateos y Genaro Raygosa lo hicieron en la Rotonda de los Hombres Ilustres. El discurso del queretano generó diversas reacciones en la prensa: *El Imparcial* menciona que la peroración de Frías fue de “indiscutible mérito”, aunque el autor manifestó que su elección respondía al hecho de haber tenido la honra de ser “el predilecto del maestro”, quien siempre tuvo una frase de consuelo para acallar sus “íntimos sollozos”. Frías recorrió la vida de Prieto como hombre, político y literato; llegó a la conclusión de que éste fue un hombre de corazón sublime y un patriota que no defecionó. Esta última alusión buscaba acallar su relación con el Imperio de Maximiliano. Por su parte, *El Popular* calificó el discurso de

Entre los literatos citados por el médico, están Ignacio Rodríguez Galván, cuya escritura reflejaba la “literatura española de la decadencia”; Fernando Calderón, con un “estilo mexicano” pese a que sus dramas y comedias se vinculan con la tradición española; Manuel Carpio, de “estilo puro”, aunque “carente de imaginación” sin alejarse de lo español; José Joaquín Pesado, consagrado al género religioso en latín y español; Vicente Riva Palacio, “novelista de la historia nacional” y un “punzante” caricaturista de las “deformidades políticas y sociales”;¹⁰ Ignacio Manuel Altamirano, un hombre “saturado” de helenismo que transpiraba los perfumes de la montaña y de la tierra caliente;¹¹ Juan A. Mateos, el que “vertía a torrentes los tropos de su imaginación” lo cual en esa época “conceptuosa” le había merecido la burla, mas en el futuro se reconocerían sus méritos, y Justo Sierra, un “cóndor” que se levantaba al infinito y recogía los rayos del sol inmortal. De Juan de Dios Peza, Luis G. Ortiz y José Peón Contreras decía que serían autores “clásicos”.¹²

“brillante”, en el cual se elaboró una apología del “libertador” de Juárez, del “soldado de la Reforma” y del “maestro de ciencias”. El *Gil Blas* opinaba que durante 30 minutos, Hilarión discurrió sobre los principales actos públicos del finado, su vida política y literaria, sus sufrimientos, actos heroicos y lo presentó como uno de los “cantores de la patria” que pintaba con maestría los sufrimientos y costumbres del pueblo. En *El Globo* se advertía que Hilarión realizó “la más elegante y completa apología del difunto, sin que omitiera ninguno de los timbres de gloria del primer poeta de América”. El médico aseveró que las composiciones de Prieto corrían el riesgo de sumergirse en el “polvo del olvido” a causa del decadentismo; tenía la certeza de que el tiempo le haría justicia y se estimarían sus “joyas literarias”. *El Tiempo* aprovechó el homenaje para atacar a los oradores, pues decía que éstos habían incurrido en ataques anticlericales “chillones” y “destemplados”. Por ejemplo, Hilarión afirmaba que “no se desdeña León XIII de mandar un raquíptico diplomático a la República”, frase “gratuitamente injuriosa como inexacta”, porque el Papa no había querido enviar a ningún diplomático, sino a un delegado apostólico que no estuviera vinculado a la política o la diplomacia, y no se podía llamar “atea” a un república cuya constitución fue decretada en el nombre de Dios. Esta publicación concluía que los oradores sólo buscaban injuriar, sin que les importara caer en inexactitudes y falsedades. Monterde manifiesta que aunque sus “contemporáneos aduladores” lo quisieron proclamar el gran “poeta nacional”, la posteridad se ha encargado de ponerlo en duda, ya que ninguno de sus romances se convirtió en un corrido cantado por el pueblo.

¹⁰ *El Siglo XIX*, 15 de diciembre de 1894. Unos años después, Frías recordaba a Riva Palacio como un “gran escritor”, un “alma diáfana e impregnada de dulce y risueño optimismo”. Este hombre no sabía odiar, pues su corazón estaba henchido de afecto y de benevolencia. A causa de las tormentas parlamentarias y las crisis ministeriales, tuvo que abandonar la política y dedicarse a la literatura, en la que hizo la vivisección de las reputaciones literarias contemporáneas amparado bajo el seudónimo de *Cero*. Aunque criticó con “guante blanco”, también lo hizo con “gran ligereza”, en consecuencia, no dejó un cuadro completo que retratara el movimiento intelectual de la época. Puesto que su obra había sido un “desahogo de hipocondría”, no dejó una “enseñanza trascendental” ni “materia prima” con la que pudieran trabajar los historiadores, lo que provocó que se oscureciera el “renacimiento científico y literario” de México en esos años.

¹¹ *El Siglo XIX*, 27 de octubre de 1894. En un artículo publicado en *El Siglo XIX* en 1894, el queretano declaraba un gran cariño a Altamirano, debido a que habían luchado por los mismos ideales y compartían los mismos odios políticos.

¹² Frías, “Prólogo” en *Musa*, pp. xxiii-xxv; Monterde, *Cultura*, 1946, p. 209. Monterde reprocha a Hilarión la falta, en su prólogo, de algunos detalles “curiosos” e “ínfimos” de los personajes a los que aludía y que se

En 1872 el queretano fue nombrado socio honorario de la Sociedad Literaria “La Concordia”, editora de la revista *La Esperanza*, cuya finalidad era dar a conocer los trabajos de los jóvenes literatos, La Sociedad se reunió hasta 1876. En un artículo publicado en 1878, Hilarión mostraría su descontento con la literatura mexicana, ya que, según él, todavía era incipiente y no podía competir con los logros obtenidos por la europea. A invitación de la Sociedad Científica Artística y Literaria “El Porvenir”, participó en su última velada literaria (1880) llevada a cabo en el salón del Gran Círculo de Obreros. En ella también estuvieron presentes Juan de Dios Peza, Joaquín Trejo y Juan Ramírez de Arellano. El objetivo de esta asociación era estudiar la ciencia, la literatura, las artes liberales, la historia y la geografía del país, y funcionó desde 1871 a 1880.

Varios años después, Frías fue admitido socio de número del Liceo Hidalgo, el cual había iniciado su tercera etapa el 13 de septiembre de 1884. La asociación sesionaba en los salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. La nueva mesa directiva se integraba por Ireneo Paz, en calidad de presidente; Juan de Dios Arias, como vicepresidente; Manuel A. Romo, primer secretario, y Ramón Manterola, segundo secretario. El día de la inauguración, Altamirano e Hilarión Gabilondo presentaron el primer número de la revista *El Liceo Hidalgo*, órgano difusor del Liceo.¹³ Esta publicación salió a la luz entre el 16 de septiembre y el 22 de octubre de 1884. En la nueva etapa de la asociación se establecieron una serie de reglas: los socios se obligaban a firmar con su nombre y con el título de “miembro del Liceo Hidalgo”, debían asistir a diez sesiones ordinarias y presentar una traducción o un trabajo en ese período. Había tres clases de socios: de número, honorarios y corresponsales. Los primeros y los últimos debían ser postulados por tres socios y presentar un trabajo original sobre un asunto literario, requisito que se podía obviar si el socio ya había presentado trabajos importantes a juicio de los otros miembros.

Las reuniones del Liceo duraron hasta 1893. El médico adoptó el seudónimo de “El portero del Liceo Hidalgo”, que utilizó en sus artículos de crítica literaria publicados en *El Siglo XIX* durante 1895 y 1896. Además, en 1895 realizó un viaje a su ciudad natal, ocasión

remontara hasta Brama, en vez de evocar la “época de luchas en la que vivió Prieto”. Sin embargo, el crítico no considera que la pretensión del autor era ensalzar al poeta y no retratar la época que le tocó vivir.

¹³ *La Patria*, 25 de octubre de 1878; Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 142-143, 144-145; Henestrosa, “Perfil” en Frías, *Lavandera*, 1993, p. 11; Trueba, *Teatro*, 1954, p. 298; Frías, *Álbum*, 1984, p. 37.

que aprovecharon los redactores del rotativo *La Pluma* para organizar una velada en honor del “pobre portero del Liceo”. Los redactores pertenecían a la Academia de la Pluma, asociación literaria integrada por trece miembros. El más destacado era Juan B. Delgado, quien recitó su poema “Stella matutina” durante la reunión. También, Uriel y Federico Samaniego, el poeta modernista Manuel Peña, Luis Arteaga y el poeta satírico José María Carrillo leyeron sus trabajos. Años más tarde, el Liceo Altamirano también homenajearía a Hilarión e incluso lo nombró huésped de honor de la sesión llevada a cabo el 17 de julio de 1904.¹⁴

Poesía

A los 19 años Frías publicó sus primeros poemas en *El Siglo XIX* llamados “El ave en el árbol” y “La entrada de Esmeralda, poesía dedicada a la señora Monplaisir”.¹⁵ Lo interesante de estas producciones es que las utilizó como una forma de reflexión acerca de la poesía y sus motivaciones. Aunque es probable que haya escrito más, no existen registros de ellas. Con motivo de la llegada del poeta español José Zorrilla,¹⁶ el queretano editó en el mismo rotativo “El primer rayo de luz: el poeta del siglo D. José Zorrilla” (20 de enero de 1855), composición en donde lo mostraba como el inspirador de su carrera literaria.¹⁷ Un año después, *El Monitor Republicano* le abrió sus puertas para editar los poemas “A Jesús muerto” y “La estrella del calvario”, en los cuales demostraba una firme creencia religiosa; se advertía en sus palabras un gran dolor que acongojaba su alma. Su devoción por la virgen María lo llevó a considerarla la “estrella del consuelo” y la “imagen de placer y de bonanza”.

¹⁴ Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 175-176, 224; *La Patria*, 19 de julio de 1904.

¹⁵ *El Siglo XIX*, 6 y 7 de marzo de 1850; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Según Ángel Pola, Hilarión compuso sus primeros versos a la edad de 12 años, mas éstos resultaron “malos” debido a que “eran una secreción de actos reflejos”, lo que llevó a éste a afirmar más tarde que “la poesía no es más que una cosa fisiológica”, postura que denotaba su naturalismo.

¹⁶ José Zorrilla nació en Valladolid en 1817. Radicó en Madrid (1836) para consagrarse a las letras. En 1855 visitó por primera vez a México. Diez años después Maximiliano lo nombró poeta de Cámara y director del Teatro Nacional, mismo que no se llegó a inaugurar. Murió en Madrid en 1893. Escribió, entre otras obras *Don Juan Tenorio*, *Drama del alma* y *La flor de los recuerdos*.

¹⁷ *El Siglo XIX*, 20 de enero de 1855 y 13 de octubre de 1894; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Frías recordaba en 1894 que Zorrilla se fue a vivir a una finca en San Ángel, lugar al que se trasladó por un supuesto “desastre político”, y lo acompañaba todas las mañanas a hacer recorridos por los alrededores. Esta situación generó que entre ellos creciera una amistad por lo que, según el médico, el español le hizo “confidencias desgarradoras”. Pola afirma que Hilarión no sólo tuvo una estrecha amistad con Zorrilla, sino también con el crítico Villegas.

Estas primeras creaciones literarias reflejaban a un hombre lleno de fe y esperanza en el futuro; más tarde modificaría su posición frente a la vida. Criticó el uso que el hombre daba a la idea de la muerte, pues ésta había sido fuente de inspiración de la poesía, la literatura y las bellas artes, resultaba imposible escribir tragedias y dramas con seres inmortales. Aunque se consideraba a la muerte como un ente, lo cierto era que sólo constituía un acto reflejo y una modificación de la materia; no existía, era una invención de la “estupidez humana” que divinizaba lo incomprensible e inventaba una palabra para designar lo inalcanzable. En la idea de la muerte, la humanidad había formado su sociedad, su gobierno y sus religiones.¹⁸

Además, Hilarión criticaba el concepto del hombre como el “rey de la creación” y que se le divinizara, sin que los poetas se dieran cuenta de que era un “ruin átomo perdido en la inmensidad”, “el tipo más perfecto de la abyección” y un “pobre animal” que alentaba pasiones de inmortalidad. En un tono pesimista, advertía que éste trataba de planificar su futuro, mas la realidad lo hacía percatarse de lo infructuoso de sus empeños; tenía el “alma corrompida por el desengaño” y en su corazón predominaba “la negación absoluta y glacial”, fruto del escudriñamiento de los problemas de la inteligencia. Sus afirmaciones denotaban el rechazo al romanticismo y su deseo de darle un enfoque racional a la vida. Este desencanto se plasmaría en un poema, sin título, publicado en *El Centinela Queretano* (1863), periódico que editaba su hermano Luciano. En dicho poema mostraba que el dolor y la desesperanza eran las palancas que movían al mundo, por esta razón afirmaba que “ahora que la vida ya comprendo/no se puede pasar sino llorando”. Cuando la desesperación colmaba el corazón de los hombres, no se podía albergar ninguna creencia, dicha, placer, sueño o amor.¹⁹

La desesperanza era una de las características de las creaciones poéticas del queretano. Así se podía observar en “Los Huérfanos”, poema que declamó el 16 de febrero de 1871 durante la velada realizada en el Teatro Nacional en beneficio del Orfanato. Frías se condolía de la niñez desvalida y los huérfanos “perdidos en las impuras olas de la vida”. El poema planteaba el dolor de un niño al perder una madre que “debía ser eterna” y la incertidumbre que le quedaba ante el futuro, pues sólo le esperaba el “degradante estigma”

¹⁸ Frías, *Álbum*, 1984, pp. 45-46, 50; *El Monitor Republicano*, 21 de marzo de 1856; Peza, *Poetas*, 1965, p. 59; Mercado, “Hilarión”, 2007, p. 23; Henestrosa, “Prólogo” en *Álbum*, 1954, p. 3.

¹⁹ *El Centinela Queretano*, 19 de julio de 1863.

de la miseria. En vista de que la misma sociedad los despreciaba, no había duda de que el destino de muchos niños sería terminar como “carne de cañón” o del “verdugo”, y el de las niñas, ver desgarrado su pudor. En los versos se elogiaba la caridad que, como “celestial matrona”, se inclina sobre los niños y les tiende una mano compasiva para llevarlos a las “puertas del paraíso perdido”. El autor estaba convencido de que la caridad ayudaría a acabar con “los parias”, ya que la ciencia y las plegarias los cambiarían.²⁰

Puesto que había sido alumno de Rafael Lucio, el queretano participó en la velada fúnebre realizada el 2 de septiembre de 1886 en su honor. A nombre del Liceo Hidalgo, Frías recitó una poesía laudatoria en la que mostraba a Lucio como una “luminosa tea”, una “eterna irradiación del cielo” que lanzó su luz para que brillara pura “en el planeta eterno de la historia”. Del mismo modo, lo consideraba un “genio” que pasó por el mundo y dejó una “brillante huella” en la “memoria del saber”.²¹

Es posible advertir que el tema religioso fue recurrente en sus poemas; así se observa en “Carta de la virgen de Guadalupe a Juan Diego” (1887). Este poema tenía un curioso origen: era la respuesta a “Carta de Juan Diego a la virgen de Guadalupe”, de Guillermo Prieto. Ambos criticaban la posibilidad de que la virgen fuera coronada, ya que, de acuerdo con ellos, no se le podía quitar su “carácter republicano” para ceñirle una “diadema profana” e imperial. En un claro lance político, Hilarión mencionaba que las monarquías debían permanecer del otro lado del mar, pues los que las quisieran volver a implantar terminarían en Padilla o en el Cerro de las Campanas, esto es, en los lugares en donde murieron los emperadores Agustín de Iturbide y Maximiliano.

Aunque la producción poética del queretano no fue muy amplia, sus obras merecieron el elogio de Juan de Dios Peza, quien consideraba que era un “poeta inspirado” y un “escritor elegante”. Por su parte, *El Centinela Español* afirmó que sus arranques líricos “alguna vez (fueron) felicísimos”. Es probable que Frías haya sido el autor de un poema titulado “Amoroso (imitación de Coppé)” publicado en el periódico queretano *La Pluma* y firmado con el pseudónimo de *Fra-Diávolo*. Este poema se componía de dos cuartetos y dos tercetos que hablaban de los amores pasados y la necesidad de reanimarlos. Asimismo, escribió obras de teatro; se tiene conocimiento de que su drama *Una flor y un relámpago*

²⁰ *El Siglo XIX*, 19 de febrero de 1871.

²¹ *Gaceta Médica*, 15 de septiembre de 1886.

tuvo una gran aceptación, aunque no quedaron testimonios que mostraran cuál era su contenido ni en qué lugar se representó. También fue autor de otros dos dramas: “Una gota de sangre” y “Hallar lo que no se busca”, y de una zarzuela que se presentó en Querétaro y fue musicalizada por Jesús M. Guevara.²²

Traducción

Una de las facetas desconocidas de Hilarión es su labor como traductor de textos de autores franceses o que fueron traducidos a esa lengua. Es difícil determinar qué fue lo que lo impulsó a este ámbito, sobre todo si se tiene en cuenta que durante su etapa estudiantil no se destacó por el dominio del idioma francés. La novela *La Sultana de las Flores*, de Marc Fourier, se convirtió en su primera traducción y se publicó en *La Orquesta* (1862). Cabe destacar que, en la última entrega de esta obra (15 de octubre de 1862), Frías incluyó una nota aclaratoria en la que menciona que no tradujo literalmente la novela, sino que la había “mutilado” y despojado de las “eternas digresiones” de las que adolecía, ya que los lectores mexicanos no apreciaban “los largos períodos retóricos por brillantes que sean” (*sic*), más bien buscaban la “acción dramática y sostenida”. Por esta razón, decidió eliminar “trozos enteros del original” e imprimirle un sello propio a la narración, además, pedía que los lectores y el autor lo disculparan por las pérdidas que se hubieran generado.²³

Sin duda cada lengua es expresión de una experiencia diferente, por lo que no se encuentran palabras de uso común que se refieran a la misma realidad. Los traductores deben contemplar que los textos ajenos se encuentran completos y listos para ser leídos, motivo por el cual es necesario que asuman la tarea de crear un texto que permita a los nuevos lectores hacer el mismo uso que el texto original proporcionó a los primeros. En cierta forma, el traductor se convierte en autor porque la traducción implica un proceso de codificación y decodificación en el que se conjugan sus conocimientos, su familiaridad con ambas lenguas y una intuición creativa que lleva a un nuevo procesamiento de las palabras.

²² Frías, “Carta” en *Coronación*, 1895, pp. 9-14; *La Sombra de Arteaga*, 29 de noviembre de 1877 y 4 de noviembre de 1880; *La Pluma*, 24 de febrero de 1895; Monterde, *Bibliografía*, 1933, p. 143.

²³ *La Orquesta*, 22 de septiembre de 1862. Esta nota reflejaba una situación propia de los traductores: la imposibilidad de realizar una traducción total que reproduzca el sentido del texto original, puesto que el paso de una lengua a otra se encuentra lleno de obstáculos; esto no significa la imposibilidad de lograr un buen trabajo. Aunque la traducción literal es respetable, se debe privilegiar aquéllas que vuelven comprensible el texto sin traicionar la intención comunicativa del autor. En este sentido, la traducción se presenta como un componente básico en la difusión de la cultura, y los traductores se convierten en elementos imprescindibles de la comunicación humana.

Ese procesamiento no busca rebasar al autor y a los lectores originales, sino que pretende volver más accesible el texto a los nuevos lectores. Los únicos que pueden transgredir la regla son los traductores literarios, pues tienden a darle una forma distinta al original y le imprimen otro sentido a las palabras. Ninguna traducción puede aspirar a la literalidad, ya que ésta es aproximativa y sufre de pérdidas.²⁴

En 1870 Frías repetiría la experiencia al traducir *Elevación y caída del emperador Maximiliano* de Emilé de Kèratry. Tres años después, retomó esta faceta en *La Enseñanza*, en el cual aparecieron cuatro traducciones suyas: la de *La Tierra y los mares* de Luis Figuiet, la *Historia de un acuario y de sus habitantes* de Ernesto Van Bruyssel, el *Viaje al fondo del mar* de J. de la Blanchère y *Aventuras de un joven naturalista* de Lucien Biart. Las dos primeras se caracterizaban por ser escritos científicos, mientras que las últimas tenían rasgos literarios y naturalistas.

Estas obras se publicaban por entregas; no seguían una secuencia cronológica estricta, sino que aparecían con distinta periodicidad, puesto que el queretano realizaba las traducciones de manera simultánea. En un artículo aparecido en *El Diario del Hogar* publicado en 1882, Hilarión se quejaba del tipo de traducciones que se realizaban, pues consideraba que habían desaparecido los buenos traductores y sólo quedaban los que tenían “audacia” y un “buen diccionario”. Ellos no sólo desconocían el idioma original, sino que tenían problemas con el propio, por lo que mutilaban los pensamientos, desagarraban las frases, no respetaban los verbos, suprimían párrafos o los adulteraban.²⁵ A pesar de que no menciona quiénes así lo hacían y en qué obras se podía comprobar, no cabe la menor duda de que su experiencia como traductor le permitía emitir un juicio contra aquellos que no respetaban las reglas.

El costumbrismo

Una de las pretensiones de los escritores de las primeras décadas del México independiente era crear una literatura original, que se apartara de los modelos extranjeros y fuera acorde a la realidad nacional. El romanticismo predominó en las producciones literarias de la primera mitad del siglo XIX, sin embargo, no se adueñó de todo el campo de las letras; un

²⁴ Frost, “Introducción”, “Condiciones” y “Filósofos”, Beuchot, “Acerca” y Ramírez, “Camino” en Frost, *Arte*, 2000, pp. 12, 15-17, 21, 25, 28, 35, 45, 52-53, 56, 64; Levine, *Escriba*, 1998, pp. 26-27, 30.

²⁵ *El Diario del Hogar*, 7 de julio de 1882.

grupo de literatos continuaron con la tradición castiza y clásica. Esta corriente se fundaba en la unidad de contrarios: pensamiento y acción; palabra y cosa; racional e irracional. En el romanticismo se plasmaba la lucha íntima del individuo consigo mismo y contra las desdichas externas. Los románticos creían en el poder de la razón sobre los sentidos, por lo que pugnaban por la radicalización de la vivencia sensorial como una forma de integrarla al mundo de la razón. No sólo buscaban la exaltación de los sentimientos, sino también de la naturaleza, del espiritualismo filosófico, de la fantasía, del individualismo y de la libertad.

Algunos románticos pugnaron por incluir el “color local” como una forma de lograr una narración fidedigna. La introducción de este elemento derivó en el movimiento denominado *costumbrismo*, que se caracterizaba no por observar la realidad en su conjunto, sino por retratar aquellos aspectos de la realidad que fueran típicos de un lugar y de una época determinada; en cierta forma, se buscaba mostrar lo pintoresco, lo popular y lo divertido. De esta manera, daba la oportunidad de rescatar la identidad, los valores culturales, el lenguaje y las tradiciones, lo que generó un nuevo modo de observar y aprehender a la sociedad. Así pues, el costumbrismo se convirtió en el mejor instrumento para retratar costumbres, tradiciones y tipos populares.²⁶

El campo del costumbrismo se limitaba a la descripción de la vida y del comportamiento popular, es decir, se trataba de resaltar lo cotidiano, a fin de reafirmar los valores culturales y las tradiciones de cada grupo. Reflejaba las necesidades de las naciones de expresar su individualidad y reafirmar su identidad. Los retratos costumbristas buscan ser minuciosos en la descripción, pero carecen de acción, pues se caracterizan por la inercia. En ellos, se intentan mostrar las situaciones anómalas de la sociedad, más que procurar el embelesamiento por las costumbres. La ansiedad moral consistía en mejorar las costumbres de los grupos sociales que fue un tema recurrente entre los costumbristas y los románticos, lo cual limitaba la libertad de la situación narrativa. El propósito que animaba a los primeros era utilizar la sátira para enumerar los vicios y defectos de la sociedad, con el objetivo de conquistar prosélitos que los ayudaran en la reforma moral y social del pueblo.

El escritor de cuadros de costumbres se convertía en el portavoz de una misión que trascendía a la misma escritura. El español Mariano José de Larra afirmaba que el escritor

²⁶ Pérez, *Costumbrismo*, 2005, pp. 17, 22, 24-25; Calderón, “Novela” en Clark, *República*, 2005, pp. 315-316; Brushwood, *Barbarie*, 1988, pp. 17, 20; Jiménez, *Letras*, 1989, pp. 97-98, 109-110, 114, 171; Barros, *Siglo*, 1976, p. 55.

satírico tenía el propósito de mostrar los males de la sociedad tal como eran; no se trataba de evidenciar el “lado hermoso” de la vida, sino sus aspectos más “terribles”. Los primeros artículos de esta índole producidos por escritores mexicanos se publicaron en *El Ensayo literario* y en *El Recreo de las familias* (1838). Este último se distinguía por su empeño en darle carácter nacional a sus publicaciones.²⁷ Pérez Salas manifiesta que el costumbrismo mexicano fue resultado de un proceso interno, la presencia de tipos y escenas de carácter popular cultivados visualmente desde el período virreinal; y uno externo, el movimiento romántico que favoreció el desarrollo del costumbrismo de corte romántico.

Por su parte, Emmanuel Carballo considera que cinco personajes sobresalieron en la escritura de artículos costumbristas: Guillermo Prieto (*Fidel*), José Tomás de Cuéllar (*Facundo*), Hilarión Frías y Soto (*Safir*), Francisco Zarco (*Fortún*) y Ángel de Campo (*Micrós*). Todos compartían el interés de mostrar los aspectos reformables de la sociedad, aunque los cuatro primeros lo hicieron desde el costumbrismo satírico cuyas intenciones eran críticas, didácticas y combativas. En cambio, el último trabajó desde el costumbrismo descriptivo, que no utilizaba la sátira, sino la ironía. El manejo de estrategias retóricas, como la sátira y la ironía, evidenciaba que los costumbristas mexicanos buscaban exagerar las fallas y con ello, lograr introducir con mayor ahínco sus ideas renovadoras.

Se ha concebido a Guillermo Prieto el gran iniciador de los cuadros y retratos costumbristas. Sus primeros artículos de costumbres se editaron en 1841 y versaban sobre personajes, lugares, usos y circunstancias de la vida cotidiana de la ciudad de México. Cuatro años después, el autor se quejaba de la ausencia de cuadros de costumbres mexicanas en las publicaciones periódicas, lo cual se explicaba, según él, por la situación de subordinación en que se encontraban los grupos.²⁸ Resultaba difícil representar cuadros de costumbres cuando se carecían de costumbres verdaderamente nacionales, lo que ocasionaba que el escritor no tuviera pueblo que describir. *Fidel* recordaba que Rodríguez Galván había introducido en sus escritos a los personajes del pueblo mexicano, mas su esfuerzo tuvo por respuesta las burlas y críticas de los demás literatos. Este hecho no debía

²⁷ Fe, *Romanticismo*, pp. 4, 8-9; Díaz, *Realismo*, pp. 4-5, 44, 148; Vela, *Fundamentos*, 1953, p. 66; Beltrán, “Presentación” en *Mexicanos*, 1993, p. 9.

²⁸ Pérez, *Costumbrismo*, 2005, p. 13; Carballo, *Reflexiones*, 1999, pp. 14-16; *Idem*, *Historia*, 1991, pp. 130, 133. Carballo asevera que a Manuel Payno también se le debe considerar costumbrista, aunque su producción no perseguía un fin didáctico. En el mismo caso se encuentra Antonio García Cubas.

desanimar a los escritores de costumbres, pues ellos tenían la misión de resguardar las características de una época para beneficio de las generaciones futuras.

Los costumbristas querían que el género no cayera en degeneración, por lo tanto, debían cuidar sus habilidades literarias y guardarse de la influencia de la literatura europea que convertía a los escritores en simples imitadores. Prieto trató de reproducir el habla popular en sus libros: *Musa Callejera* y *Viajes de Orden Suprema* (el último libro escrito en Querétaro debido al destierro ordenado por Santa Anna) *Fidel* rompió con los cánones literarios porque se dedicó a describir los tipos regionales: el conchero, el rancharo del bajío, el carbonero, el vaquero, el terracalentino y la melcochera, así como se dio a la tarea de recopilar los diferentes pregones locales. El autor dedicó la mayor parte de su atención a los tipos citadinos y sólo retrató una vez lo indígena. Prieto se destacó por ser un gran observador de las costumbres, y por ser un hombre frontal cuyo objetivo era que sus artículos dejaran una enseñanza moral.²⁹

Al igual que *Fidel*, Francisco Zarco procuró que sus lectores obtuvieran una educación moral de sus cuadros de costumbres, la cual se obtenía a través de la mofa de sus propias acciones, es decir, *Fortún* concebía a la risa como un excelente instrumento de instrucción. En 1868 a raíz de la publicación de los artículos costumbristas de Hilarión Frías, que será objeto de estudio del siguiente apartado, Ignacio Manuel Altamirano divulgó una reseña en la que propugnaba por fortalecer la literatura nacional, razón por la cual se necesitaba introducir los temas, ambientes y personajes mexicanos. Los escritores mexicanos habían descuidado la publicación de cuadros de costumbres; esta falta no se justificaba cuando se contaba con literatos de la talla de Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, José Tomás de Cuéllar, Francisco Zarco, Manuel Peredo y el mismo Frías. Ellos podrían asumir la tarea de formar una serie de estudios que emularan los escritos por los “brillantes ingenios” de Francia, Inglaterra y España.

Altamirano estaba convencido de que los artículos nacionales no serían inferiores a los producidos por los europeos. La tarea era urgente. En los últimos años se presentaron cambios en México que generaron modificaciones en las costumbres e ideas. El escritor veía en José Joaquín Fernández de Lizardi un ejemplo a seguir. Si bien su estilo no era el

²⁹ Carballo, *Reflexiones*, 1999, p. 42; *Idem*, *Historia*, 1991, p. 131; Díaz, *Realismo*, p. 7; Monterde, “Prólogo” en Prieto, *Musa*, 1940, p. xv; Pérez, *Costumbrismo*, 2005, p. 202.

más correcto y pulcro, tuvo la gran virtud de poner el lenguaje llano del pueblo en boca de sus personajes, lo cual favoreció a la literatura nacional, ya que retrató fielmente las escenas de la vida mexicana.³⁰ En este mismo tono se expresaba José María Vigil, quien decía que era criticable que la literatura mexicana no incluyera “el lenguaje de nuestro pueblo”, pues existía “cierta timidez para traspasar los límites de la tradición” y los poetas no se atrevían a “trazar cuadros de la vida que los rodea”.

Un año después de las críticas de Altamirano y Vigil, José Tomás de Cuéllar (*Facundo*) publicó una serie de novelas en el periódico *La Linterna Mágica*, las cuales tenían la peculiaridad de ser cuadros de costumbres que buscaban describir la época de Benito Juárez, con una gran carga emocional, tendencia moralizante y marcada inclinación por las clases medias. El autor mostraba “malicia” y un “espíritu juguetón”, lo que generaba que las novelas cobraran una singular amenidad. Al igual que Prieto, Cuéllar era un gran observador pero poseía un carácter crítico más poderoso, faceta que le permitió retratar a la sociedad capitalina en toda su desnudez; se centró principalmente en las clases medias y bajas. Juan de Dios Peza opinaba que las novelas de este autor reproducían de manera exacta los tipos populares de la ciudad de México. Sin embargo, es importante mencionar que los tipos que *Facundo* pintaba no eran completos, a causa de su influencia realista, un movimiento que sólo mostraba una parte del fenómeno social.

Los realistas recreaban entidades humanas carentes de valores psicológicos. El carácter fragmentario de los tipos ocasionaba que sus facultades físicas y psíquicas fueran difusas. Pese a todo, los retratos costumbristas de Cuéllar se han considerado “exquisitos” y “menos tormentosos”; por este motivo, se ha catalogado a *Facundo* como el más consumado cultivador del costumbrismo satírico. A diferencia de él, Ángel de Campo no se detenía en lo superficial y pintoresco, sino que quería darles profundidad a sus personajes, es decir, trataba de retratarlos desde adentro. El conocimiento psicológico del hombre ocupa un espacio primordial en su narración. *Micrós* traza sus personajes con rasgos esenciales, determinantes de su propia vitalidad, no los idealiza ni los deforma, sino que los inviste de su propia naturalidad.

³⁰ Altamirano, *Literatura*, 1949, p. 79; Luna, “Escritura” en *Tradición*, 2004, p. 78; Schneider, *Ruptura*, 1975, p. 101; Ríos, “Calendarios” en *Revistas*, 1963, pp. 23-26, 28; Carballo, *Historia*, 1991, pp. 132-133.

La pluma de Campo logró desnudar el alma de los desheredados. Del dolor y de la alegría consiguió deducir lo límpido de la sustancia humana, incluso en ambientes contrarios a la naturaleza afectiva. En sus narraciones predomina el rasgo justo, el verismo y el carácter. La obra mencionada es capaz de lograr que sus diálogos “coloridos” y “sabrosos”, sus descripciones y sus retratos reproduzcan el ambiente del que provienen. Pese a que se ha criticado al costumbrismo por introducir innumerables detalles en sus descripciones, una de sus grandes virtudes es el rescate del habla popular, aspecto que produce una lectura sencilla y directa. La atención prestada a las clases bajas propició que este movimiento se identificara con los pobres.³¹ En la siguiente parte se abordará la producción del último de los costumbristas identificado por Carballo: Hilarión Frías y Soto.

Retratos costumbristas

Algunos estudiosos de la época consideran que Hilarión constituía el punto de transición entre Guillermo Prieto y José Tomás de Cuéllar; tal afirmación debe ser matizada porque cada uno de estos escritores tiene su espacio particular y no se suceden uno del otro. Al igual que los otros autores, el médico era un ironista y un crítico implacable de la sociedad. En dos ocasiones se enfocó en la descripción de costumbres, lo cual le parecía imprescindible, pues creía que en los cuadros de costumbres se podía encontrar el verdadero carácter nacional. En 1883 rindió homenaje a estos dos hombres dedicados a la pintura de costumbres. A Prieto lo reconocía como el gran “trovador” de las tradiciones patrias, de las “leyendas del suelo”, de los “combates de la raza” y de las “costumbres del pueblo”. El poeta supo reproducir el dialecto, los trajes, los vicios, los hábitos, las creencias y las pasiones de los hombres del pueblo. Mientras que los escritos de Cuéllar semejaban una cámara fotográfica, ya que sus cuadros resultaban de una “verdad sorprendente”. Según el queretano, el principal defecto de los trabajos de éste era su excesiva atención a las clases medias.

El autor no había reparado en que el “pueblo bajo” era el que imprimía “carácter” a la nación y le proporcionaba su propia fisonomía. Los primeros escritos costumbristas de Frías formaban parte de la obra colectiva intitulada *Los mexicanos pintados por sí mismos*.

³¹ Jiménez, *Letras*, 1989, p. 114; Salazar, *Tres*, 1947, pp. 63, 78; Vela, *Fundamentos*, 1953, pp. 82-83; Brushwood, *Barbarie*, 1988, pp. 16, 22, 25; *Idem*, “Romantic”, 1950, pp. 139-140, 150; Sefchovich, *México*, 1987, pp. 26, 33; González, *Novelas*, 1987, p. 102; Peza, *Poetas*, 1965, p. 32.

Tipos y costumbres nacionales. Ésta se conformaba de una serie de artículos que retratan los personajes típicos de la sociedad mexicana decimonónica. Los trabajos se publicaron entre septiembre y diciembre de 1854.³² La recreación de los tipos populares de México, se asemejaba a lo que se había hecho en Inglaterra con *Heads of the people or portraits of the English* (editada entre 1838 y 1841), en Francia con *Les français peints par eux mêmes* (publicada entre 1839 y 1842), y en España con *Los españoles pintados por sí mismos*, obra de José María Rivera (1822-1887) quien era el propietario de la antigua Imprenta de M. Murguía misma que publicó la edición mexicana.

Rivera era un personaje interesante, queretano de origen, radicaba en la ciudad de México desde 1835 debido a la muerte de sus padres, lugar al que llegó con el deliberado propósito de lanzarse a la bohemia literaria. Fue preceptor de los hijos de Manuel M. Baranda, ministro de Comonfort. En 1848 se desempeñó como ministro suplente de la Suprema Corte de Justicia. En su cargo de propietario de la antigua Imprenta de Murguía, editó varios periódicos: *El pájaro verde*, *El sol* y *Pata de Cabra*. Este último mostró gran oposición al gobierno, al grado que Miguel Lerdo de Tejada sugirió comprar el rotativo, oferta que declinó. Después del golpe de estado de Comonfort, fue perseguido, por lo que regresó a Querétaro donde radicó desde 1858 hasta dos meses antes de su muerte. En esa ciudad creó varios periódicos: *El neceser de las señoritas*, *La palabra*, *El pensamiento*, *El micrófono* y *La exposición de Querétaro*. Sus aficiones literarias (dramaturgia y poesía), lo llevaron a afiliarse al Liceo Hidalgo. En 1877 fue nombrado regidor del Ayuntamiento, y un año más tarde, diputado, cargo que desempeñó durante varios periodos. Cuatro veces ocupó el puesto de gobernador interino del estado. En 1867 fue miembro del Tribunal Especial para juzgar a los Ministros de la Suprema Corte de Justicia. Inició “la Primera Exposición Queretana, que tenía el objetivo, según sus promotores, de que se mostrara a la Nación la gran riqueza agrícola, ganadera e industrial que poseía el estado” y fue autor de una reforma constitucional en donde se exigía que el encargado del Poder Ejecutivo fuera natural del estado.³³

³² Frías, “Guillermo” en Prieto, *Musa*, 1883, pp. xxv-xxvi.

³³ Herrera, “Prólogo” en *Mexicanos*, 1986, pp. 3, 5-6; *Mexicanos*, 1989, p. xv; Díaz, *Historia*, 1968, p. 20; Pérez, *Costumbrismo*, 2005, pp. 24, 62, 71-73, 97; Beltrán, “Presentación” en *Mexicanos*, 1993, p. 11; Jiménez, *Sistema*, 2005, p. 539. Pérez Salas menciona que la colección inglesa fue traducida al francés con el título *Les angles peints par aux-memes*, denominación que se haría extensiva a las siguientes colecciones que aparecieron en el mundo. Sin embargo, la colección española sería la que ejercería gran influencia en los

No se sabe con certeza cuándo surgió la idea de crear una colección de tipos; probablemente se originó durante los primeros meses de 1854, pues Rivera concluyó su primer artículo, “La Chiera”, el 26 de agosto. La propuesta del queretano de presentar a los personajes más característicos de la sociedad pretendía mostrar los principales rasgos que identificaban a los mexicanos. Por ello, se buscaba pintar a los tipos populares con “sus colores naturales”, es decir, se debía describir su vestido, su carácter, el tipo de trabajo que desempeñaban, su lenguaje, reproducir el ambiente en el que se insertaban, sus tradiciones y sus costumbres. El esfuerzo estaba encaminado a la formación de una literatura nacional, razón por la que la colección de tipos populares que se editaría en México debía tener sus propias peculiaridades.

El trabajo de Rivera rindió frutos; se ha considerado que *Los mexicanos pintados por sí mismos* constituyó uno de los mejores ejemplos americanos de colecciones de tipos populares y uno de los exponentes más destacados del costumbrismo romántico mexicano, en su colección de tipos. El carácter descriptivo de esta tendencia resultó ideal para referir los personajes, tradiciones, fiestas y paisajes del país. Esta colección fue limitada si se le compara con las producciones inglesa, francesa y española. La primera incluyó 101 personajes, la segunda estuvo conformada de nueve volúmenes y la tercera de noventa y nueve tipos populares. María Esther Pérez menciona que las colecciones europeas contribuyeron a consolidar el costumbrismo como un movimiento colectivo, puesto que la obra no representaba la visión de un autor, sino que era un trabajo colectivo que buscaba retratar a los personajes más representativos y plasmar su imagen para la posteridad. Estos “catálogos” europeos se caracterizaban por la participación de un gran número de autores que reunían a los más conocidos con los que no lo eran; cada tipo se acompañaba de estampas y viñetas intercaladas en el texto.

La relación establecida entre texto y grabado denotaba el carácter descriptivo que predominaba en el costumbrismo. Estas características estarían presentes en la colección mexicana, la cual buscó adecuarlas a las condiciones propias del país. La autora anteriormente citada afirma que la tardía aparición de una obra sobre los tipos populares mexicanos se explicaba por tres factores: la paralización de la actividad editorial como

países hispanoamericanos. Por su parte, Rosa Beltrán piensa que los autores mexicanos reprodujeron las características y el estilo del texto francés, lo que hablaba de su identificación con el ideal político de los galos.

producto de la invasión norteamericana, la inestable situación del país que volvía arriesgada la empresa, y la necesidad de elegir a los personajes de acuerdo con ciertos criterios políticos. Para publicar una colección de tipos mexicanos, se tuvo que pasar por un proceso de asimilación, aceptación y depuración, debido a que se buscaba proporcionar una visión de conjunto en el que el texto, la imagen y el personaje formaran una unidad representativa de lo mexicano. El deseo de representar el espíritu colectivo nacional mediante personajes típicos fue resultado de tres circunstancias: el romanticismo y su exaltación del nacionalismo, el anhelo de responder a los libros de viajeros y el éxito de las publicaciones ilustradas en el siglo XIX. Es importante mencionar que *Los mexicanos* no es la primera colección de tipos en el país, ya que en 1843 se editó *Los niños pintados por ellos mismos* que reproducía la edición francesa de 1841, y en 1852 se publicó *Las niñas pintadas por ellas mismas*.

Con la finalidad de llevar a cabo su empresa, José María Rivera reunió a un grupo de escritores que lo ayudaran a delinear los tipos populares del país, tal como se había hecho en las colecciones europeas, aunque él asumió la tarea de escribir la mayor parte de los retratos. El que los autores nacionales manejaran el tema determinó la elección de los tipos representados, pues centraron su atención en lo popular, categoría que, entre los siglos XVIII y XIX, designaba a las clases bajas. Pese a que las élites culturales ya conocían las colecciones europeas, los autores trabajaban la temática con cierto temor, debido a que los tipos populares no se consideraban materia literaria. Así sucedió en el caso de *Albures de amores*, del español Cobo, que recibió numerosas críticas por presentar varios tipos populares.³⁴

Rivera no sólo se convirtió en el principal promotor, sino también en el más prolífico de los escritores que participaron en la obra. De los treinta y cinco tipos que la conforman, dieciséis salieron de su pluma: “El músico de cuerda”, “el Vendutero”, “El arriero”, “El cajista”, “El rancharo”, “El maestro de escuela”, “El mercero”, “La chiera”, “El pulquero”, “El barbero”, “El cómico de legua”, “El Sereno”, “La china”, “La partera”, “El cajero” y “El escribiente”. Es probable que Frías haya sido el primer escritor que conoció el proyecto de Rivera, pues ambos se conocieron en *El Sol*, pertenecían al Liceo

³⁴ Pérez, *Costumbrismo*, 2005, pp. 13, 19-21, 23, 25, 48, 54, 63, 72, 84, 100, 200, 266, 271, 277-278; Henestrosa, “Perfil” en Frías, *Lavandera*, p. 9; Herrera, “Prólogo” en *Mexicanos*, 1986, pp. 2-3, J. T. “Presentación” en Frías, *Vulcano*, 1984, p. 8.

Hidalgo y eran afines por provenir de la misma ciudad. Los dos literatos tuvieron una estrecha colaboración entre agosto y diciembre de 1854. Frías se encargó de escribir el primer artículo, “El Aguador”, publicado el 27 de septiembre de 1854. La inclusión de este primer tipo se explica por el hecho de que éste era el primer personaje que se representaba en *El Museo Mexicano* y por considerarse uno de los más típicos de la ciudad.

En diciembre se unió el joven escritor poblano Juan de Dios Arias,³⁵ a quien Rivera conocía por su participación en *La Pata de Cabra*, periódico que se tiraba en su imprenta. La incorporación de Arias seguramente se propició a causa de que Hilarión decidió no continuar con la redacción de los textos, debido, entre otras cosas, a que no había concluido sus estudios y sufría una enfermedad, la cual, como se vio en el capítulo anterior, lo obligó a abandonar su puesto en el Ejército ese año. A fin de cumplir con los suscriptores (la colección se editó por entregas) Rivera pidió que Arias redactara cinco artículos: “El evangelista”, “El ministro”, “El tocinero”, “El cargador” y “El ministro ejecutor”. En enero se integraron al proyecto Ignacio Ramírez³⁶ y Pantaleón Tovar.³⁷ Rivera conocía a Ramírez porque *Don Simplicio*, periódico del segundo, se editaba en su imprenta; Tovar era un joven

³⁵ *Mexicanos*, 1989, p. XIII; Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 167, 169. Juan de Dios Arias nació en Puebla en 1828. Escribió artículos periodísticos para *El Centinela*, *La Pata de Cabra*, *La Orquesta* y *La Sombra*. Fue diputado en el Congreso Constituyente, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores y director del Diario Oficial durante el gobierno de Juárez. Combatió bajo las órdenes de Mariano Escobedo y por su comportamiento obtuvo el grado de coronel. Además, fue representante mexicano en Estados Unidos y Subsecretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Lerdo. Publicó *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del ejército del norte durante la intervención francesa* en 1867 y participó en el tomo IV de *México a través de los siglos*. Se convirtió en socio honorario de la Sociedad Literaria “La Concordia” así como en miembro del Ateneo Mexicano de Ciencias y Artes (fundado en 1882) y vicepresidente del Liceo Hidalgo en 1884.

³⁶ Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 66, 76, 104, 106, 108, 120, 126, 136, 152, 185, 187; *Mexicanos*, 1989, pp. XIV-XV. Ignacio Ramírez nació en 1818 en San Miguel Allende. Estudió en Querétaro y se tituló como abogado en la Escuela de Jurisprudencia. Publicó *Don Simplicio* y *El clamor progresista*. Colaboró en *El Monitor Republicano* y *El Correo de México*. Fue diputado en el Congreso Constituyente y Ministro de Justicia y Fomento con Juárez, además de vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística entre los años de 1868 y 1876. También formó parte de la Academia de San Juan de Letrán. Asistió a las reuniones anuales del Colegio de San Gregorio en las que recitó algunos poemas. Asistió a las veladas literarias, e incluso organizó la del 14 de marzo de 1868. Colaboró en *Lecturas para el pueblo* editado por la Sociedad Artístico Industrial en 1870. Participó como socio activo durante la segunda etapa del Liceo Hidalgo (sería nombrado presidente en 1872), y socio honorario de la Sociedad Literaria la Concordia en 1872. En 1875 escribió el reglamento de la Sociedad Mutualista de Escritores. Además, fue miembro del Liceo Mexicano, científico y literario en 1885.

³⁷ *Mexicanos*, 1989, p. XVI; Perales, *Asociaciones*, 2000, p. 73. Pantaleón Tovar nació en la ciudad de México en 1828. Se le considera uno de los primeros cultivadores del romanticismo en México. Combatió contra los norteamericanos en 1847 y contra los franceses en 1862. Estuvo durante un tiempo, en un destierro voluntario, en Nueva Orleans, La Habana y Nueva York. Escribió en *El siglo XIX*, *El Cabrión*, *Las cosquillas*, *El constitucional* y *El Federalista*. Fue diputado. Publicó *Ironías de la vida* (1851) y *La honra de Dios* (1865), dos novelas de costumbres mexicanas. Murió en 1876.

dramaturgo con el que mantenía una relación por sus escritos costumbristas que redactaba para publicaciones que salían de la imprenta.

Así, el grupo de redactores de *Los mexicanos* se conformó por personajes que conocían a Rivera por medio de su imprenta. Éste y Ramírez se encargaron de escribir la mayor parte de los artículos publicados durante la primera mitad del año, aunque en términos reales la contribución del segundo fue menor, pues redactó cinco tipos: “La coqueta”, “El alacenero”, “El abogado”, “El jugador de ajedrez” y “La estanquillera”. Tovar únicamente editó “La recamarera”. A mediados de año, Niceto de Zamacois³⁸ fue invitado a participar en la obra. Su contribución se circunscribió a dos artículos: “La casera” y “El criado”. Por las razones antes esbozadas, Frías ya no tuvo una participación activa en la redacción y sólo escribió un par de artículos más. En total, escribió cinco: “El aguador”, “El cochero”, “La costurera”, “El poetastro” y “La lavandera”.³⁹ En este ejercicio literario, retrató a uno de los personajes característicos de la sociedad desde la época colonial (“el aguador”) y a dos tipos que provenían de las colecciones europeas (“la costurera y “el poetastro”).⁴⁰ Catorce años después (1868) Hilarión retomó la descripción de tipos populares en una serie de artículos que publicó en *La Orquesta* entre el 15 de febrero y el 9 de mayo.

En esa ocasión, el queretano editó veinte tipos: “La traviata”, “La corredora”, “La viuda”, “El poeta”, “La gran señora”, “La vieja”, “El mendigo”, “El billetero”, “La actriz”, “El estudiante”, “El empleado”, “El cura del pueblo”, “La monja”, “El pilluelo”, “La lavandera”, “La colegiala”, “El sacristán”, “El bandido”, “La polla” y “El peluquero”. En el

³⁸ *Mexicanos*, 1989, p. xvi; Perales, *Asociaciones*, 2000, pp. 93-94, 152, 156. Zamacois nació en Bilbao en 1820. Llegó muy joven a México. Regresó a España en 1858 y volvió a nuestro país durante el imperio. Fue redactor en jefe de *El Cronista* y *La Sociedad Mercantil*. Al triunfo de la República, retornó a España, lugar en el que redactó su *Historia de México* (1876-1882). Fue uno de los introductores del romanticismo en México. Escribió *Los ecos de mi lira* (1849), *El testamento del gallo pitagórico* (1855), *El jarabe* (1861), *El capitán Ross* (1864), *El mendigo de San Ángel* (1864) y *Un ángel desterrado del cielo* (1885). Formó parte de la Sociedad Literaria que en 1854 publicó la revista *La Verdad* y de La Sociedad Netzahualcóyotl (fundada el 3 de agosto de 1875).

³⁹ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Pola indica en la nota biográfica de Frías que éste fue el autor de “El cura”, “La lavandera” y “El estudiante de medicina”. El dato era erróneo; para esta colección sólo escribió “La Lavandera” y los otros pertenecían a su segunda colección de tipos, motivo por el cual también resulta falsa su aseveración respecto a que los tres escritos anteriores fueron recogidos por la policía, pues se consideraban sediciosos y habían alarmado al mismo San Anna. Cuando el jefe de policía Juan Lagarde salió a aprehender al autor de los textos, se dieron cuenta que era un joven escritor; por esta razón el ministro de gobernación, Ignacio Aguilar y Marocho, decidió retirar la orden de prisión.

⁴⁰ Pérez, *Costumbrismo*, 2005, p. 280; Herrera, “Prólogo” en *Mexicanos*, 1986, pp. 3-4. Herrera considera que los autores de *Los mexicanos* mostraban un estilo semejante, lo que volvía difícil distinguirlos entre sí. Los cuadros se caracterizaban por su gran erudición, su tendencia liberal y su deseo de mejorar a la sociedad.

caso de “La lavandera”, reprodujo el mismo que había publicado en *Los mexicanos*. Afirmó que continuaba con la descripción de tipos populares porque las sociedades cambiaban y el México descrito por los autores de *Los Mexicanos* no era el mismo, ya que las guerras civiles y la invasión habían contribuido a cambiar la fisonomía de la ciudad y de la raza.

Los artículos llamaron la atención de Ignacio Manuel Altamirano, quien se mostraba complacido por la labor de Frías. Además, mencionaba que la guerra contra la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano atrajo los ojos del mundo hacia México, pues se deseaba conocer al pueblo que no pudo ser “domado” y que, pese a sus “agitaciones” internas, no perdió el vigor ni la fe. A México se le conocía por sus “codiciadas riquezas”, mas se ignoraba su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios. Al igual que la mayoría de los que apelaban al romanticismo, Altamirano desdeñaba las descripciones de los “extranjeros ignorantes y apasionados” que propagaban “mentiras” en Europa bajo el ropaje de la leyenda y las impresiones de viaje. El escritor estaba convencido de que la literatura debía cumplir una misión patriótica porque podía convertirse en un arma de defensa que permitiera mostrar la historia, la riqueza y el talento encerrados en el país.

Hilarión, “joven escritor, lleno de talento y gracia”, había asumido esa tarea, lo cual no le extrañaba a Altamirano, pues aquél se conocía por su patriotismo, sus trabajos literarios, su independencia en cuestiones políticas y su fina ilustración. Sus cuadros de costumbres eran provocadores por la elegancia manifestada en el estilo, el “color de la pintura”, la gracia del pensamiento y la exactitud del dibujo. A pesar de sus pequeñas dimensiones, su “agradable” forma permitía que fueran leídos con rapidez y quedaran grabados en la memoria, debido a que no sólo inducían a pensar, sino que también ayudaban a la imaginación. El médico guiaba a sus lectores con solvencia. Altamirano reconocía que Frías no era un “pintor de detalles” (característica que se buscaba en los costumbristas) pero consideraba sus bosquejos de “maestros”. Con un rasgo de su “lápiz ingenioso y firme”, daba expresión a sus personajes y movimiento a sus facciones.

La caracterización constituía la principal cualidad de los retratos del queretano, la cual ocasionó que Altamirano comparara sus escritos con los dibujos del pintor francés Gavarni, quien ilustró la colección de tipos editada en ese país; los dos tenían la habilidad de crear “tipos admirables” con un solo toque de pincel. Desde la perspectiva del crítico, los

artículos de Hilarión presentaban dos problemas: ser demasiado breves y en algunos casos, contener una descripción mínima de los tipos. Su imaginación “brillante” se enfrentaba a un campo “vastísimo” para explorar; podía realizar esta tarea con creces debido a la sagacidad que mostraba en la observación.⁴¹ Sus artículos seguramente contribuyeron a que el gobierno y la sociedad fijaran su atención en las temáticas que trataba. No obstante, a causa de su laconismo se había desperdiciado una oportunidad propicia. Altamirano no se explicaba porqué un “elegante” escritor era tan sucinto en asuntos que merecían largas descripciones. Su capacidad de observación y su aptitud para los escritos morales se habían manifestado en *Los mexicanos*, y a ello se sumaba la ausencia de literatos que pudieran rivalizar con él.

Dos artículos ejemplificaban, según el crítico, la falta de profundidad de Hilarión: “el del bandido” y “el de la monja”. En el primer caso, el médico no mostró que el tipo representaba una plaga que afectaba el movimiento comercial y el crédito nacional, mientras que la monja era una víctima de la “antigua civilización” que había logrado salir de su “cárcel” gracias a la “mano de la civilización moderna”. Altamirano tenía la esperanza de que el médico continuara con su descripción de los tipos populares; esta tarea dejaría satisfecho a un pueblo que esperaba “más que bosquejos de su elegante y graciosa pluma”. También confiaba en que los “preciosos” artículos se publicarían en un volumen que “guardaría todo el mundo con superior estima”. Frías no cumplió estos deseos, pues no volvió a escribir ninguna descripción costumbrista y los artículos aguardarían hasta 1954 para ser reunidos y publicados en un texto, gracias a la iniciativa de Andrés Henestrosa, quien los incluyó como suplemento del segundo número de *Las Letras patrias*. Herrera considera que en la segunda colección de tipos del queretano se advierte un notable cambio, ya que, sin abandonar su peculiar humor, se mostraba más cáustico, crítico y escéptico.⁴²

Los tipos populares desde la perspectiva de Frías

Antes de exponer los tipos populares surgidos de la pluma de Hilarión, es necesario hacer una precisión respecto a lo que el costumbrismo entendía como escena de costumbres,

⁴¹ Altamirano, *Literatura*, 1949, pp. 15-16, 77; Pérez, *Costumbrismo*, 2005, p. 81.

⁴² Altamirano, *op. cit.*, pp. 78-79; *Las Letras Patrias*, abril-junio de 1954; Henestrosa, “Perfil” y “Recordación” en Frías, *Lavandera*, 1993, pp. 10, 37-39; Herrera, “Prólogo” en *Mexicanos*, 1986, pp. 5-6. Otra opinión favorable sobre la obra de Hilarión fue publicada por Pedro Santacilia en *Del movimiento literario en México*.

artículo de costumbres y tipos. Las escenas o cuadros de costumbres aparecían en novelas o formas afines; manejaban cierta autonomía, se integraban como capítulos de los libros, motivo por el cual eran más extensos. Los artículos de costumbres se caracterizaban por su brevedad, en prosa o en verso; tenían la finalidad de convertirse en una pintura filosófica, festiva o satírica de las costumbres populares; no mostraban una trama argumentativa, sino que se enfatizaba la descripción de tipos, costumbres, escenas, incidentes, lugares o instituciones contemporáneas. Debido a su brevedad y a su aparición en la prensa, trataban diversos temas con enfoques que iban de lo satírico a lo didáctico y de lo humorístico a lo descriptivo. Eran relatos sobre un personaje determinado que presentaba ciertas peculiaridades en su oficio, forma de vestir o papel que desempeñaba en la sociedad.

Se enfatizaban los rasgos de los personajes con el fin de identificarlos como miembros de un grupo, sin dejar que desaparecieran los trazos que los singularizaban. Lo propio de la tipicidad era lograr un equilibrio entre lo general y lo particular. Los costumbristas buscaban rescatar a los personajes pintorescos para convertirlos en los representantes de determinados sectores sociales. De acuerdo con María Esther Pérez, los tipos eran producto de una sociedad en donde la distribución de los papeles se volvía más compleja o la reestructuración de los mismos cobraba mayor importancia.⁴³ Frías describió veinticuatro tipos populares: trece del sexo masculino y once del femenino, con dimensiones variables. En palabras de Emmanuel Carballo, los textos costumbristas del médico eran distintos de los elaborados por sus contemporáneos porque utilizaban esquemas técnicos novedosos.

A pesar de que Frías y Cuéllar perseguían los mismos fines, tenían perspectivas diferentes: el primero trataba de comprender la psicología de los personajes con el fin de conseguir un retrato que mostrara los rasgos internos y externos de los retratados. Al igual que los otros costumbristas, el queretano corregía no para embellecer, sino para depurar el alma, mas recalca los defectos a fin de aleccionar. Carballo manifiesta que éste se diferenciaba de sus contemporáneos en cuatro aspectos: “el manejo de las luces y sombras”; lo escueto de sus retratos; la amenidad de sus narraciones, que mostraban mayor frescura y vivacidad con moralejas menos obvias, y la forma en la que pintaba los detalles

⁴³ Pérez, *op. cit.*, pp. 18, 39, 53, 291, 321.

de los retratados, pues en ellos se encontraban caracteres bien delineados y llenos de belleza gracias a la utilización acertada de un “mínimo de elementos esenciales”.⁴⁴

Una constante de las narraciones de Hilarión era la reproducción del modo de hablar; él asumió esta tarea, sobre todo en los artículos que editó para *Los mexicanos*. No extraña que sus personajes expresen frases como “le pareció tan peorcitos los cuartos”, “matrimoniar”, “desinquieta”, “busca vidas”, “arrastrar su vida”, “cuadran”, “tan ansina que hasta es gana”, “me comió el trigo”, “asqueando el estómago”, “cuerito a cuerito”, “chavalito”, “si se lo dijo a usted” o “con su pan se lo coma”. Para introducir el habla popular en su relato, el autor recurrió a la estrategia de comenzar un diálogo con el personaje del que hablaba, sin embargo, en la mayoría de los casos no utilizó ese recurso. Esta estrategia fue una característica esencial de sus escritos periodísticos posteriores.

La intención de hacer hablar a los retratados buscaba establecer una distancia con ellos, pues como él mismo lo indicaba en “El aguador”: “me acordé que sabía tanto de los modismos y lenguaje de mi héroe, como del clima”, es decir, deseaba describirlo pero no se asumía como parte de su grupo social. Éste utilizaba un lenguaje diferente al de la gente culta. Si se quería lograr una buena pintura de los mexicanos, Frías señalaba que no sólo se necesitaba reproducir su dialecto, sino también su forma de vestir, sus costumbres, hábitos, vicios y cualidades. Rosa Beltrán considera que el énfasis en estos elementos evidencia el carácter “científico” que se imprimía al retrato de los tipos sociales, lo cual era producto de la influencia que ejercía la fisiología, disciplina “pseudocientífica” que buscaba la tipificación de ciertos personajes y realizar una descripción crítica del grupo en el que se desenvolvía su objeto de estudio, con el fin de facilitar su identificación. Además, se distinguía por presentar un modelo unitario que pretendía generalizarse.

El queretano advertía que la peculiaridad de los hombres del pueblo sólo podía ser atrapada por los literatos, quienes tenían la capacidad de observar los rasgos profundos que los caracterizaban y podían presentar una imagen vívida del tipo. Sus descripciones se

⁴⁴ Carballo, *Reflexiones*, 1999, pp. 80, 132; *Idem*, “Álbum” en *Novedades*, 29 de agosto de 1954; Valdés, “Filiación” en *Letras*, 1954, pp. 69-71. Valdés considera que en los retratos costumbristas de Frías se advertía la influencia de la picaresca española, pues no sólo se ensañaba con los mismos personajes (la traviata, el peluquero, el estudiante), sino que mostraba la misma técnica para diseccionar a sus víctimas. Sin embargo, se diferenciaba de los escritores picarescos porque además de observar los defectos, señalaba las virtudes, por lo que su arte no llegó al naturalismo, sino al “realismo edificante”. Valdés sugiere que el *Álbum* se publicó en un periódico, debido a que la “buena literatura” no estaba peleado con este medio. Sin embargo, lo que este autor no advierte es que se utilizaban los rotativos como un medio para difundir cierto tipo de conocimiento.

ocupaban de lo interno y de lo externo, aunque dependían de la figura que acompañaba las narraciones, sobre todo en el caso de *Los mexicanos*, para que los lectores forjaran su propia imagen mental.⁴⁵ El ejercicio de imaginación al que invitaban los textos de Frías buscaba trascender la forma en la que se entendían los retratos europeos, en los cuales la ilustración y el texto guardaban una estrecha relación. Él consideraba importante establecer una distancia con el modelo costumbrista de los franceses, mismo que había sido copiado por los literatos españoles para formar sus colecciones. En un alarde nacionalista, indicaba que era mexicano “de los pies a la cabeza”, por lo que no pretendía depender de modelos ajenos a la realidad nacional.

El sentido moralista y el deseo de mejorar a la sociedad serían dos temas recurrentes en sus escritos, pues como buen costumbrista, pensaba que el objetivo del escritor era buscar el perfeccionamiento de la sociedad. En este sentido, asumió un papel fundamental, ya que sus narraciones no se limitaron al embelesamiento, sino que buscaron proporcionar soluciones. En las páginas siguientes, para efectos prácticos, se estudiarán las dos series de tipos populares de manera conjunta; se separarán los tipos masculinos de los femeninos, a fin de entender el concepto del autor sobre cada género y grupo social. La atención de Hilarión, tanto en hombres como en mujeres, se centró en las clases bajas y media baja, a excepción de “La gran señora”, relato que mostró a la mujer de clase alta. Escribió la mayor parte de los retratos sobre personas de edad mediana; sólo dos artículos tratan acerca de los niños, y uno, de las ancianas.

Cabe destacar que describió a tres personajes ligados a la Iglesia católica y a tres marginados, como “los bandidos”, “los pilluelos” y “los mendigos”. A semejanza de las series europeas, la de Frías retrató a los ciudadanos; no existe ninguna alusión al medio rural. En este sentido, el caso del bandido resalta la preponderancia de la ciudad sobre el campo; según el médico, era falso pensar que éste prefería el medio rural. La presentación de los tipos populares indicaba que el autor trata de aportar su granito de arena en el proceso de racionalización de la sociedad. Al mostrar los hábitos y costumbres de los habitantes se podía entender qué aspectos se necesitaba modificar, a fin de que éstos adoptaran los

⁴⁵ *Mexicanos*, 1989, p. 50; Beltrán, “Presentación” en *Mexicanos*, 1993, p. 10; Pérez, *op. cit.*, pp. 33, 83; Mercado, “Hilarión”, 2007, p. 67.

“elementos positivos” que les permitieran integrarse al progreso material y moral de la nación.

Diversos autores han coincidido en que, pese al intento de los retratos costumbristas de salvaguardar los tipos populares que se perdían con los cambios experimentados por la sociedad decimonónica, también tenían la finalidad de educar al pueblo al enlazar las virtudes del trabajo con la censura de los vicios. Así, las colecciones de tipos se convirtieron al mismo tiempo en compendios de educación moral y sentimental. Junto a la “actitud paternalista” con la que se describía a los otros, se percibía el desprecio que manifestaban a su ignorancia y atraso. De igual manera, este doble punto de vista sería reproducido en la descripción de tipos del queretano, quien aplaudía a los virtuosos, pero también tenía palabras de desprecio contra los disolutos.⁴⁶

Los tipos masculinos

A pesar de que los tipos descritos por el médico en *Los mexicanos* se referían a hombres trabajadores, tanto de la clase baja como de la media, en la serie del *Álbum* incluyó a sectores atípicos de la laboriosidad, ya que pretendía dar cuenta de la diversidad social en la ciudad de México. El autor no trataba de ocultar los problemas que se arrastraban, sino de mostrarlos con toda su crudeza para encontrar soluciones. Presentar personajes inmutables sólo serviría como un ejercicio literario, mas no cumplía con alguna función social. Sus retratos masculinos se pueden reunir en cinco grupos: los marginales (“el bandido”, “el mendigo”, “el pilluelo” y “el billetero”) los incomprendidos (“el empleado” y “el estudiante”), los trabajadores (“el peluquero”, “el aguador” y “el cochero”) los literatos (“el poeta” y “el poetastro”) y los religiosos (“el sacristán” y “el cura”).

Los marginales

Podría parecer extraño que Hilarión dedicara un espacio para hablar del bandido, uno de los personajes marginales que no aparecía en las colecciones europeas. Sin embargo, su objetivo no era presentarlo como un tipo social, sino más bien desmentir las versiones europeas en las que se afirmaba que México estaba infestado de bandidos. El escritor advertía que se necesitaba diferenciarlos: había aquellos a los que se otorgaba ese

⁴⁶ Ríos, “Idea” en Palacio, *Prensa*, 2006, p. 134; Beltrán, “Presentación” en *Mexicanos*, 1993, pp. 9-11.

calificativo y los que lo eran en realidad. En el primer grupo se encontraban Zaragoza, Arteaga, Escobedo, Díaz, Corona, Riva Palacio, Altamirano y Romero. Al igual que numerosos personajes anónimos, éstos defendieron al país contra una nación que realizó una “invasión injusta” y por ese motivo, habían escrito su nombre en los anales de la historia mexicana.

Si ellos pertenecían a este grupo, no se explicaba la razón por la cual fueron alentados por Ocampo, Juárez, de la Fuente, Ramírez, Prieto y Lerdo, reconocidos por su gran honradez y probidad. Algunos de esos “bandidos” ocuparon puestos políticos de primera importancia; cuando terminaron su misión, regresaron a la vida privada sin pedir nada a cambio, pues preferían la humildad. El “diente venenoso de la calumnia” había engendrado esos “bandidos”. En la segunda clasificación se situaban los verdaderos bandidos que robaban y mataban por instinto. Según el queretano, no había muchos, lo cual sorprendía en un país donde prevalecía la ley del más fuerte. En todo caso, México no podía ser juzgado por tener bandidos cuando éstos eran una herencia de los españoles. Aunque Frías se mostraba intransigente en ciertos asuntos públicos, tal como se verá más adelante; en este asunto no condenaba a los bandidos, sino al sistema social que los engendraba. Ninguna nación podía culpar a las minorías que sufrían a causa de la miseria.

La muerte de estos personajes no solucionaba la situación, en cambio se necesitaba lograr un equilibrio entre los grupos sociales, eliminar la corrupción y el agio, y poner las condiciones para educar y moralizar al pueblo. Los verdaderos bandidos eran los miembros de una sociedad que castigaba sin entender las circunstancias. La justicia buscaba matar una moral que nunca formó. La única que merecía ser sancionada era la sociedad que engendraba leyes ineficaces. Si se ofrecía a éstos condiciones de vida propicias en la ciudad, abandonarían sin pesadumbre la vida del campo, pues tendían más a la domesticidad que a la libertad excesiva. Hilarión reconocía que su “filosofía avanzada” no cabía en ese momento, por lo tanto debía esperar mejores tiempos para ser aplicada. Y tenía toda la razón, ya que Altamirano no compartía su opinión. El énfasis del médico en las condiciones sociales como caldo de cultivo del bandidaje, muestra que su percepción no se limitaba simplemente a enunciar los casos, sino a buscar las causas que los producían.⁴⁷

⁴⁷ Frías, *Álbum*, 1984, pp. 82-84. En las páginas de la novela *El Hijo del Estado* (1882), Hilarión volvió a retomar el asunto del castigo de los criminales. En esa ocasión, criticó al gobierno por haber tomado la decisión de enviarlos a San Juan de Úlua, lugar en el que buscaba que el vómito depurara la “atmósfera

Del mismo modo, aplicó ese enfoque en el retrato del mendigo, a quien consideraba producto de la sociedad, pues le debía todo a ésta, pero no le retribuía nada. Este personaje no pensaba en el mañana; se contentaba con cubrir sus necesidades materiales. Había nacido en la sombra, al igual que todos los hijos del crimen o de la miseria, sobrevivió al abandono y pasó su niñez en la Casa de Expósitos. Era el rey del mundo; sin necesidad de trabajar lograba obtener recursos monetarios de diversas formas. Si la sociedad quería erradicar el problema que acarreaban, se necesitaba que las “castas privilegiadas” se olvidaran de la filantropía. Los ricos pensaban que el sostenimiento de los mendigos formaba parte de su tarea en el mundo, mas no proponían soluciones para integrarlos al trabajo honesto. Por estas razones, la filantropía era una forma de lesionar los principios de la civilización. Los mendigos abandonaron los atrios de las iglesias y se apropiaron de las ciudades.

Pese a que la mayoría los identificaba con aquellos que pedían en las calles, en este grupo también se debía ubicar a los petardistas, quienes se volvían parásitos de los ricos, a los corredores, que extorsionaban con “secretos íntimos”, a los artistas carentes de trabajo y a los genios cuyo talento no se reconocía. Desde la perspectiva de Frías, la mendicidad se asociaba con la obtención de recursos sin un trabajo honesto.⁴⁸ Por ello, criticaba el trabajo de los legisladores y los reformistas sociales, porque pretendían reorganizar la sociedad e incorporar numerosas mejoras materiales, pero no ponían atención en las condiciones de los “miserables”. Creían que el mundo estaba bien y no había necesidad de realizar cambios sustanciales, pues ello podría conducir a trastornos en el orden social. Además, creían que el mundo pertenecía a los hábiles, mas no se percataban de que esta postura generaría un quebranto de las condiciones sociales. Si todos buscaban su propio interés, nadie se preocuparía por los demás.

Aunque el queretano presentaba al billetero diferenciado del mendigo, su descripción sugería que podría ser integrado dentro de este tipo sin problema, debido a que, según el autor, esta “profesión” quizá se denominaría la del “cuartel de los inválidos”, pues ahí se concentraban los mutilados, ciegos, viejos, vagos y las mujeres que detestaban la “filantrópica prisión” denominada Hospicio de Mujeres. No obstante, los billeteros se

social”. La criminalidad se podría resolver, según el autor, si se modificaban los códigos, se instruía a los jueces y se incentivaba la rectitud en los jurados populares.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 43-44.

distinguían de los mendigos en que buscaban su sustento de una manera honorable. Ellos diversificaban sus actividades, es decir, además de billetes vendían periódicos, fósforos, novenas, peines e infinidad de artículos de la pequeña industria.

Los billetteros se caracterizaban por recorrer toda la ciudad y anunciar con gritos sus productos. Una de sus grandes cualidades era el ingenio del que hacían gala cuando los ofrecían. Frías se condolía de sus grandes esfuerzos para sobrevivir, pues lo que ganaban apenas les alcanzaba. Pese a esto, era gente honrada a la que se podía confiar grandes cantidades sin temor a que las robaran. Suprimir la lotería significaría la muerte de una clase cuyo futuro sería la miseria, la degradación y la muerte. Si bien los “modernos” y “civilizados” filántropos aseveraban que el destino de los pobres era el hospicio o el hospital (lugares en los que se formaría el “pueblo libre y soberano”) no reparaban en que esa propuesta engendraría mayores problemas y justificaría la revolución del pueblo en contra de los “demócratas”.

La crítica de Hilarión a la filantropía evidenciaba que la solución de los problemas sociales no se encontraba en establecer instituciones que mantuvieran a los pobres ni en proporcionarles dinero, sino en crear las condiciones necesarias a fin de que consiguieran un trabajo que les permitiera sobrevivir con holgura. La filantropía sólo ocultaba los problemas sustanciales de la sociedad. Por ello, el médico consideraba que los legisladores debían buscar soluciones viables que permitieran el desarrollo de los grupos marginales, de esta manera se evitaría una “revolución futura”.⁴⁹ Asimismo, pensaba que, para la resolución de los problemas sociales, se necesitaba fundamentalmente la educación de la niñez, razón por la cual había que ocuparse del “pilluelo”,⁵⁰ no obstante, nadie atendía este sector. Los proyectos políticos no se ocupaban de los niños de clase baja.

Sin duda, cuando se realizaran los cambios pertinentes, se modificaría la legislación y se cambiaría el futuro de un pueblo que percibía el presente “miserable”, “sombrio” y “ruin”. El pilluelo, por lo general, sólo tenía a su madre, quien se dedicaba a cuidar vecindades o a lavar ropa ajena, pues su padre había muerto en la guerra o en un hospital a causa de la peste. La orfandad no le ocasionaba pesar; en sus venas corría la misma “sangre de león” que volvía a los indígenas los seres más indolentes de la creación. Uno de los

⁴⁹ *Ibidem*, p. 47.

⁵⁰ Quirarte, “Apuntes” en Clark, *República*, 2005, p. 179. Quirarte considera que la descripción que realizaba Frías bien podía haber sido escrita por Manuel Acuña.

problemas más graves de los mexicanos era el “supremo desprecio” que manifestaban al dolor; dormían tranquilos sin que les importara su “desgarradora miseria” y su “profunda abyección”.

El pilluelo siempre se mostraba “risueño” y “feliz”, no se preocupaba por la pobreza en la que vivía y se conformaba con tener los medios para alimentar “los placeres de la vagancia”. Su mayor enemigo era la escuela, ya que le quitaba tiempo para deambular. Sin embargo, su libertad terminaba cuando lo mandaban como aprendiz de un taller. Del “presidio de la niñez” escapaba con el fin de vagar otra vez, pero su destino estaba marcado y en algún momento regresaría sin volver a salir jamás. Para fortuna de la sociedad, los pilluelos engrosaban las filas de los billeteros y no de los mendigos. Pese a que carecían de educación, conservaban la honradez y la nobleza. El futuro que le aguardaba a la mayoría era la miseria o la muerte en batalla; los menos se dedicarían al latrocinio como supervivencia. A éstos les esperaba la sentencia de muerte de una sociedad que no los educó ni les proporcionó los medios para vivir.

Frías menciona que el pilluelo se consideraba un personaje secundario, aunque no se advertía su futura importancia en el cuadro social, puesto que “el pilluelo de hoy (era) el pueblo de mañana”. En él se encontraba el verdadero ente que formaría la sociedad. Se engañaban los que pensaban que el público se conformaba por los ciudadanos, el verdadero público estaba en la calle y daba sentido a la palabra de la sociedad. La voz del pueblo era franca, espontánea y voluble, a diferencia de la voz de la prensa, órgano de quien lo subvencionaba. Al pueblo no se le engañaba, pues sabía a quién otorgarle popularidad, fama y gloria; se integraba por ciudadanos libres e independientes, siempre buscaba una persona a la cual seguir y su decisión era irrevocable. Esto mostraba que la educación del pilluelo garantizaría un futuro próspero. Al igual que los anteriores casos, el queretano consideraba que el grupo gobernante debía asumir su compromiso con la sociedad. Los problemas de la misma se podían resolver, siempre y cuando se identificaran sus causas.⁵¹

Los incomprensidos

En este rubro se ubicaban dos personajes disímiles: los empleados y los estudiantes. Los primeros merecían reprobación; por su mala imagen pública se les aplicaban comúnmente

⁵¹ Frías, *op. cit.*, pp. 66-69.

adjetivos como “sanguijuela del erario”, “muérdago del pueblo” o “canónigo de lista civil”. Esos “hongos del presupuesto” vivían felices en la total monotonía. Sólo la posibilidad de perder su empleo, debido a los constantes cambios de gobierno, los perturbaba; el problema se arreglaba si juraban lealtad a los mandatos del jefe o buscaban un protector que los amparara. Tampoco tenían dificultades para transitar de un gobierno a otro, mientras les garantizaran su trabajo. Los empleados del pasado no amaban las labores e inventaban miles de formas de perder el tiempo. Sabían que su principal enemigo era el público porque de ahí salía la persona que los ponía a trabajar y su posible sucesor. Se creían amos, ministros y superiores. Además, se abstendían de opinar en su puesto, mas en la calle criticaban al Estado y tomaban parte en los debates de actualidad. Se preocupaban principalmente por mantener su estado vegetativo y aguardar que en el futuro tuvieran un retiro humilde. Su vida mecánica se regía por la firma de acuerdos y oficios.

Para fortuna del país, los empleados de viejo cuño estaban en proceso de desaparición. Si bien la sociedad “injusta” y “cruel” les declaró la guerra, se advertía que sin ellos no habría gobierno y sin “empleomanía” desaparecerían los resortes que movían a la administración. Los actuales empleados constituían un ejemplo de abnegación, heroísmo, sacrificio y defensa de las virtudes cívicas. No se podían ocultar sus grandes méritos en el servicio público, los cuales no se recompensaban de la misma forma por el gobierno. Tenían que lidiar con las demandas de su familia y de su casero, quienes le exigían mayores ingresos. Su única satisfacción: el reconocimiento del ministro o de un periódico, y en el mejor de los casos, que se les adelantara dinero. Dependían de su trabajo; sin él caerían inevitablemente en la miseria. Pese a que no se les marginaba como a los demás grupos retratados, se ubican en esta clasificación por el poco reconocimiento de sus méritos; tampoco se consideraban dentro de los hombres trabajadores, ya que le faltaban las virtudes que distinguían a éstos, según se observará en seguida.⁵²

A pesar de ser diferente al anterior tipo, el estudiante compartía con el empleado la ilusión de figurar en la escena pública. Por la manera en que Hilarión lo describe, indudablemente retrataba su propia experiencia en la ciudad de México. Para empezar, el médico indica que la mayoría de los colegios de la capital estaban integrados por la juventud de los estados, pues ésta aportaba un pequeño contingente. Llegar a la urbe

⁵² *Ibidem*, pp. 54-56.

significaba una “iniciación” para los estudiantes de provincia. Además de aguantar las burlas de sus compañeros, luchaban en contra de los recuerdos que les dejó su tierra y, sobre todo, debían buscar la manera de sobrevivir con la corta mesada que recibían. La miseria no mataba sus ilusiones, al contrario, se convertía en el principal “crisol de la inteligencia” y en la “piedra de toque de la voluntad”. Los verdaderos estudiantes tenían la honra de ser pobres; los ricos desaprovechaban lo que se les enseñaba debido a que su futuro estaba asegurado. El saber no podía germinar en la tierra del oro. Para alcanzar una posición social relevante era necesario que el estudiante venciera la pobreza. Sin embargo, su vida no sólo se llenaba de penurias y privaciones; su corazón se alimentaba del placer que le proporcionaban las costureras, modistas y lavanderas, quienes buscaban compensar sus privaciones. Aquél no las desdeñaba, aunque prefería entregar sus poesías a mujeres de más alta posición social.

El amor abría sus sentidos y trataba de ingresar a las academias literarias para aprender de los consagrados, además de que comenzara a escribir para los periódicos y a leer versos en las entregas de premios. La política constituía otro de los asuntos que llamaban la atención de los jóvenes, quienes no se limitaban a discutir las altas cuestiones de Estado, sino que tomaban partido, concurrían a las actividades y pronunciaban discursos patrióticos en las festividades cívicas. Tampoco se mostraban temerosos de enfrentar a los enemigos que profanaban su patria. Entre ellos era frecuente la práctica del dragoneo, es decir, practicaban su saber entre sus amistades: los médicos recetaban, los abogados dirimían pleitos; sus ilusiones desaparecían cuando se convertían en profesores. La sociedad domesticaba al león que terminaba con el alma gastada y el corazón frío.⁵³

Los hombres trabajadores

Así como había sectores de la clase baja que dedicaban su vida a la vagancia y al ocio, también existían los que se comprometían con el trabajo y el servicio a los demás. Uno de ellos era el de los aguadores, quienes, desde la perspectiva de Hilarión, poseían numerosas cualidades: medidos, confiables, honrados, pacíficos, “comedidos”, entregados al trabajo, buenos padres y no tan malos esposos. Sus atributos eran dignos de alabanza, pues carecían de educación, por este motivo desconocían los principios en que se fundaba la moral. La

⁵³ *Ibidem*, pp. 50-53.

mitad de su vida la dedicaban al trabajo. Iniciaban sus labores desde la madrugada hasta el mediodía que comían y dormían un rato, en la tarde regresaban a surtir las casas de su preferencia. Nunca comían en su casa, sus mujeres los esperaban en el lugar donde se surtían de agua.

Aunque el aguador tenía pocas necesidades y exigencias, cuando se requería se encargaba de otras ocupaciones: asear la calle o llevar mensajes. Uno de sus grandes atributos era su discreción; mudo testigo de las escenas privadas de la familia y los secretos que se le confiaban, los guardaba discretamente. Sus visitas eran rápidas, pero se daba tiempo para enterarse de algunas indiscreciones. Los aguadores celebraban dos fiestas: la de la Santa Cruz y la del Sábado de Gloria. En la primera organizaban una fiesta que incluía comida, música y cohetes; en la segunda acostumbraban golpearse, lo cual en ciertas ocasiones terminaba en tragedia.⁵⁴ Éste fue el único caso en el que el médico relató las costumbres festivas de un grupo, a lo cual no prestó mayor atención en los demás retratos. Pese a reconocer que la embriaguez era el principal defecto de estos personajes, el autor no ocultaba su profunda simpatía por unos hombres que se comprometían con su trabajo. En cierta forma, el aguador se convertía en el prototipo a seguir para los demás grupos de la sociedad.

En el caso del cochero, Hilarión reconocía que no era un tipo distintivo de un lugar o de una época; tenía ciertos rasgos que lo diferenciaban de los demás. Su labor no resultaba un asunto sencillo. La mayoría de las personas dedicadas a esta actividad había emigrado del interior del país o provenía de los sectores bajos de la población de la capital, es decir, era gente que buscaba sobresalir pese a la adversidad, cualidad que el escritor vindicaba como una de las virtudes que debían imitar los demás sectores. El aprendizaje iniciaba desde la niñez: se le encargaba ponerle el bocado a la mula, engancharla, darle de comer y limpiar el carro. Si tenía méritos ascendía a sota, lo que significaba que podía viajar al exterior y ocuparse del cuidado del carro. Después de aprender otros trucos, el aprendiz subía a la categoría de cochero. Aunque el médico reconocía que había varias clases, consideraba que el de sitio era el más característico.

El cochero de sitio comenzaba su trabajo en la madrugada y lo terminaba en la noche. El único momento en que se despegaba de su carro era al mediodía cuando hacía

⁵⁴ *Mexicanos*, 1989, pp. 1-4.

una pausa para comer y cambiar sus animales. Puesto que se pasaba todo el día en él, dudaba de su identidad humana y más bien se consideraba como un parásito de su transporte. No había duda de que su vida era su carro, pues no lo abandonaba ni para dormir. Su devoción por él lo volvía un ente raro, excepcional e inclasificable. Su carácter era desconfiado, áspero, cínico y cruel, no obstante, se reconocía como un ciudadano pacífico, un buen padre de familia y un trabajador comprometido. Pese a que carecía de educación, tenía una gran vivacidad natural, producto de los lances y aventuras que había vivido.

Sus tres grandes aliados eran la lluvia, el amor y los ramos prohibidos que le proporcionaban grandes ganancias, aunque la base de ese lucro no se consideraba la más adecuada: en el primer caso, se medraba con el “sufrimiento ajeno”; en el segundo, se comerciaba con el “amor material”, que por “pulcro” no debería entrar en ese tipo de intercambios y, en el tercero, contribuía a la degradación de las virtudes públicas. Frías reconocía que la degradación, el cinismo y la inmoralidad no eran comunes en todos los cocheros, ya que la mayoría prefería hacer a un lado las malas costumbres y obtener ingresos lícitos. Una enfermedad representaba la única forma en la que se despegaban de su carro. El malestar más común que lo aquejaba era las úlceras en las piernas, producto del continuo roce de la lanza. El cochero en esta condición penaba a causa del dolor y de la miseria, pues no había nadie que le proporcionara recursos para mantenerse,⁵⁵ lo cual era un triste final para un hombre comprometido con el trabajo.

En el tipo del peluquero, Hilarión en realidad quiso retratar la desaparición del barbero, al cual se consideraba, junto con el aguador, como uno de los personajes característicos de la ciudad desde la época colonial.⁵⁶ El autor se mostraba contrariado de que las barberías dejaran su lugar a las peluquerías, de importación francesa. Le pesaba que hubiera cambiado el mobiliario: la guitarra, la bacía, la olla de sanguijuelas, las estampas pegadas en la pared, las estatuas de yeso en las columnas y el estuche colgado de una alcayata por el papel tapiz, el aparador de cristal lleno de perfumes y la caña de rizar. Su mayor congoja era que el servicio se hubiera transformado. En la antigua barbería había

⁵⁵ *Ibidem*, pp. 29-38.

⁵⁶ Pérez, *Costumbrismo*, 2005, p. 121.

más consideraciones hacia los hombres, sin embargo, en la peluquería el cliente se convertía en una cosa que debía ser atormentada con agua, fuego, hierro y tirones de pelo.

Las “dulces maneras” del pasado dieron lugar a las formas más tormentosas; los clientes salían “coquetos” y “perfumados”, pero “compungidos” y “aterrados”. Lo peor de todo era el tiempo de espera para recibir el servicio, pues las peluquerías estaban llenas. Los barberos “graves, serios e imponentes” habían dado paso a los peluqueros “artistas”, quienes, a semejanza de los franceses, eran superficiales, ligeros, amables, serviciales, complacientes y oficiosos con sus clientes, aunque insustanciales en todos los actos de su vida.⁵⁷ Al igual que los costumbristas de otros lugares, el queretano asumió la tarea de rescatar la imagen de un tipo que, pensaba, desaparecería en un escaso tiempo. Su inclusión en este apartado responde al hecho de que es muestra del hombre trabajador y buscaba ganarse la vida de una manera honesta, atributos que también podían aplicarse al peluquero.

Los literatos

Frías se quejaba de que el “estúpido” materialismo había inundado las venas de la sociedad, lo que ocasionó que el verso muriera en manos de la prosa. Su crítica muestra que, en algún momento, debió pensar en construir una versión poética de los tipos, pero su propuesta quizá fue rechazada porque los modelos europeos no manejaban ese estilo. La poesía era un género que le fascinaba y trató de rendir un reconocimiento a quienes se dedicaban a cultivarla. Tanto en *Los mexicanos* como en el *Álbum*, consagró un artículo para hablar de los poetas. En la primera serie, reconocía la degradación de la poesía, lo que generó el tipo de los poetastros caracterizados por congregarse a un grupo de chicos “coquetos”, “sentimentales”, “relamidos”, “jactanciosos” y “recortados”, los cuales creían que podían hacer versos a fin de cantar a sus amadas y hasta se atrevían a publicarlos. Sólo se aleccionaban mediante la lectura de periódicos y de algunas novelas, por lo tanto no entendían los matices poéticos y utilizaban cualquier elemento para construir sus composiciones.

Lo peor de todo era cuando se declaraban románticos; se asumían mejores que los demás y presumían su supuesta “sabiduría”. El poetastro trataba de hablar de todas las materias, ya que no había conocimiento fuera de su alcance. Los poetastros y las mujeres se

⁵⁷ Frías, *op. cit.*, 87-89.

asemejaban: los dos se dedicaban a la mentira, al coqueteo y a agradar a los demás.⁵⁸ Años después, Hilarión menciona que el poetastro desapareció y se volvió un vago recuerdo. Los únicos que sobrevivían se encontraban ocultos en las sombras y sólo podían cantarles a las costureras y “bellezas de medio pelo”, pues los periódicos conservadores en los que publicaban ya no continuaron. La prensa “culto” no abría sus puertas a “reclutas de la poesía”, quienes se percataron de su impotencia para escribir bellas composiciones. El estudio y la meditación no bastaban para crear versos.

El verdadero poeta, el tipo que ahora retrataba, buscaba “saciar su alma sedienta de victoria”, motivo por el cual utilizaba la prensa y la tribuna como los medios de expresión de su sentir. En un inexplicable arranque político, el queretano identificaba a los poetas con el liberalismo y a los poetastros con el conservadurismo. Su tajante división muestra que no estaba de acuerdo con hacer concesiones con quienes no habían combatido por la República. Su radicalismo contrastaba con la posición conciliadora de Altamirano, quien buscaba que en la empresa de construcción de la literatura nacional participaran todos los sectores, sin distinción de clase o de credo político. Es evidente que Hilarión buscaba que los conservadores quedaran fuera de esa tarea, por esta razón no les concedía ningún mérito literario. Con el propósito de fortalecer su argumento, el autor exacerbó la pintura de los poetastros. Si en su serie anterior los mostraba como unos aficionados, ahora los presentaba como unos personajes sin valores.

Los poetastros no sólo debían criticarse por sus deficiencias literarias sino también por haber cantado “las glorias del Imperio”, a diferencia de la juventud liberal que con “regia indolencia”, sin cuidado de los placeres de la vida y de las desilusiones de la juventud, se levantó “inspirada” al escuchar el cañón del extranjero y mostraron fe en una lucha que se tornaba imposible. Ellos alternaron los cantos épicos con los tiros que lanzaban en contra del invasor. Frías trató de rendir un homenaje a todos aquellos literatos que combatieron contra la Intervención Francesa y el Imperio; con muchos de ellos convivió en las reuniones literarias. Los honores resultaban necesarios para unos hombres a los que la derrota no los desanimó. Mientras algunos continuaron la lucha en las montañas, como Riva Palacio y Altamirano, otros lo hicieron desde las ciudades, por ejemplo, Arias, Franco, Mateos, Iza y Elizaga. A ellos les tocó escribir himnos en los que recordaban la

⁵⁸ *Mexicanos, op. cit.*, pp. 119-126.

villanía de los invasores y reprochaban la falta de patriotismo de los traidores. Los demás prefirieron exiliarse a fin de no presenciar la farsa monárquica y la violencia del invasor, tal como lo hicieron Prieto, Zarco, Mariscal, Rivera y Río y Villalobos. Todos estos personajes mantuvieron en alto el nombre republicano y lanzaron un grito de reprobación contra la violación del derecho.

Tanto los poetas como los héroes de la guerra se abocaron a la tarea de reconstruir la República y erigir una nueva era de civilización y progreso.⁵⁹ Hilarión se mostraba intransigente contra quienes no compartían sus planteamientos políticos, además, le desagradaba realizar un pacto entre las distintas facciones. Esta situación mostraba que sus ideas de conciliación entre los grupos políticos, esgrimidas después de 1868, habían quedado en el olvido. Una constante entre numerosos escritores de la época era partir de un asunto neutral con el fin de discutir cuestiones de actualidad; en este caso, la poesía sirvió como pretexto para debatir la posibilidad de conciliación entre los grupos. Resulta interesante destacar que en 1881 Frías llegó a la conclusión de que el arte poético había muerto en América y en Europa, pues el “genio” se había extinguido ante la invasión del escepticismo, y con ello desaparecía la concordancia entre los sentimientos del poeta y del público. Si bien el poeta tenía la encomienda de cantar las pasiones más tiernas del alma, los grandes dramas de la humanidad y hacer surgir las sombras de los héroes, el pueblo no buscaba emociones para su corazón, sino afrodisíacos para sus sentidos.⁶⁰

Los religiosos

Desde sus primeros escritos periodísticos, Hilarión expresó su escepticismo hacia la religión; esta actitud contrastaba con la posición del resto de su familia que se mostraba apegada a los dogmas católicos. Al igual que muchos de sus contemporáneos, el médico era anticlerical más que antirreligioso; por ello no causa sorpresa que declarara su admiración hacia las personas que manifestaban una gran fe que “brotaba del interior de su alma”, y a la vez se mostrara contrariado con aquellos “fieles de hora fija”, “los devotos de costumbre” que terminaban de oír su “misa de reglamento” y escapaban a satisfacer sus “placeres, amores y negocios de agio”. Asimismo, mostraba respeto a aquellos que creían

⁵⁹ *Ibidem*, p. 294; Frías, *op. cit.*, pp. 36-37.

⁶⁰ *El Pacto Federal*, 1 de marzo de 1885.

en “una idealidad” y consagraban su vida a una “utopía religiosa”. Al cura de pueblo se le debía admiración por su abnegación para cumplir con su voto; su fe lo llevaba a vivir en el destierro y en un aislamiento eterno. Existían varios tipos de curas de pueblo: los que sólo querían obtener ganancias sin importarles la feligresía, los “sabios” y los de “misa y olla”. Los dos primeros eran despreciables, ya que no cumplían con la labor para la que se prepararon, sobre todo los “sabios” que contaban con mayores estudios pero preferían dedicarse a la política. Ellos se habían declarado enemigos jurados de la Reforma y convirtieron en apoyos incondicionales de los “reaccionarios” e “intervencionistas”, razón por la cual su sotana se encontraba salpicada de sangre.

En cambio, se debía dignificar a los de “misa y olla”, puesto que llevaban vida de apóstoles, eran “humildes”, “oscuros” e “ignorantes”, mas estaban llenos de virtud, abnegación y caridad; poseían conocimientos de latín y se sabían el “Lárraga”. En general, compensaban sus carencias intelectuales con una gran fe y trataban de cumplir con la misión que se les encomendó. El cura de pueblo tenía una gran afición a las costumbres y hábitos de la gente, por lo que participaba en los eventos, los juegos de cartas y las demás diversiones. Su posición privilegiada le permitía poseer caballos, ayudantes y una “sobrina” que lo ayudaba. Cuando salía del “destierro” a causa del cansancio, la riqueza o la protección de un amigo, pasaba a formar parte de la aristocracia de la Iglesia y terminaba sus días en “mística vagancia”.⁶¹

Si el cura del pueblo merecía alabanza, no se podía decir lo mismo del sacristán, quien se adjudicaba un gran poder merced a su contacto perpetuo con Dios. Esto ocasionó que se creyera una parte anexa de la divinidad que se adoraba, un complemento forzoso del culto y un “agregado natural de los objetos del rito”. Debido a que el hábito embotaba el sentimiento, el sacristán se volvió el déspota de la iglesia que debía servir y procuraba obtener beneficios de los gajes de su empleo, pese a sus limitados méritos, ya que el oficio lo heredó de su padre y sus conocimientos del latín eran escasos. No le importaba instalar a su familia en cualquier sitio, con tal de que se le permitiera continuar con su “poder ilimitado”.

Existían varias clases de sacristanes de acuerdo con la situación jerárquica: los de parroquia obtenían utilidades de todos lados (nacimientos, fiestas y muertes) los de monjas

⁶¹ Frías, *op. cit.*, pp. 57-61.

cobraban comisiones por fungir como los intermediarios del claustro y el mundo, y los de frailes eran los perfectos “sectarios de los placeres”, pues llevaban una buena vida y conseguían dinero por los favores de las devotas. Tras la Reforma, el último tipo, el de los frailes, desapareció y el de las monjas estuvo a punto de hacerlo, motivo por el cual odiaban a los “demócratas” que les habían quitado los ingresos provenientes de las limosnas y mandas.⁶² Ambos tipos permitieron a Hilarión reflexionar en los contrastes que se vivían al interior de la Iglesia; mientras unos deseaban cumplir con sus obligaciones, otros sólo pretendían enriquecerse a costa de la fe de los demás, lo cual no podía alabarse de ninguna forma y, por lo tanto, debía denunciarse.

Los tipos femeninos

María Esther Pérez señala que los retratos femeninos de Hilarión buscaban resaltar virtudes como la bondad, alegría y sencillez, cualidades que las mujeres decimonónicas mexicanas debían observar.⁶³ Sin embargo, esta apreciación no es válida para las series elaboradas por nuestro autor, quien tenía una posición ambigua hacia ellas, ya que podían ser demonios o ángeles desde su perspectiva, la cual distaba de ser romántica. Su principal intención era juzgar su comportamiento con severidad, pues muchos de los tipos se apartaban del ideal mujeril de la época. Así como en el caso de los hombres, el tratamiento de las féminas intentaba proponer soluciones a ciertos problemas. La mayor parte de estas descripciones provienen de la segunda serie porque en la primera sólo dedicó dos artículos, “La lavandera” y “la costurera”, para hablar de ellas. El primero se reprodujo también en la segunda serie, sin ninguna adición u omisión. Estos retratos se pueden agrupar en cuatro rubros: las marginales (la traviata, la corredora y la vieja), las trabajadoras (la lavandera, la viuda y la costurera), las presuntuosas (la actriz, la polla y la gran señora) y las religiosas (la monja y la colegiala).

Lo interesante de esta división es que Hilarión consideraba dos grupos de mujeres acordes al modelo de la época: las privilegiadas y ociosas, como lo eran las que dibujaba en

⁶² *Ibidem*, pp. 78-81.

⁶³ Pérez, *op. cit.*, pp. 282, 285; Herrera, “Prólogo” en *Mexicanos*, 1986, pp. 3-4; Henestrosa, “Recordación” en Frías, *Lavandera*, 1993, pp. 33-35; Speckmann, “Posibles” en Clark, *República*, 2005, p. 61. Speckmann menciona que la mayoría de las publicaciones decimonónicas defendió la misma imagen de la mujer. Ella debía encargarse del cuidado de su marido e hijos, confinarse a su casa y alejarse de la política, la educación y las actividades profesionales.

las presuntuosas y las religiosas, y las desposeídas y con sobrecarga de trabajo, como las que conformaban las marginales y las trabajadoras.⁶⁴ A excepción de la traviata, las demás se podrían ubicar como parte de la clase media, pues el médico no pretendía mostrar las de clase baja, a quienes consideraba “vulgares y comunes”, “repugnantes por su fealdad, maneras incultas y groseras”; estas razones bastaron para no dedicarle un espacio en su catálogo de tipos; se advierten con esta exclusión las decisiones del autor, y no los límites de la tipología.

En *El Hijo del Estado*, Frías reflexionaba sobre el papel que le había tocado jugar a la mujer, pues tanto orientales como occidentales la apreciaban de manera diferente. Los primeros la divinizaban en sus teogonías, pero su legislación y costumbres las deprimían y mantenían en perpetua esclavitud. La trataban como un objeto que se podía vender en el mercado y la alejaban de los grandes movimientos sociales, pues se consideraba que sólo servía para propagar la especie o como un elemento de placer. Los segundos la denigraban en sus mitos religiosos y le adjudicaban los males de la humanidad. Sin embargo en sus códigos y hábitos sociales aparecía como la compañera del hombre y una influencia poderosa en la vida de las naciones. Si bien los griegos no concedían virtudes a las diosas, los romanos reconocían que eran autoras del desarrollo intelectual y creadoras de las artes y las letras. No se podía ocultar que Eva había sido la promotora del progreso de la humanidad, pues su acción provocó que Adán dejara a un lado “la estupidez”.

Las marginales

Así como el escritor dedicó un espacio para hablar de los bandidos, también consagró tiempo para describir a la traviata. La inclusión de dos elementos de la “hez social” evidenciaba que sus intenciones no eran simplemente literarias; buscaba que la sociedad se enfrentara a la realidad. Su actitud irreverente presagiaba que no se propuso legar una colección de tipos ideales; esto podría explicar la falta de su segunda serie de retratos. A excepción de la crítica de Altamirano, se desconocen otro tipo de opiniones respecto a su trabajo, por consiguiente, resulta difícil saber cuál fue la reacción que generó su obra. En el caso de la traviata, Hilarión menciona que tomó prestada la palabra italiana porque la francesa era muy dura y la española muy acre. Ella representaba lo “más brillante”, “más

⁶⁴ Ríos, “Idea” en Palacio, *Prensa*, 2006, p. 138.

florido” y “más perfumado” de la corrupción social. En la miseria y el hambre era posible encontrar las causas por las que “jóvenes puras y santas” se arrojaban a ese “vil mercado” de las “esclavas del placer”.

La “impotencia del siglo” propiciaba el sacrificio de mujeres que pudieron tener un mejor destino. En “el mendigo”, el queretano reconocía que no todas se dejaban arrastrar por ese terrible destino y que la mayoría prefería pedir limosna antes que caer en la prostitución. La sociedad “hipócrita” desdeñaba a las traviatas durante el día, mas les abría sus brazos en las noches y permitía que hicieran suyos los jardines, los paseos y las calles. Este personaje, del “corazón gastado” y el “alma muerta a todo sentimiento de pasión”, se volvía la “reina de la noche” que imperaba, mandaba, desdeñaba y se burlaba de los hombres, quienes durante el día la censuraban y denigraban, pero se volvían esclavos de sus encantos y sucumbían a la pasión. Una vez terminada la orgía, la traviata dormía “indolente” sin importarle el mañana.

Las que pertenecían a este grupo pasaban por la vida como “flores de festín”, pero sabían que acabarían en el suelo, “marchitas” y “deshojadas”. Asimismo, carecían de casa (entendida como el sitio en donde el alma de la sociedad se replegaba) pues cualquiera podía penetrarla con dinero. El matrimonio se convertía en la única forma de salir del fango social, las convertía en seres dignos, debido a que en su corazón dominaban los “nobles afectos de la mujer”. Ellas no eran malas, la sociedad las volvió así. Si la miseria las enlodó, el amor las purificaba. Aquellas que no tenían esa suerte sabían que el hospital sería su último refugio y que morirían santificadas por el arrepentimiento.⁶⁵

El segundo tipo era la corredora que desempeñaba un doble papel: comerciante de objetos y de amor. Se dedicaba a la venta de diversos productos, suntuarios y comunes, que transformaban su cuerpo en un almacén viviente. Sería digna de mención si sólo se consagrara a esa tarea, sin embargo, buscaba traficar con la honra de las mujeres.⁶⁶ Este negocio productivo la delineaba como una “Celestina”, ya que, para cumplir con su labor, no le importaba inventar, calumniar y engañar a todos. Merecía la reprobación de la sociedad porque atentaba contra la moral. El tercer tipo se refería a la vieja; el autor menciona que había tres clases: las virtuosas, las devotas y las mundanas. Sólo las primeras

⁶⁵ Frías, *op. cit.*, pp. 29-30, 44.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 31-33.

ameritaban el reconocimiento social, pues a las otras se les debía declarar la guerra por el daño que causaban. La devota era la más común de esas “especies malignas”; pasaban su vida en las iglesias y tenían filiación conservadora, razón por la cual, no es extraño que hayan trabajado a favor de la Intervención; era pretenciosa, agresiva y mordaz. Le fascinaba difundir noticias alarmantes y abogar por las buenas costumbres. Las ideas modernas no le causaban ninguna gracia, por ejemplo, el proyecto de ley sobre el divorcio que Frías propuso (mencionado en el capítulo anterior) por ello buscaba prosélitos que la apoyaran en su tarea de eliminar ese tipo de propuestas. En contraste, la mundana se caracterizaba por poseer gran cantidad de trajes a la última moda, una exposición de aceites y un aparador lleno de pelucas, casquetes y dientes postizos. Existían tres tipos de viejas mundanas: las que anhelaban la juventud, las “sombras tutelares” y las que padecían miles de enfermedades. Las primeras trataban de monopolizar la atención de los jóvenes, por ello recurrían a los coloretos (los polvos para desvanecer arrugas, los cosméticos para ocultar las canas) y procuraban pasear por los lugares de moda.

Las segundas se habían resignado al ocaso de su vida, mas amparaban amores ajenos que conducían al matrimonio o a la deshonra. En este último caso, se volvían un peligro que debía desaparecer de la sociedad. Las terceras, regularmente, eran mujeres aristócratas, “nerviosas y aprehensivas” que vivían pegadas al doctor y a las medicinas. Su cuerpo parecía un gran almacén de drogas, sólo se dedicaban a comer y quejarse, en consecuencia, se convertían en una “plaga” de la familia que no podía disfrutar de las diversiones y los placeres.⁶⁷

Las trabajadoras

La posición del queretano respecto al trabajo femenino era ambigua: no estaba de acuerdo con que las mujeres trabajaran, sin embargo, sabía que no existía otra forma de que sobrevivieran. En el caso de la lavandera, la describe como una persona que afrontaba con alegría sus penurias económicas y a quien no le importaba pasar la mitad del día en el agua o planchar el resto de la tarde, mientras tuviera compañeras con las que pudiera criticar y calumniar a sus amas. Enfrentaba la desgracia de sostener a un marido que aportaba escasos ingresos. La pulmonía o la parálisis ponían fin a una existencia fundada en la abnegación y

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 40-42.

el trabajo.⁶⁸ A diferencia de la lavandera, la costurera vivía más desahogada. Ella recurrió al trabajo manual a fin de evitar la miseria, el hambre y la infamia, pues sus padres sólo le dejaron “una cara pasadera” como único patrimonio, un capital perecedero con el cual había pocas esperanzas de alcanzar una regular fortuna. Las costureras aprendieron este oficio en las migas, por lo tanto, podía conseguir empleo en los obradores de moda o en los de cajón, aunque también había algunas que trabajaban en su casa. Estas últimas eran las más virtuosas porque se comportaban apropiadamente ante los demás. En cambio, las primeras confiaban en su belleza física, por lo que deseaban objetos de lujo para verse más atractivas. Tal pretensión no se condenaba, ya que sus atributos constituían los únicos “bienes raíces” que poseían. Con el propósito de obtener lo que anhelaban, buscaban un hombre que las complaciera. Su porvenir giraba en un círculo reducido, por consiguiente, utilizaban el amor como su mayor capital. Así, conquistaban su posición social mediante la coquetería, el artificio y el engaño. No eran culpables de usar semejantes supercherías, ya que no lo hacían por maldad, sino por instinto. Su “triste estado moral” resultaba de una deficiente educación religiosa, motivo por el cual desconocían los principios de virtud que ayudaban a la mujer a sortear los peligros.

La costurera, al igual que todas las demás, desconocía la fidelidad, virtud que desterró desde el inicio de los tiempos. No le importaba engañar al hombre con el que se había comprometido. Asistía asiduamente a los bailes nocturnos; su madre condescendiente no se lo impedía ni mandaba a nadie para que la vigilara. Nada evitaba que ella pasara por la vida “risueña”, “contenta” y “dichosa”. Sus aspiraciones y los devaneos que utilizaba para lograr sus fines, la convertían en la “reina de los caprichos”. Sólo unas cuantas costureras escapaban de ese comportamiento relajado. Pese a sus defectos, sabía sacrificarse por sus parientes que sufrían, y sin pensarlo, llevaba al empeño sus mejores vestidos o pedía un aumento de su carga de trabajo con la intención de conseguir más dinero. Sus actos reflejaban que conservaba la “belleza de corazón”, “la filantropía de los afectos” y la “exaltación de cariño”, cualidades que distinguían a las mexicanas. Si no sabía explotar el amor, estaba destinada a ejercer ese oficio toda su vida y a permanecer en la senda de la infelicidad. Si se casaba con un artesano, su vida sería modesta pero honrada.⁶⁹

⁶⁸ *Mexicanos, op. cit.* pp. 293-297; Frías, *op. cit.*, pp. 70-73; Castro, *Poliantea*, 1997, p. 31. Prieto también legó un retrato de las lavanderas porque afirma que le ayudaron a salir de la miseria en la que vivía.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 50-56.

Es interesante señalar que en la primera serie de tipos, Hilarión mostraba las dos caras de la moneda: por un lado, la mujer comprometida con el trabajo y que luchaba por sacar adelante a su familia, y por el otro, a la que dedicaba su atención a las diversiones mundanas. No resulta extraña su postura moralista sobre las costureras, pues, como se observará en el análisis de las protagonistas de sus novelas, mostraba recelos respecto a la conducta de las féminas e incluso las concibe como las causantes de los males sociales. Sólo respetaba a quienes se comportaban de acuerdo con los parámetros morales. Por ejemplo, le parecía loable la viuda que respetaba la memoria de su marido muerto; prefería sufrir críticas por vestir de luto antes que cambiar su proceder. Sin embargo, se convertía en un objeto de deseo de los hombres, pues conservaba una belleza y una frescura que apasionaba. Aunque podía actuar con total libertad e independencia, prefería mantener su castidad. Salvo quienes percibían una pensión del Estado, las demás tenían que optar por buscar trabajo o volver a casarse, únicos medios para mantener la integridad moral.⁷⁰

Las presuntuosas

Las clases altas regularmente no formaban parte del repertorio de las colecciones de tipos publicadas en Europa. Por ello, llama la atención que Hilarión Frías haya incluido el retrato de uno de los miembros de ese sector social, a pesar de que, como se ha observado, no pretendía apegarse a las normas de las series europeas, sino crear su propio marco de representaciones. El escritor sentía repudio por el estrato alto, lo cual se proyecta cuando describe a la “gran señora” que formaba parte de lo que denominaba la “aristocracia exótica”. Esta mujer “carecía de costumbres nacionales”, o bien imitaba las extranjeras, y estaba condenada a una vida tediosa en su palacio, “santuario del lujo y de la indolencia”.

Sacrificaba su existencia y sus ilusiones a sus deberes, por lo que se convertía en una “víctima” que se inmolaba todos los días en el altar de mármol de la apariencia. Pese a que mantenía una gran distancia con las personas diferentes de su clase, se adivinaba que sufría profundos dolores provocados por sus pasiones perdidas. La “gran señora” buscaba copiar las modas europeas: su ropa era importada de España y se basaba en modelos franceses. Sus vestidos “escandalosos” y “provocativos” se ceñían en su cuerpo y dibujaban unas formas que “debían ocultarse”. Usaba un gran peinado y sus uñas estaban cortadas en

⁷⁰ Frías, *op. cit.*, pp. 34-35.

forma triangular para facilitar la introducción del guante. No le importaban los problemas sociales, sólo quería mantener sus privilegios.⁷¹

El tipo de “la actriz” mostraba a la mujer de clase media o baja que deseaba sobresalir y trataba de escapar de la miseria de la vida humana. Ser artista se volvía en su más grande ideal. Sus primeras apariciones las había tenido en las comedias caseras y en las representaciones de aficionados, lugares en los que su “corazón juvenil y entusiasta” probó las mieles del triunfo momentáneo, las cuales la motivaron a buscar un futuro en la actuación. Pese a que no tuvo educación artística formal, su vocación inflexible la llevó al escenario, en donde logró algunos triunfos, mas la envidia truncó su carrera. El matrimonio era la única forma que la salvaría del hambre.⁷²

En “la polla”, el queretano describía a la niña que transitaba a la juventud. Ella era como una “aurora de una vida de amor y sentimiento, apacible y risueña”. No sólo se desarrollaba su cuerpo, sino también sus pensamientos que creaban un “poema íntimo y tierno” que no todos sabían leer. La polla guardaba las muñecas y se concentraba en las modas, pues pretendía que los hombres se fijaran en ella. Esperaba convertirse en mujer con el objetivo de ganar un lugar en el mercado de la sociedad.⁷³ En estos tres tipos, Hilarión mostraba una faceta crítica en contra de las féminas que apelaban a lo físico para destacar socialmente. Es interesante que los personajes mencionados pertenezcan a etapas distintas de la vida: la polla apenas florecía, la actriz estaba en su juventud y la gran señora en la madurez. La aversión del autor por las clases acomodadas generó una descripción ácida de la gran señora, a quien mostró como una “víctima” consciente, es decir, ella sacrificaba su vida en aras de mantener su estatus. En cambio, la actriz veía cómo se desvanecían sus ilusiones a causa de la realidad.

Las religiosas

Frías consideraba que uno de los grandes triunfos de la Reforma fue ayudar a la liberación de las monjas, personajes que, desde su perspectiva, estaban en proceso de desaparición. Los conventos habían sido creados por hombres de una “fe ciega” que deseaban fomentar la adoración perpetua, y, a la vez, que se convirtieran en un refugio para detener los abusos de

⁷¹ *Ibidem*, pp. 38-39.

⁷² *Ibidem.*, pp. 48-49.

⁷³ *Ibidem*, pp. 85-86.

los más fuertes. Algunos conventos se fundaron con el propósito de redimir los crímenes de “grandes infames”; otros, a fin de servir como “jaulas inviolables” de la realeza, ya que se necesitaba encerrar las ramas femeninas que trajeran adulteraciones o divergencias en las dinastías. Si bien muchas se encerraban de manera voluntaria, los “góticos monumentos del fanatismo de la Edad Media” también amparaban a las que sufrían por amor y a las que habían cometido una falta que requería de expiación. La vocación o el deseo de huir del mundo eran las razones que se esbozaban para poblar los conventos. Incluso, en gran número de ocasiones, también imperaban los factores económicos, pues las familias ricas acrecentaban los mayorazgos y las pobres disminuían su carga.

Las monjas se sepultaban en vida; esas almas “puras” y “crédulas” se transformaban en esclavas del claustro. Al entrar en el “presidio religioso”, su vida se volvía monótona y sujeta a reglas con precisión matemática; sus actividades variaban según la orden. Cuando los conventos eran ricos, sólo cumplían con las oraciones decretadas por reglamento y cantaban en el coro; el resto de su tiempo lo empleaban en la holganza, ya que las novicias, niñas y criadas se encargaban de la servidumbre. Más bien se entretenían en curar “males imaginarios”, producto de su “eterno histerismo”, en cuidar sus escrúpulos y en enterarse de los chismes que agitaban la comunidad. En contraste, si los conventos eran pobres, las monjas estaban sometidas a una regla severa que las volvía víctimas de un ascetismo cruel. Las privaciones y las mortificaciones agotaban sus fuerzas. El dolor intenso buscaba apagar sus “deseos no satisfechos” al no cumplir el “afecto de la maternidad”.

El alma se estremecía cuando se conocían sus sacrificios. Sus familias se acordaban en pocas ocasiones de ellas e incluso las consideraban muertas. La monotonía de la vida monjil terminó gracias a la “revolución”, la cual había acabado una “reclusión absurda” fundada en una “coacción del engaño”. La violencia con la que se incorporaban al mundo esas “mujeres desoladas”, pudo evitarse si las autoridades eclesiales hubiesen cerrado los noviciados. La miseria era el principal problema que enfrentaban ellas porque su trabajo, al igual que el de todas, resultaba infecundo; morían de hambre, mientras los “hombres piadosos” que administraban los bienes de manos muertas se enriquecían.⁷⁴

En el tipo de la colegiala, Hilarión analiza la educación impartida en las escuelas de niñas, donde se fomentó el fanatismo religioso tan arraigado entre los diversos estratos

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 62-65.

sociales. Los colegios de niñas eran monásticos debido a que el clero monopolizó la instrucción; fueron fundados por solteros que carecían de una familia a la cual pudieran hacer partícipe de sus afectos. Únicamente ellos podían perpetrar el crimen de arrancar a una niña de los brazos de su madre para encerrarla en las paredes de un monasterio, en el que “manos extrañas” se encargarían de formar aquellas almas tiernas. Sin embargo, el queretano reconoce que estos lugares sirvieron de amparo a las huérfanas y a las jóvenes que tenían la miseria como único futuro. Aunque también albergaron a las que tenían problemas familiares o sufrían por amor. Quienes entraban por esta razón, aceptaban el encierro con pesar, mientras que las otras estaban convencidas de que le quitaban un peso de encima a su familia.

Fue un gran acierto de la Iglesia encomendar la educación de las colegialas a las monjas, “esas mujeres santas” que demostraban un gran amor por la niñas como una forma de compensar el “afecto maternal” que jamás habían de satisfacer. Las reglas del colegio volvían a las mujeres “gazmoñas”, es decir, se les enseñaba a comportarse con modestia: no debían alzar los ojos, sus brazos permanecerían cruzados y su voz sería monótona. Se les sometía a un trabajo “continuo y fatigante” para evitar que recordaran los “éxtasis vagos y dulces” del mundo. A pesar de que el médico concordaba en que los colegios no permitieran las “galas” y los “grandes peinados”, difería con la manera en las que las vestían, pues el pudor monástico era más “impúdico” que la moda profana. Prohibir el uso de la crinolina resultaba contraproducente porque las formas femeninas se dibujaban con mayor soltura en las enaguas de indiana.

Aunque la vigilancia que se ejercía sobre las estudiantes, muchas “charlatanas” lograban reanudar sus relaciones amorosas. Las rejas del locutorio no impedían que tuvieran una vida íntima. Ellas necesitaban amar. La reclusión “imposible” ocasionaba que manifestaran celos y murmuraciones, factores que ayudaban a fortalecer una educación “tan perfecta y tan llena de malicia” como la que nunca lograrían en sociedad.⁷⁵ Al igual que en muchos retratos, Frías sostuvo una posición ambivalente con los personajes descritos, puesto que reconocía los atributos religiosos de las monjas pero las consideraba “inservibles” a la sociedad. En cuanto a las colegialas, señalaba que era pertinente educarlas en una moral inflexible, sin embargo, aseveraba que los mismos colegios

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 74-77.

fomentaban los vicios a eliminar. Los dos tipos descritos muestran el acendrado moralismo del autor y su actitud misógina, dos facetas observadas en los casos anteriores, mas se aprecian aquí de manera acentuada. Sin embargo, no se debe pasar por alto que el menosprecio a la mujer constituía una posición predominante en la época.

Las descripciones de los tipos

A pesar de tratarse de una colección que abarca 24 tipos populares, tal vez podríamos imaginar que cada uno de los retratos contenía minuciosas descripciones físicas de los personajes, tal y como sucedía en los modelos europeos. Sin embargo, este aspecto no fue explotado por el autor. Sólo se limitó a practicar este ejercicio en unos cuantos escritos que carecían de profundidad, pues se restringió a lo más superficial. Estas limitaciones ocasionaron que los lectores no lograran formarse una imagen de los retratados. Además, la diversidad de objetivos que perseguía provocó que no existiera un modelo único de descripción. Así, en algunos enfatizaba el aspecto moral, en otros detallaba las situaciones, y en los demás, las costumbres del grupo retratado.

Entre las prosopografías físicas se encontraba la del aguador; afirma que su vestimenta se componía de cueros, un chochocol, un cantarito y una gorra, mas nunca menciona qué grupo social se dedicaba a esta actividad. Lo mismo sucedía con el cochero de chaqueta cuya ropa consistía en sombrero, botas altas y una cuarta, pero tampoco especifica a qué sector se adscribía. En el caso de la vieja únicamente refiere que poseía un vestido negro sucio. El bandido, hacia quien sentía cierta admiración, era presentado como un hombre trigueño, robusto y curtido al sol, atributos que lo acercaban a un “centauro”. También describió los grandes peinados y ropas finas de la gran señora.

Solamente de la lavandera realizó una descripción detallada: morena, garrida, con brazos musculosos, ancha cadera, pelo negro, dientes blancos, “ojos mexicanos” y boca grande. En cierta manera, la presentaba como prototipo de la mujer mexicana, pues asegura que ella, al igual que las demás, era bella de la cintura para arriba, aunque no podía contemplar su base “sin morir de tristeza” debido a sus pies pequeños. Si las características físicas fueron escasas, las psicológicas casi no las menciona. El énfasis de su trabajo radicó en el aspecto moralizante: dejar una enseñanza a los lectores y encontrar soluciones a ciertos problemas que agobiaban a la población. Se necesitaba que los

ejercicios de escritura trascendieran la esfera de la literatura; no sólo debían agradar al público, sino volverlos concientes de su realidad. Tanto en sus novelas, como en sus escritos periodísticos, Hilarión da cuenta de su pretensión de perfeccionamiento moral de la sociedad mexicana, factor que ayudaría al progreso del país.

Los retratos literarios

Si se recuerda a Frías por ser uno de los literatos que contribuyeron a crear una colección de tipos populares, también cabe destacar su papel fundamental en la elaboración de retratos de los personajes sobresalientes de su época. La diversidad de figuras que aparecen en sus escritos evidencia la falta de un criterio definido para escogerlos. Sin embargo, la mayoría se identificaba con la corriente liberal. Regularmente, el queretano contemplaba el aspecto físico y espiritual del individuo; cuando hacía referencia a los protagonistas ficticios, privilegiaba uno sobre otro. Los retratos se clasifican en dos rubros: notas necrológicas y descripciones de los personajes del momento.

Un ejemplo del primer grupo es el de Constantino Escalante;⁷⁶ en él presenta al caricaturista como un “sublime loco”, perdido en el “lirismo de su imaginación” y cuya capacidad de “dominar a la sociedad” se debía al poder de su inteligencia y voluntad. Estas características se plasmaron en la caricatura que, al pasar por el poder de sus manos, se convirtió en una “sátira viva, animada, personal y punzante” de los “rasgos ridículos” del hombre. Hilarión comparaba el genio de Escalante con una planta exótica: los dos morían antes de dar fruto.⁷⁷ En el caso de José María Buiza, joven médico guanajuatense al que estimó por su compromiso con el trabajo (a tal grado que lo llevaría a la muerte), lo refiere como un hombre de “clarísima inteligencia”, llamado a ser una de las esperanzas de la ciencia en México.⁷⁸ Por otro lado, el escritor consideró a León Guzmán⁷⁹ una de las

⁷⁶ Constantino Escalante nació en la ciudad de México en 1836 y murió ahí mismo en 1868. Fue considerado el caricaturista más notable de una época en la que el género alcanzó gran desarrollo. Su talento sería fundamental para proyectar el periódico *La Orquesta*, en el cual el ingenio y el valor civil iban de la mano.

⁷⁷ *La Orquesta*, 5 de noviembre de 1868. Este artículo también se publicó en *El Semanario Ilustrado* del 6 de noviembre de 1868.

⁷⁸ *La Independencia Médica*, 14 de abril de 1882. También se publicó en *El Diario del Hogar*, 25 de abril de 1882.

⁷⁹ León Guzmán nació en Tenango del Valle en 1821. Se desempeñó en diversos cargos políticos, entre ellos, como gobernador de Guanajuato. Murió en Nuevo León en 1884.

“personalidades enérgicas” que vivieron en un “período legendario de la historia de la república”.⁸⁰

En la segunda categoría se encuentra la descripción de Ignacio Mariscal, quien, a decir del queretano, había logrado ganar un puesto en la historia porque era “uno de los más notables del partido republicano de México”. Frías no escatimó elogios para el Ministro de Relaciones, pues reconocía en él “firmeza de principios” e “indisputable honradez” que lo volvían un “funcionario íntegro”. Se le podía agradecer el contacto cordial que México mantenía con las naciones europeas y americanas, además, supo acercar los pactos internacionales para el desarrollo de la riqueza nacional.⁸¹ Sin embargo, el retrato más alabado fue el que escribió sobre Ignacio Ramírez. De acuerdo con Juan de Dios Peza, Hilarión realizó un “trabajo tan erudito como notable” que llamaría la atención de los círculos sociales, ya que había llenado un vacío en la historia patria. La juventud debía leer la “monografía perfecta” de uno de los más “profundos” y “eruditos” sabios en México. Incluso pensaba que el ejemplo del queretano debía ser imitado por otros escritores.⁸²

Los retratos de lugares

Como buen retratista, Frías no sólo se fijaba en las personas, sino también en los lugares que visitaba. Era un pintor de detalles que lograba amalgamar en una misma tela lo bello y lo execrable; para él no había medias tintas cuando se trataba de plasmar la realidad. Estaba consciente de que las ciudades cambiaban, por tal motivo debía delinear su fisonomía. Desde su punto de vista, lo más importante en este tipo de descripciones no era la erudición, sino la veracidad y la minuciosidad del detalle, lo cual permitiría al lector imaginar los lugares presentados. Al igual que en los retratos de personas, el escritor no mantenía un criterio fijo en la elección de los lugares a representar.

Así, se consideran tres tipos de imágenes: las que eran consecuencia de una situación anómala que trataba de denunciar; por ejemplo, las descripciones de los edificios que albergaban a los hospitales o al Museo Nacional; las que buscaban puntualizar un escenario, como la alusión a la plaza de Santo Domingo, catalogado un “emblema del

⁸⁰ *El Diario del Hogar*, 18 de mayo de 1884.

⁸¹ Frías, *Cuestión*, 1883, pp. 27-40.

⁸² *El Diario del Hogar*, 9 de mayo de 1884; Carballo, *Reflexiones*, 1999, p. 168. Carballo afirma que el trabajo de Frías sobre Ignacio Ramírez fue aprovechado por los estudiosos posteriores del Nigromante, entre los que se encontraba Ignacio Manuel Altamirano.

progreso de los tiempos”,⁸³ y las que eran fruto de su experiencia en un lugar, tal es el caso de su vivencia en Querétaro, a partir de la cual elabora uno de los retratos más apasionados. Pese a que Frías afirmaba que su tierra natal se encontraba estancada socialmente, reconocía que esta “ciudad fantástica” flotaba en un “océano de verdura” y en bosques de naranjas y limoneros. La “ciudad árabe” levantaba al cielo las “esbeltas agujas de sus cien torres”, sus cúpulas “reverberantes” y sus casas moriscas.

Si bien, a su parecer, Querétaro era “bellísima”, no la concebía de las mejores, debido a sus calles estrechas e irregulares, a consecuencia de la ignorancia española en lo que se refería a la planificación urbana. No obstante, elogiaba sus grandes tesoros arquitectónicos, como el acueducto construido por el marqués de la villa del Villar de Águila, el convento de la Cruz y las iglesias de la Congregación, de las Capuchinas, de San Francisco, de Santa Teresa, de San Agustín y de Santa Rosa. Para Hilarión sin duda el acueducto rivalizaba con los de Roma. A pesar de no ser un experto en arte, trató de mostrar las virtudes de tres iglesias que superaban las de la misma capital: San Agustín, Santa Rosa y Santa Teresa.

Sobre la primera menciona que había sido construida por el “gigantesco genio de un arquitecto delirante por la fiebre de su arte”; se podía observar en una de las torres truncas una gran gama de cariátides, gnomos acéfalos, palmas, acantos y figuras fantásticas. Otro punto admirable era la puerta, ya que los ángeles y flores del marco sostenían un nicho que contenía un Cristo crucificado, el cual expresaba con exactitud el dolor del martirio. El escritor se mostraba más sorprendido por las esculturas de piedra; esto lo llevó a afirmar que parecía que el “granito se fundió como cera al calor de la inspiración del artista, y se amoldó dúctil y blando a los caprichos del arte”. En el interior del templo había una “magnífica arquería” que ostentaba en sus pilastras esculturas imposibles y rostros enérgicos. Hilarión califica a la iglesia de San Agustín como un “portento” que se admiraba durante días enteros; por esta razón, manifestó su enojo contra “la criminal ignorancia de nuestros pasados ministros de Hacienda”, quienes autorizaron a los soldados y los “codiciosos” adjudicatarios destruir los “prodigios del arte”. Criticó la decisión de convertir el templo en un cuartel, según él, lo que debía hacer el gobierno era nombrarlo una “gloria del arte nacional”.

⁸³ Frías, “Plazuela” en *Pie*, 2007, pp. 103-105.

Su punto de vista resultaba interesante; buscaba preservar los monumentos que se podían catalogar como históricos. Pese a su marcado anticlericalismo, no dudaba en considerar los edificios religiosos como parte esencial de la historia del país, por lo que se debían proteger. Sin pelos en la lengua, cuestionó la política desamortizadora que contribuyó a destruir una parte del patrimonio histórico nacional. Estimaba a la iglesia de Santa Rosa Viterbo una “belleza monumental” cuya torre calada parecía un minarete árabe que se levantaba sobre una construcción gótica. En cuanto al templo de Santa Teresa, se destacaba por asemejarse a una construcción griega de pórtico cerrado, cuyo estilo, aunque indefinido, era sorprendente. La ciudad de Querétaro estaba dominada por el Cerro de las Campanas, lugar que se convirtió en la tumba del Imperio.⁸⁴

Críticas literarias

Al igual que muchos de sus contemporáneos, Hilarión creía necesario consolidar una literatura que reflejara la esencia del mexicano y se liberara de las influencias extranjeras. Sin embargo, sus ilusiones no se volvieron realidad, en la década de los ochenta se quejaba de que México careciera de literatura y contara con un pueblo analfabeta que se contentaba con leer novelas realistas o libelos inmorales.⁸⁵ Aun cuando faltaban buenos escritores, el queretano reparaba en que existían algunos textos que valía la pena examinar. Aunque él no se destacó por sus críticas literarias, éstas reflejan sus concepciones sobre la literatura. Entre sus primeros juicios literarios, se encontraban sus análisis de dos diarios de viaje: el de Felipe S. Gutiérrez y el de Luis Malanco.⁸⁶ Leyó el primero durante su convalecencia y el segundo le fue entregado en una versión inédita por el mismo autor.

⁸⁴ *El Diario del Hogar*, 25 de mayo de 1882; *El Siglo XIX*, 6 de octubre de 1894.

⁸⁵ *El Pacto Federal*, 15 de marzo de 1885.

⁸⁶ Felipe Santiago Gutiérrez nació el 20 de mayo de 1824. En 1836 ingresó a la Academia de San Carlos. En 1848 fue nombrado catedrático de dibujo en Sultepec, población que se había convertido en la capital del Estado de México a raíz de la invasión norteamericana de 1847. En 1850 regresó a la ciudad de México para ocuparse de la cátedra de pintura en la Academia de San Carlos, puesto que desempeñó hasta 1855 cuando lo cedió a su amigo Luis Coto. Entre sus pinturas más célebres se encuentran: La caída de los ángeles rebeldes, la bendición de Jacob a los hijos de José, El anuncio de la muerte de José a Jacob ante la túnica de José, la Muerte de Lucrecia o El juramento de Bruto y San Sebastián curado por las mujeres piadosas. Durante el Imperio de Maximiliano fue enviado a Roma por el emperador para que estudiara en la Academia de San Lucas, institución en la que sólo permaneció dos meses y después se dirigió a Madrid para inscribirse en la Academia de San Fernando. En este recinto, uno de sus profesores, Federico de Madrazo, lo calificara como el “Ribera mexicano”. Gutiérrez permanecería en el extranjero durante varios años hasta que regresó a México en la década de 1890. Murió en Texcoco el 4 de abril de 1904. Luis Malanco nació en Zumpango en 1831. Estudió en el Colegio de San Gregorio. Presidente del Ayuntamiento de la ciudad de México, secretario

Señala que el texto de Gutiérrez titulado *Viaje* era digno de mención, ya que fue escrito por un mexicano. Si bien era cierto que carecía de valor científico, no se comparaba con los textos de Haüsser, Chateaubriand, Dumas y Musset.⁸⁷ Aunque tenía descripciones ligeras de los lugares recorridos e incluía frases vulgares, no se podía pasar por alto que sus cuadros mostraban el color local y transmitían un “tinte tan exacto” de las impresiones que el autor vivió de las poblaciones que atravesó y de las sociedades inspeccionadas. Estas situaciones dejaban en el alma una “fotografía moral indeleble” que evidenciaba el “alma serena” del escritor. Tales atributos proporcionaban a la obra cierto mérito.⁸⁸ Mientras que, en el caso de Luis Malanco, éste le dio su texto porque compartían una gran amistad; por este motivo, Frías lo alababa mucho; incluso, enfatiza su gran rectitud y dignidad, lo cual revelaba el dominio que ejercía sobre los “afectos más enérgicos y sobre las pasiones más hondas”.

La relación entre estos dos personajes resultaba extraña; de acuerdo con Federico Gamboa, Hilarión era fogoso y libre pensador, mientras que Luis se caracterizaba por calmado, eximio y un gran conversador que sabía mezclar lo vivido con lo imaginado y los recuerdos con los anhelos. El queretano estaba consciente de que su amistad con Malanco no se definía fácilmente, pues éste concentraba sus aspiraciones en el pasado; en cambio, él pensaba en un porvenir que vivificara a las razas, alumbrara a las “conciencias emancipadas” e irradiara el “Tabor de la libertad”.⁸⁹ De acuerdo con Hilarión, Luis le pidió que no hiciera un análisis filosófico de su libro, pero como éste no hizo caso de la sugerencia entonces Malanco decidió que el texto no se publicaría, motivo por el que el

de la Legación de México en Italia y magistrado del Tribunal Superior. Murió en Tlalpan en 1888. Escribió *Escritos sobre varias materias* (1875) y *Viaje a Oriente*.

⁸⁷ Luis Haüsser nació en Kleeburg en 1818 y murió en Heidelberg en 1867. Autor de *Kart, Freiherr vom Stein, eine Skizze* (1861), *Zur Beurteilung Friedrichs* (1861), *Geschichte der Französischen revolution, 1789-1799* (1868) y *Geschichte des Zeitalters der reformation, 1517-1648* (1868). François Renat Chateaubriand nació en Saint Malo el 4 de septiembre de 1768 y murió en París el 4 de julio de 1848. Autor de *Essai sur les revolutions* (1797), *Le génie du christianisme* (1800), *Les martyrs* (1809), *Itinéraire de Paris a Jerusalem* (1811), *Etudes ou discours historiques* (1831), *Voyages en Amerique, en France et Italie* (1827) y *Essai sur la littérature anglais* (1836). Louis Charles Alfred de Musset nació el 11 de diciembre de 1810 en París y murió en la misma ciudad el 2 de mayo de 1857. Escribió *Les contes* (1829), *Les vœux stériles*, *Octave* y *Les secrètes pensées de Raphael* (1831), *Le Chandelier* (1835), *Le servante du roi* (1845) y otras más. Alejandro Dumas nació en París el 29 de julio de 1824 y murió en Marly-le-Roy el 27 de noviembre de 1895. Autor de *Péchés de jeunesse* (1847), *fabril. Aventures de quatre femmes et d'un perroquet* (1847), *La Dame aux Camélias* (1848), *Le Roman d'un femme*, *Cesarine* (1848) y otras más.

⁸⁸ *El Diario del Hogar*, 3 de marzo de 1882.

⁸⁹ Gamboa, *Impresiones*, 1922, p. 53; *El Diario del Hogar*, 31 de agosto de 1884.

médico optó por editarlo en forma de artículos en *El Diario del Hogar*, lo que constituía, a decir de Frías, un testimonio irrecusable del afecto de hermano que le prodigaba.

Tampoco se mostraba contrariado porque aquél no hubiera aceptado su “humilde regalo”, ya que tenía el derecho de rechazar un escrito que iba en contra de sus creencias y las de sus lectores. Incluso, llegó a afirmar que la “excomuni6n” del viajero no lo ofendía, sino que la recibía con “sincera gratitud”, pues le evitaba padecer una “vergonzosa derrota” dado que existían escritores, como en su caso, que ganaban más cuando no eran leídos. Así, Malanco lo salvó de una “derrota literaria” segura.⁹⁰ Frías menciona que no se jactaba de “vanidoso” y reconoció desde un inicio que rebasaba su capacidad, mas siguió con la empresa por tratarse de un “deber de amistad”. De esta manera, no podía lograr que su juicio fuera del mismo talante de una producci6n literaria que derrochaba entusiasmo y fe religiosa.

Si bien el viajero llevaría una antorcha con la que alumbraba los “caminos nebulosos del idealismo” y cantaba sus leyendas, sus creencias y su amor a Dios, él trazaría líneas tristes y sombrías reflejando al escéptico que lanzaba un “grito de anatema” contra los “violadores de la justicia eterna” y, a la vez, representaba un lamento por los millones de hombres sacrificados en nombre de las potestades del cielo. Aquél le pedía un himno que exaltara su obra, pero él sólo podía realizar una larga correcci6n a la historia y guardar silencio por el tiempo que el catolicismo llevaba de falsificar la religi6n de amor que se erigió en el Calvario. Ante la discordancia de caracteres, lo mejor era evitar confrontaciones que no conducirían a nada. Su experiencia en el periodismo y en los parlamentos, además de sus reflexiones acerca de las “eternas discusiones” de los sabios sobre las ciencias y las religiones, llevaron a Hilari6n a concluir que un contendiente jamás lograba persuadir al otro, debido a que los hombres juzgaban con sus sentimientos antes que con sus pensamientos.

La inteligencia se doblegaría ante la persuasi6n cuando la verdad imperara en el mundo. Frías no abogaba por la desaparici6n de las religiones porque considerara las teomanías como estados patológicos de la humanidad, sino por su creencia en el desarrollo de otra religi6n en el futuro que estuviera acorde con las formas sociológicas y ayudara a lograr el progreso humano. En su opini6n, el catolicismo no podía sobrevivir dada su

⁹⁰ *El Diario del Hogar*, 31 de agosto de 1884.

oposición a la libertad y el adelanto, aunque estaba convencido de que trascenderían sus principios filantrópicos y morales por su inmutabilidad. Por otro lado, afirmaba que uno de los rasgos distintivos de Malanco era su capacidad de combinar la “inagotable materia prima de la ciencia y la historia” con su “vigorosa e inspirada” imaginación, lo que ocasionó que hubiera elaborado una “bellísima joya literaria” digna de la pluma de escritores como Chateaubriand y Lamartine.⁹¹

El queretano también señala que Luis desconfiaba de su creación porque le parecía producto de un creyente. Sin embargo, el médico manifestó que en ella se apreciaba una lucha inconsciente entre la afirmación de la fe y las conclusiones de la ciencia. Gracias a que el escritor había mostrado su idealidad cristiana, el cuadro que describía era espléndido y digno de catalogarse como una obra de arte si no se viviera en tiempos de “escepticismo científico”. Hilarión no dudaba de que el libro de su amigo representara un “timbre de progreso” legible, sin mayores problemas, en Europa, pese a que su autor pensara que no tenía mayor importancia. Esta afirmación demostraba su humildad; generalmente los escritores eran “vanidosos” y no aceptaban el cuestionamiento de los demás.⁹²

Aunque Frías no lo decía, mediante su crítica quería convencer a algún editor para que publicara la obra de Malanco. En vista de que los editores se creían los “reyes de la prensa”, abrogaban las disposiciones oficiales e imponían la suya, con lo cual se apoderaban del derecho de decidir a quién tomaban en cuenta para imprimir. Si bien no tenemos certeza de los motivos por los cuales el médico se expresaba tan mal de ellos, aseveraba que eran los “más carnívoros de los animales” y los más “iletrados de los bípedos”. Finalmente, la creación de Luis salió a la luz en 1883 con el título de *Un viaje a Oriente*.⁹³ Para celebrar tal evento, el queretano escribió tres artículos en *El Diario del Hogar* en los que alababa las virtudes de un libro de juicios “rectos, hondos, [y] llenos de originalidad” que despertaba entusiasmo por lo grandioso, bello e ideal. Esta situación lógica se debía, según él, a que el autor era un “hombre talentoso” con “gran inteligencia”

⁹¹ Alphonse Marie Louis de Prat de Lamartine nació en Maco el 21 de octubre de 1790 y murió en París el 28 de febrero de 1869. Autor de *Meditations poétiques et religieuses* (1820), *Harmonies poétiques et religieuses* (1830), *Nouvelles méditations poétiques* (1823), *Voyage en Orient, souvenirs, impressions, pensées et paysages* (1835), *Histoire des girondins* (1846), *Geneviève* (1850) y otras más.

⁹² *El Diario del Hogar*, 7 de marzo de 1882.

⁹³ Quirarte, “Otriedad” en *Jerusalén*, 2003, p. XVII. El libro contaba con un prólogo del dramaturgo conservador José de Jesús Cuevas, quien fuera fundador de la Sociedad Católica de la Nación Mexicana, y una introducción realizada por Ignacio Manuel Altamirano. De acuerdo con Quirarte, el texto de Malanco combinaba hábilmente sus hallazgos con un paisaje que “parece ser el mismo que vio la pasión de Cristo”.

en su escritura, pues no deseaba que ninguno de sus lectores se mostrara ofendido con sus palabras.⁹⁴

Sin duda alguna, Hilarión calificaba este texto como una de las mejores producciones de la literatura mexicana, el cual fue escrito por uno de sus hijos “más ilustrados y más amantes de su suelo”, que hacía gala de su capacidad con el propósito de ofrecer “animadas descripciones” sustentadas en la “fuerza de su imaginación”, en su prosa fluida y sonora y en su gran erudición. Por ello, no resulta extraño que Frías comparara los escritos de Malanco con los del romántico Walter Scott,⁹⁵ ya que, de acuerdo con él, los dos eran maestros en el arte de la descripción, aunque Luis sobrepasaba al inglés porque logró que sus narraciones tuvieran el carácter de “verdad fotográfica”.

Para el crítico indudablemente se trataba de un texto “magnífico”, puesto que el autor había realizado un gran escrutinio motivado por su curiosidad. A pesar de su inseguridad respecto a su obra, el médico comenta que los libros de viajero no podían someterse a los análisis filosóficos pues éste dejaba que su alma hablara de los recuerdos que veneraba. Además, Malanco era un “sabio” que había escrito sus impresiones de viaje con cautela, prudencia y sagacidad, por lo que mostraba un alma intangible y fugaz que no se dejaba escuchar. En su escrito incluyó “teorías absurdas” y “tradiciones dudosas”, a fin de tomar en cuenta todo lo que le contaron y se abstenía de emitir sus juicios y opiniones; únicamente trataba de asumir el papel de narrador. No existía nada reprochable en su manuscrito; fue redactado por un “perfecto optimista” que presentaba el “lado bello” de las cosas. Por esta razón, en sus descripciones desaparecían los colores sombríos y sólo afloraban “los tonos dulces, las tintas brillantes y los fondos de luz”.

Así, el Oriente que describía el escritor era un “cielo bañado de luz, impregnado de aromas, y un ambiente de éter y de voluptuosidad: un suelo bordado de palmas, de cactus y de rosas”. Si el viajero delineaba de esta manera los países que visitó, se debía, según Hilarión, a que había sufrido el fenómeno del “*mirage*”, el cual provocaba que todo se viera de forma invertida. Lo anterior explica por qué Luis encontró vida, luz, aroma e idealidad

⁹⁴ *El Diario del Hogar*, 8 de junio de 1884.

⁹⁵ Walter Scott nació en Edimburgo el 15 de agosto de 1771 y murió en 1832. Autor de obras como *Lord of the isles* (1815), *The field of Waterloo* (1815), *The antiquary* (1816), *Black Dwarf* (1816), *Rob Roy*, *The legend of Montrose*, *Ivanhoe*, *The pirate*, *History of Scotland* y otras más.

en un suelo estéril, pobre y desolado.⁹⁶ Su libro se dividía en dos partes: la primera se dedicaba a Egipto, y la segunda, a Palestina. El médico menciona que su amigo decidió explorar estos dos lugares, ya que los consideraba cunas de dos civilizaciones. Como se creía incompetente en la crítica, el queretano prefirió llevar a cabo un recuento histórico de los sitios visitados para completar la fisonomía del suelo africano. Con ello, aportaría la parte material que se debía complementar con la realidad poética referida por el aventurero. Sin embargo, aclaró que no le entusiasmaba ese recorrido histórico; se entristecía al reflexionar sobre toda la sangre que se había vertido en ese suelo a causa de la ambición de los sacerdotes y reyes.

La confrontación entre la poesía y la realidad que señalaba Frías se observa en su análisis de las pirámides de Egipto. Malanco mostró una gran emoción en su descripción; no obstante, el queretano se limitó a indicar que, si bien ambos aspectos constituían una muestra del progreso intelectual del hombre, no se pasaba por alto que era una expresión de una “barbarie refinada” que evidenciaba la “loca y demente vanidad de los faraones”.⁹⁷ El crítico aclaró que no trataba de menoscabar la inmensidad del monumento, sino de presentar la perversidad de la tiranía que lo levantó, sobre todo porque el “poeta viajero” no pretendió descubrir los enigmas del pasado, mas bien se limitó a buscar elementos que le permitieran desarrollar su “sentimentalismo”, producto de su alma “ligera” y “vagabunda” que sólo deseaba libar la miel de los lugares que visitaba.

Hilarión consideraba que, en el texto de Malanco, al lado del artista aparecía el hombre de estudio que era capaz de contemplar con gran detenimiento lo que ocurría a su alrededor y en algunos pasajes. Se notaba en él una gran erudición, acompañada de una prosa deslumbrante; esto ocasionaba que el alma de los lectores se embriagara de la luz maravillosa del Oriente. El pasado que el viajero refería se encontraba lleno de tradiciones de “gran magnificencia”, lo cual refleja que había olvidado de manera intencional la historia para analizar el mundo oriental desde la perspectiva de los poetas. Por este motivo, en su obra se podía hallar una “epopeya aduladora” que lo acercaba a las “más bellas” producciones de Flamarión.⁹⁸ A pesar de la influencia que recibió de los escritores

⁹⁶ *El Diario del Hogar*, 10 de junio de 1884.

⁹⁷ *Ibidem*, 13 de junio de 1884.

⁹⁸ Camille Flammarion nació en Montigny-le-Roi el 26 de febrero de 1842. Fue un astrónomo que comenzó su carrera en 1858 en el Observatorio de París. En 1883 fundó un observatorio en Juvisy-sur-Orge y en 1887

Europeos, Luis no perdió su carácter mexicano; en su escrito se percibía el amor por lo bello y la indolencia ante la muerte y el dolor. Estos elementos daban cuenta de que los mexicanos carecían de la “gravedad indolente” y la “resignada altivez” de los conquistadores.⁹⁹

El médico reconocía su incapacidad para ser un viajero pues, a su parecer, la naturaleza y el hombre se asemejaban en todos los lugares; la esencia de la vida era la muerte de unas especies que se reemplazaban por otras. Mediante esta afirmación se nota que el queretano estaba convencido de que se necesitaba volverse un poeta si se quería desentrañar los misterios del otro, ya que un hombre imbuido en el materialismo, como en su caso, no alcanzaba a observar lo que los otros sí. No sólo se requería poesía en el alma, sino también creencias profundas. Así sucedía con Malanco, “católico ilustrado” que logró sacar la belleza de Judea, una tierra formada por “una serie de colinas áridas, grises y desprovistas de vegetación”.

En el lugar mencionado no se podía ver ningún paisaje alpino “con su salvaje grandeza” o “campos tropicales con su exuberante vegetación”, sólo una “tristeza enervante en el espacio” y una “monotonía sepulcral” en su suelo. Frías demostraba su filiación romántica al concebir la montaña como el epítome de la belleza, y la frondosidad como el atributo que daba sentido a lo exótico.¹⁰⁰ Aunque su amigo evidenciaba una gran emoción por encontrarse en Judea, el queretano pensaba que no había razones para hacerlo; en ese lugar no existía una nación, sino provincias destruidas por las tiranías de los pachas y de los sultanes. Las tradiciones históricas se sustituyeron por la superchería del fanatismo y las leyendas se suplantaron por las “consejas más insensatas”.¹⁰¹ En vista de que el viajero consideraba a Jerusalén la “tierra de los prodigios”, Hilarión trató de demostrarle que los judíos padecieron a causa de la esclavitud y servidumbre. Sin duda, en esa “tierra de bendición” se habían consumado todos los crímenes que la humanidad podía cometer.

Para entender lo sucedido en ese lugar, se requería, de una filosofía “tranquila” y “serena” que despojara de sus vestiduras a los hombres y solamente les concediera los

crearía la *Société astronomique de France*. También fue el primero en sugerir los nombres actuales de Tritón, satélite de Neptuno y de Amaltea, luna de Júpiter, los cuales serían aceptados oficialmente varias décadas después. Publicó *La pluralité des mondes habités* (1862), *Les mondes réels* (1865), *Histoire du ciel* (1867), *Voyages en ballon* (1870), *Lumen* (1871), *Vie de Copernic* (1872), *Le fin du monde* (1893) y otros textos más.

⁹⁹ *El Diario del Hogar*, 29 de junio y 13 de julio de 1884.

¹⁰⁰ Schenk, *Espíritu*, 1983, pp. 215, 218-219; Zulueta, “Vocación” en *Viajeros*, 1988, pp. 89-90.

¹⁰¹ *El Diario del Hogar*, 29 de junio de 1884.

atributos que arrojaba un “juicio recto e imparcial”. Por medio de esta única forma era posible comprender cuál fue el papel del pueblo hebreo en el nacimiento de la civilización occidental. Malanco cometió el error de recorrer la Tierra Santa de la mano de la Biblia, por su didáctica al “ser obra de la divinidad”. No obstante, se le debía sujetar a las exploraciones de la ciencia y las conclusiones de la filosofía, las cuales han ayudado a disminuir el brillo de los héroes más “sofisticados”. Pese a que Frías criticaba su posición, no se percató de que cayó en la misma trampa; llegó a afirmar que en Moisés se podía encontrar “el primer pensamiento de libertad, igualdad y de fraternidad”. Al ser educado bajo la “terrible tiranía” de Egipto, éste logró amamantar el “odio a la monarquía” y una “invencible repugnancia” a la distinción de casta. No cabe la menor duda de que el médico exageraba en sus afirmaciones, mas éstas reflejaban su radical posición liberal pues rescataba los postulados del jacobinismo para anteponerlos a la monarquía.¹⁰²

De esta manera, cuestionaba el papel que la historia otorgó a los judíos, quienes aparecían como los grandes calumniados, los malditos y los excluidos, sin mostrar que, gracias a ellos, se conservó el dios único que veneraban los cristianos, la ley que seguían los pueblos cultos y los libros que honraban 200 millones de creyentes. Nadie advertía que la gente judía fue aplastada por el despotismo y desangrada por la conquista. Si Moisés surgía como la figura señera, se debía a que los convirtió en agricultores y los volvió ciudadanos después de ser educados bajo los preceptos morales. Aunque algunos los concebían como soldados, sus libros, cánticos y tradiciones revelaban que estas personas tenían un carácter dulce, apacible y dúctil; peleaban por su valentía, mas su temperamento los orillaba a impedir las fatigas físicas. En su alma se veía que imperaba la tristeza, lo cual provocó que la hipocondría moral fuera orgánica en su raza. Esta situación los llevó a ahogarse en el marasmo y a que no tuvieran las fuerzas suficientes para rechazar las invasiones y las tiranías. Tal tristeza se traslucía en su poesía, y ésta representaba el “eterno lamento” del esclavo. Su fatalismo los condujo a confiar en su ser omnipotente, por lo tanto, imperó en su carácter la degradación.

Malanco no logró analizar la realidad del pueblo judío y se dejó influir por el “éxtasis sublime del cristianismo”, lo que ocasionó que sus observaciones fueran “superficiales” y olvidara su educación para evocar las memorias “más patéticas” de la

¹⁰² *Ibidem*, 29 de junio y 6 de julio de 1884.

tradición católica.¹⁰³ Al igual que los católicos fervientes, el viajero describía los monumentos de Jerusalén con una “alucinación” y bajo el arrobamiento de la oración; en consecuencia, no lograba examinar los hechos con frialdad y reflexión. Por ejemplo, cuando describe la crucifixión muestra la “frase convulsa de dolor” que brotaba de un “alma anegada en lágrimas” y pretendía transmitir ese sentimiento a sus lectores. A pesar de ello, Hilarión reconoce que el texto de este autor no era una “fraseología” absurda carente de verbos, llena de nombres subjetivos y adjetivos impropios que buscaban herir la inteligencia para hacer vibrar el sentimiento.

El hecho de que esta obra saltara ese escollo con destreza evidencia que Luis, “escritor admirable”, poseía capacidad dialéctica y un formidable manejo de la evocación, e incluso podía realizar meditaciones “arrobadoras”. Por consiguiente, el viajero dejaba volar su “fértil” imaginación y así construyó un “riquísimo álbum” de descripciones en donde el arte y la verdad compartían los mismos espacios. Desde el punto de vista del queretano, no había duda de que el “hermoso libro” de su amigo resaltaba su “vasta erudición”, su profundo “sentimiento estético” y la “religiosa sinceridad” de un “alma honrada”. Por estas razones, sería considerado en el futuro como una de las “mejores” producciones de la literatura nacional.¹⁰⁴

Pasarían diez años para que Frías se ocupara otra vez de la crítica literaria, lo cual surgió a partir de la confluencia de dos factores: la necesidad económica y el desaliento por el tipo de literatura de finales del XIX.

Como se mencionó en el capítulo anterior, en 1891 Frías solicitó la ayuda del presidente a fin de obtener una subvención mensual que le permitiera sobrevivir. Aunque no hay datos que indiquen cuánto tiempo recibió el estipendio presidencial, es cierto que se reincorporó a las labores periodísticas. Su regreso estuvo marcado por nuevas reglas; a los escritores se les pagaba por el número de líneas redactadas y por una competencia más intensa entre los medios periodísticos, en la cual los viejos periódicos liberales comenzaban a quedar rezagados. En *El Siglo XIX*, el queretano publicaría una serie de artículos (1894) sobre diversos literatos del pasado, del presente y los que denominaba “olvidados”. Su intención era rendir culto a quienes trataron de legar una literatura de tinte nacional (los del

¹⁰³ *Ibidem*, 13 de julio de 1884.

¹⁰⁴ *Ibidem*, 13 de julio y 31 de agosto de 1884.

pasado). Consagrarles “frases afectuosas de estímulo y aliento” a los que nadie conocía (los olvidados), y estimular a los nuevos talentos que le inyectaban vitalidad.

El vigor de la generación contemporánea mostraba un “sentimiento más fino y vibrante”, ya que no estaba envenenado de las cruentas luchas políticas que generaban “inextinguibles odios”. Los jóvenes escritores podían llegar a la cima gracias a la fuerza de su ingenio y voluntad; Hilarión reconocía la existencia de dos grupos contrarios: los decadentistas y los demás que carecían de nombre. Los primeros estaban afiliados a una corriente que respetaba la forma, pero carecía de ideas; entre ellos, sólo unos cuantos tocaban el arpa de cinco cuerdas: sabor, perfume, música, color y forma. Los segundos poseían un mayor bagaje intelectual y evitaban ser simples copistas de las escuelas europeas.

Las bases del programa eran la transformación de la literatura sin apelar a las extravagancias del romanticismo, la cual se veía libre de las miserias del realismo y revestida con el “blanco ropaje” del naturalismo.¹⁰⁵ Pese a los anteriores argumentos, no cabe duda de que la razón principal de Frías al elaborar ese recuento respondía a su deseo de presentar los problemas que aquejaban a las letras mexicanas, pues si bien se había deleitado con las pequeñas novelas, los cuentos breves y los artículos literarios, también se conservaba un resabio de amargura, de tristeza y de desaliento, debido a que a finales de siglo no se producían las obras monumentales de atañe. Esos escritos no sólo simbolizaban una época, sino que retrataban a un pueblo, encarnaban un periodo histórico y transmitían a las futuras generaciones el nombre del autor “envuelto en ráfagas de gloria”.

Lo más lamentable era que el arte se desalentó ante la “indiferencia de las multitudes” y el “escepticismo del ambiente”. De acuerdo con Hilarión, la “impaciencia febril” ocasionaba que los hombres no apreciaran el arte; este mal no sólo se atribuía a los mexicanos, sino a la raza latina en general. En consecuencia, ya no existían “grandes pensadores” y se reverenciaba a literatos como Aureliano Scoll, Cástulo Méndes y Daudet.¹⁰⁶ En nuestro país, el médico observó que los jóvenes prosistas plagiaban los

¹⁰⁵ *El Siglo XIX*, 27 de octubre de 1894.

¹⁰⁶ Cástulo Méndes nació en Burdeos, Francia, el 22 de mayo de 1841 y murió el 8 de febrero de 1909. Escribió *Le roman d'une nuit*, *Philoméle* (1865), *Poésies* (1876) y otras obras más. Se le ha criticado por su falta de originalidad, sin embargo, tenía la capacidad de escribir en cualquier estilo. Por otra parte, Alphonse Daudet nació en Nimes, Francia el 13 de mayo de 1840 y murió en París el 16 de diciembre de 1897. Aunque fue adepto a la escuela naturalista, la delicadeza de su espíritu lo apartó de las pinturas “exageradamente

métodos dosimétricos de los franceses, razón por la cual gastaban su “fresca y lozana imaginación” en “fabricar joyas afilegranadas”, en vez de trabajar obras monumentales que perpetuaran su nombre y, sobre todo, ayudaran a cimentar la literatura mexicana. Esta crítica se fundaba en los postulados que había propuesto la escuela nacionalista encabezada por Altamirano; en ellos se apelaba a la necesidad de seguir un método propio y crear obras significativas en las que se incluyeran tipos nacionales.¹⁰⁷

El queretano advertía que nuestra producción literaria estaba en una etapa de decadencia; reconocía la presencia de escritores que podían sacarla adelante. Uno de ellos era Ángel de Campo, mejor conocido por su seudónimo *Micrós*, quien, según Frías, no pertenecía a la escuela decadentista ni a la realista que sólo buscaba mostrar las deformidades morales. Este hombre poseía un gran talento; aunque todavía era un niño, en sus cuentos logró penetrar en los “senos sombríos de la vida”. A pesar de que se desconocía por completo a *Micrós*, el médico pensaba que alcanzaría fama porque sería considerado uno de los creadores de la literatura nacional. Ésta no sólo necesitaba contener un “verdadero arte indígena”, sino también despojarse del galicismo que seguían muchos literatos. Si de Campo logró consolidarse como un escritor de lo mexicano, se debía a que fue el discípulo más asiduo de Altamirano, de quien además de beber sus enseñanzas, las asimiló.¹⁰⁸

Lo anterior se comprueba en la “preciosa colección de miniaturas” que publicó, en la cual describe paisajes nacionales y bocetos de costumbres y tipos mexicanos de gran originalidad, debido a que su “hábil mano” les inyectó el “sabor de la tierra”, el “perfume del hogar” y los “reflejos del suelo patrio”. Muestra de su capacidad creativa es el “primoroso” cuento “El inocente”, que relata el doloroso drama de una prostituta, quien ahoga el llanto ante la muerte de su hijo enfermo. Hilarión mencionaba que este texto podía estimarse como un “cuadro naturalista” de “líneas resaltantes”, “vivos colores” y con un “terrible significado”. El escritor construyó una narración “admirable” por su tesitura, en la que prevalecía la exactitud de sus descripciones, lo fraseado de sus conceptos y la habilidad de alcanzar, en unas cuantas páginas: la síntesis del drama.

groseras”. Produjo *Les amoureuses* (1858), *La double conversion* (1859), *Le chaperon rouge* (1861), *Lettres sur Paris* (1865), *Les lettres de mon moulin* (1866), *Lettres a un absent* (1871) y *Contes du lundi* (1873), entre otros.

¹⁰⁷ *El Siglo XIX*, 10 de noviembre de 1894.

¹⁰⁸ *Ibidem*, 27 de octubre de 1894.

Cabe señalar que lo más destacado de los relatos, de un “joven de intachable reputación”, era que él no había vivido ninguna de las escenas que presentaba, pero consiguió retratarlas gracias a su “intuición soberana” que le permitía observar las excrescencias sociales y penetrar en las raíces más profundas del vicio. Sus descripciones “sencillas” y “naturales” contenían argumentos “ligeros” y “tenues”, que tendían a expresar la “honda tristeza” y la “amarga decepción” que evidenciaba al “pensador herido” por el contagio del escepticismo del medio ambiente. Esto lo llevó a dibujar una humanidad enferma a causa de los “males del siglo”. El crítico admitía que en *Micrós* también se encerraba un “alma tierna” que le ayudaba a construir cuentos “notables” como “Chiquito”, por medio de un argumento sencillo (por ejemplo, la vida de un canario) para elaborar un drama “tan sentido”. Según Frías, esta narración sobresalía por la sencillez, originalidad y profundidad descriptiva, la “exacta reproducción” de la escena y la “verdad” de los incidentes.

El médico no dudaba que Ángel de Campo fuera un gran escritor con el talento necesario para realizar agudas observaciones. Éste poseía la habilidad de asimilar los hechos comunes de la vida y convertirlos en “magníficos cuadros artísticos” y “joyas de gran valor en la literatura nacional”. De acuerdo con el queretano, el rasgo que mejor caracterizaba su obra era la incorporación de las costumbres. En sus cuentos no aparecía ningún elemento fuera de lo regional, es decir, no existían los “exotismos petulantes” que deformaban “nuestro bello idioma” y que disfrazaban con “postizos franceses” el modo de ser del mexicano. Por ello, el queretano sugería considerar a este autor como el “pintor admirable” de las costumbres populares. Sin embargo, estaba consciente de que su producción se desconocía porque algunas “estrellas literarias” de mayor magnitud lo eclipsaban. Desde su punto de vista, la situación cambiaría en algunos años, ya que esas “estrellas” iban en camino al ocaso, mientras que *Micrós* “sobreviviría y alcanzaría la gloria que merecía”.

Hilarión afirmaba que el gramático y el crítico podían encontrar incorrecciones en sus escritos, mas éstas eran propias de los grandes artistas y no se debía cuestionar que Campo fuera uno de los grandes escritores mexicanos; sólo un “verdadero poeta” tenía la capacidad de “pintar esas acuarelas”. Sin falsa modestia, aseveraba que la historia lo reconocería como uno de los precursores de la obra emprendida por jóvenes como

Micrós.¹⁰⁹ Su entusiasmo hacia los textos de éste se explica porque lo concebía como el prototipo del escritor naturalista que se necesitaba a finales del siglo XIX. En cierta forma, el queretano pensaba que aquél heredó lo que habían iniciado otros costumbristas como Prieto y Cuéllar. Su afirmación no resulta exagerada. Carballo afirma que cuatro autores destacaron en esta corriente: Prieto, Cuéllar, Frías y Campo. Los primeros tres se adscribían al costumbrismo satírico, en cambio, el último se apegaba al realista descriptivo.¹¹⁰

En la opinión del médico, Alberto Leduc era otro de los escritores que representaban una esperanza para las letras patrias. Si bien no conocía su vida íntima, estaba convencido de que se trataba de un “bohémio”, puesto que estos hombres trabajaban en el campo de la inteligencia. A diferencia de los bohemios franceses, los mexicanos contaban con la “altivez”, “dignidad” y “orgullo” de la honra, lo cual les permitía acercarse a los “vicios actuales” y describirlos sin afectarse. Al igual que con *Micrós*, el queretano se condolía de que Leduc no se notara pese a que su nombre se asociaba a cuentos “bellísimos”. Por ejemplo, su relato *María del Consuelo* no contenía “toques realistas” o la “crudeza del naturalismo” que quitaba la pureza de la línea; más bien en él se manifestaban las “nieblas crepusculares del idealismo”, desde el cual se transparenta el “escéptico despecho” que producían las miserias de la humanidad.

El autor trazaba en su “cuadro social” a “dos desterrados del festín de la vida”, dos “parias del egoísmo positivista de la decadencia moral”: Ricardo y María del Consuelo. Ambos eran expulsados de la sociedad, del mundo de los placeres, de la fortuna y de la felicidad. El personaje femenino tenía mayor fuerza en la novela; ella estaba delineada de tal manera que recordaba a dos figuras literarias de gran presencia: “Margarita” de Dumas hijo y “María” de Jorge Isaacs. Aunque su obra literaria manejaba un estilo fácil, “buena fraseología” y “recortadas líneas estéticas”, le faltaban “líneas duras y enérgicas” que representaran los dramas terribles e ignotos de la vida. Esto se justifica por la juventud de quien aún no entendía el corazón humano ni comprendía las profundidades de las “cloacas sociales”. De acuerdo con Hilarión, Leduc necesitaba vivir para que su pluma reprodujera el modo de ser de los mexicanos.¹¹¹

¹⁰⁹ *Ibidem*, 3 de noviembre de 1894.

¹¹⁰ Carballo, *Reflexiones*, 1999, pp. 14-16.

¹¹¹ *El Siglo XIX*, 10 de noviembre de 1894.

Para el médico, la mejor novela del bohemio mexicano, *Calvario. Memorias de una exclaustrada*, evidenciaba cuestiones religiosas y sociales que confluían en un asunto común: la Reforma. En esa narración se relataba la forma en que una joven era obligada a entrar a un convento, lo cual sólo sucedía en una sociedad donde imperaba el fanatismo, a tal grado que se consentía el “secuestro místico” de la mujer. Dejar que las féminas ingresaran a un lugar por toda su vida constituía su muerte civil en nombre de la religión. Ellas aceptaban esta situación aunque se abusara de su credulidad, de su voluntad, de su conciencia y de su “debilidad moral”. El encierro se volvía un acto “monstruoso” condenado por la filosofía, la ciencia y la caridad cristiana. Si el texto de Leduc tuvo repercusiones fue porque la Reforma no se había consumado y provocaba que resurgieran los odios políticos.

Lo anterior evidencia lo complicado que resultaba redimir a una sociedad del fanatismo y llevar al pueblo a la luz de la civilización. Hilarión admitía que las “preciosas” novelas del escritor poseían grandes atributos, pero también graves incorrecciones. Una de las más notables se percibía en la “terrible” conclusión de *Calvario*. Si bien pintó con “mano maestra” el despertar de la protagonista a la vida real y las razones por las que enloqueció, recurrió a una falsedad a fin de llevar al extremo su argumento. Introducir datos erróneos representaba una argucia que la novela moderna no aceptaba; el autor debió mostrar a sus lectores que ella, al igual que las monjas de la vida real, no estaba abandonada por el gobierno, sino que tenía derecho a exigir una pensión. Los reformistas tomaron la decisión de dotar a las exclaustradas para preservarlas de las miserias de la vida.

Pese a todo, Frías reconocía que Leduc creó una pieza de gran valía, la cual se podía considerar una “exacta fotografía” de un tipo enteramente nacional. Tanto *María del Rosario* como *Calvario* demuestran que él contaba con una gran imaginación. Sus “pequeñas joyas” se cincelaron con aliento de artista. Sin embargo, había en ellas vacilaciones de un “principiante” que trataba de revelar la “inmensa ternura” que fingía reprimir en su corazón. Al queretano no le quedaba la menor duda de que Leduc se convertiría en uno de los escritores que marcarían el porvenir de la literatura mexicana; en sus relatos se advertía un matiz de originalidad, sin resabios del “exotismo” de los naturalistas y sin pretender ser una copia servil de los procedimientos de la escuela

francesa. Sólo le faltaba vivir con intensidad para volverse uno de los grandes literatos mexicanos; por ese medio conseguiría ahondar en la exploración de las llagas sociales.¹¹²

Las críticas de Hilarión fueron bien recibidas por algunos literatos: en *La Aspiración Nacional* se publicó un artículo en donde se menciona que el “elegante escritor” buscaba figurar en la estimación de la “sociedad inteligente” porque se dio a la tarea de retratar a los autores que habían figurado en la escena pública, aunque en ese momento se encontraban retirados (los olvidados), y a los que comenzaban en ese terreno (los del provenir). El periodista opinaba que si un “escritor de su talla” se propuso publicar artículos sobre los viejos y nuevos literatos, se debía a que concebía ese ejercicio como un acto de patriotismo y bondad. La labor del médico era loable; señalaba que existían talentos de primer orden que garantizarían el porvenir del país en la civilización, lo que significaba, en última instancia, que los mexicanos podían sentirse orgullosos de sus logros.

Sin embargo, a juicio del articulista, el crítico queretano no necesitaba limitarse a elaborar un recuento de la literatura, sino extender sus intereses a la ciencia, las artes, los trabajos agrícolas e industriales, ya que en todas las áreas había tanto olvidados como ignorados que, sin llamar la atención, trabajaban por el progreso del país y luchaban contra toda clase de obstáculos. Frías agradeció los elogios que le prodigaban, mas no tomó en cuenta las recomendaciones.¹¹³

Críticas poéticas

En diversas ocasiones, Hilarión manifestó su disgusto por el tipo de poesía que se escribía en México. A pesar de que en “El poetastro” (1868) afirmó que los malos poetas habían desaparecido, en 1885 reconoció la ausencia de buenos prosistas y la plaga de “poetastros” que inundaban el medio con sus “lirismos pastosos” carentes de ideas, originalidad, inspiración y de arte métrico. Al salir de su “voluntario retraimiento” y reincorporarse a las “agitadas aguas del periodismo” diez años después, el queretano encontró que la situación no cambió; existía una nueva generación de escritores y poetas que ocupaban el lugar ostentado por los “viejos maestros”, quienes contribuyeron a consolidar “los modelos de la novísima literatura americana”. Aseveraba que entre los autores jóvenes no había

¹¹² *Ibidem*, 24 de noviembre de 1894.

¹¹³ *Ibidem*.

personajes de mérito e incluso identificaba dos grupos: el que se conformaba por una “turba de poetastros prosadores”, en la mayoría de los casos “hijos de familia” que mostraban sus “talentos literarios” en “los brindis familiares”, “las hojas de álbum de las niñas” y las “felicitaciones onomásticas”, y el que se integraba por los decadentistas, personajes que, según ellos, representaban la “literatura moderna”. De acuerdo con Frías, no se percataban de que estaban inmersos en una “dipsomanía fatal”, producto del “vaho febril de una sociedad gastada en la orgía”, la “exaltación psicológica del ajeno” y las “blasfemias” lanzadas en contra de los “ideales altruistas” (“progreso y libertad”).

Sus comentarios resultan de gran interés porque muestran que consideraba a la poesía un medio para educar al pueblo sobre ciertos ideales, en los cuales los decadentistas ya no creían; su reclamo evidenciaba el choque entre una concepción de ésta como herramienta de instrucción y otra en la que no se proponía un objetivo moral, sino que se dejaba vagar libremente la imaginación. El queretano afirmaba que el deterioro de este género era fruto de una sociedad sin valores estéticos y literarios, lo cual se debía a que los escritores se nutrían de las producciones publicadas en *La Revista Azul*. Hilarión aseveraba que en ese espacio no se desarrollaba una verdadera crítica, puesto que los poetas y escritores se prodigaban mutuos elogios en detrimento de la calidad poética.¹¹⁴

Mientras la vanidad imperara entre los decadentistas, no habría forma de que la verdadera literatura avanzara. Ellos sólo se limitaban a publicar a sus “amigos”, aun cuando los “buenos poetas” tenían que “despilfarrar sus joyas más preciosas” en las columnas de los periódicos donde sus producciones llevaban una “efímera vida y rápida publicidad”. Si la literatura únicamente conseguía abrigo en las páginas del periodismo, en verdad se encontraba en pleno retroceso. En su opinión, si se hallaba en ese estado se debía a que las novelas y los versos no circulaban entre el gran público; se estancaban en un círculo pequeño que los alaba en su momento, y después se hundían en el “polvo del olvido”.¹¹⁵ Pese a ello, afirmaba que el principal problema de la poesía mexicana residía en que se trataba de una copia de las corrientes francesas y en específico, del decadentismo que algunos escritores asimilaban como la escuela poética de fin de siglo.

¹¹⁴ *El Pacto Federal*, 15 de marzo de 1885; *El Siglo XIX*, 3 de noviembre de 1894 y 12 de enero de 1895.

¹¹⁵ *El Siglo XIX*, 12 de enero de 1895.

Como miembro de aquella generación que propugnaba por una literatura nacional, Frías veía con aversión que las corrientes extranjeras predominaran en suelo mexicano. No entendía por qué los jóvenes adoptaban doctrinas nuevas que resultaban absurdas, y mucho menos, que se formaran escuelas donde se aplicaba “el carácter forzoso de la infalibilidad”, sostenido por un “magisterio pedante e insolente”, indispuesto a someter sus ideas a un examen detallado. De esta manera, no titubeaba al afirmar que el decadentismo era un “desequilibrio cerebral” que había proscrito a la retórica de la poesía; por este motivo, sus practicantes podían considerarse como los “idólatras del espejo en la frase, de la palabra relumbrosa y de las alteraciones bizantinas”. Aunque este movimiento se extendió rápidamente entre los jóvenes escritores de la capital, el médico admitía que no fueron los mexicanos quienes lo introdujeron, sino el poeta nicaragüense Rubén Darío.¹¹⁶

Frías tomó como ejemplo a Darío para demostrar la manera en la que se trastocaban los significados de la poesía. En un principio, éste escribía “versos primorosos” en donde abundaban las “ideas originales” y los “pensamientos grandiosos y trascendentales”. Sin embargo, al recibir la influencia decadentista, sus creaciones se convirtieron en simples “instrumentaciones poéticas” sin eufonía, ritmo y el menor respeto a las reglas. Los decadentistas desgarraron el idioma poético: sus versos no sólo carecían de ideas, medidas e inspiración, sino que introducían “disparates”, “vulgaridades” e “imágenes absurdas”, tal como se observa en las producciones parisinas que se concebían “extravagantes lucubraciones” sin sentido e ideas.

Los decadentistas querían presentarse como los “Góngoras modernos”, mas no se daban cuenta de su falta de talento. Para apoyar sus afirmaciones, el queretano reprodujo los argumentos del prosista chileno E. de la Barra,¹¹⁷ quien los criticaba por olvidar el significado de los vocablos y enlazarlos sin reparar en las leyes sintácticas. Además, consideraba que sus creaciones eran consecuencia de neurosis provocadas por las drogas, el alcohol y la vida nocturna. A diferencia del mexicano, este personaje reconocía que las poesías decadentistas contenían una “belleza particular” perceptible únicamente por los

¹¹⁶ Rubén Darío nació en Segovia, Nicaragua el 18 de enero de 1867. Se considera el iniciador del modernismo. Autor de *Los raros* (1893), *España contemporánea* (1901), *Peregrinaciones* (1901), *La caravana pasa* (1901), *Azul* (1903), *Tierras solares* (1904), *Prosas profanas. El canto errante y Cantos de vida y esperanza* (1905).

¹¹⁷ Eduardo de la Barra nació en Santiago, Chile en 1839. Colaboró en *La Opinión* de Valparaíso. Publicó *Poesías* (1868), *Saludables advertencias al clero chileno* (1871) y *Bilbao ante la sacristía* (1871).

iniciados en esos gustos.¹¹⁸ Por señalar que los decadentistas no eran representativos de la poesía mexicana, Hilarión circunscribió su análisis a los autores que se adscribían a los cánones clásicos.

Por lo anterior, no resulta sorprendente que uno de sus primeros elegidos hubiera sido Joaquín Arcadio Pagaza.¹¹⁹ Tras la publicación de *Trovas Últimas*, Hilarión afirmó que en él se encontraba a uno de los primeros escritores compatriotas y de los pocos que cultivaron la poesía con un matiz nacional, razón por la cual aún existían esperanzas para el porvenir literario del país. Sus trovas “admirables y bellas” lo acreditaban como un “verdadero poeta”, ya que elevaba los sentimientos de los lectores. El médico recuerda que se conocía a Pagaza por su *Murmurios de la Selva* (1887), en donde realizó “admirables” traducciones de Virgilio,¹²⁰ las cuales producían “verdadera delectación” a causa de los “versos sonoros” y “musicales” impregnados, al parecer, por el perfume de “las flores silvestres del campo”. Asimismo, aducía que su poesía bucólica encarnaba un oasis en medio del desierto literario mexicano. Éste se había saturado del “estro candente del romanticismo moderno” y el “galicanismo”, corrientes que gastaron el “gusto crítico” por su “grosera desnudez”, “su espíritu escéptico” y su “forma sensacional”.

La poesía pastoril de Pagaza llevó a Frías a recordar su juventud; desde su punto de vista, esas traducciones no podrían superarse pues, a diferencia de los demás intérpretes del bardo griego, Joaquín era poeta, por lo que se permitía hacer una traslación fiel o una paráfrasis, según las circunstancias. Sus adaptaciones perfectas conservaban el “perfume virgiliano”, de tal manera que los versos del traductor y del poeta guardaban la misma armonía, dulzura, ecuanimidad e inspiración. El crítico le reprochaba solamente no mostrar la intención política de las trovas del griego, porque aquél buscaba homenajear el

¹¹⁸ *El Siglo XIX*, 13 de octubre de 1894.

¹¹⁹ Joaquín Arcadio Pagaza nació en Valle de Bravo en 1839 y murió en Jalapa en 1918. Ingresó al Seminario de México en 1858 y en 1862 se ordenó sacerdote. Fue cura en Taxco, Cuernavaca y Tenango del Valle. En 1895 se consagró obispo de Veracruz. Entre los árcades de Roma figuró con el nombre de Clearco Meonio. La publicación de *Murmurios de la selva* fue un acontecimiento literario.

¹²⁰ Virgilio nació en Andès, una aldea de la Galia cisalpina próxima a Mantua en 70 A. C. Recibió una esmerada educación gracias a la protección que le prodigó el político Cayo Mecenas. Al llegar a la adolescencia, se trasladó a Roma a fin de completar su formación. Ahí se introdujo en el círculo de los *poetae novi*. En estos años escribió sus primeras composiciones poéticas, que se recopilaron más tarde en el *Apéndice Virgiliano*. Llegó a Nápoles en 48 A. C. para estudiar con el epicúreo Sirón. En esta ciudad pasó la mayor parte de su vida y se relacionó con los poetas Horacio y Octavio, quien después se convertiría en el emperador Augusto. Virgilio fue autor de las *Églogas* o *Bucólicas* (42 A. C. -39 A. C.), las *Geórgicas* (36 A. C.-29 A. C.) y *La Eneida* (29 A. C.-18 A. C.). Murió en Nápoles en 19 A. C.

“cesarismo popular”, en oposición a la república aristocrática y a la monarquía.¹²¹ La condición de los poemas de Pagaza provocó que el queretano se preguntara si era posible considerar a Virgilio griego o latino, mas no encontró una respuesta; estaba convencido de que aún faltaba mucho para que los pueblos latinos perfeccionaran su cultura intelectual.

No obstante, el médico refiere que el “correctísimo hablista” Ángel de la Peña,¹²² quien prologó *Murmurios*, afirmaba que Joaquín se educó en la literatura clásica, por lo tanto, se formó un espíritu totalmente virgiliano. Esto explica las reminiscencias de odas latinas, que producían giros gramaticales y retóricos al hipérbaton en sus versos. Hilarión manifiesta que de la Peña se limitaba a admirar las paráfrasis, los verbos y la corrección de las figuras retóricas de Pagaza, pero no se detenía a estudiar la psiquis del poeta, lo cual se justifica por su naturaleza; se trataba de un gramático que buscaba en las frases ciertas características. El prologuista quería someter su obra a las “inflexibles reglas de la estética” romántica; sin embargo, no se había percatado de que éstas constituían una “felicísima anomalía sensacional”. Si bien sus versos eran románticos, éstos se guarnecían con las “correctas vestiduras” del clásico. La confusión se debía a que de la Peña concebía al romanticismo como un equilibrio entre la razón y la fantasía, mas se caracterizaba por el predominio absoluto de la fantasía sobre la razón, sin el respeto a las unidades clásicas.

El queretano consideraba que Pagaza había logrado un equilibrio entre la razón y la fantasía, motivo por el que se le podía calificar como un romántico de formas clásicas y un heleno de formas latinas. Aunque su obra era admirable, Frías lamentaba que no se conociera; sólo se imprimió para unos cuantos amigos del poeta. Finalmente aplaudió esta decisión porque creía que los mexicanos no tenían capacidad para entender esa literatura.¹²³ Este severo juicio fue producto de la inquina que manifestaba contra un medio que, desde su perspectiva, toleraba el decadentismo, mas no sabía apreciar poemas como los de Pagaza.

¹²¹ *El Siglo XIX*, 13 de enero de 1894.

¹²² Rafael Ángel de la Peña nació en la ciudad de México en 1837. Ingresó al Seminario Conciliar en 1852. Su esmerado cultivo de las lenguas y literaturas clásicas lo condujeron a realizar estudios gramaticales y filológicos, sin que abandonara los estudios filosóficos y religiosos. Se desempeñó como profesor en el Colegio de San Juan de Letrán y en la Escuela Nacional Preparatoria. Escribió *Apéndice a la sintaxis latina* (1867), *Influencia de los métodos lógicos en los progresos de las ciencias* (1878), *Sobre los oficios ideológicos y gramaticales del verbo* (1878) y *Gramática de la lengua castellana*. Además, colaboró en el *Diccionario de la Lengua*.

¹²³ *El Siglo XIX*, 20 de enero de 1894.

Por otro lado, también admiraba a Juan de Dios Peza,¹²⁴ quien, pese a recibir el reconocimiento de los poetas españoles, italianos y sudamericanos, conservaba el talento de escribir sin alardear su gloria, a la cual concebía como un “fuego fatuo” que brillaba en las tumbas. Sus versos “sonoros” y “hermosísimos” eran aplaudidos y disfrutados, debido a que no los concebía como “artificios mentales” o “ficciones”, sino como un idioma que envolvía el eufemismo en “ondas trovadas y musicales”. Mientras que en su prosa se encerraba la “palabra fulminante”, que llevaba incrustada el pensamiento breve pero “lucido” (*sic*). En su poesía se observaba la sencillez, la ternura y la sublimidad natural que provocaban versos con contornos retóricos, eufemismo en sus estructuras y una consonancia musical.

El médico no pretendía criticar a Peza, por el contrario, quería mostrar que sus poemas brotaban del alma y su inspiración se diluía en “torvas fáciles y sonoras” (*sic*). Si bien en ellos no se encontraban la perífrasis o el hipérbaton, tampoco se apreciaban el exotismo en los verbos, “hipérboles deformes”, “elipsis impropias” o “sinopsis violentas”, propuestas de la escuela poética de moda. Lo único que se mostraba en sus versos eran la armonía y la belleza que caracterizaban al verdadero artista. El crítico calificaba de inútil juzgar a los poetas por la sintaxis planteada por la academia, las regías métricas de las sílabas o la precisión ideológica del pensamiento. Esta apreciación del arte resultaba “insensata” pues el “verdadero” no debía analizarse científicamente.

Para entender la grandeza de un poeta se necesitaba escudriñar las “turgentes formas” de su psiquis, y así, conocer sus ideales, creencias, ambiciones y la profundidad de sus sentimientos. Hilarión aseveraba que estos elementos suscitaban la inspiración poética; sin embargo, por sus mismas características no se percibían por los profanos. Después de conocer el alma que producía los sonetos, se podía analizar su estructura. A pesar de las dificultades que entrañaba explorar el alma de Juan de Dios, el queretano asumió la tarea, ya que, según él, de esa forma se demostraría que este escritor era uno de los mejores poetas de México.

¹²⁴ Juan de Dios Peza nació en la ciudad de México en 1852 y murió en la misma en 1910. Fue secretario de la Legación Mexicana en Madrid, diputado y profesor del Conservatorio. Escribió obras dramáticas (*La ciencia del hogar*), poéticas (*Cantos del Hogar*) y zarzuelas (*El capitán Miguel* y *Un paseo en Santa Anita*). Fue fundador de la primera Sociedad de Autores Mexicanos y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

Aunque parecía “escéptico”, “indolente” y “apático”, Peza sabía esconder sus creencias, dolores, sentimientos y desengaños. Sólo a través de su poesía se advertía el sufrimiento sepultado en su alma; inconscientemente, realizaba una autobiografía de ella. Su aflicción se convertía en el principal inspirador de sus poemas; era fruto de sus desgracias porque no tuvo la dicha de contar con el amor de unos hijos. Frías consideraba que era un poeta de la “vieja escuela”; sus versos reproducían ideas sin vigencia en el “mundo moderno”, por ejemplo, la creencia de que el honor del hombre radicaba en la virtud de la mujer. En cambio, el médico opinaba que dicho valor consistía en un asunto personal y, por lo mismo, no se podía dejar en manos ajenas.

Aunque exaltaba a las mujeres que permanecían en sus hogares, también reconocía que las educadas en el trabajo y que crecían en un “ambiente puro” adquirirían conciencia de su deber. Las “matronas del santuario doméstico” y las mujeres trabajadoras no buscaban preservar el honor de su marido, sino conservar inmaculado el propio con lo que alcanzaban el respeto de la sociedad. Esto resulta interesante; el queretano se apartaba de una idea presente en el imaginario decimonónico: el honor del hombre fundado en las virtudes de la mujer. Si bien en diversas ocasiones Hilarión reprodujo ese imaginario, al final de su vida cambió sus apreciaciones acerca del papel de las féminas en la sociedad.

Las alabanzas del médico hacia Peza eran fruto de su lectura sobre *Recuerdos y Esperanzas*, libro en el que concedía “recuerdos tibios de afecto, de admiración y de entusiasmo” a sus amigas, amigos, compañeros de trabajo y “glorias literarias”. Además, expresó sus elogios de manera personal al poeta; lo apreciaba como uno de sus amigos, e incluso, manifestó que podía contar con él cuando sucediera alguna desgracia.¹²⁵ Asimismo, recordaba que la amistad entre los dos surgió en el año de 1850 y que tuvo la oportunidad de convivir con su padre, quien lo deleitaba con “largas y gratas horas de sabrosa plática” en las que evocaba sus recuerdos y realizaba juicios “severos”, pero también “tranquilos” de la tempestad política que derribó un trono y llevó al abismo a muchos “corazones generosos”, a causa del “espejismo recurso de 1867”, es decir, a la Convocatoria emitida por el gobierno de Juárez.¹²⁶

¹²⁵ *El Siglo XIX*, 17 de febrero de 1894.

¹²⁶ Peza, *Leyendas*, 1999, p. 158. La amistad entre los dos personajes fue profunda, a tal grado que Peza dedicó el relato “La calle de las Moras” a “las inteligentes y bellas niñas María y Cristina Frías y Soto”. Frías

Este “liberal cristiano” honrado se había ligado al Imperio de Maximiliano con la idea de buscar la “redención” de su país, pues no podía soportar la destrucción que provocaba la “eterna guerra civil”. Su adhesión fue consecuencia de un “sincero error”; a pesar de acompañar al emperador en la lucha, sus manos y su corazón permanecieron “puros”. De acuerdo con el queretano, la obra más importante de Peza era *Los Cantos del Hogar* (Nueva York, 1890) que popularizó su nombre en Europa y en el resto del continente americano. En ella se advertía un “puñado de botones de rosa” que revelaban una ternura paternal y una intuición “casi divina” para traducir en palabras lo infinito, lo inmaterial y lo etéreo del amor filial. Aunque sus “bellísimos” versos destilaban vida, verdad y colorido, se palpaba el dolor del poeta sublimado en “aromas de flor y en notas armónicas”. Estos rasgos provocaban que su poesía alcanzara altos niveles de intensidad.¹²⁷

Frías criticó no sólo a los mexicanos, sino también a otros escritores que ejemplificaran el tipo de literatura que debía imperar en América. Él pensaba que las “corrientes modernas” tuvieron un triunfo efímero, ya que todavía existían “luchadores” que, pese a encontrarse en el ostracismo, organizaban la victoria definitiva que salvaría a la “raza irredenta”, la cual vivía en las sombras y la abyección. Uno de ellos fue Vargas Vila, un “incomparable escritor” cuya pluma imponía “marcas de infamia” en la frente de los opresores de su patria; amputaba las “impuras excrecencias” brotadas en los senos de las dictaduras y se proclamaba como el principal instigador del fanatismo religioso que constituía un obstáculo primordial en el camino del progreso de los pueblos. El médico sentía una gran admiración por Vargas, al grado que lo llamó el “Víctor Hugo de América” porque sus obras evidenciaban la “ardiente lava de su ingenio”.

El autor se conoció por ser el editor del periódico *Hispano América*, caracterizado por sus “vientos de libertad”. Este “ilustre pensador”, al igual que otros “apóstoles de la libertad”, fue arrojado de su patria por la “mano brutal del despotismo”. Dicha circunstancia se reflejaba en la dualidad psicológica de sus escritos. Dentro del literato se asomaba el luchador, y tras el novelista surgía el “terrible gladiador” contra el fanatismo. Una de sus obras más importantes era *Miniaturas*, e incluso podía considerarse “una de las joyas más valiosas de la literatura americana”. En cambio, *Copos de espuma* no se trataba

se refería a que Ignacio de la Peza manifestó su hostilidad a la Intervención, a pesar de desempeñarse como ministro de Guerra en el Imperio de Maximiliano.

¹²⁷ *El Siglo XIX*, 3 de marzo de 1894.

de un libro de política o un “cántico de guerra”, que se propusiera conducir a los pueblos de la América Austral a una nueva contienda a favor de sus derechos; constituía una colección de tristes pasionarias llenas de frases candentes.

Los copos de espuma descritos no eran las blancas blondas “ligeras” y “frágiles” que orlaban las curvas de las olas antes de chocar con las orillas, sino las “últimas marejadas de la tempestad que arroja a la playa las borrascas de la vida”. Su “admirable” escritura encierra joyas literarias cinceladas con “pluma fina”, pero que muestran una “terrible realidad”. Al queretano no le quedaba duda de que esta colección formaba parte de la nueva escuela, la del porvenir, la cual destruiría el decadentismo* propalado por Darío, quien contribuyó a sofocar el talento de los jóvenes que sólo querían imitar los modelos franceses.¹²⁸ Hilarión manifestó que los poetas ingeniosos no se encontraban únicamente en el extranjero, sino también en México. Entre ellos, elogió a Juan B. Delgado¹²⁹ por mantenerse alejado de los efluvios del “cielo azul de una revista literaria”, lo cual ocasionó que sus sonetos se desconocieran y su nombre no fuera aplaudido.

El escritor no pertenecía a la “sociedad mutua” de aplausos, único modo, en ese momento, de alcanzar gloria y renombre, pues aquélla estaba formada por una “falange de literatos” presentados como los “árbitros de las bellas artes, la prensa y la ciencia”. Otra razón por la cual no se reconocía a Delgado era su vida en Querétaro; se encontraba alejado del “Capitolio del Nuevo Mundo” y carecía de recursos. Pese a su olvido, Frías esperaba que lograra destacar, pues su juventud y convicción de que la inspiración y el arte debían triunfar tarde o temprano lo ayudarían a subir el “áspero sendero que conduce a la inmortalidad”. Lo único que preocupaba al médico era que su inspiración poética fuera sofocada en su tierra natal, ya que se trataba de una ciudad cerrada al progreso, la ciencia, la industria y todas las manifestaciones de la vida de los pueblos modernos.

*Frías se refería al modernismo como decadentismo porque consideraba que era una decadencia, mas no en su sentido real. No obstante, el modernismo mexicano reaccionó contra las restricciones del positivismo: utiliza a la poesía como un medio para lograr innovaciones literarias, una nueva moralidad, así como volver accesible la cultura al público.

¹²⁸ *El Siglo XIX*, 20 de octubre de 1894.

¹²⁹ Juan B. Delgado nació en Querétaro en 1868. Estudió en el Seminario Conciliar de Querétaro, lugar en el que sus profesores le despertaron el gusto por las letras clásicas. Ahí demostró sus primeras aptitudes hacia la poesía descriptiva y la bucólica. Terminó su educación en la ciudad de México, en donde se consagró a los estudios literarios y sobresalió como cantor de la naturaleza. Fue autor de *París y otros poemas*, *Bajo el Haya del Títilo*, *Cartas diplomáticas*, *Florilegio de poetas*, *Juveniles*, *Canciones Surianas* y *Canciones del sur*.

La obra más importante de Delgado es *Juveniles* (Querétaro, 1894), una pequeña colección de sonetos de “magnífica” factura. Por ejemplo, el poema dedicado a su madre carecía del “recargo churrigueresco” en la ornamentación que caracterizaba a la poesía decadentista. En una parte de sus versos se percibe el sentimiento y la suavidad de la forma y, en la otra, el vigor, la novedad de sus conceptos y la belleza de la descripción. La dualidad era fruto del medio en el que vivía, el cual anestesiaba el sentimiento y la pasión. Aunque en sus sonetos se distinguían algunas formas rígidas del pasado clásico y ciertos errores, su profundidad auguraba que podían alcanzar un lugar importante en la literatura nacional.¹³⁰

Desde la perspectiva de Hilarión, otro representante del porvenir de las letras mexicanas era Luis G. Urbina,¹³¹ a quien la multitud reconocía su “inmenso valer” y tributaba aplausos bien merecidos. En su poesía se admiran tanto los pensamientos “valientes” que enarbolaba la “musa mironiana”,¹³² como las “hondas tristezas” características de Leopardi.¹³³ En *Versos*, se escucha una “música apacible y melancólica” que, según el queretano, exhalaba “notas tristes y graves de un pesimismo desconsolador”. Si bien intentó conocer “la génesis de las decepciones” que provocaban el brote de esas “bellas estrofas”, se dio por vencido; no fue sencillo encontrar “el dolor hondo y profundo” que hacía manar esa “fuente amarguísima”. Asimismo, consideraba que Urbina había nacido poeta y poseía la “majestad soberana del arte” que se manifestaba de manera espontánea y sin apearse a las reglas del arte. Sus “hermosas figuras” no eran vaciadas,

¹³⁰ *El Siglo XIX*, 6 y 13 de octubre de 1894.

¹³¹ Luis Gonzaga Urbina nació en la ciudad de México en 1864. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria. Redactó para *El Siglo XIX* y *El Mundo Ilustrado*, *El Imparcial* y *El Universal*. Perteneció al grupo de la *Revista Azul*. Fue secretario particular de Justo Sierra cuando éste fungió como ministro de Instrucción Pública. Asimismo, se desempeñó como director de la Biblioteca Nacional en 1913. En 1915 salió exiliado a La Habana. Escribió *Ingenuas* (1902), *Lámparas en agonía* (1914), *Cuentos vividos y crónicas soñadas* (1915), *Bajo el sol y frente al mar* (1916), *La vida literaria en México* (1917), *Estampas de viajes* (1919), *Psiquis enferma* (1922) y *Hombres y libros* (1923).

¹³² Sin duda Hilarión se refería a Salvador Díaz Mirón, quien nació en 1853 en el puerto de Veracruz. Fue diputado y secretario del Ayuntamiento veracruzano. Por su carácter irascible, protagonizó varios episodios violentos. Uno de ellos le dejó el brazo inutilizable y otro lo llevó a la cárcel por matar a su rival. En 1901 publicó su libro de poemas *Lascas*. En 1914 tuvo que salir exiliado del país y regresó hasta 1920 para hacerse cargo del Colegio Preparatorio de Veracruz. Murió en la ciudad de México en 1928.

¹³³ Jacob Leopardi nació en Recanati el 29 de junio de 1798 y murió en Nápoles el 14 de junio de 1837. Fue autor de *Catón en África* (1810), *Pompeyo en Egipto* (1811), *Historia de la astronomía* (1813), *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos* (1815), *Cantos* (1831). Se le considera el poeta del pesimismo y del dolor.

sino modeladas por la “mano del artista”; sólo él tenía la capacidad de liberarse de la “intolerable sujeción del molde” que producía la “belleza única”.

Sus versos sencillos se encontraban desprovistos de los “enfáticos amaneramientos”, las “sonoridades estrepitosas” y las “exageraciones”, cualidades propias de la “poesía moderna”, en la cual se generaban “frases insólitas” y se recargaba el lenguaje con oraciones “brillantes”, pero carentes de sentido. Aunque se podía reprochar el “egotismo” que disgustaba a los críticos, Frías opina que no constituía un defecto o una falta, sino una evidencia de los sentimientos de un hombre que trataba de mostrar la manera de percibir el mundo, lo cual se admira en un joven que apenas comienza a vivir.¹³⁴ Sin embargo, el bardo estaba consciente de que sus poemas habrían de recorrer “un infierno de lágrimas, deseos febriles no satisfechos, decepciones no merecidas y luchas en las que el corazón tiene jirones ensangrentados”. Por esta razón, se puso al amparo de Dante al caminar por los senderos de la poesía.

En sus líneas se observa una “tristeza suave”, “sentimientos perfumados y tibios”, “musicales cadencias” y las palpitaciones de un alma profunda que no tenía “pretensiones de suficientismo ni vanidades de pedantismo”. El poeta era capaz de concentrar y “cristalizar” los pensamientos y de hundir a sus lectores en una “misteriosa y santa abstracción”. Dada su habilidad para describir los paisajes, el médico lo comparaba con Moissonier. Su “admirable” libro conformaba un “sorprendente estuche de joyas maravillosas”. Además de integrarse por poemas “admirables”, “regios”, “realistas”, “correctos” y “bellos”, en él intentó retratar en “toda su deformidad” la corrupción que imperaba en la sociedad. Su obra se acompañaba de un prólogo de Justo Sierra, el “maestro laureado de toda la juventud literaria mexicana”. Éste escribió su “fallo supremo” [...] que “glorificaba” un texto que daría “lustre” a la patria. En opinión del queretano, la característica más sobresaliente de escritor era su estilo propio y original, motivo por el cual no pertenecía a ninguna escuela, salvo el modernismo, pues esta corriente rompía con las tradiciones del romanticismo y del clasicismo. Desde la perspectiva de Frías, Urbina llegaría a ser uno de los grandes poetas de la literatura mexicana.¹³⁵

¹³⁴ *El Siglo XIX*, 12 de enero de 1895.

¹³⁵ *Ibidem*, 19 de enero de 1895.

Críticas teatrales

Hilarión consideró que el oficio de periodista se había desvirtuado al asignarle tareas como escribir sobre bodas, reuniones sociales y obras teatrales. Respecto a este último punto, mencionaba que los redactores realizaban un gran esfuerzo para analizar las piezas teatrales, sobre todo las de carácter musical, ya que la mayoría carecía de conocimientos en esta materia. Pese a ello, reconoce que se escribía mucho sobre óperas y zarzuelas, además de llevarse a cabo “profundos estudios de armonía y contrapunto”. Manifestó que cuando se recibieran en México periódicos especializados, éstos servirían a los colegas para traducir y copiar o plagiar los trabajos que analizaban las revistas musicales. Aunque el médico no publicó ningún estudio sobre piezas de teatro musical, sí prestó su atención a las obras de teatro que se presentaban y tenían cierto éxito entre el público, a pesar de que en la mayoría de las ocasiones no salieron bien libradas.

Cabe señalar que Frías contemplaba dos aspectos en la evaluación de las representaciones: por un lado, la estructura literaria, es decir, el tipo de lenguaje que se utilizaba, la configuración de la trama, la clase de personajes delineados y su interrelación, y los recursos empleados para sorprender a la audiencia, y por el otro, la enseñanza moral que se traslucía, pues cualquier obra, según él, debía dejar cierto conocimiento a los espectadores. Debido a que consideraba la faceta educativa un elemento primordial, era natural que juzgara negativamente aquellos dramas que no cumplían con ese requisito. Por ejemplo, concebía a la representación *El Gran Galeoto* (1881) escrito por el español José Echegaray,¹³⁶ un “monstruoso papasal” por su carácter “inmoral”, “poco filosófica”, “llena de inexactitudes en los detalles” y de incorrecciones en el lenguaje.

Le parecía sorprendente que ninguna “pluma severa” hubiera analizado escrupulosamente una obra con escenarios falsos y cuya conclusión contribuía a disolver los principios sociales. Si bien contenía situaciones dramáticas “enérgicas”, el argumento central envolvía un sofisma contra la moral. El queretano explicaba que su estructura consistía de cuatro escenas y, al más puro estilo del teatro griego, iniciaba con un diálogo que tenía una doble función: introducir el drama y explicar la intención moral.

¹³⁶ José Echegaray y Eizaguirre nació en Madrid en 1833. Colaboró en varios periódicos y escribió diversas obras, entre las que destacan *La última noche* (1875), *El gladiador de Ravena* (1876), *Iris de Paz* (1877), *Correr en pos de un ideal* (1878), *El Gran Galeoto* (1881), *Vida alegre y muerte triste* (1890), *Mariana* (1892), *A la orilla del mar* (1893), *La rencorosa* (1894) y *María Rosa* (1894).

Sin embargo, el crítico lo calificaba de superfluo y fallido, ya que el argumento no ayudaba a desentrañar el objetivo. La representación no era sólida porque el autor no logró que sus personajes centrales sobresalieran: el héroe se dejaba arrastrar por la tempestad y sólo hablaba, mas nunca se decidía a actuar; la heroína se presentaba como una “niña inocente” y “llena de candor”, pero en realidad se trataba de una “tonta caprichosa”, “estúpida” sin educación social e ignorante del recato y los deberes de una esposa, cuyos actos imprudentes desafiaban a la sociedad y no se le podía exculpar por su “inocencia”, pues obraba de manera consciente y voluntaria.¹³⁷

De acuerdo con el médico, el principal problema de la obra, radicaba en que se proponía que los personajes se amaran por la murmuración social; el amor nacía del intercambio mutuo de sentimientos y deseos. Las habladurías aparecerían a partir del surgimiento del amor. Dado que la obra no respetaba a la sociedad, Hilarión sugería que ésta ejerciera su derecho a la censura. Su crítica no tuvo mayor resonancia; la representación continuó, por lo que, tiempo después, éste atribuyó su éxito a que las redacciones de los periódicos regalaban “entradas”.¹³⁸ Doce años más tarde, él y el dramaturgo español volvieron a verse. A raíz de que el primero emitió un juicio bastante severo de otra de sus obras (*Mariana*, 1892) y de que se burló del “chabacano” discurso que pronunció Emilio Castelar en la Academia Española de la Lengua, en la metrópoli se publicó una serie de artículos con el fin de desacreditarlo.¹³⁹

Como era de esperarse, Frías no se quedó callado y contestó a las acusaciones. De manera irónica se disculpó por poner en tela de juicio los “altos merecimientos literarios” de los dos “genios españoles”: el “catecúmeno monarquista” Emilio Castelar¹⁴⁰ y el “sabio ingeniero, orador, economista y autor dramático” José Echegaray. Aseveró que su “audacia excesiva” era fruto de su ignorancia; no entendía de qué manera su “pluma sacrílega” había rozado la “gloriosa remembranza de las dos eminencias peninsulares”. Además, consideró que la reconvención realizada al “oscuro periodista mexicano” se justificaba; los “dos

¹³⁷ *El Diario del Hogar*, 3 y 7 de marzo de 1882.

¹³⁸ *Ibidem*, 10 de marzo de 1882; *El Pacto Federal*, 1 de marzo de 1885.

¹³⁹ *El Siglo XIX*, 17 de febrero de 1894.

¹⁴⁰ Emilio Castelar nació en Cádiz el 7 de septiembre de 1832 y murió en Murcia el 25 de mayo de 1899. Célebre por su elocuencia y por ser un apasionado defensor de todas las libertades, escribió *Ernesto* (1855), *Alfonso el Sabio* (1856), *La hermana de la caridad* (1857), *Ideas democráticas* (1858), *Cuestiones políticas y sociales* (1870), *El ocaso de la libertad* (1877), *Fra Filippo Lippi* (1878), *Esperanzas* (1881) y *Discurso de recepción en la Academia española y respuesta a don Víctor Balaguer en la misma corporación* (1888).

aplaudidos ingenios de la corte” no podían ser enjuiciados, sin que surgiera un “murmullo de escándalo” en aquellos que creían inviolables a los “laureados por el aplauso de las multitudes”.

Ese “crimen de lesa majestad” fue llevado a cabo por un americano, pero ninguno de sus censores contestó las críticas que hizo al discurso y al drama, lo cual se explica por el hecho de que la “altivez ultramarina” se limitaba a mirar con desdén a unos hombres “desconocidos”, e incluso concebidos como “salvajes” en Europa. El queretano no creía en la infalibilidad de los escritores; nadie se salvaba de ser analizado científicamente, pues el deber del crítico era emitir fallos de las producciones literarias, sobre todo de aquéllas que alcanzaban éxito, sin que se preocupara de la opinión de la gente común. Así, reconocía su trabajo “estéril”, no obstante, lo realizaba con la intención de seguir la “evolución artística” de la época y, de ese modo, observar el ascenso o descenso del “nivel intelectual” de un pueblo, ya que en las transformaciones del arte se sentía el “espíritu de una civilización”.

Puesto que no formaba parte del grupo de “aplaudidores de oficio” y tampoco aceptaba las reputaciones sin examen, Hilarión analizó *A la orilla del mar* (1893) de Echegaray. Aunque se definía como una obra cómica, en realidad se trataba de una composición dramática. El médico afirmó que era mucho mejor que *El Gran Galeoto* y *Mariana*, las cuales se ganaron el aplauso del público mexicano. El autor desarrolló un argumento “sencillo”, mas con un “gran talento”. La representación se adscribía al naturalismo; sin embargo, no contenía “arranques líricos” que falsearan la verdad de los dramas de la vida, ni la “tecnología psicológica” fundada en “frases diluidas con medias tintas” que Echegaray utilizó en *Mariana*. Aunque los personajes principales estaban delineados con “mano maestra”, Frías consideraba que los secundarios, en este caso los “sabios”, debían eliminarse porque resultaban “estorbosos” y ponían en entredicho los conocimientos científicos del escritor.

Los protagonistas de la historia eran Leoncio y Valentina. Según el crítico, el primero se asemejaba al “Tenorio” del poeta José Zorrilla, pues ambos representaban almas hundidas en el vicio, pero que se salvaban por el amor. Este parecido demostró que siempre habían existido y seguirían los hombres infaustos; sólo variaba la forma que les imprimía el ambiente de la época en que se desenvolvían. El Tenorio de Zorrilla retrataba el desenfreno social del siglo XVI, cuando España llegó a la cima del poder; por tal motivo, el

personaje no presentaba ningún rasgo de nobleza, generosidad o sentimientos de grandeza en su corazón, sino que generaba antipatía, ya que en él prevalecían el odio y el rencor. Por el contrario, Leoncio reencarnaba al “calavera moderno” que gustaba vestir a la inglesa, viajar en yate, jugar en los clubes de moda y ganar o perder dinero sin mayores remordimientos.¹⁴¹

A diferencia de su antecesor, el “Tenorio moderno” se ganó la simpatía del público por su carácter “desenfrenado”, “escéptico”, “burlón”, “seductor”, “valiente hasta la locura”, “pródigo hasta la temeridad” y con arranques que evidenciaban su “alma noble” y “ardiente”. En el caso de Valentina, Echegaray logró representar a la “eterna Eva”, quien fue hipnotizada a causa de su obsesión por poseer el “fruto prohibido”. Ella tenía una doble faceta: la “virgen cristiana” y “fanática” que mostraba con altivez el orgullo de la santidad y de la voluptuosidad mística, y la que sucumbía por las tentaciones y los deseos. La manera en que era descrita indica que el autor realizó un “magnífico estudio” de la mujer, pues, según Hilarión, se volvió una “esfinge” que no se podía descifrar con facilidad. Este punto de vista no resulta extraño; él en diversas ocasiones manifestó su incapacidad para comprenderla, lo cual lo llevó a emitir juicios que la denostaban.

El queretano menciona que la obra se dividía en tres partes. Pero debido a la gran cantidad de ideas que el autor pretendía exponer no consiguió dar fuerza a su conclusión; el matrimonio de los protagonistas era, a su parecer, un desenlace “tonto” porque únicamente buscaba satisfacer a un “público neurótico” que no toleraba presenciar los dramas de la vida. Tomar esta resolución implicó destruir una pieza “idealista”, cuyo engranaje dramático no se encontraba en la acción sino en la pasión.¹⁴² Frías explicó que su crítica se enfocaría en la representación, tal como la concibió el dramaturgo, quien gustaba de introducir “situaciones anómalas e imposibles”, ya que lograba que mujeres casadas o vírgenes, colocadas en “situaciones imposibles”, tuvieran la capacidad de salir “puras” e “intactas” de las mismas.

Por diversas circunstancias, Leoncio y Valentina se encontraban en una coyuntura grave que comprometía el honor de ella; el escritor recurrió al rechazo de la petición de mano que realizó Leoncio porque aquélla evidenciaba un “infinito orgullo” y un deseo de

¹⁴¹ *El Siglo XIX*, 21 de julio de 1894.

¹⁴² *Ibidem*, 28 de julio y 4 de agosto de 1894.

permanecer libre. Su “romanticismo desequilibrado” no se concebía desde la perspectiva naturalista; era injustificable despreciar un matrimonio para no aparecer deshonrada. En vista de que Valentina fue la causante de la “situación escabrosa y falsa”, debió aceptarla con todas sus consecuencias. Para volver verosímil el argumento, Frías planteó que faltó mostrar mayor solemnidad en la petición de matrimonio, pues la intención última de Leoncio consistía en salvar el honor perdido de una mujer.

Al final, los protagonistas se escapaban en un yate; esto no se explicaba cabalmente y sólo mostraba una forma extraña de entender el honor, ya que ella despreció el matrimonio para convertirse en la manceba. La pieza teatral del español no se podía considerar naturalista o realista, sino romántica e impregnada de un “lirismo brillante” pero “falso”. Pese a ello, el queretano pensaba que la obra de Echegaray era notable y no dejaba asideros a la crítica o a la censura, tal como ocurrió con sus anteriores trabajos. Por esta razón, sugería al autor escribir más dramas que dieran cuenta de los “fenómenos psicológicos” que atormentaban a los protagonistas.¹⁴³ Sus críticas sobre las obras de Echegaray fueron fruto de la manera en que concebía este género; aseveraba que el objetivo del teatro moderno consistía en buscar la “belleza estética” y la “verdad psicológica” en la reproducción de la vida humana.

Un autor que cumplió con ese propósito fue Federico Gamboa¹⁴⁴, quien en *La última campaña* plasmó que era un ideal pensar que sólo se podía amar o llorar en la vida, tal como lo planteaba Alfredo Chavero; se necesitaba advertir que a partir de la contraposición de tendencias artísticas nacía la belleza del drama. Esto se contrastaba con la vida misma en la que sólo lloraban los impotentes y se amaba en diversos grados. El médico reconoció que su crítica no sería objetiva porque tuvo la oportunidad de leer en dos ocasiones el argumento con la intención de “sorprender el mecanismo dramático” utilizado por el literato en su primera obra teatral. Además, expresó que no se equiparaba el elaborar un juicio del drama sobre la escena que leerla fríamente en el bufete; ésta y la comedia se escribían para el teatro, por lo que un autor de talento que conocía y dominaba los recursos del foro, adaptaba los diálogos y esperaba que los actores les imprimieran su calor.

¹⁴³ *Loc.cit.*, 12 de agosto de 1894.

¹⁴⁴ Federico Gamboa nació en la ciudad de México en 1846. Inició sus estudios en Nueva York y los prosiguió en la ciudad de México. Al mismo tiempo que ingresaba al periodismo como traductor del inglés, trabajó en el juzgado de México. Desempeñó diversas actividades diplomáticas y en 1914 tuvo que abandonar el país, al que regresaría en 1923. Escribió *Divertirse*, *La última campaña*, *La venganza de la gleba* y *Santa*.

A diferencia de la mayoría de los dramaturgos, Gamboa no colocó al amor como el protagonista de su obra, pues éste se eclipsaba ante la presencia de la “madre sublime y santa” que sintetizaba al verdadero sentimiento. Hilarión valoró la magnificencia de esa producción. A pesar de contar con un argumento sencillo, los personajes estaban bien estructurados, sus “análisis psicológicos” eran perfectos y la narración, estupenda, porque la pluma del autor parecía un “pincel”. El escritor conservó en las líneas el dialecto mexicano puro y se abstuvo de mezclar modismos españoles. Este “bello” drama se inscribía en la escuela realista cuya finalidad consistía en mostrar la verdad de los hombres y los ideales que defendían. Es interesante mencionar que Frías pensaba que era adecuado la incursión del naturalismo y del realismo en el teatro, pues estas escuelas incorporaban “tipos reales y verdaderos” en sus procedimientos literarios. Dado que su intención era presentar “copias exactas del natural” y escenas de la vida sin desfigurarlas con el idealismo y la ficción, los autores retrataron a los personajes mexicanos y sus costumbres sociales.¹⁴⁵ De acuerdo con Frías, retomar el “dialecto mexicano puro”, fue un acierto de Gamboa, ya que debía caracterizar a todas las creaciones que quisieran contribuir a erigir una literatura propia.

Por ello, también hizo un reconocimiento a Alfredo Chavero,¹⁴⁶ “sabio” personaje que no había sido apreciado con “justicia” por sus contemporáneos, quienes se limitaron a analizar sus facetas políticas y arqueológicas, mas nunca se ocuparon de su literatura. Para el queretano resultaba triste pensar que no se estimara a este hombre como un “sabio profundo e infatigable”, un “hábil prosista” y un “poeta sentido y fácil”.

Indudablemente, el escritor participó en el renacimiento mexicano y buscó fincar una literatura nacional. Si sus creaciones no alcanzaron éxito, se debió a su enfrentamiento con el desdén de un público “analfabeta” educado en el “exotismo científico y literario”. Aunque una de sus pretensiones fue nacionalizar la escena teatral, su proyecto no triunfó por dos razones: se presentó cuando se consumaba la reacción del romanticismo contra el clasicismo y los mexicanos sólo calificaban de “bellas” a las producciones extranjeras. El

¹⁴⁵ *El Siglo XIX*, 26 de mayo de 1894.

¹⁴⁶ Alfredo Chavero nació en la ciudad de México en 1841. Desempeñó diversos cargos políticos y legislativos, así como formó parte de varias sociedades literarias y científicas. Fue un autor de sainetes, comedias, dramas y tragedias y uno de los dramaturgos más aplaudidos de su tiempo. Escribió el tomo I de *México a través de los siglos*, *Calendario Azteca* (1876), *Calendario de Palenque* (1902) y *Monolito de Coatlinchan* (1904). Murió en la ciudad de México en 1906.

dramaturgo escribió dieciocho obras, según Hilarión, “espléndidas”, pues se integran por “diálogos naturales y animados”, tanto en prosa como en verso. Entre ellas destacaban tres: *Xóchitl*, *Quetzálcoatl* y *Los amores de Alarcón*.¹⁴⁷

La primera se podía clasificar como el mejor drama de tema mexicano producido hasta ese momento; no sólo satisfacía a plenitud todas las condiciones de la regla y el arte, sino que también respetaba la verdad histórica. Tanto el artificio literario como la ficción dramática dejaban intactos el carácter de los personajes, el color local, la fisonomía de la época y las costumbres de aquella sociedad “deforme”. Pese a que incluyó un corto número de personajes, ninguna figura sobra y todos participaron. No obstante, la sencillez de su argumento era digna de figurar en cualquiera de las creaciones de los grandes trágicos de la escuela antigua francesa. Desde la perspectiva del médico, esta obra sin duda debía considerarse una “joya antigua” que estaba libre de la influencia de la escuela decadente. En el caso de *Quetzalcóatl*, además de mostrar su talento poético, Chavero reveló sus conocimientos de la historia antigua de México.

El queretano recuerda que este escritor, junto con José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Ignacio Ramírez, Charles Etienne Brasseur y Bandeville¹⁴⁸ arrancaron sus secretos a los “groseros jeroglíficos” y “monstruos de granito” para reconstruir la historia de los aborígenes mexicanos que se plasmó en *México a través de los siglos*, en donde se apreciaría su “saber” y “profunda erudición”. En *Los amores de Alarcón*, el poeta revivía

¹⁴⁷ *Xóchitl* se estrenó en el Teatro Principal el 26 de septiembre de 1877. *Quetzalcóatl* se presentó en el mismo teatro el 24 de marzo de 1878.

¹⁴⁸ Manuel Orozco y Berra nació en la ciudad de México en 1816. Estudió en el Colegio de Minería y en el Seminario Palafoxiano. Se desempeñó como secretario de gobierno en Puebla de 1847 a 1848, así como oficial mayor del ministerio de Fomento en el gobierno de Comonfort y subsecretario de Fomento y Director del Museo Nacional en el Imperio. Durante el Imperio escribió el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* (1855), *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* (1864), *Memoria para el plano de la ciudad de México* (1867), *Apuntes para la historia de la geografía en México* (1881) e *Historia antigua y de la conquista de México* (1881). José Fernando Ramírez nació en Hidalgo del Parral, Chihuahua en 1804 y murió en Bonn, Alemania en 1871. Participó como redactor en *La Antorcha Liberal* y *Patrimonio Manifiesto*. Fue diputado y miembro de diversos gobiernos, tanto liberales como conservador e Imperial. Formó parte de la Comisión que aprobó el Tratado de Paz entre Estados Unidos y México. Asimismo, dirigió el Museo Nacional. Al caer el Imperio emigró a Europa. Entre sus obras se encuentra *Vida de Fray Toribio de Motolinía*, *Noticias históricas de Durango* (1851), *Viaje a Yucatán* (1865). Charles Etienne Brasseur nació en Bourg-bourg, Francia en 1814. En su juventud se dedicó al periodismo y la literatura. En 1835 se ordenó sacerdote en Rosa. Realizó tres viajes a México en 1848, 1859 y 1865. Dado que estudió arqueología, etnología e historias americanas publicó varios libros sobre estos temas: *Lettres pour servir d'introduction a l'histoire primitive des nations civilices de l'Amerique Septentrional*, *Histoire de nations civilisées du Mexique et de l'Amerique Central*, De Guatemala a Rabinal, episodios de un viaje a la América Central en los años 1855-1856 y *Voyage sur l'Isthme de Tehuantepec, dans l'Etat de Chiapas et de la Republique de Guatemala*.

con gran sabiduría el color local, las costumbres, los personajes reales, el idioma y las pasiones de una época remota. Por esta razón, el crítico no debía analizar el drama, únicamente el literato tendría que leerlo y releerlo. Frías menciona que Chavero era un hombre modesto; no buscaba para sus obras teatrales lauros, prefería esconderlas para que éstas fueran estimadas en la posteridad.¹⁴⁹ A pesar de sus críticas teatrales, algunas severas, éstas se reconocieron por los literatos de ese momento, motivo por el cual en 1902 sería invitado, junto con varios autores teatrales, a formar parte de la Sociedad de Autores Mexicanos. La junta de constitución de este organismo se realizaría el 15 de enero en el Teatro Abreu. Después de una votación, se decidió que la primera mesa directiva estuviera conformada por Juan de Dios Peza (presidente), Hilarión Frías y Soto (vicepresidente), Alberto Michel (secretario), Carlos Valle Gargen (prosecretario) y Enrique Olavaria y Ferrari (tesorero).¹⁵⁰

¹⁴⁹ *El Siglo XIX*, 15 de diciembre de 1894.

¹⁵⁰ Casasola, *Seis*, s.a.e, p. 1909.

Capítulo 3

La crítica social en las novelas de Hilarión Frías

La libertad con la que siempre dejo volar mi pluma: me agrada
dejar correr sin freno a mi pensamiento por los campos vedados, y
dar a mi frase el giro indómito del grito del salvaje
El Diario del Hogar, 31 de agosto de 1884

Como una buena parte de los escritores del siglo XIX, Frías incursionó en diversas áreas de la literatura, entre las cuales, se encontraba la novela. Reconoció que no era un literato excelso, pero buscaba que sus creaciones tuvieran una intención didáctica. Al igual que sus contemporáneos, se adhirió a la tendencia prevaleciente en México, al considerar a la novela como un instrumento de instrucción y crítica social. Si bien su producción novelística es reducida, ésta ha quedado como un testimonio de las inquietudes de un hombre que trató de reformar a la sociedad a través de las letras. En este sentido, concibió la literatura como una actividad complementaria de sus actividades políticas y profesionales. Por ello, Pereira considera que este tipo de producción podía calificarse como un “lujo”, un “accesorio” y una “práctica gratuita” de estos autores.¹

Este capítulo se divide en cuatro partes: en la primera se analiza la novela *Vulcano*; en la segunda se examina *La Colegiala*; en la tercera se estudia *La tabaquera del anticuario*; y en la cuarta se reflexiona sobre *El Hijo del Estado*. Es interesante mencionar que las cuatro novelas pasaron por las páginas del periódico, y sólo la primera se editó; con esta suerte no corrió *El Hijo del Estado* que, sin lugar a dudas, se calificaría como su mejor obra en este género.

La primera novela: *Vulcano*

Sólo la primera producción del escritor, *Vulcano*, se editó; las otras tres mencionadas quedaron inéditas en las páginas de *El Diario del Hogar*. Quizá debido a que fueron novelas con un alto nivel de crítica social, nadie asumió el reto de publicarlas, aunque también debe contemplarse que no son las más representativas de la literatura de la segunda mitad del siglo XIX. *Vulcano* se publicó entre el 2 de abril y el 3 de mayo de 1861 en *La Orquesta*; en 1869 volvió a aparecer entre sus páginas; y en 1882 sería la imprenta de

Filomeno Mata quien la sacó a la luz. Pese a que en la edición de 1983, los editores de la novela aseguran que ésta salió por primera vez en el “Bouquet” del periódico *El Movimiento, semanario de literatura, novelas, poesías, artes, descripciones de bordados, modas, recetas de tocador, artículos de costumbres, viajes* que se imprimía con la Tipografía de Nabor Chávez, este dato no ha sido corroborado. Las otras tres novelas aparecieron de manera paulatina en 1882; éstas hacían patente su adscripción al realismo, no obstante, al *El Hijo del Estado* se le ha vinculado con la corriente naturalista dada su forma narrativa y los ambientes descritos. El énfasis de Hilarión en el realismo denotaba la pretensión de crear un ejercicio crítico de las condiciones sociales; estaba convencido, al igual que sus contemporáneos, del compromiso de los escritores con el mejoramiento de la sociedad.²

A pesar de que algunos autores han considerado al realismo como una reacción contra el romanticismo, existe una igualdad, es decir, mientras que el primero buscaba la “sinceridad en el arte”, el segundo pugnaba por la belleza de la forma, en otras palabras, existía una disputa entre la verdad y la ficción. Lo cierto es que no existió un conflicto entre las dos corrientes. Ambas buscaban la libertad individual, el gusto por lo particular, el amor al hombre y la búsqueda de su perfeccionamiento. Una de las principales diferencias entre ellas se encuentra en la forma en la que se exponían las situaciones: los escenarios realistas resultaban “más auténticos” que los románticos, éstos generaban que sus novelas y cuentos tuvieran una mejor construcción. Los segundos exaltaban las virtudes, en tanto que los primeros se burlaban de la locura de los hombres. Desde esta perspectiva, se consideran tres grandes tendencias en el realismo: la que se vinculaba con el costumbrismo, la que se consideraba una transición entre el romanticismo y otras corrientes, y la que se distinguía como un procedimiento narrativo explícito. Brushwood sugiere que la identificación de esta corriente se facilita si se le percibe como una técnica de narrativa más que un cambio fundamental en la concepción. El realista consideraba a la literatura un espejo que necesitaba reflejar la realidad social con la mayor precisión posible.

¹ Pereira, *Graffiti*, 1989, p. 52.

² Picard, *Romanticismo*, 1947, p. 164; Ruedas, “Caminos” en *Tradición*, 2004, pp. 27, 66; Barros, *Siglo*, 1976, p. 82. Picard menciona que los escritores del XIX mostraban una sed insaciable de enseñanza social, al grado de que en las novelas históricas y los relatos fantásticos aparecía la tesis social. Balzac consideraba que el escritor era un “maestro” de los hombres.

El novelista se convertía en un simple testigo que debía dejar constancia de lo que observaba, único modo que garantizaría la objetividad de la obra. La sensibilidad y la imaginación del lector se abandonaban a fin de tratar de conseguir el apego a la verdad. Si bien el realismo pretendía reproducir las condiciones de una época y los fenómenos del medio circundante, persistían los atavíos del romanticismo; por ejemplo, las emociones exageradas, las coincidencias improbables y la división categórica entre el bien y el mal. La atención del realismo se centró en las clases medias y en las costumbres urbanas, cuyas pasiones y debilidades se debían reproducir. La tendencia hispanoamericana tenía la característica de observar las costumbres de un lugar, pero de un modo más crítico de lo habitual. Las debilidades humanas se manifestaban con exageración, ya que se pensaba que el mejoramiento social llegaría con el individual, y que, mediante la novela, se entendían los problemas históricos, sociales y morales de la sociedad.³

Frías formaba parte del grupo de escritores que planteaban este género como un medio de análisis social, con el propósito de mostrar los problemas morales que se arrastraban. Por lo tanto, pondría en práctica esta propuesta en sus novelas, las cuales tenían la particularidad de denunciar el relajamiento de la ética social. El queretano buscaba que sus críticas contribuyeran a la transformación de la sociedad a través del ejemplo didáctico moralizante, y la demostración experimental de los determinismos hereditarios de la sociedad. Su reformismo se sustentaba más en la denuncia de los problemas que en la propuesta de soluciones. Éste es un aspecto que identificaba a la mayor parte de los literatos realistas. Las obras del médico se insertaban en el género de novelas realistas románticas porque enlazaban la crítica social con las historias de amor. Su principal intención era lograr la moralización de las clases bajas y, específicamente, de las mujeres, razón por la cual sus principales protagonistas son ellas, quienes se convertían en las generadoras de los males sociales.

³ Brushwood, *México*, 1973, pp. 222-224; *Idem*, *Barbarie*, 1988, pp. 16-17, 21, 23, 26; *Idem*, *Novela*, 1973, p. 17; Jiménez, *Letras*, 1989, pp. 162, 170; Díaz, *Realismo*, pp. 152, 22-23; Algaba, *Licencias*, 1997, pp. 63-64, 126; Vela, *Fundamentos*, 1953, pp. 88-90; Carballo, *Reflexiones*, 1999, p. 16; Jasso, "Crítica", 1970, pp. 41, 46; Schreiber, *Introducción*, 1971, pp. 134, 148-149; Alatorre, *Ensayos*, 2001, p. 40. La novela realista española fue criticada, debido a que se decía que pintaba vicios y miserias morales, pero no ofrecía elementos literarios bellos. Las novelas sociales que ofrecían lecciones morales o políticas se consideraban arte utilitario. Por su parte, Altamirano consideraba que como la novela era el libro de las "masas" debía tener influencia en su educación.

En su opinión, la mujer tenía una doble faceta: podía ser un ángel o un demonio. El *deber ser* femenino, según él, se ligaba a un comportamiento recatado, virtuoso y apegado a los valores familiares. Rompía con este esquema, como se observó en el caso de las costureras, al fracturar la estabilidad social. Si transmitía valores y reproducción del sistema social, lo más adecuado era alentarla a tener un comportamiento impecable de acuerdo con las normas establecidas, pues se trataba del pilar de la sociedad.⁴ En su punto de vista se dibuja una marcada tendencia que ahora se podría calificar de misógina. Muestra de ello son sus afirmaciones sobre el trabajo femenino, ya que, no servía para nada, o bien, resaltaba la carencia de capacidad intelectual de las féminas. Estas ideas aparecieron en la mayor parte de sus escritos, lo que refleja su intenso resentimiento contra este género, el cual se advierte en el retrato que realizó de cada una de las protagonistas en sus novelas.⁵

Opiniones sobre *Vulcano*

Los críticos que se han ocupado de *Vulcano* muestran notables diferencias en sus apreciaciones. Luis Reyes de la Maza indica que esta novela se podría ubicar dentro del “romanticismo realista” o del “realismo romántico”, y sobre todo, que debió conmocionar a los lectores que no estaban acostumbrados a leer temas con “tanta crudeza” y realismo. El crítico menciona que la obra mostraba “exageraciones un tanto absurdas” por el “temperamento” y “formación romántica” del autor. En cambio, Reyes supone que se trataba del autorretrato de Frías, quien incluso conoció a la protagonista durante el viaje de Querétaro a la ciudad de México. Sin embargo no aporta ningún dato que corrobore sus afirmaciones. Por otro lado, un autor que firma como J.T. opina que es “extraña”, debido a que combina la trama realista con acciones amorosas y eróticas, a tal grado que más que una novela, debía considerarse una “noveleta de tesis y crítica social” que atacaba de frente las concepciones sobre la moral: los pecados del amor, la seducción y el machismo, y la sociedad de la época: el uso del hombre por el hombre. Su comentario se basa en la idea de que el realismo no es compatible con el romanticismo; argumento que, como se manifestó

⁴ Díaz, *Realismo*, p. 4; Algaba, *Licencias*, 1997, pp. 75, 92; Sefchovich, *México*, 1987, pp. 61, 63; Brushwood, *Barbarie*, p. 17; *Idem*, *Novela*, 1973, p. 238; Carnier, “Estereotipos” en Ramos, *Presencia*, 2006, p. 99.

⁵ *El Siglo XIX*, 3 de noviembre de 1894; Frías, *Vulcano*, 1984, p. 39. Un ejemplo de las afirmaciones que realizaba contra las mujeres era el siguiente: “ninguna de las estimables señoritas que tienen la dicha de pensar con el cerebro, si lo tienen”.

antes, no se sustenta, puesto que ambas corrientes se desarrollaron paralelamente en el ámbito literario. Resulta exagerado aseverar que contiene pasajes eróticos; en realidad, sólo existen tímidas alusiones a la sexualidad.⁶

Brushwood emitió sus opiniones sobre esta novela en dos ocasiones: la primera en 1950, y la segunda en 1973. Es interesante comparar los juicios, ya que muestran variaciones notables. En 1950, Brushwood la ubicaba entre las que denominaba “novelas amorosas”, que se caracterizaban por su brevedad y por relatar una historia de amor. En este sentido, el crítico pensaba que la trama no se podía considerar original; ésta aparecía de manera frecuente en los libros del periodo. Aunque Hilarión no tuvo la capacidad de desarrollarla con mayor habilidad, sí logró que el lector se involucrara en la historia. Lo importante de ella, según el norteamericano, era su crítica a la sociedad, pese a que se hacía en términos generales, sin aludir a la mexicana. En 1973 Brushwood cambia sus criterios de clasificación; aseveró que *Vulcano* no se podía considerar una novela debido a su tamaño, pero tampoco catalogarse como un cuento, porque contenía ciertas estrategias que lo separaban de ese género, por ejemplo, los tiempos de la acción, los cambios de escena, y la transformación de la personalidad en el protagonista femenino. Tenía un carácter romántico, con señales de acción realista, por lo cual, se explica, de acuerdo con el crítico, porqué en México coexistieron las inclinaciones realistas con el impulso romántico.

Desde la perspectiva de Brushwood, la obra persigue un fin didáctico; buscaba exponer que “el amor al dinero” era la característica dominante de la época, y el dinero, la raíz de la inmoralidad *Vulcano* no resultaba ser el malo de la historia, sino las personas que se vendían a sí mismas. El rasgo más interesante de la novela era el papel de la protagonista, quien amaba más a la riqueza que al amor; esta peculiaridad la familiarizaba con *La Coqueta* de Nicolás Pizarro Suárez,⁷ en la que se expone a una mujer que abandona su función pasiva en la elección y en la conquista de amantes. Las dos producciones mostraban féminas interesadas y calculadoras, escenario extraordinario en el medio literario mexicano. El análisis del norteamericano rescata las aportaciones literarias de la obra; sin

⁶ *El Sol de México*, 20 de diciembre de 1968; J. T., “Presentación” en Frías, *Vulcano*, 1984, p. 7.

⁷ Nicolás Pizarro nació en 1830 en la ciudad de México. Escribió *El Monedero* (1861), *La Coqueta* (1861), *La Zahorí* (1868), *Catecismo Político Constitucional* (1887) y *Catecismo Moral* (1868). Murió en 1891 en la ciudad de México.

embargo no enfatiza el factor de crítica social, razón por la cual sólo la concibe como un ejemplo didáctico.⁸

Para Víctor Díaz Arciniega, *Vulcano* debe considerarse la primera novela corta realista de México, por sus características formales, y por el tratamiento del tema. A semejanza de los anteriores críticos, tuvo conflictos para catalogarla en un género determinado. El principal problema que observaba en ella era la desproporción en su composición: el tiempo de la acción, los cambios de escena y el cambio en la personalidad de la protagonista transcurrían en un periodo breve. Frías se propuso que sus lectores se dieran cuenta de la unión entre el amor y el dinero; afirmó que esta característica predominaba en la época. La intención de la obra era moralizar a los lectores. Puesto que *Vulcano* representaba la riqueza, éste no resultaba el villano de la obra; el mal se necesitaba buscar en aquellas personas que se vendían a sí mismas. La maldad se encontraba en los individuos, no en el dinero. Esto se observa en la transformación de la protagonista, quien muestra los cambios de la sociedad, y expone cómo los placeres de la riqueza vencían a los sentimientos del amor.

Díaz fue el único de los críticos que manifestó la discordancia literaria de la novela, pero sin ahondar en ella. A diferencia de él, María Guadalupe Barragán señala que *Vulcano* es la única producción del queretano que consideraba con una mayor unidad de plan. No obstante, su opinión se funda en su comparación con *El Hijo del Estado*, novela que, desde su perspectiva, carecía de concordancia, aunque tenía matices realistas más intensos. La apreciación de la crítica sólo enfatiza la parte formal de *Vulcano*, pero no toma en cuenta los propósitos de la novela.⁹

La trama literaria

Cabe señalar que nadie reparó en el nombre de la novela: *Vulcano* aludía al mito romano que refería los amores espurios de la diosa de la belleza Venus, quien estaba casada con el dios del fuego Vulcano, pero su amante era el dios de la guerra, Marte. La inclusión de este personaje mítico como título de su obra, indica que el médico compartía las ideas de

⁸ Brushwood, *México*, 1973, pp. 180, 182-184; *Idem*, "Romantic", 1950, pp. 20, 26-27, 185. Brushwood refiere que las novelas amatorias se diferenciaban de las costumbristas en dos aspectos: las últimas eran largas y contenían un retrato de las costumbres.

⁹ García, *Naturalismo*, 1979, p. 23; Díaz, *Realismo*, pp. 11-12.

autores como José María Lafragua, Ignacio Altamirano y José María Vigil, quienes pugnaron por la comprensión de la literatura clásica. Además, afirmaron que la creación de una literatura nacional no representaba cerrarle las puertas a la cultura universal. Vigil planteó que el conocimiento de la cultura clásica ejemplificaba el desarrollo del pensamiento humano, y permitía reconocer al escritor internacionalmente. La presencia de la raíz grecolatina marcaba una separación con la literatura francesa de moda, pues, como buen hijo de la Academia de Letrán, pugnó por construir un arte libre de las influencias extranjeras, que “prostituían” con el pretexto de “civilizar”. Lo clásico no se podía considerar la intromisión de lo externo, sino la inserción de lo nacional en lo universal.

El título elegido por Frías indicaba que la narración se ocuparía de relaciones amorosas prohibidas y se trataba de un ejemplo moral, ya que, como él advertía en la entrada de la novela, relataría una historia semejante a una “pintura de nuestros jóvenes”, quienes daban rienda suelta a sus pasiones. Muestra de ello eran los bailes realizados sin mayor motivo, únicamente por reunir a los dos sexos. Los adolescentes no oían ni entendían el baile, sólo se interesaban en tener con quien bailar, sobre todo ellos, pues no les afectaba estar con una compañera “estúpida”.¹⁰ La trama inicia en una reunión de copas de amigos de la juventud; el protagonista era el dueño de la casa. Si bien el escritor no menciona el año en que ocurrió el acontecimiento, sí proporciona una fecha (2 de noviembre) que indicaba que la historia sería sombría por asociarse a la celebración de “Todos los Santos”.

El protagonista viajaba junto con otros jóvenes a la ciudad de México para estudiar. En el camino, se encontraron a dos mujeres que pedían limosna: una ciega y una joven rubia, ésta última era un fruto desconocido de algún europeo que se cruzaba con “nuestra raza para mejorarla”. La segunda le causó una gran impresión, pues podía ser “la reina de los salones” por lo que la buscó después de que arribaron al pueblo en donde descansarían. Ella se llamaba Filomena. Debido a que el hombre “anhelaba aspirar los primeros y embargantes perfumes de aquella flor ignota y solitaria”, hizo todo lo posible para convencerla de que abandonara a la mendiga. A su llegada a la ciudad, Filomena se transformó en muy poco tiempo; la niña “áspera” e “ignorante” se convirtió en una mujer de mundo.

¹⁰ Schneider, *Ruptura*, 1975, p. 110; Frías, *Vulcano*, 1984, pp. 13, 18.

Ella no sólo se preocupó por cambiar sus modales, sino también trató de instruirse. Su pretendiente la rodeó de lujos y comodidades, lo que provocó que sus recursos se agotaran. Las privaciones ocasionaron que Filomena se separara de él, y que se casara con su acreedor, quien la llevó a radicar al interior del país. A la muerte de su marido, Filomena regresó a la capital. El reencuentro entre los protagonistas se produjo en un baile. La joven cambió su nombre por el de Julia, se encontraba en el esplendor de su belleza y vestía con excesivo lujo; por esta situación los hombres la admiraban y las mujeres la envidiaban. Ella lo citó en su casa con el objetivo de expresarle que se iba a casar con un “viejo opulento” que le permitiría mantener su nivel de vida, pues ya se había acabado el dinero que su anterior marido le dejó. A pesar de la promesa de matrimonio, ambos reanudaron sus relaciones amorosas. Aunque el protagonista le pidió casarse con él, ella prefirió satisfacer su “desenfrenada sed de lujo y bienestar”. Así, se convirtió en la “Nueva Venus” que eligió unirse al “viejo y feo Vulcano”, mientras que el protagonista jugó el papel de Marte.

El día de la boda Julia tendió una trampa a su marido; éste paró en la cárcel, por lo tanto, la chica quedó en libertad para pasar la noche con su amante. Una noche, se presentó en casa del protagonista a fin de contarle que estaba embarazada. Ella quería tener un hijo que heredara los millones de su marido, pues éste se encontraba cerca de morir. El protagonista se enteró de que ese niño era suyo, pero Julia lo convenció para que callara, pues así evitaría perder su posición y su honra. Debido a complicaciones en el parto, la joven y su hijo encontraron la muerte: antes de fallecer, reveló el engaño. El protagonista mencionó que la falta había sido olvidada, pero el remordimiento continuaba, a diferencia de Vulcano que disfrutaba de sus riquezas y consideraciones.

El retrato de los protagonistas

Una de las características de las obras de Hilarión Frías era la ausencia de nombres en los protagonistas masculinos, a diferencia de los femeninos que por lo regular sí lo tenían. Existe un marcado contraste entre los personajes de la novela. El masculino es un juguete del destino y de las decisiones de Julia. Su enamoramiento no le permite comprender la “maldad” innata de una mujer que únicamente buscaba su beneficio personal y no entendía los sacrificios hechos por ella. El protagonista no sólo quedó en la pobreza por su culpa, sino también tuvo que callar su paternidad. Todo lo hacía en aras de complacer a su amada.

Frente a un hombre ingenuo, enamorado y víctima de las circunstancias, emergía una fémica calculadora, fría y sin corazón. La “ignorante”, “cándida” e “incorrupta” Filomena cedió su lugar a la sofisticada y ambiciosa Julia. Frías revelaba que esta transformación no fue causada por el protagonista, más bien se encontraba latente en su naturaleza. Esa “niña medio salvaje” sabía que existía un mundo “lleno de comodidades, de alicientes y de placeres” que deseaba poseer, por lo que no le importó abandonar a la ciega que la cuidó. En la joven se vislumbran las características propias de las mujeres: precocidad de instinto; rapidez de concepto; excelso arte de agradar y de mentir; frialdad, indiferencia y falta de afecto. Ella, como las demás, podían sacrificar la “virgen pureza de su cuerpo y corazón” con el propósito de conseguir sus fines.

De acuerdo con la descripción del queretano, las mujeres causaban los males de los hombres; razón por la cual se les debía educar bajo los parámetros de la moral social. Los hombres eran las víctimas de las intrigas de quienes sólo deseaban satisfacer sus lujos materiales. Por esta razón, el dinero no provocaba la inmoralidad, sino las fémicas que anhelaban poseer bienes y que no se detenían ante nada para tenerlos. Por tratarse de una narración de carácter moralista, resulta lógico que el final fuera desfavorable para la protagonista, quien pagó con creces sus maldades. Hilarión lanzaba una advertencia a los hombres: debían cuidarse de los actos inmorales porque el remordimiento conllevaba una carga pesada. No sólo había que poner más énfasis en el comportamiento de las mujeres, sino también recordar que los hombres estaban propensos a pecar. La moral social tenía la obligación de no descuidar a ninguno de los dos grupos si se quería mantener estabilidad social.

Ahora bien, es importante señalar que, como buen romántico, el médico establecía una categórica diferencia entre lo bueno y lo malo. El acento en lo primero resultaba una reminiscencia del modelo neoclásico, el cual concebía en el bien una forma de percibir la moralidad de una obra. La inclusión de la moralidad en la literatura se dio por la influencia de las producciones didácticas y oratorias.¹¹ El autor presenta a la mujer como un personaje malvado, cuyo objetivo era romper con el tradicional canon romántico que la mostraba como un dechado de virtudes, y la principal víctima de las vicisitudes de la vida. Frías pretendía que los lectores repararan en que esa figura también cometía atrocidades y hacía

¹¹ Algaba, *Licencias*, 1997, p. 55.

sufrir a los hombres a causa del amor. A semejanza de los demás escritores decimonónicos, él consideró al adulterio un pecado esencialmente femenino que ponía en entredicho la base de la sociedad, ya que introducía la duda sobre la legitimidad de los hijos y su derecho a heredar el nombre y el patrimonio de la familia. Por esta razón, no se permitía que la acción de Julia fuera exitosa. La muerte de la pecadora y del fruto del pecado significaba la redención de la sociedad.¹²

El modelo de la mujer fría, calculadora y sin sentimientos se repetiría en *El hijo del Estado* (1882); cabe destacar que en esta novela, el escritor volvió a hablar de las mujeres que se dejaban engañar por los “méritos del oro”. Estas imágenes mostraban una sociedad “podrida” y “gangrenada”, pues se percibía la vida como una inmensa orgía, a la que sólo tenían acceso los “potentados de la tierra”. Esas almas “manchadas de vicios” imperaban sobre la multitud “abyecta” y “desagradable”, que se mostraba contenta a pesar de carecer de derechos, libertad y honra.

La Colegiala

Hilarión se incorporó a *El Diario del Hogar* en 1880, desde el cual lanzó numerosos ataques contra diversas instituciones que, en su opinión, tenían un mal funcionamiento a consecuencia, en la mayoría de las ocasiones, de las malas decisiones tomadas por el Ayuntamiento o el Gobierno Federal. Quizá con la intención de elaborar críticas no tan directas y que le causaran algún tipo de censura por parte de las autoridades, decidió cambiar de estrategia e incluirlas dentro de la trama de una novela corta, lo que, en cierta forma, lo salvaría de represalias. El uso de la ficción fue una táctica utilizada por los literatos para decir verdades que, de otra manera, no se expresarían.¹³ Se debe tener en cuenta que, para los autores de la época, la novela se concebía como un instrumento ideal para transmitir determinados puntos de vista. En ella se abordaban los aspectos sociales más variados, razón por la cual, se pensaba que se podía convertir en una escuela de historia, sociología y moral.

Los escritores consideraban que ese género era un medio ideal para difundir ciertas ideas, motivo por el que Picard manifiesta que se volvía una verdadera doctrina social. Existen dos clases de novela social: la descriptiva, en donde el novelista muestra la

¹² Carnier, “Estereotipos” en Ramos, *Presencia*, 2006, p. 103.

psicología de los personajes, su medio social, sus costumbres y sus sentimientos colectivos; y la ideológica, en la cual los personajes tienden a la crítica de las instituciones, y abogan por el establecimiento de doctrinas reformadoras. El novelista social no sólo pretende convertirse en un testigo de la época, sino también volverse un vehículo de transformación de las costumbres. Picard manifiesta que se requiere de talento para crear textos sociales, pues si el espíritu de partido es demasiado visible, se corre el peligro de ahuyentar a los que no piensan como el escritor; así, ésta adquiere un carácter ficticio que le resta valor literario y la priva del interés que le da a una obra el carácter de lo imprevisto.¹⁴ Los relatos de Hilarión se ubican en este género cuya intención era aportar enseñanzas.

La segunda novela del queretano, *La Colegiala*, se publicó en cuatro entregas que aparecieron entre el 11 de julio y el 1 de agosto de 1882. La obra se divide en dos partes: en la primera se recrimina la política educativa del Colegio de la Paz o de las Vizcaínas; mientras que en la segunda, se alaban las acciones en el Hospital de San Salvador. Si bien el motivo central de la primera parte era la crítica del Colegio, también existe una somera reflexión sobre los malos matrimonios; este argumento sin duda buscaba enfatizar la propuesta del médico sobre el divorcio. Aunque se trata de asuntos distintos, Frías decidió unirlos en una trama narrativa. Cabe mencionar que en estas dos producciones, logró que sus personajes dialogaran a través de cartas con el fin de dar mayor independencia a cada uno de los actores, y así, profundizar sobre el asunto que describían, sin temor a ser interrumpidos por los demás actores. Otra ventaja de la utilización de las misivas era que éstas permitían abordar dos cuestiones distintas, sin que una afectara el hilo de otra. De esta manera, mientras Eva narraba la vida en el Colegio, Gracia le contaba los pormenores de su matrimonio. A diferencia de *Vulcano* y *El Hijo del Estado*, *La Colegiala* y *La tabaquera del anticuario* no recibieron mayores comentarios de los especialistas, tanto de la época como los actuales.

Los orígenes de *La Colegiala* se pueden situar en un artículo que Hilarión escribió sobre el Colegio de la Paz, el cual recibió severas críticas, pues se afirmaba que el autor no se documentó adecuadamente. Con el propósito de demostrar que no improvisó en el asunto

¹³ Pereira, *Graffiti*, 1989, p. 20.

¹⁴ Picard, *Romanticismo*, 1947, pp. 158-162; Hernández, “Presentación” en Hernández, *Historia*, 2004, p. 10; Alatorre, *Ensayos*, 2001, p. 40. Por ello, se plantea que la novela convierte en lenguaje la experiencia del autor.

que iba a tratar, el queretano manifestó desde el inicio de la obra, que había realizado una rigurosa investigación que le permitió conocer la historia de una “institución noble y grandiosa”. Para que los lectores se dieran cuenta de la veracidad de sus indagaciones, incluyó datos sobre fundaciones pías que podrían resultar “soporíferas”, mas ilustraban los nobles motivos que llevaron a la fundación del Colegio. En las páginas de *El Monitor Republicano*, *Juvenal* publicó su opinión sobre ésta; afirmó que Frías era un “notable escritor” de “pluma galana”, que asumió la tarea de escribir una novela con la virtud de describir lo que pasaba en el Colegio de las Vizcaínas, lugar que debía estar bajo el más estricto escrutinio de los padres, pues era “una de las esperanzas del porvenir”.

El periódico mencionaba que las “audaces” revelaciones del médico “debieron” llamar la atención de la Secretaría de Justicia, que se encargaría de iniciar una averiguación a fin de reformar los reglamentos y estatutos del “más importante de los planteles que tenemos para la educación de la mujer”. Los detalles de los que se hablaba y la forma en que se desarrollaba la vida del Colegio indican que el escritor obtuvo sus informes de una buena fuente. El periodista advertía que existía un “atraso notable” en la educación e instrucción de la mujer. Los adelantos eran “insignificantes” y se requería que los “hombres pensadores” se detuvieran a analizar un aspecto que afectaba el porvenir de una sociedad, la cual, pese a concebirse como ilustrada, en realidad se encontraba alejada de los adelantos del siglo.

La educación de la mujer dejaba mucho que desear; no era del interés de los legisladores. El Colegio de las Vizcaínas era el plantel de mayor importancia para la educación de la misma y se notaban los defectos propios de una “educación antigua”, motivo por el que su reglamento y plan de estudios no llenaban las exigencias de la época. Aunque no podía corroborar las afirmaciones de Frías, *Juvenal* se mostraba sorprendido de que la Secretaría y los directivos del Colegio no realizaran nada para llevar a cabo las reformas que el queretano proponía. Pensaba que la inactividad de la Secretaría era consecuencia de la ausencia de un ministro que atendiera el ramo; dicha situación fue provocada por el presidente que no había integrado un gabinete. Ese “vacío de poder” se advertía en los más “importantes negocios del Estado”.¹⁵

¹⁵ *El Monitor Republicano*, 10 de agosto de 1882.

La trama literaria

Al abordar un asunto, que posteriormente desarrollaría en *La Colegiala*, y *El Hijo del Estado*, Hilarión criticó a las familias de “falsos héroes” que medraban del erario público, a diferencia de aquellas en las que el padre peleó por la patria, pero se fue a la tumba sin ninguna riqueza. Éste era el caso de la que iba a retratar, la cual estaba conformada por la madre y dos hijas: Eva y Gracia. En vista de que no se asignó a ellas una pensión por parte del gobierno, decidieron “vivir de la obra de sus manos”, por lo que pasaban noche y día en el “potro de tormento llamado máquina de coser”. Cuando la madre murió. Gracia, la hija mayor, se casó con un hombre, cuyo único mérito era descender de una familia ilustre, aunque arruinada. Sus nexos sanguíneos le sirvieron para acceder al círculo íntimo del gobernador, quien no sólo lo nombró diputado, sino también lo hizo su edecán, motivo por el cual se ocupó de sus asuntos personales: incluso sus amoríos.

Al trasladarse la joven y su esposo al interior de la República, Eva tomó la decisión de ingresar al Colegio de las Vizcaínas con el fin de perfeccionar su educación, y convertirse en una profesora independiente. Las cartas mostraban que las dos hermanas eran desventuradas. Mientras que Gracia estaba atrapada en un matrimonio carente de futuro, Eva se encerraba en una escuela que no le daba mayores satisfacciones; afirmaba: “el presente no era atractivo, y carecían de fe en el porvenir”. Ella no se imaginaba que en un colegio existieran tantos elementos que entorpecieran el aprendizaje y corrompieran la moral; esperaba que sus opiniones no fueran censuradas por las autoridades académicas, pues éstas tenían la costumbre de revisar las misivas antes de que las leyera las destinatarias. Pese a que tal práctica se había abolido de manera oficial, aún se realizaba.

El objetivo primordial de Hilarión era la crítica. Dado que la novela carecía de una estructura narrativa compleja, no sorprende que no tuviera un final, y que la exposición de las epístolas se suspendiera porque las hermanas se habían reunido. Quizá con la intención de observar la reacción del público, el queretano dejaba abierta la posibilidad de que se escribieran más cartas, las cuales presentaría cuando lo creyera pertinente.

La crítica contra el Colegio de la Paz

Frías describe al Colegio como un edificio de dos pisos con un patio “inmenso” que carecía de plantas, flores y árboles que ayudaran al pleno desarrollo de las colegialas. Desde el

punto de vista del médico, ellas podrían encargarse de su cuidado, lo cual sería benéfico para la institución y para las mismas estudiantes, pues las mujeres aprenderían a amar las flores y se fortalecería la pureza en su alma, la ternura en sus afectos y la solidez en su corazón; se dejarían de preocupar más por su arreglo personal.

Llama la atención que el queretano realizara una escueta descripción del Colegio, sobre todo, si se toma en consideración que en sus posteriores obras detalló ampliamente las condiciones físicas de los edificios. Es probable que no se le haya permitido recorrer las instalaciones, motivo por el que sólo retrató la parte visible del edificio. Las alumnas que ingresaban al Colegio debían presentar un ocurso, la fe de bautismo, y pagar una fianza que garantizaba una pensión de diez pesos mensuales; además, llevar un catre, un ropero, un tocador y una silla de costura. El novelista estaba convencido de que la mala educación y la falta de disciplina en ese lugar eran consecuencia de las diversas circunstancias que afectaban su imagen. La primera provenía de las personas encargadas de la dirección: el Colegio se presidía por una Junta Directiva conformada por cinco vocales, un secretario, y un administrador; aunque, según Hilarión, en realidad dos o tres personajes lo manejaban.

El director era Joaquín Eguía Lis,¹⁶ un “hombre bueno”, pero que “carecía de iniciativa y de conocimientos” para desempeñar el puesto que se le había encomendado. A pesar de que este abogado conocía el derecho romano, ignoraba todo lo que debía saber un hombre ilustrado. Dado su buen carácter, las colegialas lo estimaban mucho, sin embargo, la afectividad no ayudaba a dirigir con acierto un centro de enseñanza. El médico sugería que Eguía obtuvo su puesto gracias a la relación establecida con Protasio Tagle. La segunda autoridad del Colegio era la señora rectora, una anciana venerable de gran inteligencia y bellos sentimientos, los que la volvían una segunda madre para las “jóvenes infelices” que estaban “hacinadas” en esa “prisión”. Lo único reprochable eran sus ideas anticuadas y su falta de aseo personal.

Las educandas no sólo habitaban en la escuela; también vivían ahí muchas mujeres mayores, a quienes llamaba “caducandas”, que se resignaban a pasar la vida “entre los chismes del colegio y los rumores del mundo exterior”; se encontraban en las Vizcaínas, debido a que la Reforma las arrojó de su asilo. A diferencia de las colegialas que habitaron en comunidad, ellas vivían en grupos dirigidos por una superiora. Cada “familia” contaba

con un comedor propio, cocina especial y cuarto para las aisladas. No requerían de un locutorio para hablar con sus familiares, sino que los podían recibir en la misma puerta del edificio. Frías consideraba que la presencia de estas mujeres mayores era perniciosa para las colegialas y constituía el segundo mal que afectaba a la institución.

Además de ocupar espacios del edificio que se podían destinar a otros fines, las “caducandas” pervertían a las alumnas al contarles historias de amores “secretos”. Puesto que en el Colegio no había restricciones para la murmuración, éstas tenían conocimiento de todo lo que pasaba en la sociedad mexicana. Las clases y los talleres servían de foro para platicar sobre asuntos que no convenían a unas mujeres que estaban en proceso de formación. Lo peor de todo era que las superiores y las profesoras no prohibían esas prácticas, al contrario, ellas mismas las incentivaban. El permitir que las colegialas escucharan “crónicas repugnantes” inapropiadas para su edad ayudaba a corromper su “inocencia” en aras de una aparente moralidad que denostaba al prójimo en honor de una “supuesta caridad”. El recato se volvía un pretexto para desgarrar las honras ajenas y enmascarar la mordacidad bajo la careta de la censura de las faltas.

Las autoridades del Colegio no se habían dado cuenta de que el “vicio deletéreo” de la murmuración contribuía a la perdición de muchas jóvenes. Las familias “honradas” evitaban que sus hijas mantuvieran o escucharan conversaciones “libres” en las que se desgarraba la honra ajena, se comentaban las faltas de las mujeres casadas, los deslices de las solteras, y las historias escandalosas de los tenorios. Los buenos padres sabían que estas habladurías incentivaban la curiosidad de las jóvenes, quienes deseaban saber en qué consistía la falta. Cuando saciaban su curiosidad, les quedaba una “emoción ignota” que se traducía en un “deseo ardiente” por experimentar esas situaciones, esto hacía que se perdieran moralmente, y que buscaran la ocasión para caer en la tentación. Los males generados a causa del chisme entre las jóvenes se desconocían por los “pedantes de pergamino”, quienes no sabían nada sobre los “misterios del corazón” y la ciencia de la educación moral. Si el director no hizo nada para cambiar la situación, se debía al temor de que este hecho motivara el disgusto de las señoras y las colegialas.

Otro de los perjuicios ocasionados por las habladurías era la ruptura de la armonía entre las educandas. La exposición de la vida íntima, el desgarramiento de la honra familiar

¹⁶ Cortés, *Sebastián*, 2002, p. 24. Eguía Lis fue el primer rector de la Universidad de México. Este hombre

y la vociferación de la riqueza, provocaban desconfianza, recelo y odio que llevaban a la división, las rencillas y las discordias. Un tercer daño era la convivencia en comunidad. Hilarión consideró este hecho poco grave cuando se observaban las reglas de los conventos, pero en el Colegio se utilizaban las que regían a los soldados. Los salones grandes se emplearon como dormitorios; las colegialas colocaban sus catres a lo largo de éstos y nada separaba los lechos. Esta disposición muestra que se miraba con desprecio el pudor y la dignidad de la mujer, ya que las autoridades impedían que los ojos de las demás contemplaran los cuerpos desnudos, lo cual podía generar delectación entre las jóvenes.

El conservadurismo moral expresado en esta novela del queretano contrasta con sus opiniones sobre la libertad que debían tener los individuos. El autor aseveró que el desconocimiento de las autoridades del Colegio sobre la educación de la mujer, las llevó a ignorar el decaimiento moral que se suscitaba en el alma de una joven que miraba un cuerpo desnudo de manera continua, pues no sólo se perdía el pudor, sino también, el respeto entre ellas; e incluso, no podían estimarse porque se conocían muy bien. Hilarión estaba convencido de que la vida en comunidad fomentaba la propagación de “malos gérmenes” en el corazón de las jóvenes, quienes buscaban satisfacer sus “deseos ignotos e irresistibles”, sin importarles que la persona fuera de su mismo sexo. A fin de resolver este problema, las autoridades ordenaron que la reclusión no fuera completa y recibieran visitas los domingos en un salón acondicionado con gabinetes; sin embargo, desde la perspectiva del escritor, el daño estaba hecho, por lo que recomendaba que el Colegio siguiera las normas de las escuelas europeas. La alusión a relaciones lésbicas en su interior no generó mayores comentarios en la prensa de la época, lo cual, sin duda, evidencia que asuntos como la homosexualidad preferían callarse, y si en este caso no se censuraron fue porque se planteaba como argumento de una novela.

El cuarto inconveniente que arrastraba la institución era la actitud de profesores: éstos generaban preferencias y celos entre las alumnas, lo que iba en detrimento de la educación. Frías pensó que lo más adecuado sería que la instrucción estuviera a cargo de profesoras, pues ayudaría a acabar con los chismes y a incentivarlas para ocupar puestos requeridos en instituciones como “La Encarnación”. Las autoridades no advirtieron lo peligroso que resultaba dejar a una joven en contacto con un hombre. Si bien las escuelas

tuvo como su padrino de boda a Sebastián Lerdo de Tejada.

europeas lo permitían, se debía a que sus mujeres tenían la sangre fría, carecían de imaginación y se respetaban entre ellas; en cambio, las mujeres latinas se caracterizaban por su sangre caliente y su pésima educación, derivada de una “madre fosfórica”, un “padre ignorante”, un “confesor imprevisor” y los malos consejos de las comadres. Las europeas observaban con indiferencia a los profesores, mientras que las latinas se disputaban sus favores. El queretano reconocía que los profesores guardaban compostura, pero las jóvenes buscaban obtener sus preferencias. Sin embargo, admitió que no todas lo hacían, aunque los casos eran contados, se debían evitar.

El principal problema que enfrentaba el Colegio era el educativo. Eva mencionaba que las alumnas parecían soldados, pues tenían que levantarse al toque del alba, arreglar sus camas, tomar el desayuno y bañarse. Como el aseo no era una práctica reglamentada, las mujeres mayores sólo lo hacían de manera superficial. Este dato denota que Hilarión estaba al tanto de los patrones de comportamiento del viejo continente. En la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, el baño se convirtió en uno de los factores que fomentaban la belleza femenina.¹⁷ En la institución se profesaba el sistema de universidad libre, las educandas podían inscribirse a la clase que más les agradaba. El médico consideró el plan de estudios absurdo; decía que seguía el mismo “método abigarrado” que el de todas las escuelas nacionales; pues se ofrecían muchas materias que carecían de conexión entre ellas y no contribuían al verdadero aprendizaje; éste debía ser racional y progresivo.

La enseñanza se dividía en primaria y secundaria: la primera era insuficiente; y la segunda, absurda. La mayoría de las colegialas cursaban la secundaria, y sólo unas cuantas estudiaban la primaria. La instrucción se distribuía en varias disciplinas: español, aritmética y escritura, geografía, matemáticas y física. En español se ejercitaba la escritura y lectura con la ayuda del método intuitivo y la recitación, la cual consistía en repetir lo aprendido durante mucho tiempo. En aritmética se aprendían las operaciones fundamentales y los números enteros. En escritura se exigía que se supiera declinar el sustantivo y el adjetivo. Frías pensó que el mapa curricular carecía de lógica porque creía que las ciencias no se aprendían de forma fragmentaria, razón por la que afirmaba, de manera irónica, que el saber humano no era una salchicha que se podía partir sin afectar lo demás. Las lecciones no se impartían en grupo, las educandas las tomaban de manera individual, por lo que se

¹⁷ Vigarello, *Historia*, 2005, pp. 180-182.

trataba de una situación indebida. Algunas jóvenes querían ser profesoras, por lo tanto tenían que seguir los cursos especiales de sus educadores.

El queretano muestra que las alumnas no concurrían a las clases de español, inglés, aritmética y geografía. En cambio, sí a las de labores manuales que tenían una gran demanda por lo lucrativo que resultaban las obras de lujo. Tampoco se interesaban por materias como álgebra, pintura, filosofía, historia universal y pastelería. El escritor afirmaba que las autoridades ponían escasa atención a las clases prácticas, pues sólo se ofrecía bordado y fabricación de flores, mas no costura, corte de ropa, cocina y repostería. Además de enfatizar el desinterés de las alumnas por las materias científicas, y su mayor empeño en aprender a tejer o a picar papel, reflejó que las autoridades del colegio no repararon en la necesidad de reformar su plan de enseñanza. No se explicaba la existencia de materias que no le interesaban a la mayoría de las estudiantes, por lo que se debían fomentar las labores, para ayudarles a sobrevivir en el futuro.

Sin embargo, las autoridades preferían que se consumieran en la monotonía y esterilidad del Colegio. Ellas labraban su provenir al amparo de la indolencia del gobierno y de la ignorancia de los directores, quienes no fortalecían la disciplina ni organizaban la instrucción de manera que ésta resultara racional y fecunda. En realidad, la farsa imperaba en la institución. A pesar de que se suprimió el sistema monacal que aislaba a las jóvenes y evitaba que les legara el hálito de corrupción, el nuevo sistema desarrolló otros males y vicios interiores que provocaron la indignación social, pues los encargados del establecimiento no tenían idea de cómo organizarlo, qué tipo de vigilancia ejercer y qué tipo de enseñanza dar a las jóvenes a fin de alimentar una sana moral.

Las violaciones a las Leyes de Reforma

El principal error que el Colegio de las Vizcaínas cometió y que Frías no podía pasar por alto, era la celebración de las festividades en honor a San Ignacio de Loyola, santo patrono de éste. Para un liberal exaltado como él, los problemas de la enseñanza o la disciplina educativa pasaban a un segundo término cuando se debían castigar acciones que infringían las Leyes de Reforma de manera fragante. El autor expresaba que los reformistas respetaron a las Vizcaínas porque comprendieron que cumplía con la función de albergar a huérfanas y a jóvenes sin un techo paterno. Se determinó su persistencia con la condición de que fuera

un modelo de colegio para jóvenes, del cual, tendrían que salir buenas profesoras y buenas esposas. Sin embargo, la institución no cumplía con este objetivo; servía como refugio para los jesuitas, quienes no sólo vivían a expensas de la institución, sino que también la dirigían; es decir, Hilarión sugería que Eguía y el Ministro de Justicia eran unos simples títeres de aquéllos, razón por la cual no se debía extrañar la realización de la fiesta de San Ignacio con tanta pompa. Las prácticas religiosas se llevaban a cabo por los jesuitas, aunque las “caducandas” también las promovían. Ellas practicaban rezos nocturnos, y obligaban a las alumnas a asistir a las tandas de ejercicios espirituales, a las misas; asimismo, procuraban que se confesaran y comulgaran. De acuerdo con el médico, estas acciones recordaban la intolerancia católica de la época colonial.

En la víspera de la fiesta se tiraban muchos cohetes, se repicaban las campanas, se cantaba en el coro y se preparaba un desayuno para agasajar a los sacerdotes y a los que concurrían a las mañanitas. El resto del día se consagraba a concluir el adorno de la iglesia, de los altares, el patio y los corredores. El día de la celebración había misa con sermón: las alumnas estaban obligadas a comulgar. En el transcurso del día se recibían visitas, en la noche se organizaba una representación teatral, y un concierto, que culminaba con un baile. Para Frías, este acto no tenía nada de reprochable, mientras se llevara a cabo entre las mismas alumnas. Sin embargo, Eguía Lis permitió que unos estudiantes ingresaran al Colegio, lo cual debía censurarse, pues la fiesta se celebraba a puerta cerrada y se impedía la entrada a familiares de las colegialas. El queretano estuvo contrariado por lo que pasó en el Colegio: no sólo se accedió a que hombres y mujeres bailaran juntos, sino que también a que las mujeres bebieran. En pleno frenesí, Eguía afirmó que los concurrentes eran hermanos y que, por lo mismo, debían darse un abrazo fraterno; esta situación permitió que hombres y mujeres tuvieran un contacto estrecho. Frías manifestó que el baile sirvió para que las alumnas, “asfixiadas por la monotonía de un régimen estúpido y enervante”, dieran rienda suelta a sus “sentimientos reprimidos” y evidenciaran los “deseos apasionados” de sus corazones.

Lo anterior mostraba que no se podía pedir disciplina en un Colegio cuyo director daba la nota cómica y zarzuelista. Hilarión se convenció de que se necesitaba una reforma de fondo en el Colegio, pues ya no era posible considerarlo el “asilo tierno” que levantó la caridad para recoger a las huérfanas, y tampoco apreciarlo como un establecimiento modelo

de educación que proporcionaba porvenir y honorabilidad a las jóvenes. La denuncia pública del médico surtió efectos; Eguía renunció días después de la publicación de la novela. Frías argumentaba que una persona enérgica se debía encargar de la dirección del Colegio así, se podría realizar la reforma que éste requería. Al ministerio de Justicia le correspondía tener en cuenta la necesidad de modificar los estatutos, el plan de estudios, el régimen disciplinario y el personal. Solamente de esta manera se mejoraría la condición de un lugar en donde las niñas debían encontrar los elementos básicos para construirse un porvenir honorable. El escritor se sentía orgulloso de que su novela provocara una reacción de tal magnitud; le agradaba la idea de que se proyectara una “ensaladilla” y una obra en la que fungiría como protagonista.

Las ideas sobre el matrimonio

Como se mencionó antes, Hilarión utilizó el personaje de Gracia con el propósito de introducir el tema de los malos matrimonios, y mostrar la necesidad del divorcio en esos casos. Al mismo tiempo, se valió de ello, para incluir una sutil crítica en contra de la forma en que se integraba la Cámara de Diputados. Respecto al primer punto, Gracia le mencionaba a su hermana que dudaba de su porvenir, pues se había dado cuenta de que no amaba a su marido, y que tenía la esperanza de que un día se pudiera separar de él. Ella consideraba al matrimonio como un “grillete moral” que impedía su libertad de movimiento. A causa de esta mala unión, la mujer enloqueció. Esto demuestra la necesidad de que se separaran los matrimonios que no funcionaban, pues con ello se evitarían mayores males, motivo por el cual, Frías no dudaba en afirmar que el divorcio era una “ley salvadora” de la sociedad. Para darle mayor fuerza a su argumento, el autor menciona que Napoleón había decidido discutir el tema del divorcio porque estaba convencido de la obligación de romper el “vínculo imposible” y “sofocante” inventado por el catolicismo. Este énfasis en la religión comprueba que el escritor pretendía dibujar al matrimonio como una institución que ya no tenía cabida en una sociedad laica.

En su afán de defender su argumento llegó al extremo de afirmar que el adulterio no se podía considerar un crimen, sino una “compensación” del alma que había sido engañada en sus ilusiones. Incluso afirmó que las mujeres preferían a un marido infiel que a uno condescendiente, pues les atraía más la virilidad que la degradación. Este punto de vista

denota su malestar por el matrimonio y, además supone cierta ligereza moral desde la que podían actuar los individuos. Esta posición contrasta con sus escrúpulos sobre asuntos como la educación de las mujeres, tal como se observó anteriormente. Por ello, no resulta extraño que Hilarión elogiara la decisión de Eva de permanecer soltera y no tener que sufrir a causa de un “matrimonio desgraciado”, pues era preferible mantener la independencia, antes que perderla con un hombre que no le ofrecía ningún futuro. Quizá esta perspectiva tan pesimista sobre el matrimonio ocasionó que sus propuestas no fueran bien recibidas.

Por otra parte, Frías intercaló una visión crítica de la política, a través del matrimonio. Gracia se quejaba de que su marido era una persona “vulgar”, que se convirtió en el lacayo del gobernador, y que esto había servido para nombrarlo diputado pese a su falta de talento e inteligencia. Si bien su marido se encontraba cerca del poder, no se ocupaba de cuestiones administrativas que beneficiaran al pueblo, o de negocios para el buen gobierno sino que le asignaban comisiones que no requerían mayor esfuerzo. La opinión del médico muestra su desacuerdo con la forma en que se elegía a los diputados. Su experiencia en anteriores legislaturas lo llevó a concluir que la Cámara debía estar integrada por los elementos que conocieran la política nacional, y no por quienes arribaban gracias al triunfo de su facción política, como sucedió con los “tuxtepecanos”.

Aunque el queretano pintó un horizonte negro para las dos protagonistas su suerte fue distinta. Mientras que Gracia terminó recluida en el Hospital de San Salvador, Eva salió del Colegio, y por su constancia logró titularse como profesora; ella conservó su independencia gracias a las clases que impartía, tanto a nivel particular como en las escuelas de gobierno. Su libertad le permitía buscar un esposo digno, en lugar de encontrarse a un desventurado que sólo servía como diputado. La posición del escritor respecto a Eva no era excepcional; en los periódicos de la época se planteaba que las mujeres pobres debían trabajar para salir de su “triste” condición. Respecto a la labor femenina se asumían dos visiones: la que la consideraba un castigo, y la que la concebía un instrumento de avance económico. La primera se entendía como una expresión de la abnegación femenina, que hacía superiores a las mujeres, y la segunda, demostraba un mejoramiento en su estilo de vida que la ayudaría a conseguir un buen marido.¹⁸ No es una

¹⁸ Carnier, “Estereotipos” en Ramos, *Presencia*, 2006, p. 156; Barros, *Siglo XIX*, 1976, p. 113; Micrós, *Ocios*, 1979, pp. 144, 158. En su novela *La Rumba*, Ángel de Campo postulaba que la mujer debía recibir educación intelectual que le daría la posibilidad de superarse.

casualidad que el autor eligiera el nombre de Eva para representar a la mujer trabajadora, al igual que el personaje bíblico, la joven enfrenta una situación difícil y tuvo que ganarse el pan con el sudor de su frente. En cambio, Gracia, que eligió el camino más sencillo, el del matrimonio, lidió con problemas mayores.

Observaciones sobre el Hospital de San Salvador

En la segunda parte de la novela, Gracia se convirtió en la protagonista, debido a que se encontraba internada en el Hospital de San Salvador. Para proseguir la misma trama literaria, Hilarión recurrió otra vez a las epístolas, sólo que en esta ocasión, las cartas de aquella no recibían contestación de Eva, por lo que el diálogo se volvió monólogo. Si la primera parte de la obra tenía una trama muy sencilla; la segunda carecía de ella, pues el eje del relato radicaba en destacar la importancia de un Hospital que se había vuelto modelo en la atención de sus pacientes. El autor prefería sacrificar la parte literaria, antes que desviar el interés del objetivo que perseguía. Frías aclaraba que aunque Gracia estaba recluida en un hospital para locas, sus cartas estaban bien razonadas, lo que resultaba sorprendente porque revelaba “mociones extrañas” en una mujer. Este argumento revela que, a semejanza de sus contemporáneos, el queretano opinaba que las mujeres tenían un nivel de inteligencia menor.

A Gracia se le diagnosticó histeria y, para evitar que su mal empeorara, se puso en manos del doctor Alvarado, quien era el director del Hospital y un gran médico alienista, lo cual garantizaría su pronta recuperación. En vista de que se descubrió que su mal no estaba ligado con una lesión anatómica específica, se le dio la libertad de recorrer ese lugar, y de ayudar a la enfermera mayor en la vigilancia de los servicios. Por esta razón, tuvo la oportunidad de observar su conformación y los servicios que ofrecía. Hilarión reconocía que el tratamiento de la locura en las mujeres mostraba mayores avances que en el caso de los hombres, pues en el “sombrio y tétrico” Hospital de San Hipólito todavía se utilizaban las cubetas de agua fría como terapéutica oficial.

En la primera parte de la novela el autor no proporcionó mayores informes del Colegio de las Vizcaínas, a pesar de consultar muchos materiales para ese efecto. Esta situación no se repitió en el caso del Hospital de San Salvador, ya que incorporó una breve historia de éste, aunque no mencionó las fuentes, por lo que no es posible saber si investigó

o sólo se limitó a copiar las referencias de algún libro. Según él, este Hospital tuvo sus orígenes en el último tercio del siglo XVII, gracias a la iniciativa del carpintero José Sayago, quien se dio a la tarea de recoger a las “locas” que deambulaban en las calles de la ciudad, y las alojó en una casa que se encontraba frente a la iglesia de Jesús María. Frías se indignaba por el abandono de las enfermas mentales. Desde su perspectiva, las autoridades coloniales debieron poner mayor atención en la mujer demente, y no dejarla a su suerte. Su opinión muestra que tenía la intención de comparar el pasado con el presente, con el fin de observar si la situación había cambiado o seguía el mismo modelo de desamparo hacia la mujer.¹⁹

El escritor menciona que el arzobispo Seijás se enteró de la labor altruista que realizaba Sayago por lo que lo mandó llamar para conocer sus motivos, y después de la entrevista, decidió tomar la empresa entre sus manos; proporcionó los fondos para que se comprara una casa más grande, la cual, se ubicaba frente al colegio de San Gregorio, y en la que permaneció el Hospital hasta 1869. Cuando el arzobispo murió, la Congregación del Divino Salvador se encargó del establecimiento, y compró una finca en 1700 en donde se construyó un edificio para albergarlo. Con la expulsión de los jesuitas en 1767, el patronato pasó a manos del gobierno virreinal, que decidió ampliarlo en 1800. En 1824 se convirtió en Hospital General. Su administración le fue encomendada a José Antonio Martínez del Río, personaje que merecía la “admiración pública”, pues aportó 42000 pesos para su acondicionamiento, y lo dotó de 8000 pesos a fin de establecer una lotería que sirviera para enfrentar los gastos.²⁰

Posteriormente, fue manejado por las Hermanas de la Caridad; el Ayuntamiento; la Junta de Beneficencia, y la Secretaría de Gobernación. Hilarión destaca que la historia del Hospital demostraba que había hombres que consagraron su talento, sus afanes y su propia vida a la caridad y filantropía. Tal era el caso del director Miguel Alvarado, un hombre “probo”, “sabio” y “abnegado”, que anteponía el cuidado de los pacientes a sus propias dolencias provocadas por la gastralgía. Su “enérgica” voluntad estaba entregada a la humanidad y la ciencia. Por su tolerancia y buena disposición hacia las enfermas, el

¹⁹ Aguilar, *Hospitales*, 1936, pp. 17-20. El hospital de San Hipólito fue fundado por Bernardino Álvarez en 1566. De acuerdo con Aguilar, la ciudad de México fue la primera urbe del mundo que contó con una casa de enajenados.

²⁰ Valle, *Vieja*, 1937, p. 189. En 1861, Benito Juárez determinó crear la Lotería Nacional con lo que ésta dejó de depender de la Academia de San Carlos. La decisión presidencial significó la supresión de rifas que

queretano lo consideró la imitación del “Quijote”. Su “bondad” y “dulzura” provocaban que las “desgraciadas lo quisieran con locura”, además de ganarse la admiración de todos, pues les daba mayores cuidados que a sí mismo. Alvarado no se limitaba a firmar un recetario, un presupuesto o un estado de enfermos; predicaba con el ejemplo en la atención de las pacientes, razón por la cual, según Hilarión, se podía calificar como “el alma del hospital”. Los “empleados indolentes” lo veían como “una plaga”, pues el director deseaba que todos trabajaran con el mismo empeño y dedicación; no utilizaba palabras ásperas para referirse a sus subordinados, en su defecto los trataba con “ternura” y “consideraciones”.

Pese a ser un hombre enfermo no se le notaba cansancio o hastío en el desempeño de sus tareas. Cuando concluía con sus labores en el Hospital, Alvarado procedía a la disección de un cadáver, hacía preparaciones para su colección histológica, o se dedicaba a leer. Si el Hospital de San Salvador se había convertido en un establecimiento modelo, se debía, a la “dedicación, empeño y profunda filantropía” del doctor Alvarado, quien había logrado que en el establecimiento se aplicaran tratamientos científicos para el cuidado de las enfermas, y que se observara “un gran aseo, orden y elegancia” en las instalaciones. Frías pensaba que el lujo que imperaba en el Hospital no se podía encontrar en las casas de muchas familias de clase media, aun en las acomodadas.

El tratamiento de las enfermas

Hilarión menciona que presenciar la locura de una mujer causaba “calosfríos del alma ante tanta desesperación, sufrimiento y degradación”. También afirma que cuando las pacientes ingresaban, se realizaba un registro escrupuloso de sus antecedentes (edad, hábitos, nombre de los ascendientes y descendientes), sus dolencias, las posibles causas, y sus “síntomas asintomáticos” y psíquicos; tales elementos podrían ayudar a determinar la etiología del mal. Esto evidencia que se seguía un método científico en el tratamiento de las enfermas. Una vez conocido el problema, se sabía a qué sección se le debía enviar. El Hospital estaba dividido en cuatro departamentos, y cada uno en varias secciones de acuerdo con la clase de enfermedad. En el primer departamento había cuatro secciones: epilépticas; “locas tranquilas”; las que requerían observación y las locas “furiosas y destructoras”. En el segundo estaban las niñas, divididas en dos secciones: epilépticas e imbéciles.

ayudaban al sostenimiento de casas de beneficencia como la de Cuna, el Hospicio de pobres, el Hospital del

En el tercero se encontraban tres secciones: enfermería, en la que se asistía a quienes padecían enfermedades extrañas, las suicidas, escatófagas y lascivas; en la segunda se encontraban las furiosas; y en la tercera, las epilépticas. Y en el cuarto residían las enfermas distinguidas que pagaban pensión o que merecían asistencia especial; a ellas se les aislaba, y se les proporcionaba un servicio distinto. Estas pacientes se distribuían según la clase de locura que padecían, las exigencias del régimen reglamentario, las condiciones de orden y sus necesidades. Frías sugería que para que el servicio del Hospital fuera perfecto; se requería formar un quinto departamento que permitiera aislar completamente a las furiosas, alborotadoras y desaseadas. A ellas se les situaba en piezas aisladas, ya que las celdas enrejadas habían desaparecido, esto revelaba que se trataba de proporcionar mejores cuidados a las enfermas.

Las pacientes dormían en grandes salones que las enfermeras recorrían durante las noches. En los dormitorios se habían incorporado las últimas propuestas de los higienistas europeos: éstos eran espaciosos, contaban con una buena ventilación y mucha iluminación; las paredes estaban pintadas al óleo y los pisos entablados. Lo que más sorprendía del Hospital era el aseo que se observaba en todos sus rincones: los colchones, el ropaje de las camas, los baños, los inodoros, la ropería, la despensa, y la cocina lucían una gran limpieza. Aunque las enfermas debían comer juntas, existían varios refectorios para quienes lo requirieran, la comida que se servía era excelente. El doctor Alvarado no consideró el tipo alimenticio que determinaba a ésta por la cantidad de ázoe y de carbono que contenía, sino por la que fuera más nutritiva. Con falsa modestia, Hilarión menciona que Alvarado tomó en cuenta su consejo de no aplicar el tipo alimenticio en el Hospital. En *El Hijo del Estado*, el queretano retoma esta cuestión, pues asegura que este modelo no se podía imponer en la realidad mexicana.²¹

Divino Salvador y de otras que se consagraban a la enseñanza.

²¹ *La Independencia médica*, 8 de septiembre de 1881. Frías consideraba que los médicos de los hospitales dependientes de la Junta de Beneficencia tenían que lidiar con dos problemas: el tipo alimenticio y el petitorio farmacéutico. El autor explicaba que la anterior Junta de Beneficencia impuso el tipo alimenticio con la intención de regularizar los presupuestos, sistematizar con precisión el abasto y tener una base fija para la contabilidad; pretensión que resultaba lógica cuando se proyectó fundar una proveeduría central, aunque la experiencia demostró que su realización era imposible. La Junta no tomó en cuenta lo anterior, y ordenó que se instituyera el tipo alimenticio propuesto por el médico francés Payen para los refectorios de locos. La Junta no consideró que los hospitales proporcionaran distintos alimentos, sobre todo cuando se prescribían tratamientos especiales y, por lo mismo, la nutrición debía tener mayor energía. Era evidente que dar la misma alimentación a los asilados y a los enfermos, sólo generaría graves problemas. Hilarión menciona que sus ideas eran compartidas por los directores, médicos de los hospitales y asilos. Según el tipo alimenticio, en

Desde la perspectiva del literato, uno de los grandes avances del hospital fue la utilización de los colores en el tratamiento de las enfermas. Los médicos empleaban el color azul para someter a las enfermas excitadas, y el rojo para aquellas quienes poseían una fuerte postración moral o una debilidad en sus funciones mentales. Lo anterior revela que el color azul asumía una acción debilitante en el cerebro, mientras que el rojo ofrecía las propiedades opuestas. La aplicación de los colores demostraba los adelantos científicos en la materia, pues ya se conocían las alteraciones patológicas producidas en el cerebro, las cuales provocaban cambios en la inteligencia y en las sensaciones. Además, se descubrió que la luz ayudaba al tratamiento de los enfermos.²²

Por todo lo anterior, Hilarión se mostraba orgulloso del Hospital, y lo presentaba como ejemplo a seguir para las demás instituciones. No conviene tomar a la ligera las opiniones de Frías respecto al establecimiento, ni tampoco pensar que demandaba quedar bien con el doctor Alvarado. *El Diario del Hogar* proporcionaba escritos periodísticos, en donde opinaban que el literato no se tentaba el corazón para criticar, sobre todo, aquello que consideraba y veía mal, tal como se puede apreciar en el resto del texto.²³

el desayuno se debía servir 130 gramos de pan y 400 de champurrado, mientras que la comida consistía en caldo, sopa de arroz seco cocido, frijoles y pan. Al queretano le resultaba difícil entender las proporciones de lo crudo y lo condimentado. Aunque las dos comidas suministraban 22 gramos de ázoe y 277.4 de carbono, los enfermos y asilados estaban muertos de hambre. En lo que respecta al petitorio, éste era una lista de medicinas a las que se debían sujetar los médicos al hacer sus recetarios. Si un enfermo necesitaba una que no estuviera, no se le proporcionaría, a menos que se consultara a la sección, y ésta al Ministro; quien debía dar su conformidad, y así se lo comunicara a la sección, que remitía un oficio al director del establecimiento, quien lo comunicaría a su vez a la farmacia central. El 13 de agosto de 1881 Diez Gutiérrez ordenó que los médicos de las salas pudieran recetar lo que creyeran conveniente, pero el 23 de agosto se derogó el decreto, y volvió a estar en pie el “absurdo” petitorio.

²² Sanz, “Cromatoterapia” en *Wednesday*, 2007, p. 27. Frías describía a este tratamiento denominándolo cromatoterapia. El método terapéutico utiliza los rayos luminosos para favorecer las respuestas de defensa del organismo. Se aplica en la zona enferma a nivel ocular o por agujas, localizando meridianos en la estructura del cuerpo (acupuntura).

²³ *El Diario del Hogar*, 20 y 22 de julio de 1882; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881. Un ejemplo fue la crítica realizada contra el Hospital de San Hipólito, en donde señalaba que éste se hallaba en malas condiciones, y que además carecía de una división para los enfermos; la cual, requería apoyarse en criterios científicos antes que administrativos. El médico deliberaba no construir dos “manicomios modelos”, tal como lo pretendían la Secretaría de Gobernación y el Gobernador del Distrito, cuando el de San Hipólito se encontraba en un “estado lamentable” y “vergonzoso”. La Secretaría de Gobernación asumía la intención de crear grandes establecimientos de beneficencia, sin darse cuenta de que éstos sólo funcionaban en ese momento, y la atención resultaba indigna para el “pueblo culto”. Si San Hipólito no logró sobresalir, fue porque la Secretaría se lo entregó a particulares, quienes sólo incurrieron en una política de especulación y despilfarro. Frías reconocía que no se necesitaba reconstruir el hospital, sino edificar uno con la capacidad suficiente para albergar a 220 pacientes. También pensaba que el tratamiento dado a los pacientes representaba uno de los aspectos que requería una rápida modificación, ya que no correspondía tratar los arrebatos de locura con cubetadas de agua fría, las que se empleaban sin tomar en cuenta si el paciente se

La tabaquera del anticuario

Esta novela se publicó en cuatro entregas en *El Diario del Hogar*, las cuales, aparecieron entre el 3 y el 15 de agosto de 1882; unos días después de editarse *La Colegiala*. Aunque en un principio Hilarión buscó establecer un nexo entre su nueva novela y la anterior, sobre todo, por la mención del marido de Gracia, y la referencia a la historia que había sido escrita por un joven literato, quien estaba enamorado de Eva; al final, no logró armarlo, y la historia siguió su propio curso. Al igual que en su anterior novela, Hilarión recurre a el formato de las cartas para desarrollar la temática; la novela poseía un doble objetivo: criticar las condiciones en las que se encontraba el Museo Nacional; y ridiculizar a los “sabios”, quienes trataban de interpretar el pasado prehispánico.

Con una gran mordacidad, Frías afirmaba que no se necesitaban grandes conocimientos para llegar a ser anticuario, arqueólogo, naturalista, taxidermista o sabio, sino sólo se requería gozar de una gran audacia, y disponer de un “padrino” favorecedor en todo momento. El “padrinazgo” se transformó en la “fórmula ideal” para convertirse en director de un colegio, catedrático, profesor de museo o diputado. El autor aseveraba que un “sabio” se distinguía por disponer una caja de rape. O bien, una tabaquera y una onza de tabaco no sólo mostraban su “inteligencia”, sino que también se convertían en su pasaporte para entrar al “templo de la gloria del presupuesto”. Gracias al polvo, los “sabios” lograban entender los secretos de la arqueología, de la paleontología, de la geología y los jeroglíficos. Por lo anterior, no hay duda sobre la referencia al título de la novela relacionado con la tabaquera como elemento de identificación del anticuario.

El Museo Nacional

Al igual que en el caso del Hospital de San Salvador, Hilarión proporcionaba una breve historia de la institución, aunque no aportaba indicios que permitieran saber de dónde tomó los datos o si fue una investigación realizada por su propia cuenta. Frías informaba sobre el origen del museo, el cual, se remontaba a 1787, año en el que llegó, a propuesta del virrey Gálvez, una comisión de naturalistas conformada por Vicente Cervantes, José Longinos Martínez, Juan de D. Castillo y Juan Senseué. Éstos sostenían una triple misión: estudiar y coleccionar las plantas, los animales, y los minerales más notables de la Nueva España,

encontraba enfermo. JMR pensaba que Frías elaboraba los estudios en los hospitales de enfermos mentales

tarea en donde se comprometían a tomar como guía a Francisco Hernández quien fue protomédico de Felipe II; reunir semillas, frutos, gomas, resinas, bálsamos, y demás productos que poseyeran uso en la medicina y la industria; y por último, fundar un jardín botánico en la ciudad de México, el cual, fue encomendado a Martín Sessé. Las colecciones recopiladas se remitirían a España. El proyecto fue patrocinado por el rey Carlos III, cuya “mano pródiga y civilizadora” se había hecho presente en la Nueva España, a través del establecimiento de fundaciones benéficas y de la creación de instituciones de enseñanza en México. La muerte del monarca interrumpió el proyecto, y por ende, al buen término de la tarea encomendada. Para solemnizar la proclamación de Carlos IV, José Longinos Martínez estableció, en abril de 1790, el Museo de Historia Natural en la calle de Plateros. El 5 de agosto el virrey ordenó que se abriera al público.

El museo contaba con 24 estantes, cada uno abarcaba ricas colecciones de animales como aves, pescados, insectos, minerales, plantas, fósiles, objetos marinos; piezas anatómicas naturales o en cera y aparatos de física y química. Gracias a los esfuerzos de Castillo, Sessé y del Río, las colecciones aumentaron su esplendor, y el museo consiguió reunir 3 000 especies vegetales, 700 animales y 100 géneros desconocidos de plantas. Durante la guerra de Independencia, el museo cerró sus puertas, y sus colecciones se dispersaron; lo que se rescató, se almacenó en la biblioteca de la Universidad.

Después de la proclamación de la Independencia, las autoridades emprendieron la tarea de restauración en el museo, el cual se instaló en una de las salas de la Universidad, y con esto, aumentó la colección con los objetos remitidos por los estados. Además se crearon, como anexos del museo un conservatorio de plantas en Chapultepec y un jardín en el Palacio Nacional. Hilarión cometía un grave error cuando se refería al jardín de Palacio Nacional como una floresta de “reciente creación”, ya que éste fue establecido por la comisión española. En 1831 el museo adquirió la categoría de instituto oficial, y se puso bajo la dirección de una Junta, la cual, acordó una autorización para dirigirse a Palenque en busca de antigüedades, y pactó trasladar el museo al edificio que ocupaba la Inquisición.

Hilarión no mencionó nada de las vicisitudes ocurridas en el museo entre 1831 y 1882, porque su texto no explicaba la razón por la que éste se albergó en la antigua Casa de

Moneda.²⁴ El queretano se expresaba contrariado, debido a que el museo no poseía un espacio propio, sino que compartía el área con la oficina de contribuciones directas del Distrito. Como la puerta de acceso al edificio estaba en reparación, no existían letreros que indicaran la ubicación del lugar. Desde la entrada se observaban varios problemas: en la puerta del museo tenía un “disparate arquitectónico” que ostentaba el mal gusto de sus creadores; en uno de los muros se construyó un pedestal malhecho para colocar el calendario azteca, y en los pasillos se hallaban numerosas figuras antiguas que no se habían acomodado en su lugar, cosa por la que no se debía responsabilizar a los empleados, pues nadie les indicó dónde ponerlas y por lo tanto, no asumían esa obligación.

El museo se dividía en dos departamentos: historia natural y antigüedades.²⁵ Al recorrerlo, se percató de que las colecciones permanecían modestas, situación que le produjo reflexionar sobre la vergüenza que debería provocar, ya que otras naciones mostraban mayor empeño en investigar el pasado mexicano; ejemplo de ello, se contemplaba al otro lado del continente en Londres, lugar en donde se efectuaban estudios y publicaciones costosas, se encontraban las antigüedades más notables. Los usos y costumbres de las “razas mexicanas” fueron investigados por los anticuarios extranjeros, pero los “sabios” mexicanos no se preocupaban por ese hecho.

El lugar abría tres veces por semana durante unas horas. Por eso resultaba incomprensible que los empleados no estuvieran en su puesto y que dejaran sin vigilancia los salones de la exposición. Por este motivo, Hilarión no consiguió hablar con el director, el secretario, el escribiente y los profesores, quienes permanecían ocupados en la redacción de una revista titulada *Anales del Museo*, la cual, se publicaba cada año, sin embargo nadie había escuchado sobre éste.²⁶ Unos días después Frías rectifica su crítica en contra de los

²⁴ En el primer número de los *Anales del Museo Nacional de México* (1877) se realizó un breve recuento del origen del Museo Nacional y se menciona que en noviembre de 1822 se estableció en el edificio de la Universidad un conservatorio de antigüedades y un gabinete de historia natural. En 1831, Lucas Alamán decidió la unión de ambos establecimientos para crear el Museo Nacional. En diciembre de 1865, Maximiliano ordenó el traslado a la antigua Casa de Moneda. *Anales*, 1877, pp. 1-2.

²⁵ En realidad eran tres departamentos: historia natural, arqueología e historia, y la biblioteca. El departamento de historia natural se dividía en cuatro secciones: zoología, botánica, mineralogía y paleontología, y geología. Gumesindo Mendoza fue el primer director del museo y el encargado, y a su vez, del departamento de arqueología e historia. Los demás miembros del museo fueron Jesús Sánchez (zoología); Manuel M. Villada (botánica); Manuel Tornel y Algara (mineralogía); y Mariano Barcena (paleontología y geología). *Anales*, 1877, pp. 1-2.

²⁶ Los *Anales del Museo Nacional de México* se publicaron por primera vez en 1877, pero su publicación no fue constante, ya que el segundo tomo se editó en 1882; el tercero en 1886; el cuarto en 1903; el quinto en 1913; y el sexto, y último en 1922, correspondiente a la primera etapa. *Anales*, 1877-1922.

trabajadores del museo, lo que constituía una situación inédita, ya que el literato no acostumbraba cambiar las posturas asumidas. El autor reconocía las carencias del museo, las cuales se reflejaban en la negligencia de los gobiernos anteriores, quienes permitieron que salieran las riquezas arqueológicas al exterior.

Los directores y los profesores no podían “inventar” antigüedades para enriquecer el museo. Ellos se conformaron con aquello que recibieron, y con lo que lograron reunir de diversos lugares. Con sus acciones lograron salvar “tesoros”, los cuales, se habrían perdido a causa de la indolencia de los gobernantes. Con una administración a la que no le importaba la arqueología mexicana, no resultaba extraña la existencia únicamente de ollas y “estatuas mutiladas” en un país que sufría más de tres siglos de ser “saqueado” por los extranjeros. Lo peor de todo fue el despojo que sufrió Yucatán y Chiapas. La pobreza del Museo Nacional debía causar vergüenza a las autoridades mexicanas, ya que fueron testigos de cómo se enriquecían los museos de Francia, Viena y Londres, mientras que a los mexicanos no les quedaba ningún recuerdo de las “razas civilizadas”, que poblaron su suelo.

Los anteriores argumentos revelan que Hilarión estaba convencido de la necesidad de defender el patrimonio arqueológico nacional. Es probable que su voz haya sido una de las primeras en levantarse para denunciar el saqueo arqueológico realizado por los extranjeros.²⁷ Aunque Frías demostraba un acendrado nacionalismo, lo cierto es, que este escritor no tuvo pelos en la lengua para señalar a quienes consideraba como los culpables. También, no pasaba por alto las acciones efectuadas por el “retrógrado” Ayuntamiento de la ciudad de México, porque mal gastó, según decía, “miles de pesos” en adornar el frente del pórtico de la catedral, pero no obtuvo los recursos necesarios para trasladar la estatua de un dios azteca, encontrado en el jardín de la Iglesia; circunstancia que concibió para pensar si no sería prudente tirar el edificio, y ver si no hallaban algo mejor.

La estatua permaneció un tiempo abandonada, razón por la cual, los profesores del museo solicitaron el traslado de la escultura a ese recinto, un acto exigido por la ciencia, la civilización y el decoro nacional. Sin embargo, el Ayuntamiento se negó a proceder y se

²⁷ Mayer, “México” en *Cien*, 1992, p. 94. Resulta interesante mencionar que Brantz Mayer indicaba en 1841 la causa del descuido de las autoridades políticas, el cual, fue consecuencia de las revoluciones que azotaban al país. Los vestigios de la “historia primitiva” mexicana salían a los países extranjeros, en lugar de enriquecer a “los gabinetes de su Universidad, y de estimular el espíritu de investigación entre sus estudiantes y hombres de ciencia”.

volvió a sepultar la figura. Esta conducta revelaba que la deidad tendría que esperar una generación más culta para ser desenterrada. Así pues, el Ayuntamiento no fue el único en cometer esa clase de “barbaridades”, sino también la Cámara de Diputados determinó suprimir a los profesores del museo.²⁸ Frías afirmaba que los legisladores manifestaban su nivel de cultura, al considerar a la paleontología y a la botánica como inútiles; sin darse cuenta de que la primera ayudaba a descifrar los misterios de las edades remotas, y que la última servía de apoyo a la medicina y a la industria, es decir, las dos disciplinas favorecían al avance de la ciencia. Pese a los inconvenientes enfrentados, el director Gumersindo Meza trató de aumentar las colecciones, de sistematizar su estudio, y de publicar los resultados en los “Anales del Museo”.

Para rectificar la opinión emitida por Meza sobre los “Anales”, Hilarión señalaba que los frutos necesitarían publicarse anualmente debido a la escasez de suscriptores, cuyo número ascendía a 20, situación que resultaba deplorable ya que en la ciudad de México vivían 300 000 habitantes, y en la República ocho millones. Los mexicanos no comprendían la valía de una “obra moderna”, realizada con “gran erudición”, y que además, poseía láminas que explicaban la historia de México. Lamentablemente la gente no compraba los catálogos de las colecciones, ni mostraba deseos de ilustrarse y de popularizar los conocimientos atesorados de la historia antigua de México. El autor señalaba que, como “todos los hombres de valer”, Meza surgió de la pobreza; él realizó estudios en las ciencias naturales, y después de obtener un puesto como profesor en la Escuela de Medicina, se dedicó a su pasión favorita: la arqueología y los “idiomas mexicanos”.

Aunque padecía una enfermedad mortal, el director se consagraba con ahínco al estudio de “papeles viejos y libros raros”, con el fin de entender la mitología náhuatl, y de comprender un códice que describía “la peregrinación de una tribu azteca”. El director contaba con el apoyo invaluable de Felipe Sánchez Solís, un infatigable explorador de las antigüedades mexicanas, un gran conocedor de los idiomas del Anáhuac, y un protector de la instrucción pública. Gracias a su apoyo, muchos jóvenes culminaron su carrera.

Meza y Sánchez Solís dedicaban la mayor parte de su tiempo a la interpretación de *Los Anales de Cuauhtitlán*, obra traducida por Galicia Chimalpopoca, ya que requería modificaciones porque resultaba complicado descifrar unos jeroglíficos, los cuales,

²⁸ Los profesores despedidos fueron Mariano Bárcena (paleontología), y Manuel M. Villada (botánica).

carecían de claves para entender acertadamente la historia de un pueblo sin documentos debido a la carencia de alfabeto. Como Meza no acostumbraba tomar rape sino pulque, revelaba Frías irónicamente, los “anticuarios” no lo consideran “una autoridad” en los estudios que realizaba, por esta razón, ellos esperaban su muerte para reemplazarlo. Aunque se criticaba al personal del Museo, no se tomaba en cuenta los “esfuerzos sobrehumanos” realizados para mejorarlo, para darle dignidad, y para conservarlo en un estado apropiado. No correspondía responsabilizarlos de la falta de objetos exhibidos, sino que recaía en los gobiernos, ya que éstos le otorgaban una mínima importancia a la historia y a la arqueología.

Tanto los profesores como los empleados asumían la obligación de conservar, clasificar, y estudiar los objetos; pero no de forjar ídolos, fósiles o colecciones naturales. Las exploraciones científicas representaban el medio para aumentar las colecciones, sin embargo para realizarlas se requería de dinero y de personal especializado. En México no se organizaban comisiones científicas, ni se decretaba lo necesario para recolectar piezas arqueológicas o muestras de minerales, plantas y animales; contexto que revelaba las carencias de un museo, porque parecía más un bazar. Frías detallaba que algunos coleccionistas particulares, entre los que se encontraba Manuel Payno y Alfredo Chavero, poseían objetos más ricos, y numerosos en sus hogares que en el Museo.

Aunque Hilarión buscaba enfatizar las carencias que existían en el lugar, resulta interesante la descripción hecha de las distintas piezas expuestas en el Museo. El literato reconocía los objetos que se merecían admirar, tal era el caso de la “bella” colección de retratos de reyes, virreyes, doctores, arzobispos y héroes; entre los cuales, destacaba el del benefactor Carlos III, el del “estúpido” Carlos IV, el de Maximiliano, el de Hernán Cortés, el de Ignacio Allende, el de Vicente Guerrero, el de Antonio López de Santa Anna, el de Agustín de Iturbide, el del defensor de indios fray Pedro de Gante, y el de sor Juana Inés de la Cruz, a quien consideraba una “bella, y ardiente alma que no nació para vivir ahogada bajo la toga monjil, sino para volar con las alas de su ingenio”.

Al médico le resultaba aberrante que la colección histórica poseyera sólo unos cuantos objetos de valor: la pistola, el fusil, la estola y el estandarte de Hidalgo; el estandarte de la conquista que Cortés dio a los “traidores” tlaxcaltecas; el escudo de armas

otorgadas a Texcoco; las armas y trofeos de la República que pertenecieron al Congreso de 1829; los candelabros, la vajilla oxidada y las condecoraciones de Maximiliano; un juego de cristal que perteneció al “fresco” Iturbide; trozos del árbol en donde los “bandidos” del clero colgaron al “mártir” Ocampo; la coraza y casco de Pedro de Alvarado; el estandarte de la orden de Guadalupe creada por Santa Anna y restaurada por Maximiliano; las alabardas que servían a la guardia del emperador en las grandes ceremonias, y mucho “fierro viejo” como espadas, puñales, puntas de lanza, pujavantes, una llave, una cota de malla, estribos y una campana de los tiempos de la Conquista. Frías consideraba muy extraño la ausencia de los fusiles utilizados en la sentencia a muerte de Maximiliano, y también la carencia de retratos y documentos originales de José María Morelos, Ignacio Abasolo, Ignacio Zaragoza, Benito Juárez e Ignacio Ramírez. Lo anterior demostraba el desinterés en la memoria de los héroes y patricios, esto resultaba alarmante, ya que México estaba a punto de convertirse “en un pueblo carente de patriotismo”.²⁹ Los “trastos viejos” exhibidos en el museo no reflejaban la “tormentosa” historia de un pueblo que vivió tres siglos de conquista, y uno de guerra civil.

Los extranjeros que visitaran el museo, podrían llevarse la impresión de un México vacío, es decir, un “país carente de memoria”. A diferencia de la colección histórica, la arqueológica, contaba con un mayor número de piezas, las cuales, se encontraban ordenadas de acuerdo a la región de procedencia. Predominaban, también, los ídolos pequeños de barro y las vasijas. Estos objetos provenían de Oaxaca, Yucatán, Teotihuacan y México. No todos los ídolos representaban a las divinidades, también a guerreros, sacerdotes, urnas funerarias y candelabros. El estudio comparativo de las figuras revela el carácter, las costumbres, los trajes, y el pensamiento del pueblo que las fabricó. Las semejanzas halladas entre los ídolos mexicanos y los egipcios, ayudaron a suponer a los anticuarios que el continente americano mantuvo comunicación con el asiático.

En el museo se exhibían piezas monumentales como la del dios de los muertos Mictlantecuhtli, la de la Coatlicue, la de Quetzalcóatl, la piedra de los sacrificios, las

²⁹ El museo histórico poseía dos salas: la primera se extendía de la Independencia al segundo Imperio; y la segunda, incluía una colección de retratos de los virreyes. El departamento de arqueología se dividía en dos salas: la primera contaba con diez estantes, y objetos colocados en pedestales; mientras que la segunda exhibía objetos, ya existentes, que aún no colocaban en estantes. El corredor que conectaba a las salas poseía una serie de vistas de ruinas arqueológicas. Una parte de los objetos arqueológicos también se exponían en el patio. *Anales*, Tomo II, 1882, p. 460-482.

piedras utilizadas para el juego de pelota, y la lápida de la fundación del Templo Mayor. En la colección, también, se encontraban armas, cuñas, braseros, husos, amuletos, sellos, urnas, lápidas, pipas, yugos, espejos, utensilios, “animales deformes”, “perros con cabeza de hombre”, copas con “estatuas ridículas”, calabazas de pórfido granítico, pinturas aztecas y cronologías de reyes. La sala contaba con dibujos de las ruinas elaborados por Velasco, en los cuales, no se sabía si convenía elogiar el colorido o la perfección en la reproducción de los suelos y el cielo. A Hilarión le sorprendía no hallar en la sala entierros, sin embargo reconocía que ello se debía a que únicamente fueron localizados unos cuantos cráneos. En el salón de historia natural destacaba las colecciones de minerales por las cuales fueron cuidadosamente clasificadas por Bárcena; la estalactita traída de la gruta de Cacahuamilpa y los trozos de hierro meteórico provenientes de Xiquipilco en Toluca y Cacario en Durango. La colección animal permanecía reducida, aunque se mantenía bien conservada y clasificada. Existían, existían varias especies de pescados; unas cuantas aves, y carnívoros. Igualmente se exhibían momias, fetos y animales “aberrantes”.

La sección de Paleontología provocaba una profunda impresión entre los visitantes, pero Hilarión reconocía que no todos entendían lo exhibido. En este lugar se mostraba la huella de un carnívoro, que según el autor podría ser el *labrynthodon*; una colección de conchas de la época terciaria, y los huesos de un mastodonte, de un elefante, de un toro; y además, la armadura de un *Glydoton* que se localizaron en Tequisquiac. Barcena creía que los especímenes databan del postterciario, en cambio, Frías indica no estaba de acuerdo, ya que ese periodo no existía, sino el cuaternario, el cual, se extendía hasta épocas recientes. Después de conocer la situación en la que se encontraba el Museo y de realizar una evaluación más ecuánime, el literato reconocía a los encargados porque merecían una felicitación por su “desempeño” y “honradez” para conservar un establecimiento digno de recibir “atención, protección e interés” del gobierno, con el fin de que se contara con una institución que pudiera ser digna de ser mostrada a los extranjeros.

La crítica contra los anticuarios

A lo largo de la novela, se observaba que Frías no guardaba ningún respeto intelectual hacia los anticuarios, ya que éstos no poseían un método para elaborar interpretaciones racionales de los ídolos estudiados. Ellos consideraban a todas las figuras como representaciones de

dioses, razón por la cual, no reflexionaban sobre si las imágenes encarnaban a héroes, símbolos o alguna otra cosa. Por otro lado, Hilarión los valoraba por poseer una gran perspicacia para observar lo que nadie veía, e interpretar lo que nadie entendía.

Existían numerosas pruebas sobre los abusos en los que incurrían los anticuarios; las cuales, se expondrán en los siguientes párrafos. En el primer ejemplo, decían que una piedra “deforme y groseramente tallada” personificaba a la diosa Coatlicue. Afirmaban que la estatua mostraba a una mujer, aunque en realidad, se requería de un gran esfuerzo mental para concluir la forma humana, ya que no se observaban sus miembros, y en vez de cabeza poseía una culebra, porque se enroscaba alrededor del cuello, atributo que, a decir de Hilarión, demostraba que sí era una mujer. Por otro lado, le resultaba gracioso el traje y los adornos que portaba la diosa, pues su enagua estaba formada de culebras, y a guisa de broche llevaba un cráneo humano. En su cuello colgaban unas manos con forma de bolsa que servían para guardar el copal con el que se incensaba a los dioses, esto mostraba a una diosa precavida, ya que llevaba su propio copal para que lo quemaran en su honor. En un tono sarcástico, Frías sostenía que no se trataban de bolsas sino de “chirimoyas”.

Los “anticuarios” revelaron divergencias en la identificación de la figura. En un primer momento, Antonio León y Gama sugirió que ésta podía ser una fusión de varios dioses o que encarnaba a la diosa Teoyamiqui, la encargada de recoger las almas de los guerreros muertos en el campo de batalla; en cambio, años después Chavero la consideraba como la diosa tierra Coatlicue. Sin embargo, Hilarión proponía que se le identificara como la diosa de la medicina, debido a que los cráneos, las manos y la culebra personificaban los triunfos de la ciencia. O bien, existía la posibilidad de que fuera la “Eva bíblica” por las manos abiertas, las bolsas y las culebras. Frías realizó estas afirmaciones para mostrar la vaguedad en la interpretación de las imágenes, y para explicar la vacilación al forjar “aseveraciones absurdas”, como él mismo lo había hecho.

Otro ejemplo sobre los abusos de los anticuarios, se advierte en la escultura de una culebra enroscada, revestida de plumas, la cual, habían identificado con el dios del aire Quetzalcóatl. A este dios se le asoció con la tradición tolteca, ésta hablaba de un hombre blanco y barbado que predicó una nueva religión, además enseñó a labrar los metales y piedras preciosas a su pueblo, perfeccionó la agricultura, corrigió el cómputo del tiempo y predijo la Conquista. Como la palabra se dividía en *quetzalli* (hermosa pluma verde) y *cóatl*

(culebra), algunos expertos inferían que se hablaba del planeta Venus; otros, sugerían que se trataba del apóstol Santo Tomás. Hilarión se mostró asombrado al advertir todas estas inferencias, las cuales, fueron propiciadas por una piedra que tal vez se utilizó como adorno de una casa.

Otra referencia, se observa en la figura de un hombre, quien recostado boca arriba sobre un plinto (pedestal) sostenía un disco en su vientre. Chavero afirmaba que éste simbolizaba al dios del fuego, y que el disco representaba al sol; pero Le Plongeon, quien descubrió la estatua en la ruinas de Chichen Itzá, pensaba que era el rey de los itzáes Chac Mol. A estas aseveraciones se anteponían estatuas semejantes, las cuales, se localizaban en México y en Tlaxcala, sin embargo no podía ser la representación del indio triste por la sonrisa burlona dibujada en su rostro. Fiel a su estilo, Hilarión sugería tres posibles interpretaciones: la primera, se trataba de un juglar que se burlaba de quien lo miraba; segunda, un hombre dormido quien se había asustado al despertar, y tercera, un hombre en reposo destinado a sujetar un estandarte. Aunque el literato añadía un toque humorístico a la interpretación de los ídolos, no pasaba por alto la insistencia de que los ídolos podrían ser simples figuras de ornato, y que no necesariamente poseían un carácter simbólico.

El último ejemplo trata de la figura que el Ayuntamiento volvió a enterrar, la cual personificaba al dios del espíritu Tlaloc. Hilarión opinaba que antes de la aparición de este ídolo, los anticuarios tenían problemas para identificarlo. Chavero consideraba que el dios de las aguas se representaba de dos maneras, por las civilizaciones del sur en forma de una cruz de piedra, mientras las del norte lo concebían con dientes largos y aguzados. Lo anterior no causaba sorpresa, pues se daba el caso de que dos anticuarios difirieran en la interpretación de una misma figura, tal como sucedía con una cabeza gigantesca de diorita, la que Carlos María Bustamante identificaba como la diosa Temazcaltoci, y Chavero con Quetzalcóatl.

Este mismo tipo de confusiones se generaba en el panteón azteca. Por ejemplo, se hablaba de dos diosas de la muerte Mizquitzli y Mictecacihuatl, por lo que ya no se sabía cuál era la esposa de Mictlanteuhtli. En su afán de ganar la admiración pública, los anticuarios no buscaban comprobar la antigüedad de las piezas rescatadas; no mencionaban de dónde tomaban el dato, Hilarión afirmaba que una de las piezas exhibidas en el museo había sido elaborada en esos días.

La crítica de Frías hacia los anticuarios pretendía indicar la sistematización de su práctica, es decir, recomendaba no basarse sólo en su imaginación porque eso los llevaba a conclusiones falsas o resultados erróneos. Es evidente que si la arqueología quería ocupar un lugar entre las ciencias, no le convenía basar sus conocimientos en las “arbitrarias claves del jeroglífico”. Sin embargo, el autor no proponía una solución concreta para realizar estudios “científicos” de las antigüedades mexicanas.

El Hijo del Estado

La última novela de Hilarión se publicó entre el 22 de agosto y el 25 de septiembre de 1882 en las páginas de *El Diario del Hogar*. Ésta proseguía la labor de crítica a las instituciones que el autor había iniciado unos meses antes.³⁰ Al concluir *La tabaquera del anticuario*, Frías mencionó la publicación de relatos sobre la escuela de agricultura, la de artes, el Conservatorio y otros planteles educativos; pero su atención se centró en el Hospital de Maternidad e Infancia. Aunque no existen indicios que expliquen la razón del cambio, se infiere que este proyecto lo escondía entre manos, pues como se indicó en páginas anteriores, Frías ya había criticado el sistema de pensiones del Estado.

No cabe duda de que la decisión fue acertada al ocuparse del hospital, pues le dio la posibilidad de construir una novela más estructurada y con mayor contenido, tanto literario como social. El autor definía a su novela como realista, sin embargo diversos especialistas la situaron dentro del ámbito naturalista; lo cual, no resultaba extraño, ya que las dos corrientes compartían las mismas preocupaciones, y además existía cierta confusión en el significado de cada movimiento, utilizándolos como sinónimos. Brushwood censura a los críticos que trataban de ubicar una novela en una determinada corriente, pues señala, no establecer un patrón de medida para calificar a los novelistas, sino descubrir de qué manera las nuevas ideas formalizaron el modo de contemplar el mundo, el cual, deseaban recrear.

El naturalismo literario surgió en Francia, y alcanzó su mayor desarrollo en el último tercio del siglo pasado. Zolá fue considerado el corifeo del naturalismo y el creador de la novela experimental, término que apareció por primera vez en el prefacio de la segunda edición de la novela *Thérèse Raquin*. Esta tendencia literaria buscaba convertir a

³⁰ *El Diario del Hogar*, 3 de enero de 1885. *El Hijo del Estado* fue publicado en 1884 en edición rústica, cuyo costo fue de un peso. Aunque no se conoce el tiraje, al parecer la edición tuvo éxito, pues a principios de 1885 se decía que estaba próxima a agotarse.

los hombres en objeto de estudio biológico, psíquico y social. El naturalista se convertía en un hombre de ciencia, sus personajes resultaban de una investigación. La novela se volvía un laboratorio, cuyo objetivo apuntaba hacia lo didáctico y moralizante; así que la invención no se tomaba en cuenta para la creación literaria. El naturalismo no se proponía estudiar los tipos o los caracteres, sino que buscaba entender los temperamentos. El naturalismo pretendía comprender las formas elementales y rudimentarias de la sociedad para sentir las en toda su fuerza y materialidad.

El análisis de la realidad se hacía bajo el influjo de las teorías darwinistas y positivistas: la influencia del medio, la lucha por la supervivencia, la ley de la herencia, la teoría de la evolución, y la transformación físico-química de la materia. De esta forma la moral social se concebía como un producto del medio y de la fisiología, cuyas leyes debían investigarse con el fin de establecer patrones de comportamiento. Por ejemplo, Zola consideraba a la herencia como la causa principal de las pasiones, los vicios, la degeneración y los crímenes; motivo por el cual, en sus obras no existía la conciencia de que los hombres fueran dueños de sus destinos, debido a que la herencia y la sociedad arrastraban a los hombres en una dirección determinada. En este sentido, el individuo se consideraba como un elemento del conjunto más que una fuerza dominante.

Ahora bien, el naturalista no retrocedía ante ningún obstáculo, ya que su intención, al igual que la de los realistas, consistía en mostrar las circunstancias visibles, y lograr que la vida pareciera más terrible de lo que en realidad era.³¹ Lo morboso, lo soez, lo brutal y lo patológico se consideraban como casos dignos de estudio, pues se buscaba resaltar los aspectos menos atractivos de la vida, lo que volvió al naturalismo más gráfico, vivo y osado en la representación de la realidad. La bondad no tenía cabida en las descripciones naturalistas porque éstas buscaban enfatizar los defectos de los individuos. El principal objetivo del naturalismo se fundaba en denunciar los comportamientos inmorales de la sociedad, por esta razón, diversos escritores se afiliaron a esa corriente.

Como los naturalistas sólo se proponían tratar problemas humanos, las cuestiones políticas fueron desplazadas de sus temáticas. Entre las principales características del naturalismo se encuentran: el verismo en el diálogo y la descripción de tipos, lugares y

³¹ Carballo, *Reflexiones*, 1999, pp. 16, 18-19; *Idem*, *Historia*, 1991, p. 82; García, *Naturalismo*, 1979, pp. 9-10; Jiménez, *Letras*, 1989, p. 170; Brushwood, *México*, 1973, pp. 238, 240; *Idem*, *Novela*, 1984, p. 17; *Idem*, *Barbarie*, 1988, p. 29; Barros, *Siglo*, 1976, pp. 97-99; Díaz, *Novela*, 1991, p. 307.

situaciones; la abundancia de detalles, la afición por los temas, escenas y lenguaje crudos, atrevidos, e incluso escabrosos; una fuerte tendencia social, la predilección por ambientes y personajes populares, la crítica sistemática de los atributos de la burguesía, la denuncia de los abusos y las lacras de la sociedad y del gobierno, la exposición de casos patológicos de vicio y degeneración, la preponderancia del determinismo, herencia y medios como causantes de conductas que anulan la libertad humana; la inclusión de términos científicos y de teorías del mismo carácter, la calidad documental de la narración naturalista derivada del estudio y observación del ambiente, el medio y el asunto de una obra; el empleo de notas tomadas en los sitios en donde se desarrolló la acción, el tono pesimista, el énfasis en los estragos que causaba el vicio, y la tendencia a corregir y moralizar.

Aunque Emmanuel Carballo menciona que no existió el naturalismo en México, María Guadalupe Barragán opina lo contrario, piensa en no considerar a esta corriente como la representación de un brote esporádico, sino en reconocer que constituyó un movimiento literario completo, aunque poco conocido y explorado. La autora menciona que las primeras novelas naturalistas americanas fueron *O mulato* del brasileño Aluizio de Azevedo, y *Potpourri* del argentino Eugenio Cambaceres, ambas publicadas en 1881. Brushwood reconoce la presencia del naturalismo en las novelas hispanoamericanas, pero pocas de ellas se consideraban naturalistas. Entre éstas se encontraban las que Barragán califica como precursoras: *El Periquillo Sarniento* (1816) del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi; *El matadero* del argentino Esteban Echeverría; *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* (1839-1879) del cubano Cirilo Villaverde; *Astucia* (1865) de Luis G. Inclán; *Los cuentos mineros* (1881) y *Los Maduros* (1882) de Pedro Castera. El naturalismo mexicano mantuvo una marcada vinculación con el romanticismo. Este nexo se contempla en los relatos, donde la exposición de los males sociales se acompañaba de una historia de amor que guiaba los acontecimientos, razón por la cual se ha calificado a los naturalistas mexicanos como sentimentales. Aunque los naturalistas contaban con una visión analítica más profunda, incurrían en la exageración de ciertas situaciones. A ellos les interesaba enfatizar los males individuales para encontrar soluciones generales. La ciudad se convirtió en la causante de los males, mientras que la provincia se consideraba el asiento de la

virtud. El naturalismo no recibió buena acogida de los lectores mexicanos. Del menosprecio se pasó a la hostilidad que fue instigada por los sectores conservadores de la sociedad.³²

El Hijo del Estado en opinión de sus críticos

En lo que respecta a la valoración sobre la producción literaria e histórica de Hilarión Frías, ésta recibió escasa atención de los críticos. *El Hijo del Estado* no es la excepción. María Guadalupe Barragán la considera una novela olvidada, pese a que sus atributos la sitúan como una si no es que la primera, novela experimental de México. En su momento, la obra de Frías recibió comentarios desfavorables; por ejemplo, en la “Gacetilla” de *El Nacional* del 29 de agosto de 1882, se mencionaba que Frías, “el Naquet de México”, había comenzado a publicar una novela en las páginas de *El Diario del Hogar*, la cual, seguía las huellas de Zolá, por lo tanto, no resultaría atractiva ni agradaría a los lectores del mencionado medio.

La afirmación de *El Nacional* se fundaba en el hecho de que *El Diario del Hogar* poseía el subtítulo de “periódico de las familias”, es decir, los editores del primer diario pensaban que no correspondía la inclusión del naturalismo en un medio, donde se buscaba educar a las familias mexicanas. La asociación entre Frías y Alfred Naquet³³ se dio porque ambos fueron defensores del divorcio. Naquet propuso en 1875, ante el Congreso francés, que se restableciera el divorcio; su proposición fue rechazada por mayoría de votos; a pesar de ello, el francés no se desanimó y se consagró a la causa.

Cuando apareció la novela de Frías, se desconocía que el Legislativo francés estaba a punto de aprobar la ley de divorcio, sería ratificada por el Senado en 1884.³⁴ Así pues, el intento para comparar a Frías con Naquet entrañaba una amarga broma, ya que el francés había conseguido lo que no logró el mexicano. El 18 de diciembre de 1882 apareció un virulento artículo llamado “Siluetas de sangre azul. Hilarión Frías y Soto” en *El Correo del Lunes*; formaba parte de una serie de artículos en donde se atacaba a los personajes que se

³² García, *Naturalismo*, 1979, pp. 10-11, 14-15, 18, 27, 29-31, 67; Brushwood, *Novela*, 1984, pp. 17, 24, 27; *Idem*, *Barbarie*, pp. 29-31; Sefchovich, *México*, 1987, p. 69; Díaz, *Realismo*, pp. 28-29; Barros, *Siglo*, 1976, p. 113. Barros considera que la primera novela naturalista fue *Del Natural* publicada en 1888 por Federico Gamboa.

³³ Alfred Naquet nació en Carpentras, Francia el 6 de octubre de 1834. Estudió humanidades y medicina. Fue uno de los más feroces opositores de Napoleón III. Por suponersele conspirador, se le condenó a cinco años de prisión. Fundó varios periódicos, y tuvo una intensa vida política. Murió el 12 de noviembre de 1916 en París.

encontraban vinculados con la política tuxtepecana. En éste, se acusaba a Hilarión de ser el “hombre bisturí”, quien convirtió el escalpelo en pluma, pero sus incisiones no sangraban, sino que envenenaban. El autor estaba en contra de los médicos que escribían porque proyectaban una “sombra de materialismo desconsoladora”. El gran problema de los galenos fue que investigaban todo, pero no resolvían nada, esto provocaba un escepticismo, el cual, dominaba sus mentes. Además, tachaba a Hilarión de ser un simple imitador de los “corifeos del naturalismo” de Julio Simón, Emilio Zolá y André Theuriet; pero reconocía que el discípulo había superado a los maestros en la “desenvoltura del lenguaje”. Si bien, en su novela predominaba la “chispa” y la “mordacidad”, no se merecía ocultar en las páginas la mala construcción, pues los primeros capítulos se digerían bien, pero los últimos necesitaban de una comadrona. La descripción en la escena del parto denotaba el cambio de “la tinta por pus”. Sin embargo, en una breve alusión de la novela hecha por Juan de Dios Peza consideraba a ésta como conmovedora.³⁵

Barragán señala que aunque Hilarión fue reconocido por sus actividades políticas y periodísticas, la novela no recibió mayores comentarios, a excepción de las mínimas referencias realizadas por Ignacio Manuel Altamirano y Luis González Obregón. La autora especifica que la novela de Frías tenía el objetivo de elaborar una severa crítica de la defectuosa organización de las instituciones de Beneficencia y de la falsa filantropía que se ocultaba. El autor no se tentó el corazón para atacar al gobierno de Manuel González, ni para denunciar las causas que provocaban la prostitución de la mujer, y menos para criticar los excesos en los que incurrían las creencias religiosas. Por otro lado, se dio tiempo para alabar a las personas merecedoras de ser reconocidas por sus esfuerzos en pro de la sociedad, tales como el fundador de la Casa de Maternidad y los médicos que la atendían. Barragán reconoce que en la trama literaria de la novela hallaba marcados altibajos: algunos argumentos resultaban “truculentos” y “exagerados”; las digresiones resultaban interesantes, pero desviaban la atención del lector; los últimos capítulos carecían de unidad,

³⁴ *El Nacional*, 29 de agosto de 1882.

³⁵ *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881; *La Libertad*, 25 de noviembre de 1882; *El Diario del Hogar*, 9 de mayo de 1884; Vadillo, *Filomeno*, 2003, p. 132; García, *Naturalismo*, 1979, pp. 19-20; *El Diario del Hogar*, 10 de marzo de 1883 en Díaz, *Escuela*, 1972, p. 174. JMR mencionaba que las descripciones de Frías fueron fruto del materialismo inculcado por Gabino Barreda, y por la lectura de las obras de Balzac. Esta amalgama formaba de Hilarión un filósofo medio católico y medio volteriano como Augusto Nicolás. El 25 de noviembre de 1882 apareció un artículo

y el autor dejaba al lector decidir el final de la historia. El estilo de la novela se mantenía desigual: había pasajes bien logrados, y otros, incurrían en la cursilería. La pintura de sus personajes era “maestra”, pero la mayoría, estaban cargados de tintes “sombrios” y “negativos”. Frías exageraba en sus apreciaciones para enfatizar a quienes trataba de ridiculizar, en especial, a un determinado tipo social.

El autor no incluyó apellidos en los nombres de sus personajes, esto no indicaba un producto de la timidez o de la discreción, ya que cuando se trataba de personajes reales, mencionaba sus nombres completos. Sus alusiones al amor y a los pasajes sensuales en la novela reflejaban su temperamento apasionado. Hilarión reconocía que buscaba crear realismo, pero existían muchos elementos del naturalismo: la crítica social; la intención moralizadora; el realismo vivo y descarnado; el vocabulario científico; las cifras sobre el presupuesto manejado en el Hospicio; los datos dietéticos; la descripción de los exámenes médicos, y del alumbramiento; y la miseria de las parturientas. Sus opiniones “demoledoras” y sus “escenas crudas” causaron indignación en la sociedad mexicana de su tiempo. No merecía menos, cuando fueron las primeras producidas en la literatura hispanoamericana; lo que, desde la perspectiva de la crítica, concebía valiosa e interesante a la novela.

Por su parte, Víctor Díaz Arciniega pensaba que a la novela se le consideraba como un diario de familia, en donde campeaba la chispa y la mordacidad. La primera parte de ésta se “digería” bien; pero la segunda, requería de una “comadrona”. Este texto se inscribe en el género descriptivo del naturalismo. En el juicio que emitió sobre *Vulcano*, enfatizaba la parte formal de la obra. Sin embargo en el caso de *El Hijo...* guardó silencio respecto a sus características literarias, lo cual, llama la atención porque éste poseía mayores problemas en la parte estilística.

Barragán considera que los problemas de composición en la novela se explicaban porque fue publicada en entregas periodísticas. Debido a que los autores querían satisfacer al público y cumplir con las fechas de publicación, elaboraban textos en donde la trama cohesiva resultaba pobre y con una estructura muy simple; esto daba la impresión de una improvisación para concluir de manera precipitada. Lo anterior se observa en *El Hijo...* en la cual la trama resulta demasiado vaga. Las constantes digresiones y la falta de unidad en

en *La Libertad* en donde se mencionaba que Hilarión Frías e Hilario S. Gabilondo fueron víctimas de la

las situaciones; ocasionan que la novela resulte difícil de seguir. Al parecer, Hilarión no estaba tan preocupado por la forma literaria, sino que en realidad buscaba una manera de transmitir su crítica social y moral; esto explicaría la disparidad de los espacios que se ocupaban de las cuestiones sociales, y los que se dedicaron a la narración de la trama. En cierta forma, se podría afirmar que *El Hijo del Estado* es una denuncia social tapizada de tintes novelescos.³⁶

El objetivo de una novela

Frías no se expresaba contento cuando se le vinculaba con Zolá, ya que en uno de sus capítulos aclara que apenas empezaba a leer sus libros, y esto le impedía emitir un juicio de las obras de un autor que había llamado la atención de los franceses, y cuyas novelas alcanzaban 30 o 40 ediciones. El literato mexicano estaba sorprendido de que *Thérese Raquin* tuviera tanto éxito, pues la novela no se mostraba a la altura de un autor tan “célebre”, debido a que el realismo de las escenas se encontraba “falsificado” por “alucinaciones fantásticas, tan falsas como improbables”.

Lo que disoció a Hilarión de los autores franceses fue su acendrado nacionalismo forjado en las academias literarias a las que perteneció; esto no le permitía reconocerse como discípulo o seguidor de corrientes que no se habían desarrollado en tierras mexicanas. Frías no comprendía por qué los autores nacionales sólo reconocían los méritos de aquellos escritores que seguían a la escuela francesa, ya que ellos sólo los invitaban a formar parte de los grupos literarios, y recibir de sus trabajos el honor de ser criticados por la prensa. En un tono irónico afirmaba que los “verdaderos talentos” mexicanos pensaban y escribían en francés. A Frías no se le puede proclamar naturalista, término que apareció en Francia para designar a las novelas de este corte hasta 1884, pero como lo han señalado algunos críticos, existen rasgos que lo incluyen dentro de esta corriente.³⁷

“fiebre imitativa”, es decir, fueron hombres que no poseían una propuesta propia.

³⁶ García, *Naturalismo*, 1979, pp. 22-25, 33; Díaz, *Realismo*, pp. 28-29; Brushwood, *Barbarie*, 1988, pp. 15, 18; *Idem*, *México*, 1973, p. 160.

³⁷ Frías, “Guillermo” en Prieto, *Musa*, 1883, pp. XXIII-XXIV. Un ejemplo del naturalismo de Frías se observa en la siguiente descripción: “el bisturí recorta en la piel, un colgajo, una pinza prende la arteria herida por donde brota un chorro pulsátil de sangre, y el músculo se divide bajo el acero, y la sierra mete sus dientes brutales en el hueso y rechina en su lento vaivén [...] hasta que el dolor sacude aquella catalepsia de cloro, y el niño lanza un suspiro, un gemido que nadie recoge”.

La novela estaba dedicada al presidente de la república Manuel González. El autor pretendía que ésta permitiera al mandatario poner atención en un asunto que las “medianías” soslayaban; lo que realmente buscaba era denunciar la “monstruosidad social”, hecho extraordinario que convertía a los hombres en unos “eternos menores de edad”: la “demasiada beneficencia”, que provocaba que una sociedad “republicana” y “progresista” retornara a la situación en la que se encontraba la Roma de los Cesares en tiempos de la decadencia.

Si bien es cierto que el mal se había engendrado en los anteriores gobiernos, en el suyo había alcanzado el mayor grado de desarrollo. Frías tenía la esperanza de que el presidente lograra apreciar los problemas sociales acontecidos en su administración, y que encontrara las soluciones. La “demasiada beneficencia” representaba un grave problema social porque la caridad ocasionó enervar las fuerzas vitales de la nación, atrofiar los brazos, y paralizar el progreso. Estaba consciente de que las “almas generosas” que creían en el “irresistible brillo de la filantropía” condenarían sus palabras por considerarlas un “egoísmo infame”; pero las críticas no le importaban, ya que sabía que los que se ocupaban de un “abuso” resultaban combatidos. Frías aclaraba que no estaba en contra de que se ayudara a los niños huérfanos y a los paráliticos, en cambio, se les debería enseñar a bastarse a sí mismos para formar ciudadanos que colaboraran con la marcha progresiva de la humanidad. El literato mantenía la esperanza de que sus juicios no fueran equivocados, por lo que dejaba en las manos de los lectores, la confirmación o el rechazo de su teoría desarrollada, pues no tenía la menor duda de que a la República le correspondía formar un pueblo de ciudadanos y no de mendigos.

Por el tipo de temática propuesta en la novela, se le sitúa dentro del género de la “literatura negra”, la cual comprende dos tipos de estructuras narrativas: la historia de crímenes y la historia de investigación o enigma. Estos tipos se consideraron una especie de “subliteratura” o “literatura de masas”; existieron dos fenómenos que contribuyeron a su revalorización: el primero se refiere a los dos tipos de narraciones producidos en un contexto propiamente literario y que es cultivado por escritores destacados; el segundo alude a este tipo de escritos que ha servido para abordar y denunciar los crímenes cometidos por cualquier miembro de la sociedad o grupo social que abusa del poder, y para

subrayar la importancia que el contexto social desempeña en la gestación de una conducta criminal en el deterioro de los valores y en las conductas antisociales.

Los representantes de la “literatura negra” latinoamericana juzgaron abiertamente a la sociedad en la que vivían; muestran la imposibilidad de encontrar la verdad, y de hacer justicia. Estos escritores aportan una visión desencantada de la realidad social, política y económica, además de que desenmascaran y denuncian delitos institucionales o pasionales cometidos por personajes poderosos. La “literatura negra” se cultivó de manera asidua en todos los países de habla hispana. En el caso de México predominaba el modelo costumbrista de “literatura negra”, la cual buscaba abordar la historia de un crimen o crímenes; incluía un enfoque psicológico, contenía ubicación urbana, y eliminaba las “tramas secundarias” a favor de una principal. Las anteriores características se encuentran presentes en la obra de Frías, por lo que no existe duda de que se ubicara dentro de este género literario; se preocupaba por entender el contexto social para determinar el deterioro de los valores sociales. Así, *El Hijo del Estado* pertenece a la novela de literatura negra con influencia naturalista, aunque conservaba elementos románticos como la caracterización de los personajes en buenos o malos.³⁸

La trama literaria

De la misma forma que en sus otras novelas, Hilarión iniciaba el relato con una fecha indefinida. La estrategia utilizada fue la siguiente: él buscaba evitar que se le acusara de condenar a un determinado gobernante, tarea que dejaba en manos del lector, y éste asumía la labor de identificar a quién se refería. La historia comenzaba en los pasillos del Palacio Nacional, en donde se encontraban varios grupos de personas reclamando el pago de las pensiones que le debía el Estado. El más turbulento lo encabezaban unas mujeres vestidas con desaliño que revelaban una “miseria terrible y dolorosa”. Ellas recibían dinero del Estado como pago por la muerte de sus “héroes imaginarios”. A las pensionistas las dirigía una “viuda magnífica”, a quien los empleados llamaban “la viuda del ajusticiado”, ella se decía hija de uno de los “ignorados campeones” de la primera guerra de Independencia y viuda de un diplomático, quien había aprendido el oficio en una mesa del departamento de Relaciones, en el manual del Conde de la Cortina y en la correspondencia de Lafragua. Por

³⁸ Vidaurre, *Galería*, 2004, pp. 128-130.

ese doble título y por “desconocidos resortes”, la viuda consiguió una pensión. La viuda tuvo una hija, ella nació seis años después de la muerte del marido oficial. La hija se llamaba Magdalena y contaba con catorce años de edad. Aunque la niña pasaba desapercibida ante los ojos de los jóvenes “palaciegos”, los viejos se dieron cuenta del desarrollo de Magdalena y se imaginaban lo que prometía esa “pubertad precoz”.

A Magdalena se la ideaban como una cortesana a quien se la podía cubrir de perlas y brillantes. Uno de los viejos palaciegos, quien fue favorito del poder en turno, Lord Millon, sintió el deseo de poseerla. Su principal ventaja residía en la incuria de la pensionista, ella velaba la naciente belleza de la niña; la guerra civil provocó que el erario careciera de fondos para pagar a los empleados, al Ejército y a las pensionistas.

Las pensionistas recorrían con furia los pasillos del Palacio, pero no lograban resolver el problema. Un día la viuda regresaba abatida por causa de la rabia, y encontró una orden para desalojar su casa. Fue presa de la desesperación ante tal calumnia, ya que no tenía nada ni a nadie que la ayudara a salir de su miseria. En ese momento apareció el viejo potentado que le propuso quedarse con Magdalena. Aunque la “infame” proposición le causó indignación, al final cedió porque vio en su hija un negocio “fecundo”, “productivo” y más pingüe que las pensiones. La venta de su hija le permitiría acabar con las humillaciones, los dolores, el hambre, las enfermedades y la desnudez. La viuda cometió el peor crimen que una madre realizaría, el cual, sólo fue concebido en el seno de una “sociedad desmoralizada”. Las dos se trasladaron a vivir a una casa cercana a la Alameda. Magdalena se convirtió en la “esposa de la mano izquierda”, y no protestó ante esta situación porque no sabía lo que significaba el amor.

Su madre fue quien la precipitó al vacío y rasgó el “velo de su inocencia” antes de saber que debía conservarlo intacto. Magdalena sólo fue la víctima de la alianza de una madre sin entrañas y de un viejo miserable sin corazón, quienes mataron su alma y le cerraron la puerta a un porvenir honorable. Ante esta situación, en el fondo de su corazón, Magdalena generó una reacción “íntima y honda” de desprecio hacia su madre indigna, y hacia aquel hombre sin sentimientos que la había comprado. La hija no regresó al Palacio, pero la viuda sí, ya que conservaba el “incurable vicio de realizar política”. Cuando las demás pensionistas se enteraron de lo que hizo con su hija, le profirieron numerosas palabras “acres” y “punzantes”. El repudio inicial acabó cuando se dieron cuenta de que el

hecho estaba consumado. La “indiferencia” sancionaba una “irregularidad social” la que en un principio escandalizó y repugnó.

La situación del país provocó la caída del gobierno en turno, y además arrastró consigo a sus amigos, partidarios y administradores. Lord Millon huyó al extranjero porque fue el responsable de actos de “dudosa legalidad” y de “contratos ruinosos”. La acción del sátrapa provocó que Magdalena fuera lanzada a la “terrible lucha” de la vida. La viuda y su hija vieron desaparecer su riqueza, por lo tanto se trasladaron a un barrio remoto de la ciudad para vivir. La miseria las apesó, ya que el nuevo gobierno decidió suspender el pago de las pensiones.

Lo peor de todo fue que Magdalena estaba embarazada de un niño “sin nombre”, “sin abrigo”, sin “respeto humano” y sin “posición social definida y honorable”. Ante la falta de pensión, y sin una forma honesta de trabajar, la viuda buscó un protector entre los nuevos ministros, pero éstos carecían de dinero por lo que no le hicieron caso. La viuda no hizo nuevos intentos; y se contentó con encerrar a su hija, quien no sólo padecía por la falta de alimentos, sino también por las penalidades de la primera gestación, situaciones que la hundieron en el marasmo y la atonía. Para resolver su condición la viuda se vinculó con un hombre carente de virtudes. El autor explicaba que el ejemplo de la viuda lo imitaron muchas mujeres, éstas se encontraban en el último tercio de su vida, quienes aceptaban compartir su vida con hombres que no les proporcionaban apoyo “sólido” y “honorable”, pero sí les hacían pasar muchas “humillaciones” e “indignidades”. Magdalena sólo obtenía lo necesario para comer, y a cambio, recibía los reproches de la viuda y del padrastro. Los vicios del padrastro fueron imitados por la viuda, quien se volvió alcohólica porque según ella, la bebida la ayudaba a olvidar. Cuando se emborrachaba, insultaba a su hija por considerarla la causa de su desgracia, sus palabras la herían; ella olvidaba la misión de una madre: levantar la mano para bendecir al hijo y no para pegarle. El padrastro vio en Magdalena la culminación de un “capricho brutal”, y para escapar del acoso, ella pensó suicidarse, pero no lo hizo por amor al hijo que llevaba en su vientre.

Aunque su madre la incitaba a prostituirse, ella no accedía a sus bajas pretensiones. Una noche, la viuda se peleó con su hija; así que el padrastro aconseja enviar a Magdalena a la Casa de Maternidad, lugar en donde el Estado proporciona todo a las internadas. Ella sentía repugnancia de ir al Hospital, pero al final aceptó; aunque eso significara darle

sanción oficial a su deshonra. Con el corazón desgarrado por la desesperación y la agonía, Magdalena ingresó al Hospital. Los viejos no sintieron compasión por ella, y la “infame” viuda se alegró de su partida, porque sentía celos de su propia hija. Esa mujer no albergaba ningún sentimiento noble en su corazón, ella no merecía el título de madre. Magdalena sintió un gran estremecimiento cuando se dio cuenta de que su “vergüenza” sería expuesta ante la servidumbre, los médicos y practicantes. Para su buena fortuna, el director del Hospital, Juan María Rodríguez, se encargó de su caso, pues quedó sorprendido de encontrar una mujer como Magdalena entre las asiladas. Por su belleza, juventud e innata distinción, Magdalena parecía un ser exótico en ese medio. El médico ordenó hacerle exámenes, ya que creía hallar en la paciente una grave enfermedad. La suposición de Rodríguez resultó cierta, los análisis revelaron el padecimiento de una afección mortal. A los dos días de su arribó al Hospital. Magdalena murió, pero su hijo logró sobrevivir, se le asignó como nodriza a Dolores, una mujer que perdió a su hijo durante el alumbramiento. La situación que Hilarión describía no resultaba excepcional. Cuando la madre de un recién nacido moría y el niño no se reclamaba, era enviada al departamento de infantes donde una nodriza se encargaba de alimentarlo. Si los fondos del Hospital lo permitían, se contrataba una nodriza para los niños en período de lactancia.³⁹

La administración se enfrentaba con la disyuntiva de mandar el cuerpo a la fosa común o de esperar a que alguien reclamara el cadáver. Sin embargo el director del asilo, Eduardo Liceaga, reconoció a Magdalena por haberla asistido, cuando vivía con el “seductor”. El médico permanecía conmovido por el dolor y la indignación, ya que por la causa de una infamia se sacrificó una joven bella, entonces ordenó enterrarla en una fosa especial. Frías subrayaba este hecho, quizá con la intención de darle mayor énfasis a su argumento de que Magdalena merecía una tumba especial, porque así la deslindaba de la fosa común, lugar en donde se depositaban los cuerpos de las mujeres que perecían en el Hospital. Es preciso mencionar que éste se encargaba de los gastos funerarios, los cuales, incluían la caja mortuoria y el traslado al panteón.⁴⁰

Mientras tanto, la viuda y el “licenciado” esperaban que Magdalena saliera del Hospital, ellos pensaban convencerla de que dejara a su hijo en la casa de cuna, y que a través de sus encantos, persuadir a alguien para mantenerla y sacara a todos de la miseria.

³⁹ Crispín, “Hospital” en *Cuadernos*, 1995, p. 101.

Al llegar al Hospital, casi fue atropellada por el carro que llevaba el cuerpo inerte de Magdalena, esto le causó enojo, y reaccionó lanzando imprecaciones que se convirtieron en el último saludo para su hija. Ahí se enteraron de la muerte de Magdalena y del nacimiento de su nieto; aunque la viuda quería recogerlo, el “licenciado” le aconsejó que lo criara “Mamá Federación”. Él, al igual que muchos niños, era un “hijo del Estado” a quien le correspondía cobrar su herencia del tesoro federal. La viuda accedió a la petición del “licenciado”, pero cuando su situación mejoró por la relación que éste estableció con un candidato triunfante, reclamó a su nieto.

Gracias a los oficios del “licenciado”, volvió a recibir su pensión, y se le pagó el tiempo que estuvo sin ella. Aunque el “licenciado” no alcanzó un puesto en la administración, logró obtener numerosas ganancias, derivadas de diversas actividades relacionadas con el gobierno. Como la viuda perdonó las infidelidades del “licenciado”, éste le permitió recoger al hijo de Magdalena, acto que ella lo tomaba como proceso de reparación. Así, un átomo de amor maternal refulgía en medio de un alma henchida por el vicio y el remordimiento. Con el hijo de Magdalena llegó su nodriza Dolores, quien despertó sentimientos de deseo hacia el “licenciado”; en cambio, con la “viuda” surgió el sentimiento de odio, ya que el niño sólo mostraba buenos sentimientos con su nodriza. Dolores aprovechó la primera oportunidad para marcharse de la casa de la “viuda” porque se sentía contrariada al vivir en una casa en donde no tenía todas las comodidades anheladas.

Con “algún empeño y algo de cálculo”, Dolores buscó a un hombre que la sacara de ahí; solo la detenía la idea de alejarse de su hijo adoptivo, pero su amante la convenció de arrancarle al niño de los brazos de su abuela. Ella le creyó porque las mujeres que amaban tenían fe. A causa de una nueva crisis política, el “licenciado” cayó de su posición, y recurre de nuevo a los negocios clandestinos; él se la pasaba en los garitos; la “viuda”, en eternos “comas alcohólicos”; y el niño, “sucio y abandonado”, crecía en el “fango social” que “marchitaba su inteligencia” y “depravaba su corazón”. El anterior argumento revelaba que el medio causaba la degeneración de las facultades del individuo; idea aprobada por Frías.

⁴⁰ *Ibidem.* p. 103.

Una noche, la “viuda” murió de una “combustión espontánea”. El “licenciado” entregó al niño al Hospicio, con el fin de que el Estado volviera a recobrar a su “hijo”. El niño se llamaba Adán, él se mostró conforme con su suerte porque así evitaba los golpes y la miseria que le daba el “licenciado”. En los dos últimos capítulos, Frías reintrodujo a Dolores, quien se volvió la amante de un pagador del servicio administrativo del gobierno. Este personaje, al igual que otros, aprovechó la inestabilidad política y la imperfección de la contabilidad fiscal para hacerse de una gran fortuna, que muchas veces, disipaba en la mesa de juego. En las manos de un empleado desleal se disponía una fuente de oro, sin responsabilidad. Si el desfalco era descubierto, el culpable se fugaba y se afiliaba a un grupo revolucionario. Si el levantamiento triunfaba, volvía absuelto de la culpa, convertido en un héroe, y predestinado a un alto puesto en la nueva administración. Para fortuna de la nación, esos empleados “deshonestos” dieron paso a hombres con un mayor grado de “moralidad”. El amante de Dolores poseía una gran habilidad para elaborar partidas dobles, escamotear las bajas y las altas, hacer “elásticas” las memorias de las obras materiales, y vender a precios elevados los vestuarios, equipos y armamentos.

Todo lo anterior le redituaba “escandalosas” utilidades que le permitían realizar fiestas para los coroneles y jefes de oficina con los que obtenía negocios. El pagador daba una vida fastuosa a su “familia oficial”, esto le ayudó a conseguir el perdón de su “gorda” mujer por las infidelidades. Frías no condenaba al “pagador” por poseer una amante, ya que sólo dañaba el amor de su esposa más no su honra, este pensamiento coincidía con la forma en que los escritores decimonónicos concebían las relaciones entre hombres y mujeres. Las únicas merecedoras a la condenación eran las mujeres adúlteras, en tanto que existía mayor condescendencia a las conductas de los hombres. El amor que el pagador sentía por Dolores fue la principal arma para concederle todo lo que deseaba. En el alma de ella se fermentó la “levadura de la mala mujer”, y sin retentivo de la moral y de la educación se entregó a las más bajas pasiones; razón por la que se comportaba “imperiosa, altiva y llena de caprichos”. Dolores exigió que las fiestas se trasladaran a su casa, y que la familia “oficial” quedara desplazada a un segundo término; peticiones que él cumplió para evitar su alejamiento. Dolores se convirtió en una desagradecida porque manifestaba desprecio hacia el hombre quien la sacó de la miseria y la rodeó de bienestar.

Ante las amenazas de Dolores, su amante decidió mandarle a una persona para cuidarla y así, evitar su fuga, tarea que confió a un dependiente joven, quien tenía el corazón “corrompido”. Las acciones del “pagador” revelaban el dominio que los hombres ejercían sobre las mujeres; de este modo, garantizaban la fidelidad de la mujer, por eso, muchos varones recurrían al encierro, y a los chaperones.⁴¹ El “infeliz” dependiente pertenecía al grupo de los que llamaban “decentes”, un tipo común en las grandes ciudades; éste tenía la característica de avergonzarse del trabajo manual, pese a su origen humilde y a su carencia de instrucción. Ellos creían que habían nacido para portar levita, y no les molestaba realizar el papel de “traviatos”. Al dependiente se le conocía como “el príncipe ruso”, porque caminaba en la calle con un porte de “marqués de barrio”. Las “mujeres insustanciales” lo veían como buen mozo, a pesar de sus ojos pequeños; de la miopía que revelaba estupidez; de sus manos y pies “grandes, vulgares y groseros”. El “príncipe” le contó a Dolores la misión que le encomendó el pagador, esto sólo la enfureció y le propuso convertirse en su amante. El pagador le contó a Dolores sobre la muerte de la “viuda”, y sobre el traslado de Adán al Hospicio. Ella hizo todo lo posible para convencer al pagador de permitirle traer a vivir a Adán, pues la “viciada” Dolores sólo conservaba un afecto puro: el amor del niño que había adoptado.

Después de tres años y a causa de una enfermedad de Adán, Dolores consiguió llevarlo a su casa. Ella se dedicó en cuerpo y alma a cuidarlo, lo que generó el disgusto del pagador, surgió un odio hacia al niño porque robó la atención de su amante. Dolores determinó enviar al niño a un colegio particular para que no se volviera ordinario. De esta manera, Adán dejó de ser el “hijo del Estado” para convertirse en el “hijo pródigo”. El pagador tuvo problemas económicos, por un lado, ya no lograba hacer grandes negocios, y por otro, sus mujeres despilfarraban el dinero. Los celos que sentía nublaban su atención en el trabajo, no le importaba saber si se iba a practicar una visita a la caja, lo único que le interesaba era enterarse con quién lo engañaba. Aunque el pagador descubrió los amores “impuros” de Dolores con el “príncipe”, ella logró convencerlo de lo contrario. La suerte de los tres personajes se decidió cuando un visitador descubrió los fraudes en los que había incurrido el pagador. Para evitar el castigo, se fugó. Dolores vendió todo y se llevó a Adán a la “sombra de lo desconocido”. Carente de apoyo, el “príncipe” se hundió en el “fango

⁴¹ Carnier, “Estereotipos” en Ramos, *Presencia*, 2006, pp. 101, 103.

social” de donde salían los que llenaban las cantinas, las casas de juego y los pretendientes de Palacio. Este triste final pertenecía a aquellos personajes ausente de virtudes morales.

La crítica en contra del gobierno

Hilarión Frías estaba consciente de que una novela no sólo asumía la intención de entretener a los lectores, también, buscaba que éstos descubrieran en los sarcasmos una “aguda censura” de las deformidades de una sociedad “monstruosamente” organizada; por eso realizaba “descripciones monótonas” y “detalles pueriles”, los cuales, resultaban indispensables para reconocer los defectos atacados. Él estaba convencido en sondear “la llaga social”, sin importar la repugnancia que causara el análisis, pues sólo de esa forma se descubriría el mal, y mostrar de qué manera podría ser combatido. El autor intentaba persuadir a los lectores con la veracidad de sus palabras, y orientar su lectura hacia una dirección particular, es esto es no considerar su novela como una simple narración; sino hallar elementos que describieran los males sociales. Aunque la intención primaria de Hilarión consistía en criticar las condiciones del Hospital de Maternidad e Infancia, donde, desde su perspectiva, se generaban graves males a la sociedad. También aparecieron algunas referencias a otros problemas considerados deshonestos, como el de las pensiones que otorgaba el Estado a ciertos sectores sociales.

El Hospital de Maternidad e Infancia

Frías indicaba que el Hospital se dividía en dos departamentos: el de maternidad y el de infancia. Cada uno contaba con su propio director; el primero lo dirigía Juan María Rodríguez; el segundo, Eduardo Liceaga. Los orígenes del Hospital de Maternidad, según Frías, se remontaban al año de 1763. Fernando Ortiz Cortés, chantre de la Catedral de México, deseaba contar con un lugar donde se amparara a los niños pobres. Este personaje pertenecía a una época, en la cual, el clero no se preocupaba por fundar bancos hipotecarios o por realizar operaciones de contrato para “absolver pecados”, tal y como lo forjaba, en ese momento, el arzobispo Labastida, quien se mostraba como un profundo conocedor del “espíritu mercantil”; en cambio, Ortiz buscaba causar un bien a la sociedad, razón por la que el Hospital le correspondía considerarse un “monumento a la caridad”.⁴²

⁴² Peza, *Leyendas*, 1999, pp. 130-132. Peza consideraba que narrar la historia de la fundación del Hospicio constituía la mejor forma de rendir un homenaje a Ortiz.

El Hospital, en un principio, brindaba servicio de hospicio ya que contaba con un departamento anexo de maternidad e infancia. El literato nos refiere el año, 1763, cuando comenzaron a construir el Hospicio en unos terrenos que Ortiz compró al convento de la Concepción. No convenía considerar exagerados los elogios que Frías prodigaba al fundador. Este hombre destinó 24 000 pesos a la edificación del Hospicio. Su proyecto inicial fue recoger a los pobres, vagabundos y holgazanes, pero no se incluía a los niños expósitos ni a los huérfanos, razón por la que Carlos III pidió el 14 de octubre de 1764 al marqués de Cruillas realizara las gestiones necesarias para incluir a estos dos grupos.

El 12 de noviembre de 1765 Ortiz informaba al virrey que los trabajos estaban muy avanzados, pero ni el virrey ni el arzobispo le proporcionaron ayuda. El 19 de febrero de 1773 se inauguró el Hospicio que albergaba a 250 mendigos de los dos géneros. El aumento en el número de ingresos al Hospicio; motivó al virrey Bucareli para ampliar el edificio. Para tal fin, Ambrosio de Llanos cedió unas casas y terrenos en donde se fundaría el hospital de partos ocultos; un lugar para aquellas mujeres decididas a esconder su maternidad, y además las asistiría un médico, un cirujano y una comadrona, ellos guardarían una gran reserva, al grado de que ni a los mismos familiares se les permitiría la entrada.⁴³ El hospital desapareció después de la proclamación de la Independencia, y las luchas intestinas no permitieron que se restableciera.

No fue sino hasta abril de 1865 cuando por iniciativa de la emperatriz Carlota decide restaurar la Casa de Maternidad. Después de la caída del Imperio, el gobierno republicano comprendió los fines nobles de la institución y resolvió mejorar sus instalaciones. En 1869 se le agregó el departamento de infancia, el cual, albergó a los niños enfermos de San Andrés. Hilarión puntualizaba la historia del Hospital para evitar que los “sectores conservadores” de la sociedad se atribuyeran “falsas glorias”, y así ya no intervenían para afirmar que Carlota fue la fundadora, sino que sólo restauró una institución que funcionaba desde tiempos coloniales. Los fines políticos que escondía la historia narrada por Frías, lo obligaba a guardar silencio sobre algunos asuntos, y a menospreciar el papel que asumió Carlota en la reactivación del Hospital. Por eso, en sus novelas anteriores, él no mencionaba ni proporcionaba las fuentes consultadas.

⁴³ Velasco, *Niño*, 1935, pp. 61-98; Betanzos, “Beneficencia” en *Cuadernos*, 1995, p. 31; Aguilar, *Hospitales*, 1936, pp. 50-51.

A diferencia de lo que Hilarión pensaba, el Hospicio funcionó con altibajos hasta la el año de 1860. Al año siguiente (1861) el gobierno de Juárez postuló que la beneficencia no sólo consistía en un simple ejercicio de caridad pública, sino en una obligación del Estado, al cual, le correspondía proporcionar ayuda a las personas enfermas y con recursos insuficientes,⁴⁴ razón por la que se fundó la Dirección General de Beneficencia Pública; ésta se hallaba adscrita a la Secretaría de Gobernación, y además, tomó en sus manos los servicios hospitalarios que dependían del clero, convirtiéndolos en servicios públicos subordinados al Estado. La Dirección determinó organizar a los hospitales, y suministrarles recursos que provendrían de los impuestos, los fondos, los legados piadosos y las loterías.

Con esta medida, el gobierno federal controló los hospitales que dependían de los gobiernos municipales. A través de dos decretos, el del 9 de noviembre de 1861 y del 17 de enero de 1862, el gobierno de Juárez ordenaba la creación del Hospital de Maternidad e Infancia, se instalaría en el Hospital de Terceros de San Francisco. Las circunstancias políticas, económicas y bélicas en las que se encontraba el país, provocaron que el 30 de agosto de 1862 se determinara suprimir la Dirección General y con ello, se llevó a cabo el cierre del Hospital. Con esta resolución, las instituciones volvieron a la égida de los ayuntamientos. En 1863 el Hospicio fue encomendado a las Hermanas de la Caridad, dato que el literato ocultó, debido al conflicto que mantuvo con este grupo religioso.

El 10 de abril de 1865, durante el Imperio, se fundó el Consejo General de Beneficencia, el cual se comprometía, entre sus funciones, a vigilar los establecimientos de caridad, y a la repartición de los recursos puestos a su disposición por la autoridad administrativa o por particulares. Como presidenta del Consejo, Carlota apoyó la idea de fundar una casa de maternidad. Para tal efecto, el Consejo destinó ese mismo año 6 000 pesos para mejorar la estructura del Hospicio; y además se le pidió a Rafael Larrañaga que analizara el funcionamiento del lugar para introducir las reformas necesarias. Sin embargo, Joaquín García Icazbalceta fue el encargado de emitir el dictamen correspondiente. En su informe, subrayaba que las condiciones del departamento de partos ocultos no

⁴⁴ Capellán, *Enciclopedia*, pp. 123-124. Juárez mostraba una visión moderna respecto a la Beneficencia. En esos años, en Europa se planteaba que la caridad era un acto individual, mientras que la beneficencia se refería a la sociedad, y además constituía un sistema de instituciones que buscaban proveer a los menesterosos de lo que les hacía falta.

correspondían a las adecuadas; la comida del Hospicio era terrible, y los talleres de beneficencia no ayudaban a la perfecta enseñanza de los jóvenes.

El proyecto de Carlota se hizo realidad el 7 de junio de 1866 cuando se fundó el Hospital de San Carlos o Casa de Maternidad, en el sitio que ocupaba el departamento de partos ocultos del Hospicio; este proyecto, al final, absorbió 11 494 pesos del presupuesto imperial. El primer director de la casa fue Aniceto Ortega. Carlota dedicó una buena parte de su atención al acondicionamiento de la Casa de Maternidad; proporcionó muebles cómodos, abundante ropa, canastillas bien provistas, amplias salas, arsenal quirúrgico, buena alimentación y parteros competentes. Cuando las circunstancias políticas obligaron a la emperatriz a salir del país, donó a la Casa una caja de instrumentos quirúrgicos especializados. Ella sentía tal afecto por esta institución que años después de la caída del Imperio y en un momento de cordura, pidió que se le remitiera cierta cantidad de dinero. Crispín Castellanos menciona que el Imperio brindó apoyo al Hospital, el cual fue fundamental para sentar sus bases organizativas, mismas que fueron aprovechadas por los gobiernos posteriores.

Tras la restauración de la República, el gobierno de Juárez respetó la estructura del Hospital y dispuso que éste lo administrara Luciana A. de Baz. En tanto que Eduardo Liceaga fungió como director médico, puesto que obtuvo por oposición, y la primera partera fue Adela Zuleta. Como el benemérito se dio cuenta de la importancia de la institución, ordenó que ésta no tuviera fondos aleatorios provenientes de las loterías, sino que aquellos serían proporcionados por el Ayuntamiento de la ciudad de México, y por lo tanto cederían su jurisdicción a esta instancia política, la cual, también se hizo cargo de los demás hospitales de la ciudad. El 3 de abril de 1869, el Ayuntamiento dispuso trasladar la sección de niños enfermos del Hospital de San Andrés al de Maternidad, por lo que se le destinó la casa anexa a éste, y en lo sucesivo, se le denominó Hospital de Maternidad e Infancia. A principios de la década de 1870, ya se consideraba una de las instituciones mejor organizadas de la Beneficencia Pública. Pese a los problemas que poseía, Crispín Castellanos advierte que el Hospital resultó vital para los sectores marginados, ya que

proporcionaba asistencia médica, alimentación e instrucción elemental gratuita durante el tratamiento del paciente.⁴⁵

La crítica de las condiciones materiales del Hospital

El autor reflexionaba que uno de los principales problemas del Hospital era la construcción que lo albergaba, ya que las distintas administraciones no siguieron una regla y un método para edificar una construcción adecuada. Hilarión evaluaba como inconcebible los cuartos del departamento de maternidad porque se encontraran dispersos, y carecieran de características ideales de salubridad. En efecto, los cuartos contaban con lechos blandos y aseados, sin embargo estaban pequeños y se encontraban al aire libre; razón por la que las pacientes no dejaban sus puertas abiertas por el temor de enfermarse, pero tampoco las dejaban cerradas porque el calor las sofocaba. El Hospital contaba con dos tipos de pacientes: las reservadas y las de comunidad. A las primeras pertenecían las jóvenes, esposas y damas “solteras”, quienes deseaban guardar su anonimato para preservar la honra. Ellas contaban con su propio espacio, y sólo las atendían la partera y la enfermera del establecimiento. Para ocultar su identidad, un velo cubría su rostro y nadie podía tocarlo. El “doloroso acto del alumbramiento” lo sufrían con el rostro cubierto, de esta manera el médico y los empleados ignoraban la identidad de la parturienta. Las de comunidad correspondían a las mujeres del pueblo quienes no escondían nada.

El departamento de maternidad contaba con dos salones: uno nuevo y uno de clínica, que se encontraba en el salón de comunidad. El último sufrió una profunda renovación que permitió mejorar sus condiciones de salubridad e higiene, ya que se buscaba no repetir la amarga experiencia de ver morir a numerosas parturientas. Frías expresaba que el gobierno en turno no mostró capacidad para afrontar el problema, pues su actitud sólo lo limitó a cerrar el establecimiento, en vez de proponer una solución integral. Con el afán de presentar más grave el problema, Hilarión exageraba la situación prevaleciente en el Hospital.

⁴⁵ Betanzos, “Beneficencia” y Crispín, “Hospital” en *Cuadernos*, 1995, pp. 29, 31, 33, 35-37, 96-97, 100, 104-105; Aguilar, *Hospitales*, 1936, pp. 63-65; Velasco, *Niño*, 1935, pp. 97-99, 104-105, 129; Liceaga, *Recuerdos*, p. 45. El español Nicolás de Teresa fue el principal promotor de la fundación de una sección de niños enfermos en el Hospital de San Andrés.

En agosto de 1881, el visitador de la Beneficencia Pública comentaba que ante la alta incidencia de muertes por fiebre puerperal, convenía poner en práctica todos los medios higiénicos posibles. Por otra parte, Juan Adriano, regidor comisionado del Hospital, estableció las siguientes recomendaciones: pintar los cielos de los dormitorios, cambiar la ropa de las enfermas y fumigar las alcobas. Las medidas adoptadas no fueron suficientes, por lo que el Consejo Superior de Salubridad estudió la posibilidad de cerrar el departamento de maternidad de manera temporal, mientras se controlaba la epidemia. Gracias a la intervención de Liceaga se tomó la determinación de no cerrar el departamento, pero el Consejo impuso un reglamento severo que sirvió para controlar la enfermedad, aunque no evitó que las muertes continuaran. Crispín Castellanos señala que los fallecimientos de las pacientes no dependían de la institución, sino de la condición de su salud, ya que ellas sufrían de desnutrición, y con las prácticas abortivas no resistían, también padecían de enfermedades estomacales. Sin embargo, también reconoce que una de las causas de las muertes fue la presencia de la fiebre puerperal, ya que por las condiciones en las que se encontraban las pacientes la volvían mortal.⁴⁶

Para evitar la insalubridad, el director Juan María Rodríguez, no sólo propuso pintar las paredes sino también poner pavimento, con el fin de que las salas obtuvieran un aspecto “fresco” y “agradable”, esto ocasionó, según Frías, que las pacientes prefirieran el Hospital a sus “casas tristes y miserables”. Las parturientas sentían pesar cuando abandonaban el Hospital porque ahí se encontraban bien asistidas y alimentadas. Los empleados del nosocomio sobrepasaban la “insolente indiferencia” con la que la caridad oficial ofrecía los servicios reglamentarios, ya que su “cariñosa compasión” provocaba que las mujeres no extrañaran el seno de su familia. Los directores Juan María Rodríguez y Eduardo Liceaga pusieron un gran empeño para que funcionara el Hospital en un edificio que no fue construido para ese fin.

La opinión de Frías la aprobaba Manuel Rivera Cambas, quien también afirmaba sobre los defectos del Hospital: éstos existían porque no se había construido un edificio que lo albergara, sino que fue adaptado al que ya existía.⁴⁷ Así que no se podía culpar a los

⁴⁶Castellanos Crispín, “Hospital” en *Cuadernos*, 1995, pp. 105-107; Almada, *Salud*, 1990, pp. 18-19. Algunos autores mencionan que con la aparición de las instituciones hospitalarias se engendró una nueva patología: la de las infecciones nosocomiales. En algunos pabellones de maternidad, la mortalidad por fiebre puerperal llegaba a 20%.

⁴⁷ Velasco, *Niño*, 1935, p. 128.

directores o a los administradores por los defectos y omisiones evidentes en el establecimiento, ya que carecían de elevadas sumas requeridas para crear un verdadero hospital. Las obras parciales que se realizaron no mejoraban la situación, pues se necesitaba emprender una reforma radical que permitiera contar con un hospital digno de la cultura de México y, sobre todo construido con las reglas de la ciencia.⁴⁸ Desde la perspectiva de Hilarión, el principal problema no se encontraba en el edificio del Hospital, sino en la mala organización social y en los códigos “absurdos” que generaron “situaciones anómalas”, desembocaron en la formación de “clases sociales abyectas y corrompidas”, éstas no buscaban obtener beneficios de su propio esfuerzo, sino que éstos se los proporcionaría el Estado.

Frías reaccionaba contra el “paternalismo” del Estado porque le parecía inconcebible que tuviera la obligación de proporcionar a las parturientas un lecho cómodo, ropa, médicos, instrumentos, medicinas y una buena alimentación. Las mujeres que llegaban al Hospital fueron víctimas de una infamia localizada fuera de los límites de la ley. Muchas de ellas, “domésticas de rostros comunes”, pero de “formas carnales y aperitivas” fueron engañadas por el patrón quien eludía su responsabilidad y entregaba a la manceba al Estado, éste tomaba a su cargo a esas “jóvenes perdidas”. El gobierno “espléndido” abandonaba sus obligaciones con la sociedad para convertirse en el partero y en el sostén de las “víctimas de la lujuria anónima”. El Estado también asumía la tarea de ocultar los “dramas secretos” de las familias, ya que las “reservadas” utilizaban el Hospital como un medio para lavar su pecado. Lo peor de todo le tocaba a los hijos espurios: eran abandonados para evitar el castigo o la vergüenza.

El Departamento de Infancia

El Departamento de Infancia se encargaba de la dirección de los servicios administrativos del Hospicio. Éste se dividía en el área de niños y en el de niñas. Cada una contaba con

⁴⁸ *La Escuela de Medicina*, 15 de marzo y 1 de abril de 1885. La propuesta de Hilarión no tuvo mayor resonancia, pues se decidió seguir con las reformas del edificio que concluyeron en 1885. Tres años después, en *La Escuela de Medicina* apareció un artículo firmado por *Paracelso* (Adrián de Garay) que abogaba por mejorar las condiciones de los hospitales de la ciudad de México, ya que exponía que éstos no contaban con edificios adecuados. Desde su perspectiva, correspondía poner especial atención al hospital de dementes para hombres que carecían de lo indispensable para la curación de los pacientes, a diferencia, del que se destinaba para las mujeres, esto mostraba avances, gracias al “empeño” de un director que tenía “notoria competencia

dormitorios, departamentos anexos para el servicio médico y administrativo; piezas aisladas para los enfermos graves, salones, baños y un lugar en el que los niños podían jugar; pero se carecía de jardines “aéreos” donde pudieran respirar “buenos aromas”. Este lugar fue el elegido por el gobierno “espléndido” para convertirse en nodriza, ya que no sólo recogía a los hijos sin padre, también se encargaba de educarlos. Los niños eran abandonados en las planchas, mientras los padres se dedicaban a “vagar” en las cantinas para olvidar una miseria, producto de su “incapacidad para trabajar”.

La postura del gobierno ocasionó que nadie quisiera asumir la carga de la paternidad, pues el presupuesto se dedicaba a la tarea de alimentar a los “infelices”, niños abandonados por hombres “sin dignidad” y sin “entrañas”. Las sábanas sucias las lavaba “Mamá Federación”, quien criaba generaciones nulas de iniciativa propia y sin ganas de trabajar. La carencia de un reglamento que normara el ingreso de los asilados, ocasionó numerosos abusos de la población. Cuando el Ejecutivo asumió el control de la Beneficencia del Distrito Federal; expidió un decreto en donde regulaba el ramo y las secciones respectivas, y ordenaba que cada establecimiento emitiera un reglamento específico. Aunque no todos obedecieron la disposición, el Hospicio sí: se hallaba en espera de la aprobación de la Administración Superior, razón por la que recurrió a los antiguos reglamentos, a las prácticas pasadas y a las disposiciones “accidentales” de los directores.

Para recibir a un asilado se exigían dos certificados: uno de orfandad e insolvencia, y otro, que acreditará estar vacunado. Frías reconocía que estos requisitos se podían eludir con la orden de una autoridad superior, situación que generó un aumento en el número de hospicianos. El Estado no prohijaba sólo a los niños huérfanos, desvalidos y necesitados, sino también a los que pertenecían a familias extensas, y “fecundas” para reproducirse, pero “avaras” para trabajar; éstas preferían mandar a sus hijos al Hospicio, lugar en donde se alimentaba a la “niñez escuálida” proveniente de las vecindades, y del cual, saldrían los pilluelos, los vendedores de cerillos y periódicos, los cilindrerros, los ladrones, los policías, los contratistas de ferrocarril y los diputados.

Al arrogarse la manutención de los niños desamparados, el Estado incentivaba la indolencia de un pueblo que se negaba a trabajar por las pocas necesidades que tenía. Los hombres sabían que al eludir sus obligaciones sociales, serían asumidas por la Federación.

científica”. El autor también proponía la separación del Hospital de Maternidad del de Infancia, y que se

A sus mujeres grávidas las llevaban al Hospital de Maternidad para evitar los gastos del alumbramiento; o bien, si su hijo se enfermaba lo llevaba al Hospital de Infancia, en vez de trabajar para proporcionarle un médico. También, si no lo podía mantener, lo mandaba al Hospicio, ya que preferían ver crecer su prole y no sus recursos; y además, si requería educación lo enviaban a las escuelas financiadas por el Estado porque éste proporcionaba profesores, libros y títulos.

Lo anterior revelaba que el amor paternal moría en manos de la caridad pública, y que el pueblo gozaba de facilidades para vivir. La “imprudente” y “poco previsora” Beneficencia relajaba la “virilidad” de la raza, “enervaba los resortes sociales” y volvía al pueblo “abyecto”, “degradado”, “ignorante”, “sin ambiciones”, “sin aspiraciones nobles”, “sin deberes” y “sin obligaciones”. La dadivosidad del Estado generó hombres no “comprometidos con el desarrollo de la nación”, y por ende, se convirtieron en una “rémora del progreso”. Hilarión no aportaba datos que reforzaran sus opiniones, sin embargo no exageraba en sus apreciaciones. Fue notable el crecimiento en el número de niños asilados en el Hospital: a finales del Imperio, el Hospital albergaba a 122 niños; en 1877 aumentó a 285, y para 1888 se contabilizaban 782. Las instituciones de beneficencia se convirtieron en un medio para deshacerse de los hijos no deseados, y de aquellos a quienes no se les podía sostener por causa de la miseria. Se daban casos, en los cuales, los padres solicitaban la internación en el Hospital, aún cuando los niños no sufrieran de alguna enfermedad.⁴⁹

La facilidad con la que se aceptaba a los hijos de las clases bajas, afirmaba Frías, ocasionó la aglomeración de los asilados, y aumentaron los gastos del establecimiento; por eso fue necesario implementar una “caridad inteligente”, basada en la recepción de los niños realmente necesitados; así aumentarían los recursos y mejorarían las instalaciones. A menor número de asilados, mayor atención, mejores vestidos, alimentos y alojamientos para ellos. El gobierno se ufana de las partidas que destinaba a la Beneficencia, sin embargo éstas no llegaba a las instituciones; tal y como se podía observar en el caso del asilo que se encontraba en un estado lamentable, ya que la insalubridad y la miseria lo volvía una “pocilga infecta”. Frías no exageraba su crítica contra el gobierno.

siguiera otra política en la administración de alimentos y medicinas para los enfermos.

⁴⁹Castellanos Crispín, “Hospital” en *Cuadernos*, 1995, p. 102. El autor menciona que la mortalidad en el Departamento de infantes llegaba hasta el 30%, la cual era provocada en la mayor parte de los casos, por la desnutrición crónica.

Recientes investigaciones han presentado que las instituciones de beneficencia pública recibieron una modesta ayuda de parte del Estado. Por ejemplo, en 1878 se destinó para ella el 0.73% del presupuesto, lo cual, constituía una cantidad nimia, si se toma en consideración la gran demanda de asistencia obtenida de los sectores bajos.⁵⁰ Para el autor, lo peor de todo fue la carencia de un reglamento que rigiera la institución y de un plan racional de enseñanza. Los anteriores problemas fueron producto de la Dirección Superior que asumía el establecimiento, pues no le dedicaba el tiempo y los recursos necesarios para reformar el Hospicio. No correspondía exculpar a los encargados de la Junta Directiva, ya que si admitían un puesto, les correspondía tener conciencia, y ser capaces para administrar una empresa que les fue designada. Ellos carecían de iniciativa, inteligencia y buena voluntad, pues posponían los grandes intereses sociales para proteger a sus “favoritos” que fabricaban “fortunas escandalosas” a costa del pueblo.

Hilarión no sólo criticaba por este medio a los miembros de la Junta, también lo hacía en las páginas de *La Independencia Médica*, advertía que el rotativo sostenía la intención de publicar lo más notable de la ciencia médica mexicana, y aunque se abstendrían de opinar sobre asuntos políticos, no dejaban de hacerlo cuando éstos poseían injerencia en las cuestiones médicas. A él no le importaba que sus comentarios infirieran la “exquisita susceptibilidad oficial”, sino que le interesaba proponer soluciones que beneficiaran a todos. Hilarión aclaraba centrar la atención en la Junta de Beneficencia, ya que los hospitales no se debían convertir en un asilo de la “miseria doliente”, sino en una clase práctica para la ciencia.

En este punto, es pertinente abrir un paréntesis para mencionar que la Junta de Beneficencia fue creada en 1873 con un triple propósito: atender el ramo, cuidar las nuevas fundaciones y vigilar la marcha de las loterías.⁵¹ El 23 de enero de 1877 se dispuso que la Beneficencia Pública fuera regida por una Junta Directiva, cuyo presidente sería el secretario de Gobernación, el titular del Ayuntamiento de la ciudad de México; quien ocuparía el puesto de vicepresidente y los directores de los respectivos establecimientos fungirían como vocales. Desde sus inicios, *La Independencia Médica* sostuvo una feroz batalla contra la Junta de Beneficencia. El periódico no asumió ninguna posición cuando

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 103, 109.

⁵¹ *La Independencia Médica*, 15 de agosto de 1881; Velasco, *Loterías*, 1934, pp. 115, 123; Crispín, *op. cit.*, p. 99.

los miembros de ésta anunciaron, a principios de mayo de 1880, que renunciarían en masa debido a las desavenencias mantenidas con el Ayuntamiento y los médicos encargados de los Hospitales, situación que al parecer fue una estratagema de la Junta para presionar a las autoridades federales, y para que les dieran mayor poder sobre las instituciones.

La supuesta muerte de un niño acaecida a mediados de mayo de 1880 en el Hospital de Maternidad a causa de la negligencia de los médicos, le dio al rotativo, en voz de “Daniel”, la oportunidad de criticar la atención que se prestaba en los hospitales dependientes de la Beneficencia. A decir de esa “voz”, los médicos responsables no fueron castigados, ya que la Junta y el ministerio de Gobernación observaban una excesiva tolerancia hacia las acciones de los médicos. En una carta que Liceaga remitió a *La Independencia Médica*, daba cuenta de todo ello; que los hechos denunciados por “Daniel” revelaban el caso desfigurado, con la intención de proporcionar una impresión desfavorable respecto a la asistencia que recibían las asiladas. A su vez, “Daniel” aseguraba que el informe de Liceaga contenía noticias falsas porque en esos días ocurrió otro caso de desatención a una parturienta reservada. El periódico se mostró desconcertado cuando se conoció la supuesta renuncia de Liceaga a la dirección del Hospital de Maternidad e Infancia. Fernando Malanco señaló a los doctores Alvarado y Abadiano como los principales culpables de la dimisión de Liceaga. A ellos les correspondía irse, sin embargo permanecían en su puesto, gracias al apoyo recibido de la “nulidad” que los designó para ocuparse de tan alto puesto. A mediados de 1881, *La Independencia* volvió a atacar a la Junta. “Zoylo” se expresaba complacido de que la Junta concluiría sus actividades el 1 de julio, él esperaba que con ello se acabara el nepotismo, los altos salarios y la mala distribución de los ingresos.

El autor sostenía que la Junta no estuvo a la altura del compromiso asignado. Es cierto que Porfirio Díaz anhelaba reorganizar la marcha administrativa del país, pero no se dio cuenta de que las personas designadas para encargarse de la Junta carecían de capacidad, ya que antepusieron sus intereses políticos sobre los benéficos. Los miembros de la Junta operaban de acuerdo a sus emociones, y no asumieron con humildad suficiente la opción de pedir un consejo, además de que nunca se preocuparon por concurrir a las

sesiones.⁵² En la administración de Manuel González se determinó que la Junta se convirtiera en un cuerpo consultivo del Ministro de Gobernación, y que una sesión de éste se encargara de la vigilancia en los asilos y en los hospitales de la ciudad de México. “Zoylo” consideraba la propuesta adecuada, pero al Ministro le correspondía elegir a los candidatos preparados, los cuales, ofrecerían buena aptitud, tiempo e ideas progresistas. Así, por ejemplo, sugería que Hilarión Frías fuera nombrado director de “Momoluco”. De acuerdo con “Zoylo”, la Junta cumpliría dos tareas: satisfacer las necesidades de los establecimientos de beneficencia; y exigir a los directores de los hospitales y de los asilos le rindieran informes de manera periódica.

Por su parte, el Ministro de Gobernación le incumbía realizar los siguientes trabajos: presidir las sesiones efectuadas por la Junta para informarse de las necesidades de las instituciones; disminuir el número de empleados, y procurar que los recursos de la Beneficencia fueran administrados por el Monte de Piedad, el cual, fundaría una sección correspondiente que dependiera del Ministro de Gobernación. A “Zoylo” no le parecía que el capital de la Beneficencia permaneciera a disposición de las arcas federales o de las municipales. Dos meses después, Hilarión Frías volvía a insistir en la necesidad de realizar una evaluación de la Beneficencia pública, ya que ésta sufría una severa crisis, y los periodistas necesitaban aportar ideas que ayudaran a su reestructuración.⁵³ El escritor reconocía que la anterior Junta poseía un regular funcionamiento, sin embargo la opinión pública no lo consideraba igual, y la atacó hasta destruirla. Por eso, existía el interés para que el Ministro asumiera la tarea de constituir una que satisficiera las necesidades reales del pueblo. No obstante, las acciones emprendidas demostraban que el resultado no correspondería a las esperanzas concebidas porque el secretario de Gobernación sólo se limitó a establecer un reglamento para las instituciones de Beneficencia, y el Ejecutivo no tomó ninguna carta en el asunto.⁵⁴ Lo peor de todo fue que el “elemento retrógrado” se apoderó de la Beneficencia, con lo cual, se prohibió la enseñanza en los hospitales, y las

⁵² *La Independencia Médica*, 8 y 22 de mayo, 22 de junio y 1 de noviembre de 1880; *La Escuela de Medicina*, 15 de mayo de 1881. A raíz de que se declaró la desaparición de la Junta de Beneficencia, los hospitales quedarían a cargo del ministerio de Gobernación, *La Escuela de Medicina* declaraba que mejor el Ayuntamiento se hiciera cargo de ellos, y así éstos, lograrían ser independientes del gobierno.

⁵³ *La Independencia Médica*, 22 de junio y 15 de agosto de 1881.

⁵⁴ *El Monitor Republicano*, 7 de enero de 1882. *El Monitor* mencionaba que aunque el Ministro de Gobierno nombró un visitador general de hospitales, éste no cumplió con su labor, pues ninguno de los nosocomios contaba con un reglamento.

clínicas se volvieron “ensayos profanos” de unos hombres que detestaban el progreso.

Unos días después, Frías mencionaba que aunque poseía una amistad con el secretario de Gobernación, Díez Gutiérrez, ello no representaría un obstáculo para expresar sus críticas, ya que el Ministro equivocó el camino.⁵⁵ Pese a su reputación intachable, y la pretensión de darle renombre a la administración, se dejó influenciar por las “malsanas emanaciones” que cegaban a los hombres de poder, ofuscaban su juicio y lo hundían en el desprestigio.

Hilarión no tenía la intención de atacar a Díez, sino revelarle sus errores, por tal motivo, expresaba que éste cometió varias graves equivocaciones: la primera, al entregar los establecimientos de Beneficencia al círculo de los “benitistas”; segunda, la acefalia en que se encontraba la Junta, ya que el reglamento del 1 de agosto de 1881, no determinaba a quién le correspondía ocupar la dirección; la tercera, la escasa atención del Ejecutivo hacia la Beneficencia; la cuarta, la necesidad de que la administración reflexionara sobre los nombramientos realizados para los puestos, pues resultaba indispensable buscar hombres para los empleos, y no empleos para los hombres; la quinta, corresponde a la política de “hambre química fisiológica” decretada por el doctor Alvarado para los asilados; la sexta, corregir la mala distribución de los ingresos porque no se permitía destinar el 40% a la alimentación, y el 60% a la administración, y la séptima, eliminar el nepotismo que ocasionó un crecimiento notable del número de empleados con altos salarios.

Frías desmentía la afirmación de *La República* en el sentido de que los redactores de *La Independencia Médica* criticaban a la Junta de Beneficencia, ya que deseaban obtener un empleo en ésta. Sin embargo ellos precisaban que sólo trataban de corregir los problemas existentes en la Beneficencia. Hilarión pensaba que fue un error al nombrar a Juan de Dios Peza como oficial de la sección de Beneficencia, y por consiguiente, como director de la Junta. Aunque el poeta escribe una historia de los hospitales de la ciudad, eso no lo convertía en un conocedor del ramo, y menos en un especialista para esa dirección.

⁵⁵ *La Patria*, 8 de abril de 1880; Ocaranza, *Novela*, 1940, p. 19. Hilarión no exageraba cuando afirmaba que Díez Gutiérrez fue su amigo. Fernando Ocaranza mencionaba que en una de sus excursiones a los libros de viejo se topó con parte del archivo de Hilarión, el cual, conservaba en su poder, y en donde encontró cartas íntimas que demostraba la estrecha amistad mantenida con Manuel González y sus más cercanos colaboradores. Esta opinión fue corroborada por la prensa de la época, ya que en *La Patria* se identificaba a Frías con los gonzalistas.

Nadie dudaba que Peza fuera un excelente escritor, sin embargo carecía de capacidad para ocuparse de los petitorios farmacéuticos, de la contaduría de la proveeduría, de los gastos de los enfermos y de las jeringas o las sábanas. Frías divisaba que cuando se nombrara al jefe de sección, el poeta ocuparía un lugar secundario, el cual, se había ganado por su inteligencia. Resulta extraña esta opinión, sobre todo, si se toma en cuenta que entre Peza y Frías existía una amistad; el queretano no se tentaba el corazón para criticar el bardo, con esto demostraba que su pluma no respetaba a nadie, y que su intención siempre fue hallar el mejoramiento de las condiciones encontradas en las instituciones.

En lo que respecta al problema de la falta de fondos de la Beneficencia, Hilarión sugería aumentar los ingresos a través de la transferencia del 15% de los recursos generados por la lotería de Toluca. Aunque el Congreso de la Unión determinó que los recursos de las loterías del Distrito Federal pasaran a los fondos públicos, al secretario de Gobernación le correspondía decidir, a qué rubros se dedicarían. El escritor proponía al Ministro ordenar los productos de la lotería, esto es, dividirlos en tres fracciones: el primero para Beneficencia; el segundo para el Municipio, destinado al ramo de aguas potables y atarjeas; y el tercero para la construcción de la penitenciaria. Con esta resolución, la Beneficencia recibiría 160 000 pesos. La propuesta de Hilarión no fue novedosa, ya que el 7 de junio de 1880 el gobierno de Porfirio Díaz proclamaba la necesidad de establecer una lotería, cuyos productos se destinaran a la Beneficencia, a la construcción de una penitenciaria en el Distrito Federal y un asilo de mujeres arrepentidas.⁵⁶

Lo anterior revelaba que Frías buscaba la vigencia de un proyecto que ayudara a la Beneficencia, ya que seguía convencido de que la resolución del problema económico era

⁵⁶ Velasco, *Loterías*, 1934, pp. 112-114, 117-120, 123-132; Valle, *Vieja*, 1937, pp. 190, 263. La lotería referida por Frías correspondía a la del ferrocarril de México a Toluca, creada el 8 de octubre de 1870. Ésta se concesionó a Mariano Riva Palacio, en representación del gobierno del Estado de México, con el objeto de construir y explotar el ferrocarril de la ciudad de México a Toluca con el ramal para Cuautitlán. Aunque sólo reedificó diez kilómetros de vías, concesión revalidada el 21 de mayo de 1872, y se concluyó el primer tramo el 30 de septiembre. El representante de la administración de la lotería fue Leandro Cuevas, quien se encargó de la Lotería de San Carlos. El Estado de México cedió la concesión a Isidoro de la Torre, a quien le correspondía entregar el 15% del fondo nominal para el establecimiento de un banco de socorros en Toluca. Aunque la lotería generaba dividendos, no mantuvo buenas relaciones con el gobierno, ya que no se construyeron más kilómetros de vías y no pagaba impuestos. La tensión aumentó cuando la lotería se rehusó a presentar sus libros de cuentas. Para dirimir las diferencias, se planteó un mutuo arreglo de caducidad entre Porfirio Díaz y la empresa, el cual, llevaría a cabo Manuel González. Su primer sorteo se realizó el 24 de febrero de 1878. Con el mismo nombre y el viejo personal, la lotería de Toluca funcionaría unos meses más hasta que se determinó fusionarla el 14 de septiembre de 1881 con la Lotería de la Beneficencia Pública, la cual, fue creada en 1877, y cuyo director sería Liceaga; así surgió la Lotería Nacional.

imprescindible para lograr las mejoras administrativas. No sólo convenía mejorar las condiciones alimenticias de los enfermos y asilados, sino también poner atención en el servicio farmacéutico y en las condiciones materiales de las instituciones.⁵⁷ Con la intención de presionar a las autoridades, Frías explicaba que el edificio que albergaba al Hospicio se hallaba en un avanzado grado de deterioro, daño que las autoridades no advirtieron, y sólo se encargaron de reparar la fachada, lo cual demostraba la acertada cualidad de ser dignos miembros de un gobierno “en donde todo es facha”.

El Hospicio necesitaba un plan general que permitiera mejorar las condiciones higiénicas del lugar y la “espantosa miseria” de los asilados. Las autoridades se preocupaban por el exterior, pero no advertían que los huérfanos carecían de lechos, vestidos y alimentos. El edificio exhibía un gran desorden en su disposición espacial. Por ejemplo, existían diez dormitorios en donde pernoctaban 389 asiladas, las cuales, se repartían en los cuartos sin un plan definido, esto ocasionaba que mientras en un dormitorio descansaran doce niñas, en otro con setenta y nueve. A los niños se les destinaban siete dormitorios en donde pernoctaban 263 asilados y 44 ancianos. Los dormitorios no gozaban las mejores condiciones posibles: poseían una estructura “estrecha”, “baja” y “húmeda”; las ventanas carecían de vidrios, las puertas estaban rotas, el piso con forma irregular, las vigas que sostenían el techo, se hallaban frágiles y las paredes “sucias” albergaban numerosos “parásitos”.

La mayoría de las asiladas dormían en petates que “les tiraba al suelo la caridad oficial”, el resto en catres desvencijados cuyas tablas sucias resultaban más grandes que el armazón de hierro. Los colchones se hallaban aseados, pero se cubrían con una “grosera ropa gris” que daba aspecto “triste” y “repugnante” a los dormitorios. La dificultad central de los dormitorios no fue la falta de espacio que producía “desorden e incomodidad”, sino las malas condiciones higiénicas generadas por el “aire envenenado” de las “emanaciones humanas”, el humo del petróleo que se utilizaba para calentar los cuartos y las ráfagas de viento “húmedo y frío” que se precipitaba a los pulmones de las criaturas. Para satisfacer sus necesidades fisiológicas, los asilados contaban con varios inodoros construidos de

⁵⁷ *La Independencia Médica*, 1, 15 y 22 de septiembre de 1881. Frías mencionaba que *El Diario Oficial* indicaba como falso lo que se anunciaba sobre la Beneficencia, ya que no se consultaron los datos oficiales referentes a los fondos y a su distribución. Frías apuntaba que sus observaciones no asumían la intención de mostrar hostilidad en contra de la administración, sino de cooperar en las mejoras requeridas para la Beneficencia.

manera “primitiva”. Éstos se localizaban en las paredes centrales de los patios; en ellos sólo cabía una persona, ya que carecían de puertas. Aunque estos cuartos “húmedos, sucios y repugnantes” rompían las leyes de la estética, su principal inconveniente residía en su construcción al aire libre; esta práctica desgastaba el “pudor” de las educandas porque se destruían sus “resortes morales”, y además le quitaban “elementos de resistencia” para luchar en contra de los peligros de la vida social. La falta de previsión de las autoridades, también se observaba en las tinas destinadas para la higiene de los niños, ya que sólo dispusieron diez para 651 asilados.⁵⁸

El servicio de lavandería no fue el adecuado, ya que en el patio de los lavaderos existía una “verdadera gusanera donde las paredes sudan agua negra y se aglomeraba todas las exudaciones de la miseria humana”. La limpieza del lugar lo realizaban tres asiladas que recibían 25 centavos cada 15 días, esto mostraba, a decir del autor, la generosidad de la Beneficencia Pública. Aunque existía un jardín “espléndido” en el segundo patio, no se obtuvo todo el provecho posible para convertirlo en un “edén para aquellos pobres huérfanos”. Peor aún, una parte de él fue destinado como dormitorio para ancianas limosneras, quienes también ocuparon un salón que servía para las representaciones teatrales, y con esto se le quitó a los niños una de sus diversiones.

Frías consideraba absurdo que pensaran construir una Escuela de Artes y Oficios para mujeres en un edificio carente de condiciones, proyecto que aseguraba no se realizaría, ya que existía poca firmeza en ciertas resoluciones superiores, y existía la posibilidad de presentarse una “saludable” y “oportuna” crisis ministerial que acabaría con la idea. El autor consideraba que la instalación de la Escuela en el Hospicio generaría pugnas administrativas y de servicios, sin mencionar el aumento de la aglomeración de personas en un mismo lugar. Si el Hospicio poseía problemas de espacio, con la Escuela aumentarían sobremanera. Los autores de la propuesta de la Escuela ignoraban los “rudimentos básicos de la higiene”, y además desconocían los “principios sociológicos” que resguardaban la “moral pública”.

⁵⁸ *La Independencia Médica*, 1 de mayo de 1882. A pesar de que meses antes Hilarión opinaba que el Hospicio contaba con buenos salones, recámaras bien acondicionadas, baños de inmersión y juegos infantiles, no cabe duda de que con estas aseveraciones buscaba escandalizar a su público, con el fin de hacer una crítica real y objetiva hacia la institución y con ello, provocar en sus lectores diversas reacciones desde la conformidad hasta el descontento.

En vez de pensar en incorporar escuelas, se debería poner atención en las condiciones administrativas que se hallaban en funcionamiento. Nadie se percataba de lo reducido del personal en el Hospicio: un administrador o prefecto, una superiora de niñas, un superior de niños, un ecónomo, cinco vigilantes para niñas, dos para niños, tres profesores de la escuela de niños, tres de la escuela de niñas, un profesor de música, una profesora de bordados, una para la de flores, una encargada de la ropería, una de costurera, una colchonera, una encargada de los lavaderos, una cocinera, tres galopinas, un criado de despensa, un enfermero, dos bomberos y dos jardineros. Ellos se multiplicaban para atender un número creciente de asilados, por eso correspondía rendirles honores antes que acres críticas.

El único inconveniente observable en la planta de trabajadores era la cantidad de hombres, ya que afirmaba que los niños requerían de la “miel del alma” y de caricias que endulzaran su abandono. Aunque el administrador del Hospicio, Juan Sánchez Villavicencio y los demás empleados les prodigaban afecto y cariño, derivado de la compasión hacia ellos, el amor de una madre jamás se sustituiría, así que proponía a los departamentos confiar a señoras que quisieran extender su “afectuosa y delicada” mano sobre los niños. Hilarión consideraba al administrador el ejemplo del empleado perfecto; éste trataba de cumplir con sus obligaciones, pese a no tener recursos. No se le podía inculpar por los problemas del orfanato.

Los niños y las niñas tenían los mismos horarios y deberes. Se les levantaba a las 5 de la mañana; este horario, de acuerdo con Hilarión, era inconveniente porque contrariaba las funciones normales del organismo, cuyos impulsos se caracterizaban por ser más libres. Los niños no salían a respirar aire puro; realizaban diversas actividades: a las 7 de la mañana tomaban su “desayuno científico”, una “ocurrencia peregrina” de la extinta Junta Directiva de la Beneficencia que mereció acres censuras; ya que ésta pensó en establecer un mismo tipo de alimentación para todos los pobres, sin importar si se hallaban enfermos ni qué edad tenían. También buscaban incorporar el tipo alimenticio propuesto por el doctor Payen para los hospitales de locos en Europa, aunque nunca se explicó por qué se incluyó en México el uso del atole.

Pese a las impugnaciones, el tipo alimenticio continuaba vigente por órdenes del secretario de Gobernación Carlos Díez Gutiérrez y del “íntegro administrativo” Guillermo

Valle, quien alternaba sus actividades en la Beneficencia con las militares y las legislativas. Después del desayuno, los infantes se desplazaban a las escuelas, cuyos planes de estudio eran los mismos que los de las escuelas municipales. El autor consideraba que en la instrucción pública se comenzaba a “abigarrar” el “charlatanismo”, denominado “enciclopedismo”, el cual, crecía con “indolencia” en todos los colegios y escuelas nacionales como fruto de la falta de iniciativa e ignorancia imperante en la Secretaría de Justicia. Los niños terminaban sus clases a las 11:30, se les daba una hora de descanso, y a las 12:30 se servía la comida. Tanto ésta como la cena estaban regidas por el tipo alimenticio, por tal motivo la cocinera realizaba prodigios para aumentar la mezquina ración proporcionada por el Estado. En su labor la ayudaban tres o cuatro galopinas “sucias, grasientas, sudorosas y mugrientas”.

La comida consistía en arroz negro quebrado, un guisado de carne y frijoles prietos, ya que la proveeduría, el ministerio de Gobierno, “esa monstruosidad económica”, no suministraba nada más. El administrador sabía que si se proporcionaban los mismos alimentos todos los días, se generaría inapetencia, la cual conduciría a la inanición y ésta a la muerte; por lo que ordenó se cambiaran diariamente los guisados a fin de volver tolerable el alimento. La cena también resultaba parca; se servía un hueso con carne, arroz guisado, frijoles y un dulce. Si bien las autoridades pensaban que el tipo alimenticio aportaba muchos gramos imaginarios de carne, arroz y frijoles, la verdad era que correspondía poner menos atención en la química y más en los alimentos. Para fortificar la alimentación y estimular el organismo “aniquilado por la miseria”, Hilarión proponía que se incluyeran cuatro onzas de pulque, miel y frutos secos, esto ayudaría a modificar las comidas “sosas” y “parcas” proporcionadas.

El Hospicio hacía milagros para alimentar a sus asilados, ya que sólo recibía doce centavos por persona, a diferencia del Hospital militar que recogía 40 centavos; esto indica que bastaba un real para proporcionarles alimento tres veces al día, adquirir medicinas y enseñanza. Frías consideraba que el secretario de gobierno tenía la obligación de atender las condiciones de los huérfanos, y no de preocuparse por la suerte de los clérigos y de los jesuitas. Desde su perspectiva, existía un problema que sí se debía resolver con prontitud: la separación de las niñas por edades. Cuando los infantes del Hospicio cumplían diez años

eran llevados a Tecpan.⁵⁹ En cambio, a ellas no; convivían con las demás, quienes contribuían a su “corrupción” por el contacto que establecían con las mayores; este dato aparece en *La Colegiala*. El departamento de niñas se dividía en dos secciones: corrección y depósito, en los cuales se albergaba a las muchachas de mala conducta, quienes se iban a casar, y que cometieron un desliz; y las mujeres casadas, quienes se hallaban en riesgo de caer en adulterio. Dado que platicaban sus “episodios escandalosos e inmorales” a las educandas, sus anécdotas despertaban “instintos precoces”, “deseos ignotos” y un “hambre de placer” que las predisponía a las faltas morales y a la “corrupción”. El ejemplo de las “depositadas” contribuía a que la educación moral de ellas se volviera imperfecta, y que manifestaran mayor “vicio” e “indomabilidad” que los huérfanos.

La precocidad originaba “pasiones espantosas” y “deletéreas” que culminaban en “escenas lésbicas”. Aunque el departamento mostró síntomas de mejoría, derivados de la educación y de la aplicación administrativa, todavía faltaba realizar cambios que ayudaran a no repetir las “amistades peligrosas”, ya que ligaban a los niños en “abrazos ardientes”, e incentivaban su imaginación con ideales amorosos. Se requería un “reglamento sabio y filosófico” para desterrar esos males porque no se debía olvidar que las asiladas provenían de las clases bajas en donde imperaba la “corrupción”, el “desorden doméstico” y las “infames costumbres”. Los padres transmitían estos actos a los hijos con el ejemplo. Sus hábitos no se corregían de un día a otro, más bien se requería una “educación integral” para lograrlo.

Frías consideraba necesario que las niñas recibieran una instrucción primaria, que fuera aplicable a la vida diaria, ahí sólo se les enseñaba a solfear, a tejer, a dibujar y a hacer flores artificiales, pero estos conocimientos “inútiles” y “superfluos” no les ayudarían a sobrevivir en la calle. Para ellas, sería adecuado aprender dos cosas: economía doméstica, con el objeto de administrar una casa, y un oficio productivo que pudieran desempeñar. Respecto a este último punto, ya había una sala de costura con doce máquinas; no obstante, funcionaban seis y se empleaban poco, debido al tipo de educación dado a las asiladas. Las

⁵⁹ Velasco, *Niño*, 1935, pp. 106-108, 120. En 1850 se creó Tecpan de Santiago como cárcel para albergar a los jóvenes delincuentes. Tres años después, modificó su nombre por el de Colegio Correccional de San Antonio. Desde 1863, fue ocupado por hombres y mujeres que se encontraban en departamentos separados. Se consideraba a Tecpan una casa de castigo, mas no un orfanato. Tras la llegada de Porfirio Díaz al poder y la iniciativa de Justo Benítez, director de Tecpan, se determinó que los niños del Hospicio, al cumplir diez años, serían trasladados a esa institución.

autoridades podrían aprovechar el aprendizaje de las pupilas para conseguir ingresos que permitieran mejorar las condiciones del Hospicio; además, ellas disfrutarían de un fondo de ahorro que les ayudaría a establecer negocios con “honra e independencia”, y evitarles vivir en una “reclusión perpetua” o bien, prostituirse al salir del establecimiento. Las únicas que trabajarían serían las asiladas jóvenes, a quienes se les pagarían buenos salarios. A fin de que la institución contara con trabajo, se les asignarían la confección del vestuario del Ejército, la gendarmería y los cuerpos rurales; esto ayudaría a dejar de contratar a los extranjeros, quienes se volvían ricos con la “misericordia pública” y el sufrimiento de las familias que trabajaban para ellos.

Otra de las reformas a realizar consistía en fraccionar el departamento en pequeñas secciones, las cuales, serían dirigidas por superiores dignas del puesto. La división ayudaría a contar con una vigilancia más activa, una educación más fecunda, y una instrucción moral más eficaz. La organización de pequeñas veladas literarias serviría para ejercitar a las mujeres en sus lecciones, y desarrollar su actividad moral. La posesión de ropa propia constituiría otro factor a favor del bienestar de los niños. Las prendas utilizadas pertenecían a la comunidad, por lo que nadie las cuidaba; los asilados sabían que no volverían a usarlas. Si los niños asumieran que el vestido les pertenecía, lo conservarían para tapar “sus miembros entumecidos por la húmeda frialdad que reinaba en el establecimiento”; con ello se lograría insertar en el “alma del niño” el instinto de la adquisividad y la posesión, el cual, al estimularlo, se convertía en amor hacia el trabajo que producía y a la economía que conservaba.

La reforma del establecimiento era urgente; nadie se percataba de que, al preparar con provecho a los niños, éstos no engrosaban la masa de pilluelos que pululaban por las calles. Debía ponerse atención a las pequeñas “muchachitas”, ya que crecían como “salvajes” en una “atmósfera pesada, enervante e inmoral”. Se interesaban en “pequeñas fruslerías”, sin darse cuenta del papel que desempeñaban. Las autoridades no advertían que de esa “masa humana” convenía formar a la mujer “perfecta”, apta para ser esposa y madre de familia que supiera presidir la organización de los núcleos sociales en donde se formaba el hombre y el ciudadano. Al igual que otros pensadores de la época, el queretano asumía la posición de que correspondía a la mujer ser la piedra en quien fincar la sociedad. Por tal motivo, el compromiso de educarla se volvió indispensable para preservar su honor que, es

decir, es el honor del marido. Asimismo, Hilarión aseveraba, a la par de los demás estudiosos de la época, que una buena esposa se definía como aquella que mostraba diversas cualidades: la virtud, la obediencia, la inteligencia, la prudencia y el amor a los hijos. Las mujeres debían permanecer subordinadas al hombre.⁶⁰

En una clara alusión a la revolución de Tuxtepec, Frías advertía que, para reglamentar y dirigir el Hospicio, lograr la misión de la Beneficencia oficial y conseguir que la educación y la enseñanza formaran generaciones “inteligentes”, “laboriosas” y “dignas”, no bastaba con ganar revoluciones: se requería talento, profundas “nociones de corazón” y aplicación de principios filosóficos, los cuales, constituían la base de la ciencia social. El “período de extravío y de farsa” en que se vivía provocó la decadencia de las instituciones; por consiguiente se entronizaban las “medianías” y el “empirismo”. Esto ocasionó la pérdida del sentido común para resolver las cuestiones sociales y los problemas de la administración. En este contexto, no resulta extraño que las pésimas condiciones en que se encontraban los niños estaban bajo la protección del “poderoso” gobierno de la República. Si ellos permanecían “sucios”, “harapientos” y “descalzos”, lo preferible era sacarlos a la calle, y que la “generosa” caridad privada se ocupara de ellos.

El gobierno presumía donar 150 000 pesos para la Beneficencia, pero la situación en los asilos indicaba que no existían fondos. El problema económico se resolvería si se expulsaban a los asilados que se recibieron por “favoritismo”. No correspondía al gobierno asumir las obligaciones de los padres, ya que si éstos no los podían sostener, entonces no debían tenerlos. El porvenir era sombrío para unos niños que se criaban en una atmósfera de mendicidad, pues se habituaban a la idea de vivir de la limosna, sin que nada les inspirara ambiciones nobles o les despertara la conciencia de su propio valer. Hilarión estaba convencido de que su propuesta no sería escuchada, porque el poder sólo se interesaba en los contratos “ruinosos” y los “disparates”, los cuales, costaban dinero al tesoro público.

La crítica a los falsos benefactores

Frías no estaba en contra de la Beneficencia pública sino de los abusos cometidos en ésta. Uno de los más comunes fue cuando ciertos personajes fundaban un establecimiento sin

⁶⁰ Carnier, “Estereotipos” en Ramos, *Presencia*, 2006, pp. 101, 106, 155; Ríos, “Idea” en Palacio, *Prensa*,

poner un peso, pues antes se habían dado a la tarea de reunir fondos por medio de donativos. Ellos administraban el lugar hasta que se presentaban deficiencias, este momento lo aprovechaban para pasar la institución a manos del Estado, al que correspondía asumir las deudas. Una de las características de las clases altas mexicanas era su excesiva avaricia. La caridad “inteligente” y “generosa” había muerto desde mucho tiempo atrás, ya que los ricos carecían de “nobles sentimientos en el corazón”. Creían formar parte de una “casta superior”; no poseían títulos genealógicos, en los cuales fundar sus pretensiones. Tampoco tenían méritos dignos para ocupar una alta posición. El origen de su fortuna se encontraba en unos abuelos “advenedizos”, quienes salieron de las capas más bajas de la sociedad. Ellos lograron sus riquezas por medios truculentos: el juego, el agio “infame y despiadado”, la explotación de los peones y de los indios, el monopolio, la explotación de la miseria pública, la infidelidad en la administración de los intereses confiados, la complicidad en negocios subrepticios con el clero y el gobierno, la influencia ministerial, la venta de intereses políticos a los empresarios, la especulación, las chicanas judiciales, y la corrupción de los jueces, escribanos, testigos, tinterillos y abogados.

Los poseedores de “fortunas impuras”, aunque legítimas, no conocían la verdadera caridad. No tenían la delicadeza de dar limosnas, ni abnegación para contribuir lo suficiente en la extirpación de la miseria. La base de sus ayudas y donativos era la “mezquindad”, cuyas acciones causaban desprecio. Asimismo, olvidaban que en la época colonial, los personajes fundadores de obras pías gastaban fuertes sumas, y algunos hasta dedicaron su fortuna completa. Para ser filántropo se requería de sacrificios personales, ya que no se podía pensar en molestar a los demás o buscar leyes que protegieran a los mendigos. Los “aristócratas de pega”, los banqueros y los empresarios no donaban dinero; siempre se excusaban de su condición económica, la cual, no se los permitía, y tenían que consultar con su compañía para hacerlo. Quienes otorgaban fuertes sumas a favor de los demás habían desaparecido, y no volvieron jamás. Hilarión distinguía dos formas de hacer caridad: socorrer a los pobres por medio de clérigos que buscaban cobrar donativos, y aquéllos que ejercían actos filantrópicos con el objeto de halagar la vanidad.

La crítica del médico a las clases altas muestra que sí existía gente que hacía el bien y otros, cuyas principales preocupaciones consistían en favorecer a las comunidades

religiosas antes que a los pobres y huérfanos. En el último caso se encontraban las asociaciones denominadas “conferencias”, en las cuales, los donativos de los ricos se consagraban al auxilio de familias pobres. Se trataba de un altruismo “interesado”, ya que sólo perseguía convertir a los asistidos a las prácticas cristianas. No se podía ocultar que la mayoría de los filántropos eran piadosos a fin de obtener propaganda. Esa caridad “condicional”, “coactiva” e “interesada” denigraba a quien lo recibía, pero “honraba” a quien la ejercía. La caridad profana no era perjudicial, mas sí ridícula: se buscaba más el aplauso público que el bien de la comunidad. Nadie advertía que la “verdadera filantropía” estribaba en alimentar a los desamparados y establecer talleres para que los asilados trabajaran por un salario; esta política los favorecería tanto a ellos como a la institución.

Hilarión opina que esta idea “grandiosa”, “benéfica” y “buena”, propuesta por Mariano Ayllón en el año de 1840, no obtuvo resultados debido a que sólo se favorecía lo “espurio”, “irrito” e “infame”, por ejemplo, el caso de los bancos hipotecarios, las contratas de vestuario y las concesiones de los ferrocarriles. Las comunidades religiosas tampoco se salvaron de la apreciación de Frías; él afirmó que las Hermanas de la Caridad administraban negocios que dejaban pingües ganancias, las cuales, remitían a su casa central en París. Ellas poseían una gran capacidad para hacer fecunda la caridad de su instituto, y no para los pobres. Esta opinión correspondía a una reminiscencia de los argumentos que el médico esbozó en su petición de expulsión de la orden en 1868. El autor aprovechó su crítica a la falsa filantropía con el propósito de reiterar su posición frente a las Hermanas, a quienes consideraba más interesadas en lucrar, que en hacer el bien a sus prójimos.

La crítica a la política de pensiones

Hilarión afirmaba que una de las causas de los problemas económicos de la nación fue la política de pensiones. Aunque reconoció que se debía dar un incentivo a las parientes de quienes murieron en defensa de la patria, también estaba convencido de que existiera una política para evitar los abusos. La falsificación de documentos se utilizó a fin de crear “héroes imaginarios” y “plazas supuestas”, por lo que se necesitaba depurar las falsas genealogías para ayudar a detener la sangría del erario público. Frías identificaba dos tipos de pensionistas: quienes vivían retiradas en su hogar, y quienes “hacían política”. Los

primeros contaban con un trabajo que les permitía subvenir sus necesidades, y percibían la pensión como un ingreso extra del presupuesto doméstico. En este caso, el autor justificaba el otorgamiento de la pensión porque creía que el trabajo de la mujer no bastaba para sostener a una familia, por tal motivo, correspondía al Estado apoyarla en esa tarea. En cambio, las segundas llenaban los pasillos del Palacio Nacional con el objetivo de dedicar su tiempo a espiar a los ministros, a corretear a los tesoreros, a arrancar secretos de Estado a los empleados, y a vociferar cuando el gobierno no les entregaba su dinero, el cual, no lo ganaban con el sudor de su frente, sino por la constante presión ejercida en contra de los gobernantes.

Esas mujeres, a quienes describían como “sucias, y vestidas de colores sombríos y dudosos”; cometían el pecado de abandonar su hogar y su familia, sin que ello les causara algún pesar. De esta manera, se convertían en un termómetro del descontento público, cuando a falta de dinero, comenzaban a predicar oposición en todos los tonos. Además, se dedicaban a difundir las crónicas “escandalosas” de la burocracia y la vida privada de los funcionarios. Hilarión pensaba que las pensionistas eran las hijas “monstruosas” de los anteriores ministros de hacienda, quienes no tenían ningún problema en defraudar a los empleados de la nación y a los que dependían de ella. En un tributo al gobierno de Sebastián Lerdo, el queretano menciona que esa administración fue la primera en regularizar los pagos de empleados y de pensionadas, esto representaba un síntoma de la dignidad y honradez que identificó a esa presidencia.⁶¹

Los personajes ficcionales

Como ya se indicó líneas atrás, una de las características peculiares de las novelas de Hilarión es la ausencia de los nombres completos en los protagonistas, a quienes se identificaba sólo por su nombre de pila o por un apodo. Al primer caso corresponden “Magdalena”, “Dolores” y “Adán”; mientras que, en el segundo, se ubicaban “la viuda”, “Lord Millon”, el “licenciado”, el “pagador” y el “príncipe ruso”. La utilización de nombres como “Magdalena”, “Dolores” y “Adán” denota que Frías retomó el imaginario

⁶¹ *El Correo del Lunes*, 18 de diciembre de 1882. Los redactores de *El Correo* le recordaban a Hilarión que incurría en la misma falta que criticaba, pues se encontraba alejado de la política, pero no de la tesorería. A decir de los periodistas, Frías no podía prescindir del presupuesto a quien le prodigaba numerosas atenciones. Ellos denunciaban que “Fuente Muñiz le había otorgado una comisión de hacienda que le permitía comer”.

cristiano para dar forma a sus protagonistas; razón por la que “Magdalena” se convirtió en la amante despreciada por la sociedad, pero que al final logró la redención. “Dolores” sufrió a causa de sus decisiones, sin embargo, al final logró su objetivo; “Adán” se convirtió en la víctima del pecado original que lo desterró del paraíso, y cuyo destino, como el del primer hombre, era incierto.

La carencia de nombres completos en las dos novelas revela que el autor perseguía jugar con el lector, ya que no deseaba que sus personajes se volvieran invariables, sino que fueran identificados en cualquier momento histórico; esto explicaría su decisión de dar referencias vagas en la temporalidad. Cada uno de sus personajes refleja un tipo social, el cual, también debía identificarlo el lector. En esta novela, el queretano realizó una mejor caracterización de sus personajes, a diferencia de la primera, en la que los rasgos no estaban bien definidos. El escritor recurre a la enumeración de los atributos en éstos porque le permitió que se enriquecieran y se tornaran complejos.

Las mujeres

La “viuda” es el personaje más poderoso de la novela; la causante de la caída de “Magdalena” y del alejamiento de “Dolores”. Frías la pintaba como una mujer “magnífica” y “fenomenal”, una “viuda incitante y combustible”; los años se encargaron de convertirla en una “polvosa ruina”. Ella estaba “flaca como la imagen del hambre o la encarnación de la crisis financiera”; tenía ojos negros de “mirar duro y acerado”, la nariz encorvada, unos vellos rígidos, unos labios delgados y una boca despoblada. Estos detalles, en conjunto, proporcionaban al rostro una expresión extraña, la cual, recordaba a una “guacamaya”. En su mirada se revelaba “falsedad”, y en su voz, un “gran cinismo” acompañado de locuciones imperativas y agresivas; se la consideraba el ejemplo perfecto de las pensionistas que abusaban del Estado.

Existían otras, según Frías, que por medio de los “misterios de alta escuela” del amor lograban obtener su pensión, ya que bastaban unos ojos “brillantes y atrevidos” para convencer a cualquiera. La “viuda” carecía de virtudes porque en su “alma gangrenada” no había espacio para ellas. Por esta razón, cuando vendió a su hija, no experimentó ningún remordimiento, ya que sólo la movía el dinero. La “corrupción de su alma” sólo la superaba el “cinismo de sus acciones”. Ella se dio cuenta de que las mujeres deseadas podían obtener

lo que quisieran: empleos, comisiones, cargos de honor, puestos en las cámaras, influjo y crédito. Si alguien deseaba ser un gran personaje, no necesitaba apelar a su talento o su aptitud, sino conseguirse muchas hijas, quienes, le abrirían el camino. La “viuda” mostró amor a Magdalena mientras le redituó beneficios, pero cuando éstos se acabaron, el cariño se convirtió en rencor. El cambio de actitud de la madre muestra la “bajeza” de sus sentimientos, esto explicaba el lazo de unión que había establecido con un “hombre inmoral”.

A lo largo de la novela, se advertía la degradación constante en los sentimientos de la “viuda”, los cuales no se modificaron ni con la presencia de su nieto. El trágico fin de la “viuda” revelaba que la maldad no podía sobrevivir en el mundo. Ella pagó por todo el daño que había hecho. A diferencia de su madre, Magdalena poseía virtudes innatas, las cuales, no se pudieron desarrollar porque no contaba con una educación sólida que le permitiera diferenciar lo bueno de lo malo. Se instruyó con la clase inmoral y corrupta que vivía en las vecindades, lo cual generó en su corazón el crecimiento de “gérmenes” destructores del pudor. Las enseñanzas de su madre y las “inexplicables pláticas” que escuchaba, impidieron el desarrollo del sentimiento de dignidad propia en su alma que evitaba la caída. La joven que recibía dinero de hombres no allegados; que no veía al trabajo “santo y honorable” como el elemento base para sostener a su familia, y que se habituaba a la idea de ser mantenida por el Estado, inevitablemente se volvería una traviata y recibiría los donativos sin importarle la humillación.

El deseo de seguir rodeada de lujo fue fruto del “sensualismo innato de la mujer” y del recuerdo de la “grandeza pasada”. Lo anterior explica por qué aceptó, sin chistar, el amasiato con Lord Millon, y sin pensar en el futuro se entregó al bienestar presente para saciar su sed de lujo y placeres. El miedo a la pobreza superó las leyes de la moral. El intempestivo cambio de suerte ocasionó que la “niña mártir” cargara con el fruto de su pasión por el lujo. La miseria y los malos tratos de su madre acabarían por matarla. Magdalena fue la doncella elegida para sacrificarla en el altar del “vicio social”. Tanto la madre como la hija ejemplificaban la degradación a la que se podía llegar en aras de conseguir riqueza. Aunque Frías no hizo un retrato físico de Magdalena, sí fue pródigo en el caso de Dolores, quien dibujaba como el “perfecto tipo” de la mexicana, la describía con cabeza chica, pelo negro, ojos negros, nariz pequeña, boca grande, labios poco gruesos y

pies pequeños de empeine alto y encorvado, como el de todas las mexicanas. Su andar ligero, breve y nervioso le otorgaba una gracia indescriptible. Debido a que había sido asilada del Hospicio, carecía de educación y habilidades para el trabajo. Hilarión utilizaba a Dolores como un ejemplo de lo insustancial que resultaba la instrucción femenina en el Hospicio, ya que ella había aprendido a hacer flores, tejer, bordar y cantar; sin embargo no aprendió a manejar una casa o a procurar recursos a fin de ganarse la vida. Cuando salió de ahí, no buscó los medios para conseguir una posición “digna y estable”, sino que se dejó arrebatar por los malos instintos, propios de las jóvenes de “sangre meridional”, quienes estaban educadas en el amor al lujo y en el poco respeto a las conveniencias sociales. En su afán de llegar a una buena posición, rechazó los trabajos manuales, y prefirió seducir a un jefe de familia que la embarazó. Abandonada, no le quedó más que refugiarse en la Casa de Maternidad.

Hilarión creía que a las asiladas les aguardaba una degradación en su porvenir mientras el Estado no modificara la enseñanza dada en el Hospicio. Resultaba loable querer levantar a la mujer del “rango inferior”, en el cual había nacido, esto se lograría con una instrucción sólida que desarrollara sus virtudes. Pero si se insistía en enseñarles “sutilezas” y “superficialidades”, sólo conseguirían desarrollarles ideas de “lujo” y “ociosidad” que las conducirían por el camino de la prostitución. Los argumentos de Frías explicaban el comportamiento de Dolores; ésta únicamente deseaba tener a su lado a los hombres que le proporcionaran dinero. A semejanza de las otras dos protagonistas, Dolores observó el cambio de su situación a causa del destino. Aunque el autor no lo mencionaba, se intuía la miseria que le aguardaba el futuro. Cuando el médico retrata a una mujer de pueblo y dos de clase media, evidenciaba su interés en mostrar que la “abyección” se encontraba en todos los ámbitos sociales.

Desde la perspectiva del queretano, las mujeres debían confiar en sus virtudes y en su honradez para evitar que cayeran en el “fango social”. La prostitución la veían como una consecuencia de la falta de aptitudes para el trabajo. Este comentario también situaba a Hilarión, dentro de la posición predominante, a considerar a la prostitución como consecuencia de la falta de educación moral y de trabajos decentes para las mujeres.⁶² Éllas debían comprender que no debían ver a la belleza como un capital, ya que se agotaba y se

⁶² Carnier, “Estereotipos” en Ramos, *Presencia*, 2006, p. 103.

volvía un estorbo con el tiempo. Si las mujeres honradas vivían en medio de privaciones, sacrificios y miseria, se debía a que su trabajo era “infecundo y estéril”, por tal motivo, correspondería procurarles ayuda a fin de que avanzaran por el camino del bienestar. Reconocía que la virtud femenina poseía un campo más limitado para florecer; pero consideraba que sus frutos podían ser óptimos. El médico reiteraba la necesidad de una reforma de la sociedad; no entendía cómo una mujer honrada, pero miserable encontraría cerradas todas las puertas; en cambio la “querida” de un potentado recibía respeto y adulación. El dinero resultaba el culpable de que la inmoralidad predominara sobre la virtud; ese argumento ya se había planteado en *Vulcano*.

Los hombres

Los hombres tienen una menor presencia en la novela, esto se refleja en la forma de describirlos. Lord Millon, el causante de la desgracia de Magdalena, era retratado como un “viejo brutal”, dominado por una “corrupción profunda”. La alta posición que ostentaba era fruto de los “misterios de la política”. Como uno de los favoritos del poder, Millon realizaba “operaciones vergonzosas de peculado oficial”, las cuales no se perseguían. Aunque su ropa era blanca, su alma era de otro color. Su riqueza hacía olvidar a las mujeres que se encontraban con un viejo. El “licenciado” estaba hecho con el mismo molde que Lord Millon, la única diferencia entre ellos es que el primero no logró poseer una fortuna. La principal virtud del “licenciado” era su capacidad de estafar a los demás. Como una calca de sus antecesores, el “pagador”, también se caracterizaba por su falta de virtudes. A él no le importaba defraudar el tesoro público, mientras contara con dinero para satisfacer sus placeres.

De igual manera, el “príncipe ruso”, cuyo andar pretencioso, denotaba su degradación, consecuencia de la falta de una educación que le inculcara “sentimientos dignos y generosos”. Del mismo modo que todos los hombres de clase baja, el “príncipe” deseaba poseer riquezas, pero sin trabajar para conseguirlas. La falta de nobleza en su corazón fue la causa por la que traicionó al “pagador”. Las acciones del “príncipe” demostraban que las pasiones del hombre se asemejaban a las de las bestias. Adán se describe como un niño blanco, sonrosado, de cabello negro, ojos grandes y magnéticos iguales a los de su madre. Una criatura “bella”, “tierna” y “simpática” que comenzaba a

degradarse por culpa del ambiente social en donde vivía. Frías no dudaba que el medio social afectaba el comportamiento de los individuos. La mayor parte de los personajes masculinos retratados por el autor pertenecían a las clases bajas. Ninguno de ellos revelaba virtudes que debieran ser resaltadas. La inclusión de un personaje de clase alta, como ejemplo de inmoralidad, fue producto del rencor que Hilarión sentía por las clases altas, con esto aclaraba que ningún sector social estaba exento de cometer faltas, las cuales, afectaban a la sociedad. El cuadro pintado por el escritor resultaba escalofriante, pues los vicios superaban a las virtudes.

Los personajes reales

En la novela *El Hijo del Estado*, el queretano rindió homenaje a tres personajes que, a su juicio, cumplían su papel a cabalidad: Juan María Rodríguez, Eduardo Liceaga y Juan Sánchez Villavicencio. Rodríguez como director de la Casa de Maternidad era considerado un “gran partero”, un excelente profesor de obstetricia, labor que había “lucido” en su cátedra de Europa, y a quien tanto debían los alumnos de la escuela médica profesional. Este personaje poseía tanta caridad como saber. Sánchez como el administrador del Hospicio, poseía la virtud de tomar su empleo como un “sacerdocio”, al cual consagraba todos sus afanes y desvelos a los niños y a las niñas, labor que ocasionó que se le apreciara más a este “anciano de aspecto tranquilo, dulce y venerable” como a un “padre de los asilados” que como un administrador. Liceaga como director del departamento de Infancia, fue reconocido en la sociedad, debido a su privilegiada inteligencia y a su talento. Frías le tenía una gran estima al “joven sabio” por curarlo de una enfermedad que lo tuvo al borde de la tumba, razón por la que no extraña una nota publicada el 1 de mayo de 1882 en *La Independencia Médica*.

Hilarión califica a Liceaga como uno de los profesores más notables de la Escuela de Medicina, un “profesor tan modesto que ignora lo que vale”, ya que había sido uno de los más grandes impulsores de los adelantos de la medicina en México. Frías reconocía que Eduardo Liceaga logró crear “una joya de arte” del Hospicio de niños, un “palacio pompeyano” en donde se abrigaba a las criaturas abandonadas.⁶³ No se puede pasar por alto

⁶³ Liceaga, *Recuerdos*, p. 48. Liceaga conoció a Hilarión en 1874, en este año, le pide apoyo a Porfirio Díaz para que le concediera 10 000 pesos, los cuales, destinaría a mejorar las condiciones del Hospital de Maternidad e Infancia. Cuando el asunto se discutiría en la Cámara, Liceaga se enteró que Hilarión opinaría

que desde su llegada, el 24 de mayo de 1869, el médico había hecho mucho por los niños del departamento de Infancia. Liceaga mantuvo una constante lucha contra la Junta de Beneficencia y el ministerio de Gobernación, con el fin de aumentar el presupuesto del hospital, además de recabar donativos provenientes de sus clientes. Las mejoras que se observaba en éste fueron obra suya, por eso se debía escribir con letras de oro el nombre de un personaje que se convirtió en el padre de “todos aquellos seres abandonados por la caridad”.

La opinión del queretano no fue aislada. Artemio de Valle consideraba a Liceaga como el principal artífice de los logros alcanzados en el Hospital de Maternidad e Infancia, tarea que contó con el apoyo de Fernando Zárrega. Liceaga instituyó un método para el cuidado y alimentación de los niños. Además de implantar las primeras prácticas de antisepsia que ayudaron a desterrar la fiebre puerperal de las salas de maternidad. Valle afirma que el Hospital se convirtió en un modelo de orden y limpieza durante la gestión de Liceaga. Hilarión pensaba que la actitud de Liceaga era un gran ejemplo que debía de continuarse, puesto que las “nulidades” paralizaban el progreso del país, y además atrasaban el avance de las ciencias profesionales, alusión clara para los miembros de la anterior y de la recién nombrada Junta de Beneficencia. Esos tres hombres habían ayudado a que el Hospital se convirtiera en una institución modelo por su servicio y administración, aunque esta opinión podría resultar paradójica. Por todo lo expuesto antes, no se debe pasar por alto que Hilarión exageraba las situaciones para lograr que la sociedad se escandalizara y buscara culpables, a quienes anatematizar.⁶⁴

en contra de la concesión, por tal motivo, decidió conversar con él para convencerlo de no hacer un mal uso de los recursos.

⁶⁴ *La Independencia Médica*, 1 de mayo de 1882; Valle, *Vieja*, 1937, pp. 263-265; Crispín, “Hospital” en *Cuadernos*, 1995, p. 109. Un detallado recuento de las actividades de Liceaga al frente del hospital se puede encontrar en sus memorias, sobre todo entre las páginas 45 a 50.

Capítulo 4

En defensa de la patria: Hilarión Frías y su percepción de la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano

Escribir rodeado de volúmenes me espanta. Concibo que el escritor, el novelista o el poeta corten algunas flores [...] pero ir buscando lentamente en cada volumen de los que forman la muralla de libros que se tiene delante pensamientos encordados, citas históricas, y hechos pasados por revestir la laboriosidad con el ropaje de la erudición es un trabajo superior a mis fuerzas.

El Diario del Hogar, 10 de junio de 1884

Una de las pasiones de Frías era la escritura, actividad que ocuparía la mayor parte de su atención y que, en su opinión, le daría grandes satisfacciones; sin embargo, no le proporcionó los medios para sobrevivir, por lo que pensaba que debió poner más atención en la medicina. La afirmación podría parecer una broma expresada por un hombre al que le gustaba el sarcasmo, pero Ángel de Campo, tenía la misma apreciación de la literatura; en uno de sus cuentos afirma que ésta no dejaba ni “para un comino” y que sólo se podía cultivar cuando se contaba con unos “miles de pesos en el bolsillo”.¹ Aunque los dos escritores se quejaban de su difícil situación, ninguno abandonó la actividad literaria y sólo la muerte los logró apartar de ella.

A lo largo de esta investigación se ha mencionado que Hilarión fue un prolífico escritor que incursionó en el periodismo, la poesía, el retrato literario, las escenas costumbristas, la novela, tanto corta como larga, y en la historia. Por lo tanto, en esta sección se abordará su labor historiográfica, la cual se enfocó totalmente en los acontecimientos ocurridos durante la Intervención francesa de 1862 y el Imperio de Maximiliano. Pese a que el objetivo primordial del queretano no era presentar una narración de este período de la historia mexicana, sino debatir las versiones de los acontecimientos que presentaban algunos escritores, tanto extranjeros como mexicanos, no se puede pasar por alto su propia concepción de la historia y los hechos.

Esta apreciación se plasmó en cuatro escritos con distintos fines: el primero y el segundo buscaban la conciliación de los grupos políticos mexicanos, el tercero trataba de

¹ Campo, *Ocios*, 1979, p. 29.

ensalzar el apoyo que, desde su perspectiva, Estados Unidos prestó a México, y el último presentaba una visión idílica de Juárez. Si bien la exposición del médico no se aparta de la visión liberal que muestra al Imperio como un “ente” engendrado en el extranjero e implantado en tierras que defendían los principios republicanos, resulta sugerente su forma de retratar al emperador Maximiliano; un hombre que lo cautivó y al que consideró una víctima de la política exterior francesa.

De este modo, cabe destacar la manera en que modificó su opinión sobre Juárez, personaje con el que tuvo desavenencias políticas en los años después de 1870, pero a quien reconocería su “trascendente” papel en la lucha contra la Intervención francesa. El presente capítulo se divide en tres apartados: el primero muestra la concepción que Frías tenía acerca de la historia; el segundo presenta su interpretación de las causas que generaron la Intervención francesa y el Imperio, y el tercero expone su percepción de los dos personajes centrales de este periodo histórico: Benito Juárez y Maximiliano.

El polemista historiador

El Monitor Republicano del 23 de marzo de 1868, informó que “Iriarte y Cía.” había invitado a un grupo de personajes, entre los que se encontraban Hilarión Frías, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Joaquín Alcalde, a escribir un texto explicativo de la segunda guerra de Independencia. Éste se incluiría en una colección de estampas litográficas que publicaría.² Aunque a final de cuentas la propuesta no se editó, sirvió como incentivo para que el queretano declarara su intención de redactar una historia que diera cuenta de los hechos ocurridos entre 1861 y 1867. Es probable que sus actividades políticas y periodísticas hayan provocado la demora del proyecto.

Sin embargo, tras la aparición de la obra *Elevación y caída del emperador Maximiliano* del conde bretón Emile de Kératry (la cual tradujo del francés al español y se publicó en 1870)³ tuvo la oportunidad no sólo de refutar a este personaje, quien fue un agregado de la secretaría del general Bazaine y comandante de la contraguerrilla de Dupin,

² *El Monitor Republicano*, 23 de marzo de 1868.

³ *El Ferrocarril*, 10 de mayo de 1870; *El Siglo XIX*, 3 de junio y 24 de agosto de 1870. El texto fue publicado en entregas semanarias de 32 páginas. El primer número apareció el 20 de mayo de 1870 y el último el 30 de octubre de 1870, es decir, fueron 22 entregas. El título original era *L'elevation et la chute d'Empereur Maximilien: Intervention française au Mexique, 1861-1867 précédée d'une préface de Prévost-Paradol*, París, Revue Contemporaine, Librairie Internationale. Kératry culminó su obra el 15 de octubre de 1867, la cual no ha sido reeditada.

sino también de exponer su propia versión de los hechos en un texto que denominó *México, Francia y Maximiliano. Juicio sobre la Intervención y el Imperio, escrito con objeto de rectificar los errores de la obra intitulada Elevación y caída del emperador Maximiliano escrita por el conde E. de Kératry*. Como se aprecia en el título, su objetivo principal era polemizar con el conde, pues pensaba que éste no pretendía contar los hechos que llevaron a la elevación y caída del Imperio, más bien quería hacer una defensa y una apología del general Bazaine. Hilarión aducía que Bazaine le encomendó la obra a Kératry, ya que pese a no contar con documentos probatorios, el conde buscaba exculpar al general ante el “tribunal de la opinión pública”, sin embargo, su defensa tenía el inconveniente de no haber sido motivada por una “acusación formal”.⁴

El médico afirma que la opinión pública francesa fue acallada y sólo se conocían algunos impresos americanos en los que se realizaban graves cargos en contra de Bazaine. Para levantar el pedestal de este general, el conde recurrió a las “destruidas reputaciones” de los cómplices de la “loca empresa” llamada Intervención.⁵ Desde la perspectiva de Frías, Kératry incurrió en numerosas omisiones y graves errores a lo largo de su exposición. Por esta razón, en un principio pensó incluir sus objeciones como anotaciones, mas se percató de que los lectores no las consultaban, por lo que prefirió escribir un texto con una mayor difusión. Contrario a lo que se pensaría, el médico no asumió el papel de polemista, únicamente se limitó a contar su propia historia de los hechos y en ciertos momentos, refirió el texto del conde con el propósito de reforzar sus puntos de vista.

Pese a afirmar que un “oscuro anotador” no tenía pretensiones de escribir historia, trascendió la labor de anotador para convertirse en uno de los primeros historiadores del

⁴ Quirarte, *Historiografía*, 1970, p. 227. Alberto Hans consideraba que la obra de Keratry ocasionó un “gran ruido” en la época, pero no se podía condenar a Bazaine porque sólo obedecía las órdenes de Napoleón. Hans reconocía que Hilarión mostraba una gran sagacidad en la búsqueda de la verdad de los hechos; sin embargo, su “estilo enfático y pomposo” no armonizaba con la “gravedad de la historia”.

⁵ Frías, *México*, 1870, pp. 339, 365-366; *El Siglo XIX*, 6 y 16 de enero de 1868, 22 de marzo de 1868 y 13 de abril de 1868; *El Ferrocarril*, 10 de mayo de 1870. En su columna “Crónicas extranjeras”, el *Siglo XIX* daba cuenta de las diversas opiniones que generó la aparición de este libro. Mientras *Le Cuorier Français* mencionaba que las revelaciones de Kératry laceraban los sentimientos de lealtad que éste debía mantener hacia sus superiores, mas contribuían a desmentir algunos de los cargos que se habían hecho contra México, otros medios como *La Patrie* y *The Herald* de Nueva York afirmaban que la obra del conde era imparcial y ayudaba a entender los incidentes más notables de la erección y caída del Imperio. Nabor Chávez, quien sería el promotor de la traducción y publicación de la obra del bretón, también opinaba que el libro de Kératry era imparcial y constituía un ejemplo de las recriminaciones en contra de la política de Napoleón III. Según *El Siglo XIX*, dos libros se preparaban para refutar la obra del conde: uno que sería editado por un militar alemán en Wutemberg, y otro preparado por el abate Doménech, cuyo título sería “Historia de México”, el cual contaba con el respaldo de 40 000 documentos inéditos.

periodo.⁶ En 1872 se publicó *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano* de Samuel Basch, obra traducida por Manuel Peredo⁷ y a la que buscó refutar en un texto que intituló *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*. A diferencia del primer escrito, en éste Hilarión entabló un diálogo frontal con el médico del emperador, según el queretano, no se podía pasar por alto una obra con muchos errores y malas interpretaciones; le molestaba más el hecho de que varios extranjeros, que habían acompañado la empresa imperial, se apropiara la tarea de escribir sobre esta etapa de la historia mexicana, una labor que los mexicanos todavía no habían comenzado.

Enardecido por un “celo patriótico”, Frías no asimilaba la razón por la cual los extranjeros injuriaban y calumniaban al país, sobre todo cuando éste les había “prodigado su hospitalidad” y ofrecido la “riqueza de su tierra”. Él no era el único escritor contrariado por las opiniones europeas; Alfredo Chavero consideraba injusto que la prensa francesa insultara a la Nación y que los liberales galos calificaran a los mexicanos como unos “bandidos” y “asesinos”.⁸ Ahora bien, desde la perspectiva de Hilarión, el principal defecto de la obra de Basch era su falta de visión política. El médico austriaco no entendió el momento histórico que le tocó vivir, y mucho menos logró cumplir con el papel de confidente del emperador, pues, a decir del queretano, varios podían ser los depositarios de la confianza del archiduque, pero pocos en verdad comprendían lo que les planteaba. Por tal motivo, como otros tantos personajes ligados a Maximiliano, Basch no logró descifrar la tormenta que se avecinaba y lo llevaría al borde del abismo sin conciencia de lo ocurrido.

⁶ Frías, *México*, 1870, p. 475; *El Siglo XIX*, 4 de noviembre de 1870. El 10 de octubre de 1870, el diputado Antonio Perales dirigió una carta a Hilarión en la que se deshacía en elogios para el médico queretano; pensaba que su obra era “sublime” y “magnífica” en el tratamiento de la parte histórica, política y literaria, además de que nadie lo podía igualar en el retrato de los personajes. El diputado consideraba que el médico poseía un “genio claro”, “robusto”, “inspirado” y “original”. En suma, su trabajo “patriótico” y “útil” lo colmaría de aprecio entre sus conciudadanos. La epístola también sirvió para que Perales buscara reivindicar la trayectoria militar del coronel Canales, quien en ese momento fungía como gobernador de Tamaulipas. Afirmó que el militar había cometido un error al sublevarse, pero nunca transigió con los imperialistas. El 12 de octubre, Frías le contestó a Perales que eran ciertas sus aseveraciones, pues Canales fue uno de los soldados más “leales y valientes” que pelearon por la patria. Su omisión no era fruto de la “mala voluntad”, sino de una equivocación provocada por la premura y el breve espacio con el que contaba para exponer sus puntos de vista.

⁷ El título original era *Gli ultimi deci mesi dell’Imperio de Mesico. Ricordi del dottore S. Basch*, Milán, E. Thiers, 1869. Existen dos reediciones: una en alemán de 1943 y una en inglés de 1973.

⁸ *La Sombra de Arteaga*, 8 de septiembre de 1867.

Con la intención de desvirtuar los argumentos de Basch, Frías minimizó su personalidad. Advertía que este “simple” cirujano militar no obtuvo el puesto por sus méritos, sino por la influencia que ejercía el médico Semeleder. Basch era un hombre “mezquino” que pretendía pasar a la posteridad como parte de una empresa en la que no tuvo mayor relevancia. Hilarión afirmaba que el médico no escribió las memorias que presentaba; esta labor la había realizado alguien más y él sólo se limitó a proporcionar algunos “datos verbales”. Sin embargo, las firmaba para que se vendiera la edición y que su “diminuta mole” no pasara desapercibida en la historia de la “gigantesca figura” de Maximiliano.

Estos actos acentuaban la “vulgaridad” de una obra que no merecía la atención del público; únicamente se interesó en ella a causa del amor por la patria, pues sabía que su “estéril trabajo” no le redituaria ningún reconocimiento.⁹ Los acendrados ataques del queretano tenían el objetivo de demostrar a sus lectores que las opiniones de Basch carecían de importancia porque no comprendió una “época tan notable por sus combates, sus victorias y sus cadalsos”. Esta opinión no es exagerada, el mismo Leonardo Márquez reconocía que los sucesos de Querétaro habían “horrorizado” al mundo, por lo que hasta los sucesos menores fueron recogidos por los escritores para crear libelos escandalosos y venderlos caros.¹⁰ Al igual que en la obra de Kératry, Frías se quejaba de la incoherencia de la historia y sus vacíos, por ello, optó también por construir un texto antes que hacerle anotaciones.¹¹

La refutación de estas obras permitió a Hilarión formar parte del primer grupo de escritores mexicanos que buscaron dar cuenta de lo que aconteció en la guerra de Intervención francesa y del Segundo Imperio. Hay tres aspectos que destacan en las dos refutaciones: el primero expresa el deseo del queretano de desvirtuar la opinión de los europeos acerca de México; el segundo consistía en que él se integraba al grupo de autores nacionales que defendían al país de los ataques de los extranjeros. Es decir, Frías se

⁹ Quirarte, *Historiografía*, 1970, p. 90. Quirarte consideraba que Basch había exhibido a Maximiliano tal como realmente era y aunque trató de hacer una apología, incluyó algunos juicios que no honraban la memoria del emperador.

¹⁰ Pani, *Segundo*, 2004, pp. 31-32.

¹¹ Frías, *Rectificaciones*, 1967, pp. 332-334.

incorporó a lo que Erika Pani ha llamado una “historia de denuncia”.¹² En el tercero se manifiesta su anhelo de conseguir la conciliación de los grupos políticos. Desde 1868, el médico expresó su indignación por los “insultos mortales” que el viejo continente lanzaba contra nuestra Nación, sin tomar en cuenta “los torrentes de sangre” que habían “empapado nuestro suelo”.

Hilarión afirma que los insultos provocaron la “santa ira” de la juventud que no podía soportar las injurias hacia su “madre”. De esta manera, sus refutaciones no sólo cumplirían un objetivo histórico sino también patriótico.¹³ Aunque es erróneo pensar que el escritor mostraba desdén contra todos los libros de los extranjeros, situación vista cuando Eugene Lefèvre solicitó el apoyo del cuarto congreso celebrado 1 de julio de 1867 al 31 de agosto de 1869 para traducir y publicar *Le Mexique et l'intervention europeenne*, cosa que le fue negada por la legislatura y que, aun así, Frías se ofreció a traducir sin ningún costo. Sin embargo, el francés se resistió a aceptar, el queretano lamentó esta situación, pues la obra se editó después en una versión “disparatada y mutilada”.¹⁴ La simpatía que Lefèvre sintió por México constituyó uno de los motivos por el que el médico buscó difundir el texto.

En lo que respecta al segundo aspecto de las refutaciones, el queretano propuso poner punto final a la división entre los grupos políticos mexicanos. Apenas transcurrieron unos cuantos meses después de la muerte de Maximiliano, cuando abogó por la mesura de los escritores. Expresó que era necesario conservar la “sangre fría del historiador” y la “calma del razonador” ante el drama que se efectuaba. Un año más tarde, comentó que se debía rendir homenaje a los “buenos mexicanos” comprometidos en la tarea de reconstruir el país. En *Fra-Diávolo* (1869) aplaudió la moderación de los periódicos que salieron a la

¹² Pani, *Segundo*, 2004, pp. 21, 45, 51-52. Los primeros textos históricos de Hilarión se deben ubicar en el momento en que se producía una disputa por la verdad de los acontecimientos ocurridos durante los últimos días del Imperio. A semejanza de otros mexicanos, Frías buscaba cuestionar la opinión que los escritores extranjeros difundían sobre México. Así, cuando Félix de Salm-Salm publicó *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano* en 1869, Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo lo rebatieron en *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México. Opúsculo en que se refutan las memorias redactadas por Félix de Salm-Salm*. Es importante mencionar que no sólo los liberales escribieron, también lo hicieron conservadores como Francisco de Paula Arrangoiz, quien menciona que la caída del Imperio fue consecuencia de las decisiones de Maximiliano. Éste trató de gobernar a México desde París y a la francesa. Su “ceguera” se provocó por aventureros y mexicanos que no eran monárquicos. Los conservadores no trataron de explicar las razones del fracaso del proyecto imperial, más bien intentaron mostrar que ellos no habían sido los culpables del mismo.

¹³ Frías, *Álbum*, 1984, p. 36.

¹⁴ Lefèvre, *Documentos*, 1867.

luz tras de la caída del Imperio, pues afirmaba que la prensa, como expresión de la inteligencia; necesitaba conservar un tono digno y mesurado porque la política ya no se podía resolver por medio de las armas, sino a través de un debate razonado y la dignidad de la palabra.

De una manera un tanto ingenua, aunque explicable en un contexto donde las heridas de la guerra todavía estaban abiertas, Hilarión pensaba que los mexicanos compartían una misma comunión política, por lo tanto, no se debía atacar con furia a los hermanos ideológicos.¹⁵ A fin de lograr la reconciliación de los grupos políticos, sostenía en 1870 que, tras la conclusión de la guerra, dos sentimientos opuestos y antagónicos se agitaban: el del partido Liberal que tenía frescas las “heridas de sus mártires”, y el de los conservadores que vieron caer rotas sus esperanzas. No obstante, el tiempo ayudó a que los sentimientos se aplacaran y los “odios eternos e irreconciliables” desaparecieran.

Frías postuló la existencia de un “partido nacional”, encabezado por los liberales y cuyo objetivo fuera reconstruir al país y dar amnistía a los infidentes. Dos años después, el médico declaró que los conservadores no se debían considerar unos traidores; ellos sólo defendieron un proyecto en el que creían y por el cual pelearon hasta la muerte. En esta misma situación se encontraban los liberales, es decir, a ningún bando se le podía cuestionar por sostener ciertos principios. El tercer momento en el que escribió sobre la Intervención francesa y el Imperio fue en 1900, debido a la polémica levantada cuando un periódico capitalino publicó incompleto el discurso que Ignacio Mariscal pronunció en Chicago. Dicha circunstancia fue aprovechada por la “prensa opositora” para atacar al ministro; ésta sustentaba que Mariscal “deprimía las glorias nacionales” al afirmar que Estados Unidos coadyuvó a la liberación de México durante la Intervención francesa.

La aseveración anterior provocó una “ola de pasión y encono” en contra del funcionario. El queretano no se quiso inmiscuir en el debate producido; esperó a que éste se calmara para tratar de mostrar la “verdad indiscutible” con base en “documentos oficiales, olvidados o desconocidos”. No le quedaba la menor duda de que la afirmación de Mariscal constituía un acto de valentía y era imposible objetar el “intachable patriotismo” de un personaje que dedicó su vida entera al servicio de la patria y siempre fue leal a los

¹⁵ *La Sombra de Arteaga*, 31 de octubre de 1867; *La Orquesta*, 5 de noviembre de 1868; *Fra-Diávolo*, 16 de marzo de 1869; Frías, *Juárez*, 1905, p. 52; Frías, *Álbum*, 1984, p. 54. A pesar de que Hilarión abogó por la conciliación, no dejó pasar la ocasión para calificar como “traidores” a los conservadores.

“principios republicanos”. También el escritor aducía que por “su gran inteligencia, probidad y abnegación”, el ministro ocupó un lugar entre los “patricios” que lucharon en contra de la tiranía y a favor de la libertad, la reforma y la independencia. Los periodistas lo atacaron por el desconocimiento que tenían de esa “tremenda crisis nacional”, pues no habían estudiado la historia de la Intervención en sus orígenes, desarrollo e inesperado fin. La “nueva generación” ignoraba los detalles más “culminantes de aquellas sangrientas evoluciones”.

Otra de las causas por las que se desvirtuaba la guerra contra la Intervención era la reaparición de personajes que se atribuían “hechos heroicos, sucesos no acaecidos y objetos históricos falsificados”. En contraste, Hilarión se presentaba como un hombre autorizado para hablar del asunto, ya que fue testigo directo de “las tres grandes luchas que México sostuvo en la segunda mitad del siglo”: la democracia, la de Reforma y la Segunda Independencia. De acuerdo con esto, *México y los Estados Unidos durante la Intervención Francesa. Rectificaciones históricas* le sirvió para ofrecer su versión de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Francia. El médico argumentaba que su escrito no pretendía crear “falsas glorias” o tributar “homenajes falaces” a la historia, sino demostrar que la “enérgica” presión diplomática de Estados Unidos había sido fundamental para provocar la “salida violenta” de Francia, lo cual, en última instancia, sería una causa determinante de la caída del Imperio y del triunfo de la República.

El libro resulta interesante porque Hilarión buscó apartarse de las versiones “mitificantes” del suceso; además de reconocer el papel que Estados Unidos ejerció en el desarrollo de los eventos, trató de mostrar que los mexicanos no vencieron a los franceses en el terreno militar, aunque aclaró que ello no menguaba la gloria alcanzada al combatir sin tregua y heroicamente a los galos. Si bien lograron algunas victorias notables, éstas no fueron decisivas, no se enfrentó a los franceses, sino a los belgas e imperialistas. Sin embargo, el queretano admitía que el país salió de la “crisis” más fortalecido y respetado por todas las naciones, tanto europeas como americanas. El cuarto escrito histórico de Frías fue fruto del debate que generó el “científico” Francisco Bulnes en 1904, año en el que publicó *El Verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*.

El texto señalado presentaba al Benemérito como un simple espectador durante la guerra de Intervención y cuyas decisiones ocasionaron más daños al país que beneficios.

Desde la perspectiva del “científico”, el triunfo sobre el Imperio de Maximiliano había sido obra de los militares y de los diplomáticos residentes en Estados Unidos. Sus opiniones provocaron gran controversia; varios libros se editaron en defensa del presidente oaxaqueño.¹⁶ El médico no se quedó al margen de la discusión; sacó a la luz en 1905 *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica refutando con documentos la obra del señor Francisco Bulnes intitulada El Verdadero Juárez*.¹⁷ De acuerdo con él, su escrito trataba de reivindicar la memoria de Juárez de las acusaciones e insultos que le prodigaba el científico, y ensalzar a la patria. Dicha tarea la efectuaba como testigo de la abnegación y de los sacrificios que se realizaron en aquellos años.

A diferencia de sus primeros dos trabajos de refutación, en éste Hilarión recurrió a la búsqueda de documentos en archivos y bibliotecas.¹⁸ Aunque consideraba que los escritores, novelistas y poetas podían consultar libros para refrendar algunas ideas, no concebía que éstos tuvieran que retomar “pensamientos encordados, citas históricas y hechos pasados” para revestir sus trabajos con el ropaje de la “erudición”; esta labor, según decía, superaba sus fuerzas.¹⁹ El cambio en su punto de vista evidencia que tomó conciencia de que la historia no sólo se escribía con los “recuerdos personales”, sino también requería de documentos que reforzaran las afirmaciones realizadas. Su manera de actuar denota las transformaciones que se experimentaban en la práctica historiográfica de la época; se abogaba por la construcción de una historia “científica” y libre de prejuicios.²⁰

El “viejo liberal” manifestaba que había emprendido una tarea que podría ser la última que su “cansada vejez” podía consumir. Sus palabras resultaron proféticas, pues murió unos meses después de la publicación de su obra. De esta forma cerraba un ciclo de refutación de escritos que, a su parecer, no interpretaron correctamente lo que había acontecido durante la Intervención francesa y el Segundo Imperio.²¹ Pese a que Frías se

¹⁶ Bulnes, *Verdadero*, 1904, p. 48. Un análisis de la polémica sobre Juárez puede consultarse en Jiménez, *Pasión*, 2003.

¹⁷ Existen dos reediciones de esta obra realizadas en 1957 y 1998. Quirarte, *Historiografía*, 1970, p. 141. Quirarte considera que la obra de Frías constituía un “violento ataque” en contra de los juicios de Bulnes, el cual se fundó en un “estilo tumultuoso” y “retórico”.

¹⁸ Frías, *Juárez*, 1905, pp. 3, 6-7.

¹⁹ *El Diario del Hogar*, 10 de junio de 1884.

²⁰ Jiménez, *Pasión*, 2003. Un ejemplo de ello son las afirmaciones de Pereyra y de Iglesias Calderón.

²¹ Bulnes, *Rectificaciones*, 1922, p. 106. Según Bulnes, el queretano fue autor de *Apuntes históricos de la carrera militar del señor Porfirio Díaz, presidente de la república mexicana* (México, Imprenta Literaria Latina, 1889), mas no existen indicios que corroboren esta afirmación, por lo que no se incluyó como parte de las obras históricas del médico.

quejaba de limitar sus relatos a un número determinado de páginas, sus textos no eran breves, en ellos tuvo la oportunidad de extenderse sobre diversos asuntos. Si asumió el trabajo de “corregir” las versiones “erróneas” de la historia, se debió a que se consideraba un testigo de los hechos.²² Este aspecto lo diferencia de escritores como Kératry y Basch que, a pesar de conocer bien los hechos, no fueron capaces de entenderlos.

La inclusión de relatos en donde el autor tomaba parte o le habían sido revelados por otros participantes de la gesta, constituía una estrategia que buscaba otorgarle mayor veracidad a lo que se narraba.²³ De manera implícita, establece una dicotomía entre el testigo observador que se limita a elaborar un recuento de los hechos y el testigo analítico que trata de explicar el acontecimiento. El mismo queretano reconocía la dificultad en procurar una dilucidación coherente de los hechos, pues la incertidumbre y la pasión contribuían a deformar las situaciones vividas. En la polémica con Bulnes, el médico no sólo se ostentó como testigo, sino también validó sus afirmaciones con documentos originales. En este caso, el papel de testigo ya no se consideraba el punto nodal de la narración; se requería de otro tipo de estrategias que fundamentaran sus opiniones.

Es importante mencionar que la labor crítica de Frías no se funda en la simple descalificación de las obras de los autores, mas bien en que buscó seguir un método. Primero investigaba los “antecedentes” del autor, es decir, el contexto en que se producía la obra, su estado psicológico y sus “verdaderas tendencias” políticas, lo cual revela una gran perspicacia de su parte, pues la moderna historiografía pone particular atención en el contexto o “lugar social de producción”.²⁴ En segundo término, se debía averiguar si el autor poseía suficiente información de los sucesos que narraba, ya que, a partir de ello, se podrían evaluar mejor sus apreciaciones y omisiones voluntarias. Desde su punto de vista, estas últimas eran consecuencia de hechos que se pretendía ocultar y del desconocimiento acerca de ciertos acontecimientos.

Para el queretano, evidentemente la historia se debía contar completa y sin suprimir ningún detalle porque una “historia truncada” no beneficiaba a nadie, debido a que su

²² Frías, *Juárez*, 1905, p. 232. Hilarión asumió la posición de ser un testigo menor porque, según él, en su carácter “no cuadra hablar en primera persona” y su participación en los eventos fue “de ninguna importancia”.

²³ Muestra de ello eran las narraciones de la muerte de su “amigo de la infancia” Daniel Franco y de un viejo conocido, Pedro Sauto, quien buscaba darle un mensaje a Márquez.

²⁴ Certeau, de, *Escritura*, 1999.

misión era dejar un “recuerdo de gloria” para “nuestros hijos” y una lección permanente a los pueblos; se necesitaba legar una enseñanza para el futuro. Hilarión estaba convencido de que los escritores podían ocuparse, sin mayores inquietudes, de la narración de los sucesos presentes. No sólo había que ilustrar a los contemporáneos, sino también lograr que las siguientes generaciones reflexionaran sobre los hechos. Por esta razón, era necesario cuidar que los testigos y quienes vivían esa época dijieran la verdad; así, se garantizaba que no se falseara el juicio de la historia. Sin embargo, Frías reconoció que el tiempo constituía el mejor medio para estudiar a la historia, pues la distancia permitía revelar las “verdaderas grandezas” de los pueblos y las faltas en las que se había incurrido.

Otro aspecto al que se debería poner especial atención era la forma de narrar los acontecimientos; la pasión no representaba una buena guía que alumbrara el camino de la historia. El médico afirmó que el historiador necesitaba tener “sangre fría” para relatar; de esta única manera se evitaría que los sentimientos influyeran sobre los juicios históricos. La imparcialidad constituía el único medio para impedir que los rencores del pasado se volvieran a exacerbar. Principalmente, el arquitecto de la historia debía procurar que su relato no favoreciera a un determinado bando o personaje. El queretano admitía que los escritores tenían la libertad de enaltecer o de denostar; abogó por la neutralidad en la evaluación del pasado; los hechos “dolorosos” del pasado trascenderían y el país se enfilaría hacia un presente venturoso. También debían ser capaces de analizar la veracidad de los hechos que les contaba; no todas las versiones podían considerarse confiables y, por lo mismo, no se les podía dar el rango de autenticidad que se necesitaba para ingresar a la historia.²⁵

Opiniones previas a la guerra

Desde la tribuna de *La Orquesta*, en donde se desempeñó como editor en jefe, Hilarión emitió sus impresiones sobre lo que acontecía antes de que estallara la guerra,²⁶ las cuales

²⁵ Frías, *México*, 1870, p. 574; *Idem*, *Juárez*, 1905, p. 214; *Idem*, *Rectificaciones*, 1967, pp. 332, 344, 346, 445.

²⁶ *La Orquesta*, 5 de noviembre de 1868. Frías afirma que este periódico “punzante” no perdonaba “uno solo de los acontecimientos de nuestra política”.

aparecieron entre abril y mayo de 1862. El médico reprochaba a la prensa que hubiera guardado silencio ante los acontecimientos; resultaba imprescindible hablar de un asunto que ponía en peligro la suerte de la Nación. Además, cuestionó que Benito Juárez mantuviera una actitud vacilante y que Manuel Doblado no tratara el resultado que arrojaron sus negociaciones. En un tono melodramático, Frías afirmaba que indudablemente el país estaba en peligro y, si el gobierno no tomaba las previsiones necesarias, la patria perecería, pues la situación era más atroz de lo que se pintaba.

Desde su perspectiva, había tres problemas que resolver: el primero consistía en la “reacción” que había pedido el auxilio de los europeos para hacerlos triunfar; ellos creían que debían gobernar por ser “los hombres honrados, los inmaculados, la gente decente”. El segundo se refería a que un triunfo sobre la reacción no acabaría con los problemas del país, porque si se acababa la guerra, se instauraría una “paz octaviana”, en consecuencia, los soldados asumirían el mando político y militar en los estados, lo cual significaría que éstos quedarían fuera de la órbita constitucional. El tercero aludía a la posible ruptura de las negociaciones y la consecuente invasión de los franceses que podrían apropiarse del país, y nombrar a Juan Nepomuceno Almonte como presidente para garantizarles ciertas prebendas.²⁷

El 16 de abril, el queretano manifestó que los mexicanos no se dejaran engañar por la supuesta posibilidad de firmar la paz con los franceses; probablemente se trataba de una estrategia que escondía algún engaño. Esto se corroboró días después, debido a que, con la publicación de la proclama de los “invasores”, se notaba que pretendían conquistar al país. Calificó la proclama de “monstruosa”, e incluso afirmó que pasaría a la historia como una “pieza clásica” del engaño, pues los franceses expresaban que su intención era traer la paz y, por ello, buscaban eliminar a la “minoría opresora” que atentaba contra las personas “civilizadas”. Además, creían que sólo los “bárbaros” no aceptarían una intervención que los venía a “civilizar”. Sin embargo, Hilarión afirmó que se necesitaba tener en cuenta que cada pueblo entendía de forma distinta los conceptos de civilización y honor.

Era una mentira creer que la conquista volvería a México el país más feliz del mundo; más bien se debía considerar que la libertad lo ayudaría a desarrollarse, a tal grado que la misma Francia envidiaría su progreso futuro. Para Frías era ineludible que todos los

²⁷ *Ibidem*, 2, 5 y 12 de abril de 1862.

habitantes lucharan contra la Intervención, pues los “malos mexicanos” no se percataban de que su inacción provocaría su quiebra. Conviene señalar que, si bien el autor habló de “malos mexicanos”, este calificativo no se asoció a un sector social o grupo político, sólo se refería a quienes no tomaban parte activa en los sucesos.²⁸ El médico estaba contrariado porque el gobierno francés declarara la guerra y Juárez no emprendiera acciones rápidas para detener a los invasores. Esta tarea fue asumida por los “buenos mexicanos”, que comenzaban a organizar la defensa del territorio, y las “buenas mexicanas”, que reunían donativos para sufragar los gastos de campaña. La mayoría de la población, incluso el mismo presidente, permanecía impávida y únicamente esperaba la llegada de los hombres que acabarían con la opresión.

Hilarión atacó a los conservadores pues, según él, éstos no reparaban en que los soldados de la “minoría opresora” defenderían al pueblo de los franceses. Lo peor de todo era que los conservadores alentaban a la población a que no se atacara a los galos; decían que los mexicanos “sensatos” y “católicos” debían recibirlos con los brazos abiertos. Estas peticiones provocaron la ira del médico, al grado que llegó a sugerir el fusilamiento de los “bribones” que esgrimían esos argumentos. Resultaba inaudito considerar la Intervención como la última esperanza de unos hombres que tenían el control de los fondos de manos muertas y de los recursos de las corporaciones civiles y religiosas. La exacerbada opinión del queretano fue producto de las circunstancias del momento; al igual que sus contemporáneos, pedía un castigo ejemplar para quienes ayudaran a los invasores. También le desesperaba que el gobierno se preocupara más por saber si los preliminares habían sido aprobados en Francia y España; se trataba de una tarea inútil, desde su perspectiva pues, aunque los diplomáticos no querían comprometerse en sus previsiones, Inglaterra apoyaría a México, España se mostraba indecisa y Francia deseaba tomar todo el botín.

En opinión de Frías, el principal problema del gobierno no debía ser la aprobación de los preliminares, sino tratar de conocer el número de soldados con los que contaba el enemigo y los que podía oponer el país. El 3 de mayo, el escritor indicó que sin duda los franceses avanzarían.²⁹ A la luz de la historia, estas opiniones resultaron acertadas, pese a

²⁸ *Íbidem*, 16 y 23 de abril de 1862.

²⁹ *Ibidem*, 30 de abril y 3 de mayo de 1862.

que el mismo autor reconocía que la rapidez de los sucesos no permitía hacer evaluaciones más exactas. Es una lástima que no haya continuado con sus artículos en *La Orquesta*; habría sido interesante conocer su posición respecto al conflicto armado. Abandonó la redacción del periódico porque el gobernador de Querétaro, José María Arteaga, lo nombró secretario de gobierno. Tanto él como su hermano Luciano serían fieles servidores del general, a quien acompañarían en el campo de batalla, hasta que éste fue fusilado en 1865. Después del trágico acontecimiento, Hilarión continuaría en el Ejército como médico; según su propio testimonio, estaría presente en el sitio de Querétaro, en donde tuvo la oportunidad de conocer a Maximiliano, lo cual provocaría su admiración por él, cosa de la que se hablará más adelante.

La Intervención francesa y el Imperio desde la perspectiva de Frías

Aunque la intención principal de Hilarión era rebatir las obras de los tres autores señalados anteriormente, no se puede pasar por alto que las dos primeras refutaciones formaban, de cierta manera, una unidad. La refutación que hizo al libro de Kératry se ocupaba de los primeros años del Imperio, hasta la salida del Ejército francés, mientras que la de Basch se centraba en los últimos momentos de la monarquía, hasta la muerte de Maximiliano. La refutación al libro de Bulnes tenía el objetivo de enaltecer la obra de Juárez; sin embargo, desarrolla algunos pasajes de la historia que Hilarión no contempló en sus primeros escritos. En las siguientes páginas se retoman sus tres refutaciones como base para reconstruir su historia de la Intervención y el Imperio.

Las causas de la Intervención francesa

A semejanza de sus contemporáneos, Frías consideró que el Imperio fue concebido en Europa. Esta visión predominaría en las interpretaciones legadas por la historiografía liberal decimonónica y seguiría vigente durante todo el siglo XX. No obstante, los recientes estudios de Erika Pani han contribuido a rebatir esta interpretación de la historia. La autora muestra que el Imperio no fue un régimen de “excepción”, sino parte del desarrollo histórico mexicano, cuyo último objetivo era la consolidación de un Estado nacional moderno. Muchos mexicanos lo consideraron como una oportunidad de asegurar que el

país tuviera paz, orden y prosperidad. Este sistema de gobierno ayudaría a construir los principios y mecanismos gubernativos que debían regir la vida pública.

A diferencia de la historia liberal preponderante, la cual planteó que los colaboradores del Imperio eran extranjeros, políticos improvisados y con ideas arcaizantes, Pani propone que, quienes participaron en ese proyecto eran hombres del siglo que buscaban dar soluciones vigorosas y razonables a los problemas de México. Estos personajes destacaron en la escena pública, tanto nacional como regional. Entre ellos, no sólo estaban los líderes del partido Conservador como Alejandro Arango, Ignacio Aguilar y Marocho y Miguel Miramón, sino también aquéllos adscritos al Plan de Ayutla, algunos diputados que formaron parte del Congreso de 1856, liberales de provincia y miembros de diversos gabinetes. Sin embargo, la investigadora advierte que muchos apoyaron al Imperio con la consigna de que se sacrificaban a favor de la patria.³⁰ A pesar de que Pani retoma detalladamente la forma en que se desarrolló el mito liberal sobre el proyecto imperial, no explica por qué los historiadores liberales, tanto los del momento como los posteriores, insistieron en que el Imperio había sido promovido desde Europa.

A través de los escritos de Hilarión se puede aducir dos razones por las que se pretendió construir una imagen exógena del Imperio: la primera consiste en el intento de conciliación entre los bandos antagónicos, motivo por el cual resultaba adecuado culpar a los europeos de ser los artífices del proyecto, así, se desviaban los cargos de los conservadores. Además, y esto constituye la segunda razón, si el Imperio había sido forjado en Europa, la muerte de Maximiliano no se atribuiría a los mexicanos, más bien se imputaría a los que lo apoyaron. Por esta razón, las críticas a México carecían de validez, puesto que los mismos europeos propiciaron el trágico final. Debido a que el queretano fue uno de los primeros escritores que se ocuparon de narrar los acontecimientos de la Intervención y el Imperio, resulta de especial interés conocer la estructura de sus argumentos.

³⁰ Pani, *Mexicanizar*, 2001, pp. 16-18, 189, 190, 239-240; Pani, *Segundo*, 2004, p. 110; Pi-Suñer, "Prólogo" en Pani, *Segundo*, 2004, pp. 12-14. Sobre el debate del monarquismo de los conservadores puede consultarse Palti, *Política*, 1998. Un ejemplo del punto de vista de la historiografía liberal es Jiménez Moreno, "Significado", González y González, "Indigenismo" y Martínez Báez, "Política" en Arnaiz, *Intervención*, 1965; Moreno, "Nota" en *Sitio*, 1982; Galeana, "Prólogo" en Ratz, *Querétaro*, 2005; Cortés, *Sebastián*, 2002; Magallón, *Proceso*, 2005.

En 1870, Frías afirmó, con el objetivo de probar que los conservadores mexicanos no estuvieron involucrados en la Intervención, que no existía un sustento a favor de que Alamán promoviera una intervención extranjera, ni que el partido Conservador trabajó, desde la última dictadura de Santa Anna, para que Europa impusiera un gobierno en México. Las dos tesis se basaban en datos “débiles” y documentos que no justificaban nada. En todo caso, sus planteamientos se podían considerar como tentativas aisladas que constituirían el germen de proyectos posteriores. Cabe mencionar que el médico aclaró que no se debían contemplar como parte de una continuidad, pues la propuesta de establecer un Imperio fue coetánea al plan francés de intervención. El historiador modificaría ese argumento 30 años después.

En las refutaciones realizadas a los críticos de Mariscal y la obra de Bulnes, Hilarión sugería que la “insensata idea” de fundar una monarquía fue obra de los “mexicanos clericales”, los conservadores y el clero, quienes, desde 1840, se preocuparon por la desaparición del centralismo a causa de una revolución. Por esta razón, José María Gutiérrez Estrada dirigió una carta a Anastasio Bustamante para exponerle la problemática de establecer el sistema centralista en el país; además, proponía instaurar una monarquía encabezada por un príncipe extranjero. La epístola ocasionó una gran indignación, en consecuencia, el autor tuvo que salir del país. A este primer intento se sumarían otros dos, realizados por Anastasio Bustamante y Antonio López de Santa Anna. El queretano modificó sus argumentos dadas las circunstancias del momento. En 1870 quiso promover la conciliación, mientras que en 1904 trató de desvirtuar los avances que, según él, habían tenido los conservadores. Deseaba que sus lectores recordaran los logros de éstos en el pasado, a fin de fortalecer el proyecto liberal, que era minado por la “influencia” del clero.

Ahora bien, Frías mencionaba que en 1859 se volvería a plantear el asunto de la monarquía, que en ese entonces se llevó a cabo en las cortes europeas. El ministro español Calderón Collantes le confió al embajador Mon que Isabel II buscaba atraer a Inglaterra y Francia, con el propósito de tomar medidas para acabar con la anarquía imperante en México. Al consultar al embajador francés, éste le manifestó su apoyo. Con la finalidad de realizar su proyecto y que además, formara una asamblea constituyente, se debía organizar una intervención tripartita que alentaría a la “gente honrada” a establecer un gobierno para reprimir el “espíritu de rebelión”. A diferencia de los franceses, el ministro inglés contestó

que sólo prestarían su ayuda si se protegía el culto protestante y no se empleaba la fuerza para transformar el gobierno.

La herética pretensión de Inglaterra lastimó el sentimiento católico de España. Ante la negativa inglesa, el ministro galo cambió su posición; para acabar con las “impertinencias españolas” manifestó estar dispuesto a emplear la fuerza, en caso de que los españoles aplicaran medidas coercitivas en contra del gobierno mexicano. Si los diplomáticos españoles “mendigaban” la cooperación de los ingleses y franceses, se debía a su incapacidad de consumir una conquista lejana. El principal propósito de la diplomacia española era derrocar el gobierno republicano de Juárez y levantar un trono en el cual pudieran sentar a un Borbón. Lo peor de todo fue que, para conseguir su objetivo, Mon, Isturiz y Calderón Collantes se ocuparían en difundir mentiras sobre nuestro país, que se propalaron por Europa. A fin de atraerse partidarios en México, los españoles auxiliaron los gobiernos reaccionarios de Zuloaga y Miramón y ofrecieron su apoyo material para acabar con el gobierno de Juárez que estaba refugiado en Veracruz.

A pesar del asedio que el gobierno republicano sufría en el puerto, el presidente no concedió nada que no fuera legal a los jefes de las fuerzas extranjeras que permanecían en Veracruz. Juárez mostró una gran dignidad al no ceder a las presiones de los ministros extranjeros, como se puede observar en el hecho de que nunca solicitó el reconocimiento de Inglaterra, quien ya había ordenado a su representante en México comunicarse con él. Los ingleses no le impusieron exigencias “ilegales” al oaxaqueño, al contrario, le brindaron su apoyo moral. Ellos buscaban la conciliación con el gobierno y expresaron un odio exacerbado hacia Miramón, debido a los atropellos realizados en contra de sus súbditos. Si Juárez aceptó las exigencias de Inglaterra no fue por humillación a la República, sino por reconocer las justas reclamaciones. El ministro inglés no demandó que se pagara el dinero robado por Miramón; por su parte, Juárez aprobó amortizar la deuda en 1860.

La iniciativa para arreglar el incidente partió de Juárez y no del Ministro inglés. Al presidente tampoco se le podía acusar de haber permitido la intervención de Estados Unidos. La flota norteamericana capturó a la cuadrilla española por considerarla pirata. Esta acción generó preocupación en el gabinete liberal, pues no deseaban que la Unión Americana interviniera en los asuntos internos de México. Sin embargo, el oaxaqueño estaba consciente de que la presencia de los americanos ayudó a que Inglaterra no se

atrevería a atacarlo, pues éstos lo reconocían como el presidente legítimo. La derrota de los reaccionarios ocasionó que los españoles tuvieran que esperar el momento propicio. Pese al triunfo de los liberales, la paz no se consolidó en la República; el descalabro de Márquez no aniquiló al partido reaccionario. En enero de 1861, Juárez regresó a la capital y de inmediato, comenzó la tarea de reconstruir al país.

El presidente debía enfrentar cuatro retos: volver al orden constitucional interrumpido por el motín de Tacubaya, poner en práctica las leyes de Reforma, organizar la administración pública y acabar con las guerrillas clericales, pues aunque éstas fueran derrotadas se volvían a unir. Aunque la empresa no resultaría sencilla: no había dinero en la tesorería y la guerra civil provocó que se agotaran las fuentes de riqueza pública porque en una lucha de cuartel, como la que practicaba el clero, se acababa con el comercio, la industria y la agricultura. A ello se suma que Juárez no tenía plena libertad de acción para organizar el tesoro, la administración y el Ejército; esas tareas le correspondían al Congreso, que se convirtió en el “verdadero responsable” de los males que agobiaban a la Nación.

El Legislativo era incapaz de reorganizar el país: no contaba con elementos disciplinados y tampoco disponía de un plan político que fuera “enérgico, liberal y de combate”, motivo por el que no hizo nada para remediar los malestares del país. En vista de que Juárez se sometió al régimen constitucional, se encontraba limitado en sus facultades legales. Él respetó la independencia del poder Legislativo porque fue un “verdadero demócrata” y un “funcionario íntegro” que respetaba la Constitución. Como guardián de la suprema ley de la Nación, Juárez supo que debía dejar a sus ministros actuar libremente. Así, no se le podía imputar ninguna obligación por las decisiones de éstos, ya que no había responsabilidad donde no existía libertad de acción.

En esa “época tormentosa”, las actividades de Juárez eran escrutadas por el partido Liberal que se ocupaba “sin descanso” de los asuntos públicos, vigilaba los actos de la administración e impugnaba lo que le parecía débil, deficiente o una transacción con el partido reaccionario. A todo ello se agregan las tentativas del general Jesús González Ortega de separar a Juárez del gobierno. Ortega, considerado como un “competidor terrible” provocó una crisis en el gabinete y buscó la anulación del poder Legislativo. La suma de estos factores evidenció que el presidente no tenía posibilidades de consolidar la

paz en el país, debido a la existencia de una “anarquía latente” bajo “fórmulas legales” que impedía la formación de un gobierno “regular y organizador”. Pese a que 1861 fue un año “terrible y peligroso” para la patria, el oaxaqueño logró amainarla con su energía y prudencia. Mientras él encontraba la manera de sacar al país de la crisis, no se imaginaba la tempestad que se preparaba en Europa y en el interior del mismo país.

Al gobierno liberal, reformista y de combate de Juárez se anteponía un “directorio reaccionario secreto” que se escudaba con el manto de la Iglesia. Este directorio fue promovido por Leonardo Márquez y contó con el financiamiento del clero, el cual todavía preservaba una buena cantidad de dinero, a pesar de lo que se le restó con las reformas liberales, porque tuvo el apoyo de muchos testaferros que le compraron sus propiedades.³¹ Leonardo Márquez y Tomás Mejía se pondrían a la cabeza del directorio. Desde enero de 1861, diez meses antes de la firma de la Convención de Londres, ellos solicitaron la invasión armada de Francia y comenzaron los preparativos para emprender una nueva guerra civil que apresurara la Intervención francesa. Sabían que podían poner al país en pie de guerra por sus relaciones con numerosas gavillas de “ladrones” y “asesinos”. El verdadero proyecto de la Iglesia era promover una guerra religiosa para salvar sus intereses e influencia.

Los miembros del partido conservador advirtieron que resultaría imposible establecer una dictadura clerical y militar en México; por consiguiente, se esforzaron en traer un monarca que fuera apoyado por las armas extranjeras. En 1861, ese partido mostró su verdadera esencia monárquica; aunque deseaba un rey español para el país, tuvo que ceder ante las circunstancias. En una actitud conciliatoria, Frías sostenía que no se podía juzgar a los conservadores porque defendían unos intereses a los que consideraban válidos. En toda lucha política aparecían ganancias materiales que, junto con las morales, constituían el gran todo de la vida social. Esos intereses eran perfectamente legítimos, mientras no rompieran las leyes y el equilibrio económico de los pueblos.

Los conservadores no sólo se preocupaban por defender los bienes de manos muertas, sino que también combatían por sus creencias y su religión. Si bien algunos buscaban preservar los inmensos bienes de la Iglesia, la mayoría se levantó contra unas

³¹ *La Orquesta*, 5 de noviembre de 1868. Frías planteó que la “bella, solemne y reparadora” obra de la Reforma sólo fue disfrutada por los especuladores, quienes proscribieron a los héroes de la gesta y al pueblo.

leyes que vulneraban su credo. Sin duda su lucha se sustentaba en el fanatismo y en la intolerancia, pero éstos eran defectos “genuinos” de la raza humana; a pesar de ello, los adscritos al partido Conservador mostraron sacrificio, valor, abnegación y heroísmo, además de realizar “actos admirables” que honraban su memoria. Hilarión reconocía que sus afirmaciones sólo tenían el propósito de hacer justicia a estos hombres, mas nunca se ligaría a sus proyectos. El queretano estaba afiliado a los liberales, grupo político que también merecía admiración por sostener su dogma político frente a los peligros de la Reforma. La pugna entre estos dos partidos denotaba el enfrentamiento de dos proyectos: el de la reforma, el porvenir y la civilización contra el del estatus, el pasado y el retroceso.³²

La opinión de Frías se modificaría con el transcurso del tiempo. Tres décadas después, afirmó que el proyecto conservador era antipatriótico. Aunque Francia negó a España tener algún interés intervencionista en México, la corte gala se preparaba, desde mayo de 1860, para realizar su “insensata” expedición. Napoleón se comenzó a interesar en nuestro país gracias a los informes que le enviaban sus representantes. Lo anterior demostraba que el plan intervencionista no se había forjado en España, sino que se produjo por la influencia que comenzaron a ganar algunos de los exiliados radicados en Francia. Para el queretano, indudablemente los emigrados mexicanos, entre ellos Juan Nepomuceno Almonte,³³ José María Gutiérrez Estrada y José María Hidalgo, aprovecharon la ambición francesa para sugerir el proyecto imperial mexicano.

Estos hombres recorrieron las cortes europeas para solicitar su intervención en México, pero en ninguna de ellas encontraron una respuesta favorable; la situación no los desanimó porque estaban convencidos de que lograrían su propósito. Los principales promotores del proyecto eran Hidalgo y Almonte. Del primero se esperaba esa “traición”,

³² Pani. *Mexicanizar*, 2001, pp. 236, 339, 345. La propuesta conservadora no buscaba establecer un gobierno “dictatorial”, “despótico” y “reaccionario”, sino constituir el del ciudadano capaz e interesado en la conservación del orden: un gobierno de la razón frente al del número. Las ideas de Frías se refieren al gobierno de razón como de las elites ilustradas contra el de la mayoría del pueblo, que sería la de número. Posición que fue frecuente en muchos pensadores decimonónicos que no confiaban en el sufragio universal. Ellos, los de la razón, no se oponían a la expropiación de la propiedad de las corporaciones religiosas en aras del interés público. El mismo Aguilar y Marocho defendió la ratificación que Maximiliano hizo de las leyes de Reforma, pues decía que existían razones de Estado que llevaban a aplicar dicha medida.

³³ Frías recordaba que había conocido a Almonte en una ceremonia cívica del 15 de septiembre, la cual se realizó en la Universidad de México. En esa ocasión, Almonte presidía la junta patriótica y el escritor fue el encargado de pronunciar el discurso principal. Para no perder la costumbre, el médico describió a este personaje, quien ejemplificaba a la raza indígena; era bronceado, de cuerpo pequeño y débil, con pómulos salientes y angulosos, labios delgados y un “rictus cruel y estúpido”. Almonte vestía con refinado esmero; pese a sus “principios demagógicos”, pretendía convertirse en un aristócrata.

pues se había convertido en súbdito español, en tanto que Almonte lo hacía por su ambición, ya que fue un “eterno aspirante al supremo poder de la nación”. Las constantes derrotas ocasionaron que su corazón se corrompiera; en su afán de poseer el mando, no le importó sacrificar sus principios para obtenerlo. Entregó la patria a los extranjeros por el odio que le tenía, razón por la que Hilarión consideraba que los anales patrios calificarían a este personaje como una “deformidad repulsiva”.

Tanto Almonte como Hidalgo realizaron su trabajo al amparo de la “política del ostracismo”, lo que les permitió moverse sin que nadie se percatara de sus acciones. Ambos recibieron la ayuda de Haro y Tamariz, Miranda, Labastida y de los obispos mexicanos expulsados por Juárez en 1859, quienes hacían propaganda activa en España y Roma. También recibieron ayuda del Ministro francés Gabriac, quien los ayudó al fomentar la guerra civil y calumniar a nuestro país en sus notas. Desde la perspectiva del médico, tres hechos contribuyeron a fortalecer el proyecto: el nombramiento de Dubois de Saligny como representante galo en México; la victoria del Norte sobre el Sur en la guerra civil de Estados Unidos y la influencia que comenzó a ganar José María Hidalgo en la corte francesa. Sin tapujos, Frías afirmó que el drama que afligiría a la Nación se urdió en la recámara de la emperatriz. La afinidad de raza y de sangre provocaría que Eugenia se propusiera atacar a la República y comenzara a favorecer al partido reaccionario, al que calificaba como el “partido de la religión católica”.

La emperatriz prometió al arzobispo Labastida que el emperador derrumbaría el “gobierno ateo” de Juárez y le devolvería sus bienes y prerrogativas al clero. Ella y su madre se propusieron la “loca empresa” de restaurar la “teocracia absoluta” en México. Su participación sería fundamental para que Napoleón aceptara la idea de intervenir en el país, aunque, según el queretano, en un principio el emperador no sabía lo que quería o debía hacer; fue arrastrado por la corriente de los sucesos. Este hecho demuestra que Maximiliano carecía de cualidades características de los grandes hombres de Estado; decidió implantar un trono porque así se lo sugirieron las mujeres de su familia y los emigrados mexicanos. La falta de sagacidad política de Napoleón ocasionó que los diplomáticos europeos se burlaran de sus decisiones, sobre todo porque las razones que tomó para la invasión resultaban pueriles; no se justificaría una guerra por el deseo de regenerar a un pueblo o fortalecer a la raza latina.

Una de las causas que motivaron a Napoleón a colaborar en la empresa era su anhelo de levantar un muro contra el expansionismo sajón. Este “megalómano imperial”, que se creía “omnipotente”, “invencible” y “dueño de los destinos de Europa”, no se dio cuenta de que su plan “impulsivo” e “iluso” no podría triunfar. Oponer la raza latina a la anglosajona provocaría que Estados Unidos tomara partido a favor de los mexicanos y lograra, por todos los medios, que los franceses abandonaran el suelo americano. Así, notificaría a las naciones europeas su desacuerdo con quien buscara afectar la integridad del continente; su posición se refleja en la fórmula antiimperialista en donde afirma “América para los americanos”.

El vecino del norte estaba convencido de que se debía respetar el derecho ajeno, mientras que los europeos creían en el derecho del más fuerte. En este sentido, el médico pensó que México sólo fue un pretexto para que los norteamericanos proclamaran el nuevo *jus gentium* en el que creían. La decisión del emperador significaba la unión de dos conspiraciones que se urdían contra la independencia mexicana: una interna, promovida por el clero y los conservadores, y la que se fraguaba en la recámara imperial de las Tullerías. A ello se suma su falta de previsión política, pues nunca pensó que Estados Unidos triunfaría en su guerra civil. Maximiliano de Habsburgo fue el candidato elegido por Napoleón para encargarse del Imperio mexicano.³⁴

En octubre de 1861, la corte francesa envió una comisión a Miramar para platicar con Maximiliano. Por su parte, un grupo de emigrados mexicanos preguntaron al rey de Austria si el monarca aceptaría la corona en caso de que se le ofreciera; la propuesta, según ellos, contaba con el apoyo de Francia e Inglaterra. De esta manera, los emigrados y el emperador se unieron en la tarea de tentar un alma “torturada” por la “ambición del mando”. Maximiliano aceptó porque no resistía la oportunidad de regir un “país paradisíaco”. Con ello, la Intervención tenía un candidato que aceptaba con restricciones e imponía ciertas condiciones, pero se quedaría en las sombras hasta presentarlo a un pueblo que lo eligió sin conocerlo. El pretexto ideal para comenzar la obra fue la declaratoria de Juárez sobre la suspensión del pago de las convenciones extranjeras. Aunque la ley se

³⁴ Galeana, *Relaciones*, 1991, pp. 45-46; Ratz, *Querétaro*, 2005, p. 24. Galeana menciona que Maximiliano fue elegido, debido a las ideas liberales que pregonaba y las cuales le dieron cierta popularidad en Europa. Ratz piensa que el archiduque aceptó la propuesta porque veía a Napoleón como una figura paterna y opuesta a Francisco José.

derogó, los planes siguieron adelante. Frías menciona que el oaxaqueño llegó a esa determinación, debido a que no se cubrían los compromisos. Tan sólo 35% de los productos de la aduana se destinaban a la convención francesa y 51% a la inglesa, por lo que no quedaba nada para acabar con la guerra civil.

La agresividad con la que actuó el cuerpo diplomático de los países afectados hizo pensar al presidente que había un proyecto escondido, por consiguiente, procedió con cautela para evitar un conflicto mayor. Sin embargo, el médico considera que la moderación rayó en debilidad. Este argumento muestra que, a pesar del tiempo, no había modificado la opinión que manifestó en *La Orquesta* en 1862. Para el autor era evidente que Juárez debió tener mayor firmeza en sus decisiones. Aunque la guerra civil ocasionó que la República languidciera, se sabía que de Europa podría venir el principal peligro. El ministro mexicano en Francia, Antonio de la Fuente, dio la voz de alarma, mas se ignoraba la intensidad del ataque que se pretendía contra México. De la Fuente avisó al gobierno que esa nación e Inglaterra emprenderían acciones para obligar al país a aceptar sus demandas.

Además de lo anterior, se suma la intención de España de organizar un partido mexicano que pidiera un rey Borbón. El Ministro también informó que Estados Unidos ofreció su mediación a México a fin de llegar a un arreglo de la deuda extranjera. Los norteamericanos se comprometían a garantizar el interés del adeudo por cinco años, pero pedían como hipoteca tres estados de la República. Hilarión comenta que esta propuesta fue rechazada por el oaxaqueño, quien prefirió afrontar la situación con los recursos disponibles antes que ceder una parte del territorio nacional. Pese a los informes del Ministro, los países implicados negaron sus deseos de intervención. Si bien el gobierno juarista trató de dar satisfacciones a los agraviados, éstas no fueron aceptadas debido a que la empresa ya estaba decidida. Así, el plan se desarrolló en las sombras, en el “misterio alevoso” y disfrazado de “mentiras oficiales”, lo cual evidencia la “política bastarda” que se aplicaba contra un pueblo débil.

A la Intervención francesa se sumaron España, que guardaba rencor hacia México, e Inglaterra, que buscaba salvar los bonos de su deuda. Las conferencias realizadas en Londres entre Francia, Inglaterra y España resultaron sumamente complicadas. El conde de Russell se encargó de formular el proyecto de la Convención. Tras discutirse, éste fue aprobado el 31 de octubre de 1861 y se haría público en noviembre de ese mismo año, lo

que denotaba que la tempestad estaba pronta a desatarse. El médico manifestó que en la Convención Tripartita se debían buscar los antecedentes del proyecto Imperial, pues Francia ocupó esta fórmula para llevar a cabo sus proyectos intervencionistas en México.

Por medio de las conferencias de Londres, Francia planteó a Inglaterra la necesidad de establecer un gobierno fuerte en nuestro país. Hilarión consideraba el tratado como un “feto abortado” que tarde o temprano terminaría por romperse, debido a que la Convención era irrealizable por su “vaguedad” e “imprevisión”. Tal situación provocaría el enfrentamiento entre las tres potencias, en virtud del antagonismo que se levantaría por los intereses representados. Sin duda, cada nación buscaría sacar provecho; por este motivo, no es extraño que en las negociaciones, esos países se dejaran llevar por las pasiones y que las acusaciones mutuas afloraran. En esta “liga accidental” no sólo había intereses disímolos, sino rivalidades que evitaban la creación de una mancomunidad, lo cual conduciría a su disolución, tal como se verá más adelante.

Frías estaba seguro de que la verdadera causa de la Convención, tanto en el caso de Francia como de España, era derrocar a Juárez y establecer un nuevo gobierno. Aunque ambas naciones concordaban, diferían respecto al candidato. Por su lado, Inglaterra únicamente tomaba parte en el asunto para cobrar su dinero. Este objetivo “latente y disfrazado” provocaría muchas desgracias. Al realizar un balance de las motivaciones que llevaron a esos tres países a unirse en la Convención Tripartita, el queretano concluye que ninguno tenía verdaderas razones para intervenir militarmente en México. Por ejemplo, España se sumó a la empresa por su intención de erigir un trono para Juan de Borbón y con ello, recuperar lo que había perdido. A fin de fundamentar su inclusión en el proyecto, alegaba cuatro puntos: el incumplimiento del gobierno con el tratado Mon-Almonte, la injusticia al expulsar al Ministro Pacheco, la falta del pago a su deuda y los numerosos atentados contra los súbditos españoles que no habían sido castigados, tal como ocurrió con los asesinatos de San Vicente y Chiconcuac.

Hilarión menciona que los españoles se convencieron de que la continuidad del gobierno republicano impediría el reconocimiento del tratado. Por esta razón, buscaron a toda costa que se legitimara. Juárez rechazó el pacto porque éste revivía la “infame y degradante convención de 1853”, la cual aglutinaba una serie de créditos fraudulentos rechazados por Guillermo Prieto, quien, en esa ocasión, se comportó como un funcionario

patriota y honrado que defendió los intereses de la Nación. La aprobación del Mon-Almonte representó una humillación para México, pues el país no estaba forzado a pagar la indemnización que solicitaban los españoles. Así, el decoro nacional obligaba a rechazarlo. El médico consideró que el reconocimiento del tratado no hubiera impedido que España participara en la Convención, ya que su verdadero objetivo no era pedir el pago de los intereses vencidos, sino crear las condiciones para fundar una monarquía mexicana encabezada por un Borbón.

En el caso de la expulsión de Pacheco, la acción no se había realizado contra un representante, más bien contra un conspirador amparado en la diplomacia con el propósito de fomentar la guerra interna, por lo tanto, no existían razones para sentirse agraviados. En lo que respecta al tercer punto, el queretano señala que la deuda ascendía a 15 000 000, sin embargo, el gobierno juarista no se negaba a pagarlos. Finalmente, Frías aducía que se exageraba el número de agresiones hacia los hispanos; además, no se podía afirmar que los sucesos de San Vicente y Chiconcuac quedaran impunes. No se debía ignorar que muchas muertes de iberos fueron provocadas por las “gavillas reaccionarias”, que respaldaban los ministros extranjeros; otras se debían a circunstancias inevitables que no producían responsabilidad.

Tampoco se ocultaría que algunos fueron ejecutados, muestra de ello es el caso de los hermanos Cobos y Lindoro Cajiga, quienes participaron en la guerra civil, por lo que sus muertes estaban plenamente justificadas. El deceso de los españoles no se debía tomar como un negocio diplomático e internacional. De acuerdo con esto, Frías argumenta que España participó en la Intervención por tres razones: su odio por el México independiente, su deseo de acrecentar sus créditos y su sueño de fundar una monarquía en suelo americano. Pese a lo injustas que resultaban las pretensiones de los iberos, Juárez quiso negociar con ellos, pues en ese momento resultaba mejor tener su amistad que declararles la guerra. El presidente sabía que aquéllos podían ayudarse de los reaccionarios mexicanos; la alianza habría significado el fin de su gobierno porque tendría que lidiar con un doble enemigo.

En lo que se refiere a Inglaterra, el escritor indica que se limitaba a pedir el pago de una deuda cuyos orígenes se remontaban a los primeros días del México independiente. El adeudo fue consecuencia del deseo del país de lograr el reconocimiento de las naciones

europeas. Las autoridades mexicanas firmaron dos contratos, entre 1823 y 1824, que resultaron onerosos por los réditos que se cobrarían. En el caso del segundo, además de no entregar todo el dinero, se perdió una parte por la bancarrota de los contratistas. A esos intereses y saldos, se sumaba el dinero que tomaron los reaccionarios de tres conductas que circulaban con bandera inglesa y también se incluían indemnizaciones exageradas. En total, la deuda ascendía a 69 994 542 pesos.

En cuanto a Francia, Hilarión afirma que sus quejas se limitaban a dos puntos: las agresiones a sus súbditos y el pago del adeudo. El médico pensaba que sus pretensiones eran “ridículas” y “calumniosas”, pues Napoleón no podía probar que el gobierno liberal asesinaba y robaba a los franceses. Los únicos casos que habían ocurrido se asociaban con los “reaccionarios”, motivo por el cual no se pediría que el país se responsabilizara de esos actos. Asimismo, era necesario tomar en cuenta que el gobierno castigaba a los autores y daba reparaciones cuando lo consideraba justo. Así, la queja resultó “fútil, inaceptable e injusta”; la Nación no tenía ninguna responsabilidad en los hechos de los que se le acusaba. Sobre la deuda, Frías asevera que resultaba “insignificante”, pues ascendía a 250 000 pesos, producto de la sumatoria de “supuestos saldos”, pagos a particulares y del crédito Jecker.

En realidad, el adeudo no preocupaba a Francia; este asunto había sido defendido por algunos personajes cercanos al trono que deseaban medrar de la situación. El crédito Jecker muestra el envilecimiento de los altos mandos franceses: Saligny lo incluyó como parte de la deuda y se convirtió en su “agente leonino”. Según Hilarión, esto no resulta sorprendente, ya que el gobierno imperial tenía un “origen corrupto”, razón por la que éste era fecundo en recibir y hacer florecer las “infamias políticas”, los “atentados internacionales” y los “negocios impuros”. La corrupción de la corte francesa era “crónica”, “profunda” e “intensa”. Todos conocían los “negocios sucios” que se realizaban bajo el amparo de la corona. Tanto Saligny como el hermano “incestuoso” de Napoleón, el duque de Morny, trataron de que se cubriera la deuda, porque se les prometió una parte de lo que se obtuviera.

Si Napoleón toleraba las corruptelas del duque, se debía a que éste fue el alma del golpe de Estado del 2 de diciembre y trabajó para darle prestigio al Imperio. El queretano reconocía que Morny era un “crapuloso”, aunque también un hombre sagaz y un profundo

conocedor de la política exterior gala. Morny y Saligny se convirtieron en los principales defensores de un crédito que no pertenecía a un súbdito francés; por ello, buscaban la caída de Juárez, quien se oponía a reconocerlo como parte de la deuda. Esto explica, de acuerdo con Hilarión, las numerosas calumnias e imputaciones de los franceses a México. Saligny sabía que el gobierno republicano no le permitía meter mano en el tesoro nacional.³⁵ Así se lo hizo saber el Ministro Romero, quien le informó que sólo se procedería a la liquidación y pago de las reclamaciones de los súbditos franceses, lo que significaba la exclusión del crédito Jecker. Pese a las protestas mexicanas, el crédito fue incluido entre las reclamaciones, pero la muerte de Jecker provocó su supresión. Este suceso no generó ningún pesar en el gobierno imperial, lo cual demuestra que su motivación no era económica. Sin aparecer entre los firmantes, Roma también azuzaba las llamas, pues esperaba que, con la Intervención, se le devolverían sus casas, sus capitales y la influencia perdida.

Frías menciona que México debía en total 82 000 000 de pesos a las tres potencias. La falta de un ejército poderoso ocasionó que el adeudo fuera mayor, ya que la mayoría de las reclamaciones e indemnizaciones eran “absurdas”, además de que no se había percibido ni la tercera parte de lo que se demandaba. Después de aprobar la Convención, los países firmantes se prepararon para mandar sus fuerzas. Sin esperar a sus aliadas, España llegó primero a costas mexicanas. El acto denotó, según el queretano, el “dolo” y “mala fe” que imperaba en la empresa contra México. Ante el arribo de la escuadra hispana, el gobierno asumió una actitud prudente, pues el país no estaba en condiciones de declarar la guerra a los invasores. Por consiguiente, Juárez ordenó retirar el material bélico que había en Veracruz y en San Juan de Ulúa, así como el abandono de la plaza.

Aunque Kératry pensó que la actuación del presidente evidenciaba más intriga que valor, el médico califica su punto de vista de injusto y falso; nadie negaba que el oaxaqueño poseyera un gran valor civil y personal. Sin duda, Juárez podía cometer errores, pero siempre trataba de cumplir con su deber. Cuando se produjo la invasión tripartita, la Nación se encontraba agotada por la guerra intestina y no afrontaría una contra tres países

³⁵ *La Orquesta*, 5 de noviembre de 1868. Hilarión recordaba a Saligny como un hombre educado, pero cuya “política artera y hostil contra los mexicanos” pretendía derrocar el gobierno de Juárez y establecer uno “fabricado con bayonetas”, que reconociera y saldara la “espantosa operación de agio” consumada entre Miramón y el banquero suizo.

poderosos. Por lo tanto, se consideró conveniente realizar una transacción honrosa y no provocar un conflicto fatal para México. El resultado final mostraría que Juárez tenía la razón. Si bien el comandante español Rubalcaba pedía que se le entregara la ciudad, Ignacio de la Llave le contestó que no la abandonarían por miedo, sino porque así se lo pidió su gobierno, de lo contrario habría defendido la inmunidad de su suelo.

El 15 de diciembre la plaza fue ocupada por los españoles. Desde la perspectiva de Hilarión, el hecho era una violación del derecho Internacional y de la Convención de Londres. El 7 de enero de 1862 arribó la expedición anglofrancesa. El bloque tripartita presentó un ejército invasor de 9 610 hombres. Tres días después de su llegada, los invasores publicaron una proclama en la que manifestaron que no tenían intenciones de conquistar el país o de restaurar un gobierno. Sin embargo, la declaración ocultaba los verdaderos motivos de la expedición y constituía una deslealtad para el país. Al presentar las reclamaciones, los ingleses y españoles advirtieron que las francesas resultaban absurdas y exageradas, por lo que se determinó que cada uno de los representantes negociara con el gobierno por separado. La decisión violaba el convenio; en éste se estipulaba que las demandas se presentarían conjuntamente.

La causa de la molestia de los otros representantes fue la postura francesa de exigir el pago de 60 000 000 de francos, entre los que se incluía el crédito Jecker. Cuando se interrogó a Saligny sobre este punto, se mostró ofendido y mencionó que ninguna persona podía cuestionar el valor de sus reclamaciones. El arribo de las tropas intervencionistas sirvió de pretexto para que los “dispersos elementos de la traición” comenzaran a realizar su obra. Juárez acordó que Manuel Doblado se encargara de las negociaciones. Frías menciona que la designación había sido afortunada, pues este personaje no sólo tenía una inteligencia privilegiada, sino que era el primero de los diplomáticos mexicanos y si se proponía un fin, iba directo sin vacilar; incluso como gobernador de Guanajuato demostró sus grandes dotes administrativas.

Pese a que el presidente solicitó su auxilio, éste aceptó hasta que el Congreso le otorgó amplias facultades. El queretano condenaba su proceder pues atentaba contra la Constitución; esas facultades se extendían a la administración interior y a realizar tratados con las naciones extranjeras, siempre que lo juzgara conveniente. Asimismo, señaló que la autorización de esas facultades representaba la abdicación tácita de dicho órgano porque se

otorgaba a Doblado la categoría de dictador. Desde el momento en que tomó la dirección de los negocios públicos, se notó un cambio notable; una “mano firme” dirigía a la Nación y la sacó de la situación desesperada en que se encontraba. Este hombre organizó el Ejército, aumentó las fuerzas nacionales, trató con las tropas reaccionarias que amenazaban a los estados, y decretó que no había propiedad privada, todo pertenecía al país, por lo que se podía disponer de los recursos sin mayores problemas.

Bajo su auspicio se elaboró la ley del 25 de enero de 1862. Frías consideró esta norma más cruel y sangrienta que la expedida por el Imperio el 3 de octubre de 1865, pues en ella no había gradación ni calificación en el delito.³⁶ Se calificaba como infidencia cualquier contacto con el enemigo y se les castigaba con la misma pena. Sin embargo, el médico advertía que la ley liberal tenía la disculpa de haber sido dictada para salvar a la Nación y emitirse por la autoridad legítima; en cambio, la imperial fue promulgada por un “usurpador”. A diferencia de Doblado, Juárez mostró debilidad en sus acciones, puesto que, con la intención de evitar el conflicto europeo, autorizó a sus empleados para recabar certificados de franceses en los que manifestaban que se les trataba bien y que gozaban de todo género de garantías. El queretano pensó que si bien no se evitaría la Intervención, el gobierno no debió rebajar su dignidad al pedir certificados de buena conducta.

En todo caso, lo mejor era marchar a la guerra. Doblado se dirigió a Veracruz a fin de dialogar con los comisionados extranjeros. Fruto de sus negociaciones fueron los preliminares de la Soledad, convenio que se debía considerar como un gran triunfo del diplomático porque logró el reconocimiento del gobierno, la glorificación de la bandera y la promesa de no atentar contra la independencia y autonomía de México. El anuncio del tratado se recibió con público entusiasmo por la mayoría de los mexicanos, a excepción de los conservadores, quienes mostraron su disgusto por un acuerdo que reconocía la autoridad del gobierno republicano. Las concesiones otorgadas a los expedicionarios honraban a Doblado; era un gesto humanitario el permitir que los soldados avanzaran fuera de la “zona del vómito”. Este acto denota que el país no buscaba conflictos, sino que deseaba paz para consolidar sus instituciones y afirmar su autonomía.

³⁶ Basch, *Recuerdos*, 1967, p. 50; Kératry, *Elevación*, 1870, p. 314. Basch acusaba a los franceses de crear la ley del 3 de octubre, mientras que Kératry la consideraba “impolítica” e “inútil”.

El convenio fue aprobado por España e Inglaterra, pero Francia lo rechazó con el argumento de que contravenía a su dignidad; su respuesta era lógica, pues Juárez sólo se comprometía a pagar las convenciones que tenían autoridad de “cosa juzgada”, es decir, “de un asunto que era legal”. Hilarión creía que la guerra se pudo evitar si el gobierno le ofrecía a Saligny una recompensa mayor que la prometida por Jecker. Su opinión resulta curiosa, ya que en 1904 el médico se ofendió cuando Bulnes sugirió la misma salida.³⁷ La llegada de los exiliados Almonte, Haro y Tamariz y Miramón provocó la ruptura de la Convención Tripartita; Doblado pidió el 3 de abril que fueran reembarcados. Pese a que los comisionados de Inglaterra y España estuvieron de acuerdo, Saligny se negó a hacerlo porque, según él, Francia no faltaría a su tradición de amparar a los proscritos, y en especial a Almonte.

El médico manifiesta que México nunca pidió la entrega de aquellos tres, únicamente solicitó la expulsión de unos hombres que trataban de volver desleales a las tropas mexicanas. Los posteriores acontecimientos mostrarían las razones por las que el gobierno mexicano deseaba la salida de Almonte. Aunque el número de personas a favor de la monarquía era reducido, el 20 de abril levantaron un acta que proclamaba a Almonte como jefe supremo de la Nación.³⁸ El pronunciamiento de éste produjo desconcierto en las filas de los reaccionarios, debido a que hería las ambiciones de los principales jefes, entre ellos Zuloaga. A fin de hacer más profunda la división entre las fuerzas conservadoras, Doblado envió un agente de toda su confianza al campo de Leonardo Márquez para que intrigara y ordenó que la caballería nacional se movilizara al lugar en donde se encontraban estacionadas las fuerzas reaccionarias.

La relación de los comisionados se volvió tensa; el 9 de abril se realizó una reunión en Orizaba, en la que el representante español defendió el derecho de nuestro país. La digna actitud de Prim contribuyó a diluir la “laguna de odios” que separaba a México de España y le otorgó un lugar dentro de la gratitud nacional. Dado que los ingleses secundaron la posición de los españoles, los franceses no tuvieron mayor remedio que revelar las intenciones secretas de su gobierno. Las mentiras de los galos provocarían la ruptura de la

³⁷ Bulnes, *Verdadero*, 1904. p. 360 y ss.

³⁸ Ratz, *Querétaro*, 2005, p. 49; Galeana, *Relaciones*, 1991, p. 77. Galeana menciona que se encomendó la tarea de formar el nuevo gobierno a Almonte, debido a que sus ideas liberales sirvieron con el fin de obtener el apoyo de Napoleón y Maximiliano. La formación de un gobierno opuesto al de Juárez constituía un requisito previo para que Francia comenzara la invasión.

Convención de Londres; los españoles e ingleses no podían creer en las aseveraciones de un gabinete que escondía sus verdaderos propósitos. Esto demuestra que la Convención de Londres sólo fue una “pantomima” que se mantuvo vigente mientras Francia no lograra sus objetivos. Frías creía que cuando el pueblo francés pidiera cuentas a Napoleón, le recriminarían más esta ruptura que la derrota del 5 de mayo.

Ante la disolución de los convenios, los ingleses y españoles reembarcaron sus tropas. Desde la perspectiva del queretano, España resultó la gran perdedora, pues sus planes se frustraron. En México se tuvo noticia de que en septiembre de 1861, la reina dispuso que el capitán general de Cuba atacara Veracruz y Tampico; sin embargo, la actitud hostil de Estados Unidos contribuyó a disipar los “ridículos sueños de conquista” de la metrópoli, los cuales se sepultaron para siempre tras la actitud francesa. En cambio, Inglaterra sospechaba de una treta oculta, mas disimulaba con la finalidad de sacar todas las ventajas posibles; por ese motivo, aprobó el aumento del efectivo galo, su avance al interior y otras acciones que violaban el pacto. No obstante, cuando se enteró de la verdadera postura de Francia, manifestó que no se opondría al establecimiento de la monarquía mientras ésta fuera resultado del sufragio libre y universal.

El médico manifestó que la conclusión de la Triple Alianza constituía el primer triunfo moral de la República, pero también dejaba libre el camino a Francia para llevar a cabo sus planes. Así, la Intervención se debía considerar como la primera página del libro de los desastres patrios, en el cual el país galo ocupaba el papel de primer personaje de la tragedia. Con el objeto de continuar con su política deshonesta, los franceses violaron los tratados de la Soledad; situaron a su ejército en Paso Ancho con el argumento de que los mexicanos intentaban asesinar a los soldados que convalecían en el hospital. Hilarión advirtió que las consideraciones de Lorencez resultaban falsas, pues numerosos documentos mostraban lo contrario. La ruptura de dichos tratados constituía un corolario de la “monstruosidad diplomática” originada en la Convención de Londres.

Aunque el Ejército francés ubicado en México era reducido, superaba a cualquiera que éste pudiera oponer. En vista de que el país se encontraba minado por la traición y debilitado por la guerra civil, sólo quedaba morir con honra. Frías afirma que la crítica de Bulnes a Juárez se debía a su falta de previsión de una posible guerra. Sin embargo, el ingeniero no se percató de que nadie conocía la Alianza Tripartita y lo único que se sabía

con certeza era una lucha con España.³⁹ Para enfrentar a esta nación, se contaba con suficientes armas y municiones. De esta manera, el gobierno fue sorprendido por el “ataque alevoso” de Napoleón III que buscaba, según él, “dignificar a la raza latina”. No obstante, el queretano reconoció que el presidente no se preocupaba por el presente, sino por el porvenir: Francia podía traer el número necesario de tropas para realizar la invasión.

En Acultzingo se realizó el primer combate que enfrentó a los “primeros soldados del mundo” en contra de unos hombres iracundos por la “agresión injusta” hacia su país. Si bien al principio se hizo retroceder a los franceses, al final éstos salieron victoriosos. En Puebla se logró el primer triunfo de los mexicanos sobre los galos, pese a que los primeros eran inferiores en número, táctica y estrategia. El médico menciona que la batalla tuvo tres consecuencias: reivindicar a la patria de los insultos recibidos, contribuir a la immortalización de Ignacio Zaragoza y mostrar al gobierno imperial que los mexicanos no se vencerían fácilmente. Hasta la ruptura de los convenios, los conservadores no habían querido tomar partido en una empresa que resultaba incierta. Sólo las personas que conocían el secreto se agrupaban en torno a Almonte, quien pidió que las fuerzas reaccionarias se sumaran a las tropas francesas, pero la disposición no se cumplió.

El énfasis de Hilarión en este punto evidencia su deseo de mostrar la trascendencia del triunfo, pues los mexicanos derrotaron a un ejército compuesto de europeos. Por esta razón, estuvo contrariado con las “apreciaciones injustas” de Kératry sobre el 5 de mayo; no se podía admitir que la retirada de los franceses estaba cubierta de gloria, aunque sí reconocía que se realizó con un orden y una disciplina admirables. Otro de los errores del conde bretón consistía en el número de tropas que participaron en la batalla; las fuerzas liberales que defendían Puebla eran menores a las que los atacaron, lo cual demuestra que Kératry se equivocó cuando expresó que la palabra “patria” no encontraba eco en México. No debía olvidar que unos “soldados mal armados” y “semidesnudos”, pero inflamados de un “gran amor patrio”, arrebataron la victoria a los franceses.

El médico afirmó que el conde tenía razón al sostener que la derrota francesa fue ocasionada por dos factores: la imprevisión imperial y la ignorancia de Saligny, quien dirigía casi toda la expedición. Aunque Kératry admitía que Juárez y los liberales tenían el

³⁹ Pani, *Mexicanizar*, 2001, p. 89. En la prensa mexicana se construyó la imagen de España como potencia enemiga.

mérito de no haber entregado a su país, no reparó en que la Nación entera estaba del lado de los liberales; de otra manera hubiera sido complicado que el gobierno pudiera contener la invasión de una potencia. La falta de apoyo a los franceses impidió que éstos logaran un rápido avance. Lo interesante del asunto radica en que Frías muestra que, por lo menos durante la primera etapa de la guerra, no hubo ayuda explícita de los conservadores; por este motivo, no era posible considerarlos unos “traidores”. Su argumento se reforzaba con la actuación de Almonte, quien recurrió a promesas económicas para tratar de atraer partidarios.

Pese a que en un principio sus invitaciones fueron rechazadas, algunos reaccionarios comenzaron a respaldar a las fuerzas francesas. Mientras los invasores se reponían de sus heridas, el Ejército Nacional se ponía en pie de guerra gracias a que los estados enviaban sus contingentes al “teatro de los sucesos”. González Ortega unió sus fuerzas a Zaragoza para tratar de derrotar a los franceses en Orizaba, pero una serie de errores provocaron el fracaso de la acción. Éste ordenó a González Ortega ocupar el cerro del Borrego a fin de facilitar la toma de la ciudad. El sitio era de difícil acceso, por lo que la tropa llegó cansada y procedió a dormir. El queretano menciona que diversos “autores extranjeros” afirmaban que los soldados galos descubrieron la estratagema mexicana; sin embargo, las mujeres que acompañaban a las tropas detectaron la ubicación, pues ellas fueron a Orizaba a buscar provisiones y delataron a sus hombres. Los franceses sorprendieron a unos “soldados cansados”, quienes presentaron una gran resistencia, aunque cayeron derrotados.

Lo anterior muestra que era falso el triunfo de los franceses por su táctica y valor; más bien la victoria se obtuvo a causa de una sorpresa “vulgar y cobarde”. A pesar de perder 450 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, los demás se salvaron gracias a la energía y valor de los jefes y oficiales. Nadie podía negar que el resto del Ejército mexicano regresó en perfecto orden. En septiembre de 1862, Forey llegó al país con un ejército de 30 000 efectivos y con el propósito de sustituir a Lorencez. Frías manifestó que el acto de Napoleón pretendía resarcir su error; si en un inicio no había mandado un contingente importante se debía a su creencia de que los “mejores soldados del mundo” podían vencer a unos militares republicanos que se consideraban “cobardes y desleales”. Uno de los primeros objetivos de Forey fue destituir a Almonte bajo el argumento de que

éste erigió un gobierno sin el apoyo de la gente. La disposición de acabar con el “gobierno efímero” de Almonte partió de Napoleón, quien no toleraba que un “ambicioso audaz” ocupara un “puesto imaginario”.

Almonte reconocía que los franceses lo habían “corrido a patadas”, mas su “locura” no le había permitido darse cuenta de que un gobierno se sostenía con dinero, hombres y prestigio. Forey lo despertó de su sueño. El 24 de septiembre de 1862, el general francés emitió una proclama en donde manifestó que su intención no era derrocar a Juárez e instaurar un mandato sustentado por las armas francesas. Sin proponérselo, el comunicado descubría los verdaderos motivos de Napoleón. Pese a que el oaxaqueño continuaba en el poder, Maximiliano decidió dictar algunas leyes y comenzó a nombrar nuevos ayuntamientos a través del sistema de notables. Quienes no aceptaban el nombramiento, eran mandados a Martinica, lugar al que también enviaron a los prisioneros de guerra. El exilio forzado se produjo por el decreto del 24 de octubre de 1862, el cual señala que los mexicanos estaban obligados a desempeñar los cargos y comisiones que les confirieran. Si no lo hacían, serían juzgados como reos de desafección, por lo tanto, se les expulsaría del país entre seis meses y dos años. Este decreto también se utilizó por el Imperio para castigar el mismo delito.

Por su parte, Juárez dispuso fortificar Puebla, mientras el Ejército francés no avanzaba. La orden se explicaba por dos razones: su imprevisión, pues carecían de transportes para movilizar a las tropas y pertrechos de guerra, y la actuación de las tropas mexicanas que destruían todo aquello que podría haberles servido. Frías menciona que los medios de transporte fueron facilitados por el gobierno norteamericano; así, se buscaba que los rebeldes sureños no recibieran ayuda de los franceses. En su afán de ganar las simpatías de éstos, los estadounidenses no permitieron la salida del armamento que los liberales compraron en su país. Sin embargo, los políticos de ese país desconocían que a Napoleón no le importaba el posible expansionismo sureño, que representaba un peligro para México y América Central, sino quedarse con Sonora, levantar un trono y vigorizar a la raza latina contra las tendencias anglosajonas.

Por otro lado, Kératry opinó que la inacción de Forey había evitado que el país se ocupara rápidamente y se recurriera al pillaje. El médico afirma que el conde olvidaba el esfuerzo del Ejército mexicano, que hizo lo posible para detener el avance de los franceses.

Éste estaba consciente de su inferioridad numérica y material, pero sus integrantes se disponían a morir por su suelo y por su bandera. El bretón debía recordar que las grandes victorias eran alcanzadas por los ejércitos pequeños. El queretano creía que el verdadero motivo por el cual Forey no se movilizó con rapidez fue su deseo de lograr una victoria contundente que le permitiera acceder al bastón de mariscal. Los franceses sitiaron Puebla durante 56 días. Para Hilarión, el sitio de Puebla constituía una de las más “grandes páginas de la historia nacional”: los franceses no la tomaron, más bien los mismos mexicanos la entregaron.

En el cerco se demostró su capacidad y valor; se perdió un ejército, mas se salvó la honra nacional. La decisión de encerrar al ejército en Puebla era consecuencia de la lucha de Juárez a toda costa por la independencia del país con los pocos recursos que contaba. Los soldados estaban convencidos de que combatirían hasta morir a fin de salvar el decoro de la Nación. Forey mentía al afirmar que la “honrosa ocupación” de Puebla había sido una gran “hazaña militar”, puesto que se debía calificar como una “victoria humillante y vergonzosa” para un hombre que alcanzó el bastón de mariscal, pese a que no logró romper los muros de la ciudad sitiada. Como premio al valor demostrado por los soldados republicanos, Forey ordenó que la mayor parte de los prisioneros engrosaran las filas del general Márquez; otros fueron enviados a trabajar al clima mortífero de la costa y los jefes fueron deportados. El general francés también dispuso confiscar los bienes de quienes combatieron la Intervención.

El médico afirma que la caída de Puebla provocó el desmoronamiento de la moral pública. Aunque Bulnes acusó a Juárez de cometer un error al crear un mando bicéfalo en el ejército que defendió a Puebla, Frías menciona que el presidente había procedido adecuadamente, ya que se permitió que González Ortega e Ignacio Comonfort actuaran con libertad y tomaran las determinaciones necesarias, sin esperar a que uno u otro se las autorizaran. Sin el mando bicéfalo, el Ejército del Centro corría el riesgo de quedarse sin general en jefe. Ante el inminente avance de los franceses a la capital se dispusieron varias medidas: Juárez se dirigió a San Luis Potosí, el Congreso se clausuró y los empleados de la Nación salieron al interior. El queretano señala que estos hechos evidenciaban el “pánico” del gobierno; en su opinión, éste debía permanecer en su puesto hasta el final. Con la acción de Juárez daba inicio a su largo peregrinar por el país. La burocracia mostraba una

“gran lealtad” por el “gobierno caído” y lo seguía a todos lados, por esta razón, el Benemérito decidió despedirlos.

El presidente continuó organizando la defensa hasta donde pudo, pese a que se disolvían todos los elementos de resistencia, no por su impericia, sino por la desmoralización, producto de la destrucción del Ejército de Oriente y la ocupación de la capital por los franceses. La resolución de Juárez de defender la bandera republicana ayudó a que el país recobrara la confianza perdida. El oaxaqueño se convirtió en el centro de la resistencia nacional. Su fuerza material y su vigor moral serían indispensables para lograr el triunfo de la República. La decisión de internarse en el país no resultaba sorprendente; desde 1862, manifestó que su tarea como jefe del Ejecutivo consistía en conservar el poder y sostener la guerra hasta que el enemigo reconociera la justicia de la causa mexicana.

Juárez era un esclavo del deber; no podía desertar a la hora del peligro para dejar al pueblo que lo elevó a la presidencia. Su fuga habría significado el fin de las esperanzas de la Nación, sobre todo después de observar que el Ejército se comenzó a disolver debido a las deserciones en masa. Hilarión menciona que tras la “depresión moral” se volvieron a reunir fuerzas con el objetivo de combatir a los invasores. El médico asevera que la salida de Juárez de la capital provocó dos fenómenos: mientras los pobladores del interior salían a las calles a aclamar al grupo representante de la “soberanía popular” expulsada por el extranjero, en la ciudad se ensalzaba la Intervención por sus “partidarios vergonzantes”, los “tránsfugas” y los que querían un empleo. Forey entró a la capital el 11 de junio. A su derecha estaba Almonte; a su izquierda, Saligny, y en la espalda, Márquez. Kératry pensaba que el entusiasmo del pueblo era ficticio, pues los adornos fueron pagados por el tesoro francés.

Sin embargo, Frías no lo consideraba así; decía que la población presenciaba el acontecimiento con curiosidad, pero también con “rabia en el alma” a causa de la profanación de su suelo. Quienes estaban entusiasmados de verdad eran los reaccionarios, los propietarios, y los que se creían aristócratas. Después de que tomó la ciudad, el general en jefe dictó varios decretos. El primero fue el del 15 de junio; en él se volvía a permitir la publicación de periódicos, con la condición de que no discutieran de política, religión o criticaran a los empleados administrativos. En caso contrario, serían amonestados en dos

ocasiones, y a la tercera, se suspendería su impresión.⁴⁰ No todos los decretos que emitió el general francés fueron benignos. Algunos violaban las garantías individuales; por ejemplo, el del 20 de junio, que dispuso la organización de las cortes marciales, las cuales prescribían la muerte inmediata de los “defensores del país”, a quienes se calificaba de “bandidos” y por lo mismo, se consideraban fuera de la ley.

Hilarión reconocía que las cortes marciales habían terminado con verdaderos bandidos; aunque la mayoría de las ejecuciones se realizaron en contra de soldados que defendían la independencia de su país. No se tomaba en cuenta que los franceses carecían de derechos para juzgar a los mexicanos; por este motivo, pasarían a la historia como unos “asesinos”. Se olvidaba que eran justas las acciones del invadido para exterminar al invasor. Cuando se trataba de defender a la patria, cada crimen se convertía en un derecho y cada atentado en una virtud. También se estableció la picota: muchos hombres fueron sometidos a los azotes sin que mediara juicio. De esta manera, las cortes marciales tuvieron la misión de aterrorizar a la población. En cada lugar ocupado por los franceses se estableció una; éstas funcionaron hasta 1867. El terror no sólo era oficial, sino también clandestino; se engañó a muchos generales para que regresaran a la capital y cuando estuvieron ahí, se les deportó.

Otro de los decretos que atentó contra los mexicanos ordenaba la confiscación de las propiedades y el reglamento de alojamiento. Frías opinó que estos “actos salvajes” fueron aprobados por el Ejército francés y el poder Ejecutivo provisional que, mediante Almonte, condecoró a Saligny y Forey con la cruz de la orden de Guadalupe. Además de aceptar todas las resoluciones de los franceses, la regencia los declaró vigentes. La ocupación de México generó diversas reacciones en Europa: España discutía si se debía reanudar la Convención de Londres y si Prim hizo lo correcto al retirarse. Inglaterra no atendía los sucesos, más bien calculaba los intereses de la deuda; en Francia, se comenzó a germinar una oposición en la Cámara, pese a las mentiras de Billault, que disfrazaba los hechos, y el resto de Europa esperaba el desenlace de los acontecimientos.

⁴⁰ *La Orquesta*, 5 de noviembre de 1868; Pani, *Mexicanizar*, 2001, p. 314. Hilarión afirma que “la expresión libre del pensamiento” era una de las tantas farsas que simuló el poder imperial, pues en el fondo se seguía la ley de imprenta francesa. Sin embargo, Pani menciona que la ley no aseguraba una completa libertad de prensa; ésta fue bastante laxa e incluía restricciones típicas de la época, las cuales evitaron que la prensa se erigiera en juez de las acciones del poder público.

La toma de la capital permitió que se empezara a desarrollar el plan de Napoleón, es decir, la instauración de un gobierno monárquico que diera garantías a Francia sobre el pago de la deuda de guerra y mostraría sumisión a sus mandatos. Los reaccionarios tenían la esperanza de que los franceses derogaran las Leyes de Reforma. Sin embargo, para su sorpresa Forey se negó a hacerlo y no consintió en que se devolvieran los bienes a la Iglesia. Otro factor que provocó fricciones entre los franceses y los conservadores fue el asunto de los alojamientos: ninguno de los dos grupos estaba de acuerdo con la forma de realizarlos. Puesto que se necesitaba probar que el gobierno había emanado del sufragio popular, Saligny sugirió a Forey nombrar nuevas autoridades que carecieran de códigos políticos y estuvieran bajo su influencia. Por ello, se nombró un prefecto político, un prefecto municipal, un ayuntamiento y un consejo de gobierno.

El Consejo se encargaría de designar un triunvirato y a 231 notables que escogerían el tipo de gobierno que convenía a México. La elección de los notables recaería en los reaccionarios más renombrados; aunque algunos liberales moderados fueron invitados a participar, éstos se negaron a concurrir. Hilarión calificó a la Asamblea de Notables como una “parvada de hambrientos” que buscaban ocupar los puestos políticos de donde los arrojó Juárez. La salida de Saligny representó un duro golpe para los conservadores, quienes se dieron cuenta de que sus proyectos no se realizarían como lo pensaron porque ya no se contaba con el apoyo de uno de los principales promotores del Imperio. Frías y Soto considera que la partida del francés mostraba que Napoleón pretendía dar un nuevo giro a la situación del país, pues excluyó de la escena pública a un hombre que sólo prodigaba insultos a la Nación y se presentaba en los actos oficiales de manera inconveniente.

El 10 de julio se decidió adoptar una monarquía católica que estaría encabezada por Maximiliano. Si él no aceptaba, Napoleón podía nombrar a otro candidato. Frías manifestó que este suceso constituía la mayor humillación que los franceses hicieron a México. Después de conocer el voto de los notables, algunos personajes cambiaron su posición política y aparecieron periódicos que se mostraban a favor del Imperio. La Asamblea referida eligió una comisión a fin de ofrecer el trono que tanto ansiaba el partido imperialista. El 3 de octubre de 1863 se propuso la corona a Maximiliano en un acto donde González Estrada, según el médico, hizo una “invocación rastrera”. Para aceptar la corona,

Maximiliano pidió que se le ratificase con votos y que las demás naciones europeas le diesen garantías suficientes.

Se decía que el archiduque no aceptó la propuesta porque creía que la Junta de Notables no contaba con la autoridad suficiente para otorgarla. Pero en realidad estaba asustado por la “gloriosa resistencia” en Puebla y por la falta de apoyo de Inglaterra. Pese a avistar el porvenir que le esperaba, tuvo la imprudencia de acceder. Cuando Napoleón se enteró del planteamiento de Maximiliano, ordenó que el Ejército francés ayudara a reunir la votación con la finalidad de favorecer el Imperio. Así, éste se erigió con el respaldo de las bayonetas. La tarea de conseguir los votos sería emprendida por el general Aquiles Bazaine, que llegó a sustituir a Forey, quien regresó a Francia para recibir el bastón de mariscal.

El queretano menciona que Forey participó en varios “actos infames” antes de partir. Uno de los más conocidos ocurrió en Tlalpan, lugar en donde, a causa de una disputa, murió un zuavo. Ante este suceso, los franceses dispusieron que las autoridades de la población pagaran una multa de 6 000 pesos en un plazo de cuatro días. Además, se suspendió la administración de justicia, se aprehendió a varios vecinos que fueron llevados a la ciudad y se dispuso que, por cada soldado muerto, se fusilara a un vecino. Si no se obedecían las órdenes señaladas, se incendiaría la ciudad. Una de las primeras acciones de Bazaine consistió en tratar de desalojar a las fuerzas irregulares en los alrededores de México. En vista de que no las encontró, quemó el pueblo del Ajusco, lo cual aumentó la antipatía que se sentía hacia el invasor.

A sugerencia del general, el arzobispo Labastida fue separado del Consejo de la Regencia, pues decía que sus intrigas entorpecían la administración y dificultaban los proyectos de intervención, a diferencia de Almonte, que se mostraba como un dúctil y complaciente instrumento de Napoleón.

Aunque se ofreció el trono al francés hasta octubre, el 5 de septiembre ya había firmado el tratado de Miramar, que era muy ventajoso para México en su parte política, mas no en la del empréstito. El contrato “ilegal e inicuo” mostraba que el archiduque era un diplomático más suspicaz que Napoleón, quien suscribió un “pagaré de honor” que lo cubriría de infamia cuando no lo saldara. Ese mismo día se signó el pacto de familia que implicaba una concesión de Maximiliano al emperador de Austria en un momento de

“debilidad incalificable”. Por el convenio, el futuro monarca renunciaba a sus derechos de primer agnado de la familia imperial y a las dotaciones provenientes del fondo patrimonial. De acuerdo con el médico, el acuerdo era vicioso en esencia y fórmula; por tal razón, este personaje intentó más tarde retomar sus derechos.

En noviembre de 1863 comenzó la campaña en el interior del país. Bazaine determinó que el Ejército se dividiera en dos grandes columnas: una se dirigiría a Morelia y la otra a Querétaro. La vanguardia de la primera fue comandada por Márquez, mientras que en la avanzada de la segunda iba Tomás Mejía. Las fuerzas intervencionistas ocuparon el territorio que abarcaba de San Luis Potosí a Morelia y de México a Guadalajara. A pesar de no contar con armamento, las fuerzas liberales empezaron a “molestar” a las fuerzas francesas en diversas partes del país. La estrategia que se eligió fue el uso de guerrillas, ya que el grueso del Ejército tenía la orden de retroceder conforme avanzaran las tropas invasoras. Si bien algunos hombres “impacientes” pedían que se librasen grandes batallas, Juárez estaba consciente de que los soldados mexicanos no podían hacerlo porque carecían de la preparación y del armamento que tenían los galos. A esto se suma que el Ejército de Oriente había desaparecido tras los sucesos del sitio de Puebla.

Unos cuantos oficiales experimentados y una tropa reclutada por la leva no tenían posibilidades de triunfar en una batalla frontal con los “primeros soldados del mundo”. Ante estas circunstancias, el presidente decidió que el Ejército se desplegara y atacara a los invasores en sus puntos más débiles. La resolución de Juárez evidencia que se buscaba ganar tiempo para disciplinar a la milicia e instruirla; además, se pretendía refrenar la discordia generada entre las autoridades liberales y vigilar la “traición” que se infiltraba en algunos puntos. Indudablemente, el Ejército francés era superior en número, armamento, disciplina y dirección. La tropa mexicana no podía batirse de frente con la francesa, por lo que resultaba una mejor opción la retirada general para conservar elementos de guerra con los cuales prolongar la resistencia.

A fin de poner un freno, el gobierno galo dispuso la formación de una contraguerrilla que realizó una cruenta contienda de exterminio contra los “defensores de la patria”. Entre los actores del combate, destacó Dupin cuyas “hazañas” en Tamaulipas constituían la “mancha más sucia que llevó la bandera imperial al volver a Francia”. Pese a las derrotas, los soldados republicanos no desertaron y no conspiraron contra el presidente.

A pesar de la distancia, los generales trataron de comunicarse con el mandatario para darle parte de sus operaciones, pedir instrucciones y obedecer las órdenes. La subordinación de los soldados permitió darle inconmensurable fuerza a Juárez y salvar a la República. El oaxaqueño nunca receló de sus soldados; a quienes lo merecían, los elevó a los puestos más importantes. Si creó un mando conformado por varios jefes en el Ejército, se debía a que la situación militar así lo exigía. Aunque algunas divisiones se disolvieron a causa del cansancio, el hambre y la falta de recursos, éstas no reconocieron al Imperio y capitularon de manera honrosa.

Los errores bélicos cometidos durante esta guerra no podían atribuirse a Juárez, que no era soldado, ni a los jefes del Ejército (soldados improvisados). No había guerreros tácticos iguales o superiores a los franceses en el país, sólo “patriotas abnegados” que se sacrificaban por la Nación. Si bien el Ejército mexicano presentó algunas batallas frontales, la buena suerte no estuvo de su lado, motivo por el cual el presidente tuvo que huir al norte del país y dejar el camino libre, para que el nuevo César se aprestara a ceñirse la corona forjada por Francia. La heroica y penosa resistencia, después de 1864, no acabó con el prestigio de la causa nacional en Europa y Estados Unidos. Por el contrario, sirvió de incentivo para admirar el valor y la abnegación con que luchaba el pueblo mexicano contra “los primeros soldados del mundo”. También alentó en Francia la oposición y mantuvo la simpatía del pueblo norteamericano por la lucha republicana.

El Imperio

El 10 de abril de 1864 la diputación mexicana fue recibida en Miramar con el objetivo de informarle que Maximiliano aceptaba el trono. El futuro monarca juró defender la independencia del país, procurar su prosperidad y conservar la integridad del territorio. Hilarión afirma que Juárez envió a Jesús Terán para disuadir al archiduque de no tomar la corona; sin embargo, sus tentativas fracasaron, por lo que Maximiliano marchó “ciego a su fatal destino”. Los archiduques se dejaron llevar por las alas de una ambición impulsada por la “villana inspiración” de Napoleón. Antes de emprender su “aventura americana”, estos personajes decidieron romper los lazos que los ataban a Europa, por tal razón, visitaron las cortes de Austria, Bélgica, Francia e Inglaterra y se entrevistaron con el Papa.

El nombramiento del nuevo emperador generó la protesta de Estados Unidos, nación que lo consideró un atentado a la soberanía de México e hizo patente que no reconocería la monarquía. Esta opinión no le preocupó a Maximiliano ni a Napoleón, sobre todo porque se limitó al ámbito diplomático y no se reflejó en hechos reales. Si bien el pueblo norteamericano y los militares buscaron una acción más decisiva de su gobierno, éste prefirió mantener la presión en el plano diplomático. A su llegada a Veracruz, los emperadores tuvieron un recibimiento frío y receloso de la población. Frías menciona que los fondos municipales costearon los adornos que se colocaban en los pueblos por donde éstos pasaron. Cuando entraron a la ciudad de México, se dirigieron a la villa de Guadalupe, una tradición que provenía de la época colonial, pero que, según el queretano, ellos no debieron continuar para evitar que se concibieran como unos “simples virreyes”.

En las festividades organizadas en su honor, se notaba que las clases acomodadas estaban más entusiastas, mientras que el pueblo permanecía mudo y con “retraimiento glacial”. El autor enfatiza esta división con el propósito de mostrar que la fórmula republicana era inherente al pueblo; en cambio, las clases acomodadas apoyaban la monarquía. La calma que imperaba en el país al arribo de Maximiliano se produjo a raíz de que los dos partidos habían tomado un descanso antes de trabar nuevos combates. Después del “teatro que se armó” con su llegada, Maximiliano se dio cuenta que carecía de respaldo, pues no existía el partido Imperialista del que se le había hablado. El médico pensó que, si no se formó un partido que lo amparara, era debido a que los conservadores comprendieron que el emperador no sería un “Zuloaga segundo”. Además, cuando se percataron de que los franceses respetaban las leyes de Reforma, comenzaron a temer por su futuro y decidieron alejarse del archiduque.

El mismo emperador les dio el tiro de gracia, ya que decidió seguir por el camino de la Reforma. Aunque Frías aclara que no se podía considerar al francés un insigne representante del reformismo porque permitió que el catolicismo se volviera la religión de Estado, toleró el culto público y dejó subsistir las comunidades religiosas.⁴¹ Los

⁴¹ Galeana, “Prólogo” en Ratz, *Querétaro*, 2005, p. 13; Galeana, *Relaciones*, 1991, pp. VI-VII, 46, 54, 123-158. Galeana considera que Maximiliano ratificó las leyes de Reforma con el objetivo de controlar a la Iglesia. La política eclesiástica del emperador coincidía en muchos aspectos con el pensamiento juarista y la reforma de 1833. La autora sostiene que el archiduque realizó una mezcla de las reformas de 1833 y 1859, pues no sólo pretendía ejercer el Regio Patronato, sino que también otorgó libertad de culto, ratificó la nacionalización de los bienes y suprimió el pago de las obvenciones parroquiales. Por sus acciones relativas a

conservadores sabían que no continuarían bajo el mando de un hombre que lastimaba sus creencias religiosas. Su fanatismo constituyó la principal razón por la cual el archiduque los excluyó de su entorno político. Él no podía destruir las libertades ganadas por la Reforma, dado que poseía un pensamiento liberal e ilustrado. El Imperio con el que soñaba era de tendencia progresista; por consiguiente, llegó a una disyuntiva que sería el “germen de su desgracia”: se vinculaba a los conservadores y entraba en pugna con el elemento progresista francés o se enfrentaba a los clericales, con lo que el partido Imperial se convertía en una tercera entidad de carácter personalista.

El dilema evidencia que el Imperio era un “engendro inviable” y que llevaba en su seno la “semilla de su muerte”. Frías advertía que este pronóstico no lo realizaron las notabilidades políticas de Europa, pero sí llegaron a ella los “oscuros periodistas” que auguraron el final del Imperio desde sus inicios. Con falsa modestia, el queretano se situaba entre esos “oscuros periodistas”, pues decía que en 1862 había profetizado la ruptura de la Convención de Londres, la fuga de Francia y la caída del Imperio. Además, mencionaba que Maximiliano comprendió que no podía encontrar sostén entre los liberales exaltados, ya que éstos se mostraban hostiles al Imperio y no estaban dispuestos a renunciar a los principios de la legalidad republicana. Para ellos, era inconcebible apoyar a un rey impuesto por extranjeros.

El emperador tampoco encontraría respaldo entre los “hombres de orden” que carecían de fuerza y poder, ni en el pueblo que odiaba a los franceses y detestaba al Imperio por comprometer la independencia del país. Este último factor fue determinante para que el Imperio no triunfara, pues un gobierno no sobrevivía sin el apoyo de la voluntad nacional. Frente a estos sucesos, el archiduque recurrió a los liberales moderados y a los “maximilianistas” a fin de conseguir soporte a su proyecto.⁴² El queretano manifiesta que el grupo de “maximilianistas” a su favor era reducido. Si bien unos cuantos se adhirieron al Imperio por el deseo de obtener dinero, la mayoría le fue leal, a tal grado que olvidaron sus

la política eclesiástica, Galeana pensaba que Maximiliano había realizado una tercera reforma; no se podía afirmar que había engañado a los clericales, ya que escuchó sus ideas y declaró el catolicismo como religión de Estado. Sin embargo, era evidente que no respondió a las expectativas de la Iglesia y los conservadores.

⁴² Pani, *Mexicanizar*, 2001, pp. 311, 316, 353; Ratz, *Querétaro*, 2005, p. 19; Galeana, *Relaciones*, 1991, pp. 46, 87. El establecimiento del régimen imperial provocó un reacomodo de las fuerzas políticas. Antes del Imperio, existían tres proyectos políticos y sociales: el administrativo y racionalizador de los liberales moderados, la utopía moral de los conservadores y la república de los puros. El emperador buscó rodearse de hombres de todos los colores políticos: su ideal era crear una unidad nacional basada en la asociación de los opuestos. Sin embargo, en su proyecto de nación dio preferencia a los liberales.

antiguas alianzas y pusieron todo su empeño en consolidar el trono de un hombre que les causaba una gran fascinación por su “irresistible ascendiente”. Los verdaderos “maximilianistas” lo seguirían hasta el final de su aventura, mientras que los “parásitos” se alejaron para tratar de salvar a sus personas y bienes.

Desde la perspectiva del médico, la vinculación del emperador con los moderados constituyó un grave error, debido a que éste trató de construir un partido que sería sostenido por “amigos dudosos”. Maximiliano no reparó en que la política fusionista provocaba desgracias en los gobiernos que la ensayaban. El escritor mostró menosprecio por los moderados; según él, no era posible estimar a quienes buscaban el éxito de sus proyectos y, por esa razón, daban prioridad a sus intereses sobre los del país. Su peor pecado fue la ausencia de un dogma político definido. Ellos se adaptaban a cualquier tipo de gobierno, mientras les garantizara acceso a los recursos económicos. Los moderados nunca se portaron como hombres de gobierno, sino como unos individuos dispuestos a la “transacción” y a la “absurda conciliación”. Sólo se interesaban en el poder, los empleos, la posición y la fortuna. No luchaban; más bien surgían de la nada para apoderarse del botín y desaparecer a la hora del peligro.

La opinión del queretano no resulta exagerada; la mayor parte de la clase política mexicana consideraba que los moderados tenían una gran capacidad para acoplarse a distintas opciones de gobierno. Además, estaban dispuestos a sacrificar ciertos principios a cambio de afianzar otros. Pani menciona que a estos hombres se les podía imputar falta de lealtad, pero no de congruencia.⁴³ Frías reconocía que la unión con los moderadores representaba el único camino que le quedaba al emperador, pues sus principios avanzados chocaban con los retrógrados. Esta circunstancia debió servirle para entender que el proyecto imperial era irrealizable. Si no llegó a esa conclusión, se debió a que los “vástagos de las dinastías” no comprendían que, en el “suelo democrático” de América, las monarquías constitucionales y progresistas no tenían cabida.

Aunque Francia estaba empeñada en instalar un trono, requería amalgamar los dogmas conservadores con sus principios reformistas; se trataba de una tarea imposible de realizar en el “país clásico de la democracia”. El viejo mundo pretendía establecer un

⁴³ Pani, *Mexicanizar*, 2001, pp. 49-50; *Idem*, *Segundo*, 2004, p. 69. Pani menciona que, en aras de la conciliación nacional, y con excepción de Iglesias y Sierra, fueron pocos los escritores que se detuvieron a reflexionar sobre la participación de los moderados en el Imperio.

Imperio en México, sin conocer la verdadera situación del país. Maximiliano continuó con el plan monárquico porque debía plegarse a la política francesa, lo que resultaba una consecuencia forzosa de quien se empeñó por el “mal camino”. Durante los primeros tres meses de su gobierno, el emperador mostró una “inercia sorprendente”; no reparó en que los ramos administrativos exigían un rápido remedio. Únicamente se ocupaba de cosas banales y dejaba que la Nación marchara bajo los designios de los galos, quienes controlaban la administración de la justicia mediante las “terribles” cortes marciales y la militar, que estaba en manos de Bazaine. La administración política se dirigía sin dirección y de acuerdo con las disposiciones del ministerio.

Sin embargo, dentro de los ramos en los que tenía injerencia, el archiduque ejerció un despotismo absoluto; legislaba según su voluntad soberana, administraba sin ley de presupuestos y disponía a su antojo del tesoro mexicano. Como Maximiliano se dio cuenta de que era un “soberano inútil”, decidió viajar por el interior del país. La idea resultaba buena porque podía conocer el territorio antes de proceder a la obra de su regeneración. Su tránsito sin contratiempos garantizaría la consumación del empréstito francés, pues con ello demostró que la paz regresaba al país. El 13 de octubre de 1864, el emperador salió de la ciudad de México hacia Querétaro. El médico creía que este suceso denotaba una primera separación entre Maximiliano y los franceses, ya que éste no esperó hasta el día 15, fecha en que se celebraría una fiesta en honor de Napoleón.

A lo largo de su trayecto, en Querétaro y en todas las poblaciones por las que pasó, el emperador comenzó a cambiar el elemento conservador por hombres menos intolerantes y reaccionarios. Ahí tuvo su primera colisión con la “omnipotencia” del clero; el obispo Gárate se negó a alojarse en un lugar que no fuera de su dignidad. Hilarión argumenta que el proceder del obispo se justificaba en tanto se produjo una separación entre la Iglesia y el Estado, razón por la cual tenía soberanía y podía tomar decisiones sobre los actos de sus prelados. Ante la desobediencia de Gárate, Maximiliano amenazó con notificar al Papa sobre la situación, por lo que al clérigo no le quedó más que emprender un viaje a la sierra para impartir los sacramentos.⁴⁴ Según el queretano, la conducta del archiduque denota que

⁴⁴ Ratz, *Querétaro*, 2005, pp. 122, 128; Galeana, *Relaciones*, 1991, p. 99. Aunque Ratz menciona que el conflicto con Gárate fue producto de una equivocación, pues no se informó al emperador que el obispo estaba enfermo. Galeana confirma el relato de Frías y menciona que el eclesiástico sí se mostró rebelde con

Francia malgastó su dinero y la sangre de sus soldados; no era admisible que un emperador fungiera como lego de los obispos.

La excursión de Maximiliano sirvió para quitarle la venda de los ojos y mostrarle que el Imperio era impopular. Pese a buscar que los liberales ocuparan los cargos en todos los pueblos que visitó, sus gestiones tuvieron escasa fortuna, e incluso hasta los “indiferentes” le volvían la espalda, lo que le provocó una gran “desilusión”: comprendió cuál era la verdadera situación del país. El archiduque poseía una “gran inteligencia” y un “recto juicio” que le permitía entender las situaciones. Sus graves errores fueron producto de la incongruencia de su carácter; por lo regular, tenía una mala primera impresión, mas después de reflexionar la modificaba. Como ejemplo, Frías recuerda la ceremonia del 16 de septiembre que se realizó en el pueblo de Dolores.

Quizá por el “recuerdo glorioso del lugar” o por su deseo de conciliar la simpatía del pueblo mexicano, el archiduque pronunció un discurso, enfatizando palabras como “nuestra patria”, “nuestra águila”, “nuestra bandera” y “nuestra independencia”, mismas que resultaban “venales” e “inoportunas”, las cuales no podía decir un emperador que debía su gobierno al apoyo de las armas extranjeras. Su “inconsecuente” discurso provocó que los conservadores lo consideraran un “orador de club popular” y los liberales escucharan sus palabras como un “insultante sarcasmo” y una “farsa ridícula”. En cambio, el queretano señaló que las dos posiciones eran injustas: si Maximiliano cometió un error político fue por su entusiasmo; dicha situación se repetiría en los siguientes años. No podía concebirse un defensor de la independencia de México; su trono se logró a raíz de una intervención armada que cambió las instituciones del país.

La conservación del territorio no constituía una prueba de independencia: la Nación estaba ocupada por los franceses, era gobernada por un monarca extranjero y no se ejercía ningún derecho político porque así lo impedían las bayonetas galas. A su regreso a México, Bazaine reveló la gravedad de la situación del Imperio: el tesoro se arruinó, el clero mostraba hostilidad y las autoridades imperiales eran ineptas y corruptas. Ante tales circunstancias, y como resultado de sus andares en el interior del país, el emperador decidió alejarse de los partidarios de la intervención y adoptar una política liberal en su ministerio.

Maximiliano. Durante su estancia en Querétaro, el archiduque nombró un nuevo consejo municipal y cambió al rector del colegio civil.

El problema residía en que tenía el “alma templada para los grandes heroísmos”, mas no para las grandes resoluciones, por lo que sus proyectos no dieron los resultados que esperaba. A fin de llevar a cabo la renovación gradual de su gabinete, separó a los reaccionarios, que no se distinguían por su pureza o ilustración, y comenzó a integrar a los liberales.

Hilarión menciona que los liberales al servicio de Maximiliano fueron infieles con su patria, pero leales a su soberano. Algunos aceptaron el trono como tabla de salvación; otros, para hacer una fortuna. No era posible anatematizar a los primeros, sino señalarles su error, mientras que no se debía perdonar a los segundos. Si el monarca atraía partidarios, se debía a la simpatía que emanaba; no obstante, hubo momentos en los que fracasó en su seducción, tal como se vio en el caso de Fernando Ramírez, quien sólo hasta el final de la monarquía fue convencido por la emperatriz de integrarse al gabinete. Junto con Ramírez, entró Manuel Orozco y Berra, un hombre instruido, probo y lleno de lealtad. Si bien ambos fueron acusados de infidentes, el queretano pensaba que la imparcialidad de la historia exigía que se consignaran las “virtudes privadas” de quienes se dejaron arrastrar por un error de su conciencia. En un tono conciliador, Frías creía que se necesitaba levantar la “excomuni3n política” que pesaba en estos individuos, cuyo único pecado consistió en defender un proyecto err3neo.

La situaci3n en el 3mbito militar tampoco fue de lo m3s halagüeña. Los franceses mantenían la regla invariable de callar sus derrotas, con el objeto de presumir que salieron invictos y nunca retrocedieron ante sus enemigos. Ellos no reconocían que se retiraban del campo de batalla cuando perdían m3s de dos hombres y aunque derrotaran a los republicanos, sólo hacían valer su condici3n victoriosa en los terrenos que pisaban. Se calcula que 43 000 hombres sostenían a Juárez en distintos puntos del pa3s. La jefatura militar gala se percató de que tenían que realizar varias campañas para acabar con los republicanos. Bazaine ordenó que se abrieran dos frentes: uno en Oaxaca, encabezado por él, y otro en Chihuahua al mando de Castagny. Seis meses le tomó al general preparar la campaña contra Oaxaca, lugar que cay3 después de siete d3as de un formidable bombardeo, y tras agotarse los elementos de defensa con los que contaba la pequeña guarnici3n que defendía la ciudad.

Por otra parte, Porfirio Díaz se entregó prisionero y la capital fue ocupada por los franceses. Pese a la derrota, Félix Díaz y el general Figueroa continuaron con la oposición en el resto del estado. Las victorias obtenidas por los francos no acabaron con la resistencia de los republicanos, quienes no descansaron ni un día en su combate por la patria. A excepción de Guanajuato y Querétaro, encerrados por los franceses en un círculo de hierro, la tropa mexicana peleó en todos los rincones del país. En Michoacán se realizó una “campana heroica” que causó desilusión a los galos y desaliento en las fuerzas conservadoras. Los pueblos de este estado se levantaron contra el Imperio y ministraron a la República su sangre y sus fortunas.

Con la finalidad de acabar con el gobierno juarista, Maximiliano pidió a Bazaine que invadiera Chihuahua, pero esta acción militar no generó ningún resultado benéfico para el Imperio. Ante la ocupación francesa, el “gobierno pobre y fugitivo” de Juárez decidió establecerse en Monterrey. Su existencia impedía que Francia erigiera un nuevo orden; por este motivo, trató de apoderarse del mando; en dos ocasiones el régimen tuvo que retroceder de manera “inexplicable”. Frías manifestó que las retiradas del “gobierno peregrino” eran igual de gloriosas que las realizadas por Jenofonte, pues las ejecutaron unos hombres “agobiados”, pero “llenos de fe” que defendían la bandera nacional. Pese a las circunstancias, el presidente y sus ministros rechazaron cualquier posibilidad de ceder o vender parte del territorio mexicano. El plan “descabellado” fue planteado por Matías Romero y Manuel Doblado.

A Juárez tampoco se podía atribuir la idea de que un Ejército norteamericano auxiliara al republicano, sino que ésta se planeó por Matías Romero y Ulises Grant. A fin de no lastimar a ninguno, el oaxaqueño autorizó a Romero para hacer los arreglos pertinentes, mas estableció una serie de condiciones que impedían la formación del ejército auxiliar. El presidente intentó echar por tierra un proyecto “peligroso”, sin que la resolución causara resentimientos a sus autores. Entre las estipulaciones, se pedía que Estados Unidos reconociera el Ejército, lo que significaba una declaración de guerra a Francia; el gobierno americano no estaba dispuesto a afrontar una contienda, ya que necesitaba reponerse de la guerra. El país vecino comprendió el peligro de empeñarse en una lucha extranjera después de una civil, por lo tanto, buscó que se pusiera fin al proyecto.

En los momentos de mayor abatimiento para la República, surgió un problema al interior del grupo liberal. Por instigación de algunos “espíritus débiles”, entre los que figuraba Manuel Doblado, hombre afecto a las intrigas políticas y enemigo de Zaragoza y Zamacona (partidarios de Juárez); el general Jesús González Ortega, quien fue presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, se dirigió al ministerio de Relaciones Exteriores y Gobierno para informar que el mandato de Juárez terminaba el 30 de noviembre de 1864, razón por la que exigía que se le confiriera el mando, pues así lo establecían los preceptos constitucionales. Sebastián Lerdo de Tejada contestó la nota con suma habilidad; con argumentos sólidos revistió de una “ropaje legal” la extensión del período presidencial de Juárez, el cual, según el Ministro, terminaba en 1865 y no en 1864, como lo sugería el general. Además, González Ortega había renunciado a la presidencia de la Corte desde el momento en que se encargó del gobierno de Zacatecas.⁴⁵

Frías pensaba que el gabinete tuvo razón al prorrogar el período de gobierno de Juárez, pero no se debió prolongar más allá de 1865. Sin embargo, reconocía que la violación constitucional se justificaba en cuanto se salvó al país; la dimisión de Juárez hubiera provocado la pérdida de la bandera por la que se luchaba, se habría roto el lazo de unión de los defensores republicanos y no se habrían establecido buenas relaciones con el gobierno de Estados Unidos. Sin la figura del mandatario, la causa habría perdido su principal punto de apoyo, pues sólo el oaxaqueño tenía la entereza y energía para enfrentar la situación. Así, no era justo afirmar que se mantuvo en su puesto por ambición, sino para cumplir con su alto encargo.

Aunque Maximiliano organizó un gabinete liberal, nunca gobernó de manera independiente, motivo por el cual no se podían aceptar las críticas de Europa en las que se indicaba que los partidarios del emperador ocasionaron la desgracia del Imperio. Por ejemplo, Kératry sugería que el partido Imperialista mostraba torpeza e ignorancia en materia de administración pública. Otros afirmaban que los imperialistas traicionaron al monarca por el odio que sentían hacia los franceses y por sus compromisos con los juaristas. Hilarión calificó estas opiniones de equivocadas, pues no se debía pasar por alto

⁴⁵ Pani, *Segundo*, 2004, p. 80. Pani menciona que la petición de González Ortega era correcta y apegada a derecho. Pese a la violación de los preceptos constitucionales, Juárez pasó a la historia como abnegado y el general como crapuloso. Las cartas que Lerdo dirigió a González Ortega y la defensa a sus acusaciones se pueden consultar en Pi-Suñer, *Sebastián*, 1989, pp. 181-187, 203-230.

que Maximiliano era un emperador de nombre, y la administración hacendaria y militar estaba en manos de los franceses, quienes no aceptaron los consejos de los mexicanos. Más aún, los galos aumentaron la penuria del tesoro y desprestigiaron al Imperio por los actos que realizaba su ejército. También las cortes marciales contribuyeron a quitarle popularidad al Imperio.

Además, los franceses provocaron que los conservadores se alejaran del archiduque porque, desde un principio, sus aliados los despreciaron, fueron lastimados en sus creencias e intereses y vieron defraudadas sus esperanzas políticas. Frías pensó que el Ejército francés debió desocupar el país después del establecimiento del Imperio, ya que su misión no era civilizadora ni colonizadora. Su presencia limitaba las acciones del emperador, quien nunca logró proceder con verdadera libertad. El médico reconocía que no pretendía pregonar la excelencia de la administración de Maximiliano, ni exagerar sus faltas. Los extranjeros no entendieron que, para gobernar a México, se requería luchar contra las carencias de todo tipo, es decir, se tenía que levantar un gobierno con lo que hubiera y a costa de muchos sacrificios. Pese a que la esperanza del monarca consistía en lograr la unión de los partidos políticos, no advirtió que éstos eran intransigentes y no había forma de que los defensores de la independencia se unieran a los que apoyaban a los intervencionistas. Ninguno estaba dispuesto a abandonar su bandera; no era posible una transacción entre enemigos mortales.

Para que Maximiliano consolidara su Imperio, necesitaba encontrar una solución a las diversas problemáticas que le aquejaban: debía buscar la forma de desligarse de los franceses, pues ellos se entrometían en el ramo político, cercenaban los recursos hacendarios, multiplicaban la deuda y dificultaban la formación de un Ejército mexicano que sostuviera al Imperio cuando ellos se retiraran. También tenía que resolver la cuestión religiosa (la Iglesia le había enajenado las simpatías de Roma, del clero y de los reaccionarios) y la penuria del tesoro que no le permitía cubrir los rubros civiles y militares, así como convencer al espíritu público, que no aceptaba la dominación extranjera ni la fórmula monárquica, negociar con el gobierno norteamericano, que podía representar una amenaza de muerte a su administración, y pactar con los defensores de la patria.

El archiduque no se percató del avance del tiempo y de que éste destruía los exiguos elementos con los que contaba el nuevo orden. La discordia entre las autoridades locales y

los comandantes franceses impedía la unidad de acción entre los distintos componentes del gobierno. Esta situación se explicaba por el desprecio que los europeos sentían por los mexicanos, a quienes calificaban de “traidores” e “ineptos”. El emperador también tuvo que lidiar con las artimañas de la Iglesia. El arzobispo Labastida se convirtió en el jefe de la conspiración al lanzar anatemas contra el Ejército francés y al promover la separación del partido Conservador de la política imperial. El que Maximiliano no hubiera derogado las leyes de Reforma provocó la ruptura entre el Imperio y la masa creyente; además, dificultó la reconciliación entre Roma y México. Lo anterior explicaba el por qué Roma volvió la espalda a los emperadores. Ni siquiera el mismo palacio imperial logró escapar de la realidad que se vivía en el país, pues en su interior prevalecían las intrigas y murmuraciones. A ello se suma que las tropas francesas perdían efectividad y eran derrotadas frecuentemente por los republicanos. Una prueba fehaciente de que el monarca se desligó del partido reaccionario fue su decisión de mandar a Leonardo Márquez y Miguel Miramón al extranjero. La adhesión de liberales como José María Lacunza, Portillo, Ortigosa, Fernando Siliceo, Escudero y Echanove, José María Cortés Esparza no modificó la situación que vivía el Imperio.

El queretano pensó que los liberales se unieron al gobierno de Maximiliano por un “error de juicio”; si bien su actuar se consideraba una “falta irreparable”, parte de su culpa se descargaba por la promoción de mejoras para el país. Frías considera que la decadencia del Imperio era consecuencia de la ausencia de una legislación propia, ya que existía una mezcla de leyes conservadoras, liberales y francesas. Peor aún, el monarca destruía en la noche lo que elaboraba en el día. El desastre financiero no se debía atribuir al emperador; se produjo por la insurrección que no permitía el desarrollo del comercio y de la industria, además de la enorme cantidad de personas que se mantenían en la corte imperial.⁴⁶ Los incesantes cambios de ministros demostraban que el archiduque no encontraba un gabinete que lo ayudara a desbaratar la insurgencia, enriqueciera el tesoro y salvara al Imperio de la disolución.

A fin de acabar con el gobierno de Juárez, los franceses extendieron su zona de operaciones hasta los estados fronterizos, lo cual obligó al presidente a abandonar

⁴⁶ Pani, *Mexicanizar*, 2001, p. 261, 309. Los planes de hacienda del Imperio se quedaron en proyectos vagos y directivas generales. Los intentos de remediar las necesidades fueron limitados y coyunturales; esto evidencia las debilidades intrínsecas del régimen.

Chihuahua. La decisión no fue de lo más afortunada; se debilitó el centro y la insurrección se hizo poderosa en todo el país, excepto en la zona donde se ubicaba el cuerpo expedicionario cuya línea sufría numerosas interrupciones. El oaxaqueño salió de Chihuahua el 5 de agosto de 1865. En ese momento, su gobierno estaba bastante desgastado y sólo se componía de dos ministros: Sebastián Lerdo, que tenía a su cargo la cartera de Relaciones y de Gobierno y José María Iglesias, que se encargaba de los ministerios de Justicia y de Hacienda. Ante la persecución que se emprendió contra el mandatario, y sin corroborar los datos, el Estado Mayor francés comunicó al gabinete imperial que Juárez posiblemente había salido del país. Pese a que la noticia era falsa, Maximiliano la celebró; sabía que, con la desaparición de la causa republicana, su gobierno ganaba legalidad.

La existencia de un “gobierno legítimo y constitucional” impedía sancionar sus acciones. La salida del oaxaqueño representaba el reconocimiento de Estados Unidos al archiduque, lo que dificultaba la restauración de la República. El emperador también se equivocó al suponer que el país lo aceptaría como su gobernante legítimo. En México se podía tolerar tanto a un dictador ilustrado y progresista, como a un dictador clerical y fanático, siempre y cuando éste fuera mexicano, mas no se admitía la presidencia a cargo de algún extranjero. Así, el “problema radical” del Imperio se encontraba en el mismo Maximiliano por su condición externa. Sin la sombra de Juárez, el Imperio decretó la ley del 3 de octubre de 1865: condena a muerte a quienes lucharan por la autonomía nacional. El médico señala que no existía consenso respecto a quién había sido el autor de esta “terrible” ley. Durante el juicio que se realizó contra el archiduque, el consejo de guerra la atribuyó a él, pero sus defensores mencionaron que fue elaborada por el cuartel general francés y que no se puso en vigor porque su esencia era inspirar un “saludable terror” a los disidentes.

Por su parte, Kératry afirma que el monarca creó esa ley, por lo que la sometió a la aprobación de los generales franceses. Bazaine no sabía de ella; sólo la conoció cuando ya estaba redactada. El único aspecto en donde éste intervino fue en la sugerencia de agregar un punto, por el que se conminaba a los hacendados para no volverse cómplices de los liberales, a reserva de sufrir un severo castigo. Frías dudaba de la aseveración del conde por dos razones: ninguno de los ministros imperiales corroboraba su versión, y la norma representaba la síntesis de los principios intervencionistas que erigieron las cortes

marciales.⁴⁷ Desde la perspectiva de Hilarión, la ley era “antipolítica”: no pretendía la unión, sino que contribuía a aumentar las diferencias entre los bandos, por lo tanto, no debió emitirse.

La premisa de la que se partió para formularla era falsa; el emperador se equivocaba al creer que una causa se perdía cuando un hombre arrojaba la bandera que defendía. La idea de la independencia de un pueblo jamás sucumbía, pero el monarca creyó lo contrario y emitió una “implacable ley que empapó de sangre el territorio imperial”. Esta ley sólo se podía considerar una “terrible amnistía” que acababa con quienes no se atenían a sus principios. Aunque se desconocía el autor, la responsabilidad de las muertes que generó era compartida por los que la sancionaron con su firma: Maximiliano, José Fernando Ramírez, Luis Robles Pezuela, José María Esteva, Juan de Dios Peza, Pedro Escudero Echánove, Francisco Siliceo y Francisco de Paula César. La culpa también podía extenderse a Bazaine, quien no hizo nada para eliminarla, a pesar de que su voz tenía mayor peso que la del archiduque.

El decreto del 3 de octubre de 1865 constituía una declaración de guerra al derecho de gentes, los principios de inviolabilidad de la vida humana y la civilización. Lo peor de todo era que se emitió sin que nadie la conociera; por este motivo, los primeros muertos bajo sus efectos, entre los que se encontraban los generales José María Arteaga y Salazar, se debían considerar “mártires”. La ley contribuyó a derramar mucha sangre mexicana; en su nombre se cometieron excesos que macularon para siempre la memoria del Imperio. Una de sus consecuencias más sombrías tendría lugar en Tlalpan (septiembre de 1866) lugar en donde se fusiló a varias personas. El queretano afirma que los fusilamientos eran el cuadro final de un drama desarrollado desde 1865. Tlalpan no podía controlarse con facilidad por los imperialistas, debido a que la mayor parte de los prefectos nombrados encontraron la muerte en ese sitio, razón por la cual nadie quería encargarse de ese puesto.

Con el objeto de arreglar la situación, Maximiliano decidió nombrar al general O’Horan. A su llegada, éste pidió a Joaquín Alcalde organizar una reunión con liberales del lugar. En ella mencionó que tomaba el mando del distrito; buscaba servir en lo que pudiera a sus antiguos correligionarios. Ante esta posición, el prefecto fue aceptado por los

⁴⁷ Pani, *Segundo*, 2004, pp. 43-44. Aunque el conde bretón negó la participación de Bazaine, Eugène Lefèvre demuestra con documentos que el general estaba convencido del proyecto. Sin embargo, no logró desmentir la versión de Kératry.

liberales. O'Horan cumplió su compromiso y muchos de ellos se salvaron de la muerte gracias a su oportuna intervención. Uno de los primeros actos de este personaje fue autorizar la festividad del 5 de mayo, celebración que se realizó en la etapa más próspera del Imperio, con el riesgo de despertar la susceptibilidad del ejército invasor. En vista de que Bazaine elevó una enérgica protesta, el gabinete imperial citó al general para interrogarlo. O'Horan mencionó que permitió la festividad porque sabía que uno de los principios del Imperio era la independencia y ésta había sido ultrajada por los franceses.

La respuesta del general era terrible; constituía tanto una lección como un reproche. La situación privilegiada de los liberales culminaría en octubre de 1865, cuando Maximiliano anunció la salida de Juárez. O'Horan se aterrorizó ante la idea de esa caída y decidió consagrarse a la causa imperial, por lo que actuó de tal manera que lo vindicaran ante el gobierno y borrarán las sospechas que se tenían de él, pues, con motivo de las celebraciones de septiembre, los operarios de las fábricas lo instaron a realizar una demostración armada contra el Imperio. O'Horan temía que lo comprometiera la impaciencia de sus cómplices y dio parte a México, lugar del que salieron varios destacamentos que rodearon a la población; luego, él les advirtió que debían aguardar a que se retiraran las tropas.

Sin embargo, O'Horan comenzó a ajusticiar a varias personas, a quienes acusaba de ser los asesinos del anterior prefecto imperial. Argumentaba que los autores habían sido un sujeto apellidado Martínez y el boticario Felipe Muñoz. El primero fue enviado a Yucatán, en cambio el segundo fue juzgado por una corte marcial. Joaquín Alcalde asumió la defensa del boticario. Frías menciona que el proceso estuvo lleno de irregularidad; pese a que el abogado defensor realizó prodigios, Muñoz estaba condenado de antemano, pues existía una supuesta carta que lo comprometía, aunque todo llevaba a suponer que ésta fue fabricada. Si bien el general obtuvo el indulto, su acción no sirvió de nada, ya que se adelantó la ejecución. Mientras tanto, los reos deportados se fugaron y aparecieron cerca de Tlalpan. Cuando fueron aprehendidos, se ordenó su inmediato fusilamiento. Basch duda que hubiera existido la conjuración; más bien resultaba un invento del general para salvarse.

Ante este suceso, Hilarión contestó que resultaba difícil levantar el velo que cubría los sucesos y se debería respetar la memoria de los muertos. A pesar de calificar el hecho

como un “crimen político” que dejó una “mancha densa” en el tapiz del Imperio, en cierta forma sugería que O’Horan había sido el autor de las muertes; afirmaba que, en los pliegues inferiores de la tragedia, se encontraba el “cadáver del ejecutor”. Aunque no podía asegurar una conspiración, no se podía olvidar que el general cambió de bando político y militar en varias ocasiones, e incluso mostró “excesiva crueldad” en su trato hacia conservadores y liberales. El médico se sumó a la “sospecha pública” acerca de que el prefecto sacrificó a sus propios cómplices porque mantenía el proyecto de derrocar al Imperio y no quería que ellos lo comprometieran con sus declaraciones. Esta postura no fue rebatida por el general cuando se le abrió juicio después de la ocupación de la capital.

La caída del Imperio

A principios de 1866, el estado del Imperio no mejoraba. Maximiliano tenía una encrucijada: la permanencia de los franceses limitaba su soberanía, pero su retirada significaba su fin. Dos males incurables figuraban en el cuerpo político imperial: la guerra interior y la presión del gobierno americano que buscaba la salida de Francia. Esta situación evidenció que el monarca no podía salvar su gobierno. Para empeorar el problema, los galos sentían la creciente hostilidad de los mexicanos: los conservadores no les perdonaban su traición, los liberales no querían cooperar, pese a reconocer que la Intervención fue más favorable que dañina, y los imperialistas trataban de liberarse de la tutela europea. En vista de que el emperador poseía una “inteligencia bastante privilegiada”, reparó en que no consolidaría su trono con el apoyo de un ejército extranjero, motivo por el cual intentó organizar un ejército indígena que sirviera para apresurar la partida de los franceses.

De esta manera, el trono se convirtió en el principal enemigo de la Intervención francesa. Los europeos quisieron detener el proyecto, pues buscaban salvar los intereses que habían empeñado en la obra. Esto demuestra que ni la impericia del gabinete imperial ni a las vacilaciones del archiduque evitaron la creación de un Ejército mexicano. Se debía tener en cuenta que Bazaine ejercía su constante influencia sobre las tropas imperiales, lo cual manifestó el desprecio y desconfianza que sentía por los soldados mexicanos y su deseo de volverse necesario para el Imperio. El general francés nunca se preocupó por

organizar un ejército nacional y Maximiliano carecía de dinero para hacerlo, ya que el tesoro se vació por la Intervención.⁴⁸

Ante la amenaza norteamericana (el gobierno había dispuesto que se movilizaran tropas a la frontera), Napoleón III decidió sacrificar al monarca y fraguó un “plan pérfido” para retirar sus tropas y lograr que Maximiliano abdicara. Con el objetivo de justificar la salida de sus soldados, argumentó que el archiduque no había cumplido sus contratos y, puesto que ya no había dinero para pagar las tropas, consideró que no tenía el deber de respetar las obligaciones que contrajo en Miramar. Napoleón hizo parecer a Maximiliano como el culpable de faltar a los tratados, con la intención de que no se supiera que Estados Unidos los arrojaba de México. Por su carácter “soñador” y “optimista”, de Habsburgo no advirtió que el golpe que lo derrumbaba de su trono provenía del vecino del norte y no de las intrigas de la corte francesa.

El 7 de junio de 1866, los emperadores se enteraron de que Napoleón no les refrendaría su apoyo. Además, se ordenó a Bazaine que concentrara sus fuerzas. Tal medida respondía a la imposibilidad del Ejército francés de conservar sus guarniciones en puntos remotos, y rodeados por fuerzas republicanas “valientes” y “disciplinadas”. El mandato demuestra que los galos buscaban perder el menor número de hombres, pues las tropas liberales habían obtenido valiosas victorias, aunque ninguna de ellas contundente. Porfirio Díaz comandaba un gran ejército que se equipaba de las armas quitadas al enemigo. A fin de asegurar la salida de sus fuerzas, Bazaine determinó que sus soldados defendieran el camino que iba de México a Veracruz, lo cual provocó la movilización de las tropas acantonadas en las zonas occidentales y norte del país.

Dado que Napoleón sabía que las naciones europeas lo considerarían el artífice de la caída del Imperio de Maximiliano, decidió organizar un ejército, conformado por voluntarios, cazadores franceses y enganchados austriacos, quienes debían apoyar al emperador, mas éste no reparó en que Estados Unidos desbarataría sus planes, pues advirtió al gobierno austriaco que consideraría el enganche como un acto para destruir a las instituciones republicanas, con la intención de sostener un imperio extranjero. En este

⁴⁸ Basch, *Recuerdos*, 1967, p. 18; Kératry, *Elevación*, 1870, pp. 67-72, 120-122, 306. Mientras Basch acusaba a los franceses de haber evitado la formación de un Ejército imperial, Kératry mencionaba que ellos hicieron lo posible por organizarlo y si no lo pudieron lograr, se debía a los obstáculos impuestos por los imperialistas, quienes desconocían las leyes de la guerra e impedían a toda costa que el emperador se pudiera comunicar con Bazaine.

sentido, el país vecino del norte pretendía que el problema mexicano se convirtiera en una cuestión continental; al proclamar la inviolabilidad del continente americano, retaba a toda Europa. La advertencia provocó que el emperador austriaco abandonara a su hermano por temor a crearse graves complicaciones con los norteamericanos.

Por su parte, Bazaine propuso al archiduque que se reclutaran soldados confederados a fin de formar un cuerpo auxiliar del Imperio; sin embargo, las negociaciones no se realizaron porque Maximiliano no comprendió las ventajas de tener un ejército en la frontera, lo cual hubiera ayudado a detener la insurrección en el norte del país. El último esfuerzo del monarca para retener a los soldados galos fue incluir a dos oficiales franceses en su gabinete, pero la presión americana ocasionó que los oficiales dimitieran de sus cargos. Si bien Almonte pidió que el Ejército francés permaneciera, Napoleón puso como condición que se firmara una nueva convención por la que México cedía la mitad de los productos de las aduanas de Tampico y Veracruz. Esto constituía un “suicidio político” porque se trataba de los únicos recursos con los que contaba ese “exótico imperio”.

Ante las constantes victorias republicanas y sin el apoyo francés, Maximiliano decidió abdicar; no obstante, Carlota se lo impidió, pues decía que no se podía esconder ni huir y sólo las balas republicanas podían quitarle la corona de la frente. La “altiva” emperatriz le ofreció conseguir el apoyo de Francia y del Papa, mas su misión resultaba “absurda”, pues la “noble” mujer quería hacer comprender el lenguaje del honor a Napoleón, a quien sólo le importaba salir del país, por su temor a Estados Unidos y no le preocupaba hollar el tratado de Miramar y el buen nombre de su Nación. Los franceses reconocieron que la acción de Napoleón era desleal; no tuvo generosidad con unos jóvenes a los que comprometió en una “empresa absurda”.⁴⁹ Los esfuerzos de Carlota resultaron inútiles ante Francia y ante el Vaticano, pues el Papa no pretendía ayudar a unos archiduques que buscaban el progreso, la luz, la libertad y la inteligencia para su país de adopción. En el caso francés, Napoleón no estaba en condiciones de enviar más soldados a México, debido a que Prusia comenzaba a mostrar su poderío y se volvía peligrosa por su alianza con Italia.

⁴⁹ Kératry, *Elevación*, 1870, pp. 108, 111, 112. Kératry acusó al gobierno imperial francés de dejarse intimidar por Estados Unidos y propiciar con ello el sacrificio de Maximiliano.

El fracaso de la emperatriz no sólo marcó el destino del Imperio, sino que también la llevó a la locura. Pese a su negativa de ayudar a Maximiliano, Napoleón comisionó a Castelnau para convencerlo de abdicar y nombrara un gobierno que reconociera la deuda. Así, el mandatario francés concluía con una infamia la “obra más grande de su reinado”. Hilarión considera que el final era lógico; la aventura imperial había comenzado con la violación de los convenios de Londres y terminaba con el incumplimiento de los tratados de Miramar. Francia se proponía derrocar un trono erigido en consorcio con la “traición”; además, buscaba nuevos “traidores” con el fin de organizar un gobierno que sucediera al Imperio y garantizara sus intereses. Aunque Napoleón afirmaba que no entraría en tratos con Juárez, no tomó en cuenta que el presidente no los aceptaría y menos cuando se efectuaba una retirada “vergonzosa”.

Las decisiones del emperador francés muestran que no era un verdadero hombre de Estado, pues no consideró que, si sacaba sus tropas, no podía forjar un gobierno vigoroso que sancionara la convención francomexicana. Jesús González Ortega fue elegido por los galos para tratar de formar ese nuevo gobierno. El general se decía apoyado por un partido al que se denominaba “orteguista”, el cual estaba formado por un “pequeño grupo de ilusos e impacientes” que radicaban en Estados Unidos. Entre ellos, descollaban Manuel Ruiz, Guillermo Prieto y unos cuantos jefes militares que carecían de soldados. Si bien el nuevo mandatario intentó reclutar voluntarios en Nueva Orleans, el gobierno norteamericano lo mandó aprehender por sus actividades “sospechosas”.

Frías sostenía que, en su afán de ocupar la presidencia del país, aquél mantuvo relaciones confidenciales con Maximiliano, al grado de que su secretario Miguel Ruelas tenía paso franco entre México y Zacatecas por órdenes del emperador. Desde la perspectiva del quereetano, González Ortega era un “presunto reo de infidencia” y un culpable del delito de traición por sus vínculos con los franceses y el Imperio. Estos cargos menguaban la gloria que había ganado en la guerra de Reforma y en el sitio de Puebla. A pesar de todo, se debía reconocer que obró con patriotismo al rechazar la oferta francesa; con ello evitaba que la Nación tuviera que reconocer la deuda.

Tras enterarse de la resolución de Napoleón y la enfermedad de Carlota, Maximiliano se dirigió a Orizaba para abdicar, pues se dio cuenta que su trono se desbarataba porque no contaba con la “inspiración de la emperatriz”, el apoyo francés y la

popularidad del pueblo. Su salida fue producto de dos circunstancias: la perenne movilidad que lo llevaba a permanecer lejos del palacio, que le “regalaron” los notables reunidos por Forey, y su deseo de estar cerca de la costa en caso de que se aceptara su decisión de renunciar, pues estaba convencido de que Carlota no regresaría a México. En las conferencias de Orizaba, el archiduque tomó una resolución que requería “carácter de acero” y de la que saldría con la “honra limpia”. Aunque no sabía gobernar, sí tenía la entereza necesaria para morir. Maximiliano llegó a Orizaba con la intención de dimitir, mas las circunstancias ocasionaron que modificara su determinación.

El médico menciona que en Orizaba se formaron tres grupos: el de Bazaine, Danó y Castelnau que pretendían persuadir a Maximiliano de ceder y formar un gobierno provisional compuesto por Lacunza, Linares y Méndez. Un segundo conjunto deseaba que el emperador desistiera y saliera con honra del país, y el del partido Conservador, trataba de convencerlo de permanecer en el puesto. Los conservadores no sentían gran estima por el archiduque, pues los “hombres de pluma y sotana” no podían aceptar como jefe a un príncipe “ilustrado”, “progresista”, y “despreocupado” que apoyaba las reformas liberales. Puesto que el monarca rompió con Francia, no recibió a los jefes intervencionistas; por lo tanto, éstos plantearon como segunda opción que los liberales más prominentes defecionaran con la promesa de otorgarles la presidencia. Los conservadores se alarmaron al conocer las opciones de los galos; creían que los liberales imperialistas conspiraban con los franceses a fin de lograr que Maximiliano saliera de México, y que dejarían a su ejército el tiempo necesario para consolidar al gobierno transitorio.

Así lo hicieron saber al emperador, y hasta adujeron que se buscaba entregar la Nación a Estados Unidos. Hilarión afirma que a los conservadores no les importaba la monarquía; en realidad querían un gobierno que adoptara el catolicismo como religión de Estado. Además, les preocupaba que la ausencia del emperador provocara quedarse sin una bandera que los uniera contra los republicanos. Consideraban que el Imperio era un gobierno transitorio, mientras no erigían el propio; esta situación explica sus acciones en los últimos días imperialistas y la actitud disímbola que asumieron los imperialistas, que combatían al lado del emperador, y quienes se encontraban en la capital.

En ese enfrentamiento de intereses contrarios, Maximiliano no se decidía a tomar una resolución definitiva. Con el objeto de mantener a éste en el trono, los conservadores

comisionaron al padre Fischer. Pese a no tenerle mucha confianza, el sacerdote no sólo logró alejar a los franceses, sino que también consiguió un acercamiento entre Márquez y el emperador. El alma “noble y generosa” del archiduque fue presa de las “cavilaciones” de Fischer, quien poseía una gran inteligencia y un vasto “genio de intriga” que le permitieron apoderarse del alma del “iluso príncipe”, al cual arrastró por una “senda de errores y desaciertos” que lo llevaron al patíbulo. La preponderancia que adquirieron los conservadores sería crucial para determinar la permanencia del monarca.⁵⁰ Frías considera que existían otras dos razones por las que Maximiliano desistió de abdicar: una carta de su consejero belga Eloin, en la que le indicaba que rebajaría su dignidad si se doblegaba ante la “pérfida política” de Napoleón, y si se iba como parte del equipaje del Ejército francés; y las opiniones de la emperatriz madre que lo instaba a seguir en su puesto.

A fin de resolver la crisis imperante, Maximiliano solicitó que sus ministros se reunieran en Orizaba. La discusión con ellos fue intensa, tal como debía suceder en la situación en que se encontraban. Con el propósito de persuadirlo de no abdicar, los consejeros le manifestaron que se contaba con los recursos, tanto económicos como humanos, para emprender una campaña. Ante esa tentación, el emperador cayó. Lo irónico del asunto, según Hilarión, era que los conservadores aconsejaban continuar con la lucha cuando no tenían fe en conseguir una victoria; estaban conscientes de que no podían sostener un Imperio si los franceses no habían logrado triunfar en su objetivo. La votación fue dividida: triunfó la posición que buscaba la permanencia del monarca. El queretano afirma que el llamado del partido Conservador para sostener al Imperio representaba una “revolución en el gobierno”; el archiduque depositaba su confianza en quienes había rechazado. Él recurrió a Márquez y a Lares para salvar un gobierno abandonado por Francia. Éste fue su último y más grave error que arrastró a todos al cadalso.

No se podía cuestionar a los conservadores por la decisión de apoyar la continuidad del Imperio. Si bien la ley los consideraba traidores, la historia los absolvería del cargo, ya que nunca se ligaron al ejército intervencionista. Tanto éstos como los liberales imperialistas veían como enemigos a los franceses y percibían que Maximiliano era su tabla

⁵⁰ Basch, *Recuerdos*, 1967, pp. 156-157; Kératry, *Elevación*, 1870, p. 165; Ratz, *Querétaro*, 2005, p. 25. Basch y Kératry tenían opiniones distintas respecto a Fischer. El conde bretón consideraba que fue el culpable de que Maximiliano no abdicara. El médico queretano no pensaba que las ideas del sacerdote hubieran modificado la decisión del emperador, aunque sí mostró “falta de sinceridad” y “honradez política”. En cambio, Ratz atribuye a Fischer el que Maximiliano no renunciara porque se convirtió en su apoyo moral.

de salvación. Sabían que su abdicación no acabaría con la guerra civil, mas su nombre se podía utilizar para recobrar el poder perdido. Al igual que en otras partes de su discurso, Hilarión atenúa la participación de los conservadores e imperialistas con la intención de que no se les juzgara severamente. Aunque Kératry asevera que los personajes que rodeaban al emperador lo pusieron en pugna con la política francesa, Frías creía que el conde se equivocaba en su evaluación, pues éste no se había dado cuenta de que el archiduque, Francia y Bazaine buscaban sostener una forma de gobierno que no podía fructificar en el país.

El suelo mexicano era republicano, razón por la que un “engendro” como la monarquía no lograría sobrevivir. Pese a que los conservadores decidieron la permanencia de Maximiliano, se debe tomar en cuenta el trabajo de los moderados, que eran liderados por Lacunza y esperaban que, si el emperador huía, por lo menos les dejara una capitulación que no los desamparara ante los liberales triunfantes. Esta postura no era criticable, en vista de que trataban de salvar sus intereses. Por su parte, Maximiliano comprendía que sólo tenía tres opciones en su futuro: la deshonra, el triunfo o la muerte. No podía regresar a Europa porque atentaría contra su dignidad; por este motivo, decidió pelear para morir con honra. Esta virtud lo hizo permanecer imprudentemente en la lucha. El médico afirmaba que Maximiliano no había entendido que el honor también se basaba en el cumplimiento del deber y que tenía la obligación de restituir al país lo que le quitaron las bayonetas francesas.

Si Francia no hubiera insistido en arrancar al archiduque de su trono, éste pudo dimitir al confesar que fue engañado y no quería usurpar un trono contra la voluntad nacional. Esta circunstancia no se habría calificado como una deshonra, al contrario, lo elevaría a los más altos niveles de la lealtad, pues sacrificaba su Imperio en aras del bienestar de su pueblo. Desde el momento en que Napoleón lo exigía, era mejor empeñarse en la empresa para no aparecer como un maniquí. Así, Maximiliano quizá sería el continuador de una empresa que los franceses abandonaron. Sin embargo, al decidirse a proseguir con la empresa imperial, el archiduque se transformó de “generoso” y “humanitario” soberano a un aventurero que asumió el liderazgo de una facción. No reparó en que su resolución comprometía la paz del país y que este acto marcaría su posterior destino.

Frías pensaba que Maximiliano debió tomar otra determinación; su alma “noble” pero “débil” no era la adecuada para regir los destinos de un “pueblo tempestuoso” como lo era México. Su permanencia al frente del Imperio representaba un “crimen político”, pues el emperador conducía al país a la guerra civil. Su decisión fue producto de su falta de visión política: no se percató de que su gobierno se volvió impopular hasta para los que fueron sus primeros partidarios. Las relaciones entre el soberano y los conservadores mostraban una disidencia absoluta; no compartían los mismos intereses, principios o medios políticos. Ellos se unieron para afrontar el peligro que los amenazaba. Si hubiera triunfado su causa, probablemente se hubieran dividido. Esto evidencia que la monarquía tenía que morir de todas formas; desde su proclamación se convirtió en un “feto abortado e inviable”.

Aunque el emperador tuvo la oportunidad de partir con los austriacos, no lo quiso hacer para no dejar solos a sus partidarios, aun a sabiendas de que eso significaría su muerte. Tampoco advirtió que ni el clero ni los conservadores constituían “elementos de fuerza” para el Imperio. El clero carecía de patria y no amaba el suelo en el que se encontraba. Los hombres que lo conformaban eran una secta de ignorantes, corruptos y conspiradores que sólo aspiraban al dominio social, al acaparamiento de riquezas y a gozar de una completa inmunidad. En el segundo caso, Hilarión expresa que los conservadores no constituían un partido, más bien representaban una simple “excrecencia” del “cáncer social” llamado catolicismo. Ellos habían peleado 40 años por el poder y no lo lograron por sus propios medios. Cuando finalmente lo obtuvieron, no lo conservaron por su “debilidad orgánica”, su “ignorancia” y su “cobardía”.

Maximiliano pidió que su Consejo emitiera tres leyes: hacendaria, de reclutamiento y de colonización; que le indicaran medidas para llegar a un acuerdo con Francia y asegurarse la buena voluntad de Estados Unidos, y la expedición de una convocatoria para reunir un congreso nacional en el que participaran todos los partidos. Aun cuando se reunió una comisión para tal efecto, no se logró ningún convenio y su gobierno perdió valiosas horas de su corta existencia. El queretano menciona que el partido Conservador tenía la razón al rechazar la convocatoria de un congreso que decidiera la forma en que se regiría el país; un descendiente de Carlos V no buscaría la fuente de su soberanía en el sufragio de los súbditos. El derecho divino no podía exigir que la soberanía popular le sirviera de

apoyo. Este hecho se trataba de un contrasentido, pues un reinado no se sustentaba en un plebiscito.

El emperador no se dio cuenta de que si los liberales se negaron a participar en los puestos públicos, menos se convertirían en diputados de una cámara convocada por un extranjero; además, no era posible realizar un acto electoral en un país que estaba en guerra. Así, la convocatoria de un congreso nacional fue un sueño que ofuscaba la “clara inteligencia” del archiduque, quien no se percataba de que con este hecho demostraba la “ilegalidad” de su Imperio. Si reconocía que el poder derivaba de la Nación, no sólo volvía nulos sus actos, sino que también admitía que su monarquía constituía una “usurpación”.⁵¹ Aunque Maximiliano decidió seguir al frente de la empresa, se notaba que todavía estaba indeciso y no desechaba la idea de abdicar. Esa fue la razón por la que se tomó tanto tiempo en llegar a la ciudad de México. A pesar del aislamiento en el que vivía, logró comprender el desconcierto de los suyos a causa de las constantes derrotas que los desmoralizaban y contribuían a fortalecer a los republicanos.

Ante la grave situación del proyecto, los imperialistas comenzaron a defecionar y algunos partieron a Europa. Su salida mostraba la impotencia frente a la falta de recursos, por lo tanto, no se debía considerar una deslealtad. El 5 de febrero de 1867, el Ejército francés salió del país con Bazaine a la cabeza. De esta manera, los galos abandonaron a su suerte a una monarquía que parecía un arca de salvación de la raza latina. Frías explica que su retirada se debía a varios motivos: la imposibilidad de seguir suministrando millones y soldados a un Imperio que estaba en plena bancarrota, se rechazaba en todo el país y era derrotado por los republicanos; la vigorosa oposición del Legislativo y la prensa francesa contra una empresa “inmoral, insensata e infecunda”; la intimidación de Estados Unidos y el peligro de Francia, después de que Austria fue derrotada por Prusia.

Momentos antes de que Bazaine partiera, el Consejo le reprochó su poca disposición para ayudar al emperador. El general consumó su perfidia al ordenar el retiro de los soldados franceses que se incorporaron al Ejército mexicano imperial; la misma acción fue llevada a cabo por los ministros austriaco y belga, por lo que sólo quedaron unos cuantos

⁵¹ Kératry, *Elevación*, 1870, p. 286; Ratz, *Querétaro*, 2005, pp. 21, 44; Galeana, *Relaciones*, p. 46. Kératry también pensaba que la pretensión de formar un congreso que eligiera a Maximiliano era una “desgraciada utopía”. Sin embargo, su idea revela que el emperador simpatizaba con el planteamiento de una monarquía constitucional y que creía en la soberanía del pueblo como base del gobierno.

extranjeros para prestar su auxilio al trono. Si bien el archiduque se quedó solo, se mostraba “como la sombra colosal de un héroe, el único grande, el único digno de admiración y de respeto en medio de tanta defección, de tanta miseria y de tanta cobardía”. Sin la presión de los franceses, decidió lanzarse a la lucha, al frente de un puñado de hombres que combatían más por su causa que por el Imperio, sin apoyo del extranjero y rodeado de desaliento y deserción.

Ante la carencia de dinero, mismo que le habían prometido el clero y el partido Conservador, el emperador recurrió a un préstamo forzoso que le permitiera armar a sus hombres. Maximiliano no contaba con un ejército organizado, mas sus soldados supieron batirse con fiereza. A partir de este momento, la relación entre él y los conservadores se modificó; éstos ya no lo concebían como un rey, sino como un compañero de armas. Aunque en un principio mostró un manifiesto desprecio por los conservadores, ellos olvidaron la afrenta y decidieron sostenerlo hasta el final. No podía negar que sus seguidores lucharon con valor y sucumbieron con gloria, a diferencia de los franceses y los extranjeros que lo abandonaron a su suerte.

Si bien los conservadores no cumplieron sus promesas, supieron morir con gloria y cayeron con dignidad junto al Imperio. Ellos se levantaron llenos de fe a hacer el último esfuerzo a favor de su causa; al ver enarbolada su bandera por un emperador joven y valiente, creyeron salvada la situación, pero no conocían al enemigo con el que se enfrentarían, el cual había dado “mucho guerra” a los franceses. Los conservadores nunca se preguntaron cuál fue la razón por la que los galos se retiraron ante un enemigo al que, decían, siempre vencieron. Miramón logró reunir las fuerzas conservadoras dispersas y atacó Zacatecas, lugar en el que realizó numerosos desmanes y propagó el rumor de que había apresado y fusilado a Juárez. Esta situación no resulta extraña, pues tenía una lista de personas a las que no debía perdonar.

Embriagado por el triunfo, Miramón se enfrentó al Ejército del Norte que lo despedazó y del cual logró escapar gracias a la rapidez de su caballo. Su derrota representó la desaparición de su Ejército, pues el Imperio no podía organizar otro debido a que carecía de armas, prestigio y dinero. A pesar de que el partido Conservador tenía esperanzas en el futuro y la firme creencia de que triunfaría, el descalabro de Miramón los hizo percatarse de su realidad. Ante estas circunstancias críticas, el ministerio conservador creyó llegado el

momento de hacer un esfuerzo supremo y aconsejó al archiduque que se pusiera al frente del Ejército. En esta última etapa de la monarquía, Frías destacó la participación de Lacunza, un hombre “ilustrado” y “probo” que se apasionó por Maximiliano y aceptó un puesto que muchos extranjeros y mexicanos rechazaron en su afán de salir del país. Aunque su trabajo resultó un “fiasco”, en realidad la empresa era imposible, no se podía parar la agonía del Imperio. Lacunza se sacrificó por el monarca; por ello, murió lejos de su patria.

Otro personaje sobresaliente fue el ministro García Aguirre, quien se prestó a acompañar al emperador a Querétaro para cumplir con sus deberes, a diferencia de los otros miembros del gabinete, que prefirieron permanecer en la ciudad de México, libres de todo peligro. El emperador decidió concentrar sus fuerzas en Querétaro.⁵² Hilarión menciona que “algunos escritores” veían dos propósitos escondidos en esa determinación: que los conservadores se adueñaran de la capital, y así imposibilitar la partida del monarca, en caso de que quisiera abdicar, y que Márquez buscaba entregar a Maximiliano para apropiarse del poder. El autor deducía que ninguno era exacto; los conservadores sabían que sólo se salvarían si contaban con una bandera, por lo que no pensaban sustituir a Maximiliano con una personalidad mexicana. Si a ellos y a Márquez les estorbaba el archiduque, no lo habrían detenido y lo hubieran dejado abdicar. Si se especulaba que sólo lo necesitaban mientras se solucionaba la problemática, no se había considerado el dilema de qué se haría con un príncipe que los guío al triunfo.

Frías creía que los conservadores se lanzaron a la lucha armada por el desconocimiento que tenían del Ejército Liberal, lo cual provocó que sus acciones se volvieran desesperadas. Tampoco se podía acusar a Márquez del desastre en Querétaro, pues debía ser adivino para prever el desenlace. Frente a la afirmación de “algunos autores” acerca de que Maximiliano fue recibido con entusiasmo en ese estado, y en un intento por destruir la “mala fama” de la ciudad, el médico se abocó a la tarea de desmentir la versión, ya que, según él, no se debía exagerar la recepción que se hizo al emperador. En México, las “ovaciones oficiales” carecían de valor; la autoridad mandaba adornar las calles, repicar

⁵² Ratz, *Querétaro*, 2005, pp. 102-103, 137. La elección de Querétaro como punto de partida para la campaña del norte respondía a que en ese lugar cruzaban las carreteras más importantes del norte y oeste de México, las cuales los republicanos debían dominar para tomar el centro del país. Otra razón política era la idea de Lares de emprender la lucha decisiva fuera de la capital y en un lugar en donde se tuvieran numerosos seguidores. Márquez no quería encerrarse en Querétaro porque lo consideraba una “ratonera militar”, razón por la que recomendó volver a la capital.

las campanas y tirar cañonazos. Los espectadores del evento regularmente eran ociosos que miraban y se retiraban. En una “ovación oficial” nunca se iba a expresar el verdadero “júbilo público”. Los ojos “ignorantes” confundían el entusiasmo oficial con las “oraciones sinceras” que el pueblo tributaba a los héroes. El historiador afirma que no se debía olvidar que la población queretana era pequeña y si las calles se veían llenas, se debía a que estaban ocupadas por las tropas y por un pueblo que observaba el espectáculo por “curiosidad”. Si se echaron las campanas al vuelo, se trataba de una orden. De hecho, el pueblo queretano recibió al emperador con frialdad. Desde la perspectiva de Hilarión, el entusiasmo no fue espontáneo, sino producto de las circunstancias. El escritor advertía que Querétaro era conservador, mas no imperialista, lo cual se explica porque sus habitantes consideraban que los extranjeros sostenían la Reforma; tampoco veían con agrado la alianza de Maximiliano con los “liberales tráfugas”. Además, la mayoría de la población era clerical, razón por la que no se podía recibir con aplausos a un archiduque que había sido excomulgado por poner en vigor las Leyes de Reforma.

Asimismo, los queretanos no olvidaban el trato que Maximiliano le dio a la Iglesia; por este motivo, tuvo escasos partidarios, y quienes lo apoyaron, se mostraban recelosos del resultado de la campaña. Esto evidencia que no existía relación entre el pueblo y su soberano. Por ello, a las autoridades les costó trabajo encontrar personas que se adhirieran a un Imperio que se desmoronaba y cuya salvación parecía absurda. Otro hecho que demuestra que Querétaro no se había identificado totalmente con el proyecto imperialista, era el contingente humano que aportó a la guerra. Bulnes aducía que el estado sólo presentó 605 hombres en 1863, pero olvidaba que su división comandada por José María Arteaga tomó parte en la campaña de Oriente con 2 500 hombres. Esta división llegó a San Andrés Chalchicomula en enero de 1862 y se puso a las órdenes de Ignacio Zaragoza por disposición del presidente Juárez. En aquella división militaron jefes de “valor indomable” y que prestaron eminentes servicios como Florencio Cabrera, quien fue fusilado en 1864; Jesús Urrutia, uno de los principales defensores del fuerte de Guadalupe en la batalla de 5 de mayo; Emiliano Lojeño, y el general Irizar. Tampoco se debía olvidar que esta división estuvo en los combates de Acultzingo, el sitio de Puebla y el desgraciado ataque a Orizaba.

Lo anterior evidencia que Querétaro fue patriota hasta el sacrificio en aquellos “años terribles”. Si sólo contribuyó con 605 hombres en 1863, se debió a que, al igual que otros

estados, no quería quedar desarmado ante el embate de las hordas clericales y de las fuerzas “traidoras”, las cuales lo habrían ocupado y hubieran ocasionado un desastre de mayores consecuencias. Sin la presencia de fuerzas militares fieles al gobierno en los estados, Juárez no habría logrado organizar la defensa del país y el Imperio hubiera conseguido su objetivo. Los argumentos de Hilarión no lograron modificar la imagen de una ciudad en la que los conservadores eran mayoría. Aunque él lo negó, los queretanos apoyaron el proyecto monárquico y la Intervención francesa. En pleno sitio de la ciudad de Querétaro, el oaxaqueño afirmaba que el “pueblo” era hostil a los republicanos, pues nadie les advertía lo que hacía el enemigo.⁵³

Los imperialistas confiaban en que las acciones de guerra fueran favorables a su causa, ya que reunieron a las mejores tropas del Ejército Clerical. No se percataron de que los tiempos habían cambiado y no alcanzarían fácilmente el triunfo porque ahora se enfrentaban a un Ejército Liberal experimentado. A esto se suma que el gobierno juarista recibía el apoyo de Estados Unidos, que buscaba vengarse de Francia por respaldar la causa separatista. Matías Romero fue el principal promotor del acercamiento entre los dos países. Frías considera que el trabajo de éste en la Legación bastaba para obtener la gratitud de aquel país y conquistar un lugar “muy alto” en la Historia Nacional. Este hombre no había cometido un solo desliz, error o imprudencia; todos sus actos fueron correctos. Con su ayuda, el gobierno logró poner toda su atención en la lucha interior.

El queretano afirma que no se debía sublimar el auxilio prestado por Estados Unidos, puesto que mostró un gran “egoísmo” al inicio de la guerra. Si bien su presión sirvió para apresurar la salida de los franceses, los norteamericanos no respaldaron a México después de 1862. Además, su actitud “agresiva” no pasaba del campo diplomático. El médico aseguraba que el Ejército del Norte había sido el principal artífice del avance republicano. Sus victorias contribuyeron para estrechar el cerco sobre el Imperio, cuyos últimos reductos eran la ciudad de México, Puebla y Querétaro. Conforme pasaban los días, el combate final entre el Imperio y la República se volvía ineludible. Maximiliano encerró 12 000 hombres en Querétaro, lo que sembró la esperanza de sus seguidores. La cantidad de soldados reunidos en ese lugar y los que se encontraban en Puebla y la capital, demuestran que Basch se equivocaba al decir que el Ejército imperial se desbandó por falta

⁵³ Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, p. 14.

de dinero. Esta situación sí aplicaba a los militares franceses y a los extranjeros que obedecían al emperador, los cuales decidieron salir del país cuando se acabó el tesoro nacional.

Hilarión manifestó que la decisión del archiduque de encabezar el Ejército imperialista lo transformó de un “emperador ilustrado” que pretendía crear un gobierno progresista, a ser jefe de una “banda de ladrones y asesinos” que capitaneaban Miramón, Mejía y Márquez. Aunque “algunos escritores” afirmaron que este último quería aislar al monarca y mantenerlo bajo su influencia; por esa razón, no permitió que Maximiliano llevara a Querétaro las tropas extranjeras que quedaban en el país. Sin embargo, ellos no se dieron cuenta que éste decidió rodearse de mexicanos, a fin de no lastimar la susceptibilidad de los pueblos del interior que se mostraban preocupados por los extranjeros.

Frente al anuncio de la llegada de los republicanos, el Ejército imperial se preparó para pelear; se creía que si se atabaca a la división del norte, se impediría la reunión de Escobedo con Corona y se ganaría tiempo. No obstante, Márquez se opuso a que se presentara batalla y ordenó que el Ejército los esperara fuera de la ciudad. Escobedo aprovechó el error de los generales imperialistas para desplegar sus fuerzas alrededor de la ciudad; el suceso iniciaba el asedio formal al sitio. Así, la indeterminación de salir de Querétaro no se atribuía a la caballerosidad de Maximiliano o a los consejos pérfidos que le daban, sino a que Márquez no tomó la iniciativa y a las querellas entre los generales. Esto muestra que la falta era compartida; a nadie se le podía adjudicar la culpa. Aunque se pensaba que la presencia de Maximiliano ayudaría a acabar con la rivalidad entre Miramón y Márquez, éstos no olvidaron sus disputas; sus resentimientos ocasionarían el desastre final del Imperio.⁵⁴

El Ejército imperial requería de una mano enérgica y decidida, pero las vacilaciones de los altos jefes y la falta de un plan los llevarían a la derrota, pues era evidente que las tropas reunidas en Querétaro hubieran ayudado a aplazar el triunfo de la república. Los imperialistas no debieron encerrarse en Querétaro, sino enfrentarse al Ejército del Norte, el cual se conformaba por un número menor. Pese a que Maximiliano tenía que fungir como el jefe, su ignorancia en asuntos militares lo llevó a entregarse a influencias extrañas. La

⁵⁴ *Ibidem*, p. 49. La división y los celos entre los jefes provocó que se generara ausencia de mando.

dirección y el plan de campaña se confiaron a quienes lo rodeaban; el hecho provocó un “invencible antagonismo” entre los actos administrativos y los militares. Los planes del archiduque se abortaron por la mala cooperación de los generales, quienes prefirieron mantener una actitud pasiva, en lugar de tomar la ofensiva y no permitir que se reunieran los cuerpos del Ejército Liberal, lo cual representaría su salvación.

Márquez quiso permanecer inerte porque creía que sus fuerzas eran superiores a las de los republicanos. Frías reprobaba esta suposición; un buen táctico debía tener certeza del número de fuerzas con las que contaba el enemigo. Otro de los graves errores que cometieron los generales del monarca fue pensar que los republicanos buscaban tomar la ciudad y, como no lo hicieron, se soñaban victoriosos. Ellos no advirtieron que los liberales no quisieron asaltar el lugar, ya que habría representado la pérdida de muchos hombres, la destrucción de ésta y la fuga de la mayor parte de los jefes militares. Además, Frías menciona que los republicanos contaban con fuerzas suficientes para penetrar la ciudad, pero prefirieron sitiarla para que Maximiliano y los suyos cayeran en la ratonera. Si bien el plan era más lento, había más posibilidades de éxito. Así, la suma de los equívocos de los imperialistas determinaría el rumbo final de la campaña.

Para emprender las obras de fortificación de la capital, el emperador dispuso que los habitantes ayudaran en las tareas; a la labor se sumarían los enemigos que capturaban. Los errores tácticos cometidos se corrigieron en el campo de batalla, en donde se realizaron combates “tremendos”; cada bando se proclamaba vencedor. El Ejército imperialista se batió con denuedo, mientras que el liberal probó que sabía luchar con brillo y no constituía una “simple banda de malhechores”. El médico considera que una de las acciones de la milicia más gloriosas del sitio fue la ocurrida el 14 de marzo de 1867, la cual lleno de honra a ambas partes, aunque advirtió que las tropas de la monarquía cometieron excesos, por ejemplo, la destrucción de la hacienda de Bernabé Loyola. Los abusos eran reprobables porque no respetaban la propiedad privada, pero se justificaban por la falta de medios para abastecerse.

La participación de Maximiliano en la guerra le ayudó a ganar el reconocimiento de los generales reaccionarios; éstos no pensaban que el emperador se batiría con bravura. La medalla al mérito que se le otorgó estaba perfectamente respaldada, pues demostró ser un “magnífico soldado” con una gran valentía. El 23 de marzo, Márquez salió a la ciudad de

México en busca de recursos y de hombres que auxiliaran al archiduque. Su partida ayudó a que se calmaran las rivalidades suscitadas en el seno del Ejército imperial. El mando pasó a manos del general Severo del Castillo, quien aumentó las vejaciones y tropelías en contra de la población queretana. Hilarión menciona que este suceso generó muchas opiniones encontradas; nadie reparó en que respondía a las tribulaciones del monarca, quien no sabía lo que se debía hacer, no previno ninguna acción y sólo mostraba indecisión en sus órdenes y planes. Él, sus generales y su ministerio no contaban con un plan ni un programa de acción y marchaban arrastrados por los acontecimientos.

Márquez salió a la capital porque se debía hacer algo para sacar al gobierno del marasmo. Frías reconocía que los imperialistas consiguieron algunas victorias menores, pero en su afán triunfalista ordenaron la celebración de “supuestos triunfos” que nunca ocurrieron. Esto se explica, según el autor, por tres razones: la intención de disfrazar las derrotas, la ceguera del cuartel general que no comprendía el estado en que se encontraban, y el deseo de que no decayera el ánimo en la ciudad. Los festejos no lograron ocultar la insostenible situación que existía en la ciudad; faltaban víveres y la población vivía extorsionada. La presencia de Maximiliano no era una garantía para evitar que los habitantes fueran perseguidos, se catearan sus casas y se saquearan sus hogares. Incluso, se obligó a los pudientes a dar dinero, lo cual se debe, de acuerdo con el queretano, al anhelo de los jefes imperialistas de improvisar una fortuna que les permitiera salvarse a la hora de la derrota o pasar su vida en el destierro.

Frías afirmó que uno de los principales beneficiarios del asalto fue Basch; esta declaración sin duda buscaba denigrar al médico ante los lectores de su libro. Las exacciones que sufrieron los queretanos serían determinantes para ponerle fin al Imperio, pues no quisieron prestar más ayuda a quienes los hacían padecer penalidades.⁵⁵ En los hospitales militares también sucedía una situación crítica: el gobierno imperial no previó que se realizaría una campaña larga, motivo por el que faltaban lechos de campaña, botiquines y cajas de cirugía. En ellos imperaba el desorden, la miseria, la incuria y el empirismo. A fin de resolver el problema, el archiduque estableció una Junta de

⁵⁵ Ratz, *Querétaro*, 2007, p. 150; Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, p. 42. Antes de empezar las acciones de combate, el cuartel general imperial prescribió un préstamo forzoso de 150 000 pesos; realizó la leva de los hombres entre 16 y 60 años, obligación de la que se salvaron los pudientes al pagar 80 pesos diarios; impuso una contribución por puertas y ventanas para cubrir los gastos, y extorsionó a la población al pedir ciertas cantidades de alimentos y forraje para la tropa.

Beneficencia encomendada al cura de la parroquia de Santiago Agustín Guisáosla, quien cumplió con creces su misión. Los heridos y enfermos gozaron de algunas comodidades en medio de la miseria de la ciudad. El sacerdote también se dirigía al campo de batalla para prestar auxilio espiritual.

Basch acusó al ministerio de México de no enviar dinero para solventar los gastos de guerra, pero olvidaba que la problemática no permitía obtenerlo y tampoco mencionaba que los soldados imperialistas incurrieron en muchas vejaciones para conseguirlo de la exhausta población queretana. Ni Márquez ni O’Horan cometieron las arbitrariedades a las que llegó Maximiliano en Querétaro. Mientras los imperialistas sufrían los estragos del combate, los republicanos aumentaban las fuerzas que sostenían el lugar y hasta se dieron el lujo de publicar un periódico dirigido por Pantaleón Tovar, poeta y novelista que sufrió con estoicismo “las amargas decepciones que se descargaron sobre los primeros sostenedores de la causa de la Reforma”. Él “prefería comer el pan acre de la emigración antes que pisar el suelo profanado por el extranjero”. Los elogios de Frías hacia Tovar eran fruto de su relación antes de la contienda, pues cabe recordar que éste fue uno de los colaboradores de *Los mexicanos pintados por sí mismos*.

En Querétaro, el emperador comprendió que no sólo sus partidarios lo abandonaron, sino también Europa, que permanecía impasible ante el drama. Los sitiados esperaban con ansia el regreso de Márquez, quien llegó el 28 de marzo a la capital y al día siguiente dirigió una columna de 10 000 hombres hacia Puebla, lugar en el que sería rechazado por Porfirio Díaz. Hilarión piensa que si el general se hubiera dirigido a Querétaro, la situación se hubiera modificado. Su decisión de salvar a Puebla y a la capital constituía una “excusa estúpidamente estratégica”; en ese Estado se encontraban fuerzas superiores, mientras que, en Querétaro, los encerrados se hubieran unido y, con ello, se habría formado un ejército respetable. A esto se agrega que la ciudad de México no requería ayuda; más bien se debía prestar auxilio a Querétaro, que en ese momento era la verdadera capital del Imperio. Puesto que Márquez retardó su arribo a Puebla, Díaz organizó sus fuerzas con el objetivo de derrocarlo. El general republicano acabó con el imperialista, quien retornó con una fuerza dispersa y derrotada.

El escritor menciona que se acusó a Márquez de no brindar su apoyo a la ciudad sitiada; sin embargo, una carta de Maximiliano al capitán de navío Schaffer muestra que no

había ordenado el regreso del general, sólo lo consideró una posibilidad. Conforme pasaba el tiempo, en Querétaro se perdía la esperanza de salvación: el hambre agobiaba a los sitiados y aumentaba el tiroteo republicano. Estas circunstancias ocasionaron que las tropas imperialistas perdieran la moral y comenzaran a desertar. Ante tal escenario, el archiduque decidió el 22 de abril que el príncipe Salm-Salm saliera de la ciudad, a fin de dirigirse a la capital para reducir al orden a Márquez y llevarlo de vuelta a Querétaro. Aunque la tentativa fracasó estrepitosamente, la disposición da cuenta de que el “desgraciado” monarca comenzó a desvariar, pues confió una misión delicada a un extranjero; le otorgaba poderes más amplios que los del general, lo cual representaba un atentado a la soberanía nacional.

Frías considera que el emperador dio dos tipos de indicaciones que lo denigraban: las “ridículas” y las “terribles”. En las primeras, se encuentran las exhortaciones que se debían dirigir al cuerpo diplomático y a los juaristas. En tanto que las segundas se referían a las mentiras que se inventaban para no evidenciar la verdadera situación del Imperio. Hilarión asevera que aquellos que recurrían al engaño mostraban la pequeñez de su alma. Para fortuna de Maximiliano, el príncipe no abandonó la ciudad; si lo hubiera hecho, la historia habría juzgado severamente al emperador porque una de las indicaciones consistía en sacrificar la capital para salvar a Querétaro. Esta determinación expresa que Maximiliano había olvidado las proclamas en las que ofrecía sacrificarse por el bien común. La entrega de la capital representaba una traición a sus principios y el fin de su Imperio. El acto no era digno de un hombre que demostró nobleza; él no podía renunciar a su honor en aras de la salvación personal.

Las disposiciones del monarca denotan que en la hora del desconcierto cada paso se convertía en un error. El escritor indica que el grave estado en que se encontraban los sitiados ocasionó que el archiduque diera muestras de debilidad. Un ejemplo de ello fue una epístola que Maximiliano pensaba enviar al cónsul americano Marcos Otterburg, la cual constituía una humillación para Maximiliano y cuyo contenido sólo se explica por la depresión, el terror o la atonía moral. Frías no entendía cuál podía ser la razón por la que este hombre buscaba ganarse la simpatía de un ínfimo agente de Estados Unidos. Su conducta era inexplicable, sobre todo después de que Maximiliano manifestó una gran dignidad para levantarse de las denigrantes exigencias de los franceses, y sostuvo que

prefería morir, antes que humillarse. Si bien se preocupaba por la actitud de ese país, debió percatarse de que Francia no logró nada para cambiar la postura norteamericana respecto al Imperio.

La carta mencionada era la expresión de una “pueril cobardía”; en ella además de acusar a Juárez, disculpaba sus actos como emperador. Resulta sorprendente que un soberano se quejara de que el oaxaqueño ordenaba fusilamientos, pero a la vez afirmara que los imperialistas le harían la guerra a Europa. El queretano estaba contrariado de que Basch publicara el contenido de la carta; no se concebía que los liberales reconocieran la heroicidad del archiduque y su médico arrojara a su memoria toda la mengua posible. Otro intento de romper el sitio se produjo el 27 de abril de 1867, mas el proyecto fracasó, debido a que las tropas republicanas eran superiores y rodearon completamente la ciudad, y las fuerzas imperialistas estaban desfallecidas, diezmadas, sin vigor y carecían de medios para hacerlo.

A pesar de que la tentativa hubiera tenido éxito, Maximiliano no habría logrado salvar al Imperio, pero sí habría partido del país rumbo a Europa. Abandonar el proyecto no llenaría de gloria su memoria, aunque sí lo sacaría de la “ratonera” en que lo dejaron los franceses. El emperador estaba consciente de que la salida de Querétaro podía costar mucha sangre, no obstante, se trataba del único camino plausible; la situación de la ciudad era desesperada, la miseria era espantosa, y había un gran decaimiento. Sin embargo, no quiso llevar a cabo el plan porque se sabía un “torpe jinete” y creía que, en la confusión, caería muerto o prisionero.

Desde el momento en que la intentona falló, el Imperio quedó derrotado y cada quien buscó su interés personal. Aunque el desaliento cundió por la ciudad, los soldados imperialistas se mantuvieron firmes en su puesto, lo cual demuestra que Basch se equivocaba al afirmar que los mexicanos eran incapaces de “abnegación” y que se “vendían al mejor postor”. Bajo este entendido, la formación de una guardia nacional en Querétaro no tenía la intención de resarcir las bajas del Ejército imperial; el verdadero objetivo consistía en presentar una hueste que sirviera de carnada, a fin de atraer las “iras del vencedor”, mientras escapaban los militares de la monarquía. Los queretanos entendieron los motivos que ocultaba el proyecto de Maximiliano, por lo que no decidieron enlistarse y

los pocos que lo hicieron, fueron motivados por el hambre y no por el deseo de defender un Imperio que estaba desahuciado.

Frías considera que la creación de la guardia nacional constituía el “último acto de infamia” que el Imperio realizaba contra los habitantes de Querétaro, pues se pretendía su sacrificio en aras de la salvación imperialista. Con la intención de levantar la moral en la ciudad, los jefes difundían la noticia de que Márquez estaba cerca de ahí, por lo tanto, la afirmación de Basch de que los republicanos divulgaron ese rumor era falsa. Las noticias del supuesto arribo de Márquez se tomaban con desdén en un lugar donde la desesperación cundía por el hambre y la miseria. En los primeros días de mayo, los imperialistas se dieron cuenta de que Querétaro estaba perdida y que era necesario romper el sitio a como de lugar. Si bien el 15 de mayo de 1867 se pensaba desalojar la ciudad, se produjo un acontecimiento que muchos llamaron la “traición de López”.

Al igual que la mayor parte de sus contemporáneos, Frías trataba de explicar los hechos de la noche del 15 de mayo. El médico menciona que Miguel López se entrevistó con Escobedo gracias a la mediación de un “abogado liberal” de Querétaro, del que no da ninguna referencia. De acuerdo con él, López llevaba autorización de Maximiliano para realizar la conferencia; regresó a la plaza con un oficial, quien se entrevistó con el emperador, y tornó a su campo. Después de la conversación, el archiduque ordenó que no se efectuara la salida; unas horas más tarde, se tomó la ciudad. Hilarión estima que no se podía saber si López traicionó al monarca o no, pero era evidente que su acto salvó a Querétaro de ser sitiado a sangre y fuego.⁵⁶

⁵⁶ Pani, *Segundo*, 2004, pp. 56-57; Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, pp. 35-69; 67-68, 75; Ratz, *Querétaro*, 2005, pp. 67, 196, 205. La versión de la traición era producto de un rumor esparcido por la ciudad y el país en las horas inmediatas a la toma de la ciudad. Para un sector de los seguidores del emperador, la traición ocasionó la derrota del Imperio. La princesa de Salm-Salm afirmaba que López había vendido la ciudad por 3 000 onzas. Unas semanas después, la noticia se trasladó a la prensa nacional e internacional. Ante la efervescencia periodística, Miguel López publicó un folleto titulado “La toma de Querétaro: Miguel López a sus conciudadanos y al mundo” en *El Monitor Republicano*, en el que se defendía de las acusaciones y el cual sería refutado por Félix de Salm-Salm en su *Contestación a don Miguel López, antiguo coronel imperial mexicano y autor de un folleto titulado “La toma de Querétaro: Miguel López a sus conciudadanos y al mundo”* y en *Refutación al folleto publicado por Miguel López con motivo de la ocupación de la plaza de Querétaro, en 15 de mayo de 1867*. En 1887, Mariano Escobedo afirmó en una entrevista a Ángel Pola que López no traicionó a Maximiliano ni se vendió. Esta opinión provocó la publicación de una gran cantidad de artículos, un duelo entre los generales Rocha y Gayón y una trifulca callejera entre Victoriano Agüeros y Ángel Pola. El polvo que levantó la declaración de Escobedo fue consecuencia de que no se discutía una cuestión estratégica, sino verdades distintas, pues la venta le quitaba importancia al más “brillante” hecho de armas de la República. Por ello, Pola se apresuró a afirmar que la “deslealtad”, “bajeza” y “cobardía” de Márquez y López, evidenciaba que los hombres de más “baja calaña” se habían adherido al Imperio. Ahora

Maximiliano salió del convento de la Cruz y se dirigió al Cerro de las Campanas, lugar en el que se entregó. Junto con él, cayó la mayor parte de sus generales. Después serían aprehendidos todos los que estaban escondidos, pues un decreto del comandante militar de la plaza condenaba a muerte inmediata a los que no se presentaban prisioneros. Con su detención, el emperador asumió una doble faceta: “héroe en el campo de batalla” y “mártir de una mala causa”. Los conservadores permanecieron a su lado hasta el final del Imperio; combatieron con lealtad, pelearon como leones y supieron morir como héroes. Basch mostró desprecio hacia ellos; según él, cometieron todo tipo de tropelías que sólo los deshonoraban. No se daba cuenta de que éstos prodigaron valor y vertieron su sangre para defender una causa perdida; su lealtad y abnegación constituía una lección para los europeos, que desertaron pese a jurar salvaguardar la bandera imperial.

De esta manera, los verdaderos culpables de la caída del Imperio fueron los extranjeros, que no supieron defender a su emperador, y el clero, cuya ignorancia no le permitió entender la situación política de ese momento. El ataque de Basch a los conservadores tenía la intención de preservar la memoria de Maximiliano libre de culpa, ya que así no se podía acusar a éste de cometer desmanes que fueron realizados por sus aliados. Sin embargo, el médico de Maximiliano no comprendía que despreciaba a unos hombres que lo llevaron a ocupar un lugar en lo más alto de la historia. A falta de este apoyo, el archiduque habría pasado el resto de su vida recluido en Miramar, lugar al que sólo llegarían los desprecios y las ridiculizaciones de sus contemporáneos.

Por lo tanto, no es posible afirmar que Maximiliano fue traicionado por los conservadores, quienes ofrecieron dinero y soldados a raíz de la creencia de que la población sostendría al Imperio cuando el emperador despidiera a los liberales y adoptara su programa reaccionario. Este proyecto ilusorio no se trataba de una traición. Después de su aprehensión, el archiduque y sus generales fueron conducidos al convento de la Cruz. Frías afirma que el principal objetivo del sitio era la detención del emperador, por lo que se

bien, Ratz plantea que se exageraba la relación de confianza entre Maximiliano y Miguel López, pues a este personaje lo consideraba un “traidor”. El autor alemán está convencido de que López traicionó al emperador, debido a que tenía una gran habilidad y capacidad de engaño. Como recompensa, el oficial imperial recibió dinero y su libertad. En contraste, Blanca Gutiérrez menciona que el archiduque jamás denunció que hubiera sido apresado a causa de una traición y no se podía hablar de que ésta hubiera ocurrido cuando se advertían los esfuerzos de López por salvar la vida del emperador, los encuentros que se produjeron en la madrugada del 15 de mayo y las entrevistas entre el supuesto “traidor” y los “traicionados”. Ella sugiere que el general obedeció las órdenes del monarca, ya que la ciudad se perdió.

descartaba que se hubiera producido una reunión entre los generales Rincón Gallardo y Miramón, con el fin de negociar la libertad del monarca. Los republicanos sabían que la captura de Maximiliano los ayudaría a fortalecer la paz pública. El consejo de guerra juzgó al archiduque y a sus generales; él no asistió por encontrarse enfermo, pero sí fueron Miramón y Mejía.

En vista de que el tribunal necesitaba confirmar su estado de salud, se encomendó esa tarea a Hilarión y a otros de los médicos que se encontraban en los hospitales militares, los cuales se presentaron el 7 de junio de 1867 para efectuar la revisión. El queretano recuerda que él redactó el acta en que se pedía dar más aire, luz y espacio al archiduque. Esta experiencia sería determinante para el escritor, quien siempre conservó un buen recuerdo del cautivo; afirma que se acordaba de todas las palabras dichas en una conferencia que duró más de una hora. Asimismo, menciona que en Europa se criticó con “demasiada severidad” el juicio de Maximiliano y sus generales; éste cumplió con todas las formalidades y los abogados de los enjuiciados realizaron “magníficas defensas”, por ejemplo, la de Vega, que se podía considerar digna del foro romano.⁵⁷ El 14 de junio se pronunció la sentencia que los condenaba. De acuerdo con el médico, todos esperaban esa resolución, pero produjo un “sacudimiento terrible”.

Maximiliano se enteró del veredicto en su celda: recibió la terrible noticia con suma tranquilidad y serenidad, una actitud que también manifestó al momento de caer prisionero. Frías pensó que probablemente en su interior el miedo lo estrangulaba, pero su semblante nada revelaba; este hecho evidencia que el archiduque poseía valor pasivo e inerte, que era el más estimable, y consistía en disimular y vencer el miedo sentido. Tras conocer la noticia, Maximiliano trató de arreglar los “negocios de su corazón”. Sus amigos y su familia centraron su atención en ese momento trágico. Sin “jactancia de valor”, escribió con “serena dulzura” a quienes debía un afecto o un servicio. Si bien era un hombre lleno de “juventud”, “valor” e “inteligencia”, no tuvo ningún temor para disponer el destino de sus restos, muestra de “un gran corazón”. Así, no debe sorprender que solicitara a uno de sus defensores tramitar ante el gobierno que Frías y José María Siurob se encargarían del embalsamamiento de su cadáver. Pese a su excitativa, Juárez ordenó que otros médicos se ocuparan del asunto; la disposición llenó de pesar a Hilarión.

⁵⁷ Se puede consultar el proceso y la defensa en *Sitio*, 1982, pp. 187-291.

Durante su estancia en la prisión, el emperador recibió la visita de varios generales republicanos. Basch creía que las entrevistas eran fruto de una “curiosidad insultante”; no advirtió que ellos lo hacían porque lo estimaban y admiraban su inteligencia y valor. Se condolían de la “terrible e indeclinable necesidad” de la República de sacrificarlo, en aras de obtener la paz y garantizar la libertad. Los generales buscaban mostrar respeto al vencido y ofrecer un homenaje al valor del archiduque. Antes del fusilamiento del monarca, algunos personajes cercanos a él trataron de lograr que se fugara. La princesa de Salm-Salm fue el alma de un proyecto secundado por los ministros extranjeros y algunos partidarios del Imperio. Aunque ella dispuso todo lo necesario para el escape, el plan fracasó, ya que se desconocía la manera de realizarlo. La frustración de la huida muestra que era una quimera llevarla a cabo.

Pese a la fuga fallida, los extranjeros de la comitiva de Maximiliano explotaron el hecho y se daban “baños de heroísmo” que nunca existieron. Se presentaban como los autores de una empresa que no tendría ningún resultado positivo. A pesar de que el queretano estuvo presente en el Cerro de las Campanas cuando el emperador fue fusilado, le faltó valor para observar la descarga de fusilería. No obstante, sí contempló cómo daba el último adiós a la vida. De acuerdo con su testimonio, el archiduque murió sereno y sin mostrar encono contra sus vencedores. Sin duda, pagó muy caro su error político, mas el crimen de atentar contra la autonomía de un pueblo quedó redimido al “apurar la hiel”. Este hecho lo reivindicaba ante la historia, ocasionando que sólo subsistieran recuerdos gratos de su memoria. Aunque hubo numerosas peticiones de perdonar la vida a los tres condenados, el gobierno no modificó su decisión; sabía que la muerte de Maximiliano y sus generales representaba el fin de la guerra civil.

La sentencia de muerte no se ratificó en nombre de la venganza nacional, sino a favor de la conveniencia pública. Juárez advertía que Maximiliano podía fungir como bandera de lucha de los reaccionarios, así que prefirió cargar con la responsabilidad de su muerte, antes que ver al país nuevamente preso de las pasiones políticas.⁵⁸ Sin falsa modestia, el queretano declaró que fue uno de los primeros en intentar que se concediera el

⁵⁸ Kératry, *Elevación*, 1870, pp. 281, 332; Basch, *Recuerdos*, 1967, p. 19. Kératry consideraba que la muerte de Maximiliano era producto de dos circunstancias: el deseo de venganza del clero mexicano contra un emperador que trató de reformarlo y la falta de visión política del archiduque, quien no reparó en que la guerra civil continuaría mientras no abdicara. Por su parte, Basch pensaba que el Imperio hubiera sido posible si se liberaba de los conservadores y los franceses.

perdón a los condenados. El médico publicó primero su petición en las páginas de *La Sombra de Arteaga*; después se entrevistó con el general Escobedo a fin de plantearle el asunto. Hilarión indica que pudo hablar con él gracias a la ayuda de Juan Doria, secretario del general.⁵⁹

El fusilamiento de Maximiliano también contribuyó a acabar con los ministros extranjeros “insolentes”, “ladrones” y “corrompidos”, pues sabían que el país no estaría dispuesto a soportar de nueva cuenta sus “impertinencias”. Tras la muerte del emperador, México se ganó el respeto de las naciones europeas. Mientras en Querétaro era fusilado el emperador, en la capital Díaz estableció un cerco para tomarla. Con el objeto de acelerar la caída de la ciudad de México, Escobedo envió una parte de las tropas que sitiaron Querétaro. A diferencia de Díaz que sabía compatibilizar la guerra con la civilización, Márquez prosiguió sus “actividades criminales” con la intención de recabar recursos.⁶⁰ La “rapiña” ejercida por el general imperialista no tenía justificación; era inevitable la caída del último reducto del Imperio. Las fuerzas encargadas de defender a la capital se encontraban divididas. Los extranjeros no obedecían a los mexicanos y buscaron capitular por su propia cuenta.

Aunque Márquez y sus socios pregonaban que Maximiliano consiguió un triunfo en Querétaro, la verdad no tardó mucho en salir a relucir. Cuando se conoció la muerte de éste, sus tropas se desmoralizaron y el 22 de junio la capital fue tomada; con este suceso

⁵⁹ *La Sombra de Arteaga*, 31 de octubre de 1867 y 31 de enero de 1868; *Boletín Republicano*, 22 de diciembre de 1867; *El Siglo XIX*, 3 de marzo de 1894; Gutiérrez, *Querétaro*, 2007, pp. 76-79, 82; Ortiz, *Historia*, 1993, pp. 132, 143. Frías menciona que, en *La Sombra*, no sólo se pidió la amnistía para Maximiliano, sino también se atacó la ley del 25 de enero, la cual consideraba “disculpable” por las circunstancias en que se produjo, pero que debía “romperse” después de la victoria. La posible muerte del emperador y sus colaboradores dividió a la prensa nacional. Mientras un sector abogaba por la aplicación de la ley del 25 de enero de 1862, porque argumentaba que la clemencia a los “traidores” constituía un ultraje a la moral, el otro solicitaba tener compasión y liberar a los presos, debido a que era la única forma de lograr la reconciliación entre los mexicanos. Francisco Zarco manifestó una posición intermedia: se podía conceder la amnistía a los “traidores”, salvo a los grandes culpables que debían ser juzgados. Aunque Hilarión se adjudicó el artículo que pedía el perdón de los condenados a muerte y que apareció en *La Sombra de Arteaga*, éste estaba firmado por su hermano Luciano; en él se solicitaba la derogación de la ley, pues no daba “escala a la culpabilidad”, ni “grados a la pena”. El autor pensó que se debía conmutar la pena de muerte por otro castigo. Ante la diversidad de opiniones, Juárez decidió cambiar la pena de muerte por la prisión temporal a la mayoría de los reos. Este hecho muestra que Ortiz Monasterio se equivoca al suponer que el Benemérito no tomó en cuenta la petición de amnistía realizada por diversos personajes, entre los que se contaba a Riva Palacio y Frías. En las páginas del *Boletín Republicano*, El queretano volvió a insistir en la necesidad de otorgar el perdón y olvidar las pasiones políticas que dividían al país. En 1894, Frías recordó que fue uno de los primeros en solicitar la amnistía para los conservadores que cometieron un “extravío patriótico”.

⁶⁰ Ratz, *Querétaro*, 2005, p. 137. Ratz considera que Márquez espero la oportunidad de regresar a la ciudad de México para establecer su propio poder autocrático.

concluyó el Imperio. El 15 de julio de 1867, Juárez entró a la capital en un ambiente de fiesta: la población se entregó al hombre que había salvado al país. Hilarión consideraba que el triunfo de la República y la caída del Imperio eran ineludibles, pues éste sólo engendró anarquía por su falta de una constitución imperial, lo que provocó a su vez una “autocracia ultrapersonal”, sin cohesión y fuerza administrativa. A ello se suma la “torpe” elección del personal directivo que rodeó al emperador, el cual estaba compuesto de extranjeros “voraces”, “ambiciosos” e “ignorantes”. El principal artífice de la derrota fue el mismo Maximiliano; demostró indolencia, repudio al “trabajo serio y prolongado”, versatilidad en sus ideas y juicios, desprecio a los principios y a la corrupción clerical y administrativa, y una incapacidad total para administrar las rentas públicas y los empréstitos.

Cualquier gobierno se tornaba imposible cuando se carecía de instituciones, justicia, honradez administrativa y un buen mando. Tras la muerte del archiduque y a fin de acabar con las divisiones internas y los odios, el gobierno decidió otorgar la clemencia a los imperialistas. Frías expresó que, como epílogo de la obra, quedaba el cadáver de un monarca que regresó a su patria sin corona, una loca que vagaba sin recordar su desgracia, un partido derrotado, un emperador “irresponsable” que sacrificó a unos “pobres soñadores” y un hombre que triunfó gracias a su perseverancia en defender la inviolabilidad de la Nación. Maximiliano fue engañado por Napoleón, porque la disputa en México no respondía a los intereses de la raza latina, sino a la subsistencia de las antiguas tradiciones. El principio monárquico defendido por el extranjero se enfrentaba contra el dogma de la protección de la Nación, lo cual volvió invencibles a los republicanos.

La caída imperial representó el hundimiento de lo tradicional y la consolidación de los principios de la República. El tiempo se encargaría de vengar a los archiduques; en septiembre de 1870 Napoleón se rindió ante Guillermo de Prusia. Este acto evidencia, según el médico, la “diferencia abismal” entre Napoleón y Maximiliano. Mientras que el primero prefirió escapar con el enemigo, el segundo se sacrificó por sus partidarios. De esta manera, la historia emitiría un epíteto digno a Maximiliano y un desdén a Napoleón. Si bien “algunos escritores” sostenían que el pueblo francés también era culpable de lo sucedido en México, Hilarión considera que no se le podía acusar; los franceses condenaron la empresa imperial, y en cierta forma fueron víctimas, debido a que su país se desprestigió y su

bandera no salió airosa. Su único pecado fue no impedir las faltas de su gobierno, ni hacer lo necesario para derrocarlo. Ellos tenían el derecho de sustituir a Napoleón, ya que sus acciones no traducían las aspiraciones del espíritu público. Sin embargo, el queretano afirma que la historia mostró el “inmenso, estrepitoso y sangriento fiasco” que resultó la expedición en México. Su punto de vista no resulta exagerado; la aventura mexicana constituyó el primer gran fracaso del Ejército francés desde Waterloo.⁶¹

El retrato de los personajes de la tragedia

A lo largo de sus relatos, Frías proporcionó interesantes descripciones de los principales protagonistas de la historia. Pese a que su atención se centró en los emperadores, Napoleón III y Benito Juárez, también legó retratos de otros de los personajes que tuvieron incidencia en los hechos.

Maximiliano y Carlota

Se sabe que el escritor sentía una gran admiración por Maximiliano. Siempre que se refería a él, lo hacía en los mejores términos; por este motivo, aclaró que sus palabras no representaban una renuncia a su fe republicana, sino una forma de homenajear a este personaje. Reconocía que el emperador inspiraba un “irresistible afecto” a quienes lo rodeaban, por lo que era difícil no amarlo. Bajo la pluma de Hilarión, el archiduque adquirió numerosos atributos: nobleza de alma, temple, justeza, rectitud, generosidad, bondad, dulzura, apacibilidad y gran inteligencia. Este hombre ilustrado y progresista sólo deseaba el bien de su nuevo país. El queretano estaba contrariado con los insultos que prodigaban al “desgraciado príncipe”, quien únicamente cometió el error de aceptar una “corona exótica” y usurpar el poder de una “nación extraña”. Sin embargo, se debía considerar la “lealtad del alma” del “príncipe poeta”; no abandonó a sus partidarios, más bien prefirió morir para borrar su falta con sangre. Si se tenía que culpar a alguien por el sacrificio del “rey mártir”, era a las ambiciones de Napoleón III y del partido clerical.

Frías no tuvo problema en afirmar que la sangre derramada por el “infortunado príncipe” demuestra que éste amaba a México más que muchos mexicanos. El “rey caballero” entró al país como un extraño y salió rodeado de conmiseración y respeto

⁶¹ Pani, *Segundo*, 2004, p. 40.

general.⁶² Mientras que a Carlota le reconocía un “carácter indomable”, una “enérgica compulsión”, una gran inteligencia y grandeza en su alma, además, creía que era apasionada, juiciosa y con don de mando. También admite que la emperatriz influyó en muchas decisiones de Maximiliano. Aunque afirmó que ambos contaban con “altas prendas” y “simpáticas cualidades”, se equivocaron al “usurpar” la libertad de un pueblo, lo cual los conduciría a un fin trágico. Fiel a su estilo, Hilarión realizó una descripción física de los dos personajes: a Maximiliano lo pintaba rubio, alto, garrido, de una “belleza llena de virilidad”, mirada inteligente y dulce que borraba la mala impresión que dejaba su mandíbula, y sus labios característicos de la raza austriaca; delineó a Carlota de manera más austera, sólo decía que era hermosa y su rostro y talle estaba contorneado por líneas fuertes.

Benito Juárez

Hilarión exhibió una posición ambivalente respecto a Juárez: en un primer momento, se mostró crítico respecto a sus acciones, mas reconocía el papel que éste desempeñó durante la guerra, y en el segundo, contribuyó a su mitificación. Como se observó en el primer capítulo, a partir de 1868 Frías mantuvo una actitud combativa hacia el presidente; no estaba de acuerdo con la política que el oaxaqueño siguió, tanto en el ámbito federal, como en el caso particular de Querétaro. Pese a los ataques, dedicó al Benemérito el texto que refutaba la obra de Kératry. A fin de evitar malas interpretaciones, el médico afirmó que no lo hizo con el afán de adularlo, pues eran conocidas sus opiniones “imparciales” respecto a la administración, las cuales manifestó en la prensa y en la Cámara de Diputados. Él no se inclinaba ante los hombres, sino ante los principios, razón por la que no temía emitir un juicio “severo” de los actos de gobierno de Juárez.

El queretano reconocía, al igual que los escritores extranjeros, que el presidente había mostrado “altas dotes de un patriotismo sin mancha y de una constancia heroica”,

⁶² *Ibidem*, pp. 75-76. La fascinación que Hilarión sentía por Maximiliano sería compartida por otros escritores, tal fue el caso de Charles D’Hericault, quien lo presentó como “el más dulce, el más generoso de todos los hombres, el más liberal de todos los príncipes”, o de Kératry, que lo consideró como un caballero indeciso que era el “menos culpable [y] el más desgraciado” de la empresa. En contraste, Eugène Lefevre lo calificaba como un “filibustero de raza imperial”. Pani piensa que la figura del archiduque salió ilesa debido a dos circunstancias: la elocuencia de los que habían “amado al príncipe” y porque, para los europeos, su fusilamiento representó una “catástrofe” que rebasaba los límites de lo posible. Al parecer, morir joven y fusilado lo convirtió en un héroe que desdibujó al “usurpador” y al “gobernante mediocre”.

durante los “años de angustia y prueba” en los que se luchó por la “independencia”. El oaxaqueño debía sentirse orgulloso de que sus mismos enemigos reconocieran sus virtudes y se le concibiera como la “personificación perfecta” de la defensa a ultranza de la bandera republicana. Para cumplir con sus deberes, Juárez hizo esfuerzos sobrehumanos y sacrificó su vida entera. Si la patria se salvó, fue gracias a su valor inquebrantable y a la fe que mostraba por la causa. No se podía negar que se convirtió en la “gran figura de la historia contemporánea” mexicana y accedió a la inmortalidad sin tener que pasar por la “puerta del sepulcro”.

Frías no titubeaba al afirmar que Juárez era una figura histórica que se volvió un “mito” y su nombre se colocaría al lado del de Hidalgo y Washington, es decir, de los dos personajes que los liberales mexicanos concebían como los libertadores de sus respectivos pueblos. Esta vinculación evidenciaba que el escritor, a semejanza de otros escritores contemporáneos, pensaba que los principales héroes habían luchado por la independencia y contra los extranjeros.⁶³ No había duda de que el oaxaqueño compartía estos rasgos con Hidalgo y Washington, motivo por el que era posible ubicarlo entre los forjadores de la Nación. Juárez representaba el “tipo perfecto del indígena de raza zapoteca”; se trataba de un individuo pequeño de cuerpo, de cabeza redonda, frente chica y deprimida, pómulos salientes, mandíbula cuadrada y de boca grande y deformada.

El médico manifestó que no juzgaba al “hombre íntimo” porque no lo conocía, pero sí hablaría del “hombre público” que mostraba una gran tenacidad, constancia e inflexibilidad. El presidente era un “sincero demócrata” que se había “deleitado” en ejercer la dictadura, pero sin retroceder hasta la tiranía. Si permaneció en la primera magistratura, se debía a su capacidad para desgastar a las notabilidades que le podían hacer sombra. El ser humano que salvó la independencia de su pueblo cometió el error de enamorarse del puesto y se exponía a perder lo que había ganado. Hilarión mencionaba que la convocatoria constituía uno de los principales errores del oaxaqueño; pese a toda la oposición que se manifestó, Juárez trató de llevarla a cabo porque no era capaz de reconocer sus faltas y buscaba cumplir sus deberes sin importar las consecuencias.⁶⁴

⁶³ Jiménez, “Creación” en *Historias*, 2002, pp. 35-38.

⁶⁴ *El Diario del Hogar*, 18 de mayo de 1884. En 1884, Frías afirmó que la Convocatoria no se podía considerar un “crimen” del gobierno juarista, pero sí una mancha indeleble en su reputación.

El autor estaba convencido de que Juárez debería retirarse a la vida privada; única forma en la que se le recordaría como un “gran hombre”, pues si continuaba en el poder, se produciría su “suicidio moral”. En sus escritos publicados entre 1872 y 1902, el queretano mostró una gran animadversión en contra del Benemérito: no sólo lo acusó de escapar con los fondos públicos, sino también de exigir dinero en todas las poblaciones por las que pasaba cuando huía de los invasores.⁶⁵ Con el objeto de socavar su figura, Frías criticó la política de desamortización juarista; decía que ésta fue una “absurda operación” que favoreció únicamente a los extranjeros, aventureros, especuladores y “gambusinos de la democracia”. Además, señala que los “hábiles” y “bienaventurados” se aprovecharon de la “defensa de la patria”. Sus afirmaciones sugerían que Juárez había forjado una fortuna; por ese motivo, no se le debía considerar un hombre “inmaculado”.

Asimismo, sostenía que la “idílica imagen” del oaxaqueño fue creada por un grupo de escritores que lo enaltecían, debido a que les dio empleos y subvenciones, pero estaba convencido de que, algún día, la historia lo juzgaría y lo bajarían del pedestal al que lo elevó su permanencia en el poder.⁶⁶ Estas opiniones se transformarían sorprendentemente en 1905, año en el que Hilarión se unió al grupo de escritores que buscaron defender a Juárez de los ataques de Francisco Bulnes. En el *Juárez glorificado*, el médico aceptó que había sido uno de los más severos críticos de la administración juarista, mas siempre “reconoció su valer”. Según él, no se podía considerar al presidente un ídolo o un fetiche, sino un “gran hombre” que alcanzó la inmortalidad por los servicios que prestó a la Nación.

Sin embargo, aclara que los “grandes hombres” debían su elevación y prestigio a las condiciones políticas, sociales y económicas del periodo histórico en que figuraron, razón por la cual no era posible afirmar que se trataba de un hombre o un partido el que consumaba una revolución, una evolución política o un gran triunfo nacional. Para ello, se requería un medio ambiente favorable. Al igual que sus contemporáneos, Frías enfatizó los esfuerzos que realizó el pobre “niño indígena” para aprender; gracias a su fuerza de voluntad e inteligencia, llegó a las más altas esferas del foro, la cátedra y el gobierno.

⁶⁵ *La Patria*, 24 de octubre de 1879. Según *La Patria*, Hilarión fue comisionado por el gobierno para continuar las obras del monumento que se levantaría en honor a Juárez en la ciudad de México. No se tiene certeza si la información era correcta, pues en ningún otro periódico de la época se mencionaba este dato. Aunque podría resultar extraño que Frías aceptara dirigir la erección de la estatua que honraba a su “enemigo”, el médico podía haber aceptado por su deseo de figurar en los primeros planos políticos.

⁶⁶ *El Diario del Hogar*, 11 de julio y 7 de septiembre de 1882; Frías, *Álbum*, 1984, p. 66; *El Diario del Hogar*, 10 de marzo de 1883 en Díaz, *Escuela*, 1972, p. 184.

A diferencia de lo que expresó años antes, ahora el escritor sostenía que las leyes de Reforma fueron una de sus grandes creaciones, pues contribuyeron a acabar con los fueros de la “reacción” y de una Iglesia “omnipotente” y “privilegiada” que sólo pretendía terminar con los gobiernos progresistas. Este hecho bastaba para volver “inmortal” su nombre y considerarlo el “símbolo de la libertad”.

Frías reconocía que, aunque Juárez permaneció mucho tiempo en el poder, no podía ser acusado de abandonar el régimen constitucional, pues se trataba de un magistrado “puro” y “honrado” que respetaba la Constitución y las decisiones del Legislativo. El presidente era un hombre de derecho y de deber que mostró un gran respeto de las acciones de sus ministros; dejaba que éstos desarrollaran su programa político. Ellos no se limitaban a firmar documentos, al contrario, tenían plena responsabilidad ministerial. Si abandonaron el gabinete, no se debía a las decisiones del oaxaqueño, sino a la presión que ejercía la Nación, que deseaba soluciones rápidas.

A fin de afianzar la figura de Juárez, la cual se mitificó durante el porfirismo, Frías aducía que el país le encargó al mandatario su reconstrucción, obra “inmensa” y “abrumadora” que el Benemérito enfrentó con un “valor civil” que no se había observado en ningún otro presidente. Juárez contaba con numerosas cualidades: probidad, rectitud, sagacidad, firmeza, seriedad, sencillez, valentía, serenidad e inflexibilidad en el cumplimiento del deber. Representaba el fiel reflejo de la ley; enseñó a los mexicanos a pelear por la libertad y a morir en su defensa. Sin el reformista y destructor de imperios, México no sería nada. Mayores elogios a su persona no se podían emitir, sobre todo de quien durante mucho tiempo se manifestó reacio a su figura.

Los personajes secundarios

Aunque el queretano no pretendía realizar una detallada descripción de todos los personajes que tuvieron injerencia en los acontecimientos, en sus escritos se advertía cierto interés en algunos individuos. Uno de los que llamaron su atención fue el emperador francés Napoleón III. Frías lo acusó de ser el responsable de la tragedia que se gestó en México, razón por la que le atribuyó numerosos vicios: corrupto, inmoral, ligero, presuntuoso, jactancioso, indigno, ambicioso, insolente, mendaz, sin carácter y sin principios. Era el hombre de los “planes incompletos”, el que mezclaba el delirio con el programa político, el

que confundía la gloria con el escándalo “ruidoso y sangriento” y el que gobernaba soñando. Napoleón carecía de una “política firme” que estuviera encaminada a un determinado fin. Su elevación al trono francés denotaba la degradación que se vivía en Europa. Este “iluso vanidoso” se creía el árbitro de los destinos europeos gracias al poderío de su Ejército, mas nunca se dio cuenta de que su reinado estaba fincado en una serie de fracasos políticos que lo llevarían a su destrucción. Si bien no era un “genio”, tampoco se podía considerar un “cretino”.

Su falta de previsión política ocasionaría la unidad italiana, la unidad alemana y la fallida empresa de México.⁶⁷ Del bando imperialista, Hilarión sólo se interesó en Leonardo Márquez para denostarlo, pues decía que era un “miserable” que cometió muchos crímenes: robar dinero de la Legación inglesa, fusilar médicos en Tacubaya y contribuir a la llegada de la Intervención. Pero su principal pecado fue la muerte de Melchor Ocampo, Santos Degollado y Leandro Valle. Este “bandido vulgar” traicionó a su emperador y sólo fue a la ciudad de México a saquearla, a fin de tener dinero con el cual huir a La Habana. El médico afirma que tanto liberales como conservadores condenaron sus acciones. Además de “asesino”, se le denominaba “traidor”. Sin duda, Márquez era culpable, pero no se le podían atribuir todos los crímenes políticos llevados a cabo durante su presencia en la escena pública.

El general ya sufría un “castigo terrible”; se encontraba fuera de la ley por la condenación del jurado nacional y fuera de toda comunión política por el anatema de los suyos. A pesar de todas sus “malas” acciones, Márquez había sido el único que escapó del cadalso. Resulta llamativo que los dos hombres fusilados con Maximiliano no merecieron mayores comentarios del queretano. Sobre Miguel Miramón no expresó nada en sus textos, mientras que reconoció en Tomás Mejía su “gran valor moral”. No se debe pensar que el silencio de Hilarión fue fruto de las pasiones políticas o de rencores guardados; esa misma actitud mostró con los generales republicanos. No dispensó ningún elogio a Mariano Escobedo, pero sí a Porfirio Díaz, José María Arteaga y Ramón Corona. A los dos últimos los consideraba los caudillos “más nobles y dignos” de la guerra contra el Imperio. Corona

⁶⁷ Pani, *Mexicanizar*, 2001, pp. 72-73. En México existía una posición ambivalente respecto a Napoleón III: unos lo tachaban de “fantoche”, “ambicioso”, “una completa nulidad” y un “pelele” que le gustaba destruir todo, mientras que otros lo consideraban un “héroe sublime”.

prestó grandes servicios a la patria; gracias a su capacidad militar se convirtió en el “terror” de los franceses, a quienes no sólo venció, sino que humilló.

Por la cercanía que mantuvo con Arteaga, se podría pensar que el médico buscaría su glorificación; sin embargo, se limitó a reconocer su intransigencia, su lealtad y heroísmo. A Porfirio Díaz lo reconoció como un “joven héroe” que había adquirido “renombre europeo” por su valor, patriotismo y modestia. No necesitaba de la ovación de sus contemporáneos; contaba con el pedestal de la admiración de los pueblos y un lugar en la posteridad. Díaz tenía una personalidad “brillante” que se veneraba, pero no se adulaba y era un hombre cuya carrera pública no registraba ninguna mancha. Por otro lado, Frías admiraba a Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias porque fueron los únicos que tuvieron el valor de acompañar a Juárez en su exilio. De Iglesias decía que era un individuo de talla mediana, delgado, de maneras finas, mirada apagada y boca de labios delgados y finos. Añade que poseía una gran inteligencia, una erudición admirable, una memoria privilegiada y un gran corazón; su patriotismo era intachable. Mientras que consideraba a Lerdo el “primer político de nuestros tiempos”, valiente, audaz, inflexible, lleno de brío, imaginativo, seductor, razonador y hábil en la administración. Su mayor defecto era el escepticismo. En su corazón albergaba dos afectos eternos: el amor a la patria y a sus amigos. Por la patria sacrificó su nombre y se le cargó el estigma de inflexible, sanguinario y cruel. No obstante, sus errores reflejan el amor que sentía por su país. La admiración que Hilarión sentía por este personaje lo llevó a afirmar que tenía un “sol por cerebro”. Él causaba fascinación, pese a ser de cuerpo pequeño, ancho de espaldas, rostro irregular y nariz delgada y corva. De su cara sobresalía su boca, en la que siempre se observaba una sonrisa cáustica y sus ojos, que eran “dos centellas” que penetraban hasta “los últimos pliegues del corazón humano”.

Conclusiones

No soy más que un escritor ramplón, de esos que buscan hoy algunos editores para que les rellenen el periódico con lo que puedan, y que han llegado al *máximo* de la depreciación, por la abundancia que hay de ellos en el mercado.

Hilarión Frías y Soto, *El Diario del Hogar*, 25 de mayo de 1882.

En un artículo publicado el 31 de agosto de 1884 en *El Diario del Hogar*, Hilarión Frías y Soto afirmó: “Yo no sé lo que es la vanidad del escritor, ni me atrae la publicidad, ni creo en la gloria, ni en nada”. Fuera de su contexto, esta declaración puede considerarse una muestra de rebeldía de un espíritu creador que buscaba tener una esfera de acción, libre de la inquina de los críticos. Sin embargo, reflejaba la desesperación del queretano al saber que sus novelas no tuvieran el impacto esperado en la sociedad. El autor no anhelaba la inmortalidad; ésta tampoco lo acogió en su seno. Como se ha visto a lo largo del estudio, este hombre fue una figura menor en todos los ámbitos donde se desempeñó. Tras recorrer su vida y legado intelectual, es inevitable preguntarse si tuvo alguna utilidad elaborar su biografía. Para un historiador tradicionalista la respuesta sería negativa, pues se piensa que los estudios biográficos deben dedicarse a individuos que influyeron en la historia. Este punto de vista se comprueba cuando se revisan las colecciones de biografías publicadas recientemente, las cuales se ocupan de José María Morelos, Sebastián Lerdo de Tejada, Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Plutarco Elías Calles, y otros más.

Por otro lado, hay quienes consideran a los personajes menores o medianos como parte de la historia. Tal es el caso de Javier Garciadiego, cuyas breves biografías de Higinio Aguilar y Gaudencio de la Llave demuestran que sí es posible reconstruir la vida de aquellos sujetos sin mayor relevancia en el desarrollo de los acontecimientos históricos en los que participaron. Así, Garciadiego reconoce que ninguna de las personas que retrató fue famosa, heroica o poderosa; por el contrario, ambos sufrieron de un prestigio bastante sombrío, habían sido poco conocidos y carecieron de simpatizantes. Pese a ello, el autor sostiene que el estudio de los personajes menores resulta de gran utilidad para la

historiografía, pues se puede constatar que ellos fueron actores sociales decisivos en todos los procesos históricos.¹

Evidentemente, este trabajo se afilió a la segunda posición historiográfica, ya que el objetivo fue mostrar que es posible contar la historia de vida de un hombre importante, aunque no tan reconocido, del siglo XIX. Como bien lo indica François Dosse, la intención de una biografía es honrar a alguien desaparecido y asignarle un lugar entre los muertos, pero, al igual que Robert Gittings, considero que sólo deben estudiarse aquéllos cuya vida tenga algún valor.² Ahora bien, ¿la vida de Hilarión Frías y Soto tuvo algún valor? Me parece que la respuesta es afirmativa. A pesar de que no logró destacar en ninguno ámbito, tanto en el político como en el literario, el médico trató de dejar una impronta en su tiempo e hizo todo lo posible para figurar en los primeros planos.

Su deseo de trascender lo orilló a abandonar su tierra natal e instalarse en la ciudad de México; esta decisión, desde los ojos del presente, no fue la más adecuada. Si Hilarión hubiera permanecido en Querétaro, como su hermano Luciano, habría conseguido una desahogada posición social, cultural y económica. Sin embargo, su apuesta lo llevó a transitar por difíciles vericuetos políticos, y a padecer, en ciertos momentos, de penurias económicas que lo llevarían a solicitar el auxilio del presidente Porfirio Díaz. Aunque en la investigación se trató de realizar un recuento puntilloso de la vida de Frías, existen ciertos pasajes de los que no se sabe nada, por ejemplo, sus años de juventud, su desempeño académico en el Colegio de San Ignacio, sus actividades como parte del gabinete del gobernador José María Arteaga, y su participación en la guerra de Reforma y en la Intervención francesa.

Esos vacíos denotan las dificultades para elaborar una biografía integral; no obstante, los fragmentos que se logran reconstruir permiten ofrecer una visión general del individuo y la forma en la que éste encaró la vida, sus limitaciones y sus logros. Es preciso mencionar que, si no se hizo una búsqueda más exhaustiva a fin de llenar los huecos en la vida del queretano, se debió a que, como bien indica Dosse, un biógrafo debe saber en qué momento terminar. Sin duda, la información proveniente de las fuentes puede generar

¹ Garciadiego, *Porfiristas*, 1996, pp. 20, 25, 152.

² Dosse, *Arte*, 2007, p. 19; Gittings, *Naturaleza*, 1997, p. 19.

nuevas vetas de investigación, y que el recuento de la vida de un personaje sea interminable.³

Si bien existen algunos vacíos que se necesita llenar, también hay datos sobre diferentes tópicos que no se quisieron incorporar, porque ello hubiera significado un trabajo de mayores dimensiones. De cualquier forma, y con las limitaciones inherentes a cualquier investigación, se trató de constituir el relato posible de la vida de un hombre mediano del siglo XIX. A pesar de no figurar en los primeros planos de la política o de la literatura, el biografiado fue objeto de la alabanza o del vilipendio, debido a las actitudes que mostraba hacia los demás. Por ejemplo, Alfredo Bablot (*Proteo*) reconocía que Frías tenía una “instrucción sólida y variada”, la cual lo llevó a unir las teorías filosóficas más excéntricas; esta circunstancia se explica por su espíritu “inquieto, desasosegado y turbulento”.

Sin embargo, el queretano se podía considerar un “buen chico en el fondo y forma”; era “desprendido”, “sencillo”, “modesto”, “indulgente”, “afectuoso”, “abnegado”, “afable” y de “trato ameno”; lograba hacer amigos con facilidad, aunque también tendía a ser “misántropo” e “hipocondríaco”.⁴ Otra opinión a su favor es la de su amigo Juan de Dios Peza, quien lo calificó como un pensador “vigoroso y original”, que entusiasma con su “propaganda política o científica” debido a su estilo “elegante” y “severamente juicioso”. Se debía estimar a Hilarión un individuo de “carácter franco, afable y sincero”, además de una eminencia en la prensa y en la tribuna, pues en los dos ámbitos siempre trató de dejar una enseñanza. Gracias a su pluma, palabras y acciones, conquistó un “lugar de atención y honor”.⁵

Por su parte, Ángel Pola lo mostró como un hombre tímido que no gustaba de hablar de su vida, un escéptico que contaba con una inteligencia “privilegiada” y podía dedicarse a “toda ciencia y a todo arte”; por lo mismo, se desempeñaba como abogado, historiador, novelista y poeta. Entre sus defectos, se encuentran la “mordacidad” y la “virulencia” con la que escribía, las cuales lo convirtieron en el *Rochefort* de la prensa mexicana.⁶ En contraste, *El Correo del Lunes* indicaba que Frías se encargó de difundir los pormenores de su vida, motivo por el que se presentó como el “actor de un drama

³ Dosse, *op.cit.*, p. 18.

⁴ *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1874.

⁵ *El Diario del Hogar*, 9 de mayo de 1884.

⁶ *Ibidem*, 23 de agosto de 1888.

sangriento”, sin darse cuenta de que su “calvario” se desarrollaba en medio de “fuentes de leche”. Este personaje se consideraba un liberal intransigente; no obstante, lo único radical era su cerebro que iba a explotar por la cantidad de dinamita que contenía en él. Le agradaba atacar a los demás para después consolarse con su “sultana favorita”.⁷

Por otro lado, *El Máscara* enfatizó que el escritor se aprovechaba del presupuesto y trataba de “sangrar” a cualquier ministro con su lengua que, en “lógica festiva”, lograba hacer del tesoro su “esclavo”.⁸ En un tono irónico, el *México Gráfico* advertía que Hilarión soñaba con ser rico, mas no lo había logrado por su “pico”, es decir, no sabía quedarse callado.⁹ Sin duda, la intención del periódico era caracterizarlo como un individuo obsesionado por el dinero y alguien de quien cuidarse por su forma de expresión. Las opiniones mencionadas denotan las caracterizaciones diversas que una sociedad podía realizar de un mismo hombre. A pesar de que los retratos presentan notables diferencias, se suelen considerar un buen instrumento para delinear la personalidad de un sujeto, ya que no existen muchos documentos a partir de los cuales se concluya el tipo de carácter y la forma en que una persona se desenvolvía en el mundo. Si bien estos comentarios tienen una carga subjetiva implícita, son documentos valiosos para penetrar en las individualidades.¹⁰

Además, hay varios momentos cruciales que determinaron el rumbo de la existencia de Frías, por ejemplo, su propuesta de una ley de divorcio, que le generaría fama de partidario de las causas radicales. Aunque buscó por todos los medios que se aprobara su plan, la lucha fue infructuosa; se enfrentó a la oposición de numerosos sectores que criticaron con bastante severidad su proyecto. El punto de vista del queretano da cuenta de

⁷ *El Correo del Lunes*, 18 diciembre de 1882

⁸ *El Máscara*, 8 de octubre de 1879.

⁹ *México Gráfico*, 29 de julio de 1888.

¹⁰ *El Monitor Republicano*, 16 mayo 1874 y 1 de enero de 1876; *La Sombra de Arteaga*, 4 noviembre de 1880; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Los críticos y apologistas de Hilarión también legaron descripciones físicas de él. Así, Alfredo Bablot indica que tenía una apariencia “enclenque” que ocultaba su “vigor de atleta”: era de color “trigueño bilioso” con labios grandes, “ojos titilantes de gavilán arrepentido”, nariz “voluminosa de guacamayo desengañado”, sonrisa “agridulce y mefistofélica” de la que se desprendía “desaliento e ironía”. Aunque desgarbado en el vestir, siempre iba aseado. Juvenal lo apodó “camello” por su cuello recto, su postura erguida y su mirada azuzada y severa. *La Sombra de Arteaga* reproducía un artículo de *El Centinela español* en el que se decía que Frías tenía piel atezada, ojos “brillantes e irónicos”, bigote “retorcido a lo alacrán”, un “aire osado como de bucanero” y no respetaba a la autoridad. Al igual que Bablot, Ángel Pola enfatiza que el médico era descuidado en su vestir y sin estilo; su rostro, “largo y encarado” con una gran frente; de cabellos escasos, ojos “coquetos y bailones”; cejas en arco, nariz aguileña y medio chueca; bigotes que en “forma de cortina” cubrían sus labios, y una risa constante que se podía trastocar fácilmente en enojo. Cuando se enfurecía se veía cómo sus venas se hinchaban y aparecía en su entrecejo un zigzag de arrugas. Un retrato de Hilarión se encuentra en *Boletín*, 1956, p. 5.

la manera en que trató de modificar a la sociedad; estaba convencido de que era necesario eliminar aquellas estructuras que detenían el desarrollo de las comunidades. Asimismo, se evidencia que sus ideas resultaron avanzadas para su época, pero no encontraron el apoyo que hubiera deseado.¹¹ Sus planteamientos relativos al matrimonio provocaron que se le considerara defensor de las causas radicales, por lo tanto, en diversas ocasiones fue utilizado como caballito de batalla por algunos grupos políticos.

Otro momento determinante fue su aparición como intercesor del gobernador de Morelos, Francisco Leyva; el presidente Lerdo le asignó esa tarea y cumplió con las expectativas, puesto que logró exonerar de los cargos al mandatario estatal. Tal suceso ocasionó que se calificara a Hilarión como uno de los “pilares del lerdismo”. Esta afirmación carecía de fundamento; él no ascendió a las altas esferas lerdistas, e incluso conservó su nombramiento como diputado tras la caída del régimen de don Sebastián en 1876. Un tercer momento ocurrió en 1879, cuando su hijo Horacio murió; el acontecimiento fue crucial en su vida y generó un gradual decaimiento de Frías, al grado de que estuvo a punto de morir por toda la pena que acumulaba. Indudablemente, se trata del punto de quiebre en su historia, lo cual suscitó que el personaje radical se transformara y adoptara una posición más mesurada ante los demás.

El queretano abandonó esa sensatez en los últimos años de su existencia: tras su filiación al reyismo, movimiento que respaldó la candidatura del general Bernardo Reyes a la presidencia, volvió a ser un caballito de batalla. Aunque carecía de suficientes argumentos, se enfrentó sin temor a uno de los principales polemistas de la época: el “científico” Francisco Bulnes. A pesar de que no saldría bien librado de esta confrontación, sí resultó productiva, pues le permitió escribir dos libros, uno de los cuales nunca se editó. Es importante mencionar que el escritor se caracterizó por su constante cambio de bando político, ya que se declaró juarista, lerdista, benitista y reyista.

Su variedad partidaria, que era propia de muchos personajes decimonónicos y, por ningún motivo se cuestionaba, se explica por su deseo de obtener un lugar en la política. No obstante, cabe reconocer que, en el caso del lerdismo, se declaró un ferviente admirador de don Sebastián, a quien prodigó numerosos elogios en diversas ocasiones. Pasar de un bando

¹¹ Gittings, *op. cit.* 1997, p. 18. Gittings indica que “muchas personas no viven en esencia el tiempo histórico que cubren sus vidas. Es frecuente que vayan tras él o adelante”.

a otro acabó por perjudicarlo; durante el porfiriato tuvo que conformarse con “ver los toros desde la barrera”. Así sucedió con otros personajes que, como él, representaban el viejo liberalismo y ya no ofrecían apoyos sociales al régimen en turno. Pese a que no se sabe cómo se vinculó con el reyismo, sin duda Hilarión aprovechó cualquier oportunidad que se le presentaba con el propósito de volver a saltar a la arena pública, y mostrar que todavía tenía cuerda para defender ciertas causas.

Resulta difícil determinar si el viejo tribuno sacó ventajas de su relación con los reyistas, pero éstas sí aprovecharon la experiencia del médico y lo lanzaron al debate sin mayor problema. Otro aspecto que se rescata en Frías es su faceta como literato, la cual, a semejanza de muchos de sus contemporáneos, transitó por los caminos de la poesía, la crítica literaria, la novela y la historia. Diversos autores han tratado de ubicar su producción literaria en una determinada corriente: romanticismo, naturalismo o costumbrismo; tras advertir que existen convergencias de distintas corrientes, descalificaron su obra. Lo anterior se justifica por el hecho de que, como lo indica Palti, la historiografía intelectual latinoamericana gira en torno a oposiciones, es decir, se presenta la ilustración contra el romanticismo, el racionalismo contra el nacionalismo, la democracia contra el autoritarismo, por mencionar algunos ejemplos.

Es una práctica usual diseccionar las ideas de un escritor y clasificar sus diversos componentes, para entender qué tan modernos o tradicionales son sus planteamientos. Sin embargo, el autor argentino sostiene que trazar la filiación o el sentido de una proposición es un error, pues ninguna resulta, en sí misma, ilustrada, romántica, liberal, conservadora, moderna o tradicional.¹² No se trata de presuponer que había una comunidad de pensamiento, sino de comprender de qué manera se utilizaban los conceptos y, sobre todo, advertir que los literatos pueden utilizar indistintamente las corrientes, sin incurrir en contradicciones o apegarse a una determinada posición. El deseo de categorizarlos en cierta tendencia intelectual también se explica por las corrientes predominantes en la historiografía que buscan establecer periodizaciones.

Así, Fernando Tola propone que el siglo XIX se debe dividir en generaciones de 15 años, de tal modo que aparecería la de la Arcadia (1806), la de la Independencia (1821), la de la Academia de Letrán (1836), la del Liceo Hidalgo (1851), la del Renacimiento (1866),

¹² Palti, *Invenición*, 2005, pp. 23-25.

la de Transición (1881), la del Modernismo (1896) y la de la Revolución (1911). Por su parte, Belén Clark señala que esta fórmula exige “innecesaria e infundadamente” la exactitud matemática en el decurso generacional; además, en su opinión no es posible considerar la fecha de nacimiento para incluir o excluir escritores en una generación, dar a ésta el nombre de asociaciones literarias que funcionaron en el siglo XIX o asignarle un año de inicio que no corresponde con su formación.¹³

La crítica de Clark es certera y contundente; de acuerdo con el criterio de Tola, Frías se ubicaría entre la generación de la Independencia y la de la Academia de Letrán. De esta manera, sería imposible justificar su incursión en otras generaciones que fueron posteriores a él. Me parece más adecuado situarlo dentro del “momento rousseauiano” en el que, según Palti, convergen autores que pretendían cuestionar la identidad de México como nación y darle un sentido.¹⁴ En esta investigación se trató de evidenciar que en el queretano confluyen el costumbrismo, el realismo y el naturalismo, corrientes literarias de las que se sirvió para mostrar la identidad mexicana.

A diferencia de los críticos actuales, él no se preocupó por deslindar tradiciones literarias, más bien las utilizó para los fines que se propuso. Quizá una de sus mayores aportaciones a la literatura fue su colección de tipos populares que no sólo describían el aspecto físico de los personajes, sino que también eran una radiografía de su pensamiento, con el fin de entender sus actos. Respecto a otras facetas que probó, no destacó como poeta y crítico literario. A pesar de que sus novelas no alcanzaron un gran éxito, las motivaba un carácter pedagógico. Hilarión consideraba que la novela tenía una misión: enseñar a la sociedad. Este punto de vista era compartido por la mayoría de sus contemporáneos, encabezados sobre todo por Ignacio Manuel Altamirano. Ellos creían que este género debía definir modelos sociales de conducta, los cuales tendían a restablecer los sistemas de autoridad naturales que la caída del viejo orden y las guerras civiles trastocaron.¹⁵

Sin embargo, el médico usó sus obras para criticar los modelos de conducta social, en específico el de las mujeres y los sectores bajos de la sociedad, e incluso buscó juzgar las acciones de las autoridades políticas. En cierta forma, la novela se convirtió, gracias a su inmediatez y distancia ficcional, en un instrumento político. Aunque Alfredo Bablot

¹³ Clark, “Generaciones” en Clark, *República*, 2005, pp. 12-14.

¹⁴ Palti, *Invencción*, 2005, p. 59.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 409, 415.

comparó a Frías con Guillermo Prieto, debido a que, según él, los dos eran escritores eruditos, brillantes e incisivos,¹⁶ la afirmación de *Proteo* resultaba exagerada. El queretano no legó ninguna obra de trascendencia y los objetivos que perseguía con su escritura eran diferentes: en Prieto se observan pretensiones estéticas, mientras que él se abocó a ciertos fines políticos y pedagógicos. Su papel como historiador ha sido poco reconocido por la historiografía; es necesario considerarlo uno de los iniciadores del mito liberal sobre la guerra de Intervención francesa y el Imperio.

La admiración que manifestó por Maximiliano, a quien conoció en la cárcel, debió ser un factor para que no se reconociera objetividad a su texto y se diera preponderancia a otros, pese a testificar privilegiadamente muchos acontecimientos. Cabe destacar tres aspectos en los escritos históricos de Hilarión: su manera de concebir la historia, su deseo de que su versión de los hechos sirviera para conciliar a los grupos en pugna, y su esfuerzo por “desmentir” los escritos publicados en Europa, cuya intención era denostar al país. Sobre este último punto, es necesario mencionar que, si bien no es el único que emprendió esa labor, sí fue uno de los más incisivos en sus críticas. Su trabajo histórico tiene un fuerte sustento polémico; todos los libros que escribió trataron de desmentir ciertas afirmaciones sobre los acontecimientos ocurridos entre 1861 y 1867.

A excepción del texto de Bulnes, en el que el médico hizo una disección precisa de las frases que quería atacar o refutar, en los demás casos no realizó ese ejercicio, por lo que se limitó a escribir su versión de los hechos con algunas pequeñas alusiones a ciertas ideas que le parecían erróneas. Esa estrategia le permitiría discernir sobre diversos asuntos relacionados con las causas de la guerra, su desarrollo y las consecuencias para el país. Es evidente que su perspectiva sobre la guerra de Intervención y del Imperio resulta de gran interés, pues estuvo en contacto con muchos de los personajes involucrados en los eventos. Desde la trinchera de *La Orquesta*, dio cuenta del desarrollo de los eventos.

Finalmente, este trabajo sobre Hilarión Frías y Soto, el cual se plantea como una biografía, demuestra que sí es posible recrear la vida de los personajes secundarios, de quienes no lograron escalar a las altas esferas políticas e intelectuales, pero cuyo nombre no debe quedar para siempre en las penumbras, pues hasta los hombres más oscuros siempre tienen un relato que contar. En la historia del México decimonónico han existido muchos

¹⁶ *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1874.

individuos como el queretano, sólo hace falta que los historiadores fijen su vista en ellos y nos permitan conocer a los personajes secundarios que acompañaron a las grandes personalidades, la materia favorita de las biografías. Así lo creía el periodista de *El Diario del Hogar*; se le asignó la tarea de hacer un seguimiento de las exequias de Hilarión. Al concluir su artículo, indica:

Mis palabras se disiparán como el perfume de esas flores que mañana habrán espirado sobre esta tumba, pero las Crónicas de la Reforma, la Historia que cuenta y clasifica a un hombre, la Ciencia, que hoy, analizando una gota de sangre descubre los orígenes de una raza y descifrando una inscripción mutilada por los siglos, encuentra y devuelve la luz nombres ilustres condenados al olvido, sabrá hallar el nombre de Frías y Soto. Reconstruirá su vida política, tendrá en cuenta cincuenta años de labor incansable, la fe y el aliento del luchador para glorificar la revolución desfigurada y enlaminada por el odio. No los cardos y la ortiga cubrirán este sitio donde se encuentran sus cenizas, pero no honrarán del espíritu de las nuevas generaciones, el luminoso rastro de su memoria.¹⁷

Tengo la esperanza de que esta investigación haya servido, no tanto para glorificar el “rastros de la memoria” del médico, sino para quitar un poco de los cardos y ortigas que ocultaban su nombre a la historia.

¹⁷ *El Diario del Hogar*, 4 de julio de 1905.

Fuentes de la investigación

- **Archivos**

Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF)

Hemeroteca del Archivo Histórico del Estado de Querétaro (HAHEQ)

Archivo Histórico de la Facultad de Medicina (AHFM)

Archivo Histórico de Luciano Frías (AHLF)

Archivo Histórico de Porfirio Díaz (AHPD)

- **Diario de Debates**

Historia Parlamentaria:

Biblioteca de la Cámara de Diputados. Fondo Historia Legislativa

4ª Legislatura: 1 de julio de 1867-31 de agosto de 1869

(Hilarión Frías y Soto fue diputado por el 1º distrito de Querétaro)

5ª Legislatura: 1 de septiembre de 1869-31 de agosto de 1871

6ª Legislatura: 1 de septiembre de 1871-31 de agosto de 1873

(Hilarión Frías y Soto fue diputado propietario por el único distrito del Estado de Morelos)

7ª Legislatura: 1 de septiembre de 1873-31 de agosto de 1875

8ª Legislatura: 1 de septiembre de 1875-31 de agosto de 1878

9ª Legislatura: 2 de septiembre de 1878-30 de marzo de 1880

(Hilarión Frías y Soto fue diputado propietario por el 3º Distrito de Querétaro)

10ª Legislatura: 20 de agosto de 1880-1 de abril de 1882

(Hilarión Frías y Soto es diputado propietario por el 2º Distrito de Hidalgo)

11ª Legislatura: 28 de agosto de 1882-24 de agosto de 1884

12ª Legislatura: 25 de agosto de 1884-4 de marzo de 1886

(Hilarión Frías y Soto es diputado suplente por 9º Distrito de Zacatecas. El diputado propietario fue Lauro Cavazos)

13ª Legislatura: 1 de septiembre de 1886-6 de septiembre de 1888

14ª Legislatura: 3 de septiembre de 1888-15 de septiembre de 1890

15ª Legislatura: 6 de septiembre de 1890-11 de septiembre de 1892

(Hilarión Frías y Soto es diputado suplente por 8º Distrito del DF. El diputado propietario fue Tomás Reyes Retana)

16ª Legislatura: 5 de septiembre 1892-2 de septiembre de 1894

17ª Legislatura: 3 de septiembre 1894-2 de septiembre de 1896

18ª Legislatura: 3 de septiembre de 1896-31 de agosto de 1898

(Hilarión Frías y Soto fue diputado propietario por el 7º Distrito de Coahuila. Su suplente fue Epifanio Reyes)

19ª Legislatura: 1 de septiembre de 1898-31 de agosto de 1900

(Hilarión Frías y Soto fue diputado propietario por el 1º Distrito de Coahuila. Su suplente fue Venustiano Carranza)

20ª Legislatura: 1 de septiembre de 1900-31 de agosto de 1902

(Hilarión Frías y Soto fue diputado propietario por el 1º Distrito de Coahuila. Su suplente fue Alfredo E. Rodríguez)

21ª Legislatura: 1 de septiembre de 1902-31 de agosto de 1904

(Hilarión Frías y Soto fue diputado propietario por el 1º Distrito de Coahuila. Su suplente fue Ignacio Alcocer)

22ª Legislatura: 7 de septiembre de 1904-31 de agosto de 1906

(Hilarión Frías y Soto fue diputado propietario por el 1º Distrito de Coahuila. Su suplente fue Andrés Sánchez Juárez)

- **Hemerografía**

Carballo, Emmanuel, “Un álbum fotográfico” en *Novedades*, sección “México en la Cultura”, 1999.

El Centinela

El Centinela Queretano. Periódico oficial del Gobierno del Estado libre y soberano de Querétaro

El Colmillo Público

El Cómic

El Correo del comercio

El Correo del Lunes. Periódico independiente

El Diario del Hogar. Periódico de las familias

El eco de ambos mundos

El Federalista

El Ferrocarril. Periódico comercial, político, literario y de mejoras materiales

El Lunes. Periódico sin subvención

El Máscara

El Monitor Republicano. Diario de política, artes, industria, modas, comercio, literatura, teatros, variedades y anuncios

El Nacional. Periódico de política, literatura, ciencias, artes, industria, comunicación, minería y comercio

El Pacto Federal. Diario reformista de política, literatura, industria y comercio

El Popular

El Siglo Diez y Nueve

El Semanario Ilustrado. Enciclopedia con conocimientos útiles, publicación con grabados comprende secciones de ciencias, artes, historia, viajes, costumbres, teatros, educación, literatura, comercio, modas

El Sol de México

El Tiempo. Diario Católico

Fra-Diávolo. Periódico independiente, bisemanal y con caricaturas

Frías y Soto, Hilarión, *El Hijo del Estado*, novela inédita publicada en *El Diario del Hogar*, 1882.

_____, *La colegiala*, novela inédita publicada en *El Diario del Hogar*, 1882.

_____, “La plazuela de Santo Domingo” en *A pie. Crónicas de la ciudad de México. Salud y ciudad*, Nueva Época, año 5, número 14, enero-marzo de 2007, pp. 103-105.

_____, *La tabaquera del anticuario* novela inédita publicada en *El Diario del Hogar*, 1882.

Gaceta Médica de México. Periódico de la Academia de Medicina de México.

Gutiérrez Grageda, Blanca Estela, “Gobernar en contra de la ley en Querétaro, 1867-1872” en *Historias*, 26, pp. 61-75.

Henestrosa, Andrés, “Prólogo” en Frías y Soto Hilarión, *Álbum fotográfico*, suplemento de *Las Letras Patrias. Revista trimestral del departamento de Literatura y editorial del Instituto Nacional de Bellas Artes*, 2, abril-junio de 1954, 81 pp.

Jalisco Libre. Diario del pueblo.

Jiménez Marce, Rogelio, “La creación de una genealogía liberal” en *Historias*, 51, México, INAH, enero-abril de 2002, pp. 27-51.

La Escuela de Medicina. Periódico dedicado a las ciencias médicas

La Independencia Médica. Semanario especialmente destinado a defender los intereses científicos, morales y profesionales del cuerpo médico mexicano

La Libertad

La Opinión. Diario político independiente

La Orquesta. Periódico omniscio, de buen humor y con estampas

La Patria

La Pluma

La Sombra de Arteaga

Las Letras Patrias. Revista trimestral del departamento de Literatura y Editorial del Instituto Nacional de Bellas Artes

México Gráfico. Semanario Humorístico con caricaturas

Novedades

Pero Grullo

Valdés, Carlos, "Filiación del Álbum Fotográfico" en *Las Letras Patrias. Revista trimestral del departamento de Literatura y editorial del Instituto Nacional de Bellas Artes*, 3, julio-septiembre de 1954, pp. 69-71.

- **Bibliografía**

Aguilar, Gilberto y Roberto Ezquerro, *Los hospitales de México*, México, Casa Bayer, 1936, 99 pp.

Alatorre, Antonio, *Ensayos sobre crítica literaria*, México, CONACULTA, 2001, Lecturas Mexicanas: Cuarta Serie, 188 pp.

Algaba Martínez, Leticia, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-Azcapotzalco, 1997, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades Serie Literatura, 151 pp.

Almada Bay, Ignacio (coord.), *Salud y crisis en México. Textos para un debate*, México, UNAM, Siglo XXI, 1990, Colección Salud y Sociedad, 398 pp.

Almanaque estadístico de las oficinas y guía de forasteros y del comercio de la República para 1876: año quinto, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1875, 709 pp.

Altamirano, Ignacio Manuel, *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, México, Porrúa, 1949, tomo I, Colección de escritores mexicanos número 52, 283 pp.

Anales del Museo Nacional de México, México, Imprenta Poliglota de Carlos Ramiro, 1877, tomo I.

_____, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1882, tomo II

Anaya Larios, José Rodolfo, "Primera parte. Los inicios" en Alejandro E. Obregón, Gabriel Rincón y José Rodolfo Anaya, *Historia de la Universidad Autónoma de Querétaro. Los inicios (1625-1957)*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, 1987-1993, tomo I.

Anderson Imbert, Enrique, *La crítica literaria y sus métodos*, México, Alianza, 1979, Biblioteca Iberoamericana, 253 pp.

Andrade, Vicente de P., *Estudio genealógico de los Frías*, México, Nueva Imprenta Mariana O. Bezinger y Co., 1912, 16 pp.

Antología documental para la historia de la conformación política del Estado de Querétaro. 1824-1845, recopilación e introducción Ángela Moyaho Pahissa, prólogo Francisco Javier Meyer Cosío, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2005, 83 pp.

Ballesteros, Víctor Manuel, *Breve historia de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo*, México, UAEH, SEP, FOMES, 1997, Colección Raíces Hidalguenses, 57 pp.

Barberena B. Elsa y Carmen Block I., "Publicaciones científicas y tecnológicas mexicanas del siglo XIX" en *Quipu, Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* vol. 3, núm. 1 enero-abril, México, Grupo Edición, S.A. de C.V., 1986, pp. 7-26.

Barros, Cristina y Arturo Souto, *Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo*, México, ANUIES, 1976, 115 pp.

Basch, Samuel, *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano (1866 a 1867)*, México, Editora Nacional, 1967, 327 pp.

- Bazant, Jan, *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1977, Nueva Serie, 13, 364 pp.
- Beltrán, Rosa, "Presentación" en *Los mexicanos pintados por sí mismos (selección)*, México, CONACULTA, 1993, Colección Clásicos para hoy, 18, pp. 9-12.
- Betanzos Cervantes, Irma, "Beneficencia y salubridad durante el Imperio de Maximiliano" en *Cuadernos para la historia de la salud*, México, Secretaria de Salubridad y Asistencia, Centro de Documentación Institucional, Departamento de Archivo de Concentración e Histórico, Dirección General de Recursos Materiales y Servicios Generales, 1995, pp. 25-39.
- Beuchot, Mauricio, "Acerca de la traducción. (Hermenéutica y pragmática)" en Elsa Cecilia Frost (comp.), *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, México, UNAM, Secretaría General, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2000, Colección Biblioteca del editor, pp. 43-57
- Boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, año VII, 55, 15 de marzo de 1956.
- Brushwood, John, *La barbarie elegante. Ensayos y experiencias en torno a algunas novelas hispanoamericanas del siglo XIX*, México, FCE, 1988, Colección Tierra Firme, 312 pp.
- _____, *La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica*, México, FCE, 1984, Colección Tierra Firme, 408 pp.
- _____, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, FCE, 1973, Colección Breviarios, 230, 437 pp.
- _____, *The romantic novel in Mexico*, disertación doctoral, Nueva York, Columbia University, 1950, 200 pp.
- Bulnes, Francisco, *Defensa y ampliación del discurso pronunciado el 21 de junio de 1903 ante la Convención Nacional Liberal*. México, 1903, Imprenta de El Mundo y El Imparcial, 62 pp.
- _____, *El Verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, México, Librería de la viuda de Charles Bouret, 1904, 872 pp.
- _____, *Rectificaciones y aclaraciones a las Memorias del general Porfirio Díaz*, México, Biblioteca Histórica de "El Universal", 1922, 272 pp.
- Calderón, Mario, "La novela costumbrista mexicana" en Belem Clark y Elisa Speckman (eds.) *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM, 2005, Colección Ida y vuelta al siglo XIX, pp. 315-324.
- Campo, Ángel de, *Ocios y apuntes, La Rumba*, México, Promexa editores, 1979, Clásicos de la Literatura Mexicana, 122 pp.
- Capellán de Miguel, Gonzalo, *Enciclopedia del pauperismo*, España, Ediciones de la Universidad de La Mancha, 5 volúmenes.
- Carballo, Emmanuel, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Universidad de Guadalajara, Xalli, 1991, 370 pp.
- _____, *Reflexiones sobre la literatura mexicana. Siglo XIX*, México, ISSSTE, 1999, Colección Biblioteca del ISSSTE, 135 pp.
- Carnier, Françoise, "Estereotipos femeninos en el siglo XIX" en Carmen Ramos (coord.), *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 2006, pp. 99-112

- Casasola, Gustavo, *Seis siglos de Historia Gráfica de México. 1325-1976*, tomo IV, México, Gustavo Casasola, s.a.e., 342 pp.
- Castañeda, Carmen (coord.), *Catálogo de tesis de medicina del siglo XIX*, México, UNAM, Departamento de historia y filosofía de la medicina, CESU, 1988, 152 pp.
- Castañeda, Edith, "Humanismo ateneísta", *Contribuciones desde Coatepec*, enero-junio 2003, 2, pp. 21-31.
- Castro, Miguel Ángel, *Poliantea periodística. Homenaje a Guillermo Prieto, 1818-1897*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Seminario de Bibliografía Mexicana del Siglo XIX, 1997, 152 pp.
- Ceballos, Ciro B., *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*. Edición Crítica Luz América Viveros Anaya, México, UNAM, 2006, Colección Ida y vuelta al siglo XIX, 444 pp.
- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1999, 334 pp.
- Chávez, Ignacio, *México en la cultura médica*, México, FCE, Instituto Nacional de Salud Pública, 1987, Biblioteca de la Salud, 147 pp.
- Clark, Belem, "¿Generaciones o constelaciones?" en Belem Clark y Elisa Speckman (eds.) *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM, 2005, Colección Ida y vuelta al siglo XIX, pp. 11-46.
- Cortés, Ana María, *Sebastián Lerdo de Tejada*, México, Planeta de Agostini, 2002, Colección Grandes protagonistas de la historia mexicana, 152 pp.
- Crispín Castellanos, Margarito, "Hospital de Maternidad e Infancia. Perspectiva histórica de un centro de beneficencia pública de finales del siglo XIX" en *Cuadernos para la historia de la salud*, México, Secretaria de Salubridad y Asistencia, Centro de Documentación Institucional, Departamento de Archivo de Concentración e Histórico, Dirección General de Recursos Materiales y Servicios Generales, 1995, pp. 95-115.
- Díaz, José Pedro, *Novela y Sociedad*, México, Universidad Veracruzana, 1991, Cuadernos del CIL-L, 30, 356 pp.
- Díaz Arciniega, Víctor, *Historia de la literatura mexicana. Realismo y costumbrismo*, México, SEP, Somos Cultura, 7, 46 pp.
- Díaz Ramírez, Fernando, *Historia del estado de Querétaro. (1851-1867)*, Querétaro, ediciones del Gobierno del Estado, 1979, tomo III, 218 pp.
- _____, *Historia del estado de Querétaro. (1867-1900)*, Querétaro, ediciones del Gobierno del Estado, 1979, tomo IV, 281 pp.
- _____, *Historia del periodismo en Querétaro*, Querétaro, s.e., 1968, 158 pp.
- Díaz y de Ovando, Clementina y Elisa García Barragán, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días. 1867-1910*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1972, tomo II, 595 pp.
- Didapp, Juan Pedro, *Gobiernos militares de México. Los ataques al ejército y las maquinaciones políticas del partido científico para regir los destinos nacionales*. México, 1904, Tipografía de J.I. Guerrero y compañía, sucesores de Francisco Díaz de León, 593 pp.
- Domínguez Paulin, Arturo, *Integración histórica, política, social y económica del estado de Querétaro*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1966,

- Colección La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en la provincia, 1, 93 pp.
- Dosse, François, *El arte de la biografía: entre historia y ficción*, México, UIA, 2007, Colección El oficio de la historia, 459 pp.
- Espinoza Bonilla, Rafael, *Historia de la facultad de Medicina de la Real y Literaria Universidad de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1990, Colección Aula Magna, Serie Memorabilia, 131 pp.
- Fe, Marina, *Historia de la literatura mexicana. El romanticismo*, México, SEP, Editorial Somos, Cultura, volumen 6, 22 pp.
- Fernández del Castillo, Francisco, *Historia de la Academia Nacional de Medicina de México*, México, Fournier, 1956, 230 pp.
- _____, *La Facultad de Medicina según el archivo de la Real y Pontificia Universidad de México*, México, Imprenta Universitaria, Consejo de Humanidades, 1953, Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México, XIV, 311 pp.
- Flores Magón, Ricardo, *Obras completas. Artículos políticos, seudónimos*, vol. V, escritos por Ricardo Flores Magón bajo los seudónimos de Escorpión, Anakreón y Nezahualpilli, Jacinto Barrera Bassols, introducción, compilación y notas, CONACULTA, México, 2005, pp. 129-133.
- Frías, Valentín, *Las calles de Querétaro. Origen histórico, legendario y anecdótico de su nomenclatura. Obra enriquecida con multitud de grabados e ilustrada con notas históricas*, Querétaro, Demetrio Contreras, 1910, 251 pp.
- _____, *Leyendas y tradiciones queretanas*, Universidad Autónoma de Querétaro, 1990, 315 pp.
- _____, *Leyendas y tradiciones queretanas*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, 1990, tomo I, 429 pp.
- _____, *Leyendas y tradiciones queretanas. Cuarta serie*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, 1989, 134 pp.
- _____, *Proyecto para la nueva nomenclatura de las calles de esta ciudad de Santiago de Querétaro presentado por...a solicitud del M.I. Ayuntamiento*, Querétaro, s.e., 1910, 27 pp.
- Frías y Soto, Hilarión, *Albúm fotográfico*, Tlahuapan, Premia Editora, INBA, SEP, Cultura, 1984, Colección La Matraca, Segunda serie, 7, 91 pp.
- _____, “A Guillermo Prieto” en Guillermo Prieto, *Musa Callejera*, México, Segunda edición corregida y aumentada con más de 30 nuevas producciones inéditas, Tipografía literaria de Filomeno Mata, 1883, pp. XI-XXVI.
- _____, *Carta de...al señor diputado Francisco Bulnes*. México, 1903, Imprenta Central, 26 pp.
- _____, “Carta de la virgen de Guadalupe a Juan Diego” en *En la coronación de la Virgen del Tepeyac por tres ingenios mexicanos*, México, Imprenta de “El Siglo Diez y Nueve”, 1895, pp. 9-14.
- _____, *Cuestión de límites entre México y Guatemala. Edición especial tomada del tomo IV de “El Anuario Universal” que se publica cada año en la ciudad de México*, México, Tipografía literaria de Filomeno Mata, 1883, 40 pp.
- _____, *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica refutando con documentos la obra del señor Francisco Bulnes intitulada El Verdadero Juárez*, México, Imprenta Central, 1905, 478 pp.

- _____, *México, Francia y Maximiliano. Juicio sobre la Intervención y el Imperio, escrito con objeto de rectificar los errores de la obra intitulada Elevación y caída del emperador Maximiliano escrita por el conde E. de Kératry*, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez a cargo de J. Moreno, 1870, 327 pp.
- _____, *México y los Estados Unidos durante la Intervención Francesa. Rectificaciones históricas*, México, Imprenta del Comercio de Juan E. Barrera, 1901, 145 pp.
- _____, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editora Nacional, 1967, 148 pp.
- _____, *Vulcano*, en *Álbum fotográfico*, Tlahuapan, Premia Editora, INBA, SEP, Cultura, 1984, Colección La Matraca, Segunda serie, 7, 91 pp.
- Frost, Elsa Cecilia, “De filósofos, historiadores y traductores” en Elsa Cecilia Frost (comp.), *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, México, UNAM, Secretaría General, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2000, Colección Biblioteca del editor, pp. 59-72.
- _____, “Introducción” en Elsa Cecilia Frost (comp.), *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, México, UNAM, Secretaría General, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2000, Colección Biblioteca del editor, pp. 10-12.
- _____, “Las condiciones del traductor” en Elsa Cecilia Frost (comp.), *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, México, UNAM, Secretaría General, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2000, Colección Biblioteca del editor, pp. 15-28.
- Galeana, Patricia, *Las relaciones Iglesia-Estado durante el Segundo Imperio*, México, UNAM, IIH, 1991, Serie Historia Moderna y Contemporánea, 23, 206 pp.
- _____, “Prólogo” en Konrad Ratz, *Querétaro: fin del Segundo Imperio*, México, CONACULTA, Gobierno del Estado de Querétaro, 2005, Colección Cien de México, pp. 11-14.
- Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos*, México, CONACULTA, Colección Memorias mexicanas, 1994, 167pp.
- García Barragán, María Guadalupe, *El naturalismo en México. Reseña y nota bibliográfica*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1979, Colección Cuadernos del Centro de Estudios Literarios, 110 pp.
- García Ugarte, Martha Eugenia, *Liberalismo e Iglesia católica en México: 1824-1855*, México, IMDOSOC, 1999, 81 pp.
- _____, *Breve historia del Querétaro*, México, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, FCE, 1999, 292 pp.
- _____, *Hacendados y rancheros queretanos, 1780-1920*, México, CONACULTA, Colección Regiones, 1992, 474 pp.
- Garcíadiego, Javier, *Porfiristas eminentes*, México, Breve Fondo Editorial, 1996, Colección Acervo, 15, 171 pp.
- Gittings, Robert, *La naturaleza de la biografía*, México, INAH, 1997, Serie Historia, Colección Divulgación, 88 pp.
- González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Editorial Porrúa, 1981, Colección Sepan cuántos, 44, 362 pp.
- _____, *Novelas y novelistas mexicanos*, México, UNAM, Universidad de Colima, 1987, Colección La crítica literaria en México, 7, 123 pp.

- González y González, Luis, “El indigenismo de Maximiliano” en Arturo Arnaiz y Claude Bataillon, (eds.), *La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Cien años después. 1862-1962*, México, Asociación Mexicana de Historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965, pp. 103-110.
- _____, *Vida política en Querétaro durante el Porfiriato*, Santiago de Querétaro, Qro., Fondo Editorial de Querétaro: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes: Universidad Autónoma de Querétaro, 2004, 269 pp.
- _____, *Querétaro devastado. Fin del Segundo Imperio*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, Instituto Electoral de Querétaro, 2007, Serie Historia, 278 pp.
- _____, *Vida política en Querétaro durante el porfiriato*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Fondo Editorial de Querétaro, 2004, Colección Documentos de Querétaro, 272 pp.
- Gutiérrez Girardort, Rafael, “La literatura hispanoamericana de fin de siglo” en *Historia de la literatura hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, tomo II, Madrid, Cátedra, 1999, Colección Crítica y Estudios Literarios, pp. 495-506.
- Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, FCE, 2002, Sección de Obras de Historia, 447 pp.
- Hans, Alberto, “La guerra de México según los mexicanos” en Martín Quirarte, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1970, Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9, 264 pp.
- Henestrosa, Andrés, “Perfil de Frías y Soto” y “Recordación de Frías y Soto” en Hilarión Frías y Soto, *La lavandera*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1993, pp. 9-12, 33-40.
- Hernández, Conrado, “Presentación. De la historia y la novela histórica a las perspectivas de análisis” en Conrado Hernández (coord.), *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, México, El Colegio de Michoacán, 2004, pp. 13-22.
- Herrera Castañeda, Manuel, “Prólogo” en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Querétaro, Edición del Gobierno, Talleres Gráficos de la Imprenta del Estado, 1986, Colección Autores, 3, pp. 3-6.
- J.T., “Presentación” en Hilarión Frías, *Vulcano, Álbum fotográfico*, Tlahuapan, Premia Editora, INBA, SEP, Cultura, Colección La Matraca, Segunda serie, 7, pp. 7-8.
- Jasso, Arturo Fernando, *La crítica literaria en México: de José Gómez de la Cortina a José Luis Martínez*, tesis doctoral, University of Missouri, 1970, 237 pp.
- Jiménez Gómez, Juan Ricardo, *El sistema judicial en Querétaro. 1531-1872*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, Instituto de Estudios Constitucionales del Estado de Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Miguel Ángel Porrúa, 722 pp.
- _____, *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto Mora, 2003, Colección Historia Política, 306 pp.
- _____, “Un reto contra la credulidad nacional: Francisco Bulnes y Las grandes mentiras de nuestra historia” en Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Instituto Mora, INEHRM, 2009, Colección Pensadores, pp. 11-89.
- Jiménez Moreno, Wigberto, “El significado de la victoria del 5 de mayo en la recuperación del orgullo nacional” en Arturo Arnaiz y Claude Bataillon, (eds.), *La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Cien años después. 1862-1962*, México,

- Asociación Mexicana de Historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965, pp. 51-59.
- Jiménez Rueda, Julio, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, Colección Popular, 413, 199 pp.
- Kératry, Émile de, *Elevación y caída del emperador Maximiliano. Intervención francesa en México. 1861-1867*, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez, a cargo de J. Moreno, 1870, 356 pp.
- Landa, Cecilia (comp.), *Querétaro. Textos de su historia*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, Instituto Mora, 1988, tomo I, 235 pp.
- _____, *Querétaro. Textos de su historia*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, Instituto Mora, 1988, tomo II, 369 pp.
- Lefèvre, Eugène, *Documentos oficiales recogidos en la Secretaría privada de Maximiliano. Historia de la Intervención francesa en México*, Bruselas y Londres, s.p.i., 1870, 2 tomos.
- Levine, Suzanne Jill, *Escriba subversiva: una poética de la traducción*, México, FCE, 1998, Colección Lengua y Estudios Literarios, 237 pp.
- Liceaga, Eduardo, *Mis recuerdos de otros tiempos: Obra póstuma*, México, Talleres Gráficos, 1949, 276 pp.
- Llano Ibañez, Ramón del, *El partido católico y el primer gobernador de la Revolución en Querétaro: Carlos M. Loyola*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2005, 94 pp.
- _____, *Iglesia y Sociedad en Querétaro, los años de la Reforma (1854-1880)*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2000, Colección Historiografía queretana volumen VII, 135 pp.
- Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales por varios autores*, México, Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 1989, 301 pp.
- Luna Argudín, María, “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1885)” en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, UAM-Azcapotzalco, CONACYT, 2004, Colección Cuadernos de debate, 3, pp. 31-106.
- Magallón Ibarra, Jorge Mario, *Proceso y ejecución contra Fernando Maximiliano de Habsburgo*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2005, Serie Doctrina Jurídica, 253, 585 pp.
- Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, México, Oasis, 1984, Colección Biblioteca de las decisiones, 7, 459 pp.
- Martínez Báez, Antonio, “La política de Maximiliano a través de sus leyes y decretos” en Arturo Arnaiz y Claude Bataillon, (eds.), *La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Cien años después. 1862-1962*, México, Asociación Mexicana de Historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965, pp. 111-128.
- Mayer, Brantz, “México, lo que fue y lo que es” en *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos. 1836-1854*, México, Gobierno del Estado de Veracruz, 1992, tomo V, Colección Veracruz en la cultura. Encuentros y ritmos, pp. 61-94.
- Mercado Noyola, Francisco Rodolfo, *Hilarión Frías y Soto, crítico de la literatura y de la sociedad de fin del siglo XIX*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, tesis de licenciatura, 2007, 126 pp.
- Monterde, Francisco, *Bibliografía del Teatro en México*. México, Monografías Bibliográficas mexicanas, 1933.

- _____, *Cultura mexicana. Aspectos literarios*, México, Editora Intercontinental, 1946, 325 pp.
- _____, “Prólogo” en Guillermo Prieto, *Musa Callejera*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1940, Biblioteca del Estudiante Universitario, 17, 203 pp.
- Moreno, Daniel, “Nota introductoria general” en *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos (Sóstenes Rocha, Alberto Hans, Samuel Basch, Princesa Salm-Salm, Mariano Escobedo) seguido del memorándum sobre el proceso del archiduque Fernando Maximiliano de Austria*, México, Porrúa, 1982, Colección Sepan cuántos, 81, pp. VII-XXVIII.
- Moreno Cueto, Enrique, Julios Moguel Viveros, *Sociología histórica de las instituciones de Salud en México*, México, IMSS, 1982, Colección Salud y Seguridad Social, 98 pp.
- Muñoz Fernández, Ángel, *Los muchachos de Letrán: José María Lacunza; estudio y recopilación*, México, Factoría ediciones, 1997, 401 pp.
- Narváez Hernández, José Ramón, “Estudio introductoria” en Emilio Velasco, *El amparo de Morelos. Colección de artículos publicados en “El porvenir”*, México, Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2005, 82 pp.
- Ocaranza, Fernando, *Historia de la medicina en México*, México, Laboratorios Midy, 1934, 213 pp.
- _____, *La novela de un médico*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1940, 318 pp.
- Ortiz Monasterio, José, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Universidad Iberoamericana, Instituto Mora, 1993, 327 pp.
- Palti, Elías José, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, FCE, 2005, Sección de Obras de Historia, 541 pp.
- _____, *La política del disenso. La “polémica en torno al monarquismo (México, 1848-1850)...y las aporías del liberalismo*, México, FCE, 1998, Sección de Obras de Historia, 471 pp.
- Pani, Erika, *El segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*, México, CIDE, FCE, 2004, Colección Herramientas para la historia, 177 pp.
- _____, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, Instituto Mora, El Colegio de México, 2001, 444 pp.
- Pereira, Armando, *Graffiti. Notas sobre crítica y literatura*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989, Biblioteca de Letras.
- Perales Ojeda, Alicia, *Las asociaciones literarias mexicanas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000, Colección Ida y regreso al siglo XIX, 317 pp.
- Pérez Salas, María Esther, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005, Monografías de arte, 29, 371 pp.
- Perry, Laurensa Ballard, *Juárez y Díaz. Continuidad y ruptura en la política mexicana*, México, ediciones Era, UAM, 1996, 430 pp.
- Peza, Juan de Dios, *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México*, México, Porrúa, 1999, Colección Sepan cuántos, 557, 242 pp.
- _____, *Poetas y escritores modernos mexicanos*, México, SEP, Subsecretaría de Asuntos Culturales, Ediciones de El Libro y El Pueblo, 1965, 77 pp.
- Picard, Roger, *El romanticismo social*, México, FCE, 1947, 363 pp.

- Pi-Suñer, Antonia, "Prólogo" en Erika Pani, *El segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*, México, CIDE, FCE, 2004, Colección Herramientas para la historia, pp. 11-18.
- _____, *Sebastián Lerdo de Tejada. Canciller, estadista*, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 1989, 270 pp.
- Piza, Agapito (comp.), *Historia parlamentaria de la Cámara de Senadores*, México, Imprenta del Gobierno Federal en Palacio dirigida por Sabas y Murguía, 1882, 40 tomos.
- Priego Ramírez, Patricia y José Antonio Rodríguez, *La manera en que fuimos. Fotografía y Sociedad en Querétaro: 1840-1930*, México, Dirección de Patrimonio Cultural, Secretaría de Cultura y Bienestar Social, Gobierno del Estado de Querétaro, 1989, 199 pp.
- Quirarte, Martín, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1970, Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9, 264 pp.
- Quirarte, Vicente, "Apuntes para una cronología literaria de la ciudad de México" en Belem Clark y Elisa Speckman (eds.) *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. 1. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM, 2005, Colección Ida y vuelta al siglo XIX, pp. 165-188.
- _____, "La otredad presentida" en *Jerusalén a la vista. Tres viajeros mexicanos en Tierra Santa. José María Guzmán, José López Portillo y Rojas, Luis Malanco*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2003, Colección Ojos de papel volando, pp. VII-XXIV.
- Ramírez Álvarez, José Guadalupe, *Querétaro. Visión de mi ciudad*, Querétaro, ediciones Provincia, 1956, 264 pp.
- Ramírez Caloca, Jesús, *Apuntes para la historia del estado de Querétaro*, Querétaro, Provincia, 1962, 133 pp.
- Ramírez Trejo, Arturo, "Un camino hacia los clásicos griegos: la traducción" en Elsa Cecilia Frost (comp.), *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, México, UNAM, Secretaría General, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2000, Colección Biblioteca del editor, pp. 29-41.
- Ramos, Carmen, "Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910" en Carmen Ramos (coord.), *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 206, pp. 143-161.
- Ratz, Konrad, *Querétaro: fin del Segundo Imperio*, México, CONACULTA, Gobierno del Estado de Querétaro, 2005, Colección Cien de México, 419 pp.
- Riva Palacio, Vicente, *Historia de la administración de D. Sebastián Lerdo de Tejada*, facsímil de la edición mexicana de 1875, apunte histórico del licenciado Miguel Alemán Valdés, México, 1992, Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A. C., 496 pp.
- Rodríguez Familiar, José, *Documentos para la historia de Querétaro Efemérides queretanas. Acontecimientos notables en la vida de Querétaro. 1870-1887*, Querétaro, Imprenta Salesiana, 1973, tomo I, 399 pp.
- _____, *Documentos para la historia. Efemérides queretanas, acontecimientos notables en la vida de Querétaro. 1888-1895*, Querétaro, Imprenta Salesiana, 1973, tomo II, 399 pp.

- _____, *Documentos para la historia. Efemérides queretanas, acontecimientos notables en la vida de Querétaro. 1888-1895*, Querétaro, Imprenta Salesiana, 1973, tomo III, 400 pp.
- _____, *Documentos para la historia. Efemérides queretanas, acontecimientos notables en la vida de Querétaro. 1903-1910*, Querétaro, Imprenta Salesiana, 1973, tomo IV, 401 pp.
- Roeder, Ralph, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*. México, 1973, FCE, tomo II, 413 pp.
- Rojas García, Godofredo *et al.*, *Catálogo de documentos de la Colección Porfirio Díaz*, México, UIA, 2000, 223 pp.
- Ríos, Eduardo Enrique, “Los calendarios presentes amistosos, los “Parnasos” de Riva Palacio y las revistas más importantes de Cumplido, Rafael Rafael, Altamirano, etc.” en *Las Revistas Literarias de México*, México, INBA, Departamento de Literatura, SEP, 1963, pp. 13-46.
- Ríos, Guadalupe, “la idea de la mujer a través de la prensa porfiriana” en Celia del Palacio (coord.), *La prensa como fuente para la historia*, México, Universidad de Guadalajara, CONACYT, Miguel Ángel Porrúa, 2006, pp. 133-141.
- Ruedas de la Serna, Jorge, “Por los caminos de la retórica. El tránsito del siglo XVIII al XIX” en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, UAM-Azacapotzalco, CONACYT, 2004, Colección Cuadernos de debate, 3, pp. 11-29.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias. Usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000.
- Salazar Mallen, Rubén, *Tres temas de literatura mexicana*, México, s.e., 1947, 141 pp.
- Sanz, M., *et al.*, “La cromatoterapia: otra herramienta más para el fisioterapeuta” en *Wednesday*, 30, tomo XII.
- Schenk, H.G., *El espíritu de los románticos europeos*, México, FCE, 1983.
- Schreiber, S. M., *Introducción a la crítica literaria*, Barcelona, Labor, 1971, Nueva Colección labor, 124, 184 pp.
- Sefchovich, Sara, *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, México, Grijalbo, 1987, Colección Enlace, Cultura y Sociedad, 300 pp.
- Septién y Septién, Manuel, *Historia de Querétaro. Desde los tiempos prehistóricos hasta el año de 1808*, Querétaro, ediciones culturales del Gobierno del Estado, 1967, tomo I, Ediciones del Centenario del Sitio de Querétaro, 216 pp.
- Serrera Contreras, Ramón María, *La ciudad de Santiago de Querétaro a fines del siglo XVIII: apuntes para su historia urbana*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973, 67 pp.
- Servin Lozada, José Antonio, *Tradiciones queretanas. Reflejos de navidad. Cuadros costumbristas y descripciones solariegas de la ciudad de Querétaro, estado de Querétaro, República Mexicana*, México, Imprenta del Sagrado Corazón, 1952, 124 pp.
- Schneider, Luis Mario, *Ruptura y continuidad. La Literatura mexicana en polémica*, México, FCE, 1975, Colección Popular, 136, 201 pp.
- Schulman, Iván A., “Poesía modernista. Modernismo/modernidad: teoría y poiesis” en *Historia de la literatura hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, tomo II, Madrid, Cátedra, 1999, Colección Crítica y Estudios Literarios, pp. 523-536.

- Sierra, Justo, *Obras completas. IV. Periodismo político*, México, UNAM, 1948, 421 pp.
- Somolinos D'Ardois, Germán, *Historia y medicina. Figuras y hechos de la historiografía médica mexicana*, México, UNAM, 1957, Colección Cultura mexicana, 18, 161 pp.
- Speckman, Elisa, "Las posibles lecturas de la República de las Letras. Escritores, visiones y lectores" en Belem Clark y Elisa Speckman (eds.) *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM, 2005, Colección Ida y vuelta al siglo XIX, pp. 47-72.
- Suárez Muñoz, Manuel y Juan Ricardo Jiménez Gómez, *Constitución y Sociedad en la formación del estado de Querétaro, 1825-1929*, México, FCE, Instituto de Estudios Constitucionales del Estado de Querétaro, 2000, Sección de Obras de Política y Derecho, 670 pp.
- Super, John C., *La vida en Querétaro durante la Colonia. 1531-1810*, México, FCE, 1983, 294 pp.
- Trueba Urbina, Alberto, *El teatro de la República. Biografía de un gran coliseo*, México, ediciones Botas, 1954, 321 pp.
- Vadillo López, Claudio, *Filomeno Mata Alatorre y familia (1889-1967). Periodistas, liberales, demócratas, rebeldes*, México, s.e., 2003, 141 pp.
- Valle-Arizpe, Artemio de, *Por la vieja calzada de Tlacopan*, México, Lotería Nacional para la Beneficencia Pública, 1937, 566 pp.
- Vela, Arqueles, *Fundamentos de la literatura mexicana*, México, Patria, 1953, Colección Cultura para todos, 26, 121 pp.
- Velasco Ceballos, Rómulo, *El niño mexicano ante la caridad y el Estado. Apuntes históricos que comprenden desde la época precortesiana hasta nuestros días*, México, Beneficencia Pública en el Distrito Federal, 1935, 145 pp.
- _____, *Las loterías. Historia de estas instituciones, desde la Real, fundada en 1771, hasta la Nacional para la Beneficencia Pública*, México, s.e., 1934, 196 pp.
- Vidaurre, Carmen, *Galería de ecos. Análisis sobre narrativa mexicana*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Coordinación General Académica, Unidad para el Desarrollo de la Investigación y el Posgrado, 2004, Colección Producción Académica de los miembros del Sistema Nacional de Investigadores, 238 pp.
- Vigarello, Georges, *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2005, Colección Cultura y Sociedad, 267 pp.
- Zelaa e Hidalgo, Joseph María, *Glorias de Querétaro, en la fundación y admirables progresos de la muy I. y Ven. Congregación eclesiástica de presbíteros seculares de María Santísima de Gpe de México*, México, Oficina de D. Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros, 1803, 173 pp.
- Zulueta, José Antonio, "Vocación viajera y entendimiento del paisaje en la generación del 98" en J. Gómez y N. Ortega (eds.) *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988.